

Albert Camus

Obras

El exilio y el reino

Discurso de Suecia

Carnets

El primer hombre

Edición de José María Guelbenzu

Alianza Editorial

Indice

i	<i>Prólogo</i> , por José María Guelbenzu
9	EL EXILIO Y EL REINO
13	<i>La mujer adúltera</i>
35	<i>El renegado o un espíritu confuso</i>
55	<i>Los mudos</i>
71	<i>El huésped</i>
89	<i>Jonas o el artista trabajando</i>
123	<i>La piedra que crece</i>
159	DISCURSO DE SUECIA
163	<i>Discurso del 10 de diciembre de 1957</i>
171	<i>Conferencia del 14 de diciembre de 1957</i>
193	CARNETS
195	<i>Cuaderno VII</i>
289	<i>Cuaderno VIII</i>
391	<i>Apéndice</i>
403	<i>Cuaderno IX</i>
433	EL PRIMER HOMBRE
435	Nota a la edición francesa
437	<i>l.Búsqueda del padre</i>
453	Saint-Brieuc

460	3. Saint-Brieuc y Malan (J.G.)
467	4. Los juegos del niño
480	5. El padre. Su muerte. La guerra. El atentado
497	6. La familia
512	Etienne
540	6 bis. La escuela
572	7. Mondovi: la colonización y el padre
589	<i>Segunda parte. El hijo o el primer hombre</i>
591	1. Liceo
612	El gallinero y la gallina degollada
618	Jueves y vacaciones
649	2. Oscuro para sí mismo
655	<i>Apéndices</i>
657	Hoja I
658	Hoja II
660	Hoja III
661	Hoja IV
662	Hoja V
663	<i>El primer hombre</i> (Notas y proyectos)

Prólogo

En 1956 se estrena *Réquiem por un monja* en el teatro Les Mathurins con un éxito extraordinario de público y crítica; para el Festival d'Angers del año siguiente, Camus se ocupa de dirigir su *Calígula* y una adaptación de Lope de Vega: *El caballero de Olmedo*. La dedicación al teatro, en el que tiende a concentrarse cuando necesita dar salida a tensiones de toda índole, demuestra ser mucho más que eso, demuestra que Albert Camus es un hombre de teatro y que lo ha sido siempre, desde sus primeros pasos en Argel. Tras la adaptación de la novela de Faulkner, llegará, en el 59, su segunda gran adaptación: *Los posesos*, sobre la novela de Dostoyevski «Los demonios». Y por fin se publica el conjunto de relatos reunidos bajo el título de *El exilio y el reino*: no tuvo el reconocimiento que obtuvieron otras obras narrativas suyas y, sin embargo, es, tras *La caída*, un paso de extrema firmeza en el camino que le lleva a la recuperación de la dedicación literaria. Es más: el tono general de los relatos —que mezclan varias fórmulas expresivas unos con otros— ya no posee esa sensación de «llevar al límite una tendencia de pensamiento», como señaló Gaëtan Picon; es una aguda observación, y lo es porque quizá por primera vez estos textos se adentran más resueltamente en el terreno de lo literario; y el pensamiento, que está en ellos, sin embargo, ya no se deja «ver» tan en primer plano como en *La peste* o, incluso, en *La caída*.

Pero 1957 es el año del premio Nobel. Camus tiene cuarenta y cuatro años, está lleno de dudas, aún no ha decidido conscientemente la resolución de su dilema entre vida pública y creación, y, justo entonces, es galardonado con el premio más famoso de todos. De golpe caen sobre él la más alta celebridad y la sensación de desolación más profunda («¡Estoy castrado!», confesará a su amigo Pierre Cardinal). Y la burla y el sarcasmo le toman de nuevo como blanco: las críticas hacen ahora hincapié en la imagen de un hombre acabado cuya lápida es este premio que, si corona una obra, a su edad la sepulta y a su autor con ella. Además, se aprovecha la ocasión para incidir en la idea de que Camus representa a un tipo de pensador de segunda para almas animosas llevadas por un humanismo trasnochado. Resulta llamativo hoy en día apreciar el tono de conmiseración, sorpresa y desdén con que se recibe la noticia en una parte de la prensa y del mundo intelectual. Y se contrapone su figura a la de Sartre o Malraux, a quienes se considera como los verdaderos merecedores del premio.

No le faltaron amigos en el trance, pero lo cierto es que toma la decisión de retirarse, al menos para encontrar los períodos de tiempo necesarios para la escritura de creación. Esto y el dinero obtenido, que le permitirá comprar su casa de Lourmarin, son, posiblemente, los dos efectos más beneficiosos de la concesión del premio. Porque la retirada tiene dos objetivos: el primero, terminar la adaptación de *Los poseídos*; el segundo, y más significativo, comenzar a escribir de una vez la obra en la que pone toda su decisión creativa y toda su esperanza literaria: *El primer hombre*. No dejó de ser un activista, pero encontró los espacios para dedicarse a la escritura. Por fin, parecía estar más acorde consigo mismo. Es entonces cuando un desgraciado accidente siega su vida. En la cartera del escritor recogida de entre los restos del automóvil destrozado se encontraba el manuscrito inacabado de *El primer hombre*.

Este volumen incluye además una primicia: La edición por primera vez en castellano de su *Carnets 3*, que se mantuvo inédito durante mucho tiempo después de su muerte y

que puede considerarse el más personal de todos, el que con más intimidad retrata el espíritu y el drama de uno de los hombres más representativos de nuestro tiempo.

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

EL EXILIO Y EL REINO

Título original: L'Exil et le Royaume (1957)
Traducción de Manuel de Lope

A Francine

La mujer adúltera

Hacía rato que una mosca flaca daba vueltas por el autocar que sin embargo tenía los cristales levantados. Iba y venía sin ruido, insólita, con un vuelo extenuado. Janine la perdió de vista, después la vio aterrizar en la mano inmóvil de su marido. Hacía frío. La mosca se estremecía con el viento cargado de arena que rechinaba contra los cristales a cada ráfaga. En la escasa luz de la madrugada de invierno el vehículo rodaba, oscilaba y avanzaba a duras penas con gran ruido de ejes y chapas. Janine miró a su marido. Con aquellos espigados cabellos grises que nacían bajos en una frente apretada, su nariz ancha, su boca irregular, Marcel tenía un aspecto de fauno desdeñoso. A cada bache de la carretera le sentía saltar junto a ella. Después dejaba caer su torso pesado sobre sus piernas separadas, y de nuevo permanecía inerte, con la mirada fija, ausente. Únicamente sus gruesas manos lampiñas, que la franela gris que cubría las mangas de la camisa y las muñecas hacía parecer aún más cortas, parecían estar en acción. Apretaban con tanta fuerza una pequeña maleta de lona colocada entre sus rodillas que no parecían sentir el titubeante recorrido de la mosca.

De repente se oyó con nitidez el aullido del viento, y la bruma mineral que rodeaba al autocar se hizo aún más espesa. La arena caía ahora a puñados sobre los cristales, como arrojada por manos invisibles. La mosca agitó un ala friolera, se agachó sobre sus patas y alzó el vuelo. El autocar

aminoró la marcha dando la impresión de que estaba a punto de detenerse. Después el viento pareció calmarse, la bruma se aclaró un poco y el vehículo recuperó velocidad. En el paisaje ahogado por el polvo se abrieron agujeros de luz. Dos o tres palmeras esculpidas y blanquecinas, que parecían recortadas en metal, surgieron en el cristal para desaparecer al instante.

—¡Qué país! —dijo Marcel.

El autocar estaba lleno de árabes que fingían dormir sepultados en sus chilabas. Algunos habían recogido los pies debajo del asiento y oscilaban más que los otros con el movimiento del vehículo. Su silencio, su impasibilidad, terminaban por resultar ominosos a Janine; le parecía que hacía días que viajaba con aquella escolta muda. Sin embargo el autocar había salido al amanecer de la terminal de ferrocarril, y hacía dos horas que avanzaba en la mañana fría por un páramo pedregoso, desolado, que al menos al principio se extendía en líneas rectas hacia horizontes rojizos. Pero se había levantado el viento y poco a poco se había tragado la inmensa llanura. A partir de aquel momento los viajeros no habían podido ver nada más; se habían ido callando uno tras otro para navegar en silencio por una especie de noche blanca, enjugándose a ratos los labios y los ojos, irritados por la arena que se infiltraba en el coche.

«¡Janine!» El grito de su marido la sobresaltó. Pensó una vez más en lo ridículo de aquel nombre, grande y fuerte, lo mismo que ella. Marcel quería saber dónde estaba el maletín de las muestras. Ella exploró con el pie el espacio vacío debajo del asiento, encontró un objeto y dedujo que era el maletín. De hecho no podía agacharse sin sofocarse un poco. Sin embargo en el colegio era la primera en gimnasia y sus pulmones eran inagotables. ¿Tanto tiempo hacía de eso? Veinticinco años. Pero veinticinco años no eran nada, porque le parecía que era ayer cuando aún dudaba entre la vida libre y el matrimonio, y que era ayer también cuando pensaba con angustia en el día en que quizá envejecería sola. No estaba sola, y aquel estudiante de Derecho que no quería dejarla nunca se encontraba ahora a su lado. Había

terminado por aceptarle, aunque fuera un poco bajito y aunque no le gustara demasiado su risa ávida y breve, ni sus ojos negros demasiado saltones. Pero le gustaban sus ganas de vivir, algo que compartía con los franceses de aquel país. También le gustaba su aspecto lamentable cuando los acontecimientos, o los hombres, no respondían a sus expectativas. Sobre todo le gustaba ser amada, y él la había inundado de atenciones. Haciéndole sentir tan a menudo que ella existía para él, la hacía existir realmente. No, no estaba sola...

El autocar se abrió paso entre obstáculos invisibles con grandes toques de bocina. Sin embargo en el coche nadie se movió. De repente Janine sintió que alguien la miraba y se volvió hacia el asiento contiguo al suyo, del otro lado del pasillo. Aquel individuo no era un árabe y le extrañó no haberlo advertido al principio. Llevaba el uniforme de las unidades francesas del Sahara y un quepis de tela parda sobre un curtido rostro de chacal, largo y puntiagudo. La examinaba con sus ojos claros, fijamente, con una especie de hastío. De repente ella se ruborizó y se volvió hacia su marido que seguía mirando hacia el frente, hacia la bruma y el viento. Se arropó en el abrigo. Pero aún seguía viendo al soldado francés, alto y delgado, tan delgado en su guerrera ajustada que parecía fabricado con algún material seco y friable, una mezcla de arena y huesos. Fue entonces cuando vio las manos flacas y el rostro quemado de los árabes que iban delante de ella, y observó que parecía que estaban a sus anchas, a pesar de sus vestimentas amplias, en aquellos asientos en los que ella y su marido apenas cabían. Recogió junto al cuerpo los faldones del abrigo. Sin embargo ella no era tan gorda, sino más bien grande y llena, carnal y aún deseable —bien lo adivinaba en la mirada de los hombres— con su cara un tanto infantil, sus ojos frescos y claros, en contraste con aquel cuerpo grande que ella sabía tibio y relajante.

No, nada sucedía como ella lo hubiera imaginado. Había protestado cuando Marcel quiso que le acompañara en su gira. Hacía tiempo que él pensaba en aquel viaje, exacta-

mente desde el final de la guerra, a partir del momento en que los negocios habían vuelto a la normalidad. Antes de la guerra, cuando él abandonó sus estudios de Derecho, el pequeño comercio de tejidos que le habían traspasado sus padres les había ayudado a vivir más o menos bien. Los años de juventud pueden ser felices, en la costa. Pero a él no le gustaba demasiado el esfuerzo físico y pronto dejó de llevarla a las playas. No salían de la ciudad en el utilitario más que para el paseo de los domingos. El resto del tiempo él prefería su almacén de tejidos multicolores, a la sombra de los soportales de aquel barrio medio indígena, medio europeo. Vivían encima del comercio, en tres habitaciones decoradas con tapicerías árabes y muebles de Barbes. No habían tenido hijos. Los años habían pasado en aquella penumbra que mantenían con los postigos entornados. Durante el verano, las playas, los paseos, el mismo cielo parecían lejos. Salvo los negocios, nada parecía interesar a Marcel. Ella había creído descubrir que su verdadera pasión era el dinero, y aquello no le gustaba sin saber muy bien por qué. Después de todo a ella la beneficiaba. Él no era avaro; al contrario, era generoso, sobre todo con ella. «Si algo me sucede —decía—, estarás a cubierto.» Y en efecto, era necesario estar a cubierto de la necesidad. ¿Pero dónde hallar abrigo de lo demás, de aquello que no eran las necesidades más simples? Eso era lo que ella sentía confusamente de tarde en tarde. Mientras tanto ayudaba a Marcel a llevar las cuentas y a veces le sustituía en la tienda. Lo más duro era el verano cuando el calor mataba hasta la suave sensación de aburrimiento.

De repente, y precisamente en pleno verano, la guerra, Marcel movilizado y después declarado inútil, la penuria de tejidos, el negocio parado, las calles desiertas y calientes. En adelante, si algo sucedía ella ya no estaría a cubierto. Por eso era por lo que en cuanto volvieron las telas al mercado a Marcel se le había ocurrido recorrer los pueblos de la meseta y del sur para ahorrarse intermediarios y vender directamente a los mercaderes árabes. Había querido llevarla con él. Ella sabía que las comunicaciones eran difíciles, respirá-

ba mal, y hubiera preferido esperarle. Pero él era obstinado y ella había aceptado porque se hubiera necesitado demasiada energía para negarse. En ello estaban ahora y, de verdad, nada se parecía a lo que había imaginado. Había tenido miedo del calor, de los enjambres de moscas, de los hoteles pringosos llenos de olores anisados. No había pensado en el frío, en el viento cortante, en esos páramos casi polares llenos de morrenas de guijarros. Había soñado también con palmeras y arena fina. Ahora veía que el desierto no era nada de eso, sino solamente piedra, piedra por todas partes, en el cielo, donde aún reinaba, crujiente y frío, únicamente el polvo de piedra, como en la tierra, donde solamente crecían, entre las piedras, gramíneas secas.

El autocar se detuvo bruscamente. El chófer lanzó de sopetón algunas palabras en aquella lengua que ella había oído toda su vida sin llegar a entenderla nunca. «¿Qué sucede?», preguntó Marcel. El chófer, esta vez en francés, dijo que el carburador se había debido obstruir con la arena y Marcel maldijo una vez más aquel país. El chófer se echó a reír enseñando toda la dentadura y aseguró que aquello no era nada, limpiaría el carburador y luego se irían. Abrió la puerta y al momento el viento helado se precipitó dentro del coche perforándoles el rostro con mil granos de arena. Todos los árabes sumergieron la nariz en las chilabas y encogieron el cuerpo. «¡Cierra la puerta!», aulló Marcel. El chófer se reía volviendo hacia la puerta. Tomó tranquilamente algunas herramientas de debajo del salpicadero, y después, minúsculo en la bruma, desapareció de nuevo por la parte delantera, sin cerrar la puerta. Marcel suspiró. «Puedes estar segura de que no ha visto un motor en su vida.» «Es igual», dijo Janine. De repente se sobresaltó. En el terraplén, muy cerca del autocar, unas formas envueltas en mantas permanecían inmóviles. Detrás de una muralla de velos sólo se veían sus ojos, bajo la capucha de la chilaba. Mudos, surgidos quién sabe de dónde, contemplaban a los viajeros. «Pastores», dijo Marcel.

En el interior del coche el silencio era completo. Con la cabeza baja todos los pasajeros parecían escuchar la voz del

viento en libertad sobre aquellos interminables cerros. De repente Janine se asombró de la casi total ausencia de equipaje. En la terminal de ferrocarril el chófer había colocado en el techo su baúl y algunos fardos. En las redecillas del interior del coche sólo se veían bastones nudosos y morrales flaccidos. Al parecer toda aquella gente del Sur viajaba con las manos vacías.

Pero el chófer regresó, siempre alerta. También él se había cubierto el rostro y sólo sus ojos reían por encima de los pañuelos. Anunció que ya se iban. Cerró la puerta, el viento cesó y se oyó mejor la lluvia de arena en los cristales. El motor tosió, luego expiró. Al fin empezó a girar, largamente solicitado por el arranque, y el chófer le hizo gemir a grandes golpes de acelerador. El autobús se puso en marcha con un fuerte empujón. Una mano se alzó entre la masa andrajosa de los pastores, todavía inmóviles, y después se desvaneció en la bruma, tras ellos. Casi al momento el vehículo comenzó a saltar por la carretera, cada vez en peor estado. Sacudidos, los árabes se balanceaban sin cesar. Sin embargo Janine sentía que el sueño la iba invadiendo cuando delante de ella surgió una cajita amarilla llena de caramelos. El soldado chacal le sonreía. Ella titubeó, se sirvió y dio las gracias. El chacal guardó la caja en el bolsillo y se tragó de golpe la sonrisa. Ahora contemplaba fijamente la carretera, delante de él. Janine se volvió hacia Marcel y sólo vio su sólida nuca. A través del cristal contemplaba la bruma, más densa, que subía de los inestables terraplenes.

Hacía horas que rodaban y la fatiga había apagado toda manifestación de vida en el coche cuando afuera resonaron unos gritos. Unos niños en chilaba, girando como peonzas, saltando, aplaudiendo, corrían alrededor del vehículo. Ahora rodaban por una calle larga bordeada de edificios bajos; entraban en el oasis. El viento seguía soplando pero los muros detenían las partículas de arena que ya no oscurecían la luz. Sin embargo el cielo permanecía cubierto. En medio de los gritos y con un gran chirrido de frenos el autocar se detuvo junto a los soportales de adobe de un hotel de sucios cristales. Janine se bajó y una vez en la calle sintió que

vacilaba. Observó un minarete amarillo y grácil, por encima de las casas. A su izquierda se recortaban ya las primeras palmeras del oasis y hubiera deseado dirigirse hacia ellas. Pero aunque era mediodía el frío era agudo y el viento la hizo tiritar. Se volvió hacia Marcel y primero vio al soldado, que venía a su encuentro. Ella esperaba su sonrisa o su saludo. Él pasó junto a ella sin mirarla y desapareció. En cuanto a Marcel, se hallaba ocupado haciendo que bajaran el baúl con las telas, un cofre negro, izado sobre el techo del autocar. No iba a ser fácil. El chófer era el único que se ocupaba del equipaje y ya se había parado, erguido sobre el techo, para perorar delante del círculo de chilabas que se había reunido alrededor del autobús. Rodeada de rostros que parecían labrados en huesos y cuero, asediada por gritos guturales, Janine sintió de repente la fatiga. «Me subo», dijo a Marcel que empezaba a interpelar con impaciencia al chófer.

Entró en el hotel. El patrón, un francés delgado y taciturno, se dirigió a ella. La condujo al primer piso, en una galería que dominaba la calle, a una habitación donde únicamente había una cama de hierro, una silla barnizada de blanco, un ropero sin cortinas y, detrás de un biombo de mimbre, un aseo cuyo lavabo aparecía cubierto de fino polvo de arena. Cuando el patrón cerró la puerta Janine sintió el frío que desprendían las paredes, desnudas y blanqueadas con cal. No sabía dónde dejar su bolso, ni dónde ponerse ella misma. Había que acostarse o estarse de pie, y en ambos casos tiritar. Permaneció de pie, con su bolso colgando del brazo, contemplando una especie de tragaluz que se abría al cielo, cerca del techo. Esperaba, pero no sabía qué. Únicamente sentía su soledad, y el frío que la iba penetrando, y un peso más pesado en el lugar del corazón. En verdad estaba soñando, casi sorda a los ruidos que subían de la calle con retazos de la voz de Marcel, más consciente, por el contrario, de aquel rumor fluvial que procedía del tragaluz y que el viento hacía nacer en las palmeras, tan cerca ahora, según le parecía. Después, en apariencia, el viento pareció arreciar, y el suave rumor de aguas

se convirtió en un silbar de olas. Imaginó un mar de palmeras rectas y flexibles, detrás de las paredes, alborotándose en medio de la tempestad. Nada se parecía a lo que ella había esperado, pero aquellas olas invisibles refrescaban sus ojos fatigados. Permaneció de pie, apesadumbrada, con los brazos caídos, un poco encorvada, mientras el frío subía por sus piernas aplomadas. Soñaba con las palmeras rectas y flexibles y con aquella muchachita que ella había sido.

Después de asearse bajaron al comedor. Sobre las paredes desnudas habían pintado camellos y palmeras, ahogados en una mermelada rosa y violeta. Las ventanas de arco dejaban entrar una luz parsimoniosa. Marcel se informó con el patrón del hotel sobre los comerciantes árabes. Más tarde, un viejo árabe que llevaba una condecoración militar en su guerrera les sirvió. Marcel estaba preocupado y desgarraba su pan. No dejó que su mujer bebiera agua. «No está hervida. Toma vino.» Eso a ella no le gustaba, el vino la atontaba. Después hubo cerdo en el menú. «El Corán lo prohíbe. Pero el Corán no sabía que el cerdo bien cocido no transmite enfermedades. Nosotros sabemos cocinar. ¿En qué piensas?» Janine no pensaba en nada, o quizá pensaba en aquella victoria de los cocineros sobre los profetas. Pero tenía que darse prisa. Salían al día siguiente por la mañana, más al sur todavía: tenían que visitar por la tarde a todos los comerciantes importantes. Marcel apremió al viejo árabe para que trajera el café. Éste asintió con la cabeza, sin sonreír, y salió con pasitos cortos. «Tranquilamente por la mañana, y no demasiado deprisa por la tarde», dijo Marcel riendo. Sin embargo el café terminó por llegar. Apenas se tomaron el tiempo de tragarlo y salieron a la calle polvorienta y fría. Marcel llamó a un joven árabe para que le ayudara a llevar el baúl, pero discutió la retribución por principio. Su opinión, que una vez más hizo saber a Janine, descansaba en efecto sobre el oscuro axioma de que siempre empezaban pidiendo el doble para que les dieran la cuarta parte. Janine seguía a los dos portadores a disgusto. Se

había puesto un vestido de lana debajo de su abrigo grueso, y hubiera preferido sentirse menos voluminosa. El cerdo, aunque bien cocido, y el poco de vino que había bebido también la embarazaban.

Caminaban a lo largo de un pequeño jardín público plantado de árboles polvorientos. Los árabes que se cruzaban con ellos se apartaban aparentemente sin verlos, recogéndose por delante los faldones de las chilabas. Incluso cuando vestían andrajos ella les veía un aire orgulloso que no tenían los árabes de su ciudad. Janine iba siguiendo al baúl que abría camino a través de la muchedumbre. Pasaron bajo la puerta de una muralla de tierra ocre, alcanzaron una pequeña plaza plantada con los mismos árboles minerales y rodeada al fondo, en su parte más ancha, de soporales y comercios. Pero se detuvieron en la misma plaza, delante de una pequeña construcción en forma de obús, encalada de azul. En su interior, de habitación única, iluminada solamente por la luz que entraba por la puerta, se hallaba un viejo árabe de blancos mostachos, detrás de un reluciente mostrador de madera. Estaba sirviendo té, alzando y bajando la tetera sobre tres pequeños vasos multicolores. El fresco aroma del té a la menta acogió a Marcel y a Janine desde el mismo umbral, antes de que pudieran distinguir otra cosa en la penumbra del almacén. Apenas franqueada la entrada con sus embarazosas guirnaldas de teteras de estaño y bandejas mezcladas con torniquetes de tarjetas postales, Marcel se halló contra el mostrador. Janine permaneció en la entrada. Se apartó un poco para no interceptar la luz. En aquel momento se percató de la presencia de dos árabes que les miraban sonrientes, detrás del viejo tendero, en la penumbra, sentados sobre sacos repletos que ocupaban totalmente el fondo del local. A lo largo de las paredes colgaban alfombras rojas y negras y pañuelos bordados, y el suelo estaba atiborrado de sacos y pequeñas cajas llenas de semillas aromáticas. Sobre el mostrador, en torno a una báscula de relucientes platillos de cobre y de un viejo metro con las marcas borradas, se alineaban los panes de azúcar, uno de los cuales, despojado de sus pañales de

grueso papel azul, aparecía empezado por la punta. Cuando el viejo comerciante dejó la tetera sobre el mostrador y dio los buenos días, el olor a lana y a especias que flotaba en el local se manifestó por encima del aroma del té.

Marcel hablaba con precipitación, con aquella voz baja que utilizaba para hablar de negocios. Después abrió el baúl, enseñó las telas y los pañuelos, apartó la báscula y el metro para desplegar su mercancía ante el viejo comerciante. Se ponía nervioso, alzaba el tono, reía de manera desordenada, tenía todo el aspecto de una mujer que quiere agradar y que no está segura de sí. Ahora, con las manos ampliamente abiertas, imitaba la compraventa. El viejo sacudió la cabeza, pasó la bandeja de té a los dos árabes que se hallaban detrás de él y únicamente pronunció un par de palabras que al parecer desanimaron a Marcel. Este recogió las telas, las amontonó en el baúl, y a continuación enjugó el improbable sudor de su frente. Llamó al porteador y se pusieron en marcha hacia los soportales. En el primer comercio tuvieron algo más de suerte, aunque el dueño afectara al principio el mismo aire olímpico. «Se toman por Dios Padre —dijo Marcel—, pero ellos también son vendedores. La vida es dura para todos.»

Janine le seguía sin responder. El viento se había calmado casi totalmente. El cielo se despejaba a retazos. Una luz fría y brillante bajaba de los pozos azules que se iban abriendo en el espesor de las nubes. Ahora habían salido de la plaza. Caminaban por callejuelas a lo largo de muros de adobe, por encima de los cuales colgaban las rosas podridas de diciembre y de trecho en trecho una granada seca, agusanada. En aquel barrio flotaba un aroma de polvo y de café, el humo de una fogata de cortezas, olor a piedra y a carnero. Los comercios, alejados unos de otros, se hallaban excavados en los lienzos de las murallas; Janine sentía las piernas pesadas. Pero poco a poco su marido se iba tranquilizando, había comenzado a vender y al mismo tiempo se volvía más conciliador; llamaba a Janine «mi pequeña», el viaje no sería en vano. «Eso seguro —decía Janine—, vale más entenderse directamente con ellos.»

Regresaron al centro por otra calle. La tarde había avanzado y el cielo ahora se había ido despejando. Se pararon en la plaza. Marcel se frotaba las manos contemplando con ternura el baúl que tenían delante. «Mira», dijo Janine. Del otro lado de la plaza venía un árabe alto, delgado, vigoroso, con rostro aguileño y bronceado, vestido con una chilaba azul celeste, calzado con finas botas amarillas, enguantadas las manos. Únicamente el chai que llevaba a modo de turbante permitía adivinar uno de aquellos oficiales franceses de Asuntos Indígenas que Janine había admirado a veces. Avanzaba en su dirección con pasos regulares, pero parecía mirar más allá del grupo que formaban, al tiempo que se desenguantaba con lentitud una de las manos. «Vaya —dijo Marcel encogiéndose de hombros—, ahí va uno que se cree un general.» Sí, todos tenían el mismo aire orgulloso, pero lo cierto es que aquél exageraba. Rodeados por el ámbito vacío de la plaza, avanzaba recto en dirección al baúl, sin verla, sin verlos. Al rato la distancia que les separaba disminuyó rápidamente y el árabe se acercaba ya hasta donde estaban ellos cuando Marcel agarró de repente el asa del baúl y tiró de ella hacia atrás. El otro pasó sin que aparentemente hubiera visto nada y se dirigió con el mismo paso hacia las murallas. Janine miró a su marido, parecía decaído. «Ahora se creen que se lo pueden permitir todo», dijo. Janine no respondió. Detestaba la estúpida arrogancia de aquel árabe y de repente se sintió desgraciada. Quería irse, pensaba en su pequeño apartamento. La idea de regresar al hotel, a aquella habitación helada, la desanimaba. Súbitamente pensó que el dueño le había aconsejado que subiera a la terraza del fortín, desde donde se podía contemplar el desierto. Se lo dijo a Marcel, y también que podían dejar el baúl en el hotel. Pero él estaba cansado y quería dormir un poco antes de cenar. «Por favor», dijo Janine. Él la miró, súbitamente afectuoso. «Por supuesto, mi amor», dijo.

Ella le esperó delante del hotel, en la calle. El gentío, vestido de blanco, se iba haciendo cada vez más numeroso. No se veía ni una sola mujer y a Janine le parecía que nunca había visto tantos hornbres. Sin embargo ninguno la miraba.

Algunos, sin verla al parecer, volvían lentamente hacia ella su rostro enjuto y curtido que, a ojos de ella, hacía que todos se parecieran, el rostro del soldado francés del autobús, el del árabe de los guantes, un rostro a la vez astuto y altivo. Volvían aquel rostro hacia la forastera, no la veían y después, ligeros y silenciosos, pasaban junto a ella, que ya empezaba a tener hinchados los tobillos. Y su malestar y su necesidad de irse iban aumentando. «¿Para qué habré venido?» Pero en aquel momento Marcel bajó.

Cuando emprendieron la subida de las escaleras del fortín eran las cinco de la tarde. El viento se había calmado completamente. El cielo, totalmente despejado, era entonces de un azul malva. El frío, más seco, picaba en las mejillas. A mitad de las escaleras, un viejo árabe recostado contra la pared les preguntó si necesitaban un guía, pero sin moverse, como si hubiera estado seguro por anticipado de su respuesta negativa. La escalera era larga y empinada, a pesar de varios rellanos de tierra apisonada. A medida que subían el espacio se iba ampliando, y ascendían en medio de una luz cada vez más vasta, fría y seca, en la cual cada sonido del oasis les llegaba con una pureza nítida. El aire iluminado parecía vibrar a su alrededor, con una vibración cada vez más larga a medida que avanzaban, como si su paso hiciera nacer en el cristal de luz una onda sonora que se fuera ampliando. Y en el instante en que llegados a la terraza su mirada se perdió de repente en el horizonte inmenso, más allá del palmeral, a Janine le pareció que todo el cielo resonaba con una nota única, brillante y breve, cuyos ecos llenaban poco a poco el espacio por encima de ella, para luego cesar súbitamente y abandonarla a ella, silenciosa, delante de la extensión sin límites.

En efecto, de este a oeste su mirada podía desplazarse lentamente sin encontrar un solo obstáculo, todo a lo largo de una curva perfecta. Debajo de ella se encabalgaban las terrazas azules y blancas de la medina, ensangrentadas por las manchas de rojo sombrío de los pimientos que secaban al sol. No se veía a nadie, pero de los patíos interiores subían voces que reían y correteos incomprensibles, junto con

el tufo aromático del café tostado. Un poco más lejos, los penachos del palmeral dividido con muros de arcilla en rectángulos desiguales, gemían bajo el efecto de un viento que allí en la terraza no se sentía. Más lejos aún comenzaba, ocre y gris, el reino de las piedras, hasta el horizonte, sin que apareciera ningún signo de vida. Únicamente a cierta distancia del oasis, cerca de la torrentera que corría por el oeste a lo largo del palmeral, se divisaban amplias tiendas negras. A su alrededor, un rebaño de dromedarios inmóviles, minúsculos en la distancia, formaban en el suelo gris los signos sombríos de una extraña escritura cuyo sentido era necesario descifrar. Por encima del desierto el silencio era tan vasto como el espacio.

Apoyando todo el cuerpo contra el parapeto Janine se quedó sin voz, incapaz de desprenderse del vacío que se abría ante ella. Marcel se agitaba a su lado. Tenía frío, quería bajar. ¿Qué había que ver allí? Pero ella no podía apartar la mirada del horizonte. Le pareció de repente que algo la esperaba allí, más al sur todavía, en aquel lugar en que el cielo y la tierra se encontraban en una línea pura, algo que ella había ignorado hasta entonces y que sin embargo siempre había echado en falta. La luz declinaba lentamente en la tarde avanzada; antes cristalina, ahora se volvía líquida. Al mismo tiempo, en el corazón de una mujer a quien sólo el azar había llevado allí, se iban desatando todos los nudos de los años, de la costumbre y del hastío, que hasta entonces la habían mantenido apresada. Contempló el campamento de los nómadas. Ni siquiera había visto a los hombres que vivían allí, nada se movía entre las tiendas negras, y sin embargo, y a pesar de que hasta aquel día apenas había sabido de su existencia, solamente podía pensar en ellos. Sin casa, separados del mundo, eran un puñado de gente errante en aquel vasto territorio que ella descubría con la mirada, y que sin embargo sólo era una parte irrisoria de un espacio todavía mayor, cuya vertiginosa fuga sólo se detenía miles de kilómetros más al sur, allí donde el primer río fecunda al fin la selva. Algunos hombres caminaban sin tregua, desde siempre, por aquella tierra seca, roída hasta el hueso, por

aquel país desmesurado, sin poseer nada pero sin servir a nadie, señores miserables y libres de un extraño reino. Janine no sabía por qué aquella idea la llenaba de una tristeza tan dulce y tan vasta que le cerraba los ojos. Únicamente sabía que desde el origen de los tiempos aquel reino le había sido prometido y que sin embargo nunca sería suyo, jamás, salvo quizás en aquel instante fugitivo, cuando volvió a abrir los ojos al cielo repentinamente inmóvil, y hacia las oleadas de luz coagulada, mientras las voces que subían de la médina callaban bruscamente. Le pareció que el curso del mundo acababa de detenerse y que a partir de aquel instante nadie envejecería y nadie moriría. En adelante, y en todo lugar, la vida quedaba en suspenso, salvo en su corazón, donde en aquel mismo momento alguien lloraba de tristeza y de admiración.

Pero la luz se puso en movimiento y el sol, nítido y sin calor, declinó hacia el oeste, enrojeciéndolo un poco, al tiempo que una ola gris se iba formando por el este y se disponía a inundar lentamente la inmensa llanura. Aulló el primer perro y su grito lejano subió en el aire, cada vez más frío. Entonces Janine se dio cuenta de que estaba tiritando. «La vamos a cascar —dijo Marcel—, eres tonta. Volvamos.» Pero la tomó torpemente de la mano. Dócil, ella se apartó del parapeto y le siguió. El viejo árabe de la escalera, inmóvil, les vio bajar hacia la ciudad. Ella caminaba sin ver a nadie, abrumada bajo el peso de una inmensa y brusca fatiga, arrastrando su cuerpo cuya carga le parecía ahora insostenible. Su exaltación la había abandonado. Ahora se sentía demasiado grande, demasiado espesa, demasiado blanca también para aquel mundo en el que acababa de entrar. Un niño, una muchacha, un hombre seco, un furtivo chacal, eran las únicas criaturas que podían hollar silenciosamente aquella tierra. ¿Qué haría ella allí en adelante, salvo arrastrarse hasta el sueño, hasta la muerte?

Se arrastró en efecto hasta el restaurante, delante de un marido repentinamente taciturno, o que predicaba su cansancio, mientras ella misma luchaba débilmente contra la fiebre de un catarro que sentía subir. Y también se arrastró

hasta la cama, donde Marcel fue a juntarse con ella, y apagó al momento la luz sin pedirle nada. La habitación estaba helada. Janine sentía que el frío avanzaba al mismo tiempo que se aceleraba la fiebre. Respiraba mal y su sangre latía sin calentarla; algo parecido al miedo iba creciendo en ella. Se dio la vuelta, la vieja cama de hierro crujía bajo su peso. No, no quería estar enferma. Su marido ya dormía y ella tenía que dormir también, lo necesitaba. Por la claraboya llegaban hasta ella los sonidos apagados de la ciudad. Los viejos fonógrafos de los cafetines moros emitían con voces nasales melodías que reconocía vagamente, y que le llegaban a lomos de un rumor de muchedumbres lentas. Tenía que dormir. Pero contaba las tiendas negras; detrás de sus párpados pacían los camellos inmóviles; inmensas soledades giraban en su interior. Sí, ¿por qué había venido? Con esa pregunta se durmió.

Se despertó algo más tarde. A su alrededor el silencio era total. Pero en los confines de la ciudad los perros roncoss aullaban en la noche muda. Janine se estremeció. Se dio la vuelta y sintió contra su hombro el hombro duro de su marido y de repente, medio dormida, se apretó contra él. Fue a la deriva del sueño sin sumergirse, agarrada a aquel hombro con una avidez inconsciente, como si fuera su puerto más seguro. Hablaba, pero su boca no emitía ningún sonido. Hablaba, pero apenas se oía a sí misma. Únicamente sentía el calor de Marcel. Como desde hacía más de veinte años, cada noche, así, en su calor, siempre los dos, incluso enfermos, incluso de viaje, como en aquel momento... Además, ¿qué hubiera hecho sola en casa? ¿Sin hijos! ¿Era eso lo que le faltaba? No lo sabía. Seguía a Marcel, eso era todo, contenta de saber que alguien la necesitaba. La única alegría que él le daba era la de saberse necesaria. Sin duda alguna él no la quería. Ni siquiera el amor rencoroso tiene ese rostro ceñudo. ¿Pero cuál es su rostro? Se amaban en la noche, sin verse, a tientas. ¿Existe otro amor que no sea el de las tinieblas, existe un amor que grite a plena luz del día? No lo sabía, pero sabía que Marcel la necesitaba y que ella necesitaba aquella necesidad, que de ello vivía noche y

día, sobre todo por la noche, cada noche, cuando él no quería estar solo, ni envejecer, ni morir, con aquel aire obtuso que adoptaba y que ella reconocía a veces en los rostros de otros hombres, el único rasgo común a todos aquellos locos que se camuflan bajo talantes razonables, hasta que les atrapa el delirio y les arroja desesperadamente hacia un cuerpo de mujer para enterrar en él, sin deseo, todo lo que tienen de espantoso la soledad y la noche.

Marcel se agitó un poco como para alejarse de ella. No, él no la quería, sencillamente tenía miedo de todo lo que no fuera ella, y hacía tiempo que ambos hubieran debido separarse para dormir solos hasta el final. ¿Pero quién es capaz de dormir siempre solo? Algunos hombres lo hacen, aquellos a quienes la vocación o la desgracia han separado de los demás y que se acuestan todas las noches en el mismo lecho que la muerte. Marcel nunca podría hacerlo, él menos que nadie, criatura débil y desarmada, siempre espantado por el dolor, hijo suyo, precisamente, aquel que la necesitaba y que en aquel mismo instante dejó escapar una suerte de gemido. Ella se juntó un poco más contra él, y le puso la mano en el pecho. Y en su fuero interno pronunció el nombre enamorado con que le llamaba en otros tiempos y que todavía, de tarde en tarde, utilizaban entre sí pero sin pensar en lo que decían.

Le llamó de todo corazón. Además, ella también le necesitaba, necesitaba su fuerza, sus pequeñas manías, también ella tenía miedo a morir. «Si superara ese miedo sería feliz...» Al instante la invadió una angustia sin nombre. Se separó de Marcel. No, no estaba superando nada, no era feliz, en verdad iba a morir sin haberse librado de ello. Le dolía el corazón, descubría de repente que se ahogaba bajo un peso inmenso que arrastraba desde hacía veinte años, un peso bajo el cual se debatía ahora con todas sus fuerzas. ¡Quería librarse de él, incluso si Marcel, incluso si los demás no se libraban nunca! Se incorporó en la cama, despierta, y aguzó el oído hacia una llamada que le pareció muy cercana. Pero sólo le llegaron las voces extenuadas e infatigables de los perros desde los confines de la noche. Se había levantado

una brisa débil cuyas ligeras aguas oía correr por el palmeral. Venía del sur, de allí donde el desierto y la noche se mezclaban ahora bajo el cielo, inmóvil otra vez, donde la vida se detenía, donde nadie envejecía ni moría. Después, las aguas del viento dejaron de manar y ni siquiera estaba segura de haber oído algo, salvo una llamada muda que además podía escuchar o hacer callar a voluntad, y cuyo sentido jamás conocería si no respondía al instante. Al instante, sí, de eso al menos estaba segura.

Se levantó sin brusquedad y permaneció inmóvil cerca de la cama, atenta a la respiración de su marido. Marcel dormía. Un instante después, perdió el calor del lecho y el frío se apoderó de ella. Se vistió lentamente, buscando a tientas su ropa en la débil claridad que llegaba de las farolas de la calle a través de las persianas de la fachada. Alcanzó la puerta con los zapatos en la mano. Esperó todavía un instante en la oscuridad, y después abrió con lentitud. El picaporte rechinó y ella se quedó inmovilizada. Su corazón latía alocadamente. Aguzó el oído y tranquilizada por el silencio hizo girar un poco más la mano. La rotación del picaporte le pareció interminable. Al fin abrió, se deslizó fuera y volvió a cerrar la puerta con las mismas precauciones. Después, con la mejilla pegada a la madera, esperó. Al cabo de un momento percibió lejanamente la respiración de Marcel. Se dio la vuelta, recibió en pleno rostro el aire helado de la noche y echó a correr a lo largo de la galería. La puerta del hotel estaba cerrada. Mientras manipulaba el cerrojo, el vigilante nocturno apareció en lo alto de la escalera con el semblante confuso y le habló en árabe. «Ahora vuelvo», dijo Janine, y se lanzó a la noche.

Del cielo negro bajaban guirnaldas de estrellas sobre las palmeras y las casas. Corrió a lo largo de la corta avenida que llevaba al fortín, ahora desierta. El frío, que ya no tenía que luchar contra el sol, había invadido la noche; el aire helado le quemaba los pulmones. Pero siguió corriendo, medio a ciegas, en la oscuridad. Sin embargo, en lo alto de la avenida aparecieron algunas luces que se acercaron a ella zigzagueando. Se detuvo, oyó un rumor de élitros y al final,

detrás de las luces que iban aumentando de tamaño vio unas enormes chilabas bajo las cuales centelleaban las ruedas frágiles de las bicicletas. Las chilabas la rozaron; tres luces rojas surgieron en la oscuridad detrás de ella, y al momento desaparecieron. Volvió a emprender su carrera hacia el fortín. A mitad de la escalera la quemadura del aire en los pulmones llegó a ser tan cortante que quiso detenerse. Sin embargo, un último impulso la arrojó a su pesar a la terraza, al parapeto, contra el cual apretó entonces su vientre. Jadeaba, y todo se confundía delante de sus ojos. La carrera no le había hecho entrar en calor y todos sus miembros temblaban todavía. Pero pronto fue aspirando con regularidad el aire frío que había estado tragando a bocanadas y un calor tímido empezó a nacer en medio de los escalofríos. Sus ojos se abrieron al fin sobre los espacios de la noche.

Ningún aliento, ningún ruido, nada turbaba el silencio y la soledad que rodeaban a Janine, salvo a veces el resquebrajamiento sofocado de las piedras que el frío iba reduciendo a arena. Sin embargo, al cabo de un instante, le pareció que una especie de pesada rotación arrastraba el cielo por encima de ella. Miles de estrellas se formaban sin tregua en el espesor de la noche fría y seca, y sus brillantes carámbanos, desprendiéndose al instante, empezaban a deslizarse imperceptiblemente hacia el horizonte. Janine no podía apartarse de la contemplación de aquellas luminarias a la deriva. Giraba con ellas y poco a poco se reunía con su ser más profundo por el mismo camino inmóvil, donde ahora combatían el deseo y el frío. Las estrellas caían delante de ella, una a una, y se apagaban después entre las piedras del desierto, y cada vez Janine se iba abriendo un poco más a la noche. Respiraba, olvidaba el frío, el peso de la existencia, la vida demente o inmóvil, la prolongada angustia de vivir y de morir. Después de haber escapado alocadamente durante tantos años huyendo delante del miedo, por fin podía detenerse. Al mismo tiempo le parecía volver a encontrar sus raíces, como si la savia volviera a subir por su cuerpo, que ahora ya no tiritaba. Apretando todo su vientre contra el

parapeto, proyectando su tensión hacia el cielo en movimiento, solamente esperaba que su corazón, todavía alterado, se apaciguara a su vez, y que al fin se hiciera el silencio en ella. Las últimas estrellas de las constelaciones dejaron caer sus racimos algo más abajo, sobre el horizonte del desierto y se inmovilizaron. Entonces, con una insoportable suavidad, Janine empezó a llenarse con el agua de la noche, venciendo al frío, subiendo poco a poco del centro oscuro de su ser y desbordándose en oleadas ininterrumpidas hasta llenar de gemidos su boca. Un instante después el cielo entero se desplegaba sobre ella, tendida sobre la tierra fría.

Cuando Janine regresó con las mismas precauciones Marcel no se había despertado. Pero lanzó un gruñido cuando ella se acostó y unos segundos después se incorporó bruscamente. Habló, y ella no comprendió lo que decía. Se levantó y encendió la luz, que la golpeó en pleno rostro. Se dirigió tambaleándose hacia el lavabo y bebió largamente de la botella de agua mineral que había allí. Ya iba a meterse entre las sábanas cuando con una rodilla encima de la cama la miró a ella, sin comprender. Estaba llorando a lágrima viva, sin poder contenerse. «No es nada, mi amor —decía ella—, no es nada.»

El renegado
o
un espíritu confuso

«¡Qué lío, qué lío! Tengo que poner orden en mi cabeza. Desde que me han cortado la lengua, no sé, otra lengua se mueve sin cesar por mi cráneo, hay algo que habla, o alguien, y a veces calla repentinamente, y después todo vuelve a empezar, oh, hay demasiadas cosas que oigo y que sin embargo no digo, qué lío, y si abro la boca se oye como un ruido de guijarros agitados. Orden, orden, dice la lengua, y al mismo tiempo habla de otra cosa, sí, yo siempre he deseado el orden. Al menos algo hay seguro, estoy esperando al misionero que tiene que venir a sustituirme. Estoy al borde de la pista, a una hora de Taghasa, oculto detrás de un desprendimiento de rocas, sentado sobre el viejo fusil. El día se levanta sobre el desierto, todavía hace mucho frío y dentro de un rato hará demasiado calor, esta tierra vuelve loco y yo, desde hace tantos años que ya he perdido la cuenta... ¡No! ¡Un esfuerzo más! El misionero debe llegar esta mañana, o esta tarde. He oído decir que vendría con un guía y es posible que sólo tengan un camello para los dos. Esperaré, espero, el frío y sólo el frío es lo que me hace temblar. No te impacientes, sucio esclavo.

»¡Hace tanto tiempo que estoy armado de paciencia! Cuando estaba en mí país, en aquella meseta del Macizo Central, mi padre grosero, mi madre una bestia, el vino, la sopa de tocino todos los días, sobre todo el vino, agrio y frío, y el invierno interminable, la nieve, los ventisqueros, los

heléchos repugnantes, ¡oh! quería marcharme, dejarlos a todos de golpe y empezar al fin a vivir, al sol, con agua clara. Me creía lo que decía el cura, me hablaba del seminario, todos los días se ocupaba de mí, le sobraba tiempo en aquella comarca protestante en la que tenía que pasar desapercibido, pegado a las paredes, cuando cruzaba por el pueblo. Me hablaba del porvenir y del sol, el catolicismo es el sol, decía, y me hacía leer, y consiguió que entrara el latín en mi dura mollera: "Este muchacho es inteligente pero es una muía", y tan duro es mi cráneo que a pesar de todas las caídas no he sangrado de la cabeza en toda mi vida. "Cabeza de buey", decía mi padre, aquel puerco. En el seminario se sentían orgullosos de mí, un recluta en un país protestante era toda una victoria, y me vieron llegar como el sol de Austerlitz. Sol paliducho, bien es cierto, por culpa del alcohol, bebieron vino agrio y sus hijos tienen los dientes caridos, ra, ra, matar al padre, eso es lo que habría que hacer, pero de hecho no hay peligro de que vaya a las misiones, porque el padre murió hace tiempo, el vino ácido acabó por perforarle el estómago, y ahora sólo me queda matar al misionero.

»Tengo que ajustar cuentas con él, y con sus maestros, y con mis maestros, que me han engañado, y con la cochina Europa, todo el mundo me ha engañado. La misión, ésa era la única palabra que tenían en los labios, ir a los salvajes y decirles: "¡Este es mi Señor, miradle, nunca golpea, ni mata, sino que ordena con dulce voz, presenta la otra mejilla, es el más encumbrado de los señores, escogedle, ved cómo a mí me ha vuelto mejor, ofendedme y os daré la prueba!" Sí, yo me lo creía, ra, ra, y me sentía mejor, engordé y casi llegué a ser guapo, y buscaba humillaciones. Cuando nos paseábamos en filas negras y apretadas bajo el sol de Grenoble y nos cruzábamos con muchachas de faldas ligeras yo no apartaba la mirada, no, las despreciaba y esperaba que me ofendieran y ellas a veces se reían. Entonces yo pensaba: "Que me golpeen y me escupan en la cara", pero lo cierto es que su risa era algo parecido, erizada de dientes puntiagudos que me desgarraban, ¡cuan dulces eran las ofensas y el

sufrimiento! Cuando yo me denigraba mi director no lo comprendía: "No, algo bueno hay en ti". ¡Algo bueno! Vino agrio, había en mí, y nada más, y tanto mejor, pues cómo volverse bueno si antes no se es malvado, bien lo había comprendido en todo lo que me enseñaban. Es lo único que había comprendido, una idea fija, una muña inteligente y hasta el final con ello, iba al encuentro de las penitencias, me escatimaba la ración ordinaria, en fin, quería servir de ejemplo, yo también, para que se me viese, y que al verme se rindiera homenaje a quien me había hecho mejor, ¡salud en mí al Señor!

»¡ Astro salvaje! Se levanta, el desierto cambia, ya no tiene ese color de ciclamen de las montañas, ¡oh, montaña mía!, y la nieve, tierna y suave nieve, no, es un amarillo algo gris, hora ingrata antes del gran resplandor. Nada, nada aún ante mí, hasta el horizonte, allá donde la llanura desaparece en un círculo de colores todavía pálidos. Detrás de mí la pista sube hasta la duna detrás de la cual se oculta Taghasa, cuyo nombre de hierro resuena en mi cabeza desde hace tantos años. El primero que me habló de ello fue el viejo cura medio ciego que hacía sus ejercicios espirituales en el seminario, pero por qué el primero, fue el único, y a mí lo que me asombró de su relato no fue la ciudad de sal, los muros blancos bajo el sol tórrido, no, fue la crueldad de sus habitantes salvajes, la ciudad cerrada a los extranjeros, y sólo uno de cuantos habían intentado penetrar en ella, uno sólo que él supiera, había podido contar lo que había visto. Le habían azotado y arrojado al desierto después de haberle puesto sal en las heridas y en la boca, y había encontrado unos nómadas, por una vez hospitalarios, tuvo suerte, y yo a partir de entonces soñé con ese relato, con la quemadura de la sal y del cielo, con la mansión del fetiche y con sus esclavos, qué podía encontrar que fuera más excitante, más bárbaro, sí, aquélla era mi misión, allí debía dirigirme para predicar al Señor.

»En el seminario me echaron sermones para disuadirme y decirme que era conveniente esperar, aquél no era un país de misión, yo no estaba aún maduro, debía prepararme

especialmente, saber quién era, y también probarme a mí mismo, y después ya se vería. ¡Ah, siempre esperar! No, sí, bien por la preparación especial y por las pruebas, puesto que tenían lugar en Argel y que aquello me acercaba a mi objetivo, pero por lo demás, yo sacudía mi dura mollera y repetía la misma cosa, irme con los más bárbaros y vivir su vida, enseñar entre ellos y predicar con el ejemplo, incluso en la mansión del fetiche, que la verdad de mi Señor era más fuerte. Me someterían a vejaciones, por supuesto, pero no me daban miedo sus ofensas, eran necesarias para mi demostración, y aquellos salvajes quedarían subyugados por el modo como yo las soportaría, como un sol poderoso. Poderoso, sí, ésa era la palabra que sin cesar me venía a la lengua, soñaba con el poder absoluto, el que obliga a arrodillarse, el que fuerza la capitulación del enemigo y al fin lo convierte, y cuanto más ciego, cruel y seguro de sí es el adversario, sepultado en su convicción, tanto más proclama su confesión la majestad de quien es causa de su derrota. El miserable ideal de nuestros curas era convertir a la gente sencilla que se había apartado algo del buen camino, y yo los despreciaba por tener tanto poder y atreverse a tan poco, no tenían la fe que tenía yo, yo quería que los propios verdugos me reconocieran, que cayeran de hinojos y exclamaran: "Señor, he aquí tu victoria", en fin, reinar sólo con la palabra sobre un ejército de malvados. ¡Ah! Qué seguro estaba de lo acertado de mi razonamiento, y por otra parte, nunca lo suficientemente seguro de mí mismo, pero cuando tengo una idea, no la suelto, ésa es mi fuerza, sí, mi fuerza personal, por la que todos sentían compasión.

»El sol ha subido algo más y la frente empieza a arderme. A mi alrededor las piedras lanzan crujidos sordos, lo único fresco es el cañón del fusil, fresco como los prados, como en otros tiempos la lluvia del atardecer, cuando la sopa hervía suavemente, mi padre y mi madre me esperaban, a veces me sonreían, quizá les amaba. Pero se acabó, sobre la pista comienza a alzarse un velo de calor, ven, misionero, te estoy esperando, ahora sé lo que hay que responder al mensaje, he aprendido la lección de mis nuevos amos, y sé que tienen

razón, hay que ajustarle las cuentas al amor. Cuando me escapé del seminario, en Argel, me imaginaba a estos bárbaros de otro modo, y lo único cierto de mis ensoñaciones es que son malvados. Robé la caja del economato, colgué la sotana, crucé el Atlas, los páramos altos y el desierto, el chófer de la Compañía Transahariana se burlaba de mí: "No vayas allí", no sé qué les pasaba a todos, las olas de arena se sucedían durante centenares de kilómetros, desflecadas, avanzando para después retroceder con el viento, y de nuevo la montaña, toda ella de picos negros, aristas cortantes, como de hierro, y más allá necesité un guía para ir por el mar interminable de guijarros ocre que aulla de calor, ardiendo en mil espejos erizados de luz, para llegar a este lugar, en la frontera del país de los negros y de la tierra de los blancos. Y el guía me robó el dinero, ingenuo de mí, ingenuo siempre, yo se lo había enseñado, pero me dejó en la pista, precisamente cerca de aquí, después de golpearme: "Ésta es la ruta, perro, soy hombre de honor, vete, vete, ellos te enseñarán". Y bien que me enseñaron, sí, son como el sol que nunca cesa de golpear, salvo en la noche, con brillo y orgullo, y que en este mismo instante golpea duramente, con demasiada dureza, oh, con ardientes golpes de lanza súbitamente surgida del suelo, al abrigo, sí, al abrigo de la gran roca, antes de que todo sea confusión.

»Aquí la sombra es buena. ¿Cómo es posible vivir en la ciudad de sal, en el fondo de ese cuenco lleno de calor blanco? Sobre cada uno de sus muros rectos, labrados a golpe de pico, toscamente pulidos, las melladuras que ha dejado el pico se erizan de escamas deslumbrantes, algo amarillentas por la arena dorada que las salpica, salvo cuando el viento limpia los muros rectos y las terrazas y entonces todo resplandece de blancura fulgurante bajo el cielo, limpio también hasta su corteza azul. Me volvía ciego durante aquellos días en los que el incendio inmóvil crepitaba durante horas en las terrazas blancas, que parecían unirse todas como si, antaño, ellos hubieran atacado todos juntos una montaña de sal, la hubieran allanado primero, y después, hubieran cavado las calles en la propia masa, y el interior de las casas, y las

ventanas, o mejor, como si hubieran recortado su infierno blanco y ardiente con un soplete de agua hirviendo, sólo para demostrar que serían capaces de vivir donde nadie sería jamás capaz de hacerlo, a treinta días de distancia de cualquier tipo de vida, en ese agujero en medio del desierto, donde el calor de mediodía impide cualquier contacto entre las personas y levanta entre ellos un enrejado de llamas invisibles y de cristales hirvientes, donde el frío de la noche les congela sin transición, uno a uno, en sus conchas de sal gema, nocturnos habitantes de un témpano seco, esquimales negros tiritando de repente en sus iglús cúbicos. Negros, sí, porque visten largas telas negras, y la sal, que invade hasta las uñas, que *uno mastica* amargamente en el sueño polar de las noches, la sal que uno bebe en el agua que surge del único manantial, en la concavidad de una entalladura brillante, deja a veces en sus vestimentas sombrías unas huellas parecidas al rastro de los caracoles después de la lluvia.

»La lluvia, ¡oh Señor! una sola lluvia verdadera, larga, dura, la lluvia de tus cielos. Al fin entonces la espantosa ciudad, roída poco a poco, se derrumbaría lentamente, irresistiblemente, y se fundiría entera en un torrente viscoso, arrastrando hacia los arenales a sus feroces habitantes. ¡Una sola lluvia, Señor! ¡Pero qué Señor, ellos son los señores! Ellos reinan sobre sus mansiones estériles, sobre sus esclavos negros que envían a morir a las minas, y en los países del sur cada losa de sal cortada vale un hombre, pasan silenciosos, cubiertos con sus velos de luto en la blancura mineral de las calles, y cuando cae la noche, cuando toda la ciudad parece un fantasma lechoso, entran encorvándose en la sombra de sus casas donde las paredes de sal brillan débilmente. Duermen con un sueño sin peso, y desde el mismo sueño ordenan, golpean, proclaman que son *un solo* pueblo, que su dios es el único verdadero y que hay que obedecer. Ésos son mis señores, ignoran la compasión, y como señores que son, quieren estar solos, avanzar solos, reinar solos, porque solos tuvieron la audacia de levantar un fría ciudad tórrida en la sal y en la arena. Y yo...

»Cuando el calor aumenta, vaya lío, yo sudo, ellos nunca

sudan, ahora también la sombra se calienta, siento el sol sobre la roca, encima de mí, golpea como un martillo sobre cada una de las piedras y ésta es la música, la vasta música de mediodía, vibración del aire y de las piedras en centenares de kilómetros, ra, como antaño, oigo el silencio. Sí, era el mismo silencio, hace muchos años que me recibió cuando los guardianes me condujeron ante ellos, bajo el sol, en el centro de la plaza donde las terrazas concéntricas se iban elevando poco a poco hasta la tapadera del cielo azul duro que se apoyaba en el reborde de la hondonada. Allí estaba yo, arrojado de rodillas en el cuenco de aquel escudo blanco, con los ojos escocidos por las espadas de sal y de fuego que surgían de todos los muros, pálido de fatiga, sangrando por el oído del golpe que me había asestado el guía, y ellos, grandes y negros, me contemplaban sin decir palabra. La jornada había llegado al mediodía. El cielo resonaba largamente bajo los golpes del sol de hierro, como una plancha de metal calentada al vivo, era el mismo silencio, y ellos me miraban, pasaba el tiempo, no acababan de mirarme, y yo no podía sostener sus miradas, jadeaba cada vez más fuerte, al fin lloré, y de repente me volvieron las espaldas en silencio y se alejaron todos juntos en la misma dirección. De rodillas, únicamente pude ver sus sandalias rojas y negras con la punta un poco levantada, sus pies brillantes de sal alzando la larga vestimenta sombría, golpeando el suelo levemente con el talón, y cuando la plaza se quedó vacía me arrastraron a la mansión del fetiche.

»Como hoy mismo al abrigo de la roca, con el fuego perforando el espesor de la piedra por encima de mi cabeza, así permanecí varios días acucillado a la sombra, en la mansión del fetiche, algo más elevada que las demás, rodeada de una fortificación de sal, pero sin ventanas, llena de una noche refulgente. Varios días, y me dieron una escudilla de agua salobre y arrojaron grano delante de mí como a las gallinas, y yo lo recogía. La puerta permanecía cerrada durante el día y sin embargo la sombra se hacía más tenue, como si el irresistible sol llegara a filtrarse a través de las masas de sal. No había lámparas, pero moviéndome a tien-

tas a lo largo de las paredes palpé las guirnaldas de palmas secas que las decoraban, y una portezuela, al fondo, toscamente labrada, cuyo picaporte reconocí con la yema de los dedos. Varios días, mucho tiempo después, no podía contar ni las jornadas ni las horas pero me habían arrojado mi puñado de grano una decena de veces y había excavado un agujero para enterrar mi basura en vano, porque el olor a cubil seguía flotando, mucho tiempo después, sí, se abrieron los dos batientes de la puerta y entraron.

»Uno de ellos se acercó hasta mí, encogido en un rincón. Sentía contra mi mejilla la quemadura de la sal, respiraba el olor polvoriento de las palmas y le veía venir. Se detuvo a un metro de mí, me contempló fijamente en silencio, hizo un signo y me levanté, me contemplaba con sus brillantes ojos de metal, inexpressivos, en su pardo rostro de caballo, y después levantó la mano. Impasible, me agarró el labio inferior y empezó a retorcerlo lentamente, hasta arrancarme la carne, y sin soltar los dedos me hizo girar sobre mí mismo y retroceder hasta el centro de aquel ámbito, tirando de mi labio para que yo cayera allí de rodillas, desconsolado, sangrando por la boca, y después dio la vuelta para reunirse con los otros, alineados a lo largo de las paredes. Me veían gemir en el intolerable ardor de la claridad sin sombra que entraba por la puerta abierta de par en par, y de aquella luz surgió el brujo con su cabellera de rafia, y el torso cubierto con una coraza de perlas, con las piernas desnudas bajo un faldellín de paja, con su máscara de cañas y alambre donde se habían perforado dos agujeros cuadrados para los ojos. Le seguían músicos y mujeres con pesadas faldas multicolores que nada dejaban adivinar de sus cuerpos. Bailaron delante de la puerta del fondo, una danza grosera, sin apenas ritmo, moviéndose sin más, y finalmente el brujo abrió la puertecilla detrás de mí, los señores no se movían, me miraban, y yo me di la vuelta y vi el fetiche, su doble cabeza de hacha, su nariz de alambre retorcido como una serpiente.

»Me llevaron ante él, al pie del zócalo, me dieron de beber un agua negra, amarga, y al instante la cabeza me empezó a arder, yo reía, aquélla era la ofensa, yo era el ofen-

dido. Me desnudaron, me rasuraron la cabeza y el cuerpo, me lavaron con aceite, me azotaron la cara con cuerdas empapadas de agua y sal, y yo reía y volvía la cabeza, pero cada vez que lo hacía dos mujeres me agarraban por las orejas y presentaban mi rostro a los golpes del brujo del que nada veía salvo los ojos cuadrados, y seguía riendo, cubierto de sangre. Se detuvieron, nadie hablaba, sólo yo, con el lío que ya empezaba a formarse en mi cabeza, y después me levantaron y me obligaron a alzar los ojos al fetiche, y dejé de reír. Sabía que en adelante estaba destinado a servirle, a adorarlo, no, ya no reía, el miedo y el dolor me asfixiaban. Y allí, en aquella mansión blanca, entre aquellos muros que el sol quemaba afuera con aplicación, con el rostro tenso y la memoria extenuada, intenté rezar al fetiche, sí, sólo me quedaba él, incluso su rostro horrible era menos horrible que el resto del mundo. Entonces me encadenaron por los tobillos mediante una cuerda que dejaba libre la longitud de mis pasos, volvieron a bailar, pero esta vez delante del fetiche, y uno a uno los señores fueron saliendo.

»En cuanto la puerta se cerró tras ellos, otra vez la música, y el brujo encendió un fuego de cortezas y empezó a convulsionarse alrededor, y su alta silueta se quebraba en los rincones de los muros blancos, palpitaba en las superficies planas, llenaba la habitación de sombras en danza. Trazó un rectángulo en un rincón y las mujeres me arrastraron allí, sentí sus manos secas y suaves, y colocaron a mi alcance un tazón de agua y un montoncito de grano y me señalaron el fetiche, y comprendí que tenía que mantener los ojos fijos en él. Entonces el brujo las fue llamando una a una cerca del fuego, a unas las golpeó y gimieron, y luego fueron a prosternarse delante del fetiche, Dios mío, mientras el brujo seguía bailando y haciéndolas salir a todas de la habitación hasta que sólo quedó una, muy joven, a la que todavía no había golpeado, acucillada cerca de los músicos. La mantenía aferrada por una trenza que iba retorciendo con el puño, y ella se revolcaba, con los ojos desorbitados, hasta finalmente caer de espaldas. Al soltarla el brujo gritó, y los músicos se volvieron contra la pared, mientras detrás de la

máscara de ojos cuadrados el grito iba aumentando hasta lo imposible, y la mujer se revolcaba por el suelo en una especie de crisis, y al fin, a cuatro patas, juntando los brazos para esconder la cabeza, ella gritó también, pero fue un grito sordo, y fue así como sin dejar de gritar y de contemplar al fetiche el brujo la poseyó rápidamente, con maldad, sin que se pudiera ver el rostro de la mujer, sepultado en aquel momento en los pesados pliegues de sus vestiduras. Y yo, a fuerza de soledad, perdido, quizá grité también, sí, aullé de espanto hacía el fetiche hasta que de una patada alguien me arrojó contra la pared, y mordí la sal como hoy muerdo la roca con mi boca sin lengua, esperando a aquel al que he de matar.

»El sol ha avanzado ahora un poco más allá de la mitad del cielo. Entre las hendiduras de la roca veo el agujero que ha hecho en el metal recalentado del cielo, una boca voluble como la mía, que vomita sin tregua ríos de llamas sobre el desierto sin color. En la pista, delante de mí, nada, ni una polvareda en el horizonte, detrás de mí deben estar buscándome, no, aún no, sólo al final de la tarde abrían la puerta para que yo pudiera salir un poco, después de haber limpiado durante toda la jornada la mansión del fetiche, y renovado las ofrendas, y al anochecer comenzaba la ceremonia en que a veces me golpeaban y otras veces no, pero yo seguía sirviendo al fetiche, ese fetiche cuya imagen permanece grabada al hierro en el recuerdo y ahora en la esperanza. Ningún dios me había poseído y sometido tanto, toda mi vida, días y noches estaban consagrados a él, y a él le eran debidos el dolor y la ausencia de dolor, ya que no el júbilo, incluso el deseo, sí, a fuerza de asistir casi cada noche a aquel acto impersonal y malvado que yo oía sin ver, porque entonces tenía que volverme contra la pared so pena de ser golpeado. Con el rostro pegado contra la sal, dominado por las sombras bestiales que se agitaban en la pared, escuchaba el grito prolongado, mi garganta estaba seca, pero un ardiente deseo sin sexo me oprimía las sienes y el vientre. Los días se sucedían, apenas los distinguía unos de otros, como si se fueran licuando en el calor tórrido y en la insi-

diosa reverberación de las paredes de sal, el tiempo no era más que un chapoteo informe que solamente rompían a intervalos regulares gritos de dolor o de posesión, un largo día sin edad sobre el que reinaba el fetiche como aquel sol feroz sobre mi casa de roca, y ahora como entonces lloro de desdicha y de deseo, una malvada esperanza me quema, quiero traicionar, relamo el cañón de mi fusil, y su interior, su ánima, sólo los fusiles tienen ánima, ¡oh, sí!, el día que me cortaron la lengua aprendí a adorar el alma inmortal del odio.

»Qué lío, qué furor, ra, ra, ebrio de calor y de cólera, prosternado, tendido sobre mi fusil. ¿Quién jadea por aquí? No puedo soportar este interminable calor, esta espera, tengo que matarle. Ni un pájaro, ni una brizna de hierba, piedra, un desierto árido, el silencio, sus gritos, esta lengua que habla en mí, y el largo sufrimiento solitario y sin sobresaltos desde que me mutilaron, privado incluso de agua por la noche, las noches en que yo soñaba, encerrado con el dios en mi cubil de sal. Sólo la noche con sus frescas estrellas y sus manantiales oscuros podía salvarme, arrancarme por fin a los dioses malvados de los hombres, pero no podía contemplarla, siempre encerrado. Si el otro todavía tarda, veré subir la noche del desierto, invadir el cielo, fría viña de oro que colgará del cenit oscuro donde podré beber a placer, humedecer este agujero negro y seco que ningún músculo de carne viva y blanda puede ya refrescar, olvidar por fin el día en que la locura me subió a la lengua.

»Calor, qué calor hacía, la sal se fundía, al menos así lo creía yo, el aire me corroía los ojos y el brujo entró sin máscara. Le seguía una nueva mujer, casi desnuda bajo un harapo grisáceo, cuyo rostro, cubierto por un tatuaje que reproducía la máscara del fetiche, sólo expresaba el nefasto estupor de un ídolo. Sólo tenía vida su cuerpo fino y plano, arrojándose a los pies del dios cuando el brujo abrió la puerta del reducto. Después salió sin mirarme, el calor aumentaba, no me alteré, el fetiche me contemplaba por encima de aquel cuerpo inmóvil cuyos músculos se agitaban suavemente y cuando me acerqué el rostro de ídolo de la

mujer no cambió de expresión. Sólo sus ojos, al fijarse en mí, se hicieron más grandes, nuestros pies se tocaron, entonces el calor empezó a aullar, y el ídolo, sin decir nada, contemplándome aún con los ojos dilatados, se tendió poco a poco sobre la espalda, y recogió lentamente las piernas, y las levantó separando suavemente las rodillas. Pero un instante después, ra, el brujo me estaba observando, y entraron todos, y me arrebataron a la mujer, y me golpearon ferozmente en el lugar del pecado, ¡el pecado!, ¡qué pecado! aún me río, dónde está el pecado, dónde está la virtud, me empujaron contra una pared, una mano de acero me sujetó las mandíbulas, otra me abrió la boca y tiraron de mi lengua hasta hacerla sangrar, no sé si era yo el que aullaba con aquel grito bestial, y una caricia cortante y fresca, sí, al fin fresca, pasó sobre mi lengua. Cuando recobré el conocimiento me encontré a solas en la noche, pegado a la pared, cubierto de sangre endurecida, una mordaza de hierbas secas de olor extraño me llenaba la boca, ya no sangraba, pero estaba deshabitada y en aquella ausencia sólo latía un suplicio doloroso. Quise levantarme, volví a caer, feliz, desesperadamente feliz de morir al fin, también la muerte es fresca y su sombra no está habitada por ningún dios.

»No morí, un odio joven se alzó un día al mismo tiempo que yo, caminó hacia la puerta del fondo, la abrió, la cerró detrás, odiaba a los míos, allí estaba el fetiche y desde lo más hondo del agujero en el que yo estaba hice algo más que rezar, creí en él y renegué de todo en lo que había creído hasta entonces. Salud, él era la fuerza y el poder, podía ser destruido pero no se le podía convertir, miraba por encima de mi cabeza con sus ojos vacíos y herrumbrosos.' Salud, él era el amo, el único señor, cuyo atributo indiscutible era la maldad, porque no hay señores buenos. Por primera vez, a fuerza de injurias, con todo el cuerpo gritando con un dolor único, me abandoné a él y aprobé su orden maligno, adoré en él el principio malvado del mundo. Prisionero en su reino, aquella ciudad estéril esculpida en una montaña de sal, separada de la naturaleza, privada de las floraciones fugitivas y raras del desierto, sustraída a sus azares y a sus

ternuras, una nube insólita, una lluvia rabiosa y breve que incluso el sol o las arenas conocen, la ciudad del orden, en fin, de ángulos rectos, habitaciones cuadradas, hombres envarados, al fin me convertí en uno de sus ciudadanos, rencoroso y torturado, y renegué de la larga historia que me habían enseñado. Me habían engañado, el único reinado sin fisuras es el de la maldad, me habían engañado, la verdad es cuadrada, pesada, densa, no soporta los matices, el bien es una ensoñación, un proyecto aplazado y perseguido sin cesar con un esfuerzo extenuante, un límite nunca alcanzado, su reinado es imposible. Sólo el mal puede alcanzar sus confines y reinar con poder absoluto, a él hay que servir para instaurar su invisible reino, después ya veremos, qué significa después, sólo el mal está presente, abajo Europa, la razón, el honor y la cruz. Sí, tenía que convertirme a la religión de mis señores, sí, sí, yo era el esclavo, pero si yo también fuera malvado no sería el esclavo, a pesar de mis pies encadenados y de mi boca muda. ¡Oh! Este calor me vuelve loco, el desierto grita por todas partes bajo esta luz intolerable, y a él, al otro, al Señor de la dulzura, cuyo nombre basta para revolverme las tripas, yo le reniego, porque ahora le conozco. Soñaba y quería mentir, y le cortaron la lengua para que sus palabras no engañaran al mundo, le clavaron clavos hasta en la cabeza, su pobre cabeza, como ahora la mía, qué lío, qué cansado estoy, y la tierra no se estremeció, estoy seguro, porque al que mataban no era un justo, me niego a creerlo, porque no hay justos sino señores malvados que hacen reinar la implacable verdad. Sí, sólo el fetiche tiene el poder, él es el único dios de este mundo, el odio es su mandamiento, la fuente de toda vida, el agua fresca, fresca como la menta que hiela la boca y quema el estómago.

«Entonces cambié, ellos lo comprendieron, besaba sus manos cuando los encontraba, era de los suyos, les admiraba sin cansarme, tuve confianza en ellos, esperaba que mutilarían a los míos del mismo modo que me habían mutilado. Y cuando me enteré de que el misionero iba a venir supe lo que tenía que hacer. ¡Un día como los demás, la misma luz

cegadadora, como desde hacía tanto tiempo! Al final de la tarde se vio surgir a un vigía corriendo por la cresta de la hondonada, y algunos minutos más tarde me arrastraron hasta la casa del fetiche, a puerta cerrada. Uno de ellos me sujetó contra el suelo, en la sombra, amenazándome con su sable en forma de cruz, y el silencio duró largo tiempo, hasta que un ruido invadió la ciudad, tan apacible de ordinario, voces que tardé mucho tiempo en reconocer porque hablaban mi idioma, pero en cuanto resonaron la punta del sable se acercó a mis ojos y mi guardián me miró en silencio. Todavía oigo las dos voces que se acercaron, una preguntaba por qué aquella casa estaba custodiada, si no sería mejor derribar la puerta, mi teniente, y la otra decía: "No", con una voz breve, añadiendo después de un rato que se había concluido un pacto para que la ciudad aceptara una guarnición de veinte hombres a condición de que acamparan fuera de las murallas y de que se respetaran las costumbres. El soldado se echó a reír, qué pamplinas, pero el oficial dudaba, en todo caso aceptaban por primera vez recibir a alguien para cuidar a los niños, y ese alguien sería el capellán, y más tarde ya se ocuparían del territorio. El otro dijo que si los soldados no estaban allí, al capellán le cortarían lo que él sabía: "¡No, hombre, no!" respondió el oficial, el padre Belfort llegará antes incluso que la guarnición, estará aquí en un par de días." Ya no pude oír nada más, inmóvil, aterrorizado bajo el sable, todo me dolía, una rueda de agujas y cuchillos giraba en mi interior. Estaban locos, estaban locos, iban a dejar que tocaran a su ciudad, a su poder invencible, al verdadero dios, y al otro, al que iba a venir, no le cortarían la lengua, le dejarían que exhibiera su insolente bondad sin pagar nada a cambio, sin sufrir ninguna injuria. El reinado del mal se alejaría, volverían las dudas, íbamos a perder de nuevo el tiempo soñando con un bien imposible, agotándonos en esfuerzos estériles en lugar de adelantar la llegada del único reino posible, y yo miraba la hoja que me amenazaba, ¡oh, poder, único rey de este mundo! Oh, poder, y la ciudad se fue vaciando poco a poco de sus gritos, la puerta se abrió al fin, me quedé solo con el fetiche, quemado, amargado, y

le juré a él salvar mi nueva fe, salvar a mis verdaderos amos, a mi Dios déspota, y ser traidor, a conciencia, costara lo que costara.

»Ra, el calor disminuye un poco, ya no vibra la piedra, puedo salir de mi agujero, contemplar el desierto cubriéndose de amarillo y ocre, y después malva, uno tras otro. La noche pasada esperé a que durmieran, había atascado la cerradura de la puerta, salí con el mismo paso de siempre, medido por la longitud de la cuerda, conocía las calles, sabía dónde apropiarme del viejo fusil, sabía cuál era la salida que no estaba vigilada, y llegué aquí a la hora en que la noche empieza a perder el color en torno a un puñado de estrellas y el desierto se oscurece un poco. Y ahora me parece que hace días y días que estoy agazapado en estas rocas. ¡Pronto, pronto, que llegue pronto! Dentro de nada comenzarán a buscarme, irán volando por todas las pistas, por todas partes, no sabrán que me he fugado por ellos y para servirles mejor, mis piernas son débiles, ebrio de hambre y de odio. ¡Oh, oh! Allí, ra, ra, dos camellos van aumentando de tamaño en el confín de la pista, corriendo parejos, multiplicados por sus cortas sombras, corren con ese paso vivo y soñador que tienen siempre. ¡Por fin están aquí!

»El fusil, pronto, hay que amartillarlo, deprisa. ¡Oh fetiche, mi dios allí, que tu poder sea mantenido, que la injuria se multiplique, que reine el odio sin perdón sobre un mundo de condenados, que el malvado gobierne para siempre, que llegue por fin el reino en que negros tiranos de una única ciudad de sal y hierro dominen y posean sin piedad! Y ahora, ra, ra, fuego sin piedad, fuego sobre la impotencia y su caridad, fuego sobre todo lo que retrasa la llegada del mal, fuego dos veces, y ahí les veo que se revuelcan, caen, y los camellos huyen hacia el horizonte donde un surtidor de pájaros negros acaba de alzar el vuelo en el cielo inalterable. Me río, me río, aquél se retuerce en su detestable sotana, levanta un poco la cabeza, me ve a mí, su señor encadenado y todopoderoso, por qué me sonrío, aplasto esa sonrisa. Qué agradable es el ruido de la culata sobre el rostro de la bondad, hoy, hoy al fin todo se ha consumado, y por todo el

desierto incluso a horas de distancia de aquí, los chacales olfatean la brisa ausente, y después emprenden la marcha con un pequeño trote paciente hacia el festín de carroña que les espera. ¡Victoria! Alzo los brazos al cielo y el cielo se entenece, se adivina una sombra violeta en el límite opuesto. Oh noches de Europa, patria, infancia, ¿por qué lloro en el instante del triunfo?

»Se ha movido, no, el ruido viene de otro lado, y del otro lado, allí, son ellos, ahí llegan como un vuelo de pájaros sombríos, mis amos, se precipitan sobre mí, me agarran, ¡ah, ah!, sí, golpeadme, temen por su ciudad, saqueada y gimiente, temen por la llegada de los soldados vengadores a los que yo he atraído sobre la ciudad sagrada, eso era lo que hacía falta. Defenderos ahora, golpead, golpead sobre mí primero, vosotros poseéis la verdad. ¡Oh, señores míos! Después vencerán a los soldados, vencerán al verbo y al amor, subirán por los desiertos, cruzarán los mares, cubrirán la luz de Europa con sus negros velos, golpead en el vientre, sí, golpead en los ojos, sembrarán el continente con su sal, se extinguirá toda vegetación y toda juventud, y a mi lado caminarán con los pies encadenados las muchedumbres mudas, por el desierto del mundo, bajo el sol cruel de la verdadera fe, y ya no estaré solo. ¡Ah! Cuánto dolor, cuánto daño, su furia es buena, y me río ensillado sobre esta silla de guerra en la que ahora me descuartizan, y amo el golpe que me clava, crucificado.

»¡Qué silencioso está el desierto! Ha llegado la noche y estoy solo, y tengo sed. Esperar todavía, esos ruidos a lo lejos, por donde está la ciudad, quizá hayan vencido los soldados, no, eso no debe suceder, incluso si vencen, los soldados no serán lo suficientemente malvados, no sabrán reinar, seguirán diciendo que hay que ser mejores, y otra vez millones de hombres entre el mal y el bien, desgarrados, desconcertados, oh fetiche ¿por qué me has

abandonado? Todo ha concluido, tengo sed, mi cuerpo arde, la noche oscura me nubla los ojos.

»Qué sueño tan largo, me despierto, no, voy a morir, se anuncia el alba, el primer resplandor del día para los demás mortales y para mí el sol inexorable, las moscas. Quién habla, nadie, el cielo no se abre, no, no, Dios no habla en el desierto y, sin embargo, de dónde viene esta voz que dice: "Si tú consientes en morir por el poder y el odio, ¿quién nos perdonará?". Es otra lengua dentro de mí o sigue siendo aquel que no quiere morir y que repite: "Ánimo, ánimo, ánimo". ¡Ah! ¡Si de nuevo me hubiera equivocado! ¡Hombres antaño fraternales, único recurso, oh soledad, no me abandonéis! Aquí, aquí, quién eres tú, desgarrado, con la boca ensangrentada, eres tú, el brujo, los soldados te han vencido, arde allí la sal, eres tú, mi amado señor. Deja ese rostro de odio, sé bueno ahora, nos hemos equivocado, volveremos a empezar, reconstruiremos la ciudad de misericordia, quiero volver a casa. Sí, ayúdame, eso es, tiéndeme la mano, dámela...»

Un puñado de sal llenó la boca del esclavo charlatán.

Los mudos

Estábamos en pleno invierno y sin embargo una jornada radiante se levantó sobre la actividad de la ciudad. El mar y el cielo se confundían en la punta del malecón con idéntico resplandor. Yvars sin embargo no lo veía. Circulaba pesadamente a lo largo de los bulevares que dominan el puerto. Su pierna inválida descansaba inmóvil sobre el pedal fijo de la bicicleta, mientras la otra se esforzaba por vencer los adoquines todavía mojados de humedad nocturna. Menudo sobre el sillín, evitaba los raíles del antiguo tranvía sin levantar la cabeza, y se apartaba con un golpe brusco de manillar para dejar pasar a los automóviles que le adelantaban, y de vez en cuando, de un codazo, echaba atrás sobre los ríñones el morral en el que Fernande había puesto su almuerzo. Entonces pensaba con amargura en el contenido del morral. Entre dos rebanadas de pan de hogaza, en lugar de la tortilla española que tanto le gustaba o del filete frito en aceite, sólo había queso.

Nunca le había parecido tan largo el camino del taller. Ciertamente se estaba haciendo viejo. Aunque siguiera tan seco como un sarmiento de vid, los músculos ya no se calientan tan rápido a los cuarenta años. A veces, al leer las crónicas deportivas donde llamaban veterano a un atleta de treinta años, se encogía de hombros. «Si eso es ser un veterano —decía a Fernande—, entonces yo soy un fiambre.» Sin embargo sabía que el periodista no se equivocaba

del todo. A los treinta años, el resuello disminuye, imperceptiblemente. A los cuarenta no se es un fiambre, no, pero uno se prepara a serlo, con tiempo, por adelantado. ¿No sería por eso por lo que hacía tiempo que durante el trayecto que le llevaba a la otra punta de la ciudad, a la fábrica de toneles, ya no miraba el mar? Cuando tenía veinte años no se cansaba de contemplarlo; era la promesa de un fin de semana feliz, en la playa. A pesar o a causa de su cojera, siempre le había gustado nadar. Después habían pasado los años, había aparecido Fernande, había nacido el muchacho y, para vivir, vinieron las horas suplementarias el sábado, en la tonelería, y el domingo las pequeñas chapuzas en casas particulares. Poco a poco había perdido la costumbre de aquellas jornadas violentas que le saciaban. El agua profunda y clara, el fuerte sol, las muchachas, la vida del cuerpo, no había más felicidad que aquella en su tierra. Y aquella felicidad se desvanecía con la juventud. A Yvars le seguía gustando el mar, pero sólo al final del día, cuando las aguas de la bahía se oscurecían un poco. Era una hora suave en la terraza de su casa, cuando se sentaba después del trabajo, contento con la camisa limpia que Fernande planchaba con tanto esmero y con el vaso empañado de anís. Caía la tarde, una breve dulzura se instalaba en el cielo, los vecinos que charlaban con Yvars bajaban de repente la voz. Entonces no sabía si era feliz o si tenía ganas de llorar. Al menos en aquellos momentos sabía que lo único que podía hacer era esperar, suavemente, sin saber a ciencia cierta qué.

Por el contrario, cuando se dirigía a su trabajo por las mañanas ya no le gustaba mirar el mar, siempre fiel a la cita, y sólo lo contemplaría al atardecer. Aquella mañana circulaba con la cabeza baja, más pesada aun que de costumbre, y con el corazón igualmente apesadumbrado. La víspera por la noche, al volver de la reunión, anunció que reanudaban el trabajo y Fernande había preguntado alegremente: «¿Entonces el patrón os sube la paga?» Pero el patrón no subía nada, la huelga había fracasado. Había que reconocer que habían maniobrado mal. Había sido una huelga colérica, y el sindicato había tenido razón apoyán-

dola sin entusiasmo. Además, quince obreros no representan gran cosa; el sindicato tenía en cuenta otras tonelerías que no habían seguido el movimiento. No se les podía guardar rencor. La industria de la tonelería, amenazada por los barcos y los camiones cisterna, no iba del todo bien. Cada vez se fabricaban menos barriles y menos cubas bordelesas; se reparaban sobre todo las grandes cubas ya existentes. Los patronos veían peligrar sus negocios, eso era cierto, pero al mismo tiempo querían salvaguardar su margen de beneficios; les parecía una vez más que lo más sencillo era frenar los salarios, a pesar de la subida de precios. ¿Qué pueden hacer los toneleros cuando la tonelería desaparece? Cuando uno se ha tomado el trabajo de aprender un oficio no se cambia; y aquel era un oficio difícil, necesitaba un largo aprendizaje. Era raro encontrar un buen tonelero, el que ajusta las duelas curvadas, las une casi herméticamente con un aro de hierro calentado al fuego, sin utilizar rafia o estopa. Yvars lo sabía y estaba orgulloso de ello. Cambiar de oficio no es nada, pero no es fácil renunciar a lo que uno sabe, a la propia habilidad. Un buen oficio sin empleo, estaban listos, había que resignarse. Pero tampoco la resignación es fácil. Era difícil callarse la boca, no poder discutirlo de verdad y tomar cada mañana el mismo camino con una fatiga acumulada para recibir únicamente al final de la semana lo que buenamente se os quiere dar, y que cada vez resultaba más insuficiente.

Y en consecuencia se habían encolerizado. Dos o tres de ellos dudaban, pero se dejaron ganar por la cólera después de las primeras discusiones con el patrón. Les había dicho, en efecto, muy seco, que era para tomarlo o dejarlo. Un hombre no habla así. «¡Qué se cree! —había dicho Esposito—, ¿que nos vamos a bajar los pantalones?» Por otro lado el patrón no era mal tipo. Había sucedido a su padre, había crecido en el taller y hacía años que conocía a casi todos los obreros. A veces les invitaba a merendar en la tonelería; asaban sardinas o morcillas sobre una hoguera de virutas, y después de darle al vino era muy amable. Para Año Nuevo entregaba a cada obrero cinco botellas de vino

de marca, y a menudo, cuando alguno de ellos caía enfermo o simplemente se producía algún acontecimiento, como una boda o una primera comunión, les regalaba dinero. Cuando nació su hija había repartido almendras a todo el mundo. Había invitado dos o tres veces a Yvars a cazar en su finca de la costa. No cabía duda de que le gustaban sus obreros, y a menudo repetía que su padre había empezado de aprendiz. Pero nunca había ido a sus casas y no podía darse cuenta. Sólo pensaba en él, porque sólo conocía lo suyo, y ahora venía eso de lo tomas o lo dejás. O dicho de otro modo, también él se había cerrado en banda. Pero él se lo podía permitir.

Habían forzado la mano al sindicato y el taller había cerrado sus puertas. «No os toméis la molestia de poner piquetes de huelga —había dicho el patrón—. Cuando el taller no funciona ahorro dinero.» No era verdad, pero aquello había empeorado las cosas al echarles en cara que les daba trabajo por caridad. Esposito se había vuelto loco de rabia y le había dicho que no era un hombre. El otro tenía la sangre caliente y había habido que separarles. Pero al mismo tiempo los obreros quedaron impresionados. Veinte días de huelga, las mujeres tristes en casa, dos o tres de ellos se desanimaron y para colmo el sindicato les aconsejó ceder bajo promesa de un arbitraje y de la recuperación de las jornadas de huelga con horas suplementarias. Decidieron volver al trabajo, pero manteniendo el tipo, por supuesto, diciendo que aquello no se había ventilado, que todo estaba por jugar. Pero aquella mañana, con una fatiga que parecía el peso de la derrota, con el queso en lugar de la carne, no era posible mantener la ilusión. Por mucho que brillara el sol, el mar ya no prometía nada. Yvars pisaba su pedal único y a cada vuelta de rueda le parecía envejecer un poco más. No podía pensar que iba a encontrarse otra vez en el taller, con los cantaradas y con el patrón, sin acongojarse un poco más. Fernande se había preocupado: «¿Qué le vais a decir?» «Nada». Yvars se subió a la bicicleta y sacudió la cabeza. Apretó los dientes; su rostro pequeño, moreno y arrugado, de rasgos finos, se cerró. «Trabajamos. Con eso basta.»

Ahora circulaba con los dientes todavía apretados, con una cólera triste y seca que ensombrecía el mismo cielo.

Dejó el bulevar y el mar y entró en las calles húmedas del viejo barrio español. Desembocaban en una zona ocupada únicamente por cocheras, almacenes de ferralla y garajes, donde se encontraba el taller: era una especie de galpón de fábrica de mampostería hasta media altura y el resto encristalado hasta el techo, de chapa ondulada. Aquel taller daba a la antigua tonelería, un patio rodeado de viejas construcciones que habían sido desalojadas al crecer la empresa y que ahora servía únicamente de depósito de maquinaria fuera de uso y de barricas viejas. Más allá del patio, y separado de él por una especie de camino cubierto de tejavana, empezaba el jardín del patrón, al fondo del cual se levantaba la casa. A pesar de ser grande y fea resultaba sin embargo atractiva, por la parra virgen y la escuálida madreSelva que rodeaban su escalera exterior.

Yvars vio enseguida que las puertas del taller estaban cerradas. Delante de ellas se hallaba un grupo de obreros silenciosos. Era la primera vez desde que trabajaba allí que se encontraba las puertas cerradas al llegar. El patrón había querido marcar el tanto. Yvars se dirigió hacia la izquierda, dejó su bicicleta bajo el alero que prolongaba el galpón por aquel lado y fue hacia la puerta. Reconoció de lejos a Esposito, un muchachote moreno y peludo que trabajaba a su lado; a Marcou, el delegado sindical con su cara de tenor de opereta; a Said, el único árabe del taller, y a todos los demás que, en silencio, le vieron acercarse. Pero antes de que tuviera tiempo de reunirse con ellos de repente se dieron la vuelta hacia las puertas del taller, que habían empezado a abrirse. Ballester, el encargado, apareció en el umbral. Abrió una de las pesadas hojas y volviendo la espalda a los obreros la empujó lentamente sobre su carril de hierro.

Ballester, que era el más viejo de todos ellos, no había aprobado la huelga, pero a partir del momento en que Esposito le dijo que servía los intereses del patrón se había callado. Ahora se había colocado junto a la puerta, ancho y pequeño en su jersey azul marino, ya con los pies desnudos

(junto con Said, era el único que trabajaba con los pies desnudos), y según iban entrando de uno en uno les fue mirando con aquellos ojos suyos tan claros que parecían no tener color en su rostro curtido, con su boca triste bajo los bigotes espesos y lacios. Ellos callaban, humillados por aquella entrada de vencidos, furiosos por su propio silencio, pero cada vez menos capaces de romperlo a medida que se prolongaba. Pasaban sin mirar a Ballester porque sabían que haciéndoles entrar de aquella manera ejecutaba una orden, y porque su aspecto amargo y contrito les daba a entender lo que pensaba de ello. Pero Yvars le miró. Ballester, que le apreciaba, meneó la cabeza sin decir nada.

Ahora se encontraban todos en el pequeño vestuario, a la derecha de la entrada: una serie de cabinas abiertas, separadas por tablas de madera sin barnizar a cada uno de cuyos lados se había colocado un pequeño armario con cerradura; la última cabina a partir de la entrada, pegada a las paredes del galpón, había sido transformada en ducha, sobre un desagüe abierto en el propio suelo de tierra apisonada. Según los lugares de trabajo, en el centro del galpón se veían las cubas bordelesas, ya terminadas pero con los aros sueltos esperando ser ajustados al fuego, y también los gruesos bancos, surcados por una larga hendidura (y en algunos de ellos se veían, deslizados en la hendidura, los fondos circulares de madera, esperando el acabado a la garlopa), y finalmente los fuegos negruzcos. A la izquierda de la entrada, a lo largo del muro, se alineaban los bancos de trabajo. Frente a ellos se amontonaban las duelas por cepillar. No lejos del vestuario, contra el muro de la derecha, brillaban dos grandes sierras mecánicas, fuertes, silenciosas y bien aceitadas.

Hacía mucho tiempo que el galpón era demasiado grande para el puñado de hombres que lo ocupaban. Durante los calores fuertes era una ventaja, pero en invierno resultaba un inconveniente. Pero aquel día, en aquel espacio, con el trabajo allí plantado, los toneles arrinconados con un aro único sujetando en el pie las duelas que se abrían en lo alto como toscas flores de madera, el polvo de serrín recubrien-

do los bancos, las cajas de herramientas y las máquinas, todo aquello daba al taller un aspecto de abandono. Vestidos ya con sus viejos jerseys, con sus pantalones deslavados y remendados, contemplaban aquello y dudaban. Ballester les observaba. «¿Empezamos, pues?», dijo. Uno a uno se fueron incorporando a su sitio sin decir nada. Ballester fue de un lugar a otro recordando brevemente el trabajo que había por terminar o por empezar. Nadie respondía. Pronto resonó el primer martillo contra la cuña de madera ferrada, ajustando un aro en la parte gruesa de un tonel, y una garlopa gimió sobre un nudo de madera, y una de las sierras, conectada por Esposito, arrancó con un gran ruido de cuchillas estremecidas. Said iba acercando duelas según se las iban solicitando, o encendía las hogueras de virutas sobre las cuales se colocaban los toneles para que se hincharan en su corsé de aros de hierro. Cuando nadie le llamaba ponía remaches en un banco a los anchos aros herrumbrosos con grandes martillazos. El olor de las virutas quemadas empezó a llenar el galpón. Yvars, que cepillaba y ajustaba las duelas que Esposito aserraba, reconoció el viejo aroma y su corazón se alivió un poco. Todos trabajaban en silencio, pero poco a poco fue renaciendo en el taller una especie de calor y de vida. Una luz fresca llenaba el galpón a través de las grandes cristaleras. El humo azuleaba en el aire dorado; Yvars oyó incluso un insecto zumbar cerca de él.

En aquel momento se abrió la puerta que comunicaba con la antigua tonelería, en la pared del fondo, y el señor Lassalle, el patrón, apareció en el dintel. Delgado y moreno, apenas pasaba de la treintena. Con la camisa blanca ampliamente abierta bajo un traje de gabardina beis, parecía a gusto consigo mismo. A pesar de su rostro, muy huesudo, como labrado a cuchillo, normalmente inspiraba simpatía, como la mayor parte de las personas a quienes la práctica del deporte comunica actitudes libres. Sin embargo al franquear la puerta parecía algo molesto. Su saludo no fue tan sonoro como de costumbre; en todo caso nadie respondió. El ruido de los martillos se alteró un instante, perdió algo de ritmo y se reanudó con la misma intensidad. El señor Las-

salle avanzó indeciso algunos pasos, después se dirigió hacia el pequeño Valéry que trabajaba con ellos desde hacía sólo un año. Se hallaba colocando un fondo de cuba en una bordelesa, junto a la sierra mecánica, a pocos pasos de Yvars, y el patrón se paró a ver la labor. Valéry continuó trabajando sin decir nada. «Bueno, chico —dijo el señor Lassalle—, ¿qué tal todo?» De repente los gestos del jovencito se hicieron más torpes. Echó una ojeada a Esposito que, cerca de él, amontonaba con sus enormes brazos una pila de duelas para llevárselas a Yvars. Esposito le miró también, sin dejar su trabajo, y Valéry volvió a hundir la nariz en su bordelesa sin responder nada al patrón. Lassalle, algo cortado, permaneció un instante plantado frente al joven, después se encogió de hombros y se volvió hacia Marcou. A horcajadas en su banco, éste terminaba de afilar con pequeños golpes precisos y lentos la arista de un fondo de cuba. «Buenos días, Marcou», dijo Lassalle con un tono más seco. Marcou no respondió, atento únicamente a sacar de la madera ligerísimas virutas. «Qué mosca os ha picado —dijo Lassalle con voz fuerte, volviéndose esta vez a los demás obreros—. No hemos llegado a un acuerdo, ya lo sabemos. Pero eso no impide que tengamos que trabajar juntos. Entonces, ¿para qué sirve ponerse así?» Marcou se levantó alzando su fondo de cuba, verificó con la palma de la mano la arista circular, cerró los ojos lánguidos con aire de gran satisfacción y, todavía silencioso, se dirigió hacia otro obrero que estaba ajustando una bordelesa. Sólo se oía el ruido de los martillos y de la sierra metálica en todo el taller. «Bien —dijo Lassalle—, cuando se os haya pasado, mandáis a Bailester a que me lo vaya a decir.» Salió del taller con pasos tranquilos.

Unos momentos después un timbre sonó dos veces por encima del estrépito del taller. Bailester, que acababa de sentarse para liar un cigarrillo, se levantó pesadamente y se dirigió hacia la pequeña puerta del fondo. Después de que hubo salido los martillos sonaron con menos fuerza; incluso uno de los obreros se había parado ya cuando Bailester regresó. Dijo solamente desde la puerta: «Marcou, Yvars, el patrón quiere veros». El primer impulso de Yvars fue ir a

lavarse las manos, pero Marcou le agarró a su paso por el brazo y le siguió cojeando.

Fuera, en el patio, la luz era tan fresca, tan líquida, que Yvars la sentía sobre su rostro y sobre sus brazos desnudos. Subieron por la escalera exterior, bajo la madreSelva, que ya mostraba algunas flores. Cuando entraron en el corredor tapizado de diplomas oyeron el llanto de un niño y la voz del señor Lassalle que decía: «La acostarás después del almuerzo. Llamaremos al médico si no se le pasa». Después el patrón apareció en el corredor y les hizo pasar a un pequeño despacho que ya conocían, amueblado en falso estilo rústico, con las paredes adornadas de trofeos deportivos. «Sentaos —dijo Lassalle acomodándose detrás del escritorio. Se quedaron de pie—. Os he mandado venir porque tú, Marcou, eres el delegado, y tú, Yvars, eres el empleado de más antigüedad después de Ballester. No quiero volver a empezar las discusiones que ya hemos dado por concluidas. No puedo daros lo que me pedís, es absolutamente imposible. El asunto está cerrado y hemos llegado a la conclusión de que había que volver al trabajo. Ya he visto que me guardáis rencor y eso me resulta penoso, os lo digo como lo siento. Quiero simplemente añadir lo siguiente: lo que no he podido hacer esta vez quizá pueda hacerlo cuando los negocios vayan mejor. Y si puedo hacerlo lo haré antes incluso de que me lo pidáis. Mientras tanto, intentemos trabajar en buena armonía.» Se calló, parecía reflexionar, después alzó los ojos hacia ellos. «¿Qué os parece?», dijo. Marcou miraba fuera. Yvars, con los dientes apretados, quería hablar pero no podía. «Escuchad —dijo Lassalle—, creo que os habéis obcecado. Eso se os pasará. Y cuando os hayáis vuelto razonables acordaos de lo que os acabo de decir.» Se levantó, se acercó a Marcou y le tendió la mano. «Chao», dijo. Marcou palideció de golpe, su rostro de tenor sentimental se endureció y por espacio de un segundo adquirió una expresión malvada. Después giró bruscamente sobre sus talones y salió. Lassalle, también pálido, miró a Yvars sin tenderle la mano. «Idos a la mierda», gritó.

Cuando regresaron al taller los obreros almorzaban.

Ballester había salido. Marcou dijo solamente: «Palabras en el aire», y volvió a su lugar de trabajo. Esposito dejó de morder su pedazo de pan y preguntó lo que habían contestado; Yvars dijo que no habían contestado nada. Después fue a buscar su morral y regresó a sentarse en el banco en que trabajaba. Había empezado a comer cuando vio no lejos de él a Said, tumbado de espaldas sobre un montón de virutas, con la mirada perdida en la cristalera que empezaba ya a azulear sobre un cielo menos luminoso. Le preguntó si ya había terminado. Said dijo que ya se había comido sus higos. Yvars dejó de comer. El malestar que no le había abandonado desde la entrevista con Lassalle desapareció de repente únicamente para dejar lugar a un impulso afectuoso. Se levantó partiendo el pan y, ante el rechazo de Said dijo que la semana próxima todo iría mejor. «Entonces te llegará el turno de invitarme», dijo. Said sonrió. Empezó a morder un pedazo del bocadillo de Yvars, pero desapeadamente, como un hombre que no está hambriento.

Esposito tomó una vieja cacerola y encendió una fogata de virutas y madera. Calentó café que había traído en una botella. Dijo que era un regalo que su tendero hacía al taller una vez enterado del fracaso de la huelga. El vaso de un frasco de mostaza circuló de mano en mano. Cada vez Esposito lo llenaba de café ya azucarado. Said lo bebió con más gusto que el que había tenido comiendo. Esposito bebió el café de la misma cacerola caliente, con juramentos, chasqueando los labios. En aquel momento Ballester entró para anunciar el fin de la pausa.

Mientras se levantaban y recogían papeles y recipientes en los morrales, Ballester se colocó en medio de ellos y de repente dijo que era un golpe duro para todos, y también para él, pero que ése no era motivo para portarse como crios y que de nada servía poner malas caras. Esposito se volvió hacia él con la cacerola en la mano; su rostro, espeso y largo, había enrojecido de golpe. Yvars sabía lo que iba a decir, algo que todos estaban pensando al mismo tiempo que él, que ellos no ponían malas caras, que les estaban cerrando la boca, lo tomas o lo dejas, y que a veces la cólera

y la impotencia duelen tanto que ni siquiera se puede gritar. Eran hombres, eso era todo, y no iban a empezar a sonreír y hacer monerías. Pero Esposito no dijo nada de eso, finalmente su rostro se relajó y dio suavemente unas palmadas a Ballester en el hombro mientras los demás volvían al trabajo. De nuevo resonaron los martillos, el galpón se llenó del estrépito familiar, del olor de las virutas y de la ropa vieja empapada de sudor. La gran sierra rugía y mordía la madera fresca de la duela que Esposito empujaba lentamente delante de él. En el lugar del corte iba surgiendo una viruta mojada y una especie de serrín como pan rallado iba cubriendo las fuertes manos peludas, firmemente apretadas sobre la plancha de madera, de cada lado de la rugiente hoja. Cuando se acababa el corte de la duela sólo se oía el ruido del motor.

Yvars sentía ahora la crispación de su espalda inclinada sobre la garlopa. Normalmente la fatiga llegaba más tarde. Era evidente que durante las semanas de inactividad había perdido entrenamiento. Pero también pensaba que la edad hace más duro el trabajo de las manos, cuando ese trabajo no es de simple precisión. Aquella crispación también le anunciaba la vejez. Cuando los músculos juegan un papel el trabajo acaba por convertirse en una maldición, precede a la muerte, y precisamente en la noche, después del esfuerzo, el sueño es como la muerte. El chico quería ser maestro, tenía razón, todos los que hacen discursos sobre el trabajo manual no saben de lo que hablan.

Cuando Yvars se incorporó para tomar aliento y también para apartar aquellos malos pensamientos, el timbre sonó de nuevo. Era insistente, pero de una forma tan curiosa, con paradas cortas renovadas imperiosamente, que los obreros pararon el trabajo. Sorprendido, Ballester escuchó, después se decidió y se dirigió lentamente hacia la puerta. Hacía unos segundos que había desaparecido cuando al fin cesó el timbre. Volvieron al trabajo. La puerta se abrió de nuevo, brutalmente, y Ballester se precipitó hacia el vestuario. Salió calzándose las alpargatas, poniéndose la chaqueta y al pasar dijo a Yvars: «La cría ha tenido un ataque. Voy a buscar a

Germain», y salió corriendo hacia la puerta grande. El doctor Germain atendía el taller; vivía en el barrio. Yvars repitió la noticia sin comentarios. Se habían reunido a su alrededor y se miraban, molestos. Sólo se oía el motor de la sierra mecánica que giraba libremente. «No será nada grave», dijo alguien. Volvieron a sus sitios y el ruido llenó de nuevo el taller, pero trabajaban lentamente, como a la espera de algo.

Al cabo de un cuarto de hora entró de nuevo Ballester, se quitó la chaqueta y sin decir palabra volvió a salir por la puerta pequeña. La luz iba cayendo en la cristalera. Poco después, en un intervalo, cuando la sierra no estaba cortando madera, se oyó la sirena mate de una ambulancia, primero lejana, después acercándose, al fin presente y luego silenciosa. Al cabo de un momento Ballester regresó y todos se acercaron a él. Esposito había desconectado el motor y Ballester dijo que la niña se había caído al suelo de golpe, mientras se desnudaba en su habitación, como si le hubieran cortado los pies. «¡Qué cosas!», dijo Marcou. Ballester movió la cabeza haciendo un gesto vago hacia el taller, pero se encontraba muy afectado. De nuevo se oyó la sirena de la ambulancia. Todos estaban allí, en el taller silencioso, bajo la inundación de luz amarilla que derramaba la cristalera, con sus manos rudas, inútiles, colgando a lo largo de sus viejos pantalones cubiertos de serrín.

El resto de la tarde se fue prolongando. Yvars ya sólo sentía su fatiga y su corazón acongojado. Le hubiera gustado hablar. Pero no tenía nada que decir y los demás tampoco. En sus rostros taciturnos sólo se leía la pena y una especie de obstinación. A veces se formaba en él la palabra desgracia, pero era sólo un instante, y al momento desaparecía lo mismo que una burbuja se forma y estalla al mismo tiempo. Tenía ganas de volver a casa y de encontrarse con Fernande y con el chico, y también de estar en la terraza. Precisamente entonces Ballester anunció el final. Las máquinas pararon. Empezaron a apagar los fuegos sin apresurarse, poniendo en orden sus bancos, y luego se dirigieron de uno

en uno hacia el vestuario. Said se quedó el último, porque tenía que limpiar los lugares de trabajo y regar el suelo polvoriento. Cuando Yvars llegó al vestuario, Esposito, enorme y peludo, estaba ya bajo la ducha. Le volvía la espalda mientras se enjabonaba con grandes ruidos. Normalmente le gastaban bromas sobre su pudor; en efecto, aquel gran oso ocultaba obstinadamente sus partes nobles. Pero aquel día nadie pareció darse cuenta de ello. Esposito salió de espaldas y se enrolló alrededor de las caderas una toalla como un taparrabos. Los otros siguieron su turno y cuando Marcou se palmeaba vigorosamente los flancos desnudos se oyó el desliz pesado de la gran puerta sobre su carril de hierro. Lassalie entró.

Estaba vestido como cuando su primera visita, pero tenía el cabello algo despeinado. Se detuvo en el umbral, contempló el amplio taller desierto, avanzó unos pasos, se detuvo de nuevo y miró hacia el vestuario. Esposito, cubierto aún con su taparrabos, se volvió hacia él. Desnudo, molesto, se apoyaba alternativamente en uno y otro pie. Yvars pensó que Marcou debía decir algo. Pero Marcou seguía invisible detrás de la cortina de agua que le rodeaba. Esposito alcanzó una camisa y se la puso rápidamente cuando Lassalie dijo: «Buenas tardes», con una voz un poco desafinada, y empezó a caminar hacia la puerta pequeña. La puerta se cerraba ya cuando Yvars pensó que había que llamarle.

Entonces Yvars empezó a vestirse sin lavarse, dio también las buenas tardes, pero de todo corazón, y todos le respondieron calurosamente. Salió rápidamente, tomó la bicicleta y cuando montó en ella sintió sus agujetas. Ahora circulaba en la tarde agonizante, a través de la ciudad atestada de tráfico. Iba deprisa, quería llegar a la vieja casa y a la terraza. Se ducharía en el lavadero antes de sentarse a contemplar el mar que ya le acompañaba, más oscuro que por la mañana, por encima de las barandillas del bulevar. Pero también la niña le acompañaba y no podía dejar de pensar en ella.

En casa, el chaval había vuelto de la escuela y leía unas revistas. Fernande preguntó a Yvars si todo había ido bien. No dijo nada, se duchó en el lavadero y después se sentó en

el banco, junto al pequeño muro de la terraza. Por encima de su cabeza estaba tendida una cuerda de ropa interior remendada, el cielo se volvía transparente; mas alia del muro se podía contemplar el mar suave en el atardece, Fernande trajo el anís, dos vasos y la jarra de agua fresca. Se acomodo cerca de su marido. Entonces él le contó todo, cogiéndola por la mano, como en los primeros tiempos de su matrimonio. Cuando acabó permaneció inmóvil, volviéndose hacia el mar donde ya empezaba a correr de un extremo a otro el rápido crepúsculo. «¡Ah! Es culpa suya» dijo. Le hubiera gustado ser joven, y que Fernande lo fuera también, y entonces se hubieran marchado del otro lado del mar.

El huésped

El maestro vio a los dos hombres que venían hacia él. El uno iba a caballo, el otro a pie. Todavía no habían emprendido el ascenso de la abrupta ladera que conducía a la escuela, construida en el flanco de una colina. Avanzaban trabajosamente, progresando con lentitud en la nieve, entre las piedras, sobre la inmensa llanura del páramo desierto. De vez en cuando el caballo se encabritaba a ojos vistas. Aún no se le oía pero se veía el chorro de vapor que le brotaba entonces de los ollares. Al menos uno de los hombres conocía la comarca. Seguían la pista que sin embargo había desaparecido desde hacía varios días bajo una capa blanca y sucia. El maestro calculó que no llegarían a la colina antes de media hora. Hacía frío; volvió a entrar en la escuela para buscar un guardapolvos.

Cruzó el aula vacía y helada. En la pizarra los cuatro ríos de Francia, dibujados con cuatro barras de tiza de colores diferentes, bajaban hacia sus estuarios desde hacía tres días. La nieve había empezado a caer brutalmente a mediados de octubre, después de ocho meses de sequía, sin que hubiera habido una transición lluviosa, y la veintena de escolares que vivían en los pueblos diseminados por el páramo ya no venían. Había que esperar al buen tiempo. Daru sólo calentaba la habitación única que constituía su alojamiento, junto al aula de clase, abierta también hacia el páramo, al este. También, como en las aulas, una ventana daba además al

mediodía. Por aquella parte, la escuela se hallaba a unos kilómetros del lugar donde la meseta comenzaba a inclinarse hacia el sur. En tiempo claro se podían distinguir las masas violetas de los contrafuertes montañosos donde se abrían las puertas del desierto.

Después de entrar algo en calor, Daru volvió a la ventana desde donde había descubierto por primera vez a los dos hombres. Ya no se les podía ver. Por lo tanto habían empezado a subir la loma. El cielo estaba menos oscuro: la nieve había dejado de caer por la noche. Había amanecido con una luz sucia que apenas se había ido haciendo más intensa a medida que se levantaba el techo de nubes. A las dos de la tarde se hubiera dicho que la mañana apenas comenzaba. Pero más valía eso que los tres días en que la nieve había estado cayendo en medio de unas tinieblas incesantes, con pequeños saltos de viento que sacudían la puerta de doble batiente del aula. Daru había aguardado entonces paciente durante largas horas en su habitación, de la que no había salido salvo para ir al cobertizo a ocuparse de las gallinas y coger carbón. Afortunadamente, la camioneta de Tadjid, el pueblo más cercano, al norte, había traído las provisiones dos días antes de la borrasca. Volvería dentro de cuarenta y ocho horas.

Tenía, por otro lado, con qué resistir un asedio, con aquellos sacos de trigo que la administración le había dejado como reserva para distribuir a los escolares cuyas familias habían sido víctimas de la sequía y que abarrotaban su pequeña habitación. En realidad, la desgracia los alcanzaba a todos porque todos eran pobres. Daru había distribuido a los más pequeños una ración cada día. Bien sabía que durante aquellos días les habría faltado. Quizá viniera aquella tarde alguno de los padres o algún hermano mayor y podría aprovisionarle de grano. Había que cubrir el paréntesis hasta la próxima cosecha, sencillamente. Ahora llegaban barcos con cereal de Francia, lo más duro ya había pasado. Pero sería difícil olvidar aquella miseria, aquel ejército de fantasmas harapientos errantes bajo el sol, los páramos calcinados un mes tras otro, la tierra resquebrajándose

poco a poco, literalmente torrefactada, cada piedra deshaciéndose en polvo bajo los pies. Entonces las ovejas habían muerto a millares, y también algunos hombres, aquí y allá, sin que pudiera saberse a ciencia cierta.

Ante aquella miseria, él, que vivía casi como un monje en aquella escuela perdida, contento por otro lado con lo poco que tenía y con aquella vida ruda, se había sentido como un señor, entre sus paredes enfoscadas, con su estrecho diván, sus estanterías de madera sin barnizar, su pozo y su abastecimiento semanal de agua y alimentos. Y de repente, toda aquella nieve, sin advertencia previa, sin el relajamiento de la lluvia. Así era la tierra, cruel con la vida, incluso sin hombres, los cuales, además, no solucionaban nada. Pero Daru había nacido allí. En cualquier otra parte se sentía exiliado.

Salió al exterior y avanzó hacia la explanada, delante de la escuela. Los dos hombres se hallaban ya a media ladera. Distinguió al hombre de a caballo, Balducci, el viejo gendarme al que conocía desde hacía mucho tiempo. Balducci traía a un árabe a pie detrás de él, con las manos atadas al cabo de una cuerda y la frente baja. El gendarme hizo un gesto de saludo al que Daru no respondió, absorto mientras contemplaba al árabe vestido con una chilaba que en otro tiempo había sido azul, con los pies calzados con sandalias pero cubiertos con gruesos calcetines de lana cruda, con la cabeza cubierta con un fez estrecho y corto. Se fueron acercando. Balducci llevaba su cabalgadura al paso para no forzar al árabe y el grupo avanzaba lentamente.

Al alcance de la voz Balducci gritó: «¡Una hora para hacer los tres kilómetros desde El Aneur hasta aquí!» Daru no respondió. Corto y cuadrado en su espeso guardapolvos, les fue viendo subir. El árabe no había levantado la cabeza ni una sola vez. «Bienvenidos —dijo Daru cuando hubieron llegado a la explanada—. Entrad a calentaros.» Balducci se apeó trabajosamente del caballo sin soltar la cuerda. Sonrió al maestro de escuela con sus bigotes enhiestos. Sus pequeños ojos oscuros, muy hundidos bajo la frente curtida, y su boca rodeada de arrugas le daban un aspecto atento y aplicado. Daru tomó al caballo por la brida, lo condujo al

cobertizo y regresó a la escuela donde los dos hombres le estaban esperando. Les hizo pasar a la habitación. «Voy a calentar el aula —dijo—. Estaremos más a gusto.» Cuando volvió a la habitación, Balducci se había tumbado en el diván. Había desanudado la cuerda que le mantenía atado al árabe y éste se había acucillado cerca de la estufa. Con las manos todavía amarradas y el fez en el cogote, miraba a través de la ventana. Al principio Daru sólo vio sus enormes labios, lisos, abultados, casi negroides; la nariz sin embargo era recta, los ojos oscuros, llenos de fiebre. El fez dejaba al descubierto una frente obstinada y, bajo la piel quemada aunque algo descolorida por el frío, toda su cara tenía un aire a la vez inquieto y rebelde que sorprendió a Daru cuando el árabe, volviendo el rostro hacia él, le clavó los ojos. «Pasad al lado, dijo el maestro, voy a preparar té a la menta.» «Gracias —dijo Balducci—. ¡Vaya faena! ¡A ver si me júbilo de una vez!» Y dirigiéndose al árabe prisionero: «Tú, ven.» El árabe se levantó y, lentamente, manteniendo las muñecas por delante, pasó a la escuela.

Daru trajo una silla con el té. Pero Balducci ya se había instalado en el primer pupitre y el árabe se había acucillado contra el estrado del maestro, frente a la estufa, que se encontraba entre la mesa y la ventana. Cuando ofreció el vaso al prisionero Daru dudó ante sus manos atadas. «A lo mejor se le podría desatar.» «Claro que sí —dijo Balducci—. Era sólo para el viaje.» Hizo ademán de levantarse. Pero Daru, dejando el vaso en el suelo, se había arrodillado junto al árabe. Éste, sin decir nada, le dejó hacer mirándole con sus ojos enfebrecidos. Cuando tuvo las manos libres se frotó una contra otra las muñecas hinchadas, tomó el vaso de té y bebió el líquido ardiente a pequeños sorbos rápidos.

—Bien —dijo Daru—. ¿Dónde vais así?

Balducci sacó sus bigotes del té:

—Aquí, hijo mío.

—Vaya alumnos. ¿Vais a dormir aquí?

—No. Yo me vuelvo a El Aneur. Y tú vas a entregar aquí al compañero a Tinguít. Le esperan en la comuna mixta.

Balducci miró a Daru con una leve sonrisa amistosa.

—Qué me estás contando —dijo el maestro—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, hijo mío, no. Son órdenes.

—¿Órdenes? Yo no puedo... —Daru titubeó; no quería molestar al viejo corso—. Pero bueno, ése no es mi oficio...

—¡Eh! ¡Qué me quieres decir con eso! En la guerra se hacen todos los oficios.

—Entonces esperaré la declaración de guerra.

Balducci aprobó con la cabeza.

—Bueno. Pues aquí están las órdenes y te conciernen a ti también. Parece que va a haber jaleo. Se habla de que se prepara una revuelta. En cierto modo estamos movilizados.

Daru seguía con su aire obstinado.

—Escúchame, hijo —dijo Balducci—. Yo te aprecio, y me tienes que comprender. En todo El Aneur somos una docena para patrullar por un territorio de la extensión de un pequeño departamento y yo tengo que regresar. Me han dicho que te entregue a este pájaro y que regrese sin tardanza. En su pueblo empiezan a moverse, querían liberarle. Tienes que llevarle a Tinguít mañana. No me digas que a un hombre fuerte como tú le dan miedo esos veinte kilómetros. Después, se acabó. Te vuelves con tus alumnos a la buena vida.

Se oía al caballo agitarse y patear con el casco detrás de la pared. Daru miraba por la ventana. Era evidente que el tiempo empezaba a aclarar, la luz se iba extendiendo sobre el páramo nevado. Cuando toda la nieve se hubiera fundido el sol reinaría de nuevo y abrasaría una vez más los campos de piedra. Y otra vez, durante días enteros, el cielo volcaría su luz seca sobre la llanura solitaria donde no había nada que recordara la presencia del hombre.

—En fin —dijo volviéndose hacia Balducci—. ¿Qué es lo que ha hecho? —Y antes de que el gendarme abriera la boca preguntó—: ¿Habla francés?

—Ni una palabra. Se le buscaba desde hacía un mes, pero lo estaban ocultando. Mató a su primo.

—¿Está contra nosotros?

—No lo creo. Pero eso nunca se puede saber.

—¿Por qué le ha matado?

—Creo que por asuntos de familia. Al parecer el uno le debía grano al otro. No está claro. En fin, resumiendo, mató a su primo de un tajo de hoz. Ya sabes, como a un cordero, ras...

Balducci hizo el gesto de pasar una cuchilla por la garganta y atrajo la atención del árabe que le miró con una especie de inquietud. De repente a Daru le invadió una súbita cólera contra aquel hombre, contra todos los hombres y su sucia maldad, sus odios incansables, sus sangrientas locuras.

Pero la tetera empezaba a silbar sobre la estufa. Volvió a servir té a Balducci, dudó un instante y sirvió de nuevo al árabe que bebió con avidez por segunda vez. Al levantar los brazos se entreabría su chilaba y el maestro pudo ver su pecho flaco y musculoso.

—Gracias, hijo —dijo Balducci—. Y ahora me largo.

Se levantó y se dirigió hacia el árabe sacando un cordel de su bolsillo.

—¿Qué haces? —preguntó secamente Daru.

Balducci, sorprendido, le mostró la cuerda.

—No es necesario.

El viejo gendarme titubeó.

—Como quieras. Me imagino que estás armado.

—Tengo mi escopeta de caza.

—¿Dónde?

—En el baúl.

—Deberías tenerla cerca de la cama.

—¿Por qué? No tengo nada que temer.

—Estás loco, hijo. Si se rebelan, nadie estará a salvo, estamos todos en el mismo saco.

—Me defenderé. Tengo tiempo de verlos llegar.

Balducci se echó a reír y luego de repente los bigotes volvieron a cubrir sus dientes todavía blancos.

—¿Que tienes tiempo? Bueno. Lo que yo digo. Siempre has estado algo majara. Y por eso te aprecio, porque mi hijo era también así.

Al mismo tiempo, sacó el revólver y lo dejó sobre el escritorio.

—Guárdalo. De aquí a El Aneur no tengo necesidad de dos armas.

El revólver brillaba sobre la pintura negra de la mesa. Cuando el gendarme se volvió hacia él, el maestro sintió su olor a cuero y a caballo.

—Escucha, Balducci —dijo Daru de repente—. Todo esto me asquea, y lo que más me asquea de todo es el tipo éste. Pero no iré a entregarle. Si es necesario combatiré. Pero esto no.

El viejo gendarme se mantenía frente a él y le miraba con severidad.

—Estás haciendo tonterías —dijo lentamente—. A mí tampoco me gusta esto. A pesar de los años nunca se acostumbra uno a pasarle una cuerda a un hombre, incluso da vergüenza, sí. Pero no se les puede dejar hacer lo que quieran.

—No iré a entregarle —repitió Daru.

—Es una orden, hijo. Te lo repito.

—Eso es. Repíteles lo que te he dicho: no le entregaré.

Balducci hizo un visible esfuerzo de reflexión. Miró al árabe y a Daru. Al fin se decidió:

—No. No les diré nada. Si no quieres cooperar, haz lo que quieras, no te denunciaré. Tengo órdenes de entregar al prisionero y eso es lo que hago. Y ahora me vas a firmar un papel.

—Es inútil. No voy a negar que me lo has entregado.

—No te portes mal conmigo. Ya sé que dirás la verdad. Eres de aquí, eres un hombre. Pero tienes que firmar, son las normas.

Daru abrió su cajón, sacó un pequeño frasco de tinta violeta, el palillero de madera roja con el plumín estilo sargento que utilizaba para trazar los modelos de caligrafía y firmó. El gendarme dobló cuidadosamente el papel y lo guardó en su portafolios. Después se dirigió hacia la puerta.

—Te acompaño —dijo Daru.

—No —dijo Balducci—. No es necesaria tanta cortesía. Me has insultado.

Miró al árabe, inmóvil en el mismo lugar, suspiró con aire pesaroso y se volvió hacia la puerta: «Adiós, hijo», dijo. La puerta batió tras él. Balducci surgió del otro lado de la ventana y desapareció. Sus pasos se ahogaron en la nieve. El caballo se agitó detrás de la pared y las gallinas se alborotaron. Un instante después, Balducci volvió a pasar delante de la ventana llevando al caballo por la brida. Fue avanzando hacia el terraplén sin volverse, desapareció primero y el caballo le siguió. Una piedra gruesa rodó blandamente. Daru se volvió hacia el prisionero, que no se había movido, pero que no apartaba la mirada de él. «Espera», dijo el maestro en árabe, y se dirigió hacia la habitación. En el momento de cruzar el umbral tuvo un reflejo, fue hacia el escritorio, cogió el revólver y se lo metió en el bolsillo. Después, sin volverse, entró en su habitación.

Permaneció tendido largo rato en el diván, viendo cómo el cielo se iba cerrando poco a poco, escuchando el silencio. Lo que más penoso le había parecido a su llegada, después de la guerra, había sido aquel silencio. Había solicitado un puesto en aquella pequeña ciudad al pie de los contrafuertes que separan el desierto de los altos páramos. Allí, unas murallas rocosas, verdes y negras hacia el norte, rosadas o malvas al sur, marcaban la frontera del eterno verano. Le habían destinado en un puesto más al norte, en los mismos páramos. Al principio, la soledad y el silencio en aquellas tierras ingratas que únicamente habitaban las piedras le habían sido duros. A veces, algunos surcos hacían pensar en cultivos, pero habían sido cavados para extraer cierta piedra adecuada para la construcción. Allí solamente se labraba la tierra para cosechar guijarros. Otras veces se arrancaban algunos puñados de tierra, acumulada en las hondonadas, para nutrir los escuálidos huertos de las aldeas. Así era, las tres cuartas partes de la comarca estaban cubiertas de guijarros. Allí las ciudades nacían, brillaban y desaparecían; los hombres pasaban, se amaban o se lanzaban dentelladas a la garganta, y después morían. En aquel desierto nadie era

nada, ni él ni su huésped. Y sin embargo, Daru sabía que ni el uno ni el otro hubieran podido vivir de verdad fuera de aquel desierto.

Cuando se levantó no llegaba ningún ruido procedente del aula. Se alegró del franco júbilo que le invadió al pensar que el árabe pudiera haber huido, y que se iba a *encontrar* solo, sin tener que decidir nada. Pero el prisionero estaba allí. Únicamente se había acostado todo a lo largo entre la estufa y el escritorio. Miraba el techo con los ojos abiertos. En aquella postura se veían sobre todo sus labios abultados que le daban un aspecto burlón. «Ven», dijo Daru. El árabe se levantó y le siguió. El maestro le señaló una silla cerca de la mesa, bajo la ventana de la habitación. El árabe se acomodó sin dejar de mirar a Daru.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dijo el prisionero.

Daru instaló dos cubiertos. Tomó harina y aceite, amasó una torta en una fuente y encendió el hornillo de butano. Mientras la torta se cocía salió para volver con queso, huevos, dátiles y leche condensada que había cogido del cobertizo. Cuando la torta terminó de cocerse la puso a enfriar en el pretil de la ventana, calentó la leche condensada disuelta en agua y para terminar batió una tortilla con los huevos. En uno de sus movimientos se topó con el revólver que tenía hundido en el bolsillo derecho. Dejó el tazón, pasó al aula y puso el revólver en el cajón del escritorio. Cuando regresó a la habitación la noche estaba cayendo. Encendió la luz y sirvió al árabe. «Come», dijo. El otro tomó un pedazo de torta, se lo llevó rápidamente a la boca y se detuvo.

—¿Y tú? —dijo.

—Después de tí. Yo también comeré.

Los abultados labios se abrieron un poco. El árabe titubeó y luego mordió resueltamente la torta.

Cuando terminaron de comer, el árabe miró al maestro.

—¿Eres tú el juez?

—No, yo te guardo hasta mañana.

—¿Por qué comes conmigo?

—Tengo hambre.

El otro se calló. Daru se levantó y salió. Regresó del cobertizo con un catre de campaña, le extendió entre la mesa y la estufa, perpendicular a su propio lecho. De una maleta grande que servía, de pie en un rincón, de estantería para los archivos, sacó dos mantas y las dispuso sobre el catre. Después se detuvo, se sintió inactivo, se sentó en su cama. Ya no había más que hacer ni que preparar. Había que mirar a aquel hombre. Por lo tanto le miró, intentando imaginarse aquel rostro arrebatado por el furor. No lo conseguía. Únicamente veía su mirada, a la vez sombría y brillante, y su boca de animal.

—¿Por qué le mataste? —preguntó con una voz cuya hostilidad le sorprendió.

El árabe apartó la mirada.

—Se escapó. Eché a correr detrás de él.

Alzó los ojos hacia Daru. Estaban llenos de una especie de interrogación infeliz.

—¿Qué me van a hacer ahora?

—¿Tienes miedo?

El otro se irguió apartando los ojos.

—¿Lo lamentas?

El árabe, con la boca abierta, no le miró. Aparentemente no comprendía nada. La irritación se iba apoderando de Daru. Al mismo tiempo se sentía torpe y crispado dentro de su corpachón, atrapado entre las dos camas.

—Tumbate ahí —dijo con impaciencia—. Es tu cama.

El árabe no se movió. Se dirigió a Daru:

- ¡Oye!

El maestro le miró.

—¿Vuelve mañana el gendarme?

—No lo sé.

—¿Vienes con nosotros?

—No lo sé. ¿Por qué?

El prisionero se levantó y se tumbó sobre las mismas mantas, con los pies hacia la ventana. La luz de la bombilla eléctrica le caía justo en los ojos y los cerró al momento.

—¿Por qué? —repitió Daru, de pie delante del catre.

El árabe abrió los ojos bajo la luz cegadora y le miró esforzándose por no pestañear.

—Ven con nosotros —dijo.

Más tarde, en medio de la noche, Daru seguía sin poder dormir. Se había metido en la cama después de desnudarse completamente: normalmente se acostaba desnudo. Pero cuando se encontró sin ropa en medio de la habitación dudó unos instantes. Se sintió vulnerable y le vino la tentación de volver a vestirse. Después se encogió de hombros; se había visto en otras y si era necesario haría pedazos al adversario. Le podía observar desde su cama, tendido de espaldas, aún inmóvil y con los ojos cerrados bajo la luz violenta. Cuando Daru apagó la luz, las tinieblas parecieron congelarse de golpe. Poco a poco la noche resucitó en la ventana, donde el cielo sin estrellas se agitaba blandamente. El maestro distinguió pronto el cuerpo tendido delante de él. El árabe seguía sin moverse pero sus ojos parecían abiertos. Un viento tenue rondaba alrededor de la escuela. Quizá despejaría las nubes y volvería el sol.

El viento aumentó durante la noche. Las gallinas se removieron un poco, luego callaron. El árabe se volvió de lado presentando la espalda a Daru, y éste creyó oírle gemir. Después estuvo al acecho de su respiración, más fuerte y regular. Escuchó aquel aliento cercano y soñaba sin poder dormirse. En la habitación, donde hacía un año que dormía solo, aquella presencia le molestaba. Pero le molestaba también porque le imponía una especie de fraternidad que en las circunstancias presentes rechazaba, y que conocía bien: los hombres que comparten la misma habitación, soldados o prisioneros, quedan unidos por un extraño lazo, como si se despojaran de sus armaduras al mismo tiempo que de sus vestidos, y como si cada noche se juntaran, por encima de sus diferencias, en la antigua comunidad del sueño y la fatiga. Pero Daru despejó esos pensamientos, no le gustaban esas tonterías, tenía que dormir.

Sin embargo, algo más tarde, cuando el árabe se agitó imperceptiblemente, el maestro seguía sin poder dormir. Al segundo movimiento del prisionero se puso tenso, en

alerta. El árabe se incorporó lentamente sobre un brazo, con un movimiento casi de sonámbulo. Sentado sobre la cama, esperó, inmóvil, sin volver la cabeza hacia Daru, como si estuviera escuchando con la mayor atención. Daru no se movió: se le acababa de ocurrir que el revólver se había quedado en el cajón del escritorio. Más valía actuar enseguida. Sin embargo continuó observando al prisionero, que, con el mismo movimiento sin roces, había plantado los pies en el suelo y, después de esperar un rato, comenzaba a levantarse lentamente. Daru iba a llamarle cuando el árabe empezó a andar, esta vez con un paso natural, pero extraordinariamente silencioso. Se dirigía hacia la puerta del fondo, que daba al cobertizo. Hizo girar el picaporte con precaución y salió tirando de la puerta tras de él, sin llegar a cerrarla. Daru no se movió. Únicamente pensó: «Se escapa. Un problema menos.» Sin embargo aguzó el oído. Las gallinas no se movían: por lo tanto el otro estaba en el campo. Entonces le llegó un débil ruido de agua y no entendió de qué se trataba hasta que el árabe apareció otra vez en el marco de la puerta, la volvió a cerrar con cuidado y se acostó de nuevo sin un ruido. Daru entonces le volvió la espalda y se durmió. Más tarde aún le pareció oír desde el fondo del sueño unos pasos furtivos alrededor de la escuela. «Estoy soñando, estoy soñando», repitió. Y dormía.

Cuando se despertó el cielo se había despejado; por entre las juntas de la ventana entraba un aire frío y puro. El árabe dormía, acurrucado ahora bajo las mantas, totalmente entregado al sueño. Pero cuando Daru le sacudió tuvo un sobresalto terrible, mirando a Daru sin reconocerle, con ojos dementes, y una expresión tan aterrorizada que el maestro retrocedió un paso. «No tengas miedo. Soy yo. Hay que comer.» El árabe sacudió la cabeza y dijo sí. La calma volvió a su rostro pero su expresión seguía ausente y distraída.

El café estuvo listo. Lo bebieron sentados ambos en el catre de campaña, mordisqueando un pedazo de torta. Después Daru acompañó al árabe al cobertizo y le mostró el grifo donde él se aseaba. Regresó a la habitación, recogió las mantas y el catre, hizo su propia cama y puso orden en el

cuarto. Entonces salió a la explanada pasando por la escuela. El sol se alzaba ya en el cielo azul; una luz tierna y viva inundaba el páramo desierto. La nieve se fundía en algunos lugares de la ladera. De nuevo iban a aparecer las piedras. En cuclillas, al borde del terraplén, el maestro contempló la extensión desierta. Pensó en Balducci. Le había ofendido, le había despedido de manera desagradable, como si no quisiera que le metieran en el mismo saco que él. Volvió a oír la despedida del gendarme y, sin saber por qué, se sintió extrañamente vacío y vulnerable. En aquel momento, del otro lado de la escuela, el prisionero tosió. Daru le escuchó, casi a pesar suyo, después, furioso, tiró una piedra que silbó en el aire antes de hundirse en la nieve. El crimen estúpido de aquel hombre le sublevaba, pero entregarle era contrario al honor: sólo pensarlo le volvía loco de humillación. Y maldecía a la vez a los suyos, que le enviaban a aquel árabe, y también le maldecía a él, que se había atrevido a matar sin haber sabido huir. Daru se levantó, dio vueltas en círculo en el terraplén, después esperó, inmóvil, y finalmente volvió a entrar en la escuela.

Inclinado sobre el suelo de cemento del cobertizo el árabe se lavaba los dientes con dos dedos. Daru le miró y después dijo: «Ven». Regresó a la habitación precediendo al prisionero. Se puso un chaquetón de caza por encima de su guardapolvos y se calzó unos zapatos de monte. Esperó fuera, de pie, a que el árabe se pusiera su fez y sus sandalias. Pasaron a la escuela y el maestro señaló la salida a su compañero: «Ve andando», dijo. El otro no se movió. «Te sigo», dijo Daru. El árabe salió. Daru volvió a la habitación para hacer un paquete con galletas, dátiles y azúcar. Antes de salir titubeó unos segundos en el aula, delante de su escritorio, después cruzó el umbral de la escuela y cerró la puerta. «Es por allí», dijo. Tomó la dirección del este, seguido del prisionero. Pero a poca distancia de la escuela le pareció oír un leve ruido detrás de él. Volvió sobre sus pasos para inspeccionar los alrededores de la casa: no había nadie. El árabe le veía actuar sin comprender aparentemente nada. «Vamos», dijo Daru.

Anduvieron durante una hora y descansaron cerca de una especie de pitón calizo. La nieve iba fundiéndose cada vez más deprisa, el sol se bebía los charcos al instante, limpiaba a toda velocidad el páramo que, poco a poco, se secaba y vibraba como el mismo aire. Cuando prosiguieron su ruta, el suelo resonaba bajo sus pasos. De vez en cuando un ave rasgaba el espacio delante de ellos con un grito alegre. Daru bebía la luz fresca con profundas inhalaciones. Una suerte de exaltación nacía en él delante de aquel gran espacio familiar, ahora casi enteramente amarillo, bajo la cúpula de cielo azul. Anduvieron todavía una hora más, bajando hacia el sur. Llegaron a una especie de prominencia chata, hecha de rocas friables. A partir de allí, en dirección este, el páramo se inclinaba hacia una llanura baja donde se podían distinguir algunos árboles esqueléticos y, en dirección sur, hacia un caos rocoso que daba un aspecto atormentado al paisaje.

Daru inspeccionó las dos direcciones. Sólo el cielo cerraba el horizonte donde no asomaba ni un ser viviente. Se volvió hacia el árabe, que le miraba sin comprender. Daru le ofreció un paquete: «Toma —dijo—. Son dátiles, pan y azúcar. Podrás aguantar un par de días. Toma mil francos también.» El árabe cogió el paquete y el dinero pero conservando sus manos llenas a la altura del pecho, como si no supiera qué hacer con lo que le daban. «Ahora mira —dijo el maestro mostrándole la dirección del este—, ésa es la ruta de Tinguít. Hay dos horas de camino. En Tinguít está la administración y la policía. Te esperan.» El árabe miró hacia el este, manteniendo contra su cuerpo el paquete y el dinero. Daru le tomó por el brazo y le obligó a girar bruscamente un cuarto hacia el sur. Al pie de la ladera en la que se encontraban se adivinaba un camino apenas dibujado. «Ésa es la pista que cruza los páramos. A un día de marcha de aquí encontrarás pastizales y los primeros nómadas. Te acogerán y te darán cobijo, según su ley.» El árabe se había vuelto hacia Daru y una especie de pánico asomó a su rostro: «Escúchame», dijo. Daru sacudió la cabeza: «No, cállate. Ahora te dejo». Le volvió la espalda y se alejó dos

largos pasos en dirección a la escuela, luego miró con aire indeciso al árabe inmóvil y se marchó. Durante algunos minutos sólo escuchó sus propios pasos sonoros sobre la tierra fría y no volvió la cabeza. Sin embargo, al cabo de un momento se dio la vuelta. El árabe seguía allí, en lo alto de la colina, ahora con los brazos a lo largo del cuerpo, mirando al maestro. Daru sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Lanzó un juramento de impaciencia, hizo un gran ademán con las manos y se alejó. Ya estaba lejos cuando de nuevo se detuvo a mirar. En la colina no había nadie.

Daru titubeó. Ahora el sol estaba ya bastante alto en el cielo y comenzaba a morderle la frente. Volvió sobre sus pasos, al principio algo incierto, después con mayor decisión. Cuando llegó a la pequeña colina chorreaba de sudor. La subió a toda prisa y se detuvo sin aliento en la cumbre. Al sur, los campos de roca se dibujaban con nitidez contra el cielo azul, pero en la llanura, al este, empezaba a levantarse un vaho de calor. Y en aquella bruma ligera, con el corazón acongojado, Daru descubrió al árabe andando lentamente camino de la prisión.

Algo más tarde, de pie frente a la ventana del aula, el maestro contemplaba sin verla la luz tierna que saltaba desde las alturas del cielo sobre toda la superficie de la llanura. Detrás de él, en la pizarra, entre los meandros de los ríos franceses, trazada con tiza por una mano poco hábil, se veía la inscripción que acababa de leer: «Has entregado a nuestro hermano. Lo pagarás». Daru contemplaba el cielo, la llanura y, más allá, las tierras invisibles que se extendían hasta el mar. En aquella vasta región que tanto había amado se encontraba solo.

Jonas
o
el artista trabajando

Arrojadme al mar...
porque yo soy el que atrae sobre
vosotros la tempestad.

Jonás, I, 12

Gilbert Jonas, pintor artístico, creía en su buena estrella. Además, sólo creía en ella, aunque sintiera respeto e incluso una especie de admiración por la religión de los demás. Su propia fe, sin embargo, no carecía de virtudes, ya que consistía en admitir de forma oscura que acabaría por obtener mucho sin jamás merecer nada. Así pues, cuando alrededor de su treinta y cinco cumpleaños, un puñado de críticos se disputaron de repente la gloria de haber descubierto su talento, no se mostró en absoluto sorprendido. Pero su serenidad, que algunos atribuían a su suficiencia, se explicaba muy bien al contrario, por una modestia confiada. Jonas hacía justicia a su estrella más que a sus méritos.

Algo más asombrado se mostró cuando un marchante de cuadros le propuso abonarle una mensualidad que le mantendría al abrigo de cualquier preocupación. El arquitecto Râteau, que desde los tiempos del instituto apreciaba a Tonas y a su buena estrella, le expuso en vano que aquella mensualidad apenas le proporcionaría una vida decente y que el marchante no perdía nada con ello. «Aun así», dijo Jonas. Râteau, que lograba el éxito en todo lo que emprendía gracias a su tesón, regañaba a su amigo. «Pero bueno, hay que discutir.» Nada consiguió. En su fuero interno Jonas daba gracias a su buena estrella. «Como usted quiera», respondió al marchante. Y dejó el puesto que ocupaba

en la casa editorial paterna para consagrarse enteramente a la pintura. «Esto sí que es tener suerte», decía.

En realidad pensaba: «Mi suerte aún no ha terminado». Tan lejos como podía remontar en su memoria encontraba la misma influencia de la suerte manos a la obra. Alimentaba también el más tierno agradecimiento hacia sus padres, primero porque le habían criado distraídamente, lo que le había proporcionado todo el tiempo necesario para el ensueño, y además porque se habían separado por motivos de adulterio. Al menos aquél había sido el pretexto invocado por su padre, olvidando precisar que se había tratado de una especie de adulterio bastante particular: no podía soportar las obras de caridad de su mujer, una verdadera santa laica, que sin ver malicia en ello había hecho don de su persona a la humanidad doliente. Pero el marido pretendía disponer como único dueño de las virtudes de su mujer. «Ya estoy harto de que me engañe con los pobres», decía aquel Ótelo.

Jonas sacó provecho de aquel malentendido. Sus padres, que habían leído o se habían enterado de que se podían citar varios casos de asesinos sádicos procedentes de padres divorciados, rivalizaron en agasajos para ahogar en ciernes cualquier germen de tan fastidiosa evolución. Según ellos, cuanto menos evidentes eran los efectos del choque sufrido por la conciencia del niño tantos más motivos había para preocuparse: los destrozos invisibles resultarían ser los más profundos. Por poco que Jonas se declarara satisfecho de sí mismo o de su jornada, la ordinaria inquietud de sus padres rayaba con la locura. Redoblaban sus atenciones y entonces al niño nada le quedaba por desear.

Su presunta desdicha le valió finalmente a Jonas un hermano fiel en la persona de su amigo Râteau. Los padres de este último invitaban a menudo a su joven compañero de instituto porque se compadecían de su infortunio. Sus discursos compasivos inspiraron a su hijo, vigoroso deportista, a tomar bajo su protección al muchacho cuyos despreocupados éxitos ya admiraba. La admiración y la condescendencia hicieron buena pareja en favor de una amistad que

Jonas recibió, como todo lo demás, con una alentadora sencillez.

Cuando Jonas terminó sus estudios sin esforzarse particularmente tuvo además la suerte de entrar en la casa editorial de su padre, encontrando allí una situación y por vías indirectas su vocación de pintor. En tanto que primer editor de Francia, el padre de Jonas mantenía la opinión de que, más que nunca, y por razón misma de la crisis de la cultura, el futuro estaba en el libro. «La historia demuestra que cuanto menos se lee más libros se compran», decía. Partiendo de ahí, raras veces leía los manuscritos que le proponían, y sólo se decidía a publicarlos basándose en la personalidad del autor o en la actualidad del tema (desde ese punto de vista, como el único tema siempre actual es el sexo, el editor había terminado por especializarse), y solamente se ocupaba de hallar presentaciones curiosas y publicidad gratuita. Por lo tanto Jonas recibió, al mismo tiempo que la gestión del departamento de lecturas, una amplia disponibilidad de tiempo libre que había que llenar. Así fue como se encontró con la pintura.

Descubrió por primera vez en su fuero interno un ardor imprevisto pero incansable. Pronto consagró todas sus jornadas a la pintura y, siempre sin esfuerzo, consiguió excelentes resultados en ese ejercicio. Fuera de ello nada parecía interesarle, y apenas logró casarse a una edad conveniente: la pintura le devoraba por entero. Para los seres y las circunstancias ordinarias de la vida sólo reservaba una sonrisa benevolente que concedía sin prestar demasiada atención. Fue necesario que se produjera un accidente en la motocicleta que Râteau conducía con demasiado vigor llevando a su amigo en la grupa para que Jonas, con la mano derecha inmovilizada entre vendajes, al fin se aburriera y se interesara por el amor. Una vez más se vio inclinado a considerar aquel grave accidente como un efecto añadido de su buena estrella. De no haber sido así no hubiera tenido tiempo de mirar a Louise Poulin como ella se lo merecía.

Por lo demás, según Râteau, Louise no merecía una mirada. Siendo pequeño y enjuto, sólo le gustaban las mujeres

altas. «No sé lo que le encuentras a esa hormiga», decía. En efecto, Louise era pequeña, morena de tez, de pelo y de ojos, pero bien hecha y de agradable aspecto. Alto y sólido, Jonas se enternecía con la hormiga, tanto más cuanto que era industriosa. La vocación de Louise era la actividad. Parecida vocación encajaba armoniosamente con la afición de Jonas por la inercia y sus ventajas. Louise se entregó en primer lugar a la literatura, al menos mientras creyó que a Jonas le interesaba la edición. Lo leía todo, sin orden, y en pocas semanas se convirtió en una persona capaz de hablar de todo. Jonas la admiró y estimó que con ello podía prescindir definitivamente de la lectura, puesto que Louise le informaba suficientemente y le permitía conocer lo esencial de las revelaciones contemporáneas. «No hay que decir que fulano es malvado y feo, sino que quiere ser malvado y feo», afirmaba Louise. El matiz era de importancia y, como hizo observar Râteau, podía conducir como poco a la condenación del género humano. Pero Louise zanjó la cuestión demostrando que aquella verdad la sostenían simultáneamente la prensa del corazón y las revistas filosóficas, era universal y no podía ser discutida. «Como a vosotros os parezca», dijo Jonas, y olvidó al momento aquel cruel descubrimiento para seguir soñando en su buena estrella.

Louise abandonó la literatura en cuanto comprendió que a Jonas sólo le interesaba la pintura. Al instante se entregó a las artes plásticas, recorriendo museos y exposiciones, arrastrando con ella a Jonas, que comprendía mal lo que pintaban sus contemporáneos, lo cual le molestaba en su sencillez de artista. Se alegraba, sin embargo, de saberse tan bien informado de todo cuanto concernía a su arte. Lo cierto es que al día siguiente olvidaba hasta el nombre del pintor cuyas obras acababa de contemplar. Pero Louise tenía razón cuando le recordaba perentoriamente una de las certezas que había conservado de su periodo literario, a saber, que en realidad nunca se olvida nada. Decididamente, la buena estrella seguía protegiendo a Jonas que de ese modo podía acumular sin mala conciencia las certezas de la memoria y las comodidades del olvido.

Pero los tesoros de dedicación que Louise prodigaba brillaban con su mejor resplandor en la vida cotidiana de joñas. Aquel ángel de bondad le evitaba tener que ir a comprar zapatos, trajes y ropa interior, dedicaciones que a cualquier hombre normal le abrevian los días de la vida, corta de por sí. Tomaba a su cargo, con resolución, los mil inventos de la máquina de matar el tiempo, desde los oscuros formularios de la seguridad social hasta las disposiciones, renovadas sin cesar, de la fiscalidad. «Bien —decía Râteau—, de acuerdo. Pero no puede ir al dentista en tu lugar.» Ciertamente, no iba, pero telefoneaba y tomaba cita a la mejor hora; se ocupaba de cambiar el aceite al 4 CV, de las reservas de hotel para las vacaciones, del carbón para la calefacción doméstica; ella misma compraba los regalos que Jonas quería hacer, escogía y enviaba sus flores y aún tenía tiempo, algunas tardes, para pasar por su casa y preparar en su ausencia la cama de modo que no tuviera necesidad de abrirla aquella noche para acostarse.

Y siguiendo el mismo impulso ella misma entró en aquella cama, y después se encargó de tomar cita y conducir a Jonas delante del juez, dos años antes de que al fin se reconociera su talento, y organizó el viaje de bodas de tal modo que no quedara museo por visitar. No sin antes haber encontrado, en plena crisis de la vivienda, un piso de tres habitaciones donde se instalaron a su regreso. Después fabricó dos hijos, casi uno detrás de otro, niño y niña, según un plan que consistía en ir hasta tres, y que fue cumplido poco después de que Jonas abandonara la editorial para consagrarse a la pintura.

Por otra parte, en cuanto hubo dado a luz, Louise se consagró exclusivamente a su, y después a sus, hijos. Todavía intentaba ayudar a su marido pero le faltaba tiempo. Sin duda lamentaba no poder ocuparse adecuadamente de Jonas, pero su carácter decidido le evitó andarse con lamentaciones. «Tanto peor —dijo—, zapatero a tus zapatos.» Expresión, por otro lado, que a Jonas le encantó, porque como todos los artistas de su época deseaba que le consideraran un artesano. Por lo tanto, el artesano fue algo menos

atendido y tuvo que comprarse los zapatos personalmente. Sin embargo, aparte de que eso entraba dentro de la naturaleza de las cosas, Jonas estuvo tentado de congratularse por ello. Sin duda tenía que hacer un esfuerzo para recorrer las tiendas, pero ese esfuerzo se veía recompensado con una de esas horas de soledad que tanto valor da a la felicidad de las parejas.

Sin embargo, el problema del espacio vital era prioritario sobre los demás problemas del matrimonio, porque el tiempo y el espacio se encogían a su alrededor siguiendo el mismo ritmo. La llegada de los niños, la nueva profesión de Jonas, lo estrecho de su instalación y lo modesto de su mensualidad, que hacía prohibitiva la compra de un piso más grande, todo ello junto, apenas dejaba un campo restringido a la doble actividad de Louise y de Jonas. El piso se encontraba en la primera planta de un antiguo hotel del siglo XVIII, en el barrio viejo de la capital. En aquel distrito vivían muchos artistas, fieles al principio de que en materia de arte la búsqueda de lo nuevo debe hacerse en el marco de lo antiguo. Jonas, que compartía esa convicción, se alegraba de vivir en aquel barrio.

En todo caso, el apartamento era antiguo. Pero algunos arreglos muy modernos le habían conferido un aire original que consistía principalmente en que ofrecía a sus habitantes un gran volumen de espacio ocupando solamente una superficie reducida. Las habitaciones, especialmente altas de techos y adornadas de soberbias ventanas, debieron de haber sido destinadas en otro tiempo a recepciones de aparato, a juzgar por sus majestuosas proporciones. Pero las necesidades del hacinamiento urbano y de la renta inmobiliaria habían obligado a los sucesivos propietarios a dividir con tabiques aquellas salas demasiado vastas, y multiplicar con ese sistema los habitáculos que alquilaban a precio de oro a su rebaño de inquilinos. No por eso dejaban de señalar «la importancia de los metros cúbicos de espacio». No se podía negar aquella ventaja. Había que atribuirle únicamente a la imposibilidad de los propietarios de tabicar también las habitaciones en altura. De no ser así,

no hubieran dudado en hacer los sacrificios necesarios para ofrecer algunos refugios más a la nueva generación, particularmente casamentera y prolífica en aquella época. Por otro lado, los metros cúbicos de espacio no sólo ofrecían ventajas. También presentaban el inconveniente de hacer que las habitaciones se caldeasen difícilmente en invierno, lo que desgraciadamente obligaba a los propietarios a incrementar los gastos de calefacción. En verano, el piso era literalmente violado por la luz a causa de la amplia superficie encristalada: carecía de persianas. Los propietarios habían olvidado instalarlas, desanimados sin duda por la altura de las ventanas y el precio de la ebanistería. Además, unas cortinas espesas podían jugar el mismo papel y no planteaban ningún problema en cuanto al costo, ya que corrían por cuenta de los inquilinos. Por otra parte los propietarios no se negaban a que hubiera cortinas, incluso las ofrecían a precios fuera de toda competencia, procedentes de su propio comercio. En efecto, la filantropía inmobiliaria era su pasión. En la vida corriente aquellos príncipes de nuevo cuño vendían percales y terciopelos.

Jonas se extasió ante las ventajas del piso y admitió sin problemas los inconvenientes. «Como usted quiera», dijo al propietario en lo referente a los gastos de calefacción. Y en lo referente a las cortinas, era de la opinión de Louise, a quien bastaba con ponerlas únicamente en el dormitorio dejando las demás ventanas desnudas. «No tenemos nada que ocultar», decía aquel corazón puro. A Jonas le había seducido particularmente la habitación de mayores dimensiones cuyo techo era tan alto que quedaba fuera de toda posibilidad instalar un sistema de iluminación. Se entraba directamente en aquella habitación, y un estrecho corredor la unía con las otras dos, más pequeñas, colocadas una detrás de otra. Al otro extremo del piso estaba la cocina, contigua a los servicios y a un reducto al que se había otorgado el nombre de sala de ducha. En efecto, se le podía considerar tal a condición de instalar un aparato, colocarlo en sentido vertical y esperar el bienaventurado chorro en una inmovilidad absoluta.

La altura verdaderamente extraordinaria de los techos y lo exiguo de las habitaciones convertían aquel piso en un extraño conjunto de paralelepípedos casi enteramente encristalados, llenos de puertas y ventanas, donde no había modo de colocar los muebles, y las personas, perdidas en la luz blanca y violenta, parecían flotar como muñecos sumergibles en un acuario vertical. Además todas las ventanas daban al patio, es decir, a corta distancia de otras ventanas del mismo estilo detrás de las cuales se podía ver casi de golpe el alto perfil de otras ventanas similares dando sobre un segundo patio. «Parece el laberinto de los espejos», decía Jonas encantado. Habían decidido instalar el lecho conyugal en una de las habitaciones pequeñas, siguiendo el consejo de Râteau, reservando la otra para el niño que ya se anunciaba. La habitación grande servía de estudio a Jonas durante el día, y de sala común por la noche y a la hora de las comidas. Además, en caso de necesidad, se podía comer en la cocina, siempre que Jonas, o Louise, se quedaran de pie. Râteau, por su parte, había añadido ingeniosas instalaciones. A fuerza de puertas deslizantes, tableros de quitar y poner y mesas plegables, había logrado compensar la escasez de muebles acentuando el aspecto de caja de sorpresas de aquel piso tan original.

Pero cuando las habitaciones estuvieron llenas de cuadros y de niños hubo que pensar sin tardanza en una nueva instalación. En efecto, antes del nacimiento del tercer niño Jonas trabajaba en la habitación grande. Louise hacía punto en la habitación conyugal, mientras que los dos niños ocupaban la última habitación, alborotaban allí y se movían también como podían por todo el piso. Entonces decidieron instalar al recién nacido en un rincón del estudio que Jonas separó juntando telas suyas hasta formar una especie de biombo, lo que tenía la ventaja de poder oír al niño y también de poder responder a sus llamadas. Además, Jonas no tenía necesidad de preocuparse por ello, de todos modos Louise le avisaba. No esperaba a que el niño gritara para entrar en el estudio, pero siempre lo hacía tomando mil precauciones y de puntillas. A Jonas le enterneecía aquella

discreción y un día le aseguró a Louise que no era tan sensible como para que el ruido de sus pasos le impidiera trabajar. Louise le respondió que también se trataba de no despertar al niño. Jonas, lleno de admiración por el corazón materno que así se ponía al descubierto, se rió de buena gana de su equivocación. En consecuencia, no se atrevió a confesar que las intervenciones prudentes de Louise eran más molestas que una franca interrupción. En primer lugar porque duraban más tiempo, y en segundo lugar porque se ejecutaban según una mímica en la que Louise, con los brazos ampliamente separados, el torso ligeramente inclinado hacia atrás y avanzando con la pierna muy levantada, no podía pasar desapercibida. Aquel método iba incluso en contra de las intenciones previstas, ya que Louise podía tropezar en cualquier momento con alguna de las telas que abarrotaban el estudio. El ruido despertaba entonces al bebé, que manifestaba su descontento con los medios apropiados, bastante poderosos por otro lado. El padre, encantado de la capacidad pulmonar de su hijo corría a acariciarle, pronto reemplazado por su mujer. Entonces Jonas levantaba sus telas, y después, con los pinceles en la mano, escuchaba encantado la voz insistente y soberana de su hijo.

Fue también la época en la que el éxito le valió a Jonas muchos amigos. Esos amigos se manifestaban por teléfono o por medio de visitas inesperadas. El teléfono, que después de pensarlo bien había sido instalado en el estudio, sonaba a menudo, siempre en detrimento del sueño del bebé, que unía sus gritos a los imperativos timbrazos del aparato. Si por casualidad Louise estaba ocupada atendiendo a los otros dos niños, se apresuraba a venir con ellos, pero la mayor parte de las veces se encontraba con que Jonas tenía al bebé en una mano y en la otra los pinceles con el receptor del teléfono transmitiéndole una afectuosa invitación a cenar. Jonas se asombraba de que alguien quisiera almorzar con él, sabiendo lo banal de su conversación, pero prefería salir por la noche para conservar intacta su jornada de trabajo. Desgraciadamente, la mayor parte de las veces el

amigo sólo tenía el mediodía libre, y precisamente aquel mismo mediodía; insistía en dedicárselo absolutamente a su querido amigo Jonas. El querido Jonas aceptaba: «Como quieras», y colgaba. «Qué hombre más amable», decía devolviendo el niño a Louise. Después retornaba a su trabajo, pronto interrumpido por el almuerzo o la cena. Había que apartar las telas, desplegar la perfeccionada mesa e instalarse con los chavales. Durante la comida, Jonas ponía el ojo en el cuadro en el que estaba trabajando, y a veces sucedía, al menos al principio, que le parecía que sus hijos eran lentos masticando y tragando, lo que alargaba excesivamente la comida. Pero leyó en el periódico que había que comer despacio para asimilar bien lo que se come, y a partir de ese momento encontró razones para alegrarse pausadamente en cada comida.

Otras veces sus nuevos amigos le hacían una visita. Râ-teau no venía más que después de cenar. Durante el día estaba en su oficina, y además sabía que los pintores trabajan mientras hay luz natural. Pero los nuevos amigos de Jonas pertenecían casi todos a la especie de los artistas o de los críticos. Unos habían sido pintores, otros esperaban serlo, y los últimos, en fin, se ocupaban de lo que los otros habían pintado o de lo que pintarían. Todos ellos, ciertamente, colocaban en muy elevada posición todas las labores artísticas y se quejaban de la organización del mundo moderno, que hacía tan difícil la prosecución de dichas labores y el ejercicio de la meditación, indispensable para el artista. Se quejaban de ello durante tardes enteras, suplicando a Jonas que siguiera trabajando y que hiciera como si ellos no estuvieran allí, y que se sintiera libre delante de ellos, porque ellos no eran burgueses y sabían lo que valía el tiempo de un artista. Jonas, dichoso de tener amigos capaces de admitir que era posible trabajar en su presencia, volvía a su lienzo sin dejar de responder a las preguntas que le dirigían, ni de reírse con las anécdotas que le contaban.

Tanta naturalidad hacía que sus amigos se sintieran cada vez más a gusto. Su buen humor era tan real que olvidaban la hora de la cena. Los niños tenían mejor memoria. Venían,

se mezclaban con las visitas, aullaban, los visitantes se hacían cargo de ellos, saltaban de regazo en regazo. Al fin la luz declinaba en el rectángulo de cielo que se dibujaba en el patio y Jonas dejaba los pinceles. No quedaba más remedio que invitar a los amigos a lo que hubiera en el puchero y seguir hablando hasta bien entrada la noche, de arte por supuesto, pero sobre todo de los pintores sin talento, plagiarios o arribistas, que no estaban presentes. A Jonas le gustaba levantarse temprano para aprovechar las primeras horas de luz. Sabía que no sería fácil, que el desayuno no estaría listo a tiempo, y que él mismo estaría cansado. Pero también se alegraba de haber aprendido tantas cosas en una sola velada, que sin duda le serían de provecho para su arte, aunque fuera de forma invisible. «En el arte como en la naturaleza, nada se pierde —decía—. Es un efecto de la buena estrella.»

A veces los discípulos se unían a los amigos: Jonas iba haciendo escuela. Al principio le había sorprendido, no sabiendo qué era lo que se podía aprender de él, a quien tanto quedaba por descubrir. El artista que llevaba dentro avanzaba en las tinieblas: ¿cómo hubiera podido señalar los verdaderos caminos? Pero pronto comprendió que un discípulo no era forzosamente alguien que aspira a aprender algo. Al contrario, a menudo se convertían en discípulos por el placer desinteresado de enseñar algo al maestro. A partir de entonces Jonas pudo aceptar con humildad aquel honor suplementario. Los discípulos de Jonas le explicaban largamente lo que había pintado y por qué. Jonas descubría así en su obra muchas intenciones que le sorprendían un poco y una multitud de cosas que él no había puesto. Se creía pobre y gracias a sus discípulos descubría de golpe que era rico. A veces, ante tanta riqueza hasta entonces desconocida, le invadía una vaharada de orgullo. «Después de todo, es cierto —decía para sí—. Ese rostro de ahí, en el último plano, es lo que más se ve. No entiendo lo que quieren decir hablando de humanización indirecta. Sin embargo creo que con ese efecto he ido bastante lejos.» Pero pronto se desembarazaba de aquel incómodo talento poniéndolo a

la cuenta de su buena estrella. «Es mi buena estrella, que apunta lejos. Yo me quedo cerca de Louise y de los niños.»

Los discípulos tenían además otro mérito: obligaban a Jonas a ser más riguroso consigo mismo. Tanto le ensalzaban en sus discursos, y particularmente en lo referente a su conciencia y su capacidad de trabajo, que después no se podía permitir ninguna flaqueza. Así perdió su vieja costumbre de mordisquear un terrón de azúcar o un pedazo de chocolate cuando había terminado una parte difícil, o antes de ponerse a trabajar. En la soledad hubiera cedido clandestinamente a aquella debilidad, a pesar de todo. Pero la presencia casi constante de sus discípulos y amigos, ante los cuales le molestaba ponerse a roer un poco de chocolate, y cuya interesante conversación, por otra parte, no podía interrumpir con una manía tan fútil, le ayudó en aquel progreso moral.

Además, sus discípulos le exigían que permaneciera fiel a su estética. Jonas, que pintaba largamente para recibir de tarde en tarde una especie de resplandor fugitivo donde la realidad surgía ante sus ojos con una luz virgen, sólo se hacía una idea oscura de su propia estética. Sus discípulos, por el contrario, tenían sobre ella varias ideas contradictorias y categóricas; con eso no se bromeaba. A Jonas le hubiera gustado a veces invocar el capricho, ese humilde amigo del artista. Pero el entrecejo fruncido de sus discípulos ante ciertas telas que se apartaban de su idea le obligaban a reflexionar un poco más sobre su arte, y al final todo era beneficio neto.

Los discípulos ayudaban finalmente a Jonas de otra manera, obligándole a opinar sobre sus propias producciones. En efecto, no pasaba día sin que le trajeran una tela apenas esbozada que su autor colocaba entre Jonas y el cuadro en el que Jonas estaba trabajando, a fin de que el boceto se beneficiara de la luz más favorable. Había que emitir un juicio. Hasta entonces Jonas había sentido siempre una secreta vergüenza por su profunda incapacidad para juzgar una obra de arte. Salvo en lo referente a un puñado de cuadros por los que se sentía transportado, y por los borratajos a todas luces toscos, todo lo demás le parecía igual-

mente interesante e indiferente. Por lo tanto, se vio obligado a reunir un arsenal de juicios, tanto más variados cuanto que sus discípulos, como todos los artistas de la capital, no carecían de cierto talento, y cuando estaban presentes había que establecer matices lo suficientemente diversos como para contentarles a todos. Aquella feliz obligación le forzó a formarse un vocabulario y una serie de opiniones sobre su arte. 'Su naturaleza bondadosa no se agrió con el esfuerzo. Comprendió rápidamente que sus discípulos no le solicitaban una opinión crítica, que no les hubiera resultado de ninguna utilidad, sino que le pedían que les animara y, si era posible, que les elogiara. Lo único imprescindible era que los elogios fueran diferentes. Jonas no se contentó con ser amable como de costumbre. Fue amable con ingenio.

Así corría el tiempo para Jonas, que seguía pintando rodeado de amigos y discípulos instalados en sillas que ahora ya se disponían en filas concéntricas alrededor del caballete. A menudo sucedía que los vecinos de enfrente se asomaran a las ventanas para sumarse al público. Discutía, intercambiaba puntos de vista, examinaba las telas que le presentaban, sonreía a Louise cuando pasaba, consolaba a los niños y respondía afectuosamente a las llamadas telefónicas, sin soltar nunca los pinceles, añadiendo de vez en cuando una pincelada al cuadro que tuviera empezado. En cierto sentido su vida estaba bien ocupada, todo su tiempo estaba empeñado, y daba gracias al destino por apartar de él el aburrimiento. En otro sentido, se necesitaban muchas pinceladas para acabar un cuadro y a veces pensaba en lo que tenía de bueno el aburrimiento, que le permitía evadirse encarnizándose en el trabajo. Por el contrario, la producción de Jonas disminuía en la medida en que sus amigos se hacían más interesantes. Incluso en las raras horas en que se encontraba solo, se sentía demasiado cansado como para multiplicar el trabajo. Y en esas horas sólo podía soñar con un nuevo modo de organización que conciliara el placer de la amistad con las virtudes del aburrimiento.

Confió su preocupación a Louise, que, por su parte, se inquietaba por el crecimiento de los dos niños mayores y lo

reducido de su alojamiento. Propuso instalarles en la habitación grande ocultando su cama con un biombo, y trasladar al bebé a la habitación pequeña, donde el teléfono no le despertaría. Como el bebé ocupaba poco sitio, Jonas podría transformar la habitación pequeña en su taller. Entonces la habitación grande serviría para recibir durante el día. Jonas podría ir y venir, ver a los amigos o trabajar, a sabiendas de que comprenderían su necesidad de aislamiento. Además, la necesidad de tener que acostar a los dos mayores permitiría acortar las veladas. «Estupendo», dijo Jonas después de reflexionar. «Además —dijo Louise—, si tus amigos se van pronto nos veremos un poco más.» Jonas la miró. Por el rostro de Louise pasó una sombra de tristeza. Emocionado, la apretó contra él y la besó con la mayor ternura. Ella se entregó y durante un instante fueron felices como si estuvieran al comienzo de su matrimonio. Pero ella volvió a lo suyo: quizá la habitación fuera demasiado pequeña para Jonas. Louise tomó un metro plegable y descubrieron que, debido a los montones de lienzos suyos y de sus amigos, más numerosos con mucho estos últimos, trabajaba de ordinario en un espacio apenas mayor del que disfrutaría en adelante. Jonas procedió sin tardanza al traslado.

Por suerte su reputación iba creciendo a medida que trabajaba menos. Cada exposición era esperada y celebrada de antemano. Ciertamente que un pequeño número de críticos, entre los cuales se contaban dos visitantes habituales del taller, entibiaban con algunas reservas el calor de sus crónicas. Pero la indignación de los discípulos compensaba y superaba aquella pequeña desgracia. Por supuesto, afirmaban estos últimos con convicción, por encima de todo estaban las telas del primer periodo, pero las investigaciones en curso preparaban una verdadera revolución. Jonas se reprochaba el íntimo desagrado que sentía cada vez que alababan sus primeras obras y daba las gracias efusivamente. Sólo Râteau gruñía: «Qué individuos tan curiosos... Te aprecian si eres una estatua, inmóvil. Con ellos, prohibido vivir.» Jonas defendía a sus discípulos: «Tu no puedes entenderlo —respondía a Râteau—, a ti te gusta todo lo que hago».

Râteau se reía: «¡Rayos! ¡Lo que me gusta es tu pintura, no tus cuadros!».

En todo caso los cuadros seguían gustando y el propio marchante le propuso un aumento de la mensualidad después de una exposición calurosamente acogida. Jonas aceptó, manifestando su gratitud. «Cualquiera que le oyera pensaría que usted concede importancia al dinero», dijo el marchante. Tanta bondad conquistó el corazón del pintor. Sin embargo, cuando solicitó la autorización del marchante a fin de donar un lienzo para una venta benéfica, éste quiso saber si se trataba de una venta benéfica «productiva». Jonas no lo sabía. El marchante propuso que se ajustaran escrupulosamente a los términos del contrato, que le concedía el privilegio exclusivo de las ventas. «Un contrato es un contrato», dijo. En el suyo, la beneficencia no estaba prevista. «Como usted guste», dijo el pintor.

La nueva organización trajo algo más que satisfacciones a Jonas. En efecto, se pudo aislar lo suficiente para responder a las numerosas cartas que ahora recibía y que su cortesía no podía dejar sin respuesta. Unas se referían al arte de Jonas, otras, con mucho las más numerosas, se referían a la persona del remitente, ya fuera que deseara ser animado en su vocación de pintor, ya que solicitara un consejo o una ayuda financiera. A medida que el nombre de Jonas salía en los periódicos, también se le solicitó, como a todo el mundo, que interviniera para denunciar odiosas injusticias. Jonas respondía, escribía sobre arte, daba las gracias, administraba consejos, prescindía de una corbata para enviar una pequeña ayuda, y finalmente firmaba las protestas que le presentaban. «¿Te dedicas ahora a la política? Deja eso a los escritores y a las mujeres feas», dijo Râteau. No, sólo firmaba las protestas que declaraban ser ajenas a cualquier espíritu partidista. Pero todas pretendían ese género de hermosa independencia. A lo largo de las semanas, Jonas iba arrastrando un correo sucesivamente descuidado y renovado en sus bolsillos repletos. Respondía a lo más inmediato, que generalmente procedía de desconocidos, y dejaba para mejor momento todo aquello que pedía una respuesta sosegada, es

decir las cartas de los amigos. En todo caso, tantas obligaciones le impedían holgazanear y andar con el corazón despreocupado. Siempre se sentía con retraso, y siempre culpable, incluso cuando trabajaba, lo que aún le sucedía de vez en cuando.

Louise estaba cada vez más solicitada por los niños y se agotaba haciendo todo aquello que él mismo hubiera podido hacer en casa en otras circunstancias. Se sentía desgraciado. Después de todo, él trabajaba por su propio gusto, y a ella le tocaba la peor parte. Se daba cuenta cuando ella se iba de compras. «¡El teléfono!», gritaba el mayor, y al instante Jonas dejaba plantado su cuadro para volver luego, con el corazón en paz y con una invitación más. «¡Es el gas!», gritaba un empleado en la puerta que le había abierto otro de los niños. «¡Ya voy, ya voy!» Cuando Jonas terminaba con el teléfono o la puerta, un amigo, un discípulo, o a veces las dos cosas al mismo tiempo, le seguían hasta la habitación pequeña para proseguir la conversación iniciada. Al poco tiempo todos se habituaron al pequeño corredor. Se instalaban allí, charlaban entre ellos, de lejos ponían a Jonas por testigo, o bien irrumpían brevemente en la habitación pequeña. «Al menos aquí se te puede ver un poco a gusto», exclamaban los que entraban. Jonas se enternecía: «Es verdad —decía—. Finalmente ya no nos vemos.» También se daba cuenta de que decepcionaba a los que no veía, y se entristecía por ello. A menudo se trataba de amigos que hubiera preferido ver. Pero le faltaba tiempo y no podía aceptarlo todo. También su reputación se resentía. «Desde que tiene éxito se ha vuelto engreído —decían—. Ya no ve a nadie.» O bien: «No quiere a nadie, sólo se quiere a sí mismo.» No, le gustaba su pintura, y Louise, y los niños, y Râteau, y algunos más, y sentía simpatía por todos. Pero la vida es breve, el tiempo pasa rápido, y su propia energía tenía límites. Era difícil pintar el mundo y los hombres y al mismo tiempo vivir con ellos. Por otro lado, no podía quejarse ni explicar sus impedimentos. Porque entonces le daban unas palmadas en el hombro diciendo: «¡Dichoso tú! ¡Ése es el precio de la gloria!»

El correo, pues, se iba acumulando, los discípulos no toleraban ningún relajo, y aflúa la gente de mundo, aquellos que a Jonas le parecía que tanto les hubiera podido interesar la familia real británica o los albergues gastronómicos como la pintura. En verdad se trataba sobre todo de mujeres de mundo, pero con una gran sencillez de maneras. Elías no compraban cuadros, pero llevaban consigo a sus amistades a casa del artista con la esperanza, a menudo defraudada, de que los compraran en su lugar. En cambio, ayudaban a Louise, especialmente preparando el té para los visitantes. Las tazas iban pasando de mano en mano, hacían el recorrido del pasillo, desde la cocina a la habitación grande, regresando después para ir a aterrizar en el pequeño taller donde Jonas, rodeado por un puñado de amigos y visitantes que bastaba para llenar la habitación, seguía pintando hasta el momento en que se veía obligado a dejar los pinceles para recibir, agradecidamente, la taza de té que una persona fascinante había preparado especialmente para él.

Se bebía el té contemplando el boceto de un discípulo que éste venía a colocar en el caballete, se reía con sus amigos, se interrumpía para preguntar a alguno si no le molestaba llevar al correo el paquete de cartas que había escrito aquella noche, levantaba al segundo niño, que se había caído entre sus piernas, posaba para una fotografía y al fin: «¡Jonas, el teléfono!» Enarbolaba su taza, se abría paso entre la muchedumbre que ocupaba el corredor, regresaba, pintaba una esquina del cuadro, se detenía para responder a la fascinante criatura que, por supuesto, haría su retrato, y volvía al caballete. Trabajaba, pero... «¡Jonas, una firma!» «¿Quién es? —decía—. ¿El cartero?» «No. Es por los presos de Cachemira.» «Voy, voy.» Entonces se precipitaba hacia la puerta para recibir a un joven amigo de la humanidad con su protesta, se preocupaba por averiguar si se trataba de política, firmaba después de haber recibido la completa seguridad al respecto, así como un pequeño sermón sobre los deberes que le creaban sus privilegios de artista, y volvía a aparecer para ser presentado a un boxeador de triunfo reciente o al más importante dramaturgo de un país

extranjero. El dramaturgo le hacía frente durante cinco minutos, expresando con miradas emocionadas lo que su ignorancia del francés no le permitía decir con mayor claridad, mientras Jonas asentía con la cabeza con sincera simpatía. Felizmente, aquella situación sin salida se resolvía por la irrupción del último predicador con encanto, que deseaba ser presentado al gran pintor. Jonas, encantado, decía que era él, palpaba el paquete de cartas de su bolsillo, empuñaba sus pinceles, se disponía a perfeccionar un fragmento del cuadro, pero antes tenía que dar las gracias por una pareja de *setters* que en aquel momento le traían, ir a dejarlos a la habitación conyugal, regresar para aceptar la invitación a almorzar de la donante de los *setters*, volver a salir atraído por los gritos de Louise y constatar sin sombra de duda que los *setters* no habían sido educados para vivir en un piso, y llevarlos entonces a la sala de la ducha donde aullaban con tal perseverancia que se terminaba por no oírles. De tarde en tarde, Jonas veía por encima de las cabezas la mirada de Louise, y le parecía que era una mirada triste. Al fin llegaba el término de la jornada, los visitantes se despedían, otros se demoraban en la habitación grande y miraban con ternura a Louise mientras acostaba a los niños amablemente ayudada por una mujer elegante con sombrero que lamentaba tener que regresar a su palacete, donde la vida, dispersada en dos plantas, era mucho menos íntima y cálida que en casa de los Jonas.

Un sábado por la tarde, Râteau vino a traer a Louise un ingenioso secador de ropa que podía sujetarse en el techo de la cocina. Se encontró con el piso atestado de gente y, en la habitación pequeña, rodeado de estetas, halló a Jonas pintando a la donante de los perros, al tiempo que un artista oficial le pintaba a él. Según Louise, estaba ejecutando un pedido del Estado. «Se va a titular *El artista trabajando*.» Râteau se retiró a un rincón de la habitación para contemplar a su amigo, visiblemente absorto en el esfuerzo. Uno de los estetas, que nunca había visto a Râteau, se inclinó hacia él: «Tiene buen aspecto, ¿eh? —dijo. Râteau no respondió—. ¿Pinta usted? —prosiguió el otro—. Yo también.

Pues bien, créame usted. Está en baja.» «¿Ya?», dijo Râteau. «Sí. Es el éxito. No se puede resistir al éxito. Está acabado.» «¿Está en baja o está acabado?» «Un artista que baja está acabado. Vea usted, ya no tiene nada que pintar. Le pintan a él y le colgarán de una pared.»

Más tarde, en medio de la noche, en la habitación conyugal, Louise, Râteau y Jonas, este último de pie, los otros dos sentados en el borde de la cama, callaban. Los niños dormían, los perros estaban de pensión en el campo, Louise acababa de fregar la abundante vajilla que Jonas y Râteau habían secado, y la fatiga era grande. «Coged una criada», había dicho Râteau delante de la pila de platos. Pero Louise respondió con melancolía: «¿Dónde la pondríamos?». Por lo tanto, callaban. «¿Estás contento?», preguntó repentinamente Râteau. Jonas sonrió, tenía un aspecto agotado. «Sí. Todo el mundo es amable conmigo.» «No —dijo Râteau—. No te fíes. No todos son buenos.» «¿Quién?» «Por ejemplo tus amigos pintores.» «Ya lo sé —dijo Jonas—. Pero muchos artistas son así. No están seguros de existir de verdad, incluso los más grandes. Entonces buscan pruebas, juzgan, condenan. Eso les fortalece, es un atisbo de existencia. ¡Están solos!» Râteau movía la cabeza. «Créeme —dijo Jonas—. Les conozco. Hay que quererlos.» «¿Y tú? —dijo Râteau—. ¿Tú existes? Tú nunca hablas mal de nadie.» Jonas se echó a reír: «¡Oh! A menudo pienso mal de ellos. Lo que pasa es que me olvido.» Adoptó una actitud grave: «No, no estoy seguro de existir. Pero existiré, de eso estoy seguro.»

Râteau preguntó a Louise lo que pensaba de aquello. Ella salió de su fatiga para responder que Jonas tenía razón: la opinión de sus visitantes no tenía importancia. Sólo importaba el trabajo de Jonas. Y buena cuenta se daba de que el niño molestaba. Además estaba creciendo, tendrían que comprar un sofá y ocuparía espacio. Y a la espera de encontrar un piso más grande no sabía cómo hacer. Jonas miraba la habitación conyugal. Por supuesto no era lo ideal, la cama era muy grande. Pero la habitación estaba vacía todo el día. Se lo dijo a Louise y ésta reflexionó. Al menos

en el dormitorio a Jonas no le molestarían; no se atreverían a tumbarse en la cama. «¿Qué le parece?», preguntó Louise a Râteau, a su vez. Este miraba a Jonas. Jonas miraba a las ventanas de enfrente. Después levantó los ojos hacia el cielo sin estrellas y fue a correr las cortinas. Cuando regresó, sonrió a Râteau y se sentó cerca de él, en la cama, sin decir nada. Louise, visiblemente agotada, declaró que se iba a dar una ducha. Cuando los dos amigos se quedaron solos, Jonas sintió el hombro de Râteau pegado al suyo. Sin mirarle, dijo: «Me gusta pintar. Quisiera pasar pintando la vida entera, día y noche. ¿No es eso una suerte?» Râteau le miró con ternura: «Sí —respondió—. Es una suerte.»

Los niños iban creciendo y era feliz viéndoles alegres y vigorosos. Iban al colegio y volvían a las cuatro. Jonas podía también disfrutar con ellos el sábado por la tarde, el jueves, y todo a lo largo del día en las frecuentes y largas vacaciones. Todavía no eran lo suficientemente mayores para jugar sin travesuras, pero parecían lo bastante robustos para llenar el piso con sus peleas y sus risas. Había que calmarles, amenazarles, y en ocasiones fingir que se les iba a pegar. También había que tener la ropa lista, los botones cosidos; Louise ya no daba abasto. Como no podían alojar a una criada, ni siquiera introducirla en la estrecha intimidad en que vivían, Jonas sugirió pedir ayuda a la hermana de Louise, Rose, que se había quedado viuda con una hija mayor. «Sí —dijo Louise—. Con Rose no tendremos problemas. Le podremos decir que se vaya cuando queramos.» Jonas se alegró de aquella solución que aliviaría a Louise al mismo tiempo que a su propia conciencia, abrumada ante la fatiga de su mujer. El alivio fue tanto mayor cuanto que la hermana traía a menudo a su hija para que la ayudara. Ambas tenían el mejor corazón del mundo; la virtud y el desinterés brotaban de su honrada naturaleza. Hicieron lo imposible por ayudar a la pareja y no escatimaron su tiempo. Las empujaba a ello el aburrimiento de su vida solitaria y el bienestar que encontraban en casa de Louise. En efecto, como estaba previsto, nadie se apuró y las dos parientes se sintieron de verdad como en su casa desde el primer día. La

habitación grande se convirtió en sala común, a la vez comedor, lavandería y guardería de niños. La habitación pequeña, donde dormía el benjamín, sirvió para almacenar las telas y colocar un catre de campaña donde a veces dormía Rose cuando no estaba su hija.

Tonas ocupaba la habitación conyugal y trabajaba en el espacio entre la cama y la ventana. Únicamente tenía que esperar a que la habitación estuviera hecha, y después la de los niños. Después nadie venía a molestarle, salvo para buscar alguna prenda de vestir: en efecto, el único armario de la casa se encontraba en aquella habitación. Por su parte, los visitantes, aunque algo menos numerosos, se habían ido acostumbrando y, contrariamente a lo que Louise esperaba, no dudaban en tumbarse en la cama para charlar mejor con Tonas. Los niños venían también para dar un beso a su padre. «¿Me enseñas lo que pintas?» Jonas les enseñaba lo que estaba haciendo y les abrazaba con ternura. Al hacerles salir sentía que ocupaban todo el espacio de su corazón, completamente, sin restricciones. Privado de ellos, sólo encontraría vacío y soledad. Les amaba tanto como amaba la pintura porque eran los únicos seres en el mundo tan llenos de vida como ella.

Sin embargo, Jonas trabajaba menos, sin que pudiera averiguar por qué. Seguía siendo constante en su trabajo, pero ahora tenía dificultades para pintar, incluso en los momentos de soledad. Pasaba esos momentos contemplando el cielo. Siempre había sido una persona distraída y absorta, y se convirtió en un soñador. En lugar de pintar, pensaba en la pintura, en su vocación. «Me gusta pintar», seguía repitiendo para sí, y la mano que sostenía el pincel pendía a lo largo de su cuerpo mientras escuchaba una radio lejana.

Al mismo tiempo, su reputación menguaba. Le traían artículos reticentes, otros malos, y algunos tan malvados que se le encogía el corazón. Pero se decía a sí mismo que algún provecho se podía sacar también de aquellos ataques que le incitarían a trabajar mejor. Los que continuaban visitándole le trataban con menos deferencia, como a un viejo

amigo con el que no hay que guardar la compostura. Cuando quería volver a su labor le decían: «¡Bah! Tienes tiempo». Jonas sentía que de algún modo le habían anexionado a su propio fracaso. Pero en otro sentido, aquella nueva solidaridad tenía algo beneficioso. Râteau se encogía de hombros: «Eres demasiado tonto. No te aprecian nada.» «Ahora me aprecian un poco —respondía Jonas—. Un poco de amor es algo enorme. Poco importa la manera de obtenerlo.» Por lo tanto, seguía conversando, escribiendo cartas y pintando como podía. De tarde en tarde pintaba de verdad, sobre todo los domingos por la tarde, cuando los niños salían con Louise y Rose. Por la noche se alegraba de haber podido avanzar algo en el cuadro que tuviera entre manos. En aquella época pintaba cielos.

El día que el marchante le comunicó que, sintiéndolo mucho, y ante la patente disminución de las ventas, se veía obligado a reducir la mensualidad, Jonas aprobó la decisión, pero Louise dio muestras de inquietud. Era el mes de septiembre, había que vestir a los niños para la vuelta al colegio. Ella misma puso manos a la obra, con su ánimo habitual, pero pronto se vio desbordada. Rose sabía zurcir y coser botones pero no era costurera. Pero la prima de su marido sí lo era; vino a ayudar a Louise. De vez en cuando se instalaba en la habitación de Jonas, en la silla del rincón, era una persona silenciosa y permanecía tranquila. Tan tranquila incluso que Louise sugirió a Jonas que pintara una *Costurera*. «Buena idea», dijo Jonas. Lo intentó, estropeó dos telas, y después volvió al cielo que tenía empezado. Al día siguiente se paseó largamente por el piso y reflexionó en lugar de pintar. Un discípulo, muy acalorado, vino a enseñarle un largo artículo que de otro modo él no habría leído, y por el cual se enteró de que su pintura se había degradado y estaba pasada de moda; el marchante le telefoneó para expresarle una vez más su inquietud ante la curva descendente de las ventas. Sin embargo, él continuó soñando y reflexionando. Dijo al discípulo que algo de cierto había en el artículo, pero que él, Jonas, podía contar todavía con muchos años de trabajo por delante. Respondió al mar-

chante que comprendía su inquietud, pero que no la compartía. Tenía una gran obra, verdaderamente innovadora, por hacer; todo volvería a empezar. Al hablar iba sintiendo que decía la verdad y que su buena estrella estaba con él. Bastaba con organizarse bien.

Los días siguientes intentó trabajar en el corredor, al día siguiente en la ducha, con luz eléctrica, al día siguiente en la cocina. Pero por primera vez le molestaron las personas que iba encontrando en todas partes, aquellos que apenas conocía y los suyos, los que amaba. Durante algún tiempo de/ó de trabajar y reflexionó. Hubiera pintado del natural si la estación hubiera sido propicia. Desgraciadamente el invierno iba a empezar, y era difícil dedicarse a los paisajes antes de la primavera. Sin embargo, lo intentó para renunciar al poco tiempo: el frío le llegaba al corazón. Vivió varios días con sus telas, a menudo sentado cerca de ellas, o bien de pie delante de la ventana; ya no pintaba. Adquirió entonces la costumbre de salir por las mañanas. Forjó el proyecto de bosquejar algún detalle, un árbol, una casa esquinada, un perfil visto de paso. Al cabo del día no había hecho nada. Por el contrario, la menor tentación le paralizaba, los periódicos, un encuentro fortuito, los escaparates, el calor de un café. Cada noche encontraba sin cesar buenas excusas para tranquilizar una mala conciencia que ya no le abandonaba. Iba a volver a pintar, de eso estaba seguro, y a pintar mejor después de aquel período de aparente vacío. Trabajaba por dentro, eso era todo, su buena estrella surgiría de nuevo de aquellas oscuras brumas completamente remozada, brillante. Mientras tanto, no salía de los cafés. Había descubierto que el alcohol le proporcionaba la misma exaltación que las buenas jornadas de trabajo de aquellos tiempos en los que pensaba en sus cuadros con aquella ternura y aquel calor que sólo había sentido delante de sus hijos. Al segundo coñac volvía a encontrar en su interior la misma emoción sobrecogedora que le convertía en dueño y servidor del mundo a la vez. Simplemente disfrutaba de ello en el vacío, con las manos ociosas, sin que nada se transmitiera en una obra. Pero era allí donde más cerca se sentía del júbilo al

que entregaba su vida, y pasaba ahora largas horas sentado, soñando, en ámbitos ruidosos y llenos de humo.

Evitaba los lugares y los barrios frecuentados por artistas. Cuando se encontraba con algún conocido que le hablaba de su pintura se sentía presa del pánico. Quería escapar, y se notaba, y entonces escapaba. Sabía lo que se comentaba a sus espaldas: «Se toma por un Rembrandt», y su malestar iba en aumento. En cualquier caso ya no sonreía, y sus antiguos amigos sacaban una conclusión inevitable: «Si ya no sonríe, es porque está demasiado satisfecho de sí mismo». Sabiendo eso se volvía más huidizo y suspicaz. Al entrar en un café le bastaba tener la sensación de que alguien entre la clientela le había reconocido para que todo en su interior se oscureciera. Durante un segundo permanecía inmóvil, plantado, Heno de impotencia y de un extraño pesar, cerrado el rostro a su turbación, y también a un ávido y repentino deseo de amistad. Pensaba en la bondad de la mirada de Râteau y salía del lugar bruscamente. «¿Le has visto la cara?», dijo alguien un día, cerca de él, en el momento en que desaparecía.

Sólo frecuentaba los barrios periféricos, donde nadie le conocía. Allí podía hablar, sonreír, su buen carácter volvía, no le pedían nada. Hizo algunos amigos poco exigentes. Le gustaba en particular la compañía de uno de ellos, que servía de camarero en el bar de una estación a la que iba a menudo. El muchacho le preguntó «qué hacía en la vida». «Soy pintor», respondió Jonas. «¿Pintor artístico o pintor de brocha gorda?» «Artista.» «Vaya —dijo el otro—, eso es bien difícil.» Y no habían vuelto a abordar la cuestión. Sí, era difícil, pero Jonas saldría bien del asunto en cuanto encontrara la forma de organizar su trabajo.

Al azar de los días y de las copas hizo otros conocimientos, las mujeres le ayudaron. Podía hablarles, antes o después del amor, y sobre todo vanagloriarse un poco, y ellas le comprendían aun cuando no parecieran muy convencidas. A veces le parecía que su antigua fuerza volvía a él. Un día que una de sus amigas le había animado se decidió. Regresó a casa, intentó trabajar de nuevo en la habitación, la costu-

raera estaba ausente. Pero al cabo de una hora, apartó la tela, sonrió a Louise sin verla y salió. Pasó el día entero bebiendo y la noche en casa de su amiga, sin hallarse de verdad en estado de desearla. Por la mañana, la viva muestra del dolor le recibió en la persona de Louise, con el rostro destruido. Quiso saber si había poseído a aquella mujer. Jonas dijo que no, porque estaba borracho, pero que otras veces lo había hecho. Y por primera vez, con el corazón desgarrado, vio a Louise con el rostro ahogado por la sorpresa y el exceso de dolor. Entonces descubrió que no había pensado en ella durante todo aquel tiempo y se avergonzó. Le pidió perdón, se había acabado, mañana todo empezaría como antes. Louise era incapaz de hablar y se volvió para ocultar las lágrimas.

Al día siguiente, Jonas salió temprano. Llovía. Cuando regresó, empapado como un hongo, venía cargado de tablas. Dos viejos amigos que habían pasado para tener noticias suyas tomaban café en casa, en la habitación grande. «Jonas cambia de estilo. Va a hacer pintura sobre tabla», dijeron. Jonas sonrió: «No es eso. Pero voy a empezar algo nuevo». Se dirigió hacia el pequeño corredor que llevaba a la cocina, a la ducha y al servicio. Se detuvo en el ángulo recto que formaban los dos corredores y consideró con detenimiento las altas paredes que se elevaban hasta el oscuro techo. Necesitaba una escalera de mano y fue a buscarla a casa del portero.

Cuando volvió a subir, había en casa algunas personas más y antes de alcanzar el final del corredor tuvo que luchar contra el afecto de aquellos visitantes, encantados de volverle a encontrar, y contra las preguntas sobre su familia. En aquel instante su mujer salía de la cocina. Dejando la escalera en el suelo, Jonas la estrechó fuertemente contra él. Louise le miró: «Por favor —dijo—, no empieces otra vez». «No, no —dijo Jonas—. Voy a pintar. Necesito pintar.» Pero parecía hablar consigo mismo, su mirada estaba ausente. Se puso al trabajo. A media altura de las paredes construyó un entarimado a fin de obtener un desván estrecho, pero alto y profundo. Al final de la tarde todo estaba aca-

bado. Con ayuda de la escalera, Jonas se colgó del suelo del desván para probar la solidez de su obra, efectuando algunos movimientos de tracción. Después se sumó a los demás, y todos se alegraron al encontrarle de nuevo tan afectuoso. Por la noche, cuando la casa estuvo relativamente vacía, Jonas tomó una lámpara de petróleo, una silla, un taburete y un bastidor. Subió todo aquello al desván bajo la mirada intrigada de las tres mujeres y de los niños. «Ya está —dijo desde lo alto de su percha—. Aquí trabajaré sin molestar a nadie.» Louise le preguntó si estaba seguro de eso. «Por supuesto —respondió él—, necesito poco sitio. Estaré más libre. Ha habido grandes pintores que pintaban con una vela, y...» «¿Es lo bastante sólido ese entarimado?» Lo era. «Tranquila —dijo Jonas—, es una buena solución.» Y volvió a bajar.

Al día siguiente, temprano, se encaramó al desván, se sentó, colocó el bastidor en el taburete, de pie contra la pared, y esperó sin encender la lámpara. Los únicos ruidos que oía directamente procedían de la cocina o del servicio. Los demás rumores parecían lejanos, y las visitas, los timbrazos de la entrada o del teléfono, las idas y venidas, las conversaciones, le llegaban medio ahogadas, como si procedieran de la calle o del otro patio. Además, mientras el piso se sumergía en una luz cruda, allí la penumbra era un descanso. De vez en cuando venía un amigo y se situaba debajo del desván. «¿Qué haces allá arriba, Jonas?» «Trabajo.» «¿Sin luz?» «Por ahora sí.» No pintaba, pero reflexionaba. En la penumbra de aquel silencio casi total, que por comparación con lo que había vivido hasta entonces le parecía el silencio de la tumba o del desierto, escuchaba a su propio corazón. A partir de aquel momento los ruidos que llegaban hasta el desván parecían no concernirle, y al mismo tiempo se dirigían a él. Era como esos hombres que mueren solos, en su casa, en medio del sueño, y, llegada la mañana, el timbre del teléfono suena insistente, enfebrecido, en la casa desierta, sobre un cuerpo sordo para siempre. Pero él vivía, escuchaba aquel silencio en su fuero interno, esperaba a su buena estrella, oculta aún, pero que se preparaba a

salir de nuevo, a surgir al fin, inalterable, por encima del desorden de aquellas jornadas vacías. «Brilla, brilla —decía—. No me prives de tu luz.» Estaba seguro de que brillaría de nuevo. Pero necesitaba reflexionar todavía algún tiempo, ya que se le concedía al fin la suerte de estar solo sin estar separado de los suyos. Necesitaba descubrir aquello que no había comprendido claramente todavía, aunque lo hubiera sabido siempre, y aunque siempre hubiera pintado como si lo supiera. Debía atrapar por fin aquel secreto que bien veía él que no era solamente el secreto del arte. Por eso no encendía la lámpara.

Ahora, Jonas se subía cada día a su desván. Los visitantes fueron escaseando, porque Louise, preocupada, se prestaba poco a la conversación. Jonas bajaba a la hora de las comidas y se volvía a subir a su percha. Permanecía el día entero inmóvil en la oscuridad. Por la noche se reunía con su mujer, ya acostada. Al cabo de algunos días le rogó a Louise que le subiera el almuerzo, lo cual ella hizo con una atención que a Jonas le enterneció. Para no tener que molestarla en otras ocasiones, sugirió hacer algunas provisiones que almacenaría en el desván. Poco a poco no volvió a bajar durante el día. Pero apenas tocaba las provisiones.

Una noche llamó a Louise y le pidió algunas mantas. «Pasaré la noche aquí.» Louise le miró echando la cabeza atrás. Abrió la boca, pero calló. Únicamente se quedó examinando a Jonas con una expresión inquieta y triste; él vio de repente hasta qué punto ella había envejecido, y cómo la fatiga de la vida había hecho mella también profundamente en ella. Pensó entonces que nunca la había ayudado de verdad. Pero antes de que pudiera hablar, ella sonrió con una ternura tal que a Jonas se le encogió el corazón. «Como quieras, mi amor», dijo ella.

En lo sucesivo pasó las noches en el desván de donde ya casi nunca bajaba. En consecuencia, la casa se vació de visitantes ya que no se podía ver a Jonas ni de día ni de noche. A algunos les dijeron que estaba en el campo, a otros, cuando estuvieron cansados de mentir, que había encontrado un taller. Râteau era el único que venía fielmente. Subía

por la escalera de mano y su cabeza gorda asomaba por encima del nivel del entarimado: «¿Qué tal?», decía. «De maravilla.» «¿Trabajas?» «Como sí trabajara.» «Pero no tienes tela.» «Pero aun así trabajo.» Era difícil prolongar aquel diálogo de la escalera al desván. Râteau meneaba la cabeza, volvía a bajar, ayudaba a Louise a cambiar los plomos o a reparar una cerradura, después, sin subir a la escalera, iba a despedirse de Jonas que respondía desde la sombra. «Saludos, viejo hermano.» Una noche Jonas añadió un *gradas* a su saludo. «¿Gracias por qué?» «Porque tú me amas.» «¡Vaya noticia!», dijo Râteau, y se fue.

Otra noche Jonas llamó a Râteau y éste acudió a su llamada. Por primera vez la lámpara estaba encendida. Jonas asomó fuera del desván con expresión ansiosa. «Pásame una tela», dijo. «¿Pero qué te sucede? Has adelgazado, pareces un fantasma.» «Casi no he comido desde hace varios días. No pasa nada, tengo que trabajar.» «Come primero.» «No, no tengo hambre.» Râteau trajo una tela. Antes de desaparecer en el desván, Jonas le preguntó: «¿Qué tal están?» «¿Quién?» «Louise y los niños.» «Están bien. Estarían mejor si te tuvieran con ellos.» «Estoy con ellos. Diles sobre todo que estoy con ellos.» Y desapareció. Râteau fue a explicar su inquietud a Louise. Ella confesó que desde hacía varios días también ella estaba atormentada. «¿Qué hacer? ¡Ah, si yo pudiera trabajar en su lugar!» Estaba delante de Râteau, infeliz. «No puedo vivir sin él», dijo. Tenía de nuevo su rostro de muchacha y Râteau se sorprendió. Entonces se percató de que ella se había ruborizado.

La lámpara permaneció encendida toda la noche y toda la mañana siguiente. A quien viniera, fuera Râteau o Louise, Jonas solamente respondía: «Déjame, estoy trabajando». A mediodía pidió petróleo. La lámpara, que empezaba a desprender carbonilla, brilló de nuevo con un resplandor vivo hasta la noche. Râteau se quedó a cenar con Louise y los niños. A medianoche se despidió de Jonas. Permaneció un momento delante del desván iluminado, y después se fue sin decir nada. El segundo día por la mañana, cuando Louise se levantó, la lámpara seguía encendida.

Empezaba una hermosa jornada, pero Jonas ya no se percataba de ello. Había vuelto la tela contra la pared. Esperaba, agotado, sentado, con las manos en posición oferente sobre las rodillas. Se decía a sí mismo que en adelante ya no trabajaría más, era feliz. Escuchaba las voces de sus hijos, el rumor del agua, el tintineo de la vajilla. Louise hablaba. La cristalera vibraba al paso de un camión por el bulevar. Allí estaba el mundo, joven y adorable: Jonas escuchaba el hermoso rumor que producen los hombres. De tan lejos no llegaba a contrariar aquella fuerza jubilosa que se manifestaba en él, su arte, aquellos pensamientos que no podía comunicar, silenciosos para siempre pero que le elevaban por encima de todas las cosas, en una atmósfera libre y viva. Los niños corrían a través de las habitaciones, la niña reía, ahora Louise también reía, ella, cuya risa hacía tanto tiempo que no oía. ¡Les quería! ¡Cómo les quería! Apagó la lámpara y, de nuevo en la oscuridad, ¿no era aquella su buena estrella que regresaba? Era ella, podía reconocerla con el corazón henchido de gratitud, y seguía contemplándola cuando se cayó, sin ruido.

«No ha sido nada —declaró un poco más tarde el médico al que llamaron—. Trabaja demasiado. En una semana estará otra vez de pie.» «¿Está seguro de que se va a curar?», preguntó Louise con el semblante deshecho. «Se curará.» En la otra habitación, Râteau contemplaba la tela, completamente blanca, en cuyo centro Jonas había escrito únicamente, en caracteres diminutos, una palabra que se podía descifrar, pero no se sabía bien si había que leer *solitario* o *solidario*.

La piedra que crece

El automóvil giró bruscamente sobre la pista de laterita, ahora embarrada. De repente, en uno de los bordes de la carretera, luego en el otro, los faros recortaron en la noche dos barracones de madera cubiertos de chapa. Cerca del segundo, a la derecha, se distinguía en medio de una ligera bruma una torre construida con vigas sin desbastar. De la cima de la torre salía un cable de acero, invisible en su punto de anclaje, pero brillante a la luz de los faros a medida que iba bajando para desaparecer detrás del talud que cortaba la ruta. El automóvil aminoró la velocidad y se detuvo a unos metros de los barracones.

El hombre que salió, a la derecha del chófer, tuvo dificultades para deslizarse a través de la portezuela. Una vez de pie, vaciló un instante sobre su inmenso cuerpo de coloso. En la zona de sombra, junto al automóvil, parecía escuchar el ruido del motor, abotargado por la fatiga, pesadamente plantado en tierra. Después echó a andar en dirección al talud y entró en el cono de luz de los faros. Se detuvo en lo alto de la pendiente, dibujando su enorme espalda en la noche. Al cabo de un instante se volvió. El rostro negro del chófer brillaba por encima del salpicadero y sonreía. El hombre hizo una señal; el chófer cerró el contacto. Al momento, un gran silencio fresco cayó sobre la pista y sobre la selva. Sólo se escuchó entonces el ruido del agua.

El hombre contempló el río, abajo, señalado únicamente

por un amplio movimiento oscuro salpicado de escamas brillantes. Una noche más densa y coagulada, lejos, del otro lado, era sin duda la orilla. Sin embargo, mirando bien, se podía ver en aquella ribera inmóvil una llama amarillenta, como un quinqué en la lejanía. El coloso se volvió hacia el coche y movió la cabeza. El chófer apagó los faros, luego los encendió, luego los hizo parpadear regularmente. El hombre aparecía y desaparecía sobre el talud, más grande y macizo a cada resurrección. De repente, del otro lado del río, una linterna se alzó varias veces en el aire sostenida por un brazo invisible. A una última señal del vigía, el chófer apagó definitivamente los faros. El automóvil y el hombre desaparecieron en la noche. Con los faros apagados el río era prácticamente visible, o al menos algunos de sus músculos líquidos que brillaban a intervalos. De cada lado de la carretera las masas sombrías de la selva se dibujaban sobre el cielo y parecían muy cercanas. La llovizna había empapado la pista una hora antes, y todavía flotaba en el aire tibio y pesaba sobre el silencio y la inmovilidad de aquel gran claro en medio de la selva virgen. En el cielo negro titilaban borrosas las estrellas.

Pero procedente de la otra orilla llegaba ruido de cadenas y chapoteos ofuscados. Por encima del barracón, a la derecha del hombre que seguía a la espera, el cable se tensó. Un crujido sordo empezó a recorrerle, al tiempo que del río se elevaba un ruido, a la vez amplio y débil, un surcar de aguas. El crujido se hizo regular, el ruido de agua se amplificó aún más, después se fue precisando, al tiempo que la luz de la linterna aumentaba. Se iba distinguiendo ya con nitidez la aureola amarillenta que la envolvía. Poco a poco, la aureola se fue dilatando y reduciéndose de nuevo, a medida que la linterna brillaba a través de la bruma y empezaba a iluminar, por encima de ella y a su alrededor, una especie de techado cuadrado de palmas secas, apoyado en sus cuatro esquinas sobre gruesos postes de bambú. Aquel toco cobertizo, a cuyo alrededor se agitaban sombras confusas, avanzaba lentamente hacía la orilla. Cuando estuvo aproximadamente en el centro del río, se pudo distinguir con pre-

cisión, recortándose en la luz amarilla, a tres hombres pequeños desnudos de torso, casi negros, cubiertos con sombreros cónicos. Permanecían inmóviles con las piernas ligeramente separadas, con el cuerpo un poco inclinado para compensar la poderosa corriente del río empujando con todas sus aguas invisibles contra el flanco de una gran balsa tosca, que fue lo último en surgir de la noche y de las aguas. Cuando el transbordador se hubo acercado algo más, el hombre distinguió detrás del cobertizo, del lado de la corriente, a dos negros grandes también cubiertos con amplios sombreros de paja y vestidos únicamente con pantalones de tela cruda. Hombro con hombro, se apoyaban con todas sus fuerzas en las pértigas que hundían lentamente en el río, hacia la popa de la embarcación, mientras los negros, con el mismo movimiento pausado, se inclinaban sobre las aguas hasta el límite del equilibrio. Los tres mulatos de proa, inmóviles y silenciosos, contemplaban la orilla sin levantar la mirada hacia el hombre que les estaba esperando.

De repente el transbordador golpeó contra el extremo de un embarcadero que avanzaba en el agua y que la linterna, oscilando bajo el efecto del choque, acababa de descubrir. Los negros grandes permanecieron inmóviles, con las manos por encima de sus cabezas, aferrados al extremo de sus pértigas apenas sumergidas, pero con los músculos tensos y recorridos por un estremecimiento continuo que parecía proceder del agua misma y de su esfuerzo. Los otros barqueros lanzaron cadenas alrededor de los postes del embarcadero, saltaron sobre las planchas de madera y tendieron una especie de elemental puente levadizo que cubrió con un plano inclinado la proa de la balsa.

El hombre regresó al automóvil y se instaló al tiempo que el chófer ponía el motor en marcha. El coche se acercó lentamente al talud, con el capó apuntando al cielo, descendiendo después hacia el río para salvar la pendiente. Con los frenos pisados, rodaba y se deslizaba sobre el barro, se detenía y volvía a arrancar. Fue entrando en el embarcadero con un estremecimiento de tablas sueltas, llegó al extremo donde los mulatos, todavía silenciosos, se habían

alineado a cada lado, y fue entrando lentamente en la balsa. La proa de la embarcación se hincó en el agua cuando el eje delantero llegó a su altura y se alzó de nuevo casi al instante cuando la balsa recibió el peso entero del vehículo. El chófer dejó después que el vehículo retrocediera hasta popa, delante de la enramada donde colgaba la linterna. Al momento los mulatos recogieron el puente sobre el embarcadero y saltaron con un solo movimiento al transbordador, apartándolo al mismo tiempo de la orilla fangosa. El río pareció alzar el lomo bajo la balsa y la levantó a la superficie del agua, donde fue derivando lentamente amarrada al largo aparejo que ahora corría en el cielo, a lo largo del cable. Los negros grandes aliviaron su esfuerzo y sacaron las pértigas del agua. El hombre y el chófer salieron del automóvil y permanecieron inmóviles en la borda del barco, de cara a la corriente arriba. Nadie había hablado durante la maniobra, y todavía en aquel momento cada cual permanecía en su lugar, inmóvil y silencioso, excepto uno de los negros grandes, que empezó a liar un cigarrillo en papel de mala calidad.

El hombre fue mirando el claro por donde el río surgía de la gran selva brasileña y venía hacia ellos. Ancho allí de varios centenares de metros, empujaba con sus aguas turbias y sedosas el flanco del transbordador, y después, libre en los dos extremos, le desbordaba y se extendía de nuevo en una sola corriente poderosa que rodaba suavemente, a través de la selva oscura, hacia el mar y hacia la noche. Flotaba un olor insulso, que venía del agua o del cielo esponjoso. Ahora se podía escuchar el chapoteo del agua pesada bajo la quilla, de ambas orillas llegaba el canto espacioso de la rana-buey o extraños gritos de pájaros. El coloso se acercó al chófer. Este, pequeño y delgado, apoyado contra uno de los postes de bambú, tenía los puños hundidos en un mono de trabajo que había sido azul, cubierto entonces del polvo rojo que habían estado masticando todo el día. Una sonrisa iluminaba su rostro, lleno de arrugas a pesar de su juventud, y contemplaba sin verlas las estrellas extenuadas que aún nadaban en el cielo húmedo.

Los gritos de los pájaros se hicieron más nítidos. A ellos se mezclaron cacareos desconocidos, y casi al mismo tiempo el cable empezó a chirriar. Los negros grandes sumergieron sus pértigas y tantearon el río con gestos de ciego en busca del fondo. El hombre se volvió hacia la orilla que acababan de abandonar. La noche y las aguas la habían cubierto a su vez, inmensa y hostil como todo el continente de árboles que se extendía más allá sobre miles de kilómetros. Entre el océano cercano y aquel mar vegetal, el puñado de hombres que en aquel momento derivaban por un río salvaje parecía perdido. Cuando la balsa golpeó el nuevo embarcadero fue como si, habiendo cortado todas las amarras, llegaran a una isla en las tinieblas, después de varios días de alarmante navegación.

Una vez en tierra, se oyó por fin la voz de los hombres. El chófer acababa de pagarles, y con una voz extrañamente alegre en la pesadez de la noche, saludaban en portugués al coche que se ponía de nuevo en marcha.

—Han dicho que hay sesenta kilómetros hasta Iguapé. Otras tres horas de coche y se acabó. Sócrates está contento —dijo el chófer.

El hombre se echó a reír con una risa franca, sólida y cariñosa, parecida a él.

—Yo también estoy contento, Sócrates. La pista es firme.

—Demasiado peso, señor D'Arrast, tú eres demasiado peso —y el chófer se echó a reír sin parar.

El automóvil fue cogiendo algo de velocidad. Rodaba entre altas murallas de vegetación inextricable, en medio de un olor blando y azucarado. Los vuelos entrecruzados de moscas luminosas surcaban sin cesar la oscuridad de la selva, y de vez en cuando unas aves de ojos bermejos golpeaban un instante contra el parabrisas. A veces llegaba un extraño rumor del fondo de la selva y el chófer miraba a su vecino girando cómicamente los ojos.

La carretera daba vueltas y más vueltas, salvando pequeños riachuelos sobre puentes de planchas mal clavadas. Al cabo de una hora, la bruma comenzó a espesarse. Empezó a caer una llovizna fina que disolvía la luz de los faros. A

pesar de las sacudidas, D'Arrast dormía a medias. Entonces ya no rodaba por la selva húmeda, sino que se hallaba de nuevo por aquella ruta de la Sierra que había tomado por la mañana, al salir de Sao Paulo. De aquellas pistas se levantaba sin cesar un polvo rojizo cuyo sabor todavía tenía en la boca y que cubría la vegetación rala de la estepa a ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista. Sol de plomo, montañas pálidas y erosionadas, cebúes famélicos hallados en la carretera con la única escolta de un vuelo fatigado de urubúes despenachados, la larga, larguísima navegación a través de un desierto rojizo... Tuvo un sobresalto. El automóvil se había detenido. Ahora se encontraban en Japón: construcciones frágiles a cada lado de la carretera y, en las casas, una visión de kimonos furtivos. El chófer hablaba con un japonés que vestía un guardapolvo sucio y se cubría con un sombrero brasileño de paja. Después el coche volvió a arrancar.

—Ha dicho que sólo cuarenta kilómetros.

—¿Dónde estábamos? ¿En Tokio?

—No, Registro. En nuestro país todos los japoneses vienen aquí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ya sabes, señor D'Arrast, son amarillos.

La selva se fue aclarando un poco, la carretera se hizo más fácil, casi deslizante. El coche patinaba en la arena. Por la portezuela entraba un aliento húmedo, tibio, un poco agrio.

—Huele —dijo el chófer con glotonería—. Es la mar. Pronto Iguapé.

—Si nos queda gasolina —dijo D'Arrast.

Y se volvió a dormir apaciblemente.

Al amanecer, sentado en su cama, D'Arrast miraba con asombro la sala en la que acababa de despertarse. Las altas paredes habían sido recientemente encaladas hasta la mitad con una lechada pardusca. En una época lejana habían estado pintadas de blanco por encima de esa altura y ahora una

costra amarillenta y desgarrada las recubría hasta el techo. Dos filas de seis camas se hacían frente. D'Arrast únicamente podía ver una cama deshecha al extremo de su fila, y aquella cama estaba vacía. Pero oyó ruido a su izquierda y se volvió hacia la puerta donde descubrió a Sócrates riendo con una botella de agua mineral en cada mano. «¡Recuerdo feliz!», dijo. D'Arrast se removió. Sí, el hospital donde el alcalde les había alojado la víspera se llamaba «Recuerdo feliz». «Seguro que recuerdo —prosiguió Sócrates—. Me han dicho que primero construir hospital, y después construir agua. Mientras tanto, feliz recuerdo, toma, agua que pica para que te laves.» Desapareció, riendo y cantando, sin dar muestras aparentes de agotamiento por los estornudos cataclísmicos que le habían sacudido toda la noche y que a D'Arrast le habían impedido pegar ojo.

Ahora D'Arrast estaba completamente despierto. Frente a él, a través de las ventanas enrejadas, podía ver un pequeño patio de tierra rojiza, empapado por la lluvia que se veía caer sin ruido sobre un bosquecillo de aloes. Pasó una mujer desplegando encima de su cabeza con los brazos extendidos un gran pañuelo amarillo. D'Arrast volvió a acostarse, para incorporarse casi al instante y saltar de la cama, que se hundió y crujió bajo su peso. Sócrates entraba en aquel mismo momento. «Te toca, señor D'Arrast. El alcalde espera fuera.» Y ante la expresión de D'Arrast añadió: «Tranquilo, él nunca apresurado».

Después de afeitarse con agua mineral, D'Arrast salió al porche del pabellón. El alcalde, con sus lentes de montura de oro, tenía el porte y el aspecto de una amable comadreja y parecía absorto en la triste contemplación de la lluvia. Pero se transfiguró con una encantadora sonrisa en cuanto descubrió a D'Arrast. Irguió su escasa estatura y se precipitó intentando rodear con sus brazos el torso del «señor ingeniero». En el mismo momento un automóvil frenó delante de ellos, del otro lado de la pequeña pared del patio, derrapó en la tierra húmeda y se detuvo de través. «¡El juez!», exclamó el alcalde. Tanto el juez como el alcalde vestían de azul marino. Pero el juez era mucho más joven, o

al menos lo parecía a causa de su talle elegante y de su fresco rostro de adolescente asombrado. Ahora cruzaba el patio en su dirección evitando con gracia los charcos de agua. A algunos pasos de D'Arrast tendió los brazos para darle la bienvenida. Se sentía orgulloso de recibir al Señor Ingeniero, era un honor que este último hacía a su humilde ciudad, se alegraba del inestimable servicio que el Señor Ingeniero iba a hacer a Iguapé con la construcción de aquel pequeño dique que evitaría la inundación periódica de los barrios pobres. ¡Señorear las aguas, dominar los ríos! ¡Ah! ¡Qué gran oficio! Estaba seguro de que la humilde población de Iguapé recordaría el nombre del Señor Ingeniero y durante muchos años le uniría a sus plegarias. D'Arrast, vencido por tanta elocuencia y tanto encanto, dio las gracias y no se atrevió a preguntar qué tenía que ver un juez en la construcción de un dique. Por otra parte, según el alcalde había que dirigirse al club donde los notables de la ciudad deseaban recibir dignamente al Señor Ingeniero antes de ir a visitar los barrios bajos. ¿Quiénes eran los notables?

«Pues bien —dijo el alcalde—, yo mismo en tanto que alcalde, el señor Carvalho, aquí presente, el jefe de puerto, y algunas personas de menor importancia. Además, no debe usted preocuparse por ellas porque no hablan francés.»

D'Arrast llamó a Sócrates y le dijo que se verían al final de la mañana.

— Bueno —dijo Sócrates—. Iré al Parque de la Fuente.

— ¡Al Parque!

— Sí, todo el mundo sabe. No seas con miedo, señor D'Arrast.

D'Arrast se percató al salir que el hospital estaba construido en la linde de la selva, cuyas frondas macizas casi dominaban el tejado. Sobre toda la envergadura de los árboles estaba cayendo un velo de agua fina que la selva espesa iba absorbiendo sin ruido, como una enorme esponja. La ciudad, de aproximadamente un centenar de casas cubiertas de tejas de colores apagados, se extendía entre la selva y el río, cuya lejana respiración llegaba hasta el hospital. El coche entró primero por las calles empapadas y casi al

momento fue a desembocar en una plaza rectangular, bastante amplia, que conservaba numerosas huellas de neumáticos, de ruedas de carro y de cascos de caballo entre los numerosos charcos de su arcilla roja. Alrededor, las construcciones bajas cubiertas de un enlucido multicolor, cerraban la plaza detrás de la cual se podían descubrir los dos campanarios redondos de una iglesia blanca y azul, de estilo colonial. Sobre ese decorado desnudo flotaba un olor a sal procedente del estuario. Algunas siluetas empapadas deambulaban por el centro de la plaza. A lo largo de las casas circulaba con pasos cortos y gestos lentos una muchedumbre abigarrada de gauchos, de japoneses, de indios mestizos y de elegantes notables, cuyos trajes oscuros allí parecían exóticos. Se apartaban sin prisa para dejar pasar al automóvil, después se paraban y lo seguían con la mirada. Cuando el coche se detuvo delante de uno de los edificios de la plaza, un círculo de gauchos húmedos se formó silenciosamente a su alrededor.

Había un número considerable de notables en el club, una especie de pequeño bar en el primer piso, amueblado con un mostrador de bambú y mesas bajas de chapa. Se bebió aguardiente de caña en honor de D'Arrast, después de que el alcalde, con el vaso en la mano, le diera la bienvenida y le deseara toda la felicidad del mundo. Pero mientras D'Arrast bebía, cerca de la ventana, un individuo alto como una percha, con pantalones de montar y polainas, se acercó titubeando un poco para dirigirle un discurso rápido y oscuro donde el ingeniero sólo reconoció la palabra «pasaporte». Dudó un instante y sacó luego el documento que el otro cogió con voracidad. Después de haber hojeado el pasaporte, la percha mostró un malhumor evidente. Retomó su discurso, sacudiendo el librito bajo la nariz del ingeniero, que sin alterarse contemplaba su furia. En aquel momento, el juez, sonriente, se acercó para preguntar qué sucedía. El borracho examinó un momento a la frágil criatura que se atrevía a interrumpirle y después, tambaleándose de forma algo más peligrosa, volvió a agitar el pasaporte bajo las narices de su nuevo interlocutor. D'Arrast fue a sentarse tran-

quilamente junto a una de las mesas y esperó. El diálogo subió de tono, y de repente el juez hizo surgir una voz estrepitosa que no se hubiera podido sospechar que también fuera suya. Contra todo pronóstico, de repente la percha se batió en retirada como un niño cogido en falta. A una última interpelación del juez se dirigió hacia la puerta con el andar oblicuo de un mal alumno castigado y desapareció.

El juez se acercó para explicar a D'Arrast, de nuevo con una voz armoniosa, que aquel personaje grosero era el jefe de policía, que se atrevía a sugerir que el pasaporte no estaba en regla y que sería castigado por la infracción. A continuación el señor Carvalho se dirigió a los notables, que hicieron círculo, y pareció interrogarles. Después de una corta discusión el juez expresó sus más solemnes excusas a D'Arrast, le pidió que admitiera que sólo la ebriedad podía explicar tamaño olvido de los sentimientos de respeto y agradecimiento que la ciudad entera de Iguapé le debía y, para terminar, le rogó que decidiera por sí mismo el castigo que convenía infligir a tan calamitoso personaje. D'Arrast respondió que no solicitaba ningún castigo, que era un incidente sin importancia y que sobre todo tenía prisa por ir al río. El alcalde tomó entonces la palabra para afirmar con afectuosa bonachonería que, en verdad, un castigo resultaba indispensable, y que el culpable permanecería arrestado a la espera de que el eminente visitante tuviera a bien decidir cuál sería su suerte. Ninguna protesta pudo doblegar aquella sonriente severidad y D'Arrast se vio obligado a prometer que reflexionaría. A continuación, se decidió visitar los barrios bajos.

El río extendía ya ampliamente sus aguas amarillentas por las orillas bajas y resbaladizas. Habían dejado atrás las casas de Iguapé y se encontraban entre el río y un elevado talud escarpado al que se agarraba una serie de chabolas de adobe y ramas. Delante de ellos, al final del terraplén, volvía a empezar la selva, sin transición, como en la otra orilla. Pero el claro del río entre los árboles se ensanchaba rápidamente hasta una línea indefinida, más gris que amarilla, y aquello era el mar. Sin decir nada, D'Arrast, se dirigió hacia

el talud en cuyo flanco los niveles de las diferentes crecidas habían dejado marcas todavía recientes. Un sendero enfangado subía hacia las chabolas. Delante de ellas se veían grupos de negros de pie, silenciosos, mirando a los recién llegados. Algunas parejas se daban la mano, y en el borde del talud, delante de los adultos, una fila de jóvenes negritos, con los vientres hinchados y las piernas escuálidas, abrían desmesuradamente sus ojos redondos.

Al llegar delante de las chabolas, DArrast llamó con un gesto al jefe de puerto. Era un negro gordo y sonriente que vestía un uniforme blanco. DArrast le preguntó en español si era posible visitar una chabola. El jefe dijo que por supuesto, incluso le pareció que era una buena idea, el Señor Ingeniero iba a poder ver cosas muy interesantes. Se dirigió a los negros, hablándoles largamente, señalando a DArrast y al río. Los otros escuchaban sin decir nada. Cuando el jefe de puerto terminó, nadie se movió. Habló de nuevo, con voz impaciente. Llamó después a uno de los hombres, que sacudió la cabeza. El jefe dijo entonces algunas palabras breves en tono imperativo. El hombre se separó del grupo, se presentó delante de D'Arrast y le mostró el camino con un gesto. Pero su mirada era hostil. Era un hombre de cierta edad, con la cabeza cubierta de un pelo como lana ya grisácea, el rostro delgado y curtido, joven sin embargo de cuerpo, con hombros duros y secos y músculos visibles bajo el pantalón de tela y la camisa hecha jirones. Se adelantaron seguidos del jefe de puerto y del gentío de negros y treparon por un nuevo talud, con mayor pendiente, donde las chabolas de adobe, de chapa y de cañas se agarraban con tanta dificultad al suelo que había sido necesario consolidar su base con gruesas piedras. Se cruzaron con una mujer que bajaba por el sendero, resbalando a veces sobre sus pies desnudos, llevando sobre su cabeza erguida un bidón lleno de agua. Llegaron después a una especie de placita formada por tres chabolas. El hombre se dirigió a una de ellas y empujó la puerta de bambú, cuyos goznes estaban hechos de lianas. Se apartó sin decir nada, escrutando al ingeniero con la misma mirada impasible. Una vez dentro de la chabola, DArrast al

principio sólo pudo ver un fuego mortecino, sobre el mismo suelo, en el centro exacto de la casa. Después distinguió en un rincón, al fondo, una cama de latón con el somier desnudo y hundido, una mesa en el otro rincón, cubierta con vajilla de barro y, entre ambos muebles, una especie de tenderete donde imperaba un cromo representando a San Jorge. Por lo demás, sólo había un montón de harapos, a la derecha de la entrada, y algunos taparrabos multicolores colgaban del techo secándose encima del fuego. D'Arrast, inmóvil, respiró el olor a humo y miseria que subía del suelo y se agarraba a la garganta. Detrás de él, el jefe de puerto llamó con la palma de las manos. El ingeniero se volvió y vio llegar al instante, a contraluz, en el umbral, la graciosa silueta de una muchacha negra que le ofrecía algo: tomó el vaso y bebió el espeso aguardiente de caña que contenía. La joven ofreció la bandeja para recibir el vaso vacío y salió con un movimiento tan ligero y tan lleno de vida que D'Arrast tuvo de repente ganas de detenerla.

Pero una vez que hubo salido detrás de ella ya no pudo reconocerla entre la muchedumbre de negros y de notables que se había juntado delante de la chabola. Dio las gracias al anciano, que se inclinó sin decir palabra. Después se alejó. Detrás de él, el jefe de puerto proseguía sus explicaciones, preguntaba cuándo la Sociedad Francesa de Río podría comenzar las obras y si se podría levantar el gran dique antes de la *estación* de lluvias. D'Arrast no lo sabía, y la verdad era que no pensaba en ello. Fue bajando hacia el río, fresco, bajo la lluvia impalpable. Seguía escuchando aquel gran ruido amplio que no había dejado de oír desde su llegada, y del que no se podía saber si lo producía el correr del agua o el crujido de los árboles. Una vez en la orilla, contempló a lo lejos la línea indecisa del mar, miles de kilómetros de agua solitaria, con África más allá, y Europa, de donde él venía.

—Jefe —dijo—, ¿de qué vive esa gente que acabamos de ver?

—Trabajan cuando se les necesita —respondió el jefe de puerto—. Somos pobres.

—¿Son éstos los más pobres?

—Los más pobres.

El juez, que llegaba en aquel momento resbalando levemente sobre sus finos zapatos, añadió que aquella gente quería ya al Señor Ingeniero porque les iba a dar trabajo.

—Y, sabe usted —dijo—, bailan y cantan todos los días.

Después, sin transición, preguntó a D'Arrast si había pensado ya en el castigo.

—¿Qué castigo?

—Cuál va a ser, el de nuestro jefe de policía.

—Dejémoslo.

El juez dijo que era imposible y que había que castigarle. D'Arrast echó a andar hacia Iguapé.

En el pequeño Parque de la Fuente, misterioso y agradable bajo la llovizna, extraños racimos de flores colgaban a lo largo de las lianas, entre los bananeros y los pándanos. Unos montones de piedras húmedas marcaban el cruce de los senderos por los que a aquella hora circulaba una pintoresca muchedumbre. Mulatos, mestizos, algunos gauchos charlaban en voz baja o desaparecían con el mismo paso lento en los paseos de bambú hasta el lugar en que los bosquecillos y matorrales se hacían más densos, impenetrables después. Allí, sin transición, empezaba la selva.

D'Arrast buscaba a Sócrates en medio de la gente cuando le oyó hablar a sus espaldas.

—Es fiesta —dijo Sócrates riendo. Se apoyaba en los altos hombros de D'Arrast para brincar.

—¿Qué fiesta?

—¡Eh! —dijo Sócrates sorprendido, haciendo frente a D'Arrast—. ¿No lo sabes? La fiesta del buen Jesús. Cada año toda la gente viene hasta la cueva con un martillo.

Sócrates no apuntaba a ninguna cueva sino a un grupo que parecía esperar en un rincón del jardín.

—¿Lo ves? Un día, la estatua del buen Jesús llegó por mar, remontando el río. La encontraron unos pescadores. ¡Qué bonita! ¡Qué bonita! La lavaron aquí, en la cueva. Y

después, una piedra empezó a crecer en la cueva. Cada año hay una fiesta. Rompes un pedazo con el martillo, lo rompes, para la bendita felicidad. Y después, sigue creciendo, aunque tú rompas. Es un milagro.

Habían llegado a la cueva, cuya entrada se adivinaba por encima de los hombres que esperaban fuera. En su interior, en la sombra salpicada por la temblorosa llama de los cirios, una forma acucillada golpeaba en aquel momento con un martillo. El hombre, un gaucho delgado de largos mostachos, se incorporó y salió, llevando en la palma de su mano, ofrecida a todas las miradas, un pequeño fragmento de pizarra húmeda sobre el cual, al cabo de algunos segundos, cerró la mano con precaución. Otro hombre entró entonces en la cueva agachándose.

D'Arrast se dio la vuelta. A su alrededor los peregrinos esperaban sin mirarle, impasibles bajo la fina cortina de agua que caía de los árboles. También él esperó delante de la cueva, bajo la misma bruma de agua, sin saber qué. En verdad, no había dejado de esperar desde hacía un mes, desde que había llegado a aquel país. Había esperado en el calor rojizo de los días húmedos, bajo las estrellas menudas de la noche, a pesar de todas las tareas que le concernían, diques por levantar, carreteras que trazar, como si el trabajo para el que había acudido allí no fuera más que un pretexto, el motivo de una sorpresa, o de un encuentro que ni siquiera podía imaginar, pero que le estaba esperando pacientemente en aquel fin del mundo. Echó a andar y se alejó sin que nadie, en el pequeño grupo, prestara atención, y se dirigió hacia la salida. Tenía que volver al río y empezar a trabajar.

Pero Sócrates le estaba esperando en la puerta, enfrascado en una conversación voluble con un hombre pequeño y gordo, estirado, de piel amarilla más que negra. Su cráneo, completamente afeitado, agrandaba una frente agradablemente curvada. Su amplio rostro liso se adornaba, al contrario, con una barba muy negra, cortada en ángulo recto.

—¡Éste, campeón! —dijo Sócrates a modo de presentación—. Mañana hace la procesión.

El hombre, vestido con traje de marino de sarga burda,

un jersey de rayas azules y blancas bajo la guerrera, examinaba a D'Arrast atentamente con ojos negros y tranquilos. Al mismo tiempo sonreía mostrando todos sus dientes blancos entre los labios gruesos y relucientes.

—Habla español —dijo Sócrates, y luego añadió volviéndose hacia el desconocido—: Cuéntale al señor D'Arrast.

Después se alejó contoneándose hacia otro grupo. El hombre dejó de sonreír y contempló a D'Arrast con franca curiosidad.

—¿Te interesa eso, capitán?

—Yo no soy capitán —dijo D'Arrast.

—Es igual. Eres señor. Sócrates me lo ha dicho.

—Yo no. Pero mi abuelo lo era. Su padre también, y todos los que precedieron a su padre. Ahora ya no hay señores en nuestros países.

—¡Ah! —dijo el negro riendo—. Ya entiendo, ahora todo el mundo es señor.

—No, no es eso. Ya no hay ni señores ni pueblo.

El otro reflexionó, luego se decidió.

—¿Nadie trabaja, nadie sufre?

—Sí, millones de personas.

—Entonces, ése es el pueblo.

—Visto así, sí, hay un pueblo. Pero sus señores son policías o comerciantes.

El rostro benevolente del mulato se puso serio. Después gruñó:

—¡Hum! Comprar y vender, eh. ¡Qué basura! Y con la policía son los perros los que mandan.

Sin transición se echó a reír.

—¿Tú no vendes?

—Casi nada. Yo hago puentes, carreteras.

—No está mal, eso. Yo soy cocinero en un barco. Si quieres te haré nuestro plato de frijoles negros.

—Con gusto.

El cocinero se acercó a D'Arrast y le tomó por el brazo.

—Escucha, me gusta lo que dices. Y voy a decirte algo yo también. A lo mejor te gusta.

Le llevó a un banco de madera húmeda, cerca de la entrada, junto a un bosquecillo de bambú.

—Una vez estaba yo navegando, cerca de Iguapé, en un pequeño petrolero que hace el cabotaje para aprovisionar a los puertos de la costa. Hubo un incendio a bordo. No por culpa mía ¿eh?, conozco mi oficio. No. Fue una desgracia. Pudimos echar los botes salvavidas al agua. Por la noche el mar se encrespó, el bote se volcó y me hundí. Cuando volví a la superficie, me golpeé con la cabeza contra el bote. Fui a la deriva. La noche era oscura, las olas eran grandes y yo nado mal, tuve mucho miedo. De repente vi una luz a lo lejos, reconocí la cúpula del buen Jesús de Iguapé. Entonces dije al buen Jesús que llevaría en la procesión una piedra de cincuenta kilos sobre la cabeza si me salvaba. No me vas a creer, pero el mar se calmó y mi corazón también. Eché a nadar lentamente, me sentía feliz, y llegué a la costa. Mañana cumpliré mi promesa.

Se detuvo para mirar a D'Arrast con un aire repentinamente suspicaz.

—¿No te estarás riendo, eh?

—No me río. Hay que cumplir lo prometido.

El otro le golpeó en el hombro.

—Ahora ven donde mi hermano, al lado del río. Te prepararé unos frijoles.

—No —dijo D'Arrast—, tengo que hacer. Esta noche, si quieres.

— Bien. Pero esta noche se baila y se reza en la chabola grande. Es la fiesta de San Jorge.

D'Arrast le preguntó si bailaba también. El rostro del cocinero se puso tenso de repente; sus ojos, por primera vez, se hicieron huidizos.

—No, no, yo no bailaré. Mañana tengo que llevar la piedra. Pesa mucho. Iré esta noche para festejar al santo. Y me retiraré temprano.

—¿Dura mucho?

—Toda la noche, y algo por la mañana.

Miró a D'Arrast con una expresión vagamente avergonzada.

—Ven al baile y me llevas luego. De otro modo me quedaré, y bailaré, a lo mejor no puedo evitarlo.

—¿Te gusta bailar?

Los ojos del cocinero brillaron con una especie de glotonería.

—¡Oh! Claro que me gusta. Y además hay cigarros, y santos, y mujeres. Se olvida uno de todo y no obedece a nada.

—¿Hay mujeres? ¿Todas las mujeres de la ciudad?

—De la ciudad no, de las chabolas.

El cocinero recuperó su sonrisa.

—Ven. Yo obedezco al capitán. Y mañana me ayudarás a cumplir mi promesa.

D'Arrast se sentía algo molesto. ¿Qué le importaba aquella absurda promesa? Miró aquel bello rostro abierto que le sonreía confiado, cuya piel negra brillaba de salud y vida.

—Iré —dijo—. Ahora te voy a acompañar un poco.

Sin saber por qué, volvió a ver al mismo tiempo a la muchacha que le había presentado la ofrenda de bienvenida.

Salieron del parque, caminaron a lo largo de algunas calles embarradas y llegaron a la plaza llena de baches, cuya amplitud parecía aún mayor por la poca altura de las casas que la rodeaban. Ahora la humedad rezumaba por el revestimiento de las paredes, aunque la lluvia no había ido a más. A través de los espacios esponjosos del cielo llegaba hasta ellos el rumor sordo del río y de los árboles. Andaban al mismo paso, el de D'Arrast pesado, musculoso el del cocinero. De vez en cuando éste levantaba la cabeza y sonreía a su amigo. Tomaron la dirección de la iglesia que se divisaba por encima de las casas y alcanzaron el otro extremo de la plaza. Luego siguieron caminando a lo largo de calles embarradas en las que ahora flotaban agresivos olores de cocina. De vez en cuando, una mujer con un plato o un utensilio de cocina en la mano asomaba su rostro curioso por una de las puertas y desaparecía al instante. Pasaron delante de la iglesia, entraron en un barrio antiguo, entre el mismo tipo de casas bajas, y desembocaron de repente

sobre el ruido del río invisible, detrás del barrio de chabolas que D'Arrast reconoció.

—Bueno, te dejo. Hasta la noche —dijo.

—Sí, delante de la iglesia.

Pero al mismo tiempo el cocinero seguía reteniendo la mano de D'Arrast. Titubeó. Después se decidió:

—¿Y tú? ¿Nunca has hecho un ruego, ni una promesa?

—Sí, creo que una vez.

—¿En un naufragio?

—Más o menos.

D'Arrast soltó la mano bruscamente, pero en el momento de girar sobre sus talones encontró la mirada del cocinero. Dudó un instante y después sonrió:

—Puedo contártelo, pero no tiene importancia. Había alguien que iba a morir por culpa mía. Me parece que entonces hice un ruego.

—¿Hiciste también una promesa?

—No. Me hubiera gustado hacerla.

—¿Hace mucho tiempo?

—Poco antes de venir aquí.

El cocinero se mesó la barba con ambas manos. Sus ojos brillaban.

—Tú eres un capitán —dijo—. Mi casa es tuya. Y, además, me vas a ayudar a cumplir mi promesa, es como si la hicieras tú mismo. Eso también te ayudará.

D'Arrast sonrió:

—No lo creo.

—Eres muy orgulloso, capitán.

—Antes lo era, ahora estoy solo. Pero dime una cosa, ¿siempre te ha respondido tu buen Jesús?

—¡Siempre no, capitán!

—¿Entonces?

El cocinero estalló en una carcajada infantil y fresca.

—Bueno —dijo—. Él también es libre, ¿no?

En el club, mientras D'Arrast almorzaba con los notables, el alcalde le dijo que tenía que firmar en el libro de oro del ayuntamiento para que quedara al menos un testimonio del gran acontecimiento que constituía su visita a Iguapé. Al

juez se le ocurrieron por su parte dos o tres nuevas fórmulas para celebrar, además de la virtud y el talento de su invitado, la sencillez con que representaba entre ellos al gran país al que tenía el honor de pertenecer. D'Arrast respondió solamente que tenía ese honor, que sin duda lo era, según su convicción, y que también tenía la ventaja de haber conseguido para su compañía la adjudicación de aquellas importantes obras. A lo cual el juez volvió a asombrarse ante tanta humildad. «A propósito —dijo—, ¿ha pensado ya lo que tenemos que hacer con el jefe de policía?» D'Arrast le miró sonriente. «Ya lo sé.» Consideraría como un favor personal y como una gracia absolutamente excepcional que se tuviera la bondad de perdonar en su nombre a aquel despistado, con el fin de que su estancia, la suya, la de D'Arrast, que tanto se alegraba de poder conocer la hermosa ciudad de Iguapé y a sus generosos habitantes, pudiera iniciarse en un clima de concordia y de amistad. El juez, atento y sonriente, asintió con la cabeza. Meditó un momento la fórmula, como buen conocedor, y después se dirigió a los asistentes para que aplaudieran las magnánimas tradiciones de la gran nación francesa, y volviéndose de nuevo hacia D'Arrast se declaró satisfecho. «Ya que es así —concluyó—, esta noche cenaremos con el jefe.» Pero D'Arrast dijo que unos amigos le habían invitado a la ceremonia de los bailes, delante de las chabolas. «¡Ah, sí! —dijo el juez—. Me alegro de que vaya. Ya verá usted cómo resulta imposible no amar a nuestro pueblo.»

Aquella noche, D'Arrast, el cocinero y su hermano se encontraron sentados alrededor de un fuego apagado, en el centro de la misma chabola que el ingeniero había visitado por la mañana. Aparentemente, el hermano no se había sorprendido al verle. Apenas hablaba español y la mayor parte del tiempo se limitaba a asentir con la cabeza. En cuanto al cocinero, se interesó primero por las cate-drales, y luego disertó ampliamente sobre la sopa de frijoles. En aquel momento la luz había desaparecido casi com-

pletamente y aunque D'Arrast aún podía ver al cocinero y a su hermano, distinguía mal al fondo de la chabola las siluetas acucilladas de una mujer vieja y de la jovencita que le había servido de nuevo. Al fondo del terraplén se oía el río monótono.

El cocinero se levantó y dijo: «Es la hora». Se levantaron, pero las mujeres no se movieron. Los hombres salieron solos. D'Arrast dudó un instante, luego se sumó a los otros. La noche había caído, la lluvia había cesado. El cielo, de un negro pálido, parecía todavía líquido. En sus aguas transparentes y sombrías empezaban a alumbrar las estrellas, por encima del horizonte. Al momento se apagaban y caían unas sobre otras en el río, como si el cielo dejara gotear sus últimas luces. El aire espeso olía a humo y agua. Se oía también el rumor cercano de la selva enorme, inmóvil sin embargo. De repente se elevaron en la lejanía cánticos y tambores, que se fueron acercando y callaron después. Poco después, vieron aparecer una hilera de muchachas negras, vestidas con faldas blancas de seda burda, con el talle muy bajo. Las seguía un gran negro, embutido en una casaca roja sobre la que colgaba un collar de dientes multicolores, y detrás de él, en desorden, un tropel de hombres vestidos con pijamas blancos y músicos provistos de triángulos y de tambores anchos y cortos. El cocinero dijo que había que acompañarlos.

La chabola a la que llegaron siguiendo la orilla a unos centenares de metros de las últimas construcciones era grande, estaba vacía y era relativamente confortable, con las paredes revocadas en el interior. El suelo era de tierra apisonada, el techo de cañizo y paja, sostenido por un poste central, con las paredes desnudas. Sobre un pequeño altar tapizado de hojas de palma, al fondo, y cubierto de velas que iluminaban apenas la mitad de la sala, se veía una soberbia estampa en la que San Jorge, con aire seductor, dominaba a un dragón bigotudo. Una especie de nicho bajo el altar, forrado de papeles formando una rocalla, abrigaba entre un cirio y una escudilla de agua una pequeña estatua de barro, pintada de rojo, que representaba un dios cornu-

do. Blandía con aire feroz un cuchillo desmesurado de papel de plata.

El cocinero condujo a D'Arrast a un rincón, donde permanecieron de pie, pegados contra la pared, cerca de la puerta. «Así nos podremos ir sin molestar», murmuró el cocinero. En efecto, la chabola estaba llena de hombres y mujeres, apretados los unos contra los otros. El calor empezaba a apretar. Los músicos fueron a instalarse a ambos lados del pequeño altar. Los bailarines y las bailarinas se separaron en dos círculos concéntricos, con los hombres en el interior. El jefe negro de la casaca roja fue a colocarse en el centro. D'Arrast se pegó a la pared, cruzado de brazos.

Pero el jefe, abriéndose paso a través del círculo de bailarines, se dirigió hacia ellos con aire grave y dijo unas palabras al cocinero. «No cruces los brazos, capitán —dijo el cocinero—. No te encojas, porque impides que el espíritu del santo descienda.» Dócilmente, D'Arrast dejó caer los brazos. Con la espalda pegada aún contra la pared parecía también un dios bestial y tranquilizador, con sus miembros largos y pesados, con su rostro brillante de sudor. El negro gigantesco le miró y, después, satisfecho, volvió a ocupar su lugar. Al momento entonó con una voz de clarín las primeras notas de una melodía que todos siguieron cantando a coro, acompañados por los tambores. Entonces los círculos empezaron a girar en sentidos inversos, en una especie de danza pesada e insistente, que más parecía un pateo ligeramente acentuado por la doble ondulación de las caderas.

El calor había ido en aumento. Sin embargo, las pausas fueron disminuyendo poco a poco, las paradas se espaciaron y la danza fue precipitándose. Sin que menguara el ritmo de los demás y sin dejar de bailar, el gran negro se abrió paso de nuevo entre los círculos para dirigirse al altar. Regresó con un vaso de agua y con un cirio que colocó en el suelo, en el centro de la choza. Vertió el agua alrededor de la vela en dos círculos concéntricos y después, irguiéndose de nuevo, levantó hacia el techo su mirada enloquecida. Esperaba inmóvil, con todo su cuerpo en tensión. «San Jorge llega.

Mira, mira», murmuró el cocinero con los ojos fuera de las órbitas.

En efecto, algunos bailarines parecían en trance, pero en un trance congelado, con las manos en los riñones, el paso rígido, la mirada fija y átona. Otros precipitaron su ritmo, convulsionándose, y empezaron a lanzar gritos inarticulados. Poco a poco, los gritos fueron en aumento y cuando se confundieron en un aullido colectivo, el jefe, con los ojos todavía alzados, lanzó un largo clamor que apenas llegaba a formar una frase, al límite de su aliento, y en la cual se repetían las mismas palabras. «¿Ves? —murmuró el cocinero—, dice que es el campo de batalla del dios.» D'Arrast se sorprendió por el cambio de voz y miró al cocinero, que se había inclinado hacia delante, apretando los puños, con la mirada fija, imitando sin moverse de su lugar el pateo rítmico de los demás. Entonces se percató de que también él hacía un rato que bailaba con todo su peso sin desplazar los pies.

De repente los tambores sonaron arrebatadoramente y el gran diablo rojo enloqueció. Con los ojos inyectados en sangre, con sus cuatro extremidades girando alrededor de su cuerpo, caía sobre cada una de sus piernas doblando la rodilla, una y otra vez, acelerando su ritmo hasta tal punto que parecía que fuera a descuartizarse. Pero bruscamente se detuvo en plena agitación para contemplar a los asistentes con un aire fiero y terrible, en medio de la tempestad de tambores. Al momento, un bailarín que surgió de un rincón sombrío se arrodilló y presentó al poseso un sable corto. El negro gigantesco lo tomó sin dejar de mirar a su alrededor, y después le hizo girar por encima de su cabeza. En el mismo instante D'Arrast vio al cocinero bailar en medio de los demás. El ingeniero no le había visto separarse de él.

Un polvo asfixiante subía del suelo en medio de la luz rojiza e incierta, haciendo aún más espeso el aire que se pegaba a la piel. D'Arrast empezó a sentir que poco a poco la fatiga se apoderaba de él; respiraba cada vez peor. Ni siquiera pudo observar cómo habían hecho los bailarines para obtener los enormes cigarros que en aquel momento

estaban fumando sin dejar de bailar, cuyo extraño olor llenaba la choza y embriagaba un poco. Sólo vio al cocinero pasando cerca de él, bailando, chupando también su cigarro: «No fumes», dijo. El cocinero gruñó sin abandonar el ritmo de sus pasos, contemplando el poste central con la expresión de un boxeador sonado, mientras un largo y perpetuo escalofrío le recorría la nuca. A su lado una mujer negra, gruesa, agitando a izquierda y derecha su rostro animal, ladraba sin cesar. Pero las negras jóvenes, sobre todo, entraban en el más espantoso trance con los pies pegados al suelo y el cuerpo recorrido de los pies a la cabeza por convulsiones cada vez más violentas a medida que llegaban a la altura de los hombros. Entonces su cabeza se agitaba de atrás hacia adelante, literalmente separada de un cuerpo decapitado. Todos se pusieron a aullar al mismo tiempo, sin interrupción, con un largo grito colectivo e incoloro, sin respiración aparente, sin modulaciones, como si los cuerpos formaran un nudo, músculos y nervios en una sola emisión agotadora que terminaba por conceder la palabra dentro de cada uno de ellos a un ser que hasta ese momento había permanecido absolutamente silencioso. Y sin que cesara el grito, las mujeres, una a una, empezaron a caer. El jefe negro se arrodilló junto a cada una de ellas, apretando rápida y convulsivamente sus sienes con su manaza de negros músculos. Entonces volvían a levantarse, titubeando, y se reincorporaban a la danza y proseguían sus gritos, débilmente al principio, más alto y más rápido después, para caer de nuevo y levantarse una vez más, y volver a empezar durante largo tiempo, hasta que el grito general empezó a debilitarse y alterarse y degeneró en una suerte de ronco ladrado sacudido por sus eructos. D'Arrast, agotado, con los músculos crispados por su larga danza inmóvil, ahogado en su propio mutismo, sintió que vacilaba. El calor, el polvo, el humo de los cigarros, el hedor humano, habían hecho el aire totalmente irrespirable. Buscó al cocinero con la mirada; había desaparecido. Entonces D'Arrast se dejó deslizar apoyado en la pared y permaneció en cuclillas, reteniendo una náusea.

Cuando abrió de nuevo los ojos, el aire seguía siendo tan asfixiante como antes, pero el ruido había cesado. Sólo los tambores emitían un ritmo de bajo continuo, siguiendo el cual los grupos cubiertos *con* telas blancas bailaban pateando por todos los rincones de la choza. Pero ahora, en el centro del lugar, despejado ya del vaso y del cirio, un grupo de jóvenes negras bailaba lentamente en estado semi-hipnótico, siempre a punto de dejarse sobrepasar por el ritmo. Se balanceaban levemente de atrás hacia adelante, con los ojos cerrados y sin embargo erguidas, alzándose sobre la punta de los pies, casi sin avanzar. Dos de ellas, obesas, tenían el rostro cubierto con una velo de rafia. Escoltaban a otra jovencita, alta y delgada, vestida, en quien D'Arrast reconoció de repente a la hija de su anfitrión. Ataviada con una falda verde, llevaba un sombrero de cazador envuelto en gasa azul, levantado sobre la frente, adornado con plumas de mosquetero, y sujetaba entre las manos un arco verde y amarillo armado con una flecha, en cuya punta se veía atravesado un pájaro multicolor. Su hermosa cabeza oscilaba lentamente sobre su cuerpo grácil, un poco echada hacia atrás, y su rostro adormecido reflejaba una melancolía inalterable e inocente. Cuando la música hacía una pausa, titubeaba, soñolienta. Sólo el ritmo reforzado de los tambores parecía proporcionarle una especie de apoyo invisible alrededor del cual ella enredaba sus blandos arabescos hasta que, deteniéndose otra vez al mismo tiempo que la música, se tambaleaba al borde del equilibrio, y lanzaba un extraño grito de ave, agudo y sin embargo melodioso.

Fascinado por aquella danza lenta, D'Arrast se hallaba contemplando a la Diana negra cuando el cocinero surgió delante de él, con su rostro antes liso ahora descompuesto. La bondad había desaparecido de sus ojos, que sólo reflejaban una especie de desconocida avidez. Como si hablara con un extraño, sin benevolencia, dijo: «Es tarde, capitán. Van a bailar toda la noche, pero ahora ya no quieren que tú te quedes». D'Arrast se incorporó con la cabeza pesada y siguió al cocinero que se dirigía hacia la puerta pegado a la pared. En el umbral, el cocinero desapareció un instante

mientras levantaba la puerta de bambú y D'Arrast salió. Se dio la vuelta y miró al cocinero que no se había movido.

—Ven. Dentro de un rato tendrás que cargar con la piedra.

—Me quedo —dijo el cocinero con aire enfurruñado.

—¿Y tu promesa?

Sin responder el cocinero empujó poco a poco la puerta que D'Arrast sostenía con una sola mano. Permanecieron así un segundo y D'Arrast cedió, encogiéndose de hombros. Se alejó.

La noche se había llenado de olores frescos y aromáticos. Por encima de la selva las raras estrellas del cielo austral brillaban débilmente, apagadas por una bruma invisible. El aire era húmedo y pesado. Sin embargo al salir de la choza provocaba una sensación de delicioso frescor. D'Arrast subió por la pendiente resbaladiza, llegó a las primeras chabolas, tropezando como un hombre ebrio por el camino lleno de agujeros. La selva cercana gruñía débilmente. El ruido del río aumentaba y todo el continente emergía de la noche a medida que D'Arrast se sentía invadido por el desaliento. Le parecía que hubiera deseado vomitar todo aquel país, la tristeza de sus grandes espacios, la luz verdosa de las selvas y el chapoteo nocturno de sus grandes ríos desiertos. Aquella tierra era demasiado grande, la sangre y las estaciones se confundían, el tiempo se hacía líquido. Allí la vida transcurría a ras del suelo y para integrarse había que acostarse y dormir, durante años, sobre el mismo suelo embarrado o seco. En Europa dominaban la vergüenza y la cólera. Allí eran el exilio o la soledad en medio de aquellos locos lánguidos que bailaban para morir. Pero a través de la noche húmeda, llena de olores vegetales, aún percibió el extraño grito de pájaro herido de la hermosa muchacha adormecida.

Cuando D'Arrast se despertó después de un mal sueño, con la cabeza atravesada por la barra de una espesa migraña, el calor húmedo aplastaba la ciudad y la selva inmóvil. Se

hallaba esperando bajo el porche del hospital, consultando su reloj parado, sin estar seguro de la hora, asombrado por toda aquella luz y aquel silencio que venía de la ciudad. El cielo era de un azul casi franco, apoyándose en el perfil de los primeros tejados de colores apagados. Unos urubúes amarillentos dormían, paralizados por el calor, sobre la casa que se hallaba frente al hospital. De repente uno de ellos se desperezó, abrió el pico, tomando ostensiblemente todas las disposiciones para alzar el vuelo, golpeando por dos veces sus alas polvorientas contra el cuerpo, elevándose algunos centímetros por encima del tejado para volver a caer y dormirse al momento.

El ingeniero bajó a la ciudad. La plaza principal estaba desierta, lo mismo que las calles que acababa de recorrer. De cada lado del río, a lo lejos, una bruma baja flotaba sobre la selva. El calor caía verticalmente y D'Arrast buscó un rincón de sombra para resguardarse. Entonces descubrió a un hombre pequeño que le hacía señas desde debajo del alero de una de las casas. Al acercarse reconoció a Sócrates.

—Bien, señor D'Arrast, ¿te gustó la ceremonia?

D'Arrast dijo que en la choza hacía demasiado calor y que había preferido el cielo y la noche.

—Sí —dijo Sócrates—, en tu país sólo hay misas. Nadie baila.

Se frotaba las manos saltando de un pie a otro, girando sobre sí mismo, riéndose hasta perder el aliento.

—Increíbles, son increíbles.

Después miró a D'Arrast con curiosidad.

—¿Tú no vas a misa?

—No.

—¿Entonces dónde vas?

—No sé. A ninguna parte.

Sócrates seguía riendo.

—¡No es posible! ¡Un señor sin iglesia, sin nada!

D'Arrast se echó a reír con él.

—Ya ves, no encontré mi sitio, por eso me fui.

—Quédate con nosotros, señor D'Arrast, me gustas.

—No me importaría, Sócrates, pero no sé bailar.

Sus carcajadas resonaban en el silencio de la ciudad desierta.

«Ah —dijo Sócrates—, se me olvidaba. El alcalde quiere verte. Almuerza en el club.» Y sin añadir nada más se alejó en dirección al hospital. «¿Dónde vas?», gritó D'Arrast. Sócrates imitó un ronquido. «A dormir. Después es la procesión.» Echando a correr a medias, siguió con sus ronquidos.

El alcalde deseaba únicamente dar a D'Arrast un lugar de honor para contemplar la procesión. Se lo explicó al ingeniero mientras le hacía compartir un plato de carne y arroz como para hacer milagros con un paralítico. Primero se instalarían en casa del juez, en un balcón, delante de la iglesia, para ver salir el cortejo. Después irían al ayuntamiento, en la calle principal que iba de la plaza a la iglesia, por donde los penitentes pasarían a su regreso. El juez y el jefe de policía acompañarían a D'Arrast porque el alcalde estaba obligado a participar en la ceremonia. En efecto, el jefe de policía se encontraba en la sala del club, dando vueltas sin cesar alrededor de D'Arrast con una infatigable sonrisa en los labios, prodigándole discursos incomprensibles pero evidentemente afectuosos. Cuando D'Arrast bajó, el jefe de policía se precipitó para despejarle el camino, manteniendo abiertas las puertas delante de él.

Bajo el sol macizo los dos hombres se dirigieron a casa del juez a través de la ciudad aún desierta. Sus pasos resonaban en el silencio, solitarios. Pero de repente un petardo estalló en una calle próxima y provocó el vuelo de los urubúes de cuello pelado sobre los edificios cercanos en pesados y torpes ramilletes. Casi al momento, decenas de petardos empezaron a estallar en todas direcciones, las puertas se abrieron y la gente comenzó a salir de las casas para llenar las estrechas callejuelas.

El juez expresó a D'Arrast el orgullo que sentía al acogerle en su indigna mansión y le hizo subir al piso superior por una hermosa escalera barroca encalada de azul. Al paso de D'Arrast se abrieron las puertas de los rellanos, de donde surgían morenas cabezas de niños que desaparecían al

momento con risas ahogadas. La sala de honor, de bella arquitectura, sólo contenía muebles de mimbre y grandes jaulas de pájaros de parloteo ensordecedor. El balcón donde se instalaron daba sobre la pequeña plaza, delante de la iglesia. La muchedumbre empezaba a llenarla, extrañamente silenciosa, inmóvil bajo el calor que bajaba del cielo en oleadas casi visibles. Sólo los niños corrían alrededor de la plaza, deteniéndose bruscamente para encender petardos cuyas detonaciones iban sucediéndose. La iglesia, vista desde el balcón, parecía más pequeña, con sus muros enca-lados, su docena de peldaños pintados de azul, sus dos torres azul y oro.

De repente, en el interior de la iglesia resonaron los órganos. La muchedumbre, vuelta hacia el porche, se fue alineando a ambos lados de la plaza. Los hombres se descubrieron la cabeza, las mujeres se arrodillaron. Los órganos tocaban en la lejanía una especie de larga marcha. Más tarde un extraño ruido de élitros llegó de la selva. Un minúsculo avión de alas transparentes y de fuselaje frágil, insólito en aquel mundo fuera del tiempo, surgió por encima de los árboles, descendió un poco hacia la plaza y pasó con el rumor de una gran alcancía por encima de las cabezas que se alzaban hacia él. A continuación, el avión giró y se alejó hacia el estuario.

Pero en la sombra de la iglesia una oscura agitación atrajo de nuevo la atención general. Los órganos habían callado, sustituidos por los instrumentos de cobre y los tambores, invisibles bajo el porche. Unos penitentes recubiertos de pellizas negras fueron saliendo de uno en uno de la iglesia, se reagruparon en el porche y fueron bajando la escalinata. Detrás de ellos venían los penitentes blancos llevando estandartes rojos y azules, y después un pequeño tropel de muchachos vestidos de ángeles, congregaciones de hijos de María, de rostros pequeños, graves y negros, y finalmente, en una peana multicolor llevado por sudorosos notables en sus trajes oscuros, la efigie del mismísimo Jesús, con un cetro de caña en la mano y la cabeza coronada de espinas, sangrante y oscilante por encima de

la muchedumbre que se apiñaba en los peldaños del porche.

Cuando la peana llegó al final de la escalinata, hubo una pausa durante la cual los penitentes intentaron alinearse de forma más o menos ordenada. Entonces fue cuando D'Arrast vio al cocinero. Acababa de salir al atrio, con el torso desnudo, llevando sobre su cabeza barbuda un enorme bloque rectangular que descansaba sobre una placa de corcho encima del cráneo. Bajó con paso firme los peldaños de la iglesia, manteniendo la piedra en exacto equilibrio con el arco de sus brazos cortos y musculosos. En cuanto llegó detrás de la peana, la procesión se puso en marcha. Entonces los músicos surgieron del porche, vestidos con casacas de colores vivos, soplando a pleno pulmón en sus instrumentos de cobre adornados con cintas. Los penitentes avivaron el paso al ritmo de una marcha acelerada y alcanzaron una de las calles que daban a la plaza. Cuando la peana desapareció detrás de ellos, sólo se pudo ver al cocinero y a los últimos músicos. A continuación la muchedumbre echó a andar en medio de las detonaciones, mientras el avión volvía a pasar por encima de los últimos grupos con fuerte ruido de pistones y *mecánica*. D'Arrast sólo miraba al cocinero que en aquel momento desaparecía en la calle y le pareció que sus hombros flaqueaban. Pero a aquella distancia veía mal.

El jefe de policía y D'Arrast alcanzaron entonces el ayuntamiento a través de las calles vacías, con los comercios cerrados y las puertas atrancadas. A medida que se iban alejando de la fanfarria y de las detonaciones, el silencio volvía a adueñarse de la ciudad, y algunos urubúes regresaban ya a tomar posesión de los tejados de la plaza que parecían haber ocupado desde siempre. El ayuntamiento se abría sobre una calle estrecha pero larga, que conducía de uno de los barrios exteriores hasta la plaza de la iglesia. De momento estaba vacía. Desde el balcón del ayuntamiento sólo se divisaba hasta perderse de vista la calzada medio hundida, donde la lluvia reciente había dejado algunos charcos. El sol, que ya había bajado un poco, colo-

reaba todavía del otro lado de la calle las fachadas ciegas de las casas.

Esperaron largo rato, tanto tiempo, en realidad, que D'Arrast, a fuerza de contemplar la reverberación del sol en la pared de enfrente sintió que de nuevo volvían el vértigo y la fatiga. La calle vacía, con sus casas desiertas, le atraía y le repugnaba a la vez. De nuevo quiso huir de aquella tierra, y al mismo tiempo pensaba en aquella piedra enorme y deseaba que la promesa hubiera terminado. Iba a proponer que bajaran para ir en busca de noticias cuando las campanas de la iglesia empezaron a repicar a todo vuelo. En el mismo momento estalló un tumulto a su izquierda, en la otra punta de la calle, y apareció la hirviente muchedumbre. Se la veía a lo lejos, aglutinada en torno a la peana, peregrinos y penitentes confundidos, avanzando en medio de los petardos y de los aullidos de júbilo, a lo largo de la calle estrecha. En algunos segundos la llenaron completamente, avanzando hacia el ayuntamiento en un indescriptible desorden de razas, edades y vestimentas mezclados en una masa abigarrada, sembrada de ojos y bocas vociferantes, de donde surgían como lanzas un ejército de cirios cuyas llamas se evaporaban en la ardiente luz del día. Pero cuando estuvieron más cerca, cuando la muchedumbre, bajo el balcón, parecía subir por las paredes de puro densa, D'Arrast vio que el cocinero no estaba allí.

Obedeciendo a un único impulso y sin excusarse, abandonó el balcón y la habitación, se precipitó escaleras abajo y se encontró en la calle, bajo la tormenta de campanas y de petardos. Tuvo que luchar contra el gentío alegre, contra los portadores de cirios, contra los penitentes ofuscados. Pero irresistiblemente, empujando contracorriente *con* todo su peso la marea humana, consiguió abrirse camino con un movimiento tan impulsivo que tropezó y estuvo a punto de caer cuando se vio libre, a espaldas de la muchedumbre, al otro extremo de la calle. Esperó para recuperar la respiración apoyado contra la pared caliente. Después reanudó la marcha. En aquel mismo instante un grupo de hombres

desembocó en la calle. Los primeros andaban de espaldas y D'Arrast vio que rodeaban al cocinero.

Se hallaba visiblemente extenuado. Se detenía, y después, encorvado bajo la enorme piedra, corría un poco con el paso apresurado de los *coolies* y de los descargadores de muelles, aquel pequeño trote de la miseria, rápido, con el pie golpeando el suelo con toda la planta. A su alrededor, los penitentes, con las pellizas manchadas de cera fundida y de polvo, le animaban cuando se detenía. A su izquierda, su hermano andaba o corría en silencio. A D'Arrast le parecía que les costaba un tiempo interminable recorrer el espacio que les separaba de él. Cuando estuvieron más o menos a su altura, el cocinero se detuvo de nuevo y echó a su alrededor una mirada apagada. Cuando vio a D'Arrast se inmovilizó vuelto hacia él, aunque no parecía haberle reconocido. Un sudor aceitoso y sucio le cubría el rostro, que había tomado un color grisáceo, con la barba llena de hilos de saliva y una espuma oscura y seca solidificada en la comisura de los labios. Intentó sonreír. Pero todo su cuerpo temblaba, inmóvil bajo su carga, salvo a la altura de los hombros, donde los músculos formaban visiblemente un nudo en una especie de crispación. El hermano, que había reconocido a D'Arrast, dijo simplemente: «Ya se ha caído». Y Sócrates, surgiendo no se sabía de dónde, se acercó para murmurarle al oído: «Demasiado baile, señor D'Arrast, toda la noche. Está cansado».

El cocinero avanzó de nuevo con las sacudidas de su trotecillo, no como alguien que quiere avanzar, sino como si quisiera escapar de la carga que le aplastaba, o como si esperara aliviarla con el movimiento. Sin saber cómo, D'Arrast se encontró a su derecha. Puso sobre la espalda del cocinero una mano ligera, y caminó junto a él con pequeños pasos apresurados y sólidos. Al otro extremo de la calle la peana había desaparecido, y la muchedumbre, que sin duda ahora llenaba la plaza, ya no parecía avanzar. Durante unos segundos, el cocinero, escoltado por D'Arrast y por su hermano, fue ganando terreno. Pronto sólo le separaban una veintena de metros del grupo que se había apiñado delante del ayun-

tamiento para verle pasar. La mano de D'Arrast se hizo más pesada. «Vamos, cocinero —dijo—. Un poco más.» El otro temblaba, la saliva volvía a brotar de su boca mientras que el sudor manaba literalmente de todo su cuerpo. Quiso tomar aliento profundamente y se detuvo en seco. Se puso en marcha otra vez, dio tres pasos y vaciló. Y de repente la piedra resbaló de su hombro, desgarrándole, y cayó al suelo hacia adelante, mientras el cocinero, desequilibrado, caía de lado. Los que le precedían animándole dieron un salto atrás con grandes gritos, uno de ellos recogió la placa de corcho mientras los otros agarraban la piedra para cargarla de nuevo sobre el cocinero.

Inclinado sobre él, D'Arrast le limpió con la mano el hombro manchado de polvo y sangre, mientras el hombre jadeaba con el rostro pegado a la tierra. No oía nada, no se movía. Su boca se abría con avidez a cada respiración, como si fuera a ser la última. D'Arrast le tomó en brazos y le levantó con la misma facilidad que si se hubiera tratado de un niño. Le mantuvo de pie, apretado contra él. Inclínandose desde su alta estatura le hablaba junto al rostro, como para infundirle su fuerza. Al cabo de un rato el otro se despegó de él, sangriento y terroso, con una expresión desorientada en el rostro. Se dirigió de nuevo, titubeando, hacia la piedra que los demás levantaban un poco. Pero se detuvo; contempló la piedra con la mirada vacía y sacudió la cabeza. Después dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo y se volvió hacia D'Arrast. Sobre su rostro arruinado empezaron a correr enormes lagrimones. Quería hablar, hablaba, pero su boca apenas formaba las sílabas. «Lo he prometido —decía. Y después—: ¡Ay, capitán! ¡Ay, capitán!» Y las lágrimas ahogaron su voz. Su hermano surgió detrás de él y el cocinero, llorando, se apoyó contra él, vencido, con la cabeza caída.

D'Arrast le miró sin encontrar las palabras necesarias. Se volvió hacia la muchedumbre que gritaba de nuevo, a lo lejos. De repente arrancó la placa de corcho de las manos que la tenían y se dirigió hacia la piedra. Hizo una seña a los otros de que la levantaran y la cargó casi sin esfuerzo. Lige-

ramente encorvado bajo el peso de la piedra, con los hombros recogidos, resoplando un poco, miró a sus pies escuchando los sollozos del cocinero. Después se puso en marcha a su vez con un paso poderoso y recorrió sin flaquear la distancia que le separaba de la muchedumbre, al cabo de la calle, y se abrió camino con decisión entre las primeras filas que se apartaban ante él. Entró en la plaza en medio del alboroto de las campanas y de las detonaciones, pero avanzaba entre dos hileras de espectadores que le miraban con asombro, repentinamente silenciosos. Avanzaba manteniendo el mismo paso precipitado y la muchedumbre le fue abriendo camino hasta la iglesia. A pesar de la carga, que empezaba a destrozarle la cabeza y la nuca, vio la iglesia y la peana que parecía estar esperándole en el atrio. Se dirigió hacia ella y ya había sobrepasado el centro de la plaza cuando bruscamente, sin saber por qué, se desvió hacia la izquierda apartándose del camino de la iglesia, obligando a los peregrinos a volverse hacia él. Oyó pasos precipitados a sus espaldas. Delante de él le miraban boquiabiertos. No entendía lo que le gritaban, aunque le parecía comprender la palabra en portugués que repetían sin cesar. De repente Sócrates apareció delante de él, moviendo los ojos asustados, hablando sin parar y señalándole, a sus espaldas, el camino de la iglesia. «A la iglesia, a la iglesia.» Eso era lo que gritaba el gentío y lo que gritaba Sócrates. Sin embargo D'Arrast prosiguió su marcha. Y Sócrates se apartó, levantando cómicamente los brazos al cielo, mientras poco a poco la gente callaba. Cuando D'Arrast entró en la primera calle, que ya había recorrido con el cocinero y que sabía que conducía al río, la plaza sólo era un rumor confuso a sus espaldas.

Ahora la piedra pesaba dolorosamente sobre su cráneo y necesitaba toda la fuerza de sus largos brazos para aliviar la carga. Sus hombros empezaban a crispase cuando llegó a las primeras calles de pendiente resbaladiza. Se detuvo y aguzó el oído. Estaba solo. Equilibró la piedra sobre el soporte de corcho y empezó a bajar con pasos prudentes pero todavía firmes, hasta el barrio de chabolas. Cuando

llegó, la respiración empezaba a faltarle y sus brazos temblaban en torno a la piedra. Apresuró sus pasos y llegó finalmente a la pequeña plazoleta donde se levantaba la choza del cocinero, corrió hacia ella, abrió la puerta de una patada y con el mismo impulso arrojó la piedra en el centro de la habitación, sobre el fuego que aún mostraba sus brasas. Y allí, irguiendo toda su estatura, repentinamente enorme, aspirando con grandes bocanadas desesperadas el olor de miseria y de cenizas que ahora reconocía, sintió subir en él una marea jubilosa y jadeante que no sabía nombrar.

Cuando los habitantes de la choza llegaron, encontraron a D'Arrast de pie, pegado al muro del fondo, con los ojos cerrados. En el centro de la habitación, en el lugar del fuego, la piedra aparecía medio enterrada, recubierta de tierra y ceniza. Se detuvieron en el umbral sin adelantarse y miraban a D'Arrast en silencio, como si le interrogaran. Pero D'Arrast callaba. Entonces el hermano condujo cerca de la piedra al cocinero, que se dejó caer al suelo. También él se sentó haciendo una seña a los demás. La mujer anciana se unió a él, y después lo hizo la jovencita de la noche, pero nadie miraba a D'Arrast. Se habían acucillado en torno a la piedra, silenciosos. Sólo el rumor del río llegaba hasta ellos a través del aire espeso. De pie en la sombra, D'Arrast escuchaba sin ver nada, y el ruido del agua le llenaba de una tumultuosa felicidad. Con los ojos cerrados saludó alegremente a su propia fuerza, y saludó una vez más a la vida que volvía a empezar. En el mismo instante sonó una detonación, que pareció muy cercana. El hermano se apartó un poco del cocinero y se volvió hacia D'Arrast sin mirarle, mostrándole el sitio libre: «Siéntate con nosotros».

DISCURSO DE SUECIA

Título original: Discours de Suède (1958)
Traducción de Miguel Salabert

Al señor Louis Germain

Discurso
del 10 de diciembre de 1957

Este discurso fue pronunciado, siguiendo la tradición, en el Ayuntamiento de Estocolmo al final del banquete que clausuraba las ceremonias de concesión de los premios Nobel.

Al recibir la distinción con que su libre Academia ha querido honrarme, mi gratitud era tatito más profunda cuanto yo consideraba hasta qué punto esta recompensa excedía mis méritos personales. Todo hombre, y con más razón, todo artista desea ser reconocido. Yo también lo deseo. Pero al conocer su decisión no pude dejar de comparar su repercusión con lo que soy en realidad. ¿Cómo no iba a enterarse con una especie de pánico de un fallo que lo llevaba de golpe, solo y reducido a sí mismo en medio de una luz intensa, un hombre aún joven que sólo cuenta con sus dudas y una obra todavía en formación y habituado a vivir en la soledad del trabajo o el retiro de la amistad?

Yo sentí en mi fuero interno desasosiego y turbación. A fin de recobrar la paz, tuve que hacer un gran esfuerzo para poder sentirme a la altura de un destino demasiado generoso. Y puesto que no podía igualarme a él apoyándome únicamente en mis méritos, no encontré otra ayuda mejor que la que me ha sostenido siempre, a lo largo de toda mi vida, aun en las circunstancias más adversas: la idea que tengo de mi arte y del papel del escritor. Permítanme, pues, que, desde el agradecimiento y la amistad, les hable, tan sencillamente como pueda, de esta idea.

Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero nunca lo he situado por encima de todo. Al contrario, si lo necesito es porque no se separa de nadie y porque me permite vivir, tal

como soy, en el plano de todos. El arte no es a mis ojos un placer solitario. Es un medio para conmover al mayor número posible de personas, al ofrecerles una imagen privilegiada de los sufrimientos y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse y lo somete a la verdad más humilde y más universal. Y quien a menudo ha escogido su destino de artista por sentirse diferente, no tarda en darse cuenta de que no nutrirá su arte y su diferencia, sino reconociendo su semejanza con todos. El artista se forma en esta perpetua ida y vuelta de sí a los demás, a medio camino entre la belleza, de la que no puede prescindir, y la comunidad, de la que no puede extirparse. Por esto es por lo que los verdaderos artistas no desprecian nada; se obligan a comprender en vez de a juzgar. Y si tienen que tomar partido en este mundo, no puede ser otro que el de una sociedad en la que, según la gran frase de Nietzsche, no reine ya el juez, sino el creador, sea trabajador o intelectual.

A la vez, el papel del escritor no está exento de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse hoy al servicio de los que hacen la Historia; está al servicio de los que la sufren. De no hacerlo así, se quedará solo y privado de su arte. Ni todos los ejércitos de la tiranía con sus millones de hombres le salvarán de la soledad, aun cuando consienta —menos aún en este caso— en alinearse con ellos. En cambio, el silencio de un prisionero desconocido, abandonado a las humillaciones en el otro extremo del mundo, basta para sacar al escritor del exilio, al menos cada vez que logre, en medio de los privilegios de la libertad, no olvidar ese silencio y hacerlo resonar con los medios del arte.

Ninguno de nosotros es lo suficientemente grande para semejante vocación. Pero, en todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de expresarse por un tiempo, el escritor puede reencontrar el sentimiento de una comunidad viva que lo justificará a condición de que acepte, en la medida de sus medios, las dos responsabilidades que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el de la libertad. Puesto que su vocación es reunir al mayor número posible

de personas, ésta no puede acomodarse a la mentira y a la esclavitud que, allí donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras debilidades personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos compromisos difíciles de mantener: la negativa a mentir sobre lo que se sabe y la resistencia a la opresión.

Durante más de veinte años de una historia demencial, perdido sin auxilio, como todos los hombres de mi edad, en las convulsiones de la época, me he sentido sostenido por el oscuro sentimiento de que escribir era hoy un honor, porque este acto obligaba, y obligaba no sólo a escribir. Me obligaba particularmente a soportar con todos los que vivían la misma historia, tal como yo era y según mis fuerzas, la desdicha y la esperanza que compartíamos. Esos hombres, nacidos al comienzo de la Primera Guerra Mundial, que tenían veinte años cuando se instauraban a la vez el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, que se confrontaron luego, para completar su educación, con la guerra de España, con la Segunda Guerra Mundial, con el universo concentracionario, con la Europa de la tortura y de las prisiones, deben hoy educar a sus hijos y realizar sus obras en un mundo amenazado por la destrucción nuclear. Nadie, supongo, puede pedirles que sean optimistas. Y opino incluso que debemos comprender, sin cesar de luchar contra ellos, el error de los que, en una espiral de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han precipitado a los nihilismos de la época. Pero ahí está el hecho de que la mayor parte de nosotros, en mi país y en Europa, hayamos rechazado esos nihilismos y nos hayamos dedicado a la búsqueda de una legitimidad. Hemos tenido que forjarnos un arte de vivir en tiempo de catástrofes para nacer por segunda vez y luchar luego, a rostro descubierto, contra el instinto de muerte que actúa en nuestra historia.

Cada generación, sin duda, se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no lo rehará. Pero su tarea acaso sea más grande. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones caídas, las técnicas que

han caído en la locura, los dioses muertos y las ideologías extenuadas, en la que mediocres poderes pueden hoy destruirlo todo pero no saben convencer, en la que la inteligencia se ha rebajado hasta hacerse la sirvienta del odio y de la opresión, esta generación ha debido restaurar, en sí misma y en torno a sí misma a partir de sus negaciones, un poco de lo que da la dignidad de vivir y de morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores pueden establecer para siempre los reinos de la muerte, esta generación sabe que, en una especie de loca carrera contra el reloj, debería restaurar entre las naciones una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura, y rehacer con todos los hombres un arca de la alianza. No es seguro que pueda llegar a cumplir esta tarea inmensa, pero sí es seguro que a lo largo de todo el mundo hace ya su doble apuesta por la verdad y por la libertad, y que, si llega el caso, sabrá morir por ella sin odio. Es esta generación la que merece ser saludada y estimulada en todas partes, y sobre todo allí donde se sacrifica. Seguro de que estaréis en profundo acuerdo conmigo, es en esta generación, en todo caso, en la que quiero hacer recaer el honor que ustedes me han concedido.

Lo dicho hasta aquí supone, a la vez que resaltar la nobleza del oficio de escribir, poner al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha: vulnerable pero obstinado, injusto y apasionado por la justicia, construyendo su obra a la vista de todos, sin vergüenza ni orgullo, siempre en tensión entre el dolor y la belleza, y destinado, en fin, a extraer de su doble ser las creaciones que obstinadamente trata de edificar en el movimiento destructor de la historia. Dicho esto, ¿quién podría esperar de él soluciones redondas y hermosas morales? La verdad es misteriosa, huidiza, y siempre está por conquistar. La libertad es peligrosa, tan apasionante como difícil de vivir. Nosotros debemos marchar hacia esos dos objetivos, penosa pero resueltamente, sabedores de antemano de los desfallecimientos en que caeremos durante tan largo camino. ¿Qué escritor osaría entonces, con buena

conciencia, erigirse en predicador de la virtud? En cuanto a mí respecta, tengo que decir una vez más que no soy nada de todo eso. Nunca he podido renunciar a la luz, a la dicha de existir, a la vida libre en la que he crecido. Pero, aunque esta nostalgia explique muchos de mis errores y de mis culpas, debo decir que me ha ayudado a comprender mejor mi oficio y que me ayuda todavía a mantenerme ciegamente junto a todos esos hombres silenciosos que sólo pueden soportar en el mundo la vida que se les depara gracias al recuerdo o al retorno de breves y libres momentos de felicidad.

Reconducido así a lo que yo soy realmente, a mis límites, a mis deudas, así como a mi fe difícil, me siento más libre para reconocer la amplitud y la generosidad de la distinción que acaban de concederme, más libre también para decirles que yo querría recibirla como un homenaje rendido a todos los que, compartiendo el mismo combate, no han recibido ningún privilegio, sino, por el contrario, han sufrido desgracias y persecuciones.

Sólo me queda ya darles las gracias de corazón y hacerles públicamente, en testimonio personal de gratitud, la misma y antigua promesa de fidelidad que cada artista verdadero se hace a sí mismo, cada día, en el silencio.

Conferencia
del 14 de diciembre de 1957

Esta conferencia, titulada *El artista y su tiempo*, fue pronunciada en el gran anfiteatro de la Universidad de Upsala.

Un sabio oriental pedía en sus plegarias que la divinidad tuviese a bien dispensarle de vivir una época interesante. A nosotros, como no somos sabios, la divinidad no nos ha dispensado y vivimos una época interesante. En todo caso, no admite que podamos desinteresarnos de ella. Los escritores de hoy lo saben. Si hablan, se les critica y se les ataca. Si, por modestia, se callan, sólo se les hablará de su silencio, para reprochárselo ruidosamente.

En medio de tanto ruido, el escritor no puede ya esperar mantenerse al margen para perseguir las reflexiones y las imágenes que le son gratas. Hasta ahora, para bien o para mal, la abstención siempre ha sido posible en la historia. Quien no aprobaba algo, podía callarse o hablar de otra cosa. Hoy, todo ha cambiado, y hasta el silencio cobra un sentido temible. A partir del momento en que hasta la abstención es considerada como una elección, castigada o elogiada como tal, el artista, quiéralo o no, está embarcado. Embarcado me parece aquí más preciso que comprometido. Pues para el artista no se trata, en efecto, de un compromiso voluntario, sino más bien de un servicio militar obligatorio. Todo artista está hoy embarcado en la galera de su tiempo. Debe resignarse a ello, aunque estime que esa galera apesta a arenque, que los cómitres son demasiado numerosos y que, además, sigue un rumbo equivocado. Estamos en medio del mar. El artista, como los demás,

debe remar a su vez, sin morir si es posible, es decir: sin dejar de seguir viviendo y creando.

A decir verdad, eso no es fácil y comprendo que los artistas añoren su antigua comodidad. El cambio es un poco brutal. Ciertamente, en el circo de la historia siempre ha existido el mártir y el león. El primero se mantenía de consuelos eternos, el segundo de alimentos históricos sangrientos. Pero el artista estaba en las gradas. Cantaba para nada, para sí mismo o, en el mejor de los casos, para animar al mártir y distraer un poco al león de su apetito. Ahora, por el contrario, el artista se encuentra en el circo. Forzosamente, su voz ya no es la misma, es mucho menos firme.

Es fácil ver todo lo que puede perder el arte en esta constante obligación. La soltura ante todo, y esa divina libertad que respira en la obra de Mozart. Se comprende mejor así el aspecto hosco y rígido de nuestras obras de arte, su frente ceñuda y sus súbitas derrotas. Así se explica que tengamos más periodistas que escritores, más *boy-scouts* de la pintura que Cézannes y que, en fin, la biblioteca rosa o la novela negra hayan ocupado el lugar de *Guerra y paz* o de *La cartuja de Parma*. Claro es que siempre puede oponerse a este estado de cosas la lamentación humanista, o convertirse en lo que Trofimovitch, en *Los posesos*, quiere ser a toda costa: la encarnación del reproche. Como este personaje, se puede también tener accesos de tristeza cívica. Pero esta tristeza no cambia en nada la realidad. Más vale, en mi opinión, dar a la época lo suyo, puesto que lo reclama con tanto vigor, y reconocer tranquilamente que han pasado ya los tiempos de los caros maestros, de los eruditos a la violeta y de los genios encaramados a un sillón. Crear hoy es crear peligrosamente. Toda publicación es un acto que expone a su autor a las pasiones de un siglo que no perdona nada. El problema no estriba en saber si eso es o no perjudicial para el arte. El problema, para todos los que no pueden vivir sin el arte y lo que éste significa, estriba únicamente en saber cómo, entre las policías de tantas ideologías (¡cuántas iglesias, cuánta soledad!), sigue siendo posible la extraña libertad de la creación.

No basta decir a este respecto que el arte está amenazado por los poderes del Estado. En tal caso, en efecto, el problema para el artista sería muy sencillo: o luchar o capitular. El problema es más complejo, más mortal también, desde el momento en que se hace evidente que el combate se desarrolla en el fuero interno del propio artista. Si el odio al arte, del que nuestra sociedad ofrece tantos ejemplos, muestra hoy tanta eficacia, es porque los propios artistas lo alimentan. Las dudas de los artistas que nos precedieron concernían a su propio talento. Las de los artistas de hoy conciernen a la necesidad de su arte, es decir, a su existencia misma. En 1957, Racine pediría perdón por escribir *Bérénice* en vez de combatir en defensa del Edicto de Nantes.

Este cuestionamiento del arte por el artista obedece a muchas razones, de las que hay que quedarse sólo con las más elevadas. En el mejor de los casos, se explica por la impresión que puede tener el artista contemporáneo de mentir o de hablar para nada si no tiene en cuenta las miserias de la historia. Lo que caracteriza a nuestro tiempo, en efecto, es la irrupción de las masas y de su miserable condición ante la sensibilidad contemporánea. Se sabe que existen, cuando antes se tendía a olvidarlo. Y si ahora se sabe, no es porque las minorías selectas, artísticas u otras, se hayan hecho mejores, no, tranquilicémonos; es porque las masas se han hecho más fuertes y no dejan que se las olvide.

Hay más razones aún, y algunas menos nobles, para esta dimisión del artista. Pero cualesquiera que sean tales razones, todas concurren al mismo fin: a desanimar la creación libre a través del ataque a su principio esencial, que es la fe del creador en sí mismo. «La obediencia de un hombre a su propio genio —dijo magníficamente Emerson— es la fe por excelencia.» Y otro escritor norteamericano del siglo XIX añadía: «Mientras un hombre permanece fiel a sí mismo, todo —gobierno, sociedad, el sol mismo, la luna y las estrellas— abunda en su sentido.» Este prodigioso optimismo parece muerto hoy. El artista, en la mayoría de los casos, se

avergüenza de sí mismo y de sus privilegios, si es que los tiene. Debe responder ante todo a la cuestión que se plantea: ¿es el arte un lujo mentiroso?

I

La primera respuesta honrada que puede darse es ésta: a veces, en efecto, el arte es un lujo mentiroso. Sabemos que siempre y en todas partes se puede cantar a las constelaciones desde la toldilla de las galeras, mientras los forzados reman y se extenuan en la cala, igual que se puede centrar la atención en la conversación mundana que se desarrolla en las gradas del circo mientras la víctima cruje bajo los dientes del león. Y es difícil objetar algo a este arte que ha conocido grandes éxitos en el pasado. Sólo que las cosas han cambiado un poco y que el número de forzados y de mártires ha aumentado prodigiosamente en toda la superficie del globo. Ante tanta miseria, si este arte quiere seguir siendo un lujo, hoy debe aceptar ser también una mentira.

¿De qué podría hablar, en efecto? Si se amolda a lo que pide la mayoría de nuestra sociedad, será puro entretenimiento sin alcance. Si lo rechaza ciegamente, si el artista decide aislarse en su sueño, no expresará otra cosa que un rechazo. Tendremos así una producción de entretenedores o de gramáticos formalistas, que, en ambos casos, conduce a un arte separado de la realidad viva. Desde hace casi un siglo, vivimos en una sociedad que ni siquiera es la sociedad del dinero (el dinero o el oro pueden suscitar pasiones carnales), sino la de los símbolos abstractos del dinero. La sociedad de los comerciantes puede definirse como una sociedad en la que las cosas desaparecen en beneficio de los signos. Cuando una clase dirigente mide sus fortunas, no ya en hectáreas de tierra ni en lingotes de oro, sino por las cifras que corresponden idealmente a un cierto número de operaciones de cambio, se obliga a la vez a instalar cierta especie de mixtificación en el centro de su experiencia y de su universo. Una sociedad basada en los signos es, en su

esencia, una sociedad artificial en la que la verdad carnal del hombre está mixtificada. No puede sorprender, pues, que esta sociedad haya escogido y elevado a religión una moral de principios formales y que inscriba las palabras libertad e igualdad tanto en sus prisiones como en sus templos financieros. Sin embargo, las palabras no se dejan prostituir impunemente. El valor más calumniado hoy es el de la libertad. Hay gente de buenas intenciones (siempre he pensado que hay dos clases de inteligencia, la inteligente y la tonta) que han llegado a erigir en doctrina que la libertad no es sino un obstáculo en el camino del verdadero progreso. Tonterías tan solemnes han podido ser proferidas porque durante cien años la sociedad mercantilista ha hecho un uso exclusivo y unilateral de la libertad, la ha considerado como un derecho más bien que como un deber y no ha temido, siempre que ha podido, poner una libertad de principio al servicio de una opresión de hecho. En tales condiciones, no puede sorprender que esta sociedad no haya considerado al arte como un instrumento de liberación y sí como un ejercicio sin importancia y una simple diversión. La «buena sociedad», en la que se sufría sobre todo de aflicciones de dinero y disgustos sólo de corazón, se contentó así, durante décadas, con sus novelistas mundanos y con el arte más fútil imaginable. A propósito de ese arte, decía Oscar Wilde, pensando en sí mismo antes de conocer la prisión, que el vicio supremo es ser superficial.

Los fabricantes de arte (todavía no me he referido a los artistas) de la Europa burguesa, antes y después de 1900, aceptaron de este modo la irresponsabilidad porque la responsabilidad suponía una ruptura peligrosa con su sociedad (los que verdaderamente rompieron se llamaban Rimbaud, Nietzsche, Strindberg, y ya se sabe el precio que pagaron). De esa época data la teoría del arte por el arte, que no es sino la reivindicación de esa irresponsabilidad. El arte por el arte, la distracción de un artista solitario, es precisamente el arte artificial de una sociedad ficticia y abstracta. Su resultado lógico es el arte de los salones, o el arte puramente formal que se nutre de preciosismos y de abstracciones y que

acaba destruyendo toda realidad. Algunas de estas obras encantan a algunos hombres, mientras que muchas invenciones burdas corrompen a otros muchos. Al final, el arte se constituye al margen de la sociedad y se secciona de sus raíces vivas. Poco a poco, el artista, hasta el más celebrado, va quedándose solo, o al menos es reconocido por su nación únicamente a través de la prensa o de la radio, que darán de él una idea cómoda y simplificada. En efecto, mientras más se especializa el arte, más necesaria se hace la vulgarización. Millones de hombres tendrán así la impresión de conocer a tal o cual gran artista de nuestro tiempo porque han leído en los periódicos que cría canarios o que nunca se casa por más de seis meses. La mayor celebridad consiste hoy en ser admirado o detestado sin haber sido leído. Todo artista que quiera ser célebre en nuestra sociedad debe saber que no será él quien lo consiga, sino otro bajo su nombre, que acabará emancipándose de él o tal vez matando en él al artista verdadero.

No es sorprendente, pues, que todo lo válido que se ha creado en la Europa mercantilista de los siglos XIX y XX, en literatura, por ejemplo, se haya edificado contra la sociedad de su tiempo. Puede decirse que hasta los albores de la Revolución Francesa, la literatura en funciones es globalmente una literatura de consentimiento. A partir del momento en que la sociedad burguesa, surgida de la Revolución, se encuentra estabilizada, se desarrolla, por el contrario, una literatura de rebelión. Los valores oficiales entonces pasan a ser negados, en Francia por ejemplo, sea por los portadores de valores revolucionarios, desde los románticos a Rimbaud, sea por los conservadores de los valores aristocráticos, de los que Vigny y Balzac son buenos ejemplos. En ambos casos, pueblo y aristocracia, que son las dos fuentes de toda civilización, se alzan contra la sociedad facticia de su tiempo.

. Pero este rechazo, mantenido inflexiblemente durante mucho tiempo, se ha tornado facticio también y conduce a otra clase de esterilidad. El tema del poeta maldito nacido en una sociedad mercantilista (*Chatterton* es la mejor ilus-

tración) se ha solidificado en un prejuicio que pretende que no se puede ser un gran artista sin enfrentarse a la sociedad de la época, cualquiera que ésta sea. Legítimo en su origen, cuando afirmaba que un verdadero artista no puede transigir con el mundo del dinero, el principio se ha tornado falso al establecer que un artista sólo puede afirmarse estando en contra de todo en general. Por eso muchos de nuestros artistas aspiran a la condición de malditos, tienen mala conciencia de no serlo y desean a la vez el aplauso y el silbido. Naturalmente, la sociedad actual, fatigada o indiferente, no aplaude o silba más que por azar. El intelectual de nuestro tiempo se empeña en resistir para engrandecerse. Pero a fuerza de rechazarlo todo, incluso la tradición de su arte, el artista contemporáneo llega a hacerse la ilusión de crear sus propias reglas y acaba creyéndose Dios. A la vez, cree poder crear por sí mismo su realidad. Sin embargo, alejado de su sociedad, no creará sino obras formales o abstractas, interesantes en tanto que experimentos, pero privadas de la fecundidad inherente al arte verdadero, cuya vocación es la de reunir. En suma, habrá tanta diferencia entre las sutilezas o las abstracciones contemporáneas y la obra de un Tolstoi o de un Molière como entre la letra descontada sobre un trigo invisible y la gruesa tierra del propio surco.

II

El arte puede así ser un lujo mentiroso. No es extraño, pues, que algunos hombres o algunos artistas hayan querido dar marcha atrás y volver a la verdad. Desde ese momento, negaron que el artista tuviese derecho a la soledad y le ofrecieron como tema no sus sueños, sino la realidad vivida y sufrida por todos. Seguros de que el arte, tanto por sus temas como por su estilo, escapa a la comprensión de las masas, o bien no expresa nada de su verdad, esos hombres pretendieron que el artista se propusiera, por el contrario, hablar de la mayoría y para la mayoría. Que el artista traduzca los sufrimientos y la felicidad de todos en el lenguaje

de todos, y será universalmente comprendido. Como recompensa de una fidelidad absoluta a la realidad, el artista obtendrá la comunicación total entre los hombres.

Este ideal de la comunicación universal es, en efecto, el de todo gran artista. Contrariamente al prejuicio establecido, si alguien no tiene derecho a la soledad, es precisamente el artista. El arte no puede ser un monólogo. Incluso el artista solitario y desconocido que invoca a la posteridad no hace otra cosa que reafirmar *su vocación* profunda. Por considerar imposible el diálogo con contemporáneos sordos o distraídos, invoca un diálogo más numeroso, con las generaciones venideras.

Pero para hablar de todos y a todos, es necesario hablar de lo que todos conocen y de la realidad que nos es común. El mar, la lluvia, la necesidad, el deseo, la lucha contra la muerte, eso es lo que nos reúne a todos. Nos reunimos en lo que vemos juntos, en lo que conjuntamente sufrimos. Los sueños cambian con los hombres, pero la realidad del mundo es nuestra patria común. La ambición del realismo es, pues, legítima, dado que está profundamente ligada a la aventura artística.

Seamos, pues, realistas. O más bien tratemos de serlo, si es que es posible serlo. Pues no es seguro que la palabra tenga sentido, no es seguro que el realismo, por deseable que pueda ser, sea posible. Preguntémonos ante todo si el realismo puro es posible en el arte. De creer a los naturalistas del siglo pasado, es la reproducción exacta de la realidad. Sería, pues, al arte lo que la fotografía es a la pintura: la primera reproduce, mientras que la segunda escoge. Pero ¿qué reproduce y qué es la realidad? Después de todo, aun la mejor de las fotografías no logra ser una reproducción bastante fiel, suficientemente realista. ¿Qué hay más real en nuestro universo, por ejemplo, que la vida de un hombre, y qué medio mejor para resucitarla que una película realista? Pero ¿en qué condiciones sería posible tal película? En condiciones puramente imaginarias. En efecto, habría que suponer una cámara ideal centrada, día y noche, sobre ese hombre, cuyos menores movimientos captaría sin cesar. El

resultado sería una película cuya proyección duraría la vida de un hombre y que sólo podría ser vista por espectadores resignados a perder su vida para interesarse exclusivamente por los detalles de la existencia de otro. Pero aun en tales condiciones esa película inimaginable no sería realista. Por la sencilla razón de la que la realidad de la vida de un hombre no se encuentra únicamente allí donde esté. Se encuentra también en otras vidas que dan forma a la suya, las vidas de sus seres amados, que deberían filmarse a su vez, así como las vidas de hombres desconocidos, poderosos o miserables, conciudadanos, policías, profesores, compañeros invisibles de las minas y de los talleres, diplomáticos y dictadores, reformadores religiosos, artistas que crean mitos decisivos para nuestra conducta, humildes representantes, en fin, del soberano azar que reina hasta sobre las existencias más ordenadas. Así pues, sólo hay una película realista posible; la que sin cesar es proyectada ante nosotros por un aparato invisible sobre la pantalla del mundo. El único artista realista, de existir, sería Dios. Los demás artistas son forzosamente infieles a lo real.

En consecuencia, los artistas que rechazan la sociedad burguesa y su arte formal, que quieren hablar de la realidad y sólo de ella, se hallan en una dolorosa situación sin salida. Deben ser realistas y no pueden serlo. Quieren someter su arte a la realidad y no es posible describir la realidad sin realizar en ella una selección que la somete a la originalidad del arte. La hermosa y trágica producción de los primeros años de la Revolución rusa es una buena muestra de este tormento. Lo que Rusia nos dio entonces, con Blok y el gran Pasternak, Maiakovski y Essenin, Eisenstein y los primeros novelistas del cemento y del acero, fue un espléndido laboratorio de formas y de temas, una fecunda inquietud, una locura de investigaciones. Sin embargo, hubo que concluir planteándose cómo se podía ser realista cuando el realismo era imposible. En este caso, como en otros, la dictadura zanjó la cuestión cortando por lo sano: el realismo, según ella, era, en primer lugar, necesario, y luego era posible a condición de que fuera socialista.

¿Qué sentido tiene este decreto?

De hecho, reconoce francamente que no se puede reproducir la realidad sin hacer en ella una selección, y rechaza la teoría del realismo tal como había sido formulada en el siglo XIX. Sólo le queda encontrar un principio de opción en torno al cual organizar el mundo. Y lo encuentra no en la realidad que conocemos, sino en la realidad que será, es decir, en el porvenir. Para reproducir bien lo que es, hay que pintar también lo que será. Dicho de otro modo, el verdadero objeto del realismo socialista es precisamente lo que no tiene todavía realidad.

La contradicción es grandiosa. Pero, después de todo, la expresión misma de *realismo socialista* era contradictoria. En efecto, ¿cómo es posible un realismo socialista cuando la realidad no es enteramente socialista? No es socialista ni en el pasado ni en el presente. La respuesta es sencilla: se elegirá en la realidad de hoy o en la de ayer lo que prepare y sirva a la ciudad perfecta del futuro. Así, habrá que dedicarse, por una parte, a negar y condenar lo que en la realidad no es socialista, y, por otra, a exaltar lo que lo es o lo será. Inevitablemente, se llega así al arte de propaganda, con sus buenos y sus malos, a una biblioteca rosa, en suma, tan separada como el arte formalista de la realidad compleja y viva. El resultado final es que este arte será socialista en la medida en que no sea realista.

Esta estética que pretendía ser realista se convierte entonces en un nuevo idealismo burgués. Se da ostensiblemente a la realidad un rango soberano para liquidarla mejor. El arte queda reducido a nada. Es útil, y al utilizarlo se lo instrumentaliza. Sólo los que rehuyen describir la realidad serán llamados realistas y recibirán elogios. Los otros serán censurados a través de los aplausos a los primeros. Si en la sociedad burguesa la celebridad consiste en no ser leído o mal leído, en la sociedad totalitaria consiste en impedir a los otros que sean leídos. Una vez más, el arte verdadero será desfigurado o amordazado, y la comunicación universal se verá abortada por aquellos mismos que la deseaban apasionadamente.

Ante semejante fracaso, lo más sencillo sería reconocer que el llamado realismo socialista tiene muy poco que ver con el gran arte y que los revolucionarios, por el bien de la revolución, deberían buscar otra estética. Sabido es, por el contrario, que sus defensores proclaman que fuera del realismo socialista no hay arte posible. Lo proclaman, en efecto. Pero tengo la profunda convicción de que no lo creen y de que han decidido que los valores artísticos deben someterse a los de la acción revolucionaria. Si esto se reconociera con claridad, la discusión sería más fácil. Cabe respetar tan gran renuncia en hombres que padecen con intensidad el contraste entre la desdicha de todos y los privilegios inherentes a veces a un destino de artista, que rechazan la insuperable distancia que separa a los amordazados por la miseria de quienes tienen por vocación expresarse siempre. Se podría comprender a esos hombres, tratar de dialogar con ellos, intentar decirles, por ejemplo, que la supresión de la libertad creadora acaso no sea el buen camino para la liberación de los oprimidos y que mientras se aguarda hablar para todos, es estúpido privarse del poder de hablar, al menos, para algunos. Sí, el realismo socialista debería reconocer sus lazos de parentesco, reconocer que es el hermano gemelo del realismo político. Sacrifica el arte en nombre de una finalidad extraña al arte, pero que, en la escala de los valores, puede parecerle superior. En resumen, suprime el arte provisionalmente para instaurar primero la justicia. Cuando la justicia esté entronizada, en un futuro todavía impreciso, el arte resucitará. Se aplica así a las cosas del arte esa regla de oro de la inteligencia contemporánea que afirma que no se hace una tortilla sin romper huevos. Pero este aplastante sentido común no debe engañarnos. No basta con romper millares de huevos para hacer una buena tortilla, y la calidad del cocinero, creo yo, no se estima por la cantidad de cascara rotas. Los cocineros artísticos de nuestro tiempo deben temer, por el contrario, romper más huevos de los que desearían y que, en consecuencia, la tortilla de la civilización no cuaje nunca, que el arte no resucite. La barbarie nunca es provisional. No se la tiene suficiente-

mente en cuenta y es normal que se extienda del arte a las costumbres. Se ve entonces nacer, de la desdicha y de la sangre de los hombres, literaturas insignificantes, periódicos adictos, cuadros fotográficos y obras patrocinadas en las que el odio reemplaza a la religión. El arte culmina aquí en un optimismo de encargo, justamente el peor de los lujos y la más irrisoria de las mentiras.

No puede causar extrañeza. La pena de los hombres es un tema tan amplio que, al parecer, nadie es capaz de abordarlo, salvo que se sea como Keats, de quien se ha dicho que era tan sensible que habría podido tocar con sus manos el dolor mismo. Esto se hace evidente cuando una literatura dirigida se propone mitigar esa pena con consuelos oficiales. La mentira del arte por el arte fingía ignorar el mal y asumía así la responsabilidad de éste. Pero la mentira realista, aunque asuma con coraje el reconocimiento de la desdicha presente de los hombres, la traiciona también gravemente al utilizarla para exaltar una felicidad por venir de la que nadie sabe nada y que autoriza por tanto todas las mixtificaciones.

Las dos estéticas que se han enfrentado durante tanto tiempo, la que recomienda el rechazo total de la actualidad y la que pretende rechazar todo lo que no sea actualidad, terminan, sin embargo, convergiendo, lejos de la realidad, en una misma mentira y en la supresión del arte. El academicismo de derecha ignora una miseria que el academicismo de izquierda utiliza. Pero en ambos casos la miseria se ve reforzada al mismo tiempo que el arte se ve negado.

III

¿Debemos concluir que esta mentira es la esencia misma del arte? Muy al contrario, diré que las actitudes de las que vengo hablando no son mentiras más que en la medida en que no tienen mucho que ver con el arte. ¿Qué es, pues, el arte? Nada simple, eso es seguro. Y es aún *más* difícil saberlo en medio de los gritos de tantas gentes empeñadas en simplificarlo todo. Se quiere, por una parte, que el genio sea

espléndido y solitario; se le conmina, por otra parte, a parecerse a todos. Pero, ¡ay!, la realidad es más compleja. Balzac lo dio a entender en esta frase: «El genio se parece a todo el mundo y nadie se le parece». Lo mismo ocurre con el arte, que no es nada sin la realidad, y sin el que la realidad es muy poca cosa. En efecto, ¿cómo podría el arte prescindir de la realidad y cómo podría someterse a ella? El artista escoge su objeto tanto como es escogido por éste. El arte, en un cierto sentido, es una rebelión contra el mundo en *lo que* tiene de huido e inacabado; no se propone, pues, otra cosa que dar otra forma a una realidad que, sin embargo, está obligado a conservar porque es la fuente de su emoción. A este respecto, todos somos realistas y nadie lo es. El arte no es ni la negación total ni el consentimiento total a lo que es. Es al mismo tiempo negación y consentimiento, y por eso no puede ser sino un desgarramiento perpetuamente renovado. El artista se encuentra siempre en esta ambigüedad, incapaz de negar lo real y, sin embargo, eternamente dedicado a negarlo en lo que tiene de eternamente inacabado. Para hacer una naturaleza muerta es preciso que se enfrenten y se corrijan recíprocamente un pintor y una manzana. Y aunque las formas no sean nada sin la luz del mundo, añaden luminosidad a su vez a esta luz. El universo real que, por su esplendor, suscita los cuerpos y las estatuas, recibe de ellos al mismo tiempo una segunda luz que fija la del cielo. El gran estilo se halla así a medio camino entre el artista y su objeto.

No se trata, pues, de saber si el arte debe rehuir lo real o someterse a ello, sino únicamente de conocer la dosis exacta de realidad con que debe lastrarse la obra para que no desaparezca en las nubes ni se arrastre, por el contrario, con suelas de plomo. Cada artista resuelve este problema como buenamente puede o entiende. Cuanto más fuerte sea la rebelión de un artista contra la realidad del mundo, mayor será el peso de lo real necesario para equilibrarla. La obra más alta será siempre, como en los trágicos griegos, en Melville, Tolstoi o Molière, la que equilibre lo real y su negación en un avivamiento mutuo semejante a ese manan-

rial incesante que es el mismo de la vida alegre y desgarrada. Entonces surge, de tarde en tarde, un mundo nuevo, diferente del de todos los días y, sin embargo, el mismo, particular pero universal, lleno de inseguridad inocente, suscitado durante algunas horas por la fuerza y la insatisfacción del genio. Es eso y, sin embargo, no es eso, el mundo no es nada y es todo, he ahí el doble e incansable grito de cada artista verdadero, el grito que lo mantiene en pie, con los ojos siempre abiertos, y que, de tarde en tarde, despierta para todos en el seno del mundo dormido la imagen fugitiva e insistente de una realidad que reconocemos sin haberla conocido jamás.

Del mismo modo, el artista no puede ni apartarse de su siglo ni perderse en él. Si se aparta, habla en el vacío. Pero, inversamente, en la medida en que tome el siglo como objeto, el artista afirmará su propia existencia en tanto que sujeto y no podrá someterse enteramente a él. Dicho de otro modo, es en el momento mismo en que el artista opta por compartir la suerte de todos cuando afirma su individualidad. Y no podrá librarse de esta ambigüedad. El artista toma de la historia lo que puede ver y sufrir por sí mismo, directa o indirectamente, es decir, la actualidad en el más estricto sentido de la palabra, y los hombres que viven hoy, no la remisión de esa actualidad a un futuro imprevisible para el artista. Juzgar al hombre contemporáneo en nombre de un hombre que aún no existe es algo que cae de lleno en el ámbito de la profecía. El artista sólo puede apreciar los mitos que se le proponen en función de su repercusión en el hombre de su tiempo. El profeta, religioso o político, puede juzgar de forma absoluta lo que, como es sabido, hace con frecuencia. Pero el artista no puede. Si juzgara de forma absoluta, dividiría sin matices la realidad entre el bien y el mal y caería en el melodrama. El fin del arte, por el contrario, no es legislar o reinar; es, ante todo, comprender. Y ocurre que a veces, a fuerza de comprender, reina. Pero ninguna obra genial se ha basado nunca en el odio y el desprecio. Por eso es por lo que el artista, al término de su itinerario, absuelve en vez de condenar. No es juez, sino justí-

ficador. Es el abogado perpetuo de la criatura viva, porque está viva. Aboga verdaderamente por el amor al prójimo, no por ese amor remoto que degrada al humanismo contemporáneo a catecismo de tribunal. Al contrario, la gran obra acaba confundiendo a todos los jueces. A través de ella, el artista, simultáneamente, rinde homenaje a la más alta figura del hombre y se inclina ante el último de los criminales. «No hay uno solo de los desdichados encerrados conmigo en este miserable lugar —escribió Wilde en la cárcel— que no se halle en relación simbólica con el secreto de la vida.» Sí, y este secreto de la vida coincide con el del arte.

Durante ciento cincuenta años, los escritores de la sociedad mercantilista, con muy raras excepciones, creyeron poder vivir en una feliz irresponsabilidad. Vivieron, en efecto, y murieron solos, como habían vivido. Nosotros, los escritores del siglo xx, jamás estaremos solos. Debemos saber, al contrario, que no podemos evadirnos de la miseria común, y que nuestra única justificación, si es que existe alguna, es la de hablar, en la medida de nuestras posibilidades, por aquellos que no pueden hacerlo. Pero debemos hacerlo por todos los que sufren en este momento, cualesquiera que sean las grandezas, pasadas o futuras, de los Estados y de los partidos que les oprimen: para el artista no hay verdugos privilegiados. Por eso es por lo que la belleza, incluso hoy, sobre todo hoy, no puede ponerse al servicio de ningún partido; sólo está al servicio, a largo o breve plazo, del dolor y de la libertad de los hombres. El único artista comprometido es el que sin rechazar el combate, se niega al menos a sumarse a los ejércitos regulares, me refiero al francotirador. La lección que saca entonces de la belleza, si la saca con honradez, no es una lección de egoísmo, sino de dura fraternidad. Así concebida, la belleza jamás ha esclavizado a ningún hombre. Y durante milenios, cada día, cada segundo, ha aliviado, por el contrario, la esclavitud de millones de hombres y, a veces, ha liberado para siempre a algunos. Tal vez aquí, en esta perpetua tensión entre la belleza y el dolor, el amor a los hombres y la locura de la creación, la soledad insoportable y la muchedumbre abrumadora, el

rechazo y el consentimiento, toquemos la grandeza del arte. El arte camina entre dos abismos, que son la frivolidad y la propaganda. En esta línea en forma de sierra por la que avanza el gran artista, cada paso es una aventura, un riesgo extremo. En este riesgo, sin embargo, y sólo en él, está la libertad del arte. Libertad difícil y que se parece más bien a una disciplina ascética. ¿Qué artista lo negaría? ¿Qué artista osaría creerse a la altura de esta tarea incesante? Esta libertad supone la salud del corazón y del cuerpo, un estilo que ha de ser como la fuerza del alma y un paciente enfrentamiento. Es, como toda libertad, un riesgo perpetuo, una aventura extenuante, y he ahí por qué se evita hoy este riesgo igual que se evita la exigente libertad para precipitarse hacia toda clase de sumisiones y obtener al menos la comodidad espiritual. Pero si el arte no es una aventura, ¿qué es entonces y dónde está su justificación? No, el artista libre, como el hombre libre, no es el hombre cómodo. El artista libre es el que, con gran trabajo, crea su orden por sí mismo. Mientras más desenfrenado sea lo que debe ordenar, más estricta será su regla y con más fuerza afirmará su libertad. Hay una frase de Gide que siempre he aprobado aunque pueda prestarse al malentendido. «El arte vive de sujeción y muere de libertad.» Eso es verdad. Pero de ahí no debe inferirse que el arte pueda ser dirigido. El arte vive sólo de las obligaciones que se impone a sí mismo; muere de las demás. En cambio, si no se impone obligaciones a sí mismo, se pone a delirar y se somete a las sombras. El arte más libre, y el más rebelde, será así el más clásico; será la coronación del mayor esfuerzo. Mientras una sociedad y sus artistas no acepten este largo y libre esfuerzo, mientras se abandonen a la comodidad de la diversión o del conformismo, a los juegos del arte por el arte o a las prédicas del arte realista, sus artistas se quedarán en el nihilismo y en la esterilidad. Decir esto es decir que el renacimiento hoy depende de nuestro valor y de nuestra voluntad de clarividencia.

Sí, este renacimiento está en nuestras manos. Depende de nosotros que Occidente suscite esos contra-Alejandros que

deben volver a anudar el nudo gordiano de la civilización, cortado por la fuerza de la espada. Para ello, tenemos que asumir todos los riesgos y los trabajos de la libertad. No se trata de saber si persiguiendo la justicia lograremos preservar la libertad. Se trata de saber que, sin la libertad, no realizaremos nada y perderemos a la vez la justicia futura y la belleza antigua. Sólo la libertad salva a los hombres del aislamiento; la opresión, en cambio, planea sobre una muchedumbre de soledades. Y el arte, a causa de esta esencia libre que he tratado de definir, reúne allí donde la tiranía separa. Así pues, ¿cómo puede extrañar que el arte sea el enemigo declarado de todos los regímenes opresores? ¿Cómo extrañarse de que los artistas y los intelectuales hayan sido las primeras víctimas de las tiranías modernas, sean de derecha o de izquierda? Los tiranos saben que hay en la obra de arte una fuerza de emancipación que sólo es misteriosa para los que no la aprecian. Cada gran obra hace más admirable y más rica la faz humana; ahí está todo su secreto. Y nunca habrá suficientes campos de concentración ni rejas carcelarias para oscurecer este conmovedor testimonio de dignidad. Por esto es por lo que no es cierto que se pueda, ni siquiera provisionalmente, suspender la cultura para preparar otra nueva. No se puede suspender el incesante testimonio del hombre sobre su miseria y su grandeza, no se puede suspender una respiración. No hay cultura sin herencia y nosotros no podemos ni debemos rechazar nada de la nuestra, la de Occidente. Cualesquiera que sean las obras del futuro, estarán todas henchidas del mismo secreto, hecho de valor y de libertad, alimentado por la audacia de millares de artistas de todos los siglos y de todas las naciones. Sí, cuando la tiranía moderna nos muestra que, aun refugiado en su oficio, el artista es el enemigo público, tiene razón. Pero así, a través del artista, la tiranía rinde homenaje a una figura del hombre que nada hasta hoy ha podido destruir.

Mi conclusión es muy sencilla. Consiste en decir, en medio mismo del ruido y la furia de nuestra historia: «Ale-

grémonos». Alegrémonos, en efecto, de haber visto morir una Europa mentirosa y confortable y de vernos confrontados a crueles verdades. Alegrémonos en tanto que hombres, puesto que una larga mixtificación se ha venido abajo y ahora vemos con claridad lo que nos amenaza. Y alegrémonos en tanto que artistas, arrancados del sueño y de la sordera, forzosamente enfrentados a la miseria, a las cárceles y a la sangre. Si ante tal espectáculo conservamos la memoria de los días y de los rostros; si, inversamente, ante la belleza del mundo, somos capaces de no olvidar a los humillados, el arte occidental recobrará poco a poco su fuerza y su majestad. Ciertamente, en la historia hay pocos ejemplos de artistas enfrentados a tan duros problemas. Pero precisamente cuando las palabras y las frases, hasta las más sencillas, se pagan al precio de la libertad y de la sangre, el artista aprende a manejarlas con mesura. El peligro vuelve clásico, y toda grandeza, en suma, tiene sus raíces en el riesgo.

Ha pasado ya el tiempo de los artistas irresponsables. Podemos añorarlo por nuestras pequeñas satisfacciones. Pero tendremos que reconocer que esta prueba nos depara al mismo tiempo nuestras posibilidades de autenticidad, y aceptaremos el reto. La libertad del arte no vale gran cosa cuando no tiene otro sentido que asegurar la comodidad del artista. Para que un valor, o una virtud, arraigue en una sociedad, hay que defenderlos de verdad, es decir, pagar por ellos siempre que se pueda. Que la libertad se haya tornado peligrosa indica que está en camino de no dejarse prostituir. Y yo no estoy de acuerdo, por ejemplo, con los que se quejan actualmente del ocaso de la sabiduría. Aparentemente, tienen razón. Pero, en verdad, la sabiduría jamás decayó tanto como en los tiempos en que constituía sólo el placer sin riesgos de algunos humanistas librescos. Hoy, cuando se enfrenta por fin a peligros reales, hay posibilidades de verla alzarse de nuevo, de que sea respetada de nuevo.

Se dice que Nietzsche, tras su ruptura con Lou Salomé, sumido en una soledad definitiva, abrumado y exaltado a la vez por la perspectiva de esa obra inmensa que debía reali-

zar sin ayuda alguna, paseaba de noche por las montañas que dominan el golfo de Genova, y miraba consumirse las hojas y ramas con las que encendía grandes hogueras. He meditado a menudo en esos fuegos y he colocado mentalmente ante ellos a algunos hombres y algunas obras para ponerlos a prueba. Pues bien, nuestra época es uno de esos fuegos cuya quemadura insoportable reducirá sin duda a cenizas muchas obras. Pero en las que queden su metal permanecerá intacto y, con ellas, podremos entregarnos sin reservas a esa alegría suprema de la inteligencia que se llama «admiración».

Puede desearse, sin duda, y yo también lo deseo, una llama menos intensa, una tregua, la pausa propicia a la ensoñación. Pero tal vez no haya otra paz para el artista que la que se halla en lo más ardiente del combate. «Todo muro es una puerta», dijo Emerson acertadamente. No busquemos la puerta, y la salida, en otra parte que en el muro contra el que vivimos. Al contrario, busquemos el reposo allí donde se halla, es decir, en medio del combate. Pues, en mi opinión, y con esto voy a terminar, es ahí donde se encuentra. Se ha dicho que las grandes ideas vienen al mundo en patas de paloma. Si es así, y si aguzamos el oído, tal vez podamos oír, entre el fragor de imperios y naciones, un débil rumor de alas, el suave bullicio de la vida y de la esperanza. Unos dirán que esta esperanza la lleva un pueblo, otros que un hombre. Yo, por el contrario, creo que la despiertan, la reaniman y la mantienen millones de solitarios, cuyas obras y acciones niegan cada día las fronteras y las más burdas apariencias de la historia, para hacer resplandecer fugitivamente la verdad siempre amenazada que cada uno, por encima de sus sufrimientos y alegrías, eleva para todos.

CARNETS, 3

(Marzo de 1951 - diciembre de 1959)

Título original: Carnets (mars 1951 - décembre 1959)
Traducción de Emma Calatayud

Cuaderno VII
(*Marzo de 1951 -julio de 1954*)

El que ha concebido lo que es grande
debe también vivirlo.

Nietzsche

Prólogo de E. y E.¹

«... fue entonces cuando empecé a amar el arte con esa pasión violenta que la edad, lejos de disminuir, ha vuelto más y más exclusiva... Aquella enfermedad añadía otras trabas, y de las más duras, a las mías. Pero favorecía, finalmente, esa libertad de corazón, ese ligero distanciamiento con respecto a los intereses humanos que siempre me resguardó de la amargura y del resentimiento. Este privilegio (que lo es), desde que vivo en París, bien sé que es regio. Pero el hecho es que he gozado del mismo sin cortapisas. Como escritor, empecé a vivir rodeado de admiración, lo que, en cierto sentido, es el paraíso terrenal. Como hombre, mis pasiones nunca fueron "contra". Siempre fueron destinadas a mejores o mayores que yo.»

Demencia del siglo XX: las mentes más diversas confunden el gusto por el absoluto y el gusto por la lógica. Parain y Aragon.

¹ *L'Envers et l'endroît (El revés y el derecho)*. (Esta nota y las que siguen, salvo indicación expresa en contrario, son del editor francés.)

11 de junio de 1951. Carta de Régine Junier anunciándome su suicidio.

El creador. Sus libros lo han enriquecido. Pero a él no le gustan y decide escribir su gran obra. No escribe más que esta obra y la rehace sin cesar. Y poco a poco la escasez, más luego la miseria, van instalándose en el hogar. Todo se derrumba y él vive inmerso en una espantosa felicidad. Los niños están enfermos. Tienen que alquilar el apartamento, vivir en *una* sola habitación. Él sigue escribiendo. La mujer se vuelve neurasténica. Pasan los años y, en medio del total abandono, él continúa escribiendo. Los hijos huyen. El día en que su mujer muere en el hospital, él pone punto final y el que le anuncia su desgracia sólo le oye decir: «¡Por fin!»

Novela. «Su muerte fue muy poco novelesca. Introdujeron a los doce en una celda prevista para dos. Él se ahogaba y le dio un síncope. Murió, aplastado contra el muro grisáceo mientras los demás, mirando hacia la ventana, le volvían la espalda.»

N.R.F. Curioso ambiente cuya función consiste en suscitar escritores y donde, sin embargo, uno pierde el gozo de escribir y de crear.

La felicidad en ella lo exigía todo, incluso dar muerte.

*

La naturalidad no es una virtud que uno tiene: se adquiere.

Respuesta a la pregunta de cuáles son las diez palabras que prefiero: «Mundo, dolor, tierra, madre, hombres, desierto, honor, miseria, verano, mar.»

La voz eterna: Deméter, Nausica, Eurídice, Pasífae, Pénélope, Helena, Perséfone.

¡Oh, luz! Es el grito de quienes, en las tragedias griegas, se ven abocados a la muerte o a un destino terrible.

El hombre de 1950: fornicaba y leía periódicos.

*

Siempre tuve la impresión de hallarme en alta mar: amenazado en plena felicidad regia.

G. o el simulador: Al no creer sino en lo que no es de este mundo, finge vivir en la realidad. Representa una comedia pero ostensiblemente. Tanto es así que nadie cree que la está representando. Simula doblemente. Y una vez más: una parte de él se halla realmente atada a la carne, a los placeres, al poder.

*

¿La aceptación de lo que es, señal de fuerza? No, hay servidumbre en esa aceptación. Pero sí la aceptación de lo que ha sido. En el presente, la lucha.

"

La verdad no es una virtud sino una pasión. De ahí que jamás sea caritativa.

Tics de lenguaje de M...: Y toda la pesca — En todo y por todo — Tanto y más — Ya sabe, ¿eh?, ya sabe... — No la encontré interesante — Ella sospecha de todo el mundo, resulta molesto — ¡Decirlo! Hay que verlo para

creerlo — Es único — Cuando ella estaba a punto de ser operada... — Cubiertos diseminados (desparejados) — Era cosa de decir: pues bueno, mira te lo cobraré — Acuérdate, ya sabes, tenía un gran «chic» — Y patatín — De lo cual se deduce... — Te las das de listo (a su marido que sale sin jersey).

Id. Augusta, a quien un soldado, ahijado suyo de guerra, expresa su agradecimiento en los siguientes términos: «Madame Pellerin, para mí ha sido usted peor que una madre.» Ella cuenta el bombardeo de Nantes. Sorprendida en la calle, se había refugiado en un portal con una amiga. «Yo llevaba puestos una estola de zorro y un conjunto nuevo. Cuando aquello acabó, estaba en combinación.» La amiga desaparece bajo los escombros. «Traté de sacarla agarrándola por los pelos. Sólo le quedaba un dedo...» «Y entretanto, mi marido vivía sus amores como un tortolito, no se preguntaba si yo salía de entre los escombros... La víspera, yo me había hecho el carné de identidad. En "Señas particulares", yo había puesto: ninguna. Al día siguiente, mi cara estaba desfigurada.»

Un bautista que pasa cincuenta días y cincuenta noches en el oscuro calabozo de Buchenwald. «Cuando salí de allí, el campo de concentración me pareció tan hermoso como la libertad.»

«Siguen siendo un solo ser aquellos que, en el tiempo deseado por sus propias fuerzas, eligen la separación.» Hölderlin. La muerte de Empédocles.

Id. «Pero tú, tú naciste para un día límpido.»

Id. «Ante él, en una feliz hora de muerte, en un día sagrado, el divino rechazó el velo.»

Según Victor Serge, fueron las atrocidades del almirante Koltchak las que dieron, en el P.C. ruso, la superioridad a los chequistas sobre todos aquellos que deseaban mayor humanidad.

1920. Abolición de la pena de muerte. En la noche anterior a la promulgación del decreto, los chequistas masacran a unos prisioneros. Pena restablecida, por lo demás, unos meses después. Gorki: «¿Cuándo acabaremos de matar y de sangrar?»

Victor Serge. «Todo lo que se hizo en la URSS lo hubiera hecho mucho mejor una democracia soviética.»

Prólogo de E. y E. — Mi tío — «Volteriano como lo eran en su tiempo, profesaba el más absoluto desprecio por los hombres en general y por sus clientes burgueses en particular. Era muy brillante en la sátira y el anatema. También tenía mucho carácter y el trato con él me volvió exigente. Ahora que ha muerto, me aburro en París cuando lo recuerdo.»

Cómo se extiende el socialismo del siglo XX gracias a la guerra: La guerra del 14 enciende la revolución del 17. Guerra extranjera añadida a la guerra civil en China trae a Mao Tse-tung — 1939 sovieta la Ucrania polaca y la Bielorrusia, los Estados bálticos y la Besarabia. Durante la guerra de 1941-45 Rusia llega hasta el Elba. La guerra contra Japón le proporciona las Sajalín, las Kuriles y Corea del Norte. Véase también Finlandia y Corea del Sur.

Personaje de novela. Ravanel². Inteligencia pura. Contabilidad del terrorismo. Aburrimiento mundano. Militantisme Policía. Procurador. Véase más arriba relato procurador.

Debemos emplear nuestros principios en las grandes cosas. Para las pequeñas, basta con la misericordia.

•it

Las posturas cónicas y realistas permiten zanjar y despreciar. Las otras obligan a comprender. De ahí el prestigio de las primeras para los intelectuales.

Nosotros trabajamos en nuestro tiempo sin esperanza de verdadera recompensa. Ellos trabajan valientemente por su eternidad personal.

Por más que pretenda otra cosa, el siglo anda buscando una aristocracia. Pero no ve que para ello necesita renunciar al objetivo que se fija como principal: el bienestar. No hay aristocracia sin sacrificio. El aristócrata es, en primer lugar, el que da sin recibir, el que se *obliga*. El Antiguo Régimen murió por haber olvidado esto.

Wilde. Quiso poner el arte por encima de todo. Pero la grandeza del arte no reside en planear por encima de todo. Consiste, por el contrario, en estar mezclado a todo. Wilde acabó entendiendo esto gracias al dolor. Pero es culpa de esta época el que siempre sea preciso el dolor y la servidumbre para vislumbrar una verdad que también se encuen-

² Ravanel, politécnico, Jefe de los Grupos Francos durante la resistencia, arrestado por la Gestapo, consigue evadirse y se convierte en el jefe regional de los M.U.R. y, según Henri Frenay, «miembro no confesado del partido comunista».

tra en la felicidad cuando el corazón es digno de ella. Siglo servil.

Id. No hay un talento para vivir y otro para crear. El mismo basta para ambas cosas. Y podemos estar seguros de que el talento que no ha podido producir más que una obra artificial no podrá llevar sino una vida frívola.

Novela. C. y su vestido de flores. Los prados de la tarde. La luz oblicua.

Partí de obras en que el tiempo era negado. Poco a poco he ido encontrando las fuentes del tiempo y la madurez. La obra misma será de larga maduración.

Han querido repudiar la belleza y la naturaleza en beneficio únicamente de la inteligencia y de sus poderes conquistadores. Fausto quiso tener a Euforión sin Helena. El niño maravilloso no es más que un monstruo deforme, un homúnculo de frasco. Para que nazca Euforión, ni Fausto sin Helena ni Helena sin Fausto.

Rebelión, verdadero crisol de los dioses. Pero forma también a los ídolos.

Muerte escandalosa. La historia de los hombres es la historia de los mitos con que han encubierto esa realidad. Desde hace dos siglos, la desaparición de los mitos tradicionales ha convulsionado la historia porque la muerte se ha convertido en algo sin esperanza. Y sin embargo, no hay verdad humana si no existe, finalmente, una aceptación de la muerte sin esperanza. Es la aceptación del límite, sin

resignación ciega, mediante una tensión de todo el ser que coincide con el equilibrio.

*

Novela. Un hermoso día. «A lo largo de la Croisette, caminaba insegura con sus tacones altos. Se recordaba en el espejo, antes de dejar la habitación. Claro que aquel pantalón de franela flexible tal vez la moldeaba demasiado. Y se notaba visiblemente que sus caderas eran más anchas que sus hombros. Pero qué más daba, las verdaderas mujeres son así. Demasiado pecho también. Pero aún no resultaba un desastre y, en suma, esto también la hacía más femenina. Aquellos cuerpos que jugaban al baloncesto allá abajo, en la playa, había que fijarse muy bien para saber si eran de hombre o de mujer.

»La menuda silueta negra caminaba junto al mar. Entre el pañuelo y las gafas sólo se veían dos rayas dibujadas con pincel allí donde antes estuvieron las cejas, y el espacio blanco y grasiento de la frente que trataba en vano de fruncirse con el brillo del sol.»

Acto breve sobre el seductor.

No, sólo bebo agua — Coma usted — Como poco. Si bebo, a veces, es por higiene.

¿Qué añade el amor al deseo? Algo inestimable: la amistad.

Yo no seduzco, cedo.

¿Por qué las mujeres? No puedo soportar el trato de los hombres. Halagan o juzgan. No soporto ninguna de las dos cosas.

A medianoche, nada, el comendador no ha llegado. El seductor está triste. Se va. «Venga usted», dice Ana. «No, no se puede, en un mismo día, tener razón y ser feliz...» (lo piensa mejor). «Y sin embargo, si usted tiene razón, no queda más que la felicidad — Incluso no queda más que el amor, en el que jamás creyó usted por no dejar de creer en sus propios sueños a los que llamaba Dios.» La mira. «¿Así

que esto es el amor, esto que siento subir en mí? — Sin duda es eso. Pero aparte con cuidado todo lo que hay alrededor de esa planta frágil. Despacito, despacito, hágale sitio por fin a la felicidad.»

Novela. Uno de los secretos de B... es que jamás pudo aceptar ni soportar, ni simplemente olvidar, la enfermedad ni la muerte. De ahí su distracción profunda. Se agota ya sólo con vivir igual que los demás, simulando la poca despreocupación e inocencia que se requieren para seguir viviendo. Pero en el fondo de sí misma, jamás olvida. Ni siquiera posee la suficiente inocencia para el pecado. La vida para ella no es más que el tiempo, que es enfermedad y muerte. Ella no acepta al tiempo. Se empeña en un combate perdido de antemano. Cuando cede, hela aquí a la deriva, con un rostro de ahogada. No es de este mundo porque lo rechaza con todo su ser. Todo parte de ahí.

Dordoña. Aquí la tierra es rosa, los guijarros color carne, las mañanas rojas y coronadas de cánticos puros. La flor muere en un día y ya está renaciendo bajo el sol oblicuo. Por la noche, la carpa dormida baja por el caudaloso río; antorchas de efímeras arden en las lámparas del puente, dejan en las manos un plumaje vivo y cubren el suelo con alas y cera de donde volverá a brotar una vida fugitiva. Lo que aquí muere no puede pasar. Asilo, tierra fiel, aquí es, viajero, donde hay que volver, a la casa que conserva la huella y la memoria, y lo que en el hombre no muere con él sino que renace en sus hijos.

No es verdad que el corazón se desgaste, es el cuerpo el que se engaña.

Los que prefieren sus principios a su felicidad. Se niegan a ser felices sin las condiciones que, de antemano, han impuesto a su dicha. Si lo son, por sorpresa, se sienten desamparados, infelices al verse privados de su desgracia.

Una tragedia sobre la castidad.

Novela. V. (y ella traducía al mismo tiempo mi verdad): No deseo nada más de lo que tengo. Mi desgracia y mi castigo consisten en no poder gozar de lo que tengo.

Id. Cuando era adolescente e incluso mucho tiempo después, lo único que en el amor le interesaba era lo desconocido y, por tanto, el conocimiento. De ahí sus aventuras. Pero la aventura nunca es del todo brutal, hay siempre un comienzo, por muy corto que sea. Muy a menudo, ese comienzo bastaba para el conocimiento, cuando había poco que conocer, y él aceptaba entonces la relación, seguro de que no iba a aportarle nada más.

Así confunden amor y conocimiento quienes tienen el suficiente orgullo para creer, verdadera o falsamente, que se bastan a sí mismos. Los otros reconocen sus límites, y su amor es entonces único porque lo exige todo, y el ser antes que el conocimiento.

Novela. A.W., joven americano que ha venido a París tras haber participado en la guerra (a la que se vio arrojado, cuando era un estudiante feliz y conformista). Vive en París maldiciendo América y persiguiendo apasionadamente el reflejo de grandeza y sabiduría que aún lee en el rostro de la vieja Europa. Vive como un bohemio. Ha perdido la lisura de los rostros americanos. No es limpio, sus ojos están ro-

deados de ojeras. Enferma y muere en un hospital mugriento. Y entonces grita por esa América que no ha dejado de amar, por los arriates de la Universidad de Harvard, en Boston, y por los ruidos de los bates y los gritos de las tardes que terminan alrededor del río.

Novela. Primera parte: partido de fútbol. Segunda parte: corrida.

Algunas tardes cuya dulzura se prolonga. Nos ayuda a morir el saber que tardes como estas volverán a vivirse en la tierra después de nosotros.

Una mujer que ama de veras, con toda su alma, con un don total, y crece entonces tan desmesuradamente que no hay ni un hombre que no resulte, por comparación, mediocre, miserable y falto de generosidad.

Novela. En un cuarto oscuro, con la nariz pegada a la pantalla luminosa del aparato de radio, un niño escucha música.

Novela. Dos personajes: el amigo alemán. — Marcel H.

Lo mismo que el absurdo no estaba en el mundo ni en nosotros sino en esa contradicción entre el mundo y nuestra experiencia, tampoco la medida está en lo real ni en el deseo, sino... La medida es un movimiento, una transposición del esfuerzo absurdo.

Diario de la Condesa Tolstoi

Pág. 45 sobre método de trabajo de T.

T.: «Que aburrido es escribir».

La condesa, 9 de octubre de 1862 (la boda es el 23 de sept.):

«Todas las relaciones carnales son repugnantes» y en diciembre, el verdadero grito femenino: «Si yo pudiese matarlo y crear a otro ser en todo semejante a él, lo haría con gusto».

Abril del 63. «El lado físico del amor desempeña en él un papel muy importante, mientras que para mí no tiene ninguna importancia.»

63. «¿Qué queda del hombre que he sido?», dice T.

Sept. 67. «No soy más que un miserable reptil al que han pisoteado, no sirvo para nada, nadie me ama, siento náuseas, tengo dos muelas cariadas, mal aliento, estoy encinta... etc.»

78. Nos enteramos de que Tolstoi lee en mesa.

87. El le grita que está obsesionado con la idea de abandonar a su familia.

90. Ella lee a escondidas el diario de su marido que lo esconde bajo llave.

Die. del 90. El escribe: «El amor no existe. Existe la necesidad sensual de unirse a otro ser y la necesidad razonable de tener un compañero en la vida».

91. «Es para mí un suplicio —le dice él—, verme rodeado de servidores.»

91. La condesa cuenta que no puede acostumbrarse a la suciedad y al mal olor del conde. Id. p. 283 (97).

92. La condesa revela que L.T. sólo está contento tras el amor físico.

Todo el mundo, según ella, la compadece y la considera como «una víctima».

Después, discusiones sobre derechos de autor p. 81 y 97, 131-137, 216, 145.

P. 88. Confesión sobre el doble amor.

«La gente que se ha equivocado en la vida, la gente débil y estúpida, se precipita sobre los folletos de León Nicolaievich.»

«Esos zancos sobre los que trepa él en presencia de los oscuros.»

97. Se va de casa y no vuelve hasta la mañana siguiente.

97. Juega al tenis todas las mañanas.

A los setenta años, tras treinta y cinco versts a caballo en medio de la nieve, demuestra su pasión a la condesa, quien lo anota con asombro.

Stalin apodado por sus camaradas (en el 17): la mancha gris.

En la cumbre de la felicidad, y la noche vino a mi encuentro.

Nadie ha deseado más que yo la armonía, el abandono, el equilibrio definitivo, pero siempre tuve que tender a él a través de los caminos más áridos, el desorden, las luchas.

«Ciertamente, dijo él, tengo miedo a no estar muerto del todo cuando muera y a que me falte el aire cuando esté enterrado. Pero trato de convencerme con razonamientos. Si temo carecer de aire es porque me da miedo morir a causa de ello. De dos cosas, una: o bien no moriré y seguirá faltándome el aire aunque sin sentir angustia, o bien moriré, y entonces, ¿por qué angustiarme?»

Novela. Jeanne P. y su gesto maquinal.

Id. Los cementerios militares del Este. A los 35 años, el hijo va a la tumba de su padre y se da cuenta de que éste murió cuando tenía treinta años. *Ahora él es mayor que su padre.*

Los árabes acostados aquí. Y olvidados de todos.

*

Novela. Las reflexiones en el coche, por la carretera de Bérard.

V. Reconocí que es verdad que existen algunas personas más grandes y auténticas que otras. Y que forman a través del mundo una sociedad invisible y visible que justifica el vivir.

M. Muerte irrisoria al final de una vida irrisoria. Sólo la muerte de los corazones egregios no es injusta.

Los refugiados españoles. Domenech (guerra civil — guerra del 39, resistencia, Buchenwald — sin trabajo) García (a quien A.B. perdona una deuda de 140.000 F. «¡Ah, tú, tú eres igual que yo! Jamás serás rico») González (hay clases — y no pueden colaborar — Rechaza todas las gentilezas del patrón — Quiere ser tratado duramente) Bertomeu: La coral (y además, asa sardinas en el despacho).

James (Los embajadores). «Es a mí mismo a quien odio cuando pienso en todo lo que debemos tomar de la vida de los demás para ser felices y que, aun así y todo, no lo somos.»

Mauriac. Prueba admirable del poder de su religión: llega a la caridad sin pasar por la generosidad. Hace mal remitiéndome sin cesar a la angustia de Cristo. Me parece que lo respeto yo más que él, puesto que jamás me creí autorizado a exponer el suplicio de mi salvador, dos veces por semana, en la primera página de un periódico para banqueros. Él se dice «escritor temperamental». En efecto. Pero en su temperamento hay una disposición invencible a utilizar la cruz como un arma de tiro. Lo cual lo convierte en un periodista

de primer orden y en un escritor de segunda. El Dostoyevski de la Gironda.

Novela. «En aquellos momentos, con los ojos cerrados, él recibía el choque del placer como un velero al que abordan de repente entre la bruma, golpeado desde el casco a la quilla, y donde todo resuena con el choque, desde el puente a la mesana y las mil cuerdas y nervaduras de las extremidades del barco, que tiembla entonces largamente hasta el momento de volverse lentamente de costado. Después, llegaba el naufragio.»

Novela. Lo que le chocaba entonces era hasta qué punto su casa se hallaba vacía de objetos. Sólo lo necesario, jamás palabra alguna fue mejor ilustrada. Cuando su madre vivía en una habitación, no dejaba en ella ninguna huella, de no ser, a veces, un pañuelo.

«Yo deseaba, yo pedía los más elevados sufrimientos, seguro como estaba de encontrar, en lo sucesivo, la felicidad que había en ellos (ser capaz de probar la felicidad...).»

*

Empezar a dar es condenarse a no dar lo suficiente aunque lo demos todo. Y nunca lo damos todo.

Jamás se le debe decir a un hombre que ha perdido el honor. Acciones, grupos y civilizaciones pueden perderlo. No el individuo. Porque si él no es consciente de su deshonor, no puede perder un honor que jamás tuvo. Y si lo es, la quemadura terrible que esto representa es como un hierro al rojo vivo sobre la cera. El ser se derrite, estalla bajo el fuego de un insoportable dolor que, al mismo tiem-

po, lo regenera. Ese fuego es el del honor que forcejea justamente y se afirma mediante lo excesivo de su dolor. Por lo menos, eso es lo que yo sentí en el día, en el segundo exactamente, en que, después de un malentendido, creí estar convencido de una acción verdaderamente baja. No era verdad, pero en aquel momento aprendí a comprender a todos los humillados.

*

Diciembre del 51

Espero con paciencia una catástrofe que tarda en llegar.

*

Mis declaraciones por la radio — Cuando las escucho, me encuentro a mí mismo exasperante. París me vuelve así, pese a todos mis esfuerzos. Continuamente solo, desde que desapareció *Combat*, sin nada donde poder hablar, defender, exponer o justificar, en el caso oportuno. Jamás apoyado por el calor de los demás ni por el espectáculo, al menos, de su generosidad. Y para terminar, me hieló y me nace ese tono helado precisamente, demasiado huraño para que traduzca de verdad el desdén, pero exasperante para quien lo oye. Si yo sintiera verdadera confianza, aunque nada más fuera un segundo, me reiría y todo estaría arreglado.

La idea que yo me hago de la vulgaridad, se la debo a unos cuantos grandes burgueses, orgullosos de su cultura y de sus privilegios, como Mauriac, desde el instante en que dan el espectáculo de su vanidad herida. Tratan entonces de herir al mismo nivel en que ellos lo fueron y descubren, al mismo tiempo, la altura exacta en que viven, en realidad. La virtud de la humildad, por primera vez, triunfa entonces en ellos. Son pobretones, en efecto, pero en maldad.

Nunca estuve muy sometido al mundo, a la opinión. Pero lo estuve algo, por muy poco que fuera. Acabo de hacer el esfuerzo definitivo. Creo que a este respecto, mi libertad es total. Libre, por tanto benévolo.

Me hago de mí la idea más horrorosa durante días y días.

Vida de Velázquez. Comentario sobre Velázquez.

Medida. Ellos la consideran como la resolución de la contradicción. No puede ser sino la afirmación de la contradicción y la decisión heroica de atenerse a ella y de sobrevivirle.

*

La mejor protección de la URSS contra la bomba atómica es la moral internacional que ella se empeña en desarrollar mediante condenas públicas. De este modo compensa su inferioridad recurriendo a un juicio moral que niega, sin embargo, en su filosofía oficial.

La injusticia hipócrita provoca las guerras. La justicia violenta las precipita.

El marxismo le hace a la sociedad jacobina y burguesa el mismo reproche que el cristianismo le hacía al helenismo: intelectualismo y formalismo.

Obra de teatro. El vuelve de la guerra. Nada ha cambiado salvo una cosa: sólo habla poéticamente.

Emerson: Todo muro es una puerta.

No atacar nunca a nadie, sobre todo en los escritos. El tiempo de las críticas y de la polémica acabó ya — Creación.

*

Suprimir *totalmente* la crítica y la polémica — De ahora en adelante, la única y constante afirmación.

Compréndelos a todos. No ames ni admires más que a unos pocos.

vi

El peor de los destinos es el mal humor. Lo sé por experiencia. Y esa fue mi verdadera tentación después de unos años de esplendor y de fuerza. Cedí a ella lo suficiente para estar, en lo sucesivo, instruido, y después conseguí vencerla.

Overbeck tuvo la impresión de que la locura de Nietzsche era una simulación. Impresión que siempre me ha producido cualquier demente. Tal vez el amor sea así. Mitad verdad y mitad simulación.

El «límite» debe ser la verdad de todos. Es la mía en la medida en que yo soy de todos. Pero para mí solo: la verdad que no puede decirse.

Guilloux, de Chamson: «Para él, el otro no es más que el interruptor posible.»

Sobre el mundo entero, procedentes de millones de máquinas maravillosas, torrentes de música triste.

Judas erige la traición y el odio en principio con el fin de dar testimonio de Cristo, al menos indirectamente. Resultado: el siglo XX. Falta de amor, los campos de concentración.

El periodismo según Tolstoi: un burdel intelectual. Quería escribir una novela «en la que no hubiera culpables». Carta de Turgueniev moribundo a Tolstoi: «Me he sentido feliz de ser contemporáneo suyo».

Novela (u obra de teatro) — Personaje: Ellan — Fur. cf. Heliosang.

it

El mito de Euforión. El hijo del titanismo contemporáneo y de la belleza antigua. Goethe lo mata. Pero él puede vivir.

Me encontré ayer a P. Vianney, al que no había vuelto a ver desde la ocupación y de los maravillosos días de la Liberación en París. Y de repente, una inmensa nostalgia, cercana al llanto, de los camaradas.

Man of Aran³. Vida terrible de esos pescadores. Y lejos de compadecerlos, se les admira y respeta. No es la pobreza ni el trabajo incesante lo que hace la decadencia del hombre. Sino la sórdida servidumbre de la fábrica y la vida de los suburbios.

Dos de la madrugada. Dos sueños favoritos desde hace años, uno de ellos, bajo distintas formas, siempre es el de la

³ Película de Robert Flaherty (1934).

ejecución. Esta noche en que me despierto sobresaltado, puedo anotar muchos detalles.

Camino hacia el suplicio. Scotto Lavina (amigo de Argel al que veo muy pocas veces, pero a quien quiero mucho) me acompaña. Me dice al oído (la marcha, en grupo, se ha acelerado): «Mi mujer me hablaba ayer aún de X. y de X.» Y yo: «Nada de nombres propios, sobre todo nada de nombres propios». Él me dice muy despacito, como a un enfermo: «¡Oh, perdóname!». Alguien del grupo (hay unos guardianes cuya presencia no percibo muy bien, y A., presente y ausente alternativamente) me pregunta por qué, y yo digo, al llegar al pie de una inmensa escalera: «Quiero permanecer en el corazón del nombre común», frase que me repito a mí mismo y que me da una especie de paz. Mis hijos se encuentran al final de la escalera que yo estoy subiendo, rodeado de gente y de prisa, creo que con las manos atadas. (La idea asimismo de ser empujado, empujados incluso, todos caminamos encorvados hacia delante). Jean se dirige a un rincón y yo digo al verle (pero ese sentimiento no es entero en mí, es más bien como una aurora, una especie de descubrimiento encantado y angustiado): «Y luego él volverá a empezar». Los beso y lloro, por primera vez. Ellos se despiden como de costumbre, me parece. Dejamos la escalera y pasamos por una especie de estación de la que yo salgo solo con A. y Vera. Vera me acompaña desde hace algún tiempo. Yo no la conozco durante el sueño, pero al despertar pienso en ella como si fuera S. Va vestida con traje de campesina, vagamente centroeuropeo, como todo el mundo a mi alrededor. El paisaje es moderno, estaciones, obras, es de noche y hace un ligero viento. Al salir de la estación, me encamino, con decisión y sin guardianes, al lugar del suplicio, con una angustia que va creciendo y se va haciendo insoportable. Pero adivino que Vera lleva una pistola de estilo antiguo, que ha robado en la estación (¿a quién?). En cuanto estoy seguro de esto, doy un grito de alegría: «¡Ah, Vera! Si yo sabía... (sobreentendido: que harías todo lo necesario para esto). ¡Cómo te quiero!» Cojo la pistola y la carrera vuelve a empezar. Nos acercamos a un grupo de hombres que están

trabajando. Me parece que vacilo un poco, como si quisiera esperar aún, seguir viviendo. Pero los otros se me han adelantado algo. Y me cuesta apoyar la pistola, demasiado larga, en mi sien. Disparo rápidamente, pensando que no me he despedido de A. ni de nadie. Un estallido terrible dentro de mi cabeza. Y oigo una frase, una especie de protesta dicha por uno de los hombres que trabajan (el jefe, creo) y que he olvidado en el momento en que se termina este sueño.

Novela picaresca. Periodista — De África al universo entero.

*

Obra de teatro de amor.

*

Vuestra moral no es la mía. Vuestra conciencia ya no es la mía.

*

V «Aunque hoy encontraran algún remedio contra la muerte, yo no lo aceptaría. Mi dolor (la muerte de su padre y de su madre) mi felicidad (su amor) sólo tienen sentido si yo también puedo ir allí con ellos.»

Emerson. «Puede suceder que el mismo que sostuvo esa doctrina (que el hombre tiene un alma) huya ante el diario compuesto durante la noche por algún oscuro bribón que no sabe lo que escribe y moja la pluma en el barro y la sombra.»

Id. «Qué nos queda sino es el estar seguros de que sólo evitando la mentira y la cólera adquirimos la voz y el lenguaje de un hombre.»

Id. «No es con escrúpulos como un hombre se hará grande. La grandeza la da Dios según su capricho, igual que un hermoso día.»

*

Novela. Durante la ocupación, el tren de St. Etienne-Dunières, en una noche de invierno. El tren está atestado, se han reservado dos compartimentos para el ejército alemán. Un soldado alemán, poco antes de llegar a la parada de Firminy, se da cuenta de que le han robado la bayoneta mientras iba a los lavabos. Aullidos de rabia. Dos obreros que se disponían a bajar y a volver a su casa una vez terminada su jornada son apresados y mantenidos en el pasillo mientras arranca el tren de nuevo. Protestan débilmente de una inocencia evidente. A la parada siguiente, los soldados les hacen bajar. Los vemos alejarse entre la gélida niebla, resignados a lo peor.

El testigo baja también, apenado. No puede seguirlos. No sabe cómo liberarlos. Pasa la noche en la sala de espera, pensando en ellos. No se puede hacer más que continuar para que aquello no vuelva a reproducirse. Pero de aquí a entonces, les pegarán y tal vez mueran.

*

Thoreau. «Mientras un hombre sigue siendo él mismo todo abunda en su dirección: gobiernos, sociedad, el mismo sol, la luna y las estrellas.»

Id. Emerson. «La obediencia de un hombre a su genio es la fe por excelencia.»

Nietzsche a su hermana, a propósito del asunto de Lou: «No, yo no estoy hecho para la enemistad y el odio... Hasta ahora jamás odié a nadie. Es sólo ahora cuando me siento humillado.»

Necesidad según él de los «contra Alejandro», de los

«que atarían de nuevo el nudo gordiano de la civilización griega tras haber sido cortado éste».

Lo que dije, lo dije por el bien de todos y de esa parte de mí que está del lado de lo cotidiano. Pero otra parte de mí conoce un secreto que no está hecho para ser revelado, y con el que habrá que morir.

«Un hombre laberíntico no busca jamás la verdad sino siempre y únicamente a Ariadna.»

*

En la clínica de lena, Nietzsche habla lúcidamente de todo con Overbeck durante largos ratos, *salvo de sus obras*.

El genio es salud, estilo superior, buen humor, pero en la cumbre de un desgarramiento.

La creación. Cuanto más da, más recibe.— Prodigarse para enriquecerse.

El único inmortal es aquel para quien todas las cosas son inmortales (E.⁴).

Según Emerson, los americanos son tan prodigiosos mecánicos porque temen al cansancio y al trabajo: por pereza.

⁴ Emerson.

Todo escritor, importante o no, necesita decir o escribir que el genio es siempre silbado por sus contemporáneos. Naturalmente, no es verdad, sólo lo es a veces, y a menudo por casualidad. Pero esa necesidad en el escritor es muy significativa.

*

Emerson 1848. «Cómo nos habremos arreglado para que el progreso del maquinismo haya servido a todo el mundo menos al obrero. El progreso lo ha herido de muerte.»

Id. «Todo hombre tiene derecho a verse juzgado y caracterizado según su mejor faceta.»

Los antiguos y los clásicos feminizaban la naturaleza. Entrábamos en ella. Nuestros pintores la virilizan. Nos entra por los ojos, hasta desgarrarlos.

«Nada de psicología en arte.» «Es porque usted carece de ella.» «Tal vez, pero tal es la ley de la creación: Hacer con lo que uno tiene. Después, usted deberá juzgar no lo que tengo sino lo que he hecho.»

Para seguir siendo un hombre en el mundo de hoy, no sólo hay que tener una energía sin fallos y vivir en una tensión ininterrumpida, hay que tener asimismo un poco de suerte.

Novela. «No es ahora cuando ya no puede haber amor entre nosotros. Nunca lo hubo. Desde el fondo de mi ser, grité durante años en busca de tu amor. Y luego, ya grité

únicamente buscando tu *atención*. No obtuve ni una cosa ni otra.»

Obra de teatro. D. Altivo, desdeñoso, desesperado, categórico.

G. se ve interrumpido en su novela por una escena que le hace su mujer. Va a trabajar a París, pero no consigue continuar. La verdad es que no *quiere* recobrar el hilo, para tener un argumento y conservar intacto su resentimiento.

Los ejecutaba con sus propias manos: «Es preciso —decía—, entregarse por entero.»

Tengo una deuda de agradecimiento con los pocos hombres que me han permitido admirarlos, la más elevada de mi vida.

La libertad sexual nos ha aportado por lo menos esto: que la castidad y la superioridad de la voluntad son ahora posibles. En todas las experiencias, las mujeres reprimidas o libres, ardientes o soñadoras, y uno mismo desenfrenado o circunspecto, triunfante o incapaz de deseo, las cosas están claras. Ya no hay misterio ni represión. La libertad del espíritu es ahora casi completa, el dominio casi siempre posible.

*

Proyecto. Diccionario perpetuo (para Crónicas). Escribir *Caprichos* (a la manera de Goya).

En el fondo de mí, la soledad española. El hombre no sale de la misma más que para los «*instantes*», luego regresa a su isla. Más tarde (a partir de 1939) traté de encontrar, volví a hacer todas las etapas de la época. Pero a paso de carga, en alas de los clamores, bajo el látigo de las guerras y revoluciones. Hoy, he llegado al final y mi soledad rezuma sombras y obras que sólo a mí pertenecen.

Iguapé. Un hombre en la parte delantera de la barcaza. La ciudad, la procesión. El hombre y la piedra se derrumban. El visitante coge la piedra pero deja atrás la iglesia y camina hacia el río. Carga la piedra en una larga barca y va río arriba hacia la selva virgen, donde desaparece.

Incluso mi muerte me será disputada. Y sin embargo, lo que hoy más profundamente deseo es una muerte silenciosa, que deje apaciguados a los que amo.

Una noche, al hojear distraídamente un libro amable, leí sin inmutarme: «Como en muchas almas apasionadas, había llegado el momento en que su fe en la vida desfallecía». Un segundo después, la frase resonaba de nuevo en mí y yo rompía a llorar.

IV

Una parte de mí ha despreciado sin medida esta época. Nunca pude perder, ni siquiera en mis peores incumplimientos, el gusto por el honor, y a menudo me faltó el coraje ante la extrema decadencia que ha afectado al siglo. Pero otra parte de mí ha querido asumir la decadencia y la lucha común...

Comedia sobre la prensa.

—¿Matizar? Si vuelvo a encontrar en su vocabulario una palabra semejante, le echo a la calle.

(Al crítico dramático) este autor no tiene amigos aquí. Procurará usted, por tanto, decir que se trata de ideas. Hoy en Francia, la simple sospecha de inteligencia basta para hundir a un hombre. Pero usted escribirá, en todas las ocasiones, que somos el pueblo más inteligente de la tierra. El público ya no admite la inteligencia a no ser en las frases idiotas.

Fin. Escribirá al día siguiente el artículo que lo revelará todo.

El público carece de memoria. Nosotros somos su memoria.

Escena con lector.

El repaso a los periódicos: el que pone a Cristo en evidencia en la primera página del periódico de los ahitos. El progresista amigo de los campos, etc.

3 er. acto en su casa. Ascético.

Al secretario de redacción idealista.

—Su periódico no se ve.

—Se lee.

—Un periódico está hecho para ser leído, pero a distancia. Hay que poder leer el ejemplar del que viaja a nuestro lado en el metro.

—El que lee el de su vecino no lo compra.

—No, pero habla de él.

28 de febrero de 1952. El descubrimiento de Brasil, de Villa-Lobos.— Con él vuelve la grandeza a la música. Obra maestra, sólo Falla me parece igual de grande.

Si yo tuviera que morir esta noche, moriría con un horrible sentimiento, que me era desconocido y que, sin embargo, esta noche me hace daño. El sentimiento de que ayudé y

ayudo a muchas personas, y que, no obstante, nadie acude en mi ayuda... No estoy muy orgulloso de mí.

*

Medea — Por el grupo de teatro «Antique». No puedo oír ese lenguaje sin llorar, como quien regresa por fin a su patria. Esas palabras son las mías, míos son esos sentimientos, y esa creencia es la mía.

«Qué desgracia, la del hombre sin ciudad.» «¡Oh, haced que yo no permanezca sin ciudad!», dice el coro. Yo estoy sin ciudad.

Némesis. La borrachera del alma y del cuerpo no es una demencia sino una comodidad y un entumecimiento. La verdadera demencia arde en la cumbre de una interminable lucidez.

La prensa no es más verdadera por ser revolucionaria. Sólo es revolucionaria cuando es verdadera.

Ibsen (Emperador y Galileo). Después del Olimpo y el Calvario, el Tercer Imperio.

Polémica contra el H.R.⁵. Es el levantamiento en masa de los tenebriones. Leo en el diccionario: «Tenebrión» 1) amigo de las tinieblas intelectuales. 2) Género de coleópteros, de los cuales una especie, en estado de larva, vive dentro de la harina. Se le llama también cucaracha. Divertido⁶.

⁵ *El hombre rebelde.*

⁶ La palabra *tenebrión* no existe como tal en castellano. *Ténébrion* es la palabra francesa que designa al escarabajo de la harina y aquí se ha castellanzado por razones obvias de sentido. (*N. del E. español.*)

Nuestros poetas malditos tienen dos leyes: la maldición y la artimaña.

El amor de dios es aparentemente el único que soportamos, puesto que siempre queremos ser amados a pesar de nosotros mismos.

Cf. Romain Rolland. Vida de Tolstoi. P. 69. La «vida» en la novela.

Id. «Es difícil amar a una mujer y no hacer nada bueno.»

Las bacantes. Penteo debería decir: « Yo no quiero vuestra desmesura. Pero es de la mía propia de la que deseo morir.»

Ellos son la rebeldía, el orgullo, el muro inflexible que se levanta ante la esclavitud que crece. No le dejarán ese papel a nadie, y quien pretenda rebelarse de otra manera será excomulgado.

¿Qué hay de ello? Uno está esperando a ver el diario más probo que han conocido estos tiempos, creado gracias al sacrificio y a la labor de centenares de hombres, está esperando, repito, que ese periódico pase a manos de un turbio financiero, para ofrecer sus servicios a ese mercader en cuanto los hombres libres se hayan marchado. Otro, al mismo tiempo que apoya y aplaude a su viejo amigo contra mí, me escribe que no hay que creer del todo en lo que dice ese viejo poeta y, amedrentado de repente, me vuelve a escribir para suplicarme que no hable en público de su carta ni de su pequeña traición. Otro solicita de mí un favor, lo obtiene y, de vuelta a casa, escribe un artículo donde me insulta y acerca del cual, por lo demás, me escribirá para dulcificar su

efecto. Hay otro más que teme ser mal juzgado por haber representado durante mucho tiempo a una editorial que abusa de mi confianza, quiere darme explicaciones, recibe de mí una carta que niega, por pura generosidad, confundirlo con su jefe y, sin perder un instante, pule un ensayo en donde se entristece de que los moralistas de mi estilo acaben un día convertidos en policías.

Estos son nuestros campeones, nuestros malditos retirados bajo la tienda confortable de la maldición y que no salen de ella si no es para la intriga. Ellos son los que asegurarán nuestra libertad y los que anuncian que mantendrán firme el estandarte ante la tempestad que se avecina. ¡Ni hablar de eso, la primera bofetada del policía de turno los pondrá de rodillas!

*

Fragmento de carta sobre el H.R.

Somos muy pocos. Pero la verdad pasa antes que la eficacia. Hay que definir a ésta antes de preocuparse de aquélla. ¿De qué serviría el que seamos millones si nuestra «iglesia» tuviera por primer mandamiento: Mentirás? Esto no significa en absoluto que la eficacia no tenga sentido. Tiene un sentido secundario. La supervivencia de la verdad no es un problema menos importante que la misma verdad. Es un problema que viene *después*. Eso es todo. Pero hay que resolverlo... Los cristianos empezaron siendo doce y los marxistas dos.

*

Carta a A. Maquet

Avanzo al mismo paso, me parece, como artista y como hombre. Y esto no está preconcebido. Es una confianza que yo pongo, con humildad, en mi vocación... Mis próximos libros no me desviarán del problema actual. Pero desearía que lo sometan a ellos antes que someterse ellos a él. Dicho de otra manera, sueño con una creación más libre, con el mismo contenido... Entonces sabré si soy un verdadero artista.

Según Melville, las *remoras*, peces de los mares del sur, no nadan bien. Por eso, su única oportunidad de avanzar consiste en pegarse al lomo de un pez grande. Introducen entonces una especie de tubo en el estómago de un tiburón, bombean su alimento, y se propagan sin hacer nada, viviendo de la caza y de los esfuerzos de la fiera. Son como las costumbres parisienses.

Cierta raza de hombres sabe con quien puede tomarse confianzas. En primer lugar, con el que practica cuanto puede la generosidad y la lealtad, y a quien la decencia impide hacer uso de todas sus ventajas.

La bacante. Dos Dionisos: 1) Dios de la tierra. Dios negro, Dios viril. «Evoé», un grito personificado.

2) El asiático decadente: vino y voluptuosidad, parloteo. El que Penteo rechaza.

En Eleusis no se iniciaba a los asesinos (Nerón no se atrevió) ni a aquellos «cuya voz no es justa».

Segundo día de los misterios: «Al mar, los iniciados».

Para pasar al infierno, Dioniso debe remar él mismo.

Tres dioses en Eleusis: Baco, Deméter (la madre). Triptólemo.

Significado: la muerte no es dolorosa. Lo es la vida terrestre, que es una muerte, la muerte es liberación.

Huella en Lucas: Deja que los muertos entierren a los muertos y tú, ve a anunciar el reino de Dios.

Primero Dioniso reconstituirá a Penteo: «He aquí tu Dios, regóciate, pero sólo es digno de adorarme aquel que haya demostrado que jamás cederá al libertinaje del alma ni del cuerpo, al falso dios que siempre me precede. La sabiduría se abre ahora ante ti.

—¡Ah! Yo ardo por conocerla.

—Aquí la tienes: has conquistado ahora el derecho a la locura...»

Penteo y la Bacante aullan sin parar mientras cae el telón.

O también... «Espera a que todos duerman. Escucha. Todo calla. Ahora es cuando tienes derecho a la locura. Para ti solo. En la soledad. ¡Y que sólo te mate a ti!»

Entrada de Dioniso II, seguido por Dioniso I disfrazado de escéptico diletante (¿Sueno?) «¡Gozar, gozar!»

Comienzo: los viejos corren hacia las bacantes.

Un filósofo (¿Mata? ¿Cómo mata? Matan bien, etc. El, que mata tan bien, y yo, que razono tan enérgicamente... Haremos maravillas. Yo le prestaré mi razonamiento y él matará por mí).

Un poeta.

Un sacerdote: ¿Sacerdote, qué vas a hacer con éstos?

Un comerciante.

Nihilistas.

La Bacante: Ella quiere ir allí. Penteo se opone. «La ciudad debe mantenerse. No debe ser sacrificada al amor.» «No debe sacrificar al amor.»

Dioniso I y Penteo: ¿Quién eres tú para ostentar tanta virtud. — No soy virtuoso. — No has codiciado mujer. — Sí. — No las has poseído — Sí — ¿No eres violento? (Le golpea).

Penteo descuartizado. Dioniso II y las Bacantes celebran el sacrificio.

Aparece Dioniso I que los hace callar.

II — ¿Quién puede hacer callar los gritos de la demencia?

I — El que conoce la demencia y la tiene sometida.

Id. Un hombre como yo, esclavo, si tuvieses siquiera alguna idea de lo que hay dentro de él. Tengo la suficiente cólera para golpear a los dioses en la cara, el deseo suficiente... para violentar a la mujer de mi mejor amigo... Pero me asquean esos perros que corren unos detrás de otros, pidiendo cada uno al deseo del otro el cuidado de sustituir su propio deseo. ¡Yo virtuoso! (se echa a reír) me gustaría serlo, a decir verdad, pero mi sangre arde y mi inteligencia, al tener todas las fuerzas, puede concebirlo todo.

A los cuarenta años uno consiente el aniquilamiento de una parte de sí mismo. Quiera el cielo al menos que todo este amor no empleado venga a enderezar y a hacer resplandecer una obra para la que ya no tengo fuerzas en este momento.

... Todos y todas sobre mí, para destruirme, reclamando sin descanso la parte que les corresponde, sin jamás, jamás, tenderme la mano, acudir a socorrerme, a amarme, finalmente, por lo que soy, con el fin de que siga siendo lo que soy. Suponen que mi energía no tiene límites y que yo debería distribuirla a ellos y hacerles vivir. Pero he puesto todas mis fuerzas en la extenuante pasión de crear y, para lo demás, soy el más desprovisto y menesteroso de los seres.

Novela. «No le quedaban fuerzas para amarla. Sólo estaba viva en él la capacidad de sufrir por ella, todo lo que en el amor es privación o carencia. Ella no podía darle más que sufrimiento. En cuanto a la alegría, había muerto.»

Id. «Podía creerse que ella era enteramente la insumisión y es verdad que aquel ser coronado de llamas quemaba como la misma rebeldía. Pero ella era, sobre todo, la aceptación. "Yo aceptaría morir hoy (a los treinta años), pues ya tuve bastantes alegrías. Y si tuviera que volver a vivir, desearía la misma vida, pese a sus extremadas desgracias."»

No creo a los que dicen revolcarse en el placer por desesperación. La verdadera desesperación sólo conduce a la pena o a la inercia.

*

¡Pues bien, ya es usted una puta como las demás!

*

Quien no da nada no posee nada. La mayor desgracia no consiste en no ser amado sino en no amar.

Dividido entre un ser que rechaza totalmente la muerte y un ser que la acepta totalmente.

Demasiados glóbulos blancos, insuficientes glóbulos rojos e incluso unos comiéndose a los otros, Francia está enferma de leucemia. Ya no está capacitada para llevar a cabo una guerra ni producir una revolución. Reformas, sí. Pero es una mentira prometerle otra cosa. Primero hay que rehacerle la sangre.

Ve

Estilo. Prudencia ante las fórmulas. Son a veces como la tormenta: golpean pero no alumbran.

Boghar-Djelfa — El pequeño erg. La pobreza extrema y seca — y aquí es soberana. Las tiendas negras de los nómadas. Sobre la tierra seca y dura — y yo — que no poseo nada ni podré jamás poseer nada, semejante a ellos.

Laghout y, ante la colina rocosa cubierta de hojas replegadas del sílex —la inmensa extensión—, la noche que va llegando como una ola negra del fondo del horizonte, mientras el oeste se pone rojo, rosa y verde.

Los perros infatigables de la noche.

En el oasis, los muros de barro por encima de los cuales resplandecen las frutas de oro. El silencio y la soledad. Y luego se desemboca en una plaza. Bandadas de niños alegres que dan vueltas como derviches pequeños, riendo y enseñando todos los dientes.

Entonces, tal vez sea el momento de hablar del desierto donde yo encontré la misma evasión — Del fondo del hori-

zonte... Espero también que surjan bestias fabulosas y encontrar en él, más simplemente, un silencio no menos fabuloso y esa fascinación...

Mme. V. R. de Malraux que va al Japón: «Él sólo va allí para volver». Pero todos somos un poco así.

Ingenuidad del intelectual de 1950 que cree que hay que envararse para engrandecerse.

Solsticio de verano. Relato que transcurriría en el día más largo del año.

Las flores sobresaliendo por encima de las altas tapias de Argel, en el barrio de los hotelitos. Otro mundo del que me sentía exiliado.

Muerte del portero. Su mujer está enferma, acostada en una cama grande. A su lado, en la única habitación, sobre un catre, está tendido el muerto, al que podemos ver dos veces al día al recoger el correo.

«Adiós —dice ella— cariño, guapo mío. ¡Qué alto es! Es que era muy alto...» Han pasado el ataúd «de canto» y de pie. Sólo los vecinos siguen el entierro. «Y decir que hace tres días yo estaba bebiendo con él un "diabolo menta".» «Yo quería, precisamente, que me cambiara las cañerías del gas.»

En el cementerio estamos cuatro personas. Un sepulturero nos entrega a cada uno un clavel que dentro de poco lanzaremos sobre el bello indiferente.

En Buchenwald, un francés insignificante, al llegar, solicita hablar aparte con el funcionario, también prisionero,

que lo recibe: «Es que, fíjese usted, mi caso es excepcional: yo soy inocente».

Novela corta en un día de calor terrible, *en París*.

*

Novela — Deportado. Deportan también a su mujer y a sus hijos. Éstos mueren. Al regresar, el hombre soberbiamente inteligente y dulce se dedica a buscar a sus verdugos... Lo empuja dentro de una habitación. Le dice: Allí me enteré de lo siguiente: no se debe matar en el mismo lugar donde se humilla. Es más limpio. Aquí está el teléfono. Llame. Tiene tiempo.

Obra de teatro sobre el Retorno y Verdad.

Escena I — Mujer y amiga le esperan.

Escena II — Regresa y delante de la amiga le revela a su mujer que aquélla fue su amante.

Novela corta Brasil. Un Urubú se sacudió, abrió el pico, se dispuso ostensiblemente a echarse a volar, batió dos veces las alas polvorientas contra su cuerpo, se elevó dos centímetros por encima de la arista del tejado, volvió a caer y se durmió casi inmediatamente.

Una a una las estrellas iban cayendo al mar, el cielo go-teaba sus últimas luces.

Para terminar, él lleva la piedra a la choza más miserable. Los indígenas se apiñan sin decir una palabra para hacerle sitio.

En el silencio no se oye más que el rumor del río. — Aquí somos los últimos, el último lugar entre los últimos.

*

—Europa ... Unos perros.

—Yo también, yo soy un perro. He olido y fornicado.

—No hay diferencia.

—Una pequeña. Siento vergüenza.

—¡Ah, es usted rico!

—No, no mucho. Pero aun siendo muy pobre, siempre viví como un rico.

—Y de eso es de lo que se avergüenza.

—De eso. Y de haber mentido, olido y fornicado.

—Bueno. No hay nada que hacer.

—No.

Id.— No podemos por menos de hacerlo. No podemos por menos. Y luego llega un momento en que ya no se puede.

Novela «Altas mesetas»⁷. Llega el hombre y él mismo explica su crimen.

«Veamos. Este es el camino de Djelfa. Encontrarás un coche. Lo pararás. En Djelfa están la gendarmería y el tren. Esta pista, al contrario, atraviesa las altas mesetas. Encontrarás, a un día de camino de aquí, los primeros pastos y a los nómadas. Te recibirán. Son pobres y miserables pero lo dan todo a su huésped.

El hombre, que callaba desde el día anterior, dijo tan sólo:

—¿Son reyes?

—Sí —dijo Pedro—. Son reyes.»

*

Novela Los mudos

Unos obreros vuelven a la fábrica (tonelería) tras el fracaso de una huelga. Callan. El día en el taller.

«El huésped».

Por la tarde, hemiplejía del patrón. El encargado se lo comunica a un obrero. Éste no habla. Poco después del trabajo, llora, con los brazos apoyados sobre la mesa. «Hasta eso, hasta eso.»

Novela corta que se desarrolla enteramente durante una sola carrera violenta.

En el Pacífico. Mudita. No supo decirle que estaba encinta. Él corre con ella en brazos. Ella muere.

Novelas cortas con el título: Relatos del exilio.

1) Laghouat. La mujer adúltera.

2) Iguapé — el calor humano, la amistad del gallo negro.

3) Las altas mesetas y el condenado.

4) El artista que se encierra (título: Jonás).

Luego ya no pinta. Con las manos sobre las rodillas, espera. Ahora soy feliz.

5) El intelectual y el carcelero.

6) Un espíritu confuso. El misionero progresista va a civilizar a los bárbaros que le cortan las orejas y la lengua y lo reducen a la esclavitud. Él espera al próximo misionero y «lo mata con odio.

7) Relato sobre la locura.

*

Un espíritu confuso. «¡Oh, embusteros, oh, embusteros! Yo lo conozco. Le ponía zancadillas a los ciegos, asqueroso pordiosero, les decía a los mendigos. Lo clavaron contra una pared, ¡oh mentiroso!, y la tierra tiembla. Es un justo al que acaban de matar.» La moral está salva. Y ahí está, con la cabeza en la pared. Cuando lo clavaron, había un clavo detrás de su cabeza y entró en él, como en la mía ahora. ¡Menudo lío! ¡Menudo lío! Y luego, para terminar, le cortaron la lengua. Fue después de que él dijera: «¿Por qué me has abandonado?» No iban a dejarle continuar, no, no iban a dejarle sentarse a la mesa y empezar con sus confesiones...

El odio, yo he descubierto lo que es. El odio me recuerda a una pastilla de menta con la boca helada, el estómago un poco quemado. Hay que ser malo, hay que ser malvado. Yo soy un esclavo, todos lo saben. Pero si soy malo, ya no soy esclavo. Su bondad, yo escupo encima.

... Aquí está. En el desierto estalla la detonación, amplia. Él cayó de narices contra las piedras, con el cráneo hecho papilla, pero encogido. Con los brazos en cruz, con los brazos en cruz, grité yo. Pero en aquel mismo momento, geiseres de pájaros grises y negros subieron al cielo inalterablemente azul. Lejos, muy lejos, un chacal olfateaba el viento y se movía en dirección al muerto.

Para terminar, está crucificado. Padre nuestro que estás en...

Cómo ser perdonado jamás si uno miente, puesto que el otro no sabe que hay algo que perdonar. Hay que decir la verdad por lo menos una vez antes de morir, o aceptar morir sin ser nunca perdonado. Qué muerte más solitaria, sin embargo, la del que desaparece, encerrado en sus mentiras y en sus crímenes.

Anti-Europa. En la costa del Pacífico, en Chile. Una niña de quince años le sigue con la mirada por todas partes. Está sola en una especie de cabana. Él le pregunta. Ella no responde pero lo mira. Es muda. Sus amores silenciosos delante del mar.

Novela. «Yo creí, durante mucho tiempo, al ver sus abandonos, que éramos cómplices en el deseo. Y me hicieron falta muchos años para comprender que ella, y la mayor parte de las mujeres, jamás tienen otra complicidad que no sea el amor.»

Siempre me gustó el mar en las playas. Y después, en las playas desiertas de mi juventud, proliferaron las tiendas.

Ahora, ya sólo me gusta estar en medio del océano, allí donde la existencia de la orilla parece improbable. Pero un día, en las playas de Brasil, comprendí de nuevo que no existe mayor gozo para mí que pisar una arena virgen al encuentro de una luz sonora, llena de los silbidos de la ola.

Novela. Durante la ocupación, se da cuenta de hasta qué punto se ha vuelto nacionalista al percibir su despecho cuando ve a un perro vagabundo seguir alegremente a un soldado alemán.

G. Es difícil adivinar su susceptibilidad por debajo de su extremada gentileza. Se tarda mucho tiempo en hacerlo. Y durante todo ese tiempo, se arriesga uno a herirle.

Novela. Diferencia de ritmos entre los seres y diferencia también de ritmos dentro de un mismo ser. D. se hace el remolón ante una seducción que empieza. Luego, de repente, llama por teléfono, corre 1.500 km, la lleva a cenar y la posee por la noche.

En lo sucesivo solitario, en efecto, pero por mi culpa.

Queremos vivir los sentimientos antes de experimentarlos. Sabemos que existen. La tradición y nuestros contemporáneos los convierten en relaciones incesantes y además falsas. Pero entonces los vivimos por procuración. Y los usamos antes de haberlos experimentado.

Novela. «A causa mismo del inmenso perjuicio que él le causaba, buscaba cada una de las pequeñas ocasiones en que ella parecía carecer de atención, ya que no de amor. Y le

guardaba rencor, no porque tuviese la esperanza de aliviar nunca su culpabilidad, sino para arrastrarla con él a la común condición y para hacer que siguiera viviendo a su lado, pero esta vez en la tierra desierta y privada de amor.»

Lo que siempre me salvó de todos los abatimientos fue que jamás dejé de creer en lo que, por no saber llamarlo de otra forma, llamaré «mi buena estrella». Pero hoy ya no creo en ella.

Sachs (*Detrás de cinco barrotes*). «Se puede vivir bien sin el catolicismo: pero yo apenas puedo vivir sin pensar en Cristo.»

Cita Montesquieu: «Si los hombres fueran perfectamente virtuosos, no tendrían amigos.»

Cita Balzac: «El genio se parece a todo el mundo y nadie se le parece.»

«Sólo traicionamos bien a quienes amamos.»

«Cada cual tiene la muerte que merece.»

«No son la gente a quien más daño hacemos la que más problemas nos plantean, sino los testigos del asunto que se erigen en jueces benévolos.»

La tragedia no es que uno esté solo, sino que no pueda estarlo. Yo daría el mundo entero, en ocasiones, por que nada me atase al universo de los hombres. Pero soy una parte de ese universo y lo más valiente es aceptarlo, y la tragedia al mismo tiempo.

Escribir una puesta en escena del *Don Juan* de Molière.

Obra de teatro. Un hombre que *no puede odiar*.

Los hombres aprenden poco a poco a vivir. Y yo, para quien la vida era tan natural, he desaprendido poco a poco a vivir hasta este momento en que cada una de mis acciones y de mis pensamientos aumenta el sufrimiento o el malestar de los demás o de mí mismo, el peso insoportable de este mundo en donde, sin embargo, empecé gozando tanto.

*

Tribus de perros congregados dentro de unas ciudades y royendo ideas.

«I

Vaucluse. La luz del atardecer se hace fina y dorada como un licor y va disolviendo lentamente esos cristales dolorosos que hieren a veces el corazón.

Pareja. Sólo la exigencia restringe la exigencia. Ella no exigía nada más que no morir y yo, yo gritaba hacia la vida.

Como cojeaba, solía ponerse el sombrero de través.

El crítico ruso Rasumnik, a propósito de la obra de Maïakovski *Misterio bufo*, escribe/ «En el porvenir, el socialismo histórico y el cristianismo histórico se encuentran.»

*

Char propone como divisa: Libertad, Desigualdad, Fraternidad.

Los progresos de la condición material mejoran más que necesariamente y en muy gran medida, la naturaleza huma-

na. Pero más allá de esa medida, con la riqueza, le perjudican. En el límite se encuentra el verdadero equilibrio de la moral.

*

Siglo de la serenidad. El peligro de catástrofe extendido hasta ese punto se confunde con el porvenir mortal de toda condición. Por eso, estar en regla con nuestra época supone hoy estar en regla con la muerte. Este siglo extremadamente peligroso es asimismo el siglo de la más elevada serenidad.

Temps modernes. Admiten el pecado y rechazan la gracia. Sed de martirio.

El infierno es el paraíso más la muerte.

El infierno está aquí, en el vivir. Sólo escapan de él aquellos que se apartan de la vida.

¿Quién dará testimonio a nuestro favor? Nuestras obras. ¡Ay, por desgracia! ¿Quién entonces? Nadie, nadie de no ser nuestros amigos, que nos vieron en ese momento del don, cuando el corazón se entregaba por entero a otro. Los que nos aman, por consiguiente. Pero el amor es silencio: todo hombre muere desconocido.

Septiembre del 52. Polémica con T.M. Ataques «Arts» «Carrefour» «Rivarol». París es una selva y sus alimañas son míseras.

Advenedizos del espíritu revolucionario, nuevos ricos y fariseos de la justicia. Sartre, el hombre y el espíritu, *desleal*.

*

El Mejor amigo. Un acto. X en casa de los Z. Se habla de Y, el mejor amigo de X, que aún no ha llegado. Sus virtudes desarrolladas por X. Los Z exponen ciertas reticencias de Y acerca de X. Las mismas virtudes poco a poco denunciadas como defectos por X. Los Z indican un juicio favorable de Y sobre X. X comienza el movimiento inverso. Llega Y. X se precipita hacia él para abrazarlo. «¡Ah!, —dice Y— ¡Qué bueno es encontrarse entre amigos!»

Los Dujobori. El cristianismo es interior. Muere y resucita dentro de nosotros. Todo cristiano tiene dos nombres. Uno corporal y otro espiritual que le da Dios al nacer espiritualmente y según sus obras. El último nombre, nadie lo conoce aquí abajo; será conocido en la eternidad.

No hay que decir nuestro hermano está muerto, sino nuestro hermano ha cambiado.

Dujobori. En ruso, los que luchan por el espíritu.

La propiedad es el asesinato.

Moral práctica

No acudir jamás a los tribunales.

Dar dinero o perderlo. No hacerlo fructificar jamás, ni buscarlo, ni reclamarlo.

Título: Breve tratado de moral práctica o (por provocación) de aristocracia cotidiana.

*

Polémica T.M. — Pillerías. Su única excusa está en la terrible época. Algo en ellos, para terminar, aspira a la servidumbre. Soñaron con llegar siguiendo un camino noble,

lleno de pensamientos. Pero no existe un camino real hacia la servidumbre. Existe la trampa, el insulto, la denuncia del hermano. Tras lo cual, el sonido de los treinta denarios.

El agua dulce en Oran. Luz de África: ávido resplandor que quema el corazón. Yo era demasiado joven.

En ocasiones, tarde en aquellas noches de fiesta en que el alcohol, el baile, el violento abandono de cada uno nos llevaban muy pronto a una especie de lasitud dichosa, me parecía —durante un segundo al menos, ya al extremo del cansancio— que comprendía por fin el secreto de los seres y que algún día sería capaz de contarlo. Pero el cansancio desaparecía y con él, el secreto.

Brunetière abogaba ya, igual que Sartre, a favor del teatro de situaciones contra el teatro de caracteres. Copeau zanjaba entonces la cuestión con una frase: «La situación vale lo que valen los caracteres».

Id. Copeau sobre el «oficio», sobre la obra «bien hecha». No confundir «receta» y «oficio». Cf. Discurso sobre el Poema Dramático de Corneille.

Toda sociedad y particularmente la literatura, tiende a avergonzar a sus miembros de sus virtudes extremas.

«L'amour du lointain» en commedia dell'arte. Princesa de Clèves, romántica.

*

Novela. «No era a ella a quien él aborrecía durante aquellos días. Nada había en ella que pudiera aborrecerse y sí casi todo lo que nos lleva a amar a una persona. Era a sí

mismo a quien detestaba en ella, y a su propia insuficiencia, su pobreza, su impotencia para amar lo que debía ser amado, para vivir lo que él sabía ser digno, de ella y de él...»

La raza que tiene penas de dinero y problemas de corazón.

*

«El extravío de amar en diversos lugares es tan monstruoso como la injusticia del espíritu.» Pascal.

Id. «El amor y la razón no son sino una misma cosa.»

La patrona de aquel restaurante le decía a la mendiga importuna, mostrándole a los comedores de langosta: «Póngase usted en el lugar de esos señores y señoras.»

Novela. Madre enferma. Él se echó entonces sobre el pecho de aquella mujer inválida y lloró pegado a ella. Desde hacía años, no se había dejado llevar por un impulso como aquél, no había pedido protección a nadie. Hubo algunas personas que sí se acercaron a él de esa manera. Pero en cuanto a él, jamás consintió en abandonarse. Y elegía para ello la debilidad misma y la desgracia.

*

Obra de teatro: Lespinasse Elisa

Acto 1:1) Elisa y d'Alembert (ella le habla de su amor por Gonzalve).

2) Elisa y Guibert (flechazo).

3) Declaración de Guibert a Elisa (en tono frío).

4) Anuncian el regreso de Gonzalve.

5) Gonzalve y Elisa.

Acto II:

1) D'Alembert y Gonzalve.

2) Elisa y Gonzalve (recibe carta y tiene que marcharse, escena del adiós).

3) D'Alembert y Elisa.

4) Guibert y Elisa. Ella cede ante el amor que acaba por vencer:

«¿Ya no tiene usted sentidos? — ¿Lo cree de veras?»
Ella se da la vuelta, lo oye que corre hacia ella y cae en sus brazos.

Acto III. Amor desgarrado — Muerte de Gonzalve. Ella está en brazos de Guibert, entra d'Alembert con una carta: «Ha muerto». Ella lee y grita: «¿Sabe usted lo que me dice? Que se siente dichoso de morir seguro de mi amor».

Escena de Guibert-Elisa: «¡Ah, ahora es cuando yo te amo!», le dice ella.

Acto IV. Amor de malentendido. Ella quiere que Guibert la ame como Gonzalve. Usted no me ama. Boda de Guibert.

Acto V. D'Alembert y Guibert. Enferma. Prohíbe que la vean. Está deformada. Él confiesa su amor por Elisa. D'A.: «Llega usted demasiado tarde. Esto ocurre a los no son capaces de amar. Lo extremado de su pasión consiste en amar sin respuesta en el momento en que ya es inútil».

Última escena: Muerte de Elisa. «¿No es verdad que él también merecía ser amado?»

—Sí, Elisa: pero tú merecías ser amada como lo has sido.

—¿He sido amada? ¿Lo he sido de verdad?»

Entra Guibert. «¡Gonzalve!», dice ella.

O también: Voy a morir sin que él me haya perdonado.

¿Quién, Guibert?

No. Guibert me hizo conocer ese amor al que hay que perdonar algo. Pero el otro no sabía, no lo supo nunca.
¿Cómo hubiera podido perdonarme?

Cuando mi madre apartaba de mí la mirada, jamás pude mirarla sin que las lágrimas afluyeran a mis ojos.

R: Se casa con una mujer que tuvo un amante (su novio). Ella se lo confiesa lealmente. Él dice que la ama y que no tiene importancia. Celos retrospectivos. Noches de interrogatorios y preguntas. Al día siguiente de la boda, él saca unos billetes para viajar a la ciudad donde reside el antiguo novio y para «marcarlo en la cara» (hojas de afeitar incrustadas en un tapón). Así durante años. Le escribe cartas insultándola (Mme. X. en casa de Mme. A.). Luego la obliga a pedirle a una de sus amigas que se acueste con él. «Estoy ofendido», dice, después la obliga a pedirle ese mismo favor a su hermana, etc. (interdicción de ir al país de su infancia donde conoció a X.), etc., etc. Hasta que ella llega al borde de la locura.

Poesías sobre la nostalgia de Argelia.

Aquella primera mañana, más húmeda que lluviosa, había dado a Marsella un empedrado parisino sobre el que, únicamente, un gentío variopinto nos recordaba que aquí empezaba otro mundo. Pero de pronto apareció el mercado de flores de la Cannebière. Los escaparates rebosantes de flores de diciembre, con perlas de agua, jugosas, brillantes. Anémonas, pensamientos, narcisos, gladiolos...

En alta mar. El mar bajo la luz de la luna, sus superficies silenciosas. Sí, aquí es donde me siento con derecho a morir tranquilo, es aquí donde puedo decir: «Yo era débil, hice sin embargo lo que pude».

Tipasa. Véanse notas.

De Laghouat a Ghardaia. Los Daias y sus árboles fantasmales. Las atormentadas chebskas. Reino de las piedras que queman de día y se hielan por la noche, y que, bajo ese terrible empuje, acaban por estallar en forma de arena. Hasta el cementerio de Laghouat cubierto de cascotes de pizarra y donde los muertos se mezclan entre la confusión de las piedras. Hasta esos pobres arados que a veces nos encontramos en el desierto, y que tratan únicamente de encontrar alguna piedra adecuada para la construcción. Cuando aran en este país, lo hacen para recolectar piedras. La tierra es tan valiosa que raspan la poca que se acumula en alguna oquedad y la transportan en unos serones como si fuera un viático. El agua. Tierra raspada hasta el hueso, hasta su esqueleto pizarroso. Ghardaia y las ciudades santas en su recinto de colinas color ocre, envueltas en rojas murallas.

Como esas piedras del desierto, que de repente se amontonan unas sobre otras, apenas diferentes de otros montones, y que enseñan, a quienes instruye la pobreza, los misteriosos caminos que conducen hasta el agua o hasta la hierba seca.

Sequedad en el Sur — y llega la hambruna — ochenta mil corderos mueren. Toda una población araña la tierra en busca de raíces. Buchenwald bajo el sol.

En Viena, las palomas se posan sobre las horcas.

Para cada oficio, en Francia, se prevé la proporción de obreros extranjeros que pueden emplearse. De este modo, en las minas, la proporción va creciendo a medida que se

baja más al fondo. Tierra de asilo, pero, en primer lugar, piden esclavos.

*

A.B. Lucifer deprimido de Oran.

No olvidar. — En Laghouat, singular impresión de poder y de invulnerabilidad. En regla con la muerte, por tanto, invulnerable.

*

El miedo nos explica los errores modernos. Átomo, procesos soviéticos, etc. La traición de la izquierda intelectual.

Actualidad — 10 médicos franceses, la mitad de los cuales son judíos, firman, sin más información que el comunicado del gobierno de Moscú, una declaración en donde aplauden el arresto de sus colegas soviéticos, en sus 9/10 partes también judíos. El espíritu científico triunfa. Un poco más tarde, el mismo gobierno decreta la inocencia de aquellos médicos que siguen en la cárcel.

El desierto y el reloj de arena.

Actualidad. Los diputados se han negado a dar, para la vivienda, los miles de millones concedidos a los productores de alcohol. Así se matan dos pájaros de un tiro: las chabolas aumentan al mismo tiempo que la producción de alcohol. Seiscientos jacobinos, gigantes de la libertad, de rodillas ante los bistros.

-4

Humanismo. No amo a la humanidad en general. Me siento solidario primero, lo que no es lo mismo. Y además,

amo a algunos hombres, vivos o muertos, con tanta admiración, que siempre estoy celoso o ansioso de preservar o proteger en todos los demás hombres lo que, por casualidad, o bien algún día que yo no puedo prever, los ha hecho o los hará semejantes a los primeros.

Locura de Fabre, administrador del francés. Creía que sólo el mundo de los espejos era verdadero. Lo demás era reflejo.

Benjamin Constant — Diario íntimo. «La exactitud de las descripciones materiales de la vida tiene atractivo para aquel a quien todo deja ya indiferente.»

Sobre el Fausto de Goethe, juicio abrumador en la p. 59.

«...todos los pueblos (como los Antiguos) que han poseído lo que da valor a la vida, la gloria y la libertad, se dieron cuenta, al mismo tiempo, que hay que saber despreciar la vida y renunciar a ella. Los que nos predicán contra el suicidio son precisamente hombres cuyas opiniones convierten la vida en una cosa despreciable y mentirosa, son partidarios de la esclavitud y la bajeza...»

«Y no conozco sino a mí que sepa sentir por los otros más que por mí mismo, porque la compasión me persigue...»

Cf. p. 81. «Los hombres que pasan por duros...»

«La literatura y la gloria perturban la vida obligando a la manifestación y defensa de las opiniones.»

«Paseo con Simonde. Me reprochó el poco interés que ponía en él y en todo el mundo. Y es que nadie sabe... que no me encuentro en una situación natural, que mis lazos con Biondetta me arrebatán todo sentimiento de disponer libremente de mi vida...»

Cf. 133-134.

«La ambición es mucho menos interesada de lo que se cree, pues para vivir en reposo, hay que trabajar casi tanto como para gobernar el mundo.»

«Mi vida huye como el agua.»

«Y con todo esto hay en mí un sentimiento tan contrario a la brevedad de la vida que no puedo atribuirle la suficiente importancia para tomar una resolución firme, cualquiera que esta sea.»

P. 201. Sobre la inutilidad de la discusión con los literatos franceses: «Habría que empezar por explicar cada punto para discutir una cuestión: sin eso no encontramos más que a gentes que reprochan lo que no hemos dicho, y nos cansamos inútilmente... Hay que escribir y no discutir.»

«Hay en la irreligión algo de grosero y manoseado que me repugna.»

Cuando un hombre es generoso sin afectación, los mismos que se enriquecen con su generosidad piensan que no hace más que cumplir con su deber.

Cf. p. 226. Por mucho que uno calle su desprecio, siempre es adivinado y no lo perdonarán.

245 — Muerte de Mme. Talma.

—... Y toda esas personas que se dicen sensibles no me sirven como compañeros de adversidad, de desgracia, de muerte.

... Cuando uno soporta a pesar suyo una situación que aborrece, el más mínimo aumento de incomodidad lo enfurece.

Cf. 348. Mi desgracia es no amar nada, y eso hace duras las cosas más simples.

Mi alma vive solitaria. No amo si no es en ausencia de reconocimiento o de compasión. No hagamos daño, pero recordemos que, en el fondo de mi corazón, yo no puedo vivir con nadie.

Cuando hoy la Iglesia se acerca a la causa del pueblo, no da la impresión de que cede a la piedad sino a la fuerza.

Novela. Ella no creía en el amor y amándola, él se sentía ridículo al expresar su amor.

*

Cada vez que considero
que me tengo de morir
tiendo la capa en el suelo
y no me hartó de dormir^s.

Obra sobre albigenses.

Me escriben: «En el ocaso de nuestra vida, seremos juzgados sobre el amor». Entonces, la condena es segura.

Ella llevaba vestidos castos y, sin embargo, su cuerpo quemaba.

El socialismo, según Zochtchenko, llegará cuando las violetas crezcan en el asfalto.

Judíos, que viven como cultura desde hace 4.000 años. Los únicos.

Tolstoi escribe: «De la vida y de la muerte». Adelanta y decide que la muerte no existe. De ahí que su ensayo se titule «De la vida». Véase diario Tatiana Tolstoi pág. 131: Historia de los tres voluntarios ejecutados.

^s Copla española. En castellano en el original.

Tolstoi reconoce que la primera sensación que uno experimenta cuando un mendigo se acerca a nuestra casa es desagradable.

Abandona una representación de Sigfrido profiriendo injurias.

Aborrecía a los revolucionarios ignorantes y orgullosos «que tratan de transformar el mundo sin saber dónde se encuentra la verdadera felicidad».

15 de febrero de 1953

Querido P.B.

Empiezo por las excusas que le debo respecto al viernes. No se trataba de una conferencia sobre Holanda, sino que, en el último momento, me llamaron para firmar unos libros en beneficio de esos refugiados. Este ejercicio, que yo hacía por vez primera, me pareció que no podía negarme a hacerlo y pensé que usted me perdonaría el contratiempo. Pero la cuestión no está ahí, sino en esas relaciones que usted califica de difíciles. Sobre este punto, lo que tengo que decir puede expresarse simplemente: si usted conociese la cuarta parte de mi vida y de sus obligaciones, no habría escrito ni una sola línea de su carta. Mas no puede conocerla y yo no puedo ni debo explicársela. La «altiva soledad» de la que se queja usted, así como otros muchos que no todos poseen sus cualidades, sería, después de todo, en el caso de que existiera, una bendición para mí. Pero ese paraíso me es atribuido sin razón. La verdad es que disputo al tiempo y a las personas cada hora de mi trabajo, muy a menudo sin conseguirlo. No me quejo. Mi vida es como yo la he hecho y soy el primer responsable de su dispersión y de su ritmo. Pero cuando recibo una carta como la suya, entonces sí, me entran ganas de quejarme o al menos de pedir que no me abrumen tan fácilmente. Para acudir a todo, necesitaría hoy tres vidas y varios corazones. No tengo *más que uno*, al que pueden juzgar y que yo con frecuencia juzgo de mediana calidad. No tengo tiempo material ni, sobre todo, el reposo interior de ver a mis amigos tanto

como yo quisiera (pregúntele a Char, a quien amo como a un hermano, cuántas veces nos vemos *al mes*). No tengo tiempo de escribir para las revistas, ni sobre Jaspers, ni sobre Túnéz, ni siquiera para arrebatarse un argumento a Sartre. Me creerá usted si quiere, pero no tengo ni tiempo libre ni el reposo interior para ponerme enfermo. Cuando lo estoy, mi vida se convierte en un desbarajuste y tardo semanas en recuperarme. Pero lo más grave es que ya no tengo tiempo ni libertad interior para escribir mis libros y tardo cuatro años en escribir lo que, de no ser así, me habría costado un año o dos. Desde hace unos años, por lo demás, mi obra no me ha liberado, me ha esclavizado. Y si la continúo, es porque no puedo por menos de hacerlo y la prefiero a cualquier otra cosa, incluso a la libertad, incluso a la sabiduría o a la verdadera fecundidad e incluso, sí, incluso a la amistad. Trato, es verdad, de organizarme, de duplicar mis fuerzas y mi «presencia» con un empleo del tiempo, con una organización de mis días y una eficacia cada vez mayor. Espero conseguirlo algún día. De momento, no lo logro y cada carta lleva consigo otras tres, cada persona diez, cada libro cien cartas y veinte correspondientes, mientras que la vida continúa, que el trabajo existe y también aquéllos a quienes amo, y que me necesitan. La vida sigue y yo, algunas mañanas, cansado del ruido, descorazonado ante la obra interminable que debo proseguir, enfermo también de esa locura del mundo que nos asalta al levantarnos y leer el periódico, seguro, finalmente, de que no seré suficiente y decepcionaré a todo el mundo, sólo siento ganas de sentarme y esperar a que llegue la noche. Siento esos deseos y algunas veces cedo a los mismos.

¿Puede usted comprender esto, B.? Naturalmente, usted merece que se le estime y que le hablen. Naturalmente, sus amigos son tan importantes como los míos (que no son tan gramáticos como cree). Aunque no imagino muy bien (y no es una «pose») que mi estimación pueda importarle de verdad a nadie, es cierto que usted posee la mía. Pero para que esa estima se transforme en amistad activa, haría falta,

precisamente, tener de verdad tiempo libre, una larga frecuentación. He conocido a muchas personas de calidad, es una suerte que he tenido en la vida. Pero no es posible tener tantos amigos y mi desgracia me condena a desilusionarlos, lo sé. Comprendo que esto sea insoportable para los demás, es insoportable también para mí. Pero es así y si no pueden amarme en estas condiciones, es normal que me dejen en una soledad que, ya lo ve, no es tan altiva como usted dice.

Respondo, en cualquier caso, sin amargura a su amargura. Cartas como la suya, que vienen de alguien como usted, sólo tienen la facultad de entristecerme y se añaden a todas las razones que tengo para huir de esta ciudad y de la vida que en ella llevo. De momento, aunque sea lo que más deseo en el mundo, no me es posible. Así que debo continuar esta extraña existencia y considerar lo que usted me dice como el precio —un poco caro, a mi entender— que habré de pagar por haberme dejado acorralar por esta existencia.

Perdóneme, en cualquier caso, sí le he decepcionado, y acepte la seguridad de mis más amistosos pensamientos.

Sobre el teatro

Las «leyes» del teatro. La acción. La vida. La acción y la vida en las grandes obras. El teatro es el personaje, los caracteres llevados hasta el final. Que las situaciones valgan lo que valen los caracteres. Errores de concepción, de puesta en escena y de interpretación que proceden de la ignorancia de esta verdad. Relaciones de estilo y de la convención teatral. Hacia el gran teatro.

Novela. Un cobarde que se creía valeroso. Y una ocasión basta para que se de cuenta de lo contrario, y hay que cambiar de vida.

Id. Decide luchar contra la tentación moral. Cede *voluntariamente* a sus instintos que son fuertes.

Nemesis. Puede suceder que el amor mate, pero sin más justificación que el mismo amor. Existe incluso un límite en que amar a una persona significa matar a todas las demás. En cierto modo, no hay amor sin culpabilidad personal y absoluta. Pero esa culpabilidad es solitaria. Privada de las coartadas de la razón, resulta pesada de llevar. Sólo uno mismo debe decidir si ama y sólo uno mismo debe responder a las consecuencias incalculables del verdadero amor. A esta aventurada soledad, el hombre prefiere un corazón tibio y una moral. Tiene miedo de sí mismo y por sí mismo. Quiere dispensarse del sufrimiento rechazando su condición. Y su primera preocupación consiste en buscar una justificación que alivie un poco el peso de su culpabilidad. Puesto que es preciso ser culpable, al menos que no lo sea solo. Militante.

En amor, atenerse a lo que es.

*

Novela. Tema de la energía.

Pasífae quiere al toro por castidad. Lo que él representa es el goce propio, el goce relámpago y no esa serie de actos repetidos y limados, esos gritos, esas voluptuosidades jadeantes, esos goces que prosiguen durante años para la realización de una fusión imposible. El toro rápido y ardiente como un dios.— Pasífae (cuando él entra): ¡Oh, pureza!

Los mártires deben escoger entre ser olvidados o ser utilizados.

*

Añadir a *El estado de sitio*. Ministerio del suicidio.
«Imposible este año. Los efectivos están completos. Rellene una ficha para el año que viene.»

El sexo, extraño, extranjero, solitario, que sin detenerse decide ir solo hacia adelante, irresistible entonces y al que es preciso seguir ciegamente, quien, de repente, tras años de furor, antes de otros años de locura sensual, rehusa y calla, que prospera en la costumbre, se impacienta ante la novedad y no renuncia a la independencia hasta el instante en que uno consiente en saciarlo plenamente. ¿Quién, si es un poco exigente, consentiría, en el fondo de su corazón, esta tiranía? Castidad, ¡oh, libertad!

El honor depende de un hilo. Si se mantiene, a menudo es por pura casualidad.

Miedo de mi oficio y de mi vocación. Si soy fiel, me encuentro con el abismo; si soy infiel, con la nada.

Una corbata valiente.

Novela. Los dos hijos que se vuelven de espaldas cuando la madre, enferma, se quita la dentadura postiza antes de entrar en la sala de operaciones. Saben que a ella siempre le costó confesar que llevaba dentadura postiza.

No he encontrado más justificación a mi vida que este esfuerzo de creación. En casi todo lo demás, fracasé. Y si esto no me justifica, mi vida no merecerá que la absuelvan.

Nos soportamos gracias al cuerpo, a la belleza. Pero el cuerpo envejece. Cuando la belleza se degrada, entonces quedan sólo las psicologías en presencia unas de otras, y se enfrentan sin intermediario.

Hay personas que sufren de manera rígida y otras que sufren de manera flexible: los acróbatas, los virtuosos (instalados) del dolor.

Dos errores vulgares: la existencia precede a la esencia o la esencia a la existencia. Ambas caminan y se elevan con un mismo paso.

Carta de Green. Cada vez que me dicen que admiran en mí al hombre, tengo la impresión de haber mentado durante toda mi vida.

Para Némesis. París, 9 de julio de 1953

Querido señor:

He tardado mucho en contestar a su amable carta. Pero es que estas últimas semanas han pasado para mí como el viento. No obstante, me ha llegado al alma su simpatía y su manera de expresármela. Me había gustado la brillantez velada de sus poemas, su estilo «laguna y sol». Y me alegra sentir, por añadidura, su acuerdo.

La desmesura en el amor, única deseable, en efecto, es propia de los santos. En cuanto a las sociedades, jamás secretaron ninguna desmesura si no es en el odio. Por eso hay que predicarles una medida intransigente. La desmesura, la locura, el abismo, son en este caso secretos y peligrosos para algunos, y hay que callar o, todo lo más, sugerir apenas.

He aquí por qué la poesía es el alimento eterno. Hay que confiarle la guarda de los secretos. En cuanto a los que escribimos en el lenguaje de todos, debemos saber que existen

dos clases de sabiduría, y fingir, a veces, que ignoramos una de ellas que es la más elevada. Reciba mis mejores deseos y cordiales saludos.

Si siempre rechacé la mentira (soy inepto para mentir aunque me esfuerce), es porque jamás pude aceptar la soledad. Pero ahora hay que aceptar también la soledad.

Como cuando, tras una larga enfermedad, alguien a quien amamos muere. Aunque no hayamos hecho nada sino esperar, es como si hubiéramos estado luchando continua y largamente, y, de pronto, sobreviniera la derrota.

Algunos hombres necesitan más valor para enfrentarse a una simple pelea callejera que para estar en primera línea de fuego. Lo más duro es levantar la mano sobre un hombre y, en particular, sentir la hostilidad física de otro hombre.

V. «Dos valores para mí: la ternura y la gloria.»

Hacer que descienda la gracia divina sobre una B.O.F. o sobre un tiburón de los negocios es una proeza. Sobre un criminal, es fácil.

Van Gogh admiraba a Millet, a Tolstoi y a Sully Prudhomme.

Tolstoi, de joven «va en busca de la felicidad» a San Petersburgo. Resultado: las cartas, las zíngaras, las deudas, etc. «Vivo como una bestia» (Tolstoi por Tolstoi, correspondencia - 1879).

El hermano de Tolstoi: «Carecía de los defectos necesarios para ser un gran escritor» (según Turgueniev).

Id. Corr. 3 de mayo del 59: «¿A quién le hago algún bien? ¿A quién amo? A nadie. No tengo lágrimas ni tristeza para mí mismo, sino un frío arrepentimiento ...»

Id. 17 oct. 60, tras la muerte de su hermano: «Y he aprendido, después de treinta y dos años de experiencia, que, a decir verdad, nuestra situación es espantosa... Llegado al grado más alto de desarrollo, el hombre se da cuenta claramente de que todo es mentira y estupidez, y de que la verdad que él ama, pese a todo, más que a nada en el mundo, es terrible...»

Id. 61. Tolstoi provoca a Turgueniev en duelo, y éste se disculpa.

Id. 62. Registro en casa de Tolstoi: Un coronel lee su diario íntimo. T escribe a la condesa Alejandra Tolstoi, asidua de la corte imperial: «Por suerte para mí y para vuestro amigo, yo no estaba allí, si no, lo hubiera matado». Respuesta de Alejandra para calmarlo: «Tenga compasión. Nada en el fondo es tan despiadado como un hombre a quien maltratan injustamente y que se sabe seguro de su inocencia».

62. Encuentro con Sophie Bers: «Amo como jamás creí que se pudiera amar. Me mataré si esto sigue así...»

65. «Me alegro de que usted ame a mi mujer. Aunque yo la amo menos que a mi novela, de todos modos es mi mujer, sabe.»

Cf. p. 285. Concepción de André Boljonski en *Guerra y paz*.

65. Sobre un relato de Turgueniev que no le gusta: «El lado personal y subjetivo sólo es bueno cuando está lleno de vida y de pasión, mientras que aquí la subjetividad está llena de sufrimiento sin que se sienta en ella la vida» (aplicar a Rilke, Kafka, etc).

65. Su indiferencia ante la política —continúa— y obcecada. «Me es indiferente saber quién oprime a los polacos.»

A los 50 años seguirá afirmando que no hay que leer los periódicos (p. 405).

«Durante el verano... pienso cada vez más en la muerte y siempre con un nuevo placer.»

69. Descubre a Schopenhauer con admiración.

70. Padece de insomnio.

71. A la muerte de un amigo. No lo siente, más bien «lo envidia».

72. A Strakhov. «Abandone la actividad depravada de los periodistas.»

Cf. p. 320. En la curva, en cuya cúspide estaría Puchskin, Tolstoi se sitúa a sí mismo en la bajada.

72. «Pocas veces me visita el aburrimiento, pero lo recibo con alegría. Siempre anuncia la llegada de una gran energía intelectual.»

73. A un amigo: «No se quede en Moscú. Dos peligros: el periodismo y la conversación».

Cf. p. 366. Sobre el desierto y la vida primitiva.

76. Es doloroso acabar nuestra vida sin respeto para la misma.

77. «No se puede vivir sin religión y, sin embargo, no podemos creer.»

78. Ruega a la Providencia cada día para que le conceda «la paz en el trabajo». ¡Ay!

Cf. p. 396. Contra el progreso.

Lo que ellos prefieren, lo que los pone melancólicos y los entenece, lo que los hace sentimentales, es el odio. Por cada obra, si medimos así la suma de odio y la suma de amor que contiene, nos quedamos consternados ante la época.

Lope de Vega enviudó cinco o seis veces. Hoy, la gente muere menos. El resultado es que no hay que preservar en uno mismo una fuerza de renovación amorosa, sino apagarla, al contrario, para suscitar otra fuerza de adaptación infinita.

Si la preocupación por el deber disminuye es porque cada vez se tienen menos derechos. Sólo tiene la fuerza de cumplir con su deber quien es intransigente en cuanto a sus derechos.

*

Nihilismo. Pequeños incapaces niveladores, discutidores. Que piensan en todo para negarlo todo, que no sienten nada y encargan a otros —partido o jefe— que sientan por ellos.

Todo su esfuerzo consiste en quitar las ganas de vivir. Impedir al escritor que escriba es, en literatura por ejemplo, su constante preocupación.

Cf. D.M. El odio de los escritores, tal como podemos contraerlo en una editorial.

*

La virtud no es aborrecible. Pero los discursos sobre la virtud sí lo son. Ninguna boca en el mundo y, probablemente, la mía menos que ninguna, puede proferirlos. Igual que, cada vez que alguien se pone a hablar de mi honestidad (declaración de Roy), hay alguien que se estremece dentro de mí.

Título: el odio al arte.

El artista y su tiempo. Leer la maravillosa página de Tolstoi sobre el artista (¿Qué debemos hacer? 378-9 y R.R. p. 113)... «el artista... es aquel que estaría feliz de no pensar ni expresar lo que le han puesto en el alma, pero que no puede dispensarse de hacerlo...»

Frente a esto «Los sentimientos de nuestra sociedad actual se reducen a tres: orgullo, sensualidad y cansancio de vivir».

Admirables cartas sobre su remordimiento (R.R. p. 189-190).

Don Giovanni. En la cumbre de todas las artes. Cuando uno ha acabado de oírle, ha dado la vuelta al mundo y a los seres humanos.

*

Concentrado. Afilado. — Yo sólo pido una cosa, y la pido con humildad aunque sepa que es exorbitante: ser leído con atención.

*

Demasiada seguridad para el corazón del niño y su vida de adulto transcurrirá reclamando esa seguridad a las personas que lo rodean, cuando los seres humanos no son más que la ocasión del riesgo y de la libertad.

Novela. Celos. «Yo cuidaba de que mi imaginación no se extraviase. La tenía bien atada.»

«El adúltero se halla en estado de acusación ante aquél o aquélla a quien ha traicionado. Pero no hay sentencia. O más bien la sentencia, insoportable, consiste en ser eternamente acusado.»

Fausto. Endimión. La muerte del rey. El rito — Pandora y el final de la edad de oro.

Ferrero. «Recoger por fin del árbol de la vida esa fruta pequeña y exquisita, y ahora tan escasa que, durante muchos años, no florece más que una vez: el reposo sin remordimiento.»

El talento, en Francia, siempre se afirma *contra*.

A partir de Colón, la civilización horizontal, la del espacio y de la cantidad, sustituye a la civilización vertical de la calidad. Colón mata a la civilización mediterránea.

Ferrero. Contradicción del mundo de la máquina: crea la abundancia por su velocidad de fabricación, y necesita de la escasez para prosperar.

Lo natural primero.

Ferrero. Una civilización como la nuestra, que siempre tiende a aumentar la cantidad de objetos y a disminuir su calidad, terminará en una orgía enorme y brutal. Y es verdad. El final de la historia del que hablan nuestros progresistas es la orgía.

*

Hegel. La medida, síntesis de la calidad y de la cantidad.

Sin tradición, el artista tiene la ilusión de crear su propia regla. Se convierte en Dios.

Anteo enterrado al pie del Cabo de Spartel en la costa adámica del actual Marruecos.

Ferrero. El Atlántico, a las puertas de Hércules, es la belleza infinita deslizándose dentro del estrecho espíritu humano y adoptando una forma provisional.

Ferrero. La voz eterna que grita al artista: «Crea obras de arte y no hagas estética; descubre verdades nuevas y no hagas la teoría del conocimiento; actúa y no te preocupes de verificar si la historia se ha equivocado o no». Id. «Cree en el principio que profesas y no transijas. Pero si el principio cae, resígnate. No habrá sido más que un momento de la verdad universal.»

Cf. p. 354: La fuerza de la sociedad tiene límites. Obtuvo, por el solo efecto de la concentración y de la disciplina, la epopeya, la tragedia y la escultura griegas, la estética y la moral de Platón y de Aristóteles, el Derecho romano, el arte de la Edad Media italiana y el arte románico en general, Galileo, Pascal, Racine, Molière...

Después, el descubrimiento de América, la revolución francesa, la máquina, la era de la producción.

Pero finalmente, era preciso para alimentar a las inmensas y famélicas multitudes que van errantes o vegetan sobre el globo (comprobar el índice de crecimiento de la raza humana desde el siglo Xlii). Quizás haya que pagar esto con la esterilidad.

Francia, que tuvo la audacia y el genio de hacer esa prodigiosa Revolución Francesa es, al mismo tiempo, el país que menos ha cedido, por inquietud, a la locura de la producción.

Ferrero. «Un día u otro, el acto de voluntad limitador estallará.»

Mantenemos con ciertas personas relaciones de verdad. Con otras, relaciones de mentira. Estas últimas no son las menos duraderas.

Novela. «Nada tengo que hacer junto a ti. No te he amado bastante ni tú tampoco me has amado lo suficiente

para que pueda yo rendirte mis últimas cuentas. Tendré que arreglármelas solo y morir solo. Durante años esperé que me redimieses de mis culpas y que me aceptaras tal como era. No lo hiciste. Así que me quedé mis faltas, seguí siendo culpable y hoy debo ponerme en regla con esas faltas, yo solo. Déjame.

Y luego, perdóname el mal que te hice. Y si puedes, perdónamelo con todo tu corazón. Eso es lo que más necesito, la privación que, durante años, me impidió vivir. Si tu corazón ya no se acordase más que del amor que siente por mí, esto significaría, en la muerte, la salvación que no pude tener en vida.»

Tocqueville (*La democracia en América*): «Se diría que los soberanos de nuestro tiempo sólo buscan hacer con los hombres cosas grandes. Yo quisiera que pensarán un poco más en hacer grandes hombres.»

«Rusia es la piedra angular del despotismo en el mundo {*Correspondencia*}».

Napoleón asiste a la revolución para que de a luz a su hijo natural: el despotismo. El freno natural del despotismo, según T., es la aristocracia.

Esas mentes «que parecen convertir la inclinación a la servidumbre en una suerte de ingrediente de la virtud». Se aplica a Sartre y a los progresistas.

«¿Qué les falta a esos para ser libres? ¿Qué? El gusto mismo por serlo.»

Id. Tocqueville. Antiguo Régimen y Revolución francesa. TI.

Idea general: Fue la realeza quien creó el instrumento de la Revolución: el centralismo, al derribar a la aristocracia y a las libertades provinciales.

«Siempre habrá que lamentar que, en lugar de doblegar a la nobleza bajo el imperio de las leyes, la derribasen y desa-

rraigan. Al obrar así le hicieron... a la libertad una herida de la que jamás se curará.»

«Las Sociedades democráticas que no son libres pueden ser ricas, refinadas, dulces, magníficas incluso, poderosas gracias al peso de su masa burguesa; en ellas podemos encontrar unas cualidades particulares: buenos padres de familia, honrados comerciantes y propietarios muy estimables... pero lo que jamás veremos —me atrevo a asegurarlo— en esas sociedades, es a ciudadanos egregios ni, sobre todo, a un gran pueblo, y no temo afirmar que el nivel común de corazones y mentes jamás cesará de rebajarse mientras se encuentren juntos la igualdad y el despotismo.»

Id. para nuestros progresistas. «Hemos visto a hombres que creían rescatar su servilismo con los más mínimos agentes del poder político mediante su insolencia para con Dios y que, mientras abandonaban todo lo más libre, más noble y más orgulloso de las doctrinas de la Revolución, presumían de seguir fieles a su espíritu sólo por ser ateos.»

Id. «Parecíamos amar la libertad y resulta que lo único que hacíamos era aborrecer al amo.»

Cf. p. 233. La idea madre del socialismo moderno de que la propiedad de la tierra pertenece, en última instancia, al Estado, fue enseñada por Luis XIV en sus edictos.

Cf. p. 244. En el 89, los franceses estaban lo bastante orgullosos de sí mismos como para creer que podían vivir iguales en libertad. Después...

Cf. p. 245, retrato de Francia.

Los *Cuadernos* de la nobleza de París y de otros lugares pedían la demolición de la Bastilla.

Chopin (nacido en 1810). Excelente actor. Se niega a la Ópera por certidumbre de lo que él es. Félicite Talberg, que ha tocado un nocturno deformándolo como de costumbre: «¿Pero de quién era?» Pródigo y generoso. Pero implacable en sus relaciones con sus editores.

En Valldemosa, las gaviotas perdidas en la bruma chocan contra todas las vidrieras del claustro.

Tolstoi, en la agonía, escribía en el aire.

Según Montherlant, todo creador auténtico sueña con una vida sin amigos.

En el asilo de Broadmoor, donde se reeduca a los criminales locos, sangrientas disputas por un tubo de aspirina vacío.

Idea para teatro (también en Broadmoor): cuando el malo entra en escena, una pancarta: «Abucheos». Cuando entra el héroe: «Aplausos».

«La unión de tres personas unidas por una dulce conformidad de inclinaciones, cualidades y talentos, compone, a los ojos de los chinos, el colmo de la beatitud terrestre...»
Abel Rémusat.

Id. «El complejo de las Islas». Hay que tener dos mujeres. Porque el hombre posee tres almas y la mujer cuatro. Ese triángulo se halla en desequilibrio sobre ese cuadrado. Pero sobre dos cuadrados, forma una pirámide acabada y sólida.

El invierno se detiene en El Kantara donde comienza el verano eterno. Montaña negra y rosa. Según Fromentin.

Siguiendo con Fromentin: los espíritus mezquinos prefieren, en arte, lo detallado.

«Hasta el último minuto del día, el Sahara permanece con plena luz. La noche llega aquí como un desvanecimiento.»

Leer «El gran desierto» de Daumas.

No puede uno vivir todo lo que escribe. Pero trata de hacerlo.

Kaliayev es el amor invernal. Victoria el amor solar.

San Juan. «El que dice amar a Dios y no ama a su hermano es un embustero; porque, ¿cómo puede decir que ama a Dios, a quien no ve, si no ama a su hermano, a quien está viendo?» Hay que relacionarlo con el Espíritu maligno que dice: «Si yo no amo a Dios, es que no amo a los hombres y, en verdad, ¿por qué amarlos?» Id. Juan. «Si yo no hubiera venido y no les hubiese hablado, no tendrían pecado; pero ahora, no tienen excusa.»

El altruismo es una tentación, igual que el placer.

Tolstoi: «Sólo se puede vivir mientras se está ebrio de vida». Confesión (79).

Por la misma época: «Estoy loco por la vida... Ha llegado el verano, el delicioso verano...»

Guilloux. Al principio de la ocupación en Saint-Brieuc, la ciudad está fría y lluviosa, los almacenes vacíos. Es por la mañana. El camina entre la fina lluvia por las calles desiertas. Por la plaza vacía pasa un alemán, tapado con un impermeable reluciente de lluvia. Entonces, bajo el cielo plomizo, en la horrible tristeza de aquella hora, G. entra en la iglesia y reza, él que es ateo convencido (oración a María, creo). Y vuelve a salir. Después, cada vez que ha tratado de escribir aquel momento de abandono o de cobardía (no sabe cual de las dos cosas, dice él), no ha podido, o no se ha atrevido a hacerlo.

Roger Martin du Gard y la muerte de su madre. Ocultan a la madre que está enferma de cáncer. Cambian las etiquetas de los medicamentos, etc. Pero después de su muerte, el recuerdo de aquella espantosa agonía persigue a M. du G., quien se dice que él no podría soportarla. La única esperanza sería el suicidio. Pero, ¿tendría él suficiente valor para suicidarse? Prueba, hace varios «ensayos» con un revólver pero, en el último momento (el de apretar el gatillo) siente que le faltará el valor. La angustia crece, por tanto, se siente atrapado hasta que haya encontrado la «manera». Toma un taxi, apoya el revolver en su frente. «Cuando llegue a la altura de la tercera farola, apretaré el gatillo.» Tercera farola y él *siente* que de aquella manera sí que apretaría el gatillo. A partir de entonces, inmenso sentimiento de libertad.

Él mismo me dice que sufre por no tener ya ganas de nada ni de vivir (veáse su carta). La anorexia de la que hablaba Gide. En Niza, de repente, una esperanza. Ve escrito en un cartel «Bouillabaisse», a la puerta de un restaurante y *siente ganas de entrar*. Es la primera vez que siente *ganas* de algo desde hace meses. Entra y come con alegría. Después de esto, nada. Se encuentra, me escribe, en la sala de espera.

El más humano, es decir el más digno de ternura, de todos los hombres que he conocido.

Stendhal. «¿Qué es el yo? No lo sé. Me desperté un día en esta tierra, me encuentro unido a mi cuerpo, a un carácter, a una fortuna. ¿Voy yo a entretenerme vanamente haciendo por cambiarlos y entretanto olvidarme de vivir? ¡Sería un engaño! Me someto a sus defectos. Me someto a mi inclinación aristocrática tras haber despotricado durante diez años y de buena fe, contra toda aristocracia.»

L'impromptu des Philosophes^o en commedia dell'arte.

-k

Un título «moderno»: El odio al arte.

Escribir naturalmente. Publicar naturalmente y pagar el precio de todo eso, naturalmente.

*

La crítica es al creador lo que el comerciante es al productor. La edad mercantil ve así la multiplicación asfixiante de los comentaristas, intermediarios, entre el productor y el público. Por tanto, no es que hoy carezcamos de creadores, sino que hay demasiados comentaristas que ahogan al exquisito e inalcanzable pez en sus aguas cenagosas.

Novela. Véanse notas Weissberg. Los chequistas que, durante el interrogatorio, le ponen en la cabeza una corona de papel dorado adornada con cruces gamadas, una gran cruz gamada en el pecho y luego le golpean.

Id. El viejo sastre anarquista que explica con claridad su punto de vista. El juez le insulta: «Me ha ofendido usted, ciudadano juez, no volveré a contestar a sus preguntas.» Récord del interrogatorio: *treinta y un días y treinta y una noches*. ¡Asilo de locos!

Novela. Primera parte. Búsqueda de un padre o el padre desconocido. La pobreza no tiene pasado. «El día en que, en el cementerio de provincias... X. descubrió que su padre había muerto siendo más joven de lo que él mismo era en aquel momento... que el que allí yacía era menor que él desde hacía dos años, aunque hiciera treinta y cinco años

^o *L'impromptu des Philosophes*: breve texto teatral de 1946.

que estaba tendido allí... Se percató de que lo ignoraba todo de aquel padre y decidió recuperarlo.»

Nacimiento durante una mudanza.

Segunda parte. La infancia (o mezclada con la primera parte). ¿Quién soy yo?

Tercera parte. La educación de un hombre. Incapaz de arrancarse de los cuerpos. ¡ Ah, la inocencia de los primeros actos! Pero los años pasan, los seres se unen y cada acto de carne amarra, prostituye y compromete cada vez más.

No quiere ser juzgado (él no suele juzgar, a decir verdad) pero no es posible no serlo.

Dos personajes:

1) El indiferente: criado fuera de un ambiente familiar. Sin padre. Madre singular. Se las arregla solo. Un poco altivo, aunque bien educado. Camina siempre solo. Asiste a los partidos de boxeo y de fútbol. Sólo le gusta el momento cumbre. Olvida todo lo demás. Al mismo tiempo, reclama de los otros la ternura que él es incapaz de dar. Le resulta fácil mentir pero le dan ataques terribles de verdad. Un poco monstruoso. Secreto hasta el límite, porque olvida grandes partes de su vida, porque muy pocas cosas le interesan. — Artista por sus mismos defectos.

2) El otro, sensible y generoso.

Se encuentran al final (y es el mismo) junto a la madre.

¡Oh, padre! Yo había buscado locamente al padre que no tenía y ahora descubría lo que siempre tuve: a mi madre y su silencio.

Los cinco movimientos del quinteto en G menor de Mozart.

El amor y París. Argelia. «Nosotros no sabíamos amar.»

Id. Infancia pobre. Vida sin amor (no sin goces). La madre no es una fuente de amor. A partir de entonces, lo más largo en el mundo es aprender a amar.

Dos personas se comunican sólo con la mirada (digamos que son la cajera y el consumidor). Cuando llega la ocasión, se abrazan. ¿Qué dice él? «¿Tienes tiempo?» ¿Qué dice ella, qué responde ella?

«Diré que he ido a alguna parte.»

El progreso, en dos fuerzas de igual tensión, es un equilibrio óptimo. Tiene en cuenta unos límites y los somete a un bien superior. Y no en una flecha vertical, lo que supondría que carece de límites.

Obra de teatro. Lo están esperando. Vuelve del campo de concentración. Dice la verdad sobre el amor (porque ha incurrido en falta: porque ahora sabe lo que es un hombre).

Escena con su mujer delante de su Philinte y de G., mujer de Philinte. «Por ejemplo, me he acostado con G. Además, no estoy seguro de que tú y Philinte.» —Philinte: «No. No es que G. no sea comestible. Pero aunque a mí no me gusta la verdad, voy a decirla excepcionalmente. Cuando he visto que G. y tú...» — «Cómo» — «Sí, yo lo sabía. A partir de aquel momento, todo se hacía imposible entre tu mujer y yo. Porque, en fin, esa relación cruzada... ¡Puah! ¿Tú eres de mi opinión, verdad? ¿Venís a cenar mañana? G. os hará su *chaud-froid* (mirar juego de palabras). Es insuperable haciendo el *chaud-froid*. Fin del acto.

¿Pero tu ternura? — ¿Y qué, mi ternura? Existía a ratos, como todas las cosas. — ¿Y el resto del tiempo? — Mentía, claro está — Prefería tus mentiras — Es natural, siempre te gustó la siesta — ¡Pero eres un monstruo! — ¿Y tú, ángel mío?

Id. Por ejemplo mi hijo es un imbécil — ¿Ah, sí?, dice el hijo — Ya lo ves. Protestas. Es una reacción de imbécil. Un hombre inteligente admite siempre la posibilidad, qué

digo la probabilidad de ser un imbécil en alguna parte. Así que mi hijo es un imbécil (lo mira). No del todo, sin embargo. Se hace el tonto, más bien. Es astuto y sabe que la necesidad da a veces buen resultado para triunfar, es el hogar alrededor del cual la sociedad *se calienta*.

Id. El hijo se vuelve social. «Cuando el plan social coincida con el plan privado... — ¿Tu madre se volverá inteligente? No, pero... ¿Ya no desearás a la mujer de tu prójimo? — Seguramente— ¿Por qué, la tuya será perfecta? — No... — Yo a ti te veo venir. Quieres utilizar la fuerza social de los demás para arreglar los problemillas de tu vida privada. Deja eso, hijo. La miseria de los demás es cosa suya. Arreglarán ese asunto, no temas. Pero no lo toques más. ¡Ay, nolo toques más!

Id. Pero él se enamora de Dominique. Y miente otra vez.

El intelectual que pide perdón.

«Lo peor fue el Evangelio. Sí, yo leía el Evangelio, primero porque no tenía más que eso a mano y luego porque me di cuenta, al leerlo, que había más puntos comunes entre Jesús y yo que entre un policía y yo. Y el mundo de hoy está compuesto en sus tres cuartas partes por policías y admiradores de los policías.»

;

Un hombre de vida plena rechaza muchas proposiciones. Luego olvida, por la misma razón, sus rechazos. Pero esas proposiciones le habían sido hechas por gentes cuya vida no era plena y que, por esa misma razón, recuerdan su negativa. El primero tropieza después con enemigos y se sorprende por ello. De ahí que casi todos los artistas hayan imaginado que los perseguían. Pero no, respondían a sus rechazos y les castigaban por su exceso de riqueza. No hay injusticia.

El primer hombre

¿Guión?

1) Búsqueda de un padre.

2) Infancia.

3) Los años de felicidad (enfermo en 1938). La acción como superabundancia dichosa. Poderoso sentimiento de liberación cuando todo termina.

4) Guerra y resistencia (Bir Hakeim y diario clandestino en alternancia).

5) Mujeres.

6) Madre.

El indiferente. Un hombre completo. Espíritu de envergadura, cuerpo hábil y avezado en los placeres. Se niega a ser amado por impaciencia, y por sentimiento exacto de lo que él es. Dulce y bueno en lo ilegítimo. Cínico y terrible en la virtud.

Puede hacerlo todo porque ha decidido matarse. Cianuro. Entra a formar parte de la resistencia y de ahí su increíble audacia. Pero el día en que debe tomar el cianuro, *no lo hace*.

El primer hombre

Búsqueda de un padre

El hospital. La madre (y ese papel del ayuntamiento que le llevan a las dos mujeres analfabetas, que están pelando patatas en el rellano, y tienen que dejar entrar al ayudante del alcalde y devolverle el papel para que lo lea), la prensa, Cheragas, etc. Él ve al padre dibujarse un poco. Luego, todo se borra. En definitiva, no hay nada.

Siempre era así en esta tierra donde, hará 30, 70 años [...F.

En el 40, Maillol conoce a V.B., pintor judío rumano que se ha refugiado en Collioure para huir de los alemanes. Se lo

¹⁰ Lo que sigue es ilegible.

encuentra en una calle, reconoce en él a un pintor y le invita a ir a su casa para enseñarle sus dibujos. Al día siguiente V.B. va a la casa y es recibido con los brazos abiertos, explica su situación. «Esta casa es suya», le dice M. por toda respuesta. Manda que le traigan una taza de café. Abre la carpeta sonriendo a V.B. y mira por fin el primer dibujo, netamente surrealista. Una mujer que termina siendo un árbol. Maillol estalla: «No, no, esto no, no es posible. ¡Fuera de aquí!»

Nietzsche. «Todos hablan de mí... Pero nadie *piensa* en mí.»

La picota. «Hay que censurarlo. Hay que censurar su fea costumbre de parecer honrado y no serlo.» En primera persona. Incapaz de amar. Se esfuerza en ello, etc.

Lo que es aprobado por la izquierda colaboracionista se silencia o se juzga inevitable, en montón:

- 1) La deportación de decenas de millares de niños griegos.
 - 2) La destrucción física de la clase campesina rusa.
 - 3) Los millones de deportados en los campos de concentración.
 - 4) Los secuestros políticos.
 - 5) Las ejecuciones políticas casi cotidianas tras el telón de acero.
 - 6) El antisemitismo.
 - 7) La estupidez.
 - 8) La crueldad.
- La lista permanece abierta. Pero con esto me basta.

Diario de Tolstoi. Tres demonios:

- 1) El juego (lucha posible).

2) La sensualidad
(lucha muy difícil).

3) La vanidad (el más
terrible de todos).

«Estimo —dice en una carta a su tía—, que sin la religión
el hombre no puede ser bueno ni feliz... Pero yo no creo.»

Id. «La verdad es horrible.»

Octubre 53. ¡Noble oficio éste en el que uno debe dejar-
se insultar sin rechistar por un lacayo de letras o de partido!
En otros tiempos, que dicen degradantes, al menos se con-
servaba el derecho a desafiar en duelo sin hacer el ridículo,
y a matar. Era estúpido, naturalmente, pero esto hacía que el
insulto fuera menos comfortable.

Hay gente cuya religión consiste en perdonar siempre
las ofensas, pero que no las olvidan jamás. En cuanto a mí,
no soy de tan buena pasta como para perdonar la ofensa,
pero siempre la olvido.

Los que fueron fecundados a la vez por Dostoyevski y
por Tolstoi, que comprenden tanto a uno como al otro, con
la misma facilidad, son temperamentos siempre temibles
para sí mismos y para los demás.

Octubre 53. Publicación de *Actuelles II* [Crónicas 1948-
1953]. El inventario está terminado, también el comentario
y la polémica. En lo sucesivo, la creación.

Al día siguiente de las grandes crisis históricas nos encon-
tramos tan descontentos y enfermos como a la mañana
siguiente de una noche de excesos. Pero no existe aspirina
que cure la resaca histórica.

Esos pensamientos que no decimos y que nos sitúan por encima de todas las cosas, en un aire libre y vivo.

*

Se dice que Nietzsche, tras la ruptura con Lou y viviendo una soledad definitiva, se paseaba de noche por las montañas que dominan el golfo de Genova, encendía unas inmensas hogueras y las contemplaba mientras se consumían. A menudo he pensado en esos fuegos y su luz ha bailado detrás de toda mi vida intelectual. Incluso, si en ocasiones fui injusto con ciertos pensamientos y con ciertos hombres que conocí en el mundo, es porque los coloqué sin querer frente a esos incendios e inmediatamente quedaron reducidos a cenizas.

Melville habla de Moby Dick en una carta a Hawthorne: «Este es el epígrafe secreto del libro: Ego non baptíso te in nomine...»

Id. «Cuando yo escribía ese libro, cobraba conciencia de una construcción alegórica sobre la que reposaba todo el libro así como cada una de sus partes.»

Id. Después de haber terminado M.B. y haber leído la carta admirativa de Hawthorne: «Experimento un extraño sentimiento de satisfacción y de irresponsabilidad; ningún deseo de desenfreno».

Y luego «Presiento que dejaré este mundo con menos amargura después de haberle conocido».

Cf. El tema del cuento «El fracaso dichoso»: Alabanzas a Dios por ese fracaso.

Nietzsche. Podríamos clasificar a los hombres religiosos en la primera fila de los artistas.

Nietzsche: *Aurora*. «No silencies jamás, no disimules jamás lo que puedan pensar contra tus propios pensamientos. Júralo solemnemente. Es el primer acto de lealtad que debes a tu pensamiento.»

Más allá...: «Quien tiene carácter, tiene en su vida un suceso típico que retorna eternamente.» Pregunta, entonces: encontrar el suceso y darle su nombre.

Genealogía...: «Quienquiera que haya construido un nuevo cielo no encontró el poder suficiente para esa empresa sino *en el fondo de su propio infierno*.»

La «polifonía» de ciertos temperamentos.

*

Nietzsche (*Humano demasiado humano*): «Poco tiempo después caí enfermo, más que enfermo, cansado por la continua desilusión que me causaba todo lo que nos entusiasmaba a nosotros los modernos...»

... «Aquí habla un hombre que sufre y que se priva, pero se expresa como si no sufriera ni se privase.»

... «De ahora en adelante solitario, he tomado partido contra mí mismo y a favor de todo aquello que, precisamente, me era contrario y me hacía sufrir.»

Objetivo único y gigantesco: el conocimiento de la verdad.

Eterno retorno: Exaltar lo que es y adorar su retorno. (Sin metafísica, en efecto, no nos queda más que eso).

Billete a Lou (1882). «En la cama. Crisis aguda. Desprecio la vida.»

*

Necesidad de una aristocracia. En el presente, sólo pueden imaginarse dos: la aristocracia de la inteligencia y la del trabajo. Pero la inteligencia sola no es una aristocracia. Ni el trabajo (los ejemplos, en ambos casos, son evidentes). La aristocracia no consiste, en primer lugar, en gozar de ciertos derechos sino, antes que nada, en la aceptación de ciertos deberes y únicamente éstos legitiman los

derechos. La aristocracia es afirmarse y borrarse a un mismo tiempo. Para salir de uno mismo (definición del deber), la inteligencia no puede ir en busca de privilegios. Unos forman parte de ella y otros son lo contrario de la inteligencia. Y el deber no consiste ni en afirmarse ni en suprimirse sino en emplear lo que se afirma. No puede ir, por tanto, sino hacia el trabajo, que es su deber y su límite. El trabajo, por su parte, no puede ir hacia el embrutecimiento, inconsciente o consciente (humillación generalizada de la inteligencia) que es o él mismo o su contrario (véase más arriba). Por consiguiente, sólo puede ir hacia la inteligencia. Finalmente, la aristocracia del trabajo y la de la inteligencia no son posibles en el presente si no se reconocen una al otro y empiezan a caminar la una hacia el otro para conformar algún día una sola imagen superior del hombre.

La obligación de ocultar una parte de su vida le daba aires de virtud.

La única fuente de la aristocracia es el pueblo. Entre los dos no hay nada. Esa nada que es la burguesía, desde hace ciento cincuenta años, trata de dar una forma al mundo y no obtiene más que la nada, un caos que aún sobrevive sólo a causa de sus antiguas raíces.

Walpole. «Su sentido común llegaba a lo genial.»

•k

Utilizar los propios vicios, desconfiar de las propias virtudes.

Brupbacher. «Nadie debería producir más filantropía ni más moral de la que secreta naturalmente.» Pensaba que la

misión del filósofo militante consiste en favorecer en todas las clases todos los factores de libertad.

W. Whitman. «Cuando la libertad se va de alguna parte, no es la primera cosa que se va. Espera a que todas las demás se vayan, es la última en hacerlo.»

*

Van Gogh, amancebado con una mujer del pueblo llamada Christine, la abandona cuando ella está en la maternidad. Gauguin, al despertarse por la noche, veía a Van Gogh inclinado sobre él y mirándolo fijamente. En el asilo de Saint-Rémy, el conde de G. se golpea el pecho con un trozo de madera repitiendo: «¡Mi querida, mi querida!».

n

Salacrou, en las notas que acompañan al tomo VI de su teatro, cuenta la historia siguiente: «Una niña a punto de cumplir diez años declara: «Cuando sea mayor, me inscribiré en el partido más cruel.» Al ser interrogada, se explica: «Si mi partido está en el poder, no tendré nada que temer y si es el otro, sufriré menos puesto que es el partido menos cruel el que me perseguirá». No creo mucho en la historia de esa niña. Pero conozco muy bien ese razonamiento. Es el razonamiento inconfesado pero eficaz de los intelectuales franceses de 1954.

El padre de Dostoyevski mandaba azotar a los campesinos que le saludaban y a los que no le saludaban. Según él, eran demasiado audaces en ambos casos. Cuando muere su mujer, a quien él martirizaba, se emborracha por las noches y habla con ella, adoptando alternativamente voz de mujer y voz de hombre. Es asesinado. Con la cabeza reventada y el sexo aplastado entre dos piedras. Dos meses después, D., que aborrecía a su padre, ve pasar un entierro, cae al suelo y brama de dolor.

Id. Spechniov (el petrachevskista — «El hombre de ironía, de libertad y de poder») y «cada cual es culpable de todo, para todos». Raíz etimológica de Stavroguin: *stauros*: la cruz.

Odio del ruso a la forma que limita. Han llevado la revolución hasta el final. Berdiaeff anota en alguna parte que jamás tuvieron Renacimiento. La ansiedad, siempre. Id. Según Berdiaeff la ausencia de caballería tuvo consecuencias desastrosas para la cultura moral rusa.

Carlyle, Nietzsche, Dostoyevski, ¿son revolucionarios? Los llaman, sin embargo, contrarrevolucionarios.

Adaptación de los Endemoniados.

Cf. Berdiaeff. «Chatov, Verkhovenski, Kirilov, son otros tantos fragmentos de la personalidad disgregada de Stavroguin, emanaciones de esa personalidad extraordinaria que se agota dispersándose. El enigma de Stavroguin, el secreto de Stavroguin, es el tema único de los Endemoniados.»

Tesis de Dostoyevski: Los mismos caminos que conducen al individuo al crimen llevan a la sociedad a la revolución.

Verkhovenski: «La fuerza más importante de la revolución es la vergüenza de tener una opinión propia.»

Cf. Guardini pp. 40-41 y 202.

¿Un sacerdote que siente dejar sus libros al morir?
¿Quiere esto decir que el violento placer de la vida eterna no sobrepasa infinitamente la dulce compañía de los libros?

8 de mayo. Caída de Dien Bien Fu. Como en el 40, sentimiento dividido entre vergüenza y furor.

En la noche de la masacre, el balance está claro. Políticos de derechas pusieron a unos desdichados en una situación indefendible y, durante ese mismo tiempo, los hombres de la izquierda les disparaban por la espalda.

Según Johnson (Boswell) la perfecta cortesía consiste en no estar marcado por una profesión cualquiera, sino al contrario, en tener una soltura general en todos los modales y en todas las circunstancias.

Id. Volverse a casar: «El triunfo de la esperanza sobre la experiencia».

Id. Un amigo de J.: «Traté, en mis tiempos, de ser un filósofo pero no sé por qué, siempre era interrumpido por la alegría».

Id. «Ya verá usted, cuando estemos reunidos algún tiempo, que mi hermano es muy ameno.

—Esperaré, Señor —dice J.»

Sócrates aprendió a bailar a una edad avanzada.

Johnson: «Ningún hombre es un hipócrita en cuanto a sus diversiones».

Antes de morir concibe un «pensamiento curioso»: no recibimos cartas en nuestra tumba.

Don Juan Fausto

1) Tener razón.

2) Nada está permitido.

3) Consiente en la estratagema de los franciscanos que lo matan. ¿Aix-en-Provence? ¿Romanticismo?

Sganarelle sería *M. Néant de l'Impromptu des Philosophes*. Él es quien anuncia «No vendrá»: (reprende al padre de Doña Ana quien pregunta a Don Juan sobre sus vicios. Véase *Impromptu*).

Donjuán es Fausto sin el pacto — (desarrollar).

Acto III, en Brasil con los esclavos. Acto IV, Acto V se convierte en hombre y solitario. *Solitario con todos*.

D. J. Pacto con el diablo pero sin el diablo. *Apostar por el mundo*, la sensación y el goce es hacer un pacto con el diablo. *Apostar por la justicia* es pactar también.

A petición de Massignon, escribo al presidente de la República para pedirle el indulto de los sentenciados a muerte de Mokhnin¹¹. Unos días después, encuentro la respuesta en los periódicos: tres de los condenados han sido fusilados. *Quince días después de la ejecución*, el director del gabinete me informa de que mi carta ha «despertado el interés» del presidente y ha sido transmitida al Consejo Superior de la magistratura. Soñadora burocracia.

Dos millones de afiliados a los sindicatos sobre once de asalariados. En 1947 había siete millones de sindicados.

Obra de teatro. Un hombre feliz. Y nadie puede soportarlo.

En el agua, la tortuga se convierte en pájaro. La tortuga gigante de los mares cálidos planea en el seno de las tibias aguas como un hermoso albatros.

*

Música atonal, música para las voces, para la voz febril del hombre moderno.

¹¹ En 1954, siete tunecinos fueron condenados a muerte por haber asesinado a tres policías. La carta de Camus al presidente Coty es del 12 de abril de 1954.

Carta a M.: «No maldiga a Occidente. En cuanto a mí, lo maldije en tiempos de su esplendor. Pero hoy que sucumbe bajo el peso de sus faltas y de su demasiado larga gloria, no lo abrumaré... No envidie a los del Este el sacrificio de la inteligencia y del corazón a los dioses de la historia. La historia no tiene dioses y la inteligencia iluminada por el corazón es el único dios que, bajo mil formas distintas, ha sido celebrado en este mundo».

*

Chejov: «Lo esencial para un escritor no es la gloria... es la paciencia de soportar.» «Llevar su cruz y conservar la esperanza.»

La escuela de los Críticos: las «leyes» del teatro.

—Si he entendido bien, señor, debo acatar con puntualidad unas leyes que ni Esquilo, ni Shakespeare, ni Calderón, ni Corneille, ni, finalmente, ninguno de los grandes genios dramáticos, han dejado de violar.

—Sería más justo decir que esas leyes, sólo Shakespeare, Esquilo y los demás podían permitirse violarlas.

—Así que, aunque siga sus consejos, yo no seré ni uno ni otro de esos grandes creadores.

—¿Pretendía usted serlo?

—Serlo, no. Pero llegar a serlo. Y si no, ¿para qué escribir? Fracasaré, es casi seguro. Pero el haberlo intentado dará a mi vida un sabor que usted me arrebató de antemano. Y Shakespeare, después de todo, nació de cien locos pretenciosos y desesperados que querían ser Shakespeare. En cuanto a Feydeau, no salió más que de Feydeau (me río con él, fíjese bien, pero escasas veces más allá de un acto).

Obra de teatro. El rey Lear es hoy un patricio expropiado por los socialistas.

Id. Un Calígula que ya no acusa al mundo sino a sí mismo.

*

Muerte de Marcel Herrand.

*

Los hombres virtuosos a menudo se convierten en ciudadanos pusilánimes. A la raíz del verdadero valor hay un desarreglo.

Según nuestros existencialistas, todo hombre es responsable de lo que es. Lo cual explica la total desaparición de la compasión en su universo de viejos agresivos. No obstante, pretenden luchar contra la injusticia social. Por consiguiente, hay personas que no son responsables de lo que son, el miserable es inocente de su miseria. ¿Entonces? El mutilado, la fea, el tímido. Y para terminar, ¿la compasión, de nuevo?

Pericles ante la tumba de un hombre joven: «El año ha perdido su primavera».

Cuando hablaban de mí como de un «director» (alguien que enseñaba, en suma, la buena dirección) una parte de mí, naturalmente, se hinchaba de imbécil vanidad. Pero otra parte, durante todos estos años, se moría de vergüenza.

M. H. El aspecto espantosamente triste de los moribundos, y el aire obcecado y provinciano de quienes asisten a las agonías. El tan mundano y luego, de repente, casi acorralado en esa alcoba, donde sólo...

Hay momentos en que dejarse llevar por la sinceridad equivale a un relajamiento inexcusable.

El primer hombre: Las etapas de Jessica: la niña sensual. La joven enamorada prendada de absoluto. La enamorada auténtica. La realización sin el equívoco de los comienzos.

«Cuando yo más la amaba, algo dentro de mí la aborrecía por lo que había hecho, visto y sufrido. Sufrido, sobre todo. La aborrecía por no haberme esperado, muerta, hasta la madrugada. Y la aborrecía en presencia de alguien más que, dentro de mí, se reía de esa irrisoria pretensión.»

Jonas. Es la crisis de la vivienda. Y luego los cuadros se acumulan y ocupan su lugar. De ahí el sobradillo.

En el momento en que él ya no hace nada — «Los oía correr por las estancias... la vida, el ruido que hacen los hombres, qué bonito era. La niña reía. ¡Cuánto los quería! ¡Cuánto los quería!»

Obra de teatro. El mentiroso 1) Él miente. Entre dos mujeres.

2) Él dice la verdad.

3) Ante la catástrofe, vuelve a mentir (ella rompe el papel que la haría salir de la mentira).

Una obra sobre lo imposible de la soledad. *Ellos están siempre ahí.*

Novela. Amistades (a mi hijo que volverá a empezar).

Lo que más le cuesta al hombre soportar es ser juzgado. De ahí el apego a la madre, o a la amante ciega, de ahí también su amor por los animales.

Bomba termonuclear: en última instancia, la muerte generalizada coincide con la condición humana bajo esa óptica. Basta, por tanto, con ponerse en regla. Nos encontramos frente al primero y al más antiguo de los problemas. Llegados al infinito, volvemos a empezar desde cero. 2º desplazamiento del problema: el azote universal ya no tiene a Dios por autor sino a los hombres. Los hombres, por fin, acaban de igualarse a Dios pero en su crueldad. Debemos, pues, reiniciar la rebelión de la edad antigua, pero esta vez contra la humanidad. Se reclama un nuevo Lucifer que niegue el poder de los hombres.

Curioso. «Sucio judío» dice el mayor. Y el pequeño le golpea. Tenía que golpearle. Aunque no sentía deseos de hacerlo. No odiaba a aquella cabeza que estaba golpeando... Y el otro tampoco lo deseaba. No tenía ganas de llamar judío a aquel pequeño tan simpático, no tenía ganas de golpearle. Pero había que responder y pegar.

Cuentos fantásticos.

El Cristo-Pan.

*

Estética. Puede suceder que partamos de la emoción y surja el grito. En otras ocasiones, salimos al encuentro de la emoción, aún viva en la memoria, mediante un largo rodeo de frases y palabras que, finalmente, nos conducen a ella y

resucitan, en efecto, la emoción, no ya como un grito sino como una ola grande cuya amplitud...

Id. Si yo digo «Tiene la nariz como una calabaza», eso no nos da idea de nada; «como un melocotón» sí. El arte es una exageración calculada.

Los amores de Char y de la leona en el zoológico. Él le coge la cabeza a través de los barrotes. Ella se echa boca arriba. Abre sus cortas patas...

Por todos los caminos del mundo hay millones de hombres que nos han precedido y sus huellas son visibles. Pero en el mar más viejo, nuestro silencio es siempre el primero.

Nadie merece ser amado, nadie está a la altura de ese don sin medida. El que lo recibe descubre entonces la injusticia.

4

Si yo no hubiera cedido a mis pasiones, tal vez hubiera podido intervenir en el mundo y cambiar algo. Pero cedí y es por eso que soy un artista, y únicamente eso.

Desde siempre hay alguien dentro de mí que ha tratado, con todas sus fuerzas, de no ser nadie.

*

Al final de ese largo pensamiento arde, a lo lejos, el sí total.

En el momento mismo en que, después de tantos esfuerzos, yo ponía los límites creyendo conciliar lo inconciliar, los límites saltaban y yo me veía precipitado a la infelicidad muda.

Cuaderno VIII
(*Agosto de 1934 -julio de 1938*)

15.8.1954

4.ª sinfonía en sol mayor para sopranos y orquesta de Mahler. A veces Malher nos hace apreciar a Wagner, de quien muestra, por contraste, hasta qué punto este último era dueño de su niebla. Otras veces, Mahler es muy grande.

16.8.1954

X. me dice: «¿Por qué no aceptamos la idea de la vida eterna? Porque, finalmente, es una beatitud privada de conciencia y nosotros queremos ser, es decir, saber que somos. Pero entonces, por qué reprocharle al mundo aquello que nos trae precisamente la conciencia, es decir el mal y el sufrimiento (en efecto, esta es la contradicción del ateísmo moderno). Yo siempre acepté el sufrimiento con una especie de alegría, la alegría de ser». Le digo que en eso consiste el genio. ¿El genio? Sí, el genio de la vida, que sólo ella, entre los seres que he conocido, lleva con orgullo natural.

17. Berl

Es más fácil para los intelectuales decir no que decir sí. El médico Reclus que había tomado partido por Dreyfus, al mirar los volúmenes de sus obras al final de su vida se dio

cuenta de que hubo dos años en que él no produjo nada. ¡Ah, sí, Dreyfus! Había dedicado aquellos dos años a *estudiar* las actas procesales del asunto. Hoy se toma partido sólo con leer un artículo.

Tarde perdida.

18

No saldré adelante. Suicidio. Quien ya está muerto ¿qué está esperando? Cementerio de Anet donde la yedra ha roto una vieja losa.

Durante años viví enclaustrado en su amor. Hoy, tengo que huir, sin haber dejado de amarla, ni al menos de preocuparme por ella, lo que es difícil.

19

Mañana terrible. Después de comer, exposición de Cézanne: primeras pinturas mórbidas y locas (la obsesión sexual, en particular). Una locura semejante exigía la disciplina terrible que se impuso Cézanne. Sólo los dementes son clásicos, pues son eso o nada. C. llevó la exigencia a la medida de su desorden y eligió naturalezas muertas y paisajes porque podía encontrar en ellos una arquitectura, una geometría. Hacia el final, vuelve a los cuerpos y a las caras y recobra una demencia, la demencia que había disciplinado. El cubismo está aquí ordenado (anunciado)¹².

Correo.

20

Correo. Día muerto.

Lectura dudosa.

25

Día muerto. N.A. (Derain, loco después hemiplejía y atropellado por coche. Su mujer y su antigua amante no quitan los ojos de los cuadros precintados mientras él delira en una clínica).

La puerta del infierno. Película japonesa un poco americanizada. Pero al lado de ese arte la barbarie del nuestro.

22

Triste y sabia naturaleza de Ile-de-France.

23-24

Días muertos. Almuerzo con Berl.

25

Trabajar salvo por la mañana. Museo del Hombre. Salgo de allí con la boca llena de ceniza, de esa ceniza de huesos que es la de los esqueletos y las momias. Momia peruana: [...] " de la historia. ¿Quién sería?

Acción y escritura: No están tan seguros de tener razón, pero esa incertidumbre les da mala conciencia. Así que escribirán para quitarse de encima esa mala conciencia. Para hacerlo buscarán nuevos argumentos, los encontrarán y afirmarán, por tanto, un poco más. Los de enfrente harán lo mismo. Las posiciones se irán endureciendo. Tantas afirmaciones repetidas equivaldrán a acciones. Pronto las provocarán. El partido vencedor encontrará de este modo suficientes cargos de acusación el día de la victoria. De tanto huir de su mala conciencia, a los vencidos les parecerá verdadera su culpabilidad y responderán de la misma sin haber deseado aquello. Otro día, a los vencedores les tocará ser

Una palabra ilegible.

vencidos y responderán a su vez sin haberlo deseado. La historia es un largo crimen perpetrado por inocentes.

*

7 de septiembre

Han vuelto los niños. Catherine no puede dormirse porque tiene miedo de morir (le duele el pecho). ¿No es escandaloso que esa angustia empiece ya a torturar a estas criaturas pequeñas?

8 de septiembre

N.A. me llama por teléfono: Derain acaba de morir. Hemipléjico, loco, perseguido por su mujer que ha mandado precintar sus cuadros. N.A. está desesperada. No hay nada que hacer. Pobre Derain, cuya fuerza huraña amaba yo tanto. Demasiado vivo para su propia vida.

9

Para X. (y su familia) el amor se confunde con el sufrimiento, con la angustia. Amar es sufrir de o por. Para mí, jamás ha ido separado de un cierto estado de alegre inocencia. Apenas me los encontraba, me veía sumido en la culpabilidad y ya no podía amar realmente.

20

No es morir lo que me asusta sino vivir en la muerte.

El aniquilamiento no tiene nada que pueda asustar al que ha vivido mucho.

Dios no es necesario para crear la culpabilidad ni castigar. Bastan las criaturas. Si acaso, es la inocencia lo que él podría fundar.

21

¿Cómo predicaría la justicia aquél>que ni siquiera ha conseguido que reine en su vida?

El asesino, para matar a hachazos a su familia durante la noche, se había desnudado.

M.: «Eres discreto, bueno y (para compensar lo que de repugnante hay en la bondad), eres apasionado y a veces injusto».

5 de octubre

Decorado de Rotterdam por la noche, ornada con todas sus carcasas luminosas sobre sus canales.

La Haya

Todo ese mundo agrupado en un espacio pequeño de casas y aguas, pegadas silenciosamente unas a otras, y llovía por toda la ciudad, largamente, sin tregua posible, y unos niños feos con cara de mal genio controlaban la circulación de plácidos coches y los hermosos [...] verjas del real museo para limpiar el frontón de opulentas decoraciones mientras seguía lloviendo y un pianista montado en un triciclo [...] tocaba Tristeza de Chopin acompañado por un [...] violinista y un distinguido mendigo que recogía caritativas moneditas, óbolos que producían un sonido blando y que se dirigían a los dioses gesticulantes de Indonesia que se ven en los escaparates y que merodean, invisibles, por el aire de Holanda, poblando la nostalgia de los colonos expropiados. ¡Oh, Java! Isla lejana cuyos hijos sirven aquí el café mientras sigue lloviendo y en el aire mojado planea el maravilloso recuerdo de la muchacha en la puerta fuente inagotable, luz del tísico y el silencio del viejo hermano de Rembrandt cuyos ojos miran sin deseo el país eterno.

¹⁴ Tres palabras ilegibles.

¹⁵ Una palabra ilegible.

¹⁶ Una palabra ilegible.

6 de octubre

Llueve desde hace días y el viento frío [...] ¹⁷. Era allí en Rotterdam recién niquelada, y en Amsterdam siempre mojada; y aquí en La Haya, encaramados sobre unas bicicletas de alto manillar como cisnes fúnebres que bailan en corro en torno al Vigver frío, entre las anguilas vivas del mercado de pescado y las maravillosas joyas de los feos escaparates, del mismo color que las hojas muertas pegadas al suelo por todas partes y los arenques ahumados que navegaron durante mucho tiempo por unos mares de oro viejo. ¡Oh, Cipango, allí y aquí [...] ¹⁸ Holanda, dulce Holanda, donde se aprende la paciencia ¹⁹ de morir.

Conversión a la seriedad. La seriedad es la mentira aceptada y la invalidez reconocida. Para todo lo demás, la sinceridad tranquila.

Don Juan

Ella: Siempre supe que usted no me amaba.

Pero yo la amaba.

Usted me hablaba y a veces miraba por encima de mi cabeza.

Él: Yo no seduzco, me adapto.

26 de octubre

Lo contrario de la reacción no es la revolución sino la creación. El mundo está sin cesar en estado de reacción, o sea que se encuentra sin cesar en peligro de revolución. Lo que define al progreso, si lo es, es que, sin tregua, creadores de todo tipo encuentran las formas que triunfan del espíritu

¹⁷ Cuatro palabras ilegibles.

¹⁸ Una palabra ilegible.

¹⁹ Lectura dudosa.

de reacción y de inercia, sin que la revolución sea necesaria. Cuando esos creadores ya no se encuentran, la revolución es inevitable.

Según Koestler el antiguo derecho turco consideraba como circunstancia atenuante de un crimen el que hubiera sido cometido por [...] ²⁰.

Madreselva, su olor va unido para mí a Argel. Flotaba en las calles que subían hacia los jardines altos donde unas muchachas nos esperaban. Viñas, juventud...

La rosa blanca de la mañana tiene un olor de agua y de pimienta.

Julia

Ultimo acto: J. Yo soy fea.
d'Al sí.

vi

Todo lo que en mí y en los seres me tira hacia abajo.

1 de noviembre

A menudo leo que soy ateo, oigo hablar de mi ateísmo. Ahora bien, esas palabras no me dicen nada, no tienen sentido para mí. Yo no creo en Dios y no soy ateo.

Como creador, he dado vida a la misma muerte. Es cuanto yo debía hacer antes de morir.

Dos palabras ilegibles.

Pavese: «Somos unos gñlipollas. La poca libertad que el gobierno nos deja, permitimos que nos la coman las mujeres».

Rembrandt: la gloria hasta 1642, a los treinta y seis años. A partir de esa fecha, camino hacia la soledad y la pobreza. Experiencia no frecuente y más significativa que esa otra, banal, del artista no reconocido. Sobre una experiencia como esta aún no se ha dicho nada.

B.C.: «Ese poder espiritual, la Naturaleza no se lo da al hombre para que la goce él mismo. Se la confía con vistas a un uso que sobrepasa a su persona».

Id.: «Un auténtico creador está orgánicamente sometido a la ley del placer».

Spengler dice que el alma de Rusia es una rebelión contra la Antigüedad. Hay mucho de cierto. Veáse asimismo Berdiaeff: Rusia jamás tuvo Renacimiento.

Texto sobre Hébertot. En medio de la gruta está el gran cachalote blanco. Filtra entre sus dientes y no deja llegar hasta él sino un plancton de autores sabrosos.

*

Realismo. Todo el mundo es realista. Nadie lo es. Finalmente, no es la estética lo que importa sino la actitud interior.

La literatura de los países totalitarios muere no tanto porque es dirigida sino porque se halla cortada de las otras

literaturas. Todo artista que, de antemano, no está abierto a la realidad entera está mutilado.

*

7 de noviembre de 1954

41 años.

*

Las Bacantes

En Sicilia. Ahora. Pueblecito de la región de Palermo. Y todo armonía.

Obras muy grandes en perspectiva. De todas formas, algo permanece. Ej.: Donjuán, Fausto, todo entra.

Corregir *Homme Révolté* p. 225, renglón 6 (obreros en lugar de monjes) y p. 229, renglón 1.

Carta Duperray. «Los sindicalistas revolucionarios continúan entregándose a su actividad esencial: buscar las razones de separarse basándose en unos principios comunes.»

Título de novela corta: Un puritano de nuestro tiempo.

24 de noviembre. 10 h

Llegada a Turin esta mañana. Desde hace varios días, alegría al pensar que vuelvo a Italia. Desde 1938, fecha de mi última estancia, no había vuelto por allí. La guerra, la resistencia, *Combat*, más todos esos años de repugnante seriedad. Viajes, pero instructivos y durante los cuales el corazón callaba. Me parecía que mi juventud me esperaba en Italia, y nuevas fuerzas, y la luz perdida. Iba a huir asimismo de ese universo (el de mi casa) que, desde hace un año, me destruye célula tras célula, quizá a salvarme definitivamente. Ayer, en realidad, cuando arrancó el tren, mi ale-

gría ya no era tan grande. Cansado primero y luego el encuentro con Grenier, cuando yo hubiera deseado que hablásemos con abandono y no pude hacerlo, X. también, que no me ayudó a irme contento.

Por la noche, sin embargo, entre breves períodos de sueño, me iba llegando una sensación feliz, aún lejana.

A las 7 esta mañana, el convencimiento de que estamos en Italia. Me espabilo, abro el «store»: un paisaje nevado y brumoso. Nieva en toda la Italia del Norte. Solo en mi compartimento, me ha dado un ataque de risa. No hace frío. Sin embargo, la encantadora LA. que me está esperando, pretende que se muere de frío. Con su bonito francés vacilante, sus pequeños gestos sosegados y graciosos (me recuerda a mamá), sonrosada por el frío como una florecilla de las nieves, me devuelve un poco de Italia. Ya unos italianos en el tren, y enseguida los del hotel, me habían calentado el corazón. Pueblo al que siempre he amado y que me hace sentir mi exilio en el perpetuo mal humor de los franceses.

Desde el cuarto del hotel, veo Turin sobre el que cae la nieve sin parar. Aún me estoy riendo de mi decepción. Pero recobro el valor.

Turin bajo la nieve y la niebla. En la galería egipcia, las momias sin vendas que han sacado de la arena se encogen de frío. Me gustan las grandes calles enlosadas y espaciosas. Ciudad construida con espacio y con muros a partes iguales. Voy a ver la casa del 6 via Carlo Alberto donde Nietzsche trabajó y después se hundió en la locura. Jamás he podido leer sin llorar el relato de la llegada de Overbeck, su entrada en la habitación donde Nietzsche, loco, delira, y luego el impulso de éste que se arroja llorando en los brazos de Overbeck. Delante de aquella casa, trato de pensar en él por quien siempre sentí afecto además de admiración, pero en vano. Lo encuentro más presente en la ciudad y comprendo, pese al cielo bajo, que él la amase y por qué la amó.

Novela corta. Los prisioneros de un campo de concentración eligen a un papa, y lo escogen entre aquéllos de los suyos que más han sufrido, reniegan del otro, del romano, que vive en el lujoso Vaticano. Lllaman al suyo *Padre* aunque sea uno de los más jóvenes, le obedecen en todo, mueren por él hasta que él mismo muera defendiendo a sus hijos (o bien, se niega a morir porque quedan aún otros por defender, y es el comienzo).

25 de noviembre

Día gris y brumoso. Ando errante por Turin. Sobre la colina, calaveras coronadas. En el corazón de la ciudad, amplias perspectivas, caballos de bronce que se abalanzan entre la niebla. Turin, ciudad de caballos petrificados en su mismo impulso, donde Nietzsche, ya demente, paró a un caballo al que pegaba su conductor y lo besó locamente en el hocico. Cena en villa Camerana.

*

26 de noviembre

Largo paseo por las colinas de Turin. Alrededor, en el cielo, surgen los Alpes nevados y desaparecen entre la niebla. El aire es fresco, húmedo, perfumado de otoño. La ciudad, allá abajo, está cubierta de niebla. Lejos de todo, cansado y extrañamente dichoso. Por la tarde, conferencia.

27 de noviembre

Mañana, salida hacia Genova con LA.; extraña criatura, limpia, rica de corazón y voluntad, con una suerte de renunciamento reflexivo que sorprende en una persona tan joven. Quiere «reír y añorar». En cuanto a religión, cree en el «amor desprendido». Desde luego, tiene muchas cosas de mamá, en quien pienso con tristeza. Sigo llevando esa muerte grave, increíble, en el corazón...

Sobre todo el Piamonte y la Liguria, lluvia y niebla. Atravesamos las montañas que bordean la costa de Liguria en

medio de campos nevados. Cuatro túneles y la nieve desaparece mientras la lluvia aprieta sobre las pendientes que bajan hacia el mar. Dos horas después de la llegada, conferencia. Cena en el Palacio Doria. La vieja marquesa reseca, salvo los ojos y el corazón. Al salir, camino por una Genova al fin recuperada, lavada con abundantes aguas. Los mármoles negros y blancos relucen, brotan las luces en las calles, grandes arterias, banales.

*

Del siglo VI al año 1800, la población de Europa jamás llegó a superar los 180 millones.

¡De 1800 a 1914, pasa de 180 millones a 460 millones!

Ortega y Gasset. Que quiere saber con quién habla —para escribir—.

Distingue la sociedad y la asociación.

La libertad y el pluralismo son las dos dominantes de Europa.

Filósofo y profesor de filosofía —véase pág. 26— sobre la aristocracia verdadera, pasión.

Humboldt. Para que el ser humano se enriquezca y se perfeccione, hace falta una variedad de situaciones. El mantenimiento de esa variedad es el esfuerzo central del verdadero liberalismo.

La Rusia de hoy ve el triunfo del individualismo bajo su forma cínica.

Ortega y Gasset. La historia, eterna lucha entre los paráliticos y los epilépticos.

Toda sociedad está basada en la aristocracia, ya que ésta, la verdadera, es exigencia con respecto a uno mismo y sin esa exigencia, toda sociedad muere.

Ortega y Gasset. La vida creadora supone un régimen de alta higiene, de gran nobleza, de constantes estímulos que exciten la conciencia, y hay que añadir: la vida creadora es una vida enérgica.

Cómo bullen de sombras los «vicos» estrechos. Contento y cansado.

28 de noviembre

Largo paseo por Genova. Ciudad fascinante y muy parecida a la que yo recordaba. Los soberbios monumentos están dentro de un apretado corsé de callejuelas bulliciosas de vida. La belleza aquí, se produce *in situ*, irradia en la vida diaria. Un cantante, en la esquina de una calle, improvisa sobre los escándalos de la actualidad. Es el diario cantado.

Pequeño claustro de San Mateo. El viento pega las ráfagas de lluvia sobre las anchas hojas del níspero. Breve instante de felicidad. Ahora hay que cambiar de vida.

Noche: Salida hacia Milán bajo la lluvia. Llegada bajo la lluvia. Lo que Stendhal amó aquí ya está bien muerto.

29 de noviembre

La Santa Cena — Vinci se encuentra, decididamente, en el comienzo de la decadencia italiana. Claustro de San Ambrogio. Conferencia. Por la noche tomo el tren de Roma, exasperado por las estúpidas mundanalidades que siguen a las conferencias. Incapaz de soportar más de media hora esas sandeces. Noche en blanco.

Por la mañana, al fin sale el sol, pálido pero resuelto, sobre la campiña romana. Tontamente, se me saltan las lágrimas. Roma. Otro de esos hoteles lujosos y estúpidos como la sociedad que los mantiene. Mañana me cambiaré. N. con él contemplo el nacimiento de Venus. Paseo a lo largo de Villa Borghese y del Pincio: todo está pintado en el cielo con un pincel de pelo ralo. Duermo. Última conferencia. Por fin libre. Cena con N., Silone y Carlo Levi. Mañana hará bueno.

1 al 3 de diciembre

Hay ciudades como Florencia, las pequeñas ciudades toscanas o españolas, que llevan al viajero, que lo sostienen a cada paso y hacen su andar más ligero. Otras que enseguida pesan sobre los hombros y nos aplastan, como Nueva York, y hay que aprender poco a poco a enderezarse y a mirar.

Roma pesa de esa manera, pero con un peso sensible y ligero, la llevamos en el corazón como un cuerpo de fuentes, de jardines y cúpulas, respiramos bajo su peso, algo oprimidos pero singularmente felices. Esta ciudad, relativamente pequeña pero cuyas perspectivas aéreas resplandecen, en ocasiones, al volver una calle, este espacio sensible y limitado, respira junto con el viajero y vive con él.

He dejado el hotel para instalarme en esta pensión junto a la Villa Borghese. Tengo una terraza que da a los jardines y la vista que desde ella se descubre me emociona cada vez que me asomo. Después de tantos años de una ciudad sin luz, de madrugadas de niebla, entre paredes, me alimento sin cesar con esa hilera de árboles y cielos que va desde la Porta Pinciana a la Trinità dei Monti y detrás de la cual Roma rueda sus cúpulas y su desorden.

Cada mañana, cuando salgo a la terraza, aún un poco ebrio de sueño, me sorprende el canto de los pájaros, me viene a buscar al fondo del sueño y toca un lugar preciso para liberar, de golpe, una suerte de alegría misteriosa.

Desde hace dos días el tiempo es bueno y la hermosa luz de diciembre dibuja ante mí los cipreses y pinos retorcidos.

Me arrepiento aquí de los estúpidos y negros años que he vivido en París. Hay una razón del corazón que ya no me sirve, que no sirve a nadie y que me ha situado a dos pasos de mi propia pérdida.

Anteayer en el foro, en la parte del mismo verdaderamente en ruinas (cerca del Coliseo) no en ese extravagante baratillo de pretenciosas columnas que hay bajo el Campidoglio, y luego sobre esa admirable colina del monte Palatino donde no nada agota el silencio ni la paz, mundo que siempre renace y siempre es perfecto, empezaba a encontrarme a mí mismo. Para eso nos sirven las grandes imágenes del pasado, cuando la naturaleza sabe acogerlas y apagar el ruido que duerme en ellas, para reunir corazones y fuerzas que después servirán mejor al presente y al porvenir. Esto se percibe en la via Appia donde, aunque llegué al final de la tarde, sentía, mientras paseaba con el corazón tan lleno, que la vida hubiera podido abandonarme entonces. Pero yo sabía que iba a continuar, que hay una fuerza en mí que marcha hacia adelante y que aquel alto serviría también para ese avanzar. (Un año durante el que no he trabajado, durante el que no he podido trabajar cuando había diez temas ahí, que yo sabía excepcionales y que no podía abordar. Un año de estos días y no me he vuelto loco.) Se viviría bien en ese claustro y en esa habitación donde murió Le Tasse.

Plazas de Roma. Piazza Navona. Sant'Ignazio y las otras. Son amarillas. El pilón de las fuentes es algo rosado bajo el brotar barroco del agua y de las piedras. Cuando se ha visto todo, cuando se ha visto, en cualquier caso, cuanto podía verse, pasear sin tratar *de saber* constituye una felicidad perfecta.

Ayer por la noche, delante de San Pietro in Montorio, Roma con sus luces era como un puerto cuyo movimiento y ruido iban a morir al pie de esa orilla de silencio donde nos encontrábamos.

Es una extraña e insoportable certidumbre el saber que la belleza monumental siempre implica una esclavitud, que, sin embargo, es belleza y que no es posible no querer la belleza ni es posible desear la esclavitud; la esclavitud sigue siendo inaceptable. Quizá sea por eso por lo que yo coloco, por encima de todo, la belleza de un paisaje: no hay que pagarla con ninguna injusticia y mi corazón se siente libre.

3 de diciembre

Soberbia mañana en la villa Borghese. La luz de las mañanas de Argelia fluye por entre las finas agujas de pino, y las recorta una a una. Y en la Galería, llena de luz rubia, las obras de Bernini me distraen, encantadoras y desconcertantes cuando triunfa la gracia, como en la muy surrealista Dafne (en arte, el surrealismo fue primero una contraofensiva del barroco), horrorosas cuando la gracia desaparece, como en la consternadora Verdad descubierta por el Juicio. Pintor también y vibrante (Retratos).

Dánae de Correggio, y, sobre todo, la Venus poniéndole una venda al amor, de Ticiano, que pintó ese cuadro a los 90 años y que conserva una juventud actual.

Los Caravaggio que vi esta tarde —no los de San Luis de los franceses— son, desde luego, soberbios, por el contraste de la violencia y la muda densidad de la luz. *Antes de Rembrandt*. Sobre todo la Vocación de San Mateo: soberbio. C. me hace notar la constancia del tema de la juventud y la edad madura. Moravia ya me había hablado del hombre que fue Caravaggio: cometió varios crímenes, huyó de Toscana en un barco donde fue desvalijado y luego lo desembarcaron en una playa, donde murió demente (1573-1610). Moravia me había contado también la verdadera historia de los Cenci, sobre los que quiere escribir una obra. Beatriz está enterrada bajo del altar de San Luis de los Franceses. Un pintor francés *sans-culotte* participó en el saqueo de San Luis de los Franceses. Abren los sepulcros. El esqueleto de

Beatriz está allí, con la calavera separada y reposando en medio del cuerpo. El pintor coge la calavera y sale jugando a la pelota con ella. Es la última imagen relacionada con la terrible historia de Beatriz Cenci.

Al final de la tarde vuelvo al Gianicolo. San Pietro di Montorio. Sí, esta colina es el lugar de Roma que prefiero. Allá en lo alto del suave cielo bandas de estorninos, leves como el humo, dan vueltas en todas las direcciones, se cruzan, se dispersan y acaban por juntarse para precipitarse sobre los pinos a los que rozan antes de volver al cielo. Cuando volvemos a bajar con N., nos los encontramos posados en los árboles, en los plátanos de la Vía del Re, en el Trastevere, en una cantidad tan enorme que cada uno de los árboles zumba y chisporrotea, cubierto por más pájaros que hojas. En el atardecer, un ensordecedor piar de pájaros cubre los ruidos de ese barrio populoso, se confunde con el chirriar de los tranvías y mantiene todas las cabezas risueñas mirando hacia arriba, hacia esos enjambres enormes de hojas y de plumas.

El romano alto y moreno, de rostro dulce y noble, de porte tan sencillo y orgulloso, que se ocupa de mí en la pensión. Novela corta. Amor con pintor. Y toda la nobleza de su parte.

Escribir texto BARROCO sobre Roma.

4 de diciembre

Mañana. Palacio Barberini. El Narciso de Caravaggio y sobre todo esa madona atribuida a Piero délia Francesca y que a mí me parece más cercana al estilo, más frágil, de Signorelli. Admirable, en cualquier caso.

Con Moravia y N, comida en Tivoli y larga sobremesa en la villa de Adriano, lugar perfecto. Día soberbio, en verdad, con un cielo redondo y sin nubes que derrama por todas partes la misma cantidad de luz sobre los magníficos cipreses y los altos pinos de la villa. Sus grandes tabiques en ruinas reciben esta luz igual sobre su revestimiento de nido de abejas y permiten, a su vez, que sus colmenas de cemen-

to exhalen una miel de luz. Aquí veo mejor la diferencia de la luz romana con otras luces, con la de Florencia, por ejemplo, más difusa, plateada y espiritual. La luz de Roma es redonda, al contrario, brillante y flexible. Recuerda los cuerpos, la opulencia de las carnes dichasas, una vida de éxitos. La lejanía es aún más succulenta. Cantos de pájaros entre las ruinas. Ante esta perfección, curioso y feliz impresión de que todo está dicho.

Cena. Piovene. Después de treinta conversaciones, empiezo a hacerme una idea de la verdadera situación aquí. No hay opiniones sino facciones. Pocos liberales, miseria, su utilización y poco a poco cierta inercia.

A los cuarenta años, ya no clamamos contra el mal, lo conocemos y luchamos según se debe. Podemos entonces ocuparnos de crear sin olvidar nada.

En el movimiento de ascensión, a la derecha del altar, en el Juicio Final, era preciso que los cuerpos de Miguel Ángel fueran muy pesados y musculosos para dar esa impresión de irresistible levedad. Tanto más ligeros cuanto más pesados. En eso reside el nudo del arte.

En el apartamento de los Borgia, la Retórica de Pinturicchio lleva una espada.

Se nos encoge un poco el corazón al pensar que Julio II mandó destruir los frescos de Piero della Francesca (y de otros) para que Rafael pudiera pintar sus cámaras. ¿Con qué se pagó la soberbia Liberación de San Pedro?

El descendimiento de la Cruz de Caravaggio. No se ve la cruz; decididamente, es un grandísimo pintor.

6 de diciembre

Día gris. Fiebre. Me quedo en la habitación. Por la noche, veo a Moravia.

*

Novela

El primer hombre rehace todo el camino para descubrir su secreto: no es el primero. Todo hombre es el primer hombre y nadie lo es. Por eso se arroja a los pies de su madre.

7 de diciembre

Salida con Nicola y Francesco. Campiña romana. E es tan guapo y tan lejano a todo sin dejar de estar presente ni de ser humano. El pueblo de Circe. Llegada a Ñapóles. Almuerzo en Pozzuoli, en un restaurante gemelo del de Padovani. En Ñapóles, diluvio que aumenta mi fiebre. Por la tarde, el cielo se despeja.

8 de diciembre

Me despierto con una fiebre bastante alta. Ayer por la noche, no pude terminar estas notas. No obstante, largo paseo por los «Barrios», detrás de la calle de Santa Lucía. Son como las chabolas detrás de los Campos Elíseos. La puerta está abierta y se ve a tres niños en la misma cama, a veces con el padre, que en modo alguno se sienten molestos por exhibirse allí. Toda esa ropa que restalla al viento y da a Ñapóles un aire de perpetua fiesta se debe, después de todo, a que la ropa no abunda y hay que lavarla todos los días. Son los estandartes de la miseria. N.E esta noche. Salimos después en una húmeda *carrozzella* que huele a cuero y a cagarruta. La amistad de los hombres tiene siempre buen sabor. N. nos lleva a un barrio de la porta Capuana. Calle ancha y empinada. En todos los balcones hay colocadas lámparas con sus pantallas. Y eso da a esta miseria un aire de fiesta extraordinario. Hay una especie de procesión delante de la iglesia. Los estandartes se agitan por encima de la muchedumbre compacta que pisotea el barro resbaladizo por los restos de col, que ha dejado allí el mer-

cado de por la mañana. Y sobre todo, cohetes. Detrás de todos los santos, la Virgen es anunciada por las tracas. Desde una ventana, un demente con la mirada fija enciende uno tras otro, con gesto mecánico, decenas de cohetes que lanza entre la gente, y alrededor de los cuales los niños bailan en corro como los Siux hasta que los cohetes estallan. La hostelería de los pobres. Han echado el resto. Es el Escorial de la miseria...

*

8 de diciembre

Todo el día en la cama, con una fiebre que no cede. Finalmente, no podré ir a Pesto. Volver a Roma en cuanto mejore, luego a París, eso es todo. Hay algo entre los templos griegos y yo. Y en el último momento, siempre interviene alguna cosa que me impide acercarme a ellos.

En esta ocasión, no hay misterio. Este año agotador me ha dejado extenuado. La esperanza de recuperar fuerzas y de volver para trabajar era puramente sentimental. Mejor haría, en lugar de correr hacía una luz que después apenas puedo saborear, pasar todo un año reponiendo mi salud y mi voluntad. Pero para eso tendría que liberarme un poco de todo lo que me abruma. Estos son los pensamientos, fruto de la cama y de la fiebre, de un viajero enclaustrado con Ñapóles alrededor. Pero son pensamientos verdaderos. Afortunadamente, veo el mar desde mi cama.

El pintor amigo de E, ignorantísimo, que tiene que ilustrar, para un programa de radio, la Pasión de San Mateo, y que pinta un santo rodeado de mujeres bonitas y de ángeles burlones.

9 de diciembre

Al despertar, la fiebre ha desaparecido. Pero me duele todo el cuerpo y estoy molido. Me decido, sin embargo, a salir (como siempre, saco energía pensando que podría encontrarme en una situación peor: prisionero, etc.). Partimos con un hermoso sol. Sorrento (y el delicioso jardín de la

Cocumella), Amalfi, demasiado decorativo, donde desayunamos. Luego, conduzco yo para relevar a F. que está cansado, y el sol se pone cuando, tras haber cruzado una región industrial y después de unas tierras curiosas que nos recuerdan al Limbo (grandes juncos, árboles flacos y desplumados), llegamos a Pesto. Aquí, el corazón calla.

(Más tarde.) Quiero tratar de reflejar esta llegada, al final de la tarde. Nos reciben en la posada cerca de las ruinas, con una buena y vieja habitación de tres camas, de paredes enormes y blanqueadas, cutre pero muy limpia. Un perro se me pega. Ya se ha puesto el sol cuando, una vez cerradas las barreras, escalamos las murallas para entrar en el campo de ruinas. La luz llega del mar muy cercano y todavía azul, pero las colinas de enfrente ya están oscuras. Cuando llegamos ante el templo de Poseidón, los cuervos que estaban durmiendo se alzan con extraordinario tumulto de alas y chillidos, luego se ponen a volar alrededor del templo, se dejan caer en las cuatro esquinas y vuelven a elevarse como para saludar la admirable aparición, ante nuestros ojos, de un ser hecho de piedra pero vivo e inolvidable. La hora, el vuelo negro de los cuervos, los escasos cantos de pájaros, el espacio entre el mar y las colinas, y retenemos las maravillas exactas y cálidas, todo esto añadido a mi cansancio y a mi emoción me pone al borde del llanto. Luego, el arrobamiento interminable cuando todo calla.

Noche, silencio, cuervos, como pájaros de Lourmarin y la gata, mis lágrimas, música.

Por la mañana, en Tipasa, el rocío sobre las ruinas. El frescor más joven del mundo sobre lo más antiguo que existe. Esa es mi fe y, en mi opinión, el principio del arte y de la vida.

10 de diciembre

Ayer noche, paseo entre los juncos, las murallas y los búfalos hacia la playa. El ruido inmenso y sordo del mar que va creciendo poco a poco. La playa, el agua tibia bajo el

cielo luminoso y gris de la noche. Al regresar, llueve un poco y el ruido del mar va decreciendo detras de nosotros. Los búfalos se mueven despacio y luego agachan la cabeza, inmóviles como la noche. Dulzura.

Me duermo tras haber contemplado desde mi ventana los templos en la noche. La habitación que tanto me gusta, de gruesos muros desnudos, es glacial. Frío durante toda la noche. Abro mis ventanas: llueve sobre las ruinas. Una hora después, en el momento en que salimos, el cielo está azul, la luz nueva y magnífica.

Maravillado asombro incesante ante ese templo de enormes columnas de esponja rosa, de corcho dorado, ante su gravedad aérea, su presencia inagotable. Hay otros pájaros que se han unido a los cuervos, pero éstos siguen cubriendo el templo con un velo negro que aletea en todas las direcciones, y dan gritos roncós. El fresco olor de los pequeños heliotropos que crecen por los alrededores del templo.

Los ruidos: un ruido de agua, perros, una vespa a lo lejos.

No es la melancolía de las cosas en ruinas la que acongoja el corazón, sino el amor desesperado de lo que eternamente permanece con eterna juventud, el amor del porvenir.

Otra vez en las ruinas, entre las colinas y el mar. Me resulta difícil arrancarme a estos lugares, los primeros desde Típara donde he conocido un abandono de todo mi ser.

*

10 de diciembre

Continuación. Nos vamos, sin embargo y unas horas más tarde, Pompeya. Interesado, naturalmente, pero nunca conmovido. Los romanos, a veces refinados, jamás civilizados. Abogados y soldados a los que confundimos, Dios sabe por qué, con los griegos. Son los primeros, los verdaderos quebrantadores del espíritu griego. Grecia vencida no los venció a ellos, por desgracia. Porque si bien tomaron de Grecia los temas y formas del gran arte, sólo llevaron a cabo unas aproximaciones frías, que más vale que no hubieran existido para que la ingenuidad y esplendor griegos llegaran hasta nosotros sin intermediarios. Junto al templo de Hera de

Pesto, toda la antigüedad que alfombra Roma e Italia vuela hecha pedazos y con ella una comedia de falsa grandeza. Mi corazón, por instinto, siempre supo esto y no latió nunca por un poema latino (ni siquiera de Virgilio, al que admiro pero no amo) y, en cambio, siempre se estremeció ante el rayo de una estancia trágica o lírica procedente de Grecia.

Al regreso de ese Buchenwald preciosista que es Pompeya, sabor de cenizas y fatiga creciente. Conducimos alternativamente F. y yo, y llego a las nueve de la noche, molido, a Roma.

11 de diciembre

Todo el día o casi metido en la cama. Estado febril continuo que me deja sin ganas de nada. Hay que recuperar, a toda costa, la salud. Necesito mis fuerzas. No deseo que mi vida sea fácil pero quiero poder igualarme a ella si es difícil. Gobernar si quiero ir allí donde voy. Saldré de aquí el martes.

12 de diciembre

Cae un periódico en mis manos. La comedia parisina que yo había olvidado. La farsa del Goncourt. Para los Mandarines esta vez. Parece ser que soy yo su protagonista. En realidad, el autor tomado en su ambiente (director de un periódico nacido de la resistencia) y todo lo demás es falso: los pensamientos, los sentimientos y los actos. Más aún: los actos dudosos de la vida de Sartre me son generosamente atribuidos a mí. Una basura aparte esto. Pero no voluntaria, de alguna manera como quien respira.

Estoy mejor. Día gris. Llueve sobre Roma cuyas cúpulas, bien lavadas, brillan débilmente. Comida en casa de F. G. Por la noche, solo, ya pasó la fiebre.

13 de diciembre

De nuevo Caravaggio. Santa Maria del Popólo. Tristeza de Roma también, con sus calles demasiado altas, demasiado empinadas. Por eso las plazas son allí tan bellas, nos liberan y el barroco triunfa entonces de lo romano. Como sus parejas romanas petrificadas, y que no tienen en común más que el haberse tragado el bastón. La hora bruja que se desliza entre los palacios y derriba las orgullosas fachadas. Por la noche, M. me habla de Brancati y de su muerte. Ceno yo solo.

14 de diciembre. Salida

Existencialismo. Cuando se acusan, podemos estar seguros de que siempre es para abrumar a los demás. Jueces penitentes.

Con Lucas comienza la verdadera traición, la que oculta el grito desesperado de Jesús agonizante.

M., a quien le digo que hay ciertos papeles que sólo piden del actor virtuosismo y en que el actor puede experimentar su oficio, su maestría, me dice que eso no la interesa, que a ella sólo le gusta representar personajes que pueda adoptar y vivir, y sentir que vive entonces otra vida. Y concluye: «Me gusta hacer teatro porque soy romántica».

Moral. No tomar lo que no se desea (difícil).

Siempre tuve esperanzas de llegar a ser mejor. Siempre resolví hacer lo que hiciera falta para ello. Si lo hice o no, eso es otra cuestión.

El matrimonio, para mí, ¿no era acaso una aventura sensual más refinada? Lo era.

Si yo alcanzo mi plenitud, ella se marchita. No puede vivir si no es apoyándose en mi debilitamiento. Así que somos dos polos contrarios de la psicología.

Lo contrario del hombre subterráneo: el hombre sin resentimiento. Pero la catástrofe es la misma.

Este mundo se mueve tanto —como un gusano al que cortan en pedazos— porque ha perdido la cabeza. Busca a sus aristócratas.

El La Martinière, el barco blanco que transportaba a los presidiarios a Cayena — y hacía escala en Argel para embarcar una nueva carga (mi reportaje en un día de lluvia diluviana — la chalana cubierta de presidiarios con el pelo afeitado al cero — el interior, las dos jaulas, etc. — El mismo viaje que he hecho yo, pero en una cabina confortable) — ¿Un relato?

El primer hombre. Se reía de la ambición. No quería tener nada, no quería poseer, quería ser. Únicamente en eso se obstinaba.

Desde el instante en que la vida privada es expuesta, explicada a un montón de gente, se convierte en vida pública y es vano querer mantenerse en ella.

Esa vida (vacía) de las ciudades y de los días insoportables sin el amor.

Ella es lo que, desde hace diez años, más me ha interesado en el mundo.

El primer hombre. «Y pensando en todo lo que él había hecho sin quererlo de verdad, porque otros habían querido o más simplemente porque otros lo habían hecho así en parecidas circunstancias, todo aquello cuya acumulación había terminado por constituir una vida, la que él compartía con todos los hombres que, para terminar, mueren por no haber sabido vivir lo que realmente deseaban vivir.»

El primer hombre. Tema de la energía: «Yo dominaré pero sin comprometerme. El compromiso, la hipocresía, el

deseo ruin de poder, todo eso es harto fácil. Pero yo dominaré de verdad, sin hacer ni un gesto por poseer o tener».

La única ley del ser consiste en existir y superarse.

*

Jonas. La portera loca (su hijo muerto): «¡Ah, señor Jonas, usted sí que me comprende!...» E inmediatamente después: «No vaya usted a ver al señor Jonas, maltrata a su mujer y a sus hijos».

Ve

El primer hombre. Tema de la amistad.

M. sin gran cultura y metiéndose de lleno en las grandes obras. Incapaz de detenerse, ni siquiera por pereza, en lo mediocre, y discerniendo por instinto la grandeza.

El primer hombre. Tema de la angustia (cf. Conocimiento del hombre. Adler p. 156). El motor de los personajes: el afán de poder, psicológicamente hablando.

*

Don Fausto (o el doctor Tenorio): «Jamás pedí nada a cambio de lo que daba, jamás hablé de lo que hacía, me estimaba demasiado poca cosa para haber dado lo suficiente y pensaba primero en todo lo que nunca había dado. Pero hoy necesito de lo poco que he hecho, necesito a los de aquí. Que aquellos a quienes nunca negué mi mano ni mi socorro, hablen y testimonien en mi favor. *Todos callan.* Entonces, seré yo quien hable. Este...» (Texto indignado).

Primer hombre. Con Simone. No puede poseerla durante un año. Y luego la huida. Ella llora y eso lo desencadena todo.

Todo proviene de mi imposibilidad congenita de ser un burgués y un burgués contento. La más mínima apariencia de estabilidad en mi vida me da terror.

Para acabar, mi gran superioridad sobre los tramposos es que yo no tengo miedo a morir. Siento por la muerte horror y asco. Pero no le tengo miedo a morir.

Traición de los intelectuales de izquierdas. Si su verdadero objetivo consiste en preservar el principio revolucionario en la U.R.S.S., al mismo tiempo que corrigen progresivamente sus perversiones, ¿qué razón habría para que el gobierno ruso renunciase a sus métodos totalitarios, puesto que sabe de antemano que le serán perdonados? En verdad, únicamente la franca oposición de los hombres de izquierdas en Occidente puede hacer reflexionar a ese gobierno, admitiendo que pueda y quiera hacerlo. Pero también es verdad que la traición de nuestros intelectuales se explica por algo distinto de la estupidez.

Por qué la debilidad ante el placer ha de ser más culpable que la debilidad ante el dolor. Este hace a veces unos estragos incomparables.

Don Fausto. Primer cuadro o prólogo Fausto desea conocerlo todo y saberlo todo. «Te daré entonces la seducción», le dice el diablo. Y Fausto se convierte en Don Juan.

Ultimo cuadro. Hay que pagar. «Ya vamos.» No, dice el diablo, hay que venir contrariando el propio deseo porque si no, se muere simplemente. «Muramos, pues, simplemente» (aquí, coro de hombres que acogen al héroe entre ellos — Más vale tarde que nunca).

Complejo insular de Rusia y de los comunistas (Cf. Adler: Conocimiento del hombre, p. 154).

En la N.R.E: diálogos (respuestas, preguntas) o carta imaginaria sobre *Actuelles* [Crónicas].

*

Novela. «Aquella noche, las cosas no iban bien. — En el concierto, había aplaudido después del tercer movimiento,

creyendo que la sinfonía había terminado. Pero los siseos reprobadores y vigorosos le habían informado de que había cuatro movimientos. Y la mirada de sus vecinos, cargada del éxtasis reciente y el desdén súbito, aún lo perseguía.»

Una de las novelas cortas de estilo francés (Jonas).

Crecida del Sena. Por la noche, el ruido del río, jamás escuchado antes.

Don Juan. El ateo moralista encuentra la fe. A partir de entonces, todo está permitido puesto que alguien puede absolver lo que no pueden perdonar los hombres. De ahí un generoso libertinaje coronado por una viva fe.

El deseo de crear es tan fuerte que quienes son incapaces de llevarlo a cabo eligen el comunismo que les asegura una creación completamente colectiva.

*

Teatro. Timón — Endemoniados — Julie — Impromptu — Prensa — Bacantes.

Dante admite ángeles neutros en la querella entre Satán y Dios. Los introduce en el vestíbulo de su infierno. III 37.

17 de febrero

Llegada a Argel. Desde lo alto del avión que bordea la costa, la ciudad como un puñado de piedras resplandecientes, arrojadas a lo largo del mar. El jardín del hotel St. Georges. ¡Oh, noche acogedora, a la que por fin vuelvo y que me recibe como antaño, fiel!

18 de febrero

Belleza de Argel por la mañana. Los jazmines en el jardín del Hotel St. Georges. Respirar su perfume me llena de gozo, de juventud. La bajada hacía la ciudad, fresca, ventilada. El mar a lo lejos resplandeciente. Felicidad.

La muerte de François, enfermo. De la clínica lo envían a su casa, con un cáncer en la lengua. Agoniza él solo en su chamizo, vomitando sangre sobre toda la pared y golpeando con el puño aquel muro grueso y manchado que lo separa de los vecinos.

19

En mi casa, ni un solo sillón. Un puñado de sillas. Siempre fue así. Jamás desidia ni confort.

Visita a los comerciantes de Belcourt. 3 muertos. Los Masson, Marthe, Alexandrine. Juliette. Zinzin (orejas separadas del cráneo, contorsionista, canta en el cine Alcázar).

Primer hombre

¿En qué año nació papá?

No lo sé. Yo tenía cuatro años más que él.

¿Y tú, en qué año?

No lo sé. Mira mi libro de familia.

Bueno, su familia lo abandonó. ¿A qué edad? — No lo sé. ¡Oh, era joven! Su hermana lo dejó. ¿Qué edad tenía su hermana? No lo sé. — ¿Y sus hermanos? Él era el más pequeño, no, el segundo. — Pero entonces, sus hermanos eran demasiado pequeños para ocuparse de él. — Sí, debe de ser por eso.— Entonces, no podían hacer de otra manera.

A los dieciséis años, obrero agrícola en casa de los suegros de su hermana. Le hacen trabajar mucho.

«Él no quería ya ni verlos. Estaba harto de ellos.»

Id. Él lucha por la causa árabe. Es atrapado en una revuelta antifrancesa junto con su mujer. La mata para evitar que la violen, pero él sobrevive. Es juzgado y condenado.

O también: luché por ellos durante veinte años y el día de su liberación mataron a mi madre.

Id. Suicidio de X. St. Germain-des-Près. Amigos del Méphisto. Marinella. Embriaguez. Jean-Pierre que insulta a X.: «Todo te sale bien. Me das asco».

*

20

Tipasa. Lluvias y sol. Los absintios empapados de agua. Y regueros de tierna luz sobre las ruinas húmedas. La misma emoción, siempre nueva.

¡Qué suerte haber nacido en este mundo sobre las colinas de Tipasa! Y no en St. Etienne o en Roubaix. Conocer mi suerte y recibirla con gratitud.

21

Día radiante. A lo lejos el mar y el cielo relucen y se confunden. Igual que todas las mañanas, el jardín y el olor de los jazmines, hoy los pájaros exultan.

22 de febrero

Brumas.

*

23 de febrero

Me despierta el sol inundando mi cama. Un día como una copa de cristal de la que desborda una luz azul y dorada ininterrumpida.

*

24 de febrero

Orléansville²¹. Las montañas por la mañana recortándose en el pétalo delicado de un ciclamen. En el mismo Orléansville, barracones y reconstrucción: el Far West. El joven equipo de arquitectos que escapan de la depresión porque ven a esta ciudad en el porvenir.

²¹ Un temblor de tierra había asolado Orléansville el 9 de septiembre de 1954. Fue el arquitecto urbanista Jean de Maisonneul, viejo amigo de Camus quien lo llevó a ver las obras de reconstrucción. Fue edificado un teatro, al que se llamó Teatro Albert Camus.

*

25 de febrero

R.U.A.²² Felicidad por esa simple amistad de la que he vivido.

26 de febrero

Cuando la reina vieja trae al mundo a las jóvenes reinas, éstas la matan o la echan. Y junto a la colmena, la antigua reina se muere de hambre.

Esta ridícula ceremonia del amor y sus abominables exigencias, gracias a la cual los débiles y vulgares se ayudan a vivir y a parecer.

•k

26 de abril

Salida de París. Desolado y vacío de toda alegría por causa de X. Los Alpes. Y las islas una a una que acuden lentamente a nuestro encuentro sobre el mar: Córcega, Cerdeña y a lo lejos Elba y Calabria. Cefalonia e Itaca casi invisibles en el crepúsculo. Después, las costas de Grecia, pero en la noche, la mano musculosa del Peloponeso se convierte en un continente oscuro y misterioso, cubierto de narcisos de las nieves, en donde brillan en la lejanía picachos nevados. Unas cuantas estrellas en el cielo aún claro y luego una media luna. Atenas.

27

Al levantarme, viento, nubes y sol. Unas cuantas compras. Mi encantador traductor de veintiún años, de una lozanía adorable (dije que estaba cerca del hotel, pero no era verdad, y he corrido sin parar para no llegar con retraso, por eso estoy sin aliento), que me conquista y a quien adopto.

²² Racing Universitaire d'Alger, en el que Camus, en su juventud fue portero.

Acrópolis. El viento ha echado a todas las nubes, y la luz más blanca y más cruda cae del cielo. Extraña impresión durante toda la mañana de estar aquí desde hace años, en mi casa, por lo demás, sin sentirme ni siquiera molesto por la diferencia de lenguas. Al subir a la Acrópolis, aumenta esta impresión cuando compruebo que voy allí «como vecino», sin emoción.

Allá arriba es otra cosa. Sobre los templos y sobre la piedra del suelo que el viento parece haber decapado también hasta dejarlos en los huesos, la luz de las once cae de lleno, rebota y se quiebra en forma de millares de espadas blancas y ardientes. La luz hurga en los ojos, los hace llorar, entra en el cuerpo con rapidez dolorosa, lo vacía y lo abre en una especie de violación muy física, lo limpia al mismo tiempo.

Al acostumbrarse, los ojos se van abriendo poco a poco y la extravagante (sí, es eso lo que me choca, la extraordinaria audacia de este clasicismo) belleza del lugar es acogida por un ser purificado, pasado por el cresilo de la luz.

Y ahí están las amapolas de un rojo sombrío que yo no había visto nunca, una de las cuales crece directamente, solitaria sobre la piedra desnuda, las [...]²³, las malvas, y balizado por unas perspectivas perfectas, el espacio hasta el mar. Y el rostro de la segunda Coré, la pierna doblada de la tercera, sobre el Erecteion...

Uno trata de defenderse aquí de la idea de que la perfección se alcanzó entonces y que, a partir de ese momento, no ha cesado de declinar. Pero esa idea acaba por machacarnos el corazón. Hay que seguir defendiéndose de ella ahora y siempre. Queremos vivir y creer eso es como morir.

Después de comer, el Himeto color parma. El Pentélico.

A las 7 de la tarde, conferencia. Cena en una taberna del barrio viejo.

²³ Una palabra ilegible.

28

Mañana. Con Marguerite Liberaki. Dafne. Pero Bizancio, decididamente... El lugar es encantador. Eleusis, donde hace falta mucha imaginación. Pero el campo, antes y después de Eleusis es muy bello. En el templo, los dos ejes que llevan al santuario y de los cuales el segundo fue desviado para que todo permaneciese oculto a los ojos de los no iniciados.

Importancia capital de lo que sé de Eleusis. A desarrollar. En el museo, admirables pedazos.

Comida en la embajada. *Tiempo perdido*²⁴.

Tarde. Agora. Teseión. Areópago. En el museo pequeñito del Agora, las estatuas de Heraclio, Atenea, Heracles. Heracles sarmentoso y duro bajo la madre selva florida que lo recubre. Después, subo a la colina de las Musas. El sol bajo en el horizonte no ha llegado aún a ese momento en que, rojo, su color lo dibuja perfectamente en el cielo claro. Pero ya no tiene toda su fuerza, va decreciendo y perdiendo su forma. De su circunferencia rota se escapa entonces una miel sutil que se derrama por todo el cielo, pone doradas las colinas y la Acrópolis, y cubre de una gloria suave y única hasta los cubos de la ciudad desparramados por las cuatro esquinas del horizonte, hasta el mar.

Bajo justo a tiempo para dar mi controvertida conferencia. Salgo de allí cansado después de dos horas en que respondo a un montón de preguntas. Cena en el Pireo con Marguerite Liberaki. Curiosa persona discreta y oscura, con repentinos impulsos de vida y de risas.

29

Mañana. Museo Nacional. Encierra toda la belleza del mundo. Yo sabía que las Cores iban a emocionarme, lo sabía, pero la admiración que en mí han dejado perdura todavía. Se me permite visitar los sótanos donde colocaron algunas de ellas para protegerlas de la invasión y de las des-

En español, en el original. (N. de la T.)

trucciones durante la guerra. Y allí, en el sótano donde la historia las arrojó, siguen sonriendo bajo el polvo y la paja que las cubren, y esa sonrisa de veinticinco siglos aún nos calienta, enseña y anima. Las estelas funerarias también y ese dolor reprimido. Sobre un lequito blanco y negro, el muerto inconsolable no puede resignarse a no ver el sol ni el mar. Salgo de allí un poco ebrio y desdichado por tanta perfección.

Después salgo hacia Sunión. La luz del mediodía aún está un poco velada, lleva en suspensión brumas invisibles, pero admiro el espacio y la amplitud de esos paisajes, sin embargo reducidos. A medida que nos vamos acercando a Sunión, la luz se hace más nueva y más joven. Luego, en el cabo, al pie del templo, ya no hay más que el viento. El templo mismo me deja frío. Ese mármol demasiado blanco parece estuco. Pero el promontorio donde se alza el templo, que se adentra en el mar como una duna pequeña y desde el que se domina la escuadra de islas en la lejanía, mientras que por detrás, a derecha y a izquierda, el mar se llena de espuma a lo largo de los flancos de arena, es un lugar indescriptible. El viento furioso silba tan fuerte entre las columnas que las convierte en un bosque vivo. Agita el aire azul, aspira el de alta mar, lo mezcla con violencia a los perfumes que ascienden de la colina cubierta de flores minúsculas y frescas y hace restallar a nuestro alrededor furiosamente, sin tregua, las sábanas azules tejidas de aire y de luz. Sentado al pie del templo para resguardarse del viento, la luz enseguida se hace más pura en una suerte de brotar inmóvil. A lo lejos, unas islas derivan. No hay ni un pájaro. El mar presenta una leve espuma que llega hasta el horizonte. Instante perfecto.

Perfecto salvo esa isla de enfrente de Makronissos, hoy vacía es verdad, pero que fue una isla de deportación sobre la cual me cuentan cosas horribles.

Almorzamos abajo, en la playita. Un almuerzo compuesto de pescado y quesos, delante de los grandes barcos pesqueros que hay en el puertecillo. A media tarde, los colores oscurecen, las islas se solidifican, el cielo se sosiega.

Es el momento de la luz perfecta, del abandono, del *Todo está bien*. Pero es preciso partir, a causa de mi conferencia. Me arranco con pena de aquellos lugares sin irme del todo.

Pero otra vez sobre el promontorio, antes de emprender el camino, vislumbramos Makronissos. Durante todo el camino de vuelta, la luz más bella que he tenido aquí, en los campos de olivares, con higueras particularmente verdes, escasos cipreses y algunos eucaliptos.

Conferencia. Cena, durante la cual obtengo informaciones sobre la deportación. Las cifras parecen concordar. El número de deportados ha quedado reducido a 800 o 900. De eso es de lo que debo ocuparme.

30

Museo Nacional. El gran Curo delgado que voy a ver de nuevo. Repetición de Hécuba. Salvo una, estas jóvenes griegas carecen de gracia y de estilo. Comida en Kefissia, el jardín bajo una suave luz se llena de cantos de ruiseñores.

Tarde. Trabajo y luego la colina de las Musas. El sol, esta vez, llega a su fin. De nuevo una especie de alegría hilarante ante la prodigiosa audacia de la Acrópolis donde los arquitectos jugaron no con medidas armónicas sino con la prodigiosa extravagancia de los cabos, de las islas arrojadas sobre un golfo inmenso y con un cielo como una vasta caracola giratoria. No es el Partenón lo que ellos construyeron, sino el espacio mismo y con unas perspectivas delirantes. Sobre toda esa escuadra de islas y picachos dominados por la duna de la roca, cae de repente el sosiego de la noche y [...] ²⁵ sobre una navegación silenciosa.

Carta incluida

Mi querido X.

Mi actual silencio no interesa más que a mí. Ataño a demasiadas cosas de mi vida personal para que yo pueda

²⁵ Una palabra ilegible.

explicárselo. Se alegrará de ello, por lo demás, al saber que si hubiera yo hablado, no hubiera dicho lo que usted esperaba, no hubiera complacido a nadie. Además, la causa que le interesa no carece de abogados notables (reconozco, por lo demás, que no han estado muy acertados en esta circunstancia). Pero su carta me lleva a decir una cosa que ya quería decirle desde hace tiempo. A saber que, en el gran conflicto que corta en dos el siglo XX, usted ya ha elegido.

Usted sabe, por ejemplo, que Alemania del Este ha vuelto a armarse desde hace tiempo y que cierto número de antiguos generales nazis se encuentran allí en activo, igual que en el Oeste. En varias ocasiones, la U.R.S.S. reconoció a Alemania el derecho de poseer fuerzas nacionales. Usted no dice nada de esto. Y es que admite ese rearme siempre que esté controlado por la U.R.S.S., pero lo rechaza dentro del marco occidental. Y así con todo.

En última instancia (pregúnteselo usted a sí mismo) aceptaría la transformación de Francia en democracia popular bajo la protección del ejército rojo (y le recuerdo que yo defendí a los comunistas contra cualquier «atlantización» de la política interior). Cada vez que usted me ha hablado o escrito acerca de estos problemas, su opinión implícita era evidente, su indignación sólo era sincera frente a los crímenes al estilo Rosenberg, mientras que en usted se hacía una suerte de silencio cargado de dudas en cuanto se trataba de la represión de un motín obrero en Alemania debida al cuidado de un régimen comunista (este último punto es importante y me parece un test doloroso, aunque decisivo, de la actitud de los intelectuales de izquierda).

En mi opinión, usted ya ha elegido, por tanto. Y puesto que ha elegido, es normal que entre a formar parte del partido comunista. No seré yo quien se lo reproche. No desprecio a los militantes comunistas, aunque piense que cometen un error mortal. Siento desprecio, y con creces, por aquellos intelectuales que lo son sin serlo, que nos asesinan con su seudodesgarramiento de curas laicos y que, para terminar, se dan buena conciencia a expensas de los militantes obreros.

Haga usted de una vez lo que desea hacer, póngase en regla consigo mismo. Ya verá después. Compara sin cesar dos cosas de las que sólo conoce y juzga una: la sociedad en que vivimos, y en cambio ignora la otra. El partido comunista no le ayudará a conocer las democracias populares. Lejos de eso. Pero le ayudará a conocer el comunismo, del que sabe usted muy pocas cosas. Si encuentra con ello la paz, una regla de vida, tanto mejor para usted. Si no, al menos habrá conseguido conocer de verdad la cuestión.

Le repito, únicamente para evitar cualquier error, lo que yo creo. El rearme alemán debe ser condenado an ambos casos, o si no, todo es un fraude. Y si bien continúa pareciéndome inexcusable la ayuda a Franco o la política «frutera» en América del Sur, o el colonialismo, en cambio no acepto la política «frutera» injertada en Francia por los cuidados de Rusia y de su ayudante incondicional, el partido comunista francés. De manera general, sigo oponiéndome, fundamentalmente, a las empresas y métodos de lo que yo he llamado el socialismo del César.

Son cosas que ya sabe, por lo demás. Simplemente, mis libros han significado para usted mucho menos de lo que dice. La simpatía que siente por mí era más auténtica. Pero el que toma los hábitos, también amaba a sus amigos y a su madre y, no obstante, los abandona. Ya que no puedo dejarle ignorar que usted entra a formar parte de una iglesia, a partir del instante en que elige una ortodoxia como la del partido comunista. No lo dude, al contrario, reconozca dentro de su corazón, que la tentación comunista es, para un intelectual, del mismo tipo que la tentación religiosa. No hay en ello nada vergonzoso, a condición de que uno ceda lealmente y con conocimiento de causa. En lo que a mí respecta, usted conserva mi amistad, aunque lejana. Sólo le pido, si por fin lleva a cabo su proyecto, y cuando oiga que yo soy, objetivamente como dicen, un espantoso fascista, no que lo niegue, lo cual será imposible, sino que trate únicamente de no pensarlo. Buena suerte, desde lo más profundo de mi corazón, y crea usted en mi fiel pensamiento.

Por la noche, bailes populares en casa de «Johnny el loco». Me esfuerzo por encontrar interesantes estos bailes, pero los bailarines y sobre todo las bailarinas son demasiado feos.

1 de mayo

Por la mañana temprano, salimos hacia la Argólida. La costa del golfo corintio. Una luz danzante, etérea, jubilosa, inunda el golfo y las islas de alta mar. Nos detenemos un momento al borde del acantilado, y toda la inmensidad del mar delante de nosotros, ofrecida en una sola curva, como una copa en la que bebemos la luz y el aire, a largos tragos.

Al cabo de una hora de camino, estoy completamente ebrio de luz, con la cabeza llena de risas y gritos silenciosos, con, en la cavidad del corazón, una alegría enorme, una risa interminable, la del conocimiento, tras el cual todo puede suceder y todo es aceptado. La bajada hacia Micenas y Argos. La fortaleza micénica cubierta de amapolas en apretados ramos que tiemblan con el viento encima de las tumbas reales. (Toda la Grecia que he recorrido está, en estos momentos, cubierta de amapolas y de millares de flores.) Desde lo alto de la fortaleza, la llanura hasta llegar a Argos y al mar. El reino de Agamenón no tiene más de diez kilómetros y, sin embargo, sus proporciones son tales que jamás se vio bajo el sol un reino más extenso. Micenas en ruinas, entre sus dos altas rocas, cercada de enormes bloques, bajo una luz que aquí se vuelve terrible, es hoy la reina salvaje de esta tierra inolvidable.

Ruinas de Argos sin gran interés para mí. El joven arqueólogo, Georges Roux, «vaclusien», tan vivo, tan apasionado por su hermoso oficio, me interesa mucho. Lo envidio un poco y me reprocho amargamente el tiempo perdido estos últimos años y mi profunda flaqueza. Aziné, donde almorzamos y antes del almuerzo, me baño en la hermosa playa, en un agua transparente y fría.

Por la tarde, Epidauro, cuya fiesta del 1.º de mayo nos ha traído una kermesse de griegos alegres. Pero desde lo alto del teatro, bañados por la luz densa y tibia que se derrama sobre las laderas de olivos, los eucaliptos, los [...] ²⁶ y las acacias, todos los ruidos resuenan en una suerte de lejanía amplia y suave. Sólo se oyen las débiles esquilas de los rebaños, por encima de los otros ruidos, pero siempre a lo lejos. La hora, aquí, es todavía perfecta.

Noche. Nauplia delante del mar, a esa hora que los griegos llaman «la realeza del sol» y que es la hora de la púrpura en el cielo, del malva y los azules depositados sobre montañas y bahías.

2 de mayo

Por la mañana, salimos hacia Esparta bajo un sol de justicia. Anchos valles que forman cada uno un reino de olivos y de orgullosos cipreses, montañas áridas, de vez en cuando un pueblo, Grecia aquí está desierta. Sólo los rebaños de ovejas pintadas de rosa, de verde y de rojo la recorren. En el valle del Eurotas, Esparta bajo el Taigeto nevado extiende sus campos de naranjos cuyo denso perfume nos acompaña. Sobre Mistra en ruinas, vuelos de tórtolas. Convento tranquilo de paredes encaladas, abierto a la inmensa llanura de Laconia, de olivares muy redondos y separados, estremeciéndose bajo un sol incansable.

Al regreso, bajada hacia Nauplia, su golfo, las islas y las montañas a lo lejos. Parada en Argos con los jóvenes arqueólogos de las excavaciones. La misma impresión que ante el grupito de arquitectos que reconstruyen Orléansville y viven allí en comunidad. Nunca me sentí tan feliz y pacífico como ejerciendo un oficio, un trabajo, en compañía de otros hombres a quienes pueda amar. Yo no tengo un oficio sino una vocación. Y mi trabajo es solitario. Debo aceptarlo y tratar únicamente de ser digno de ella, lo que no es el caso en estos momentos. Pero no puedo deshacerme de un senti-

²⁶ Una palabra ilegible.

miento de melancolía ante estos hombres que son felices con lo que hacen.

Volvemos a Micenas: el sol acaba de ponerse en el momento en que llegamos a la terraza más alta. Entre los abruptos picos que la dominan, una transparente luna navega levemente. Pero enfrente de nosotros la llanura ensombrecida se extiende al pie de los azules montes de Argos hasta el mar más claro, a nuestra derecha. El espacio es inmenso, el silencio tan absoluto que el pie se arrepiente de haber dado una patada a una piedra. Un tren jadea a lo lejos, rebuzna un burro en el llano y su queja sube hasta aquí, las esquilas de los rebaños se precipitan por las laderas con ruido de aguas. En este decorado salvaje y tierno, [...] ²⁷ es magnífico. Sobre las amapolas, ahora completamente abiertas, pasa un ligero viento a ras de tierra. La tarde más hermosa del mundo se pone poco a poco sobre los leones micénicos. Las montañas van oscureciendo hasta que las diez cadenas que se reflejan hasta el horizonte se convierten en un único vapor azul. Valía la pena venir de tan lejos para recibir este gran pedazo de eternidad. Después de esto, todo lo demás carece de importancia.

3 de mayo

Trabajo por la mañana. A la una, salimos para Delfos. Sigue la misma luz pero esta vez sobre unas alturas no muy considerables, pedregosas, sin un árbol. Es entonces cuando uno siente que Grecia es primero un espacio hecho de líneas curvas o rectas, pero siempre perfiladas. Toda la tierra dibuja el cielo y le da sus formas, pero el cielo, a su vez, no sería nada sin esos relieves cuyo cierre armónico organiza su propio espacio. Es por eso que la más mínima milla ha separado aquí grandes reinos: la superficie de la tierra duplica a la del cielo. Llegados a una especie de hondonada, una nube única, a la que veíamos crecer desde hacía un

²⁷ Una palabra ilegible.

momento, revienta y hace estragos en pocos segundos. Sólidos granizos fusilan el coche con ruido ensordecedor. Cinco minutos después, cuando salimos de la hondonada, nos encontramos de nuevo con un cielo raso y corremos alegremente.

Delfos. Lo que primero llama la atención, junto con la grandeza del paraje, es, al fondo del inmenso valle, ese río verde oscuro que empuja musculosas grupas [...] ³⁸ hacia el mar. Los olivos están tan apretados uno junto a otro que, al verlos desde tan alto, parecen formar un solo y estremecido camino hacia el horizonte. En cuanto a las ruinas, la tormenta, que también cayó sobre Delfos, las ha mojado. Parecen aún más vivas en medio de las flores más vivaces y de las hierbas más verdes. Un águila negra planea muy alto durante unos segundos y desaparece. Después, el día se sosiega y de los altos acantilados empieza a desprenderse una dulzura que anuncia la llegada de la noche. Regresamos al estadio, del que salgo feliz.

Noche. En un bouzouki, cuatro griegos me invitan amablemente a bailar. Pero sus pasos son demasiado difíciles. Si yo tuviera tiempo, me gustaría aprender. Desde mi cuarto, el valle lleno de sombra hasta el collarcito de luces que bordea el mar. Una luna rodeada de leves echarpes pone sobre las montañas y los huecos de sombra una fina luz pulverulenta. El silencio, amplio como el espacio, es bueno.

4 de mayo

Salida por la mañana hacia Volos. Rudas montañas y luego la llanura de Lamia. Otra vez montañas, más tiernas, más verdes bajo el sol que asciende y llegamos a la inmensa llanura de Tesalia. Las chozas primitivas de los valacos y la inmensa superficie. El Oriente no anda lejos. Volos. El 80 % de las casas destruidas o derribadas ³⁹. Toda la ciudad vive

Dos palabras ilegibles.
Por el temblor de tierra de 1955.

bajo unas tiendas. El sol pesa sobre las lonas y sobre la ciudad polvorienta. Pocos o ningún W.-C. Me pregunto cómo evitarán las epidemias. Liceo francés bajo la lona. Y el mar muy cerca, liso y fresco, junto a la ciudad en ruinas. El alcalde me recibe en el patio cerca de la casa ruinosa. Personaje inteligente y elegante. Tras unas desafortunadas palabras mías, viene un peluquero y me corta el pelo en el patio, delante de todo el mundo, con la más encantadora familiaridad. Sigo en la ciudad. La misa se celebra fuera, la tienda-hospital, etc. Regreso en coche a Larissa. Autovía. Larissa a Salónica. Durante la noche bordeamos el mar que brilla bajo la luna. Llegada a las 11 h.

5 de mayo

Trabajo. Almuerzo con Turner y el coronel Bramble³⁰ (o con alguien que se le parece mucho). Las iglesias bizantinas. El pequeño convento de los pavos reales. San David, San Jorge, San Dimitriu. Los doce apóstoles (Santa Sofía sin interés). No me llega mucho el arte bizantino. Hay que reconocerlo. Pero me interesa esa evolución que va desde el siglo V hasta el XII y que permite reconstruir un eslabón entre el período helenístico y el Quattrocento. Los mosaicos y los frescos de los doce apóstoles, por ejemplo, se hallan lejos de la rigidez y el hieratismo del los primeros siglos de este arte. Encontramos a Duccio anunciado. Pregunto un poco más tarde (por la noche) a un especialista y éste me cuenta que los artistas bizantinos emigraron a Italia después de caer Constantinopla.

Poco a poco, la influencia oriental se habrá ido eliminando de esa manera.

Noche. Conferencia. Me siento conmovido por una de las jóvenes inscritas³¹. Recepción de universitarios. Por la noche, descanso en el balcón de mi cuarto, mirando el puer-

³⁰ Personaje de la novela de André Maurois, *Les Silences du colonel Bramble*.

³¹ Lectura dudosa.

to, los caiques, el mar a flor de muelle, y respirando el buen olor de la sal y de la noche.

6, 7, 8 de mayo

Comida con T. delante del mar, en la cúspide de un acantilado. La hora es dulce. T. toca seguidamente sus últimas composiciones. Hay que marcharse. Avión. Las Esperadas derivan por debajo de nosotros en el mar resplandeciente. Comida con Merlier. A medianoche D. me viene a buscar y nos largamos al Pireo donde nos espera M. Algadès y su bonito balandro. Es un buen hombre, gordo y jovial. Salimos del Pireo con una luna cenicienta que ilumina el mar de una cálida luz irreal. Me siento feliz al sentir el agua que golpea bajo el casco y viendo de nuevo una espuma ligera a ambos lados del estrave. Pero al cabo de un momento, vemos cómo la bruma nace completamente del mar, forma capas, y se va haciendo poco a poco más densa hasta tapar el horizonte. Frío y humedad. Algadès pretende que jamás ha visto eso en el archipiélago. Hay que desviar el balandro para evitar dos pequeñas islas. Bajo a acostarme. Imposible dormir hasta las seis. Dos horas después, me levanto y subo a cubierta. La niebla sigue allí. Algadès y su marinero han estado en vela toda la noche por miedo a embarrancar. Pero poco a poco va saliendo el sol, aparece, pálido, traspasa la niebla y la disipa por fin. Hacia las once, navegamos (sin velas, porque no hay viento) sobre un mar inmóvil, envueltos en una luz resplandeciente y fina. El aire es tan límpido que parece como si el más mínimo ruido se oyera desde la otra punta del horizonte. El sol calienta la cubierta y el calor asciende poco a poco. Aparece entonces la primera isla. Pasamos —a causa del rodeo que hemos dado— entre Serifos y Sifanos. En el horizonte se dibujan Siros y otras islas. Todas se dibujan en el cielo con nitidez de diseño. Sobre la carena invertida de las islas, los pueblecitos colgados de las laderas parecen caracolas, concreciones blanquecinas que el mar ha dejado allí al retirarse.

Las islitas amarillas como un montón de trigo sobre el mar azul.

Navegamos en medio de esas islas lejanas sobre un mar iluminado que va arrugándose suavemente, bordeamos Siros durante un buen rato, pronto aparece Mykonos y a medida que el día avanza se va dibujando con más claridad en la lejanía, con su cabeza de serpiente tendida hacia Délos, aún invisible detrás de Rinia. El sol se pone cuando nos encontramos casi en el centro de un círculo de islas, cuyos colores empiezan a cambiar. El oro apagado, el ciclamen, un verde malva y luego los colores se oscurecen y sobre el mar aún brillante las masas de las islas se vuelven azul oscuro.

Un extraño e intenso sosiego cae entonces sobre las aguas. Felicidad, finalmente, felicidad muy cercana a las lágrimas. Porque yo quisiera retener contra mí, estrechar esa alegría imposible de expresar, que sé que ha de desaparecer. Pero dura sordamente desde hace tantos días, y hoy me llena el corazón de una manera tan clara, que me parece como si pudiera recuperarla, fiel, cada vez que yo lo desee así.

Se ha hecho de noche cuando bajamos a Mykonos. Hay tantas iglesias como casas. Todas blancas. Paseamos errantes por las callejuelas llenas de tiendas de colores. En las calles, ya completamente oscuras, volvemos a encontrar el olor a madreSelva. La luna alumbra débilmente por encima de las terrazas blancas. Subimos a bordo y me acuesto tan feliz, que ni siquiera siento el cansancio.

Por la mañana, una luz divina cae sobre las casas encaladas de Mykonos. Levantamos el ancla camino de Délos. La mar es bella, transparente y pura por encima de los fondos que ya se ven. Al acercarnos a Délos, divisamos enormes ramilletes de amapolas sobre las primeras pendientes de la isla.

Délos. La isla de los leones y de los toros, cuya representación cubre la isla de animales, pues hay que añadirle las serpientes [...] ³² y los grandes lagartos de cuerpo oscuro,

³² Una palabra ilegible.

pero con la cola y la cabeza verde claro, más los delfines de los mosaicos. El mármol con que están hechos los leones se ha corroído y agrietado por la acción de la erosión, tanto es así que parecen hechos de sal gema, un poco fantasmagóricos, ya que dan la impresión de que van a derretirse en cuanto lleguen las primeras lluvias. Pero esta isla de los leones y de los toros también se halla cubierta de unas osamentas oscuras y friables que son las ruinas y, bajo esas osamentas, de repente, admirables y recientes descubrimientos (mosaicos de Dioniso en reposo).

La isla de las ruinas lo es también de las flores (amapolas, campanillas, alhélfs, asters). La isla de los dioses mutilados del museo (el pequeño Curos). A mediodía, subida a la cumbre del Cinto, con los golfos alrededor, la luz, los rojos y los blancos; todo el círculo de las Cíclades da vueltas lentamente alrededor de Délos, sobre el mar resplandeciente, con un movimiento semejante a una danza inmóvil. Este mundo de las islas tan estrecho y tan extenso me parece el corazón del mundo. Y en el centro de ese corazón se encuentra Délos y esa cima en donde estoy, desde la que puedo ver, bajo la recta y pura luz del mundo, el círculo perfecto que limita mi reino.

Más tarde, de vuelta a la chalupa, una encantadora adolescente griega, vestida con sencillez, en el muelle. Cuando la chalupa se aleja, le hago una seña a la que responde enseñada con una hermosa sonrisa. En el balandro, me desnudo y me tiro al agua transparente y verde. Está helada y vuelvo a subir al barco tras unas cuantas brazadas. Regresamos entonces a Mykonos. Sentimiento de libertad infinita recorriendo así el mar en todas las direcciones, de una isla a la otra. Y libertad en absoluto limitada por el hecho de que ese mundo de las islas tiene límites. Al contrario, esa libertad exulta en su círculo. La libertad no consistiría, para mí, en romper ese círculo y singlar hacia Sumatra. Sino en el ir de esta isla desnuda a aquella isla llena de árboles, y de la roca a la isla de las flores.

Vamos a Mykonos para hacer unas compras. Me gustaba más la ciudad de noche. Ya tarde, volvemos al mar. Extraña

tristeza, tan parecida a una tristeza de amor, cuando veo desaparecer Délos y el Cinto, poco a poco, por detrás de Rinia. Por primera vez, miro cómo desaparece una tierra que quizá no vuelva a ver jamás antes de morir. Corazón encogido. De nuevo, los colores cambiantes del mar y de las islas [...] las velas que restallan blandamente con un viento flojo. Apenas hemos saboreado la paz que asciende del mar al cielo, que se va vaciando poco a poco de su luz, y ya por detrás de un islote rocoso aparece la luna. Se eleva rápidamente en el cielo y luego ilumina las aguas. Hasta la medianoche, la contemplo, escucho las velas, acompaño interiormente el movimiento del agua sobre los costados de la embarcación. Vida libre del mar y la felicidad de estos días. Todo se olvida aquí y todo se rehace. De estos días maravillosos que he pasado volando sobre el agua, entre islas cubiertas de corolas y de columnas, envueltas en una luz incansable, conservo el gusto en mi boca, en mi corazón, una segunda revelación, un segundo nacimiento...

Por la mañana, fuerte viento, restallan las velas, aumenta la escora y navegamos hacia el Pireo entre un estrépito de aguas y de lona. Lluvia de luz, gotas que caen y rebotan sobre el mar de la mañana. Desesperado por dejar este archipiélago, pero esa misma desesperación es buena.

ü

9 de mayo

Salida Olimpia. El camino del golfo de Corinto. Las playas y los golfos, Baño en Xylocastron. Esta vez, es la fuerza de los árboles, de las aguas, de los frutos de la tierra tierna. Un poco antes de Olimpia, las colinas cubiertas de frágiles cipreses. Dulzura y ternura de estos lugares bajo una luz, por primera vez, un poco gris. Los altos pinos y las ruinas de los templos de Zeus y Hera. Gritos de pájaros, el día que acaba, la paz que pronto asciende del vallecito dormido. Por la noche, pienso en Délos.

Dos palabras ilegibles.

10 de mayo

La mañana está gris, por primera vez, en el valle de Alfeo que veo desde mi ventana. Pero cae una luz suave sobre las piedras, los cipreses y las verdes praderas. Desde Délos, yo no podía sentir otra cosa que no fuera la paz de estas colinas, esta sombra suave, este silencio alimentado de ligeros gritos de pájaros. Museo. Junto con los frescos de Sifnos en Delfos, lo más importante de la escultura clásica. Al lado de Apolo o de las tres figuras de hombres del Frontón Este, o de las diferentes Ateneas de las metopas, el Hermes de Praxiteles es una empalagosa consecución que apesta a decadencia. Detrás de él, por lo demás, dos soberbias terracotas de gran formato que representan a un guerrero y a Zeus raptando a Ganímedes, son los testigos de un arte soberbiamente distinto. Extraños bronce arcaicos, Curos, grifos, figurillas, que parecen venir directamente de Oriente. Paseo. Lluve ligeramente y los colores tiernos y lavados del vallecito son suaves a la vista. Maravillado por la diversidad de los paisajes. Todo cuanto Grecia intenta en materia de paisajes, lo consigue y lo lleva a la perfección.

Con la gente del pueblo y su amable familiaridad. Libres de aspecto y de movimiento aunque la libertad política no exista aquí.

Lluvia menuda por la noche. Subo a la colina atravesando hornadas de olorosas flores. Pueblecito de Thronia. Casas miserables. Niños vestidos de harapos aunque con buena salud aparente.

12 de mayo

Fresca y luminosa mañana. La sombra bajo los árboles que hay en torno a las ruinas se hace aún más valiosa. La luz es divina. Baño y almuerzo en Xylocastron. El agua pura es menos fría pero sobre todo el aire se ha vuelto transparente y todas las montañas al otro lado del golfo de Corinto se vislumbran con una extraña pureza. M., que tiene una sonrisa suntuosa en este paisaje. Y así durante todo el camino con, muy pronto, el golfo de Atenas, las islas, en las que se dis-

tingue cada casa y cada árbol. Dejo de anotar aquí estos disfrutes que ahora me anegan. Goce casto, sobrio, fuerte, como la misma alegría y el aire que en ella se respira.

Teseion

En el cielo luminoso y puro un peda2o de luna como un pétalo de espino albar.

Por la noche, en casa de R.D. Las madreselvas, la bahía en la noche a lo lejos, el sabor misterioso de la vida.

*

13 de mayo

Estos veinte días corriendo a través de Grecia, los contemplo desde Atenas ahora, antes de mi partida, y se me aparecen como una sola y prolongada fuente de luz que podré conservar en el corazón de mi vida. Grecia ya no es para mí sino un largo día resplandeciente, que se extiende a lo largo de las travesías y también como una isla enorme cubierta de flores rojas y de dioses mutilados, que deriva incansablemente por un mar de luz y bajo un cielo transparente. Retener esa luz, volver, no ceder a la noche de los días...

14 de mayo

Salida hacia Egina. El mar en calma. El cielo cálido y azul. Puertecito. Balandros. Ascensión de Afaia. Los tres templos que suspenden en el espacio un triángulo azul: Partenón, Sunión, Afaia. Duermo sobre las baldosas del templo, a la sombra de las columnas. Baño prolongado en Aya Marina, en una calita tibia. Por la noche, venden en el puerto unos lirios grandes de perfume sofocante. Egina es la isla de los lirios. Regreso. El sol baja, se pierde entre las nubes, se transforma en abanico dorado y después en una rueda grande de rayos cegadores. Las islas derivan de nuevo, las abandono definitivamente por la noche. Estúpidas ganas de llorar.

Por la noche, Varigueréz y las sombras chinas.

15 de mayo

Domingo. Museo bizantino. Con los D. a Kifissia, y luego a las playas de Atenas. Paseo por el mar con un hermoso viento lleno de luz. Son para mí unas horas de adiós a este país que nos ha vertido, durante semanas, la misma larga alegría.

16 de mayo

Salida para París, con el corazón encogido.

Novela. Él miraba el obús resplandeciente, cegador bajo el sol, que ocultaba el motor. Y de nuevo la misteriosa alegría se insinuaba, una fuente fluía dentro de él ciegamente. Era la alegría de Délos, circular, roja y blanca, círculo giratorio. En el avión que bajaba en picado, desamparado hacia el mar, por encima de la tormenta que se anunciaba, la vida volvía a empezar, idéntica a la muerte próxima.

El huésped. El prisionero emprende el camino hacia la cárcel, pero Daru le había engañado, le había indicado el camino de la libertad.

Novela. Un personaje orgulloso. Que no grita ante el dolor. Que no cede en nada.

Un privilegiado que descubre siendo ya adulto la vida obrera. Lo que abandona poco a poco. Y nunca es bastante. Ni siquiera el hacerse obrero impide que él no naciera siéndolo. Finalmente, hay que morir por.

He tratado de ser un hombre completo y todo lo he reunido en mí. Y luego...

Vrimer hombre. Familia Francine. Familia Wolfromm.

En cuanto a «genio», los romanos sólo tuvieron aquel que nosotros llamamos así en nuestros ejércitos³⁴.

La historia se escribe con sangre y valor. No hay nada que hacer. Cuando el esclavo toma las armas y da su vida, reina a su vez como amo y oprime. Pero cuando un oprimido, por primera vez en la historia del mundo, reine con justicia, sin oprimir a nadie, todo se terminará y todo empezará por fin.

Mi estudio sobre Grenier. Difícil. Es como sacar uno a uno los leños de una llama clara. Y uno se encuentra entonces ante los tizones ennegrecidos.

En la antigua Grecia, a aquellos que deseaban obtener una magistratura, se les exigía que no hubieran hecho ningún negocio durante por lo menos diez años.

Julia. Ella cree que puede vivir sus dos amores. Pero cuando Guibert le propone vivir también él sus dos amores, ella no puede permitirle lo que se autorizaba a sí misma. Pero no puede juzgarle. De ahí su enfermedad vergonzosa.

Bastante ternura todavía para asistir... Esa clase de desprendimientos supone, no obstante, la convicción de que es útil. Tengo la impresión de lo contrario y eso es lo que me desarma.

Un gran dolor y el sol, todos los días. Está curado y adora, solitario, al dios rojo.

Medida y demencia. La medida en sus relaciones con los demás; la demencia contra sí; para forzarse, inclinarse. Y las dos cosas al mismo tiempo en ambos casos.

Jesús tenía 300 millones de contemporáneos. Ahora tendría dos mil millones.

Nada arde en el infierno si no es el yo (Santa Catalina de Genova).

³⁴ «Génie», además de genio, significa también «cuerpo de ingenieros militares». (Nota de la T.)

La única industria francesa que no conoce el subempleo es la maldad.

Primer hombre. Durante tanto tiempo pacífico. Y luego un día acepta batirse y arriesgar su vida. Su alegría.

En italiano, *talento* quiere decir deseo.

Primer hombre. «Muchos años después, cuando entregados a fatigas diferentes, sucedía que nos separásemos por la noche con esa ligera decepción de no habernos amado de verdad ese día, el gestecillo de victoria que ella me hacía ante su puerta, mientras yo esperaba al volante de mi coche hasta que ella desaparecía, unía ese día, supuestamente perdido, al sólido hilo de nuestro obstinado amor y lo salvaba entonces de toda amargura.»

Id. Dureza increíble de Jessica en las rupturas. La pérdida del amor es la pérdida de todos los derechos cuando se los poseía todos.

Obra. Un hombre *se nombra rey* hoy.

*

Etienne. Ruge al despertarse y cuando está solo.

Finalmente (si una vida vale lo que otra vida) el condenado justifica él mismo las condenas a muerte. (Cf. Melville inclinándose finalmente en Billy Budd).

6 de noviembre del 56

Ante la amenaza constante de destrucción total por la guerra —de la falta, por tanto, de futuro— ¿qué moral puede permitirnos vivir solamente en el *presente*? Honor y libertad.

Soy de esos a quienes Pascal conmueve pero no convier-
te. Pascal, el más grande de todos, ayer y hoy.

*

Primer hombre. El amigo Saddok

1) Joven militante — Mi camarada — crisis del 36.

2) Amigo — Vuelve a las costumbres musulmanas puesto
que el otro le ha traicionado. Se casa según la voluntad de su
padre. Teme que se le escape su mujer desconocida.

3) Terrorista.

Más tarde, un amigo europeo ve a su mujer violada y
asesinada. El primer hombre y ese amigo se precipitan a
coger las armas, detienen a un cómplice, lo torturan y luego
emprenden la persecución del culpable, lo sorprenden y lo
matan. Su vergüenza, después. La historia es la sangre.

Id. Secuencia de la resistencia. Él preferiría ser un héroe
de la R.A.F. Que lo mataran desde lejos. Y no tener que
soportar la presencia, la crueldad del enemigo. Pero no,
sueña con batallas gigantescas en el cielo abrasado de las
metrópolis y va de metro en plazas polvorientas o enloda-
das, de París a St. Etienne.

Id. Escena del Faubourg Montmartre. Mientras los gol-
pes que los S.S. dan con las culatas de sus fusiles en las
puertas cocheras se van aproximando, y los amedrentados
vecinos refunfuñan contra los resistentes, él se ve: se lee el
desprecio en su cara. ¿Mas por qué despreciar? Se deshace
del cliché. Cuando los S.S. lo han registrado, se marcha,
un poco avergonzado. Encuentra sobre sí un papel igual
de comprometedor.

Primer hombre. Pierre, militante, Jean, diletante. Pierre
está casado. Ambos conocen a Jessica. Jean y Jessica como
antigua amante. En uno de los intervalos, ella está con Pie-
rre a quien abandona y hiere, y que hará sufrir a su mujer. Él
se entera así, lejos de los mítines, de lo que es realmente la
justicia. Jean, por el contrario, aprende a amar a Jessica y de
ese modo va hacia los hombres. Pierre muere cerca de Jean

(guerra, resistencia) quien lo odiaba por celos. Y lo asiste de todo corazón. Es el hombre a quien ella ha amado al menos un poco.

Id. Descubrimiento del amor. Fascinación M. A.

Giorgione, pintor de los músicos. Sus temas y su pintura fluida, sin contornos, que se prolonga, que lo feminiza todo, sobre todo a los hombres. La voluptuosidad no es seca nunca.

Venecia en agosto y las nubes de turistas que se abaten al mismo tiempo que las palomas en la plaza de San Marcos, picotean impresiones y se dan a sí mismos las vacaciones y la fealdad.

Parma. Y allí, lo mismo. Aquí esas plazoletas que amé hace veinte años y que siguen existiendo, lejos de mí.

Novela. No olvidar Italia y *el descubrimiento del arte* — y de la religión de repente revelada en sus relaciones con el arte.

Y cada vez, esa paz en el corazón. Y sin embargo, esta vez, me encuentro continuamente abatido, incapaz de un frescor o de una emoción. Y sin embargo, San Leo y el corazón se abre a un silencio bienhechor. Querida Italia donde lo habré curado todo. Por el camino de vuelta, el antiguo olor de senderos polvorientos. Unos bueyes blancos de largos cuernos, de Rumania, arrastran carretas chirriantes. El olor a paja y a sol.

San Leo —y ese deseo de retirarme allí—. Hacer la lista de los lugares donde he pensado que podría vivir y morir. Siempre en ciudades pequeñas. Tipasa. Djemila. Cabris. Valldemosa. Cabrières d'Avignon, etc., etc. Volver a San Leo.

Urbino. Esas ciudades pequeñas, bien cercadas, austeras, silenciosas, cerradas alrededor de su perfección. En el corazón de las severas murallas, los personajes indiferentes de la «Flagelación» esperan eternamente, delante de los ángeles y de la altiva madona de della Francesca. San Sepolcro. Cristo ha resucitado. Y aquí está, levantándose del sepulcro, hosco militante. Nuevos frescos de Piero della Francesca. El valle de San Sepolcro al que hay que volver al final de una vida. Amplio, uniforme, bajo el cielo sosegado, conserva el secreto.

Vuelvo a encontrarme con el mar, tibio y suave para los músculos.

El peso de la Santa Cruz. Madona del Parto.

Quisiera volver al final de mí vida por el camino que desciende al valle de San Sepolcro, bajarlo lentamente, caminar por el valle entre los frágiles olivares y los largos cipreses, y encontrar, en alguna casa de muros gruesos y habitaciones frescas, un cuarto sin adornos con una estrecha ventana donde, por la noche, poder asomarme a contemplar la noche cayendo sobre el valle. Quisiera volver al jardín del Prato, en Arezzo, y dar de nuevo un paseo por el camino de guarda sobre la fortaleza, al atardecer, para ver instalarse la noche sobre esa tierra incomparable. Quisiera... Por todas partes y siempre ese deseo de soledad que ni siquiera comprendo y que es como el anuncio de una especie de muerte con el sabor del recogimiento que la acompaña.

Volver a la Piazza della Signoria, en Gubbio, y contemplar largamente el valle bajo la lluvia. Ver Asís sin turistas ni vespas y escuchar, en la plaza alta de S. Francesco, la armonía de las estrellas. Ver Perugia sin las casas que construyen a su alrededor y así poder contemplar los frágiles olivares de las colinas, en una fresca mañana, sentado en los mojones de la Porta del Sole.

Pero sobre todo, sobre todo, rehacer a pie, con la mochila a la espalda, el camino de Monte San Savino en Siena, recorrer esa campiña de olivos y uvas, cuyo olor percibo, por esas colinas de toba azulada que se extienden hasta el horizonte, ver entonces surgir a Siena en medio del sol

poniente, con sus minaretes, como una Constantinopla de perfección, y llegar por la noche, sin dinero y solo, dormir cerca de una fuente y ser el primero en el Campo en forma de palma, como una mano que ofrece lo más grande que ha hecho el hombre, desde Grecia acá.

Sí, yo quisiera volver a ver la plaza inclinada de Arezzo, la caracola del Campo de Siena, y seguir comiendo corazones de sandía por las cálidas calles de Verona.

Cuando sea viejo, quisiera que me fuera concedido volver por ese camino de Siena, sin igual en el mundo, y morir allí, en una cuneta, rodeado únicamente de la bondad de esos italianos desconocidos a quienes amo.

22 de agosto de 1955. San Francesco di Siena. 11 h. de la mañana.

En el museo de Siena, uno de esos numerosos juicios finales (Giovanni de Paolo). A la derecha, entre los bienaventurados, dos amigos que se encuentran levantan los brazos para decir su alegría. A la izquierda, en el Infierno, Sísifo y Prometeo cuyo castigo han prolongado.

Novela. Retrato del escorpión. Odia la mentira y ama el misterio. Elemento destructor. Pues la mentira necesaria consolida. Y la inclinación al misterio conduce a la inconstancia.

Novela. Las langostas — El temblor de tierra. El ataque de la granja aislada — El ataque de Philippeville — El ataque del colegio — Tifón en Nemours.

Sensual, victorioso, en la plenitud de una vida de disfrute y de éxito, renuncia, entra en castidad, porque ha sorpren-

dido a dos niños de quince años descubriendo el amor en el rostro uno del otro.

Él quería ser banal, salía, bailaba, tenía las mismas conversaciones y las aficiones de todo el mundo. Pero intimidaba a todo el mundo. Sólo por su aspecto, se le suponía un pensamiento y unas preocupaciones que no tenía, o que sí tenía pero sin ponerlas en un primer plano.

Primer hombre. La madre obligada a huir a Argelia acaba su vida en Provenza, en el campo que su hijo compró para ella. Pero sufre por el exilio. Sus palabras: «Está bien. Pero no hay árabes». Es allí donde ella muere y él comprende.

Título: ¿El Padre y la Madre?

24 de octubre de 1955

Amenazas de muerte. Mi curiosa reacción.

Están unidos más allá de los tiempos. Pero los años pasan y ella ya no se atreve a mostrarse a él a la luz cruda de las mañanas parisienses.

*

Argel. 18 de enero

Esa angustia que yo arrastraba en París y que concernía a Argelia, me ha abandonado. Aquí, por lo menos, estamos en lucha, dura para nosotros, que tenemos en contra a la opinión pública. Pero es en la lucha donde, finalmente, he encontrado siempre la paz. El intelectual por función, pase lo que pase, y sobre todo si sólo se mezcla mediante lo escrito en los asuntos públicos, vive como un cobarde. Compensa esta impotencia con una escalada verbal. Sólo el riesgo justifica el pensamiento. Y además, cualquier cosa es

mejor que esta Francia de la dimisión y de la maldad, que esta ciénaga en donde me ahogo. Sí, me he levantado feliz por primera vez desde hace meses. He vuelto a encontrar la estrella.

A través de lo que Francia ha hecho de mí incansablemente durante toda mi vida, he tratado de alcanzar lo que España había dejado en mi sangre y que, en mi opinión, era la verdad.

21 de enero

Amenazas para esta noche y mañana.

22 de enero

Adoración. El enigma del mundo.

•k

27 de enero

Primer hombre. X., quien declara que *sólo* el P.C. ha hecho siempre lo que debía, siempre, por los camaradas. Diferencia de generaciones. Les queda por aprenderlo todo también.

Toda doctrina artística es una coartada con que el artista intenta justificar sus propios límites.

San Agustín vivió en el mundo totalitario: el Bajo Imperio. Marrou dice: «Arte de vivir en tiempos de catástrofe». Las dos resistencias al cristianismo provienen de los campesinos y de la aristocracia. Orgullo de pertenecer a la Iglesia de África. 14 años fiel a esa mujer desconocida que le da Adéodat. El texto de San Pablo que lo arroja en brazos de la Iglesia.

«No más comilonas ni orgías, no más asuntos de cama ni libertinajes; revestios del Señor Jesucristo y no busquéis el contento de la carne en su concupiscencia.»

Siempre en lucha para defender su obra contra la invasión de las ocupaciones exteriores. Su imagen del Sol divino que ilumina nuestro espíritu.

«Abundancia de palabras no va sin pecado.»

El temor casto y el temor servil. «Podrás gozar de todo siempre pero no verás mi Faz. Elige.» Nadie puede gozar de todo siempre.

Los que acusan a la época de ser una época de desgracias: «Lo que desean no es tanto una era de tranquilidad como la seguridad de sus vicios».

Siglo XVII, siglo agustiniano.

*

Novela. Retrato de V.D. Sus grandes manos fuertes y sus pies de bailarina como terminaciones de un cuerpo delgado y elegante. Todo es acción, violencia desenfrenada en la danza, en que ella se revela por entero.

Festeja el aniversario del día en que tuvo su coche. Todas las noches, pone el vestido que acaba de comprar al pie de su cama para tener, al despertarse, la alegría de verlo.

Se expresa únicamente en términos indefinidos. Tiene que ir a buscar a alguien a algún sitio para ir a otro sitio donde tiene que hacer una cosa... etc. Vida escondida doble o triple (cf. X. «Tengo una comida»). «Tengo pensamientos impuros», dice. O también, hablando de alguien que no le inspira pensamientos impuros, precisamente: «Es como la ternera cocida».

Los hombres con quien ella tuvo relaciones. Le parecen de otra raza. «Como zulúes —dice—. ¿Cómo no sentir compasión ante un hombre inteligente? Todo lo que él sabe y ve que los otros soportan porque ellos no lo saben ni lo ven.» «Las mujeres que esperan del hombre toda la felicidad de su vida.» «Las mujeres que no gustan son avaras del único hombre que poseen. Sólo las mujeres que gustan son capaces de generosidad.» «No me gustan los hombres

muy jóvenes, son tontos. Un hombre se cree siempre superior a la mujer que él... Ese sentimiento, yo lo acepto de un hombre inteligente, no de un joven imbécil.» Su cochecito. «No puedo pasarme sin él; lo amo con ternura por toda la libertad que me proporciona.» Guarda en él unas viejas y asquerosas zapatillas que se pone para conducir, quitándose sus elegantes zapatos Luis XV. Por lo demás, deja los zapatos en todas partes: cines, restaurantes, etc. Bonito pie, el de una bailarina, como es ella. «En mi barrio no hay más que abuelitas y pelanduscas, así que la gente se fija en mí.»

En el hotel, al que llega con sus bolsas llenas de maquillajes y objetos de aseo, sus largos cabellos rubios y sueltos [...] ¹⁵.

«Hay que ser franca, la celebridad es un afrodisíaco.»

Sí llegara a ser millonaria, si se casara con Onassis, tendría una bañera de oro o de platino —así haría juego con sus cabellos— llena con su perfume favorito del que se empaparía.

«Quiero más a mi coche que a mi madre.» Ama a su época.

Su avidez de risas. Su voluntad de agarrarlo todo, de triunfar en todo, de probar lo que son hoy los placeres. Ski, mar, baile, vida mundana, éxito publicitario. Y pura dentro de ese deseo desenfrenado. A causa de él. «Tengo defensas.» Sus frases habituales: «Se ha volcado una tortilla en la cabeza» (hablando de una rubia); «montaría un burdel en un rebaño de jesuitas»; «en esa cosa, podemos poner los pies en la pared o colgarnos del techo, nos aplauden igual». Como tengo una venda en el dedo por haberme cortado, me dice: «pareces un carpintero torpe».

Lo que me gusta de V., lo que la hace atractiva: se adhiere a su sociedad, no obstante, insoportable, es decir que ha adivinado lo que puede darle sin complicaciones (desarrollar). V. y el matrimonio. Será fiel si se casa. Al menos, le deberá eso al pobre tipo que... etc.

Sus enaguas limpias de chica joven, que asoman siempre cuando se sienta.

«No comprendo a esas mujeres casadas que fastidian a sus maridos. Tienen dinero, un padre para sus hijos, seguridad, la vejez asegurada, y aún piden fidelidad. Exageran.» Y también: «En el matrimonio, el hombre lo pierde todo y la mujer lo gana», etc. etc.

Don Fausto y el doctor Juan. Leporello. Nada.

Id. Se hace cómico, del teatro sobre el teatro.

Id. Fausto y la juventud de las mujeres (cf. Dupuis).

Id. Enamorado, yo le era infiel, y me enamoraba más si ella era infiel.

Leporello: Nada.

«¿Es su nuevo criado?»

«Sí, es un filósofo. Lo compré en París.»

Id. Nada. Hay en usted una añoranza que me molesta. No hay nada, le digo. Esa estatua, ya puede usted invitarla, no la verá venir.

D.F. ¿Estás seguro? Invítala.

Leporello va.

D.F. No (vacila). Sí.

Leporello hace el bufón con la estatua.

D.F. decide ser casto, busca y encuentra una chica casta. Hace tiempo que yo me hubiera convertido. Pero siempre me retuvo el temor a lo que dirían mis amigos.

El viejo doctor del prólogo es un sabio atomista. Podría hacer saltar el mundo. Pero no es eso; quiere gozar y conocer.

Fin. Los franciscanos lo han encerrado en un convento. Él niega a su Dios y se confiesa con ellos. Adoración al ser del mundo.

El verdadero creador, mañana, si se encontrara solo, conocería la profundidad de una soledad como en ninguna época se conoció. Sería el único en concebir y servir a una civilización que no puede nacer sin la ayuda de todos. Ten-

dría la sospecha de que esa civilización vive su última oportunidad y que él es uno de los últimos en saberlo.

F.M. Tiene respuesta para todo, salvo para la decencia.

Antes del tercer piso: noticias de «un héroe de nuestro tiempo». *Tema del juicio y del exilio.*

El tercer piso es el amor: el Primer hombre, Don Fausto. El mito de Némesis.

El método es la sinceridad.

La historia, fácil de pensar, difícil de ver para todos aquellos que la sufren en sus carnes.

El oprimido no tiene ningún deber real porque no tiene derechos. El derecho lo recobra sólo con la rebelión. Pero en cuanto ha adquirido el derecho, también le incumbe el deber sin dilaciones. De este modo, la rebelión, fuente del derecho, es al mismo tiempo madre de los deberes. Estos son los orígenes de la aristocracia. Y su historia. Quien descuida su deber pierde el derecho y se convierte en opresor aunque hable en nombre de los oprimidos. Pero cuál es ese deber.

Novela. Deportado al que mandan desnudarse. Al hacerlo, uno de los gemelos de su camisa cae rodando en un rincón y él va a recogerlo.

París. Primavera tardía y repentina. Todos los castaños cubiertos con sus candelas de cera.

M.: «¿Cómo podría yo estar celosa de una persona de quien sé que va a morir y a escapar de mí para siempre? Mis verdaderos celos consistirían en querer morir con él a toda costa.»

La piedra que crece. El gallo — Pero no está mal. Hay que matar al enemigo: ¿acaso no lo era?

D'Arras: Lo era.

El gallo: Aquí, nosotros matamos a nuestros enemigos y después tenemos al Buen Jesús.

En casa de Solidor; un hombre, Barbara, hace su número de travesti (como mujer mundana) delante de sus invitados: su madre, su abuela y un hombre joven que es el hijo de su amante del momento. Esta familia se regocija.

Julio. Palerme³⁶

Tres días de mistral habían cepillado, pulido el cielo hasta dejarlo en su trama más fina, delgada película transparente y azul, hinchada con una pesada carga de agua dorada... y esperaban a que también reventase y un chorro de vino amarillo ahogara la tierra bajo un diluvio exultante.

12 de julio. Palerme

Sobre el mistral. Días cálidos y yo esperaba a que él se levantase. Iba entonces a la colina cubierta de hierbas aromáticas y de una miríada de minúsculos caracoles fósiles. El viento bajaba del norte, decapitaba las montañas cercanas, cepillaba el cielo hasta la trama, agitaba y limpiaba los árboles, aullaba en el campo, castigaba a los animales y a las personas a quedarse en casa, reinaba, finalmente... etc. Y acostado sobre la colina, aplastando las conchas, en el baño violento de viento y de sol... aquello era una fiesta.

³⁶ Los Camus vivieron durante los veranos de 1948 y 1949 en una casa que formaba parte del dominio de Palerme, en L'Isle-sur-la-Sorgue. Volvieron allí en otras ocasiones. La familia argelina de Albert Camus vivió en ella cuando éste trató, en vano, de aclimatar a su madre en Francia, a su tío Etienne Sintès, a su hermano Lucien y a la familia de este último.

A.B. me escribe la verdadera historia del Van Eyck. Poco después del robo, se sospechó de un canónigo. Este confesó. Había robado la hoja del tríptico porque no podía soportar ver a unos jueces junto al Cordero Místico. Recibió la absolución, en consideración a sus intenciones, prometiendo revelar el escondite del panel el día de su muerte. Llega el día. Extremaunción. Quiere hablar. Pero su voz se apaga. Profiere unas palabras ininteligibles y muere.

Lo que siempre encuentro, a lo largo de los años, en el corazón de mi actitud, es el rechazo a desaparecer de este mundo, de sus alegrías, de sus placeres, de sus sufrimientos, y ese rechazo hace de mí un artista.

Jean pide un equipo de pesca que yo le compro. Busca gusanos en vano. Por fin los encuentra. Se va de pesca. Atrapa seis gobios y se echa a llorar al ver su agonía. Ya no quiere volver a pescar.

22 de julio

La luna ligera y llena por encima de los álamos. El Luberón casi blanco y desnudo a lo lejos. Un ligero viento sobre los juncos. Mamá y yo contemplamos esta noche maravillosa con el mismo corazón encogido.

Pero ella se va a marchar y yo sigo temiendo no volver a verla.

Némesis. Los pensamientos centrados en la historia son los que más desprecian el tiempo, sus efectos, sus edificios y sus civilizaciones. La historia, para ellos, es lo que destruye.

Finales de julio

Noches llenas de luna y de viento. Los grandes [...] " de Vaucluse.

Se diría que en este país ningún partido puede aguantar mucho tiempo el esfuerzo del patriotismo. De ahí que la derecha flaquea en 1940, y luego la izquierda dieciséis años después.

Noche de tormenta. Esta mañana, el aire es fino, los contornos puros. Sobre la colina inundada de fresca luz, una alfombra de enredaderas rosas. El olor de los jóvenes aprieses. ¡No niegues ya nada!

Cuando no se sabe nada más que esto: quisiera ser mejor.

Música en el transatlántico del Atlántico Sur. Sólo la música alcanza la dimensión del mar. Y algunos trozos de Shakespeare, Melville, de [...] ³⁸.

Anécdota (imaginaria, supongo) en Rusia: según parece, Stalin ordenó a Krupskaja que cesara toda crítica, sin lo cual designaría a otra viuda de Lenin.

Novela-fin. Mamá. Qué decía su silencio. Qué gritaba esa boca muda y sonriente. Resucitaremos.

Su paciencia en el aeropuerto, en ese mundo de máquinas y de oficinas que la supera, esperando sin decir una palabra, igual que, desde hace milenios, mujeres viejas del mundo entero esperan a que el mundo pase. Y luego, muy

" Una palabra ilegible.

³⁸ Una palabra ilegible.

pequeñita, un poco rota, sobre el inmenso terreno, hacia los monstruos aulladores, sujetándose con la mano los cabellos bien peinados...

Si nada puede redimir nuestros días y nuestras acciones, ¿acaso no estaremos obligados a elevarlos dentro de la mayor luz posible?

Novela. Etienne. Gran sensibilidad. El olor del huevo en los platos. De ahí las micro-tragedias.

París. La belleza es la justicia perfecta.

La libertad no es la esperanza en el porvenir. Es el presente y la armonía con los seres y el mundo en el presente.

La Revolución, está bien. ¿Pero por qué? Hay que tener idea de la civilización que se quiere crear. La abolición de la propiedad no es un objetivo. Es un medio.

El abuelo paterno de Tolstoi mandaba su ropa sucia de Rusia a Holanda, en cuanto caían las primeras nieves, en unos trineos que volvían llenos de ropa limpia poco antes de la primavera.

Tolstoi: «La literatura política, al reflejar los intereses transitorios de la sociedad, tiene su importancia y puede ser necesaria para el desarrollo del pueblo; no por ello deja de existir otra literatura, que se hace eco de unas preocupaciones eternas compartidas por toda la humanidad, y que comprende las creaciones caras al corazón del pueblo, una literatura accesible al hombre de cualquier pueblo, de cualquier tiempo, y sin la cual ningún pueblo vigoroso y lleno de savia ha conseguido hasta ahora desarrollarse.»

Tolstoi tuvo un hijo natural con Axinia (campesina).

Id. Turgueniev lee *Padres e hijos* a Tolstoi, quien se duerme.

Id. cf. la condesa: «Me asquea, siempre hablando de su pueblo» (Copió 7 veces Guerra y Paz).

Id. Tolstoi: «Las críticas mordaces me dan ideas negras».

Id. «La locura es un egoísmo.»

Id. Shakespeare. «Una abominación es un engañabobos.»

El Hermitage de Optina, que atraía a todos los escritores rusos, fue fundado en el siglo XIV por un bandido arrepentido.

Veáse Alejandra Tolstoi: León Tolstoi, mí padre, p. 302 y sobre todo para mí p. 444.

Tolstoi, a propósito de la guerra ruso-japonesa: «En una guerra con un pueblo no cristiano, los pueblos cristianos deben ser vencidos». Id. en su diario: «Un criminal deseo de morir». Y en el momento de morir: «Alejandra, ten valor, todo está bien».

Novela (fin). Ella regresa a Argelia donde están combatiendo (porque es allí donde ella quiere morir). Impiden al hijo ir a la sala de espera. Se queda esperando. Se miran, a veinte metros uno del otro, a través de triples cristales, haciéndose de vez en cuando una pequeña señal.

El mundo se derrumba, Oriente está en llamas, los hombres se desgarran a su alrededor, y M. en una playa desierta, en la otra punta de Europa, envuelta en un violento viento, compite en una carrera con la sombra de las nubes sobre la arena. Ella es la vida, triunfante.

Agosto de 1956

C. Me gusta ese pequeño rostro preocupado y herido, trágico a veces, hermoso siempre; ese pequeño ser de muñecas y tobillos demasiado gruesos pero cuyo rostro se halla

iluminado por una llama sombría y dulce, la de la pureza, un alma. Y cuando vuelve la espalda en el escenario, tras el insulto de su interlocutor, entonces es como una pequeña desdichada que se va, y sus hombros frágiles.

Por primera vez desde hace tiempo, una mujer me llega al corazón, sin ningún deseo, ni intención, ni juego, amándola por sí misma, no sin tristeza.

Novela. Después de quince años de amor con Jessica conoce a una joven bailarina que posee, con algunas diferencias, los mismos dones, la misma llama que J. Y algo nace dentro de Jean que recuerda al amor que sintió por J. Como si aún fuese capaz de volver a empezar (y como M.H. en los mismos lugares, había amado a Jessica sin decirlo). Pero él es viejo, ella es joven, él sigue amando a Jessica y al amor que sintió por ella. Calla. Renuncia. La vida no vuelve a empezar. Apenas descubrió o creyó descubrir que la amaba, se sintió aterrado y resolvió no tocarla jamás. Uno desearía que aquellos a quienes empezamos a amar nos hubieran conocido tal como éramos antes de encontrarlos, para que pudiesen percibir lo que han hecho de nosotros.

Carta incluida

Soy viejo o voy a serlo dentro de poco. He pasado la mitad de mi vida de hombre defendiendo a una persona al precio del sacrificio de otra y quizá de parte de mí mismo. Lo que he conservado durante doce años, no puedo rechazarlo ahora por unos cuantos meses o unos cuantos años de vida. Aquello por lo cual destrocé a una persona, no puedo destrozarlo también como un niño caprichoso que mutila, uno tras otro, todos sus juguetes.

Siempre pensé que el amor, que cualquier sentimiento, acababa por parecerse a lo que era en el segundo mismo de su nacimiento. Y lo que he experimentado ante ti es el amor sin la posesión, el don del corazón. La posesión ha venido a añadirse y tiene una dimensión pero no sensual...

Ahí es donde quizá pudiéramos encontrar una especie de alianza, un matrimonio conocido por nosotros únicamente, un compromiso, un pacto.

El tiempo para mí ya no existía; durante 10 horas al día dentro de ese teatro, en el sótano, bajo la luz pobre y a un mismo tiempo dura de los focos de los ensayos, yo seguía, fascinado, sobre aquella carita iluminada desde el interior por otra clase de luz, un día de sufrimiento, todas las emociones que el dolor de vivir puede hacer nacer sobre la faz humana. Estaba allí frente a lo más profundo, herido, solemne, desarmado, que hay en el hombre. Y cuando salíamos, la lluvia imprevista o la dulce noche de septiembre eran recibidas tal como eran, un orden inmutable, el decorado de lo que se agita y sufre dentro del corazón de los hombres y mujeres y lo único que, durante interminables semanas, me hacía vivir y me colmaba.

C, personaje novela. Joven judía deportada, sirvió a las S.S. del campo de concentración (hermana de X.). *Regresa.* Se hace actriz: 1) porque su poder de irrisión se hace espectacular; 2) porque eso la escuda contra el mundo; 3) porque vive todas las vidas que serán para siempre mejores que lo que ella ha visto y hecho. Y en su rostro: Belsen y la piedad. Eso es lo que aplauden.

Su torpeza. Quema, mancha, pierde, etc.

Después de ese largo trabajo nocturno, solos en el coche, París desierto, y la prolongada lluvia que resonaba sobre la chapa por encima de ellos. Sobre ese rostro, tan sólo iluminado por la luz de una farola a través del parabrisas, la sombra de las gotas de agua que resbalaban por el cristal, escuchando continuamente. Alrededor de esta sombra, ellos acurrucados en su casa de chapa, y alrededor de ellos la calle, la ciudad silenciosa, un continente, el mundo en llamas, y él no podía cansarse de mirar aquella cara rutilante de lágrimas de sombras.

«Nuestras dulces, secretas, desiertas vacaciones.» Él sacudía las ramas de los árboles que sobresalían de las tapias, y las gotas de agua caían en forma de lluvia sobre el rostro echado hacia atrás de su amiga. Bebía una por una aquellas gotas que brillaban como unos ojos febriles y tiernos.

Domingo, 2 de septiembre de 1956

El lento naufragio y su rostro de ahogada. Nacimiento.

Lunes

La lluvia fiel.

Martes

El don puro. Sin reclamar nada para sí.

*

Jueves 6

Fatiga insuperable y, para terminar, confesión de amor.

Quisiera poder respirar, llegar a amarla por memoria o por fidelidad. Pero tengo el corazón sin cesar encogido. Te quiero sin cesar en carne viva. Sus besamanos heridos sobre él. Su manera irritante de dejar siempre algo tras ella.

El padre de C. —Doctor judío— Permanece en París durante la ocupación. Muere deportado en Birkenau. Tifus. Horno crematorio; «sigo pensando que tenía muelas de oro». Separado de su mujer, violento, apasionado, seductor. C. lo amaba. Su vida que empieza con el desembarco, a los dieciséis años.

París donde el sol es un lujo, donde morir cuesta los ojos de la cara, donde no hay árboles sin cuenta en el banco. París que quiere dar lecciones al mundo.

El teatro revienta los muros de las ciudades. Y esas polillas que quieren hacer teatros apolillados a imagen y semejanza de las ciudades.

A los catorce años, C. se escapó por la noche de su casa de El Biar, atando sus sábanas como si fueran una cuerda.

C. con el corazón hambriento de infelicidad. Su furor *contra* su cuerpo.

El amor trágico y sólo eso. Felicidad trágica. Y cuando deja de ser trágico es otra cosa y el ser emprende de nuevo la búsqueda de la tragedia.

La civilización industrial, al suprimir la belleza natural, cubriendo amplios espacios de la misma con desperdicios industriales, crea y suscita necesidades artificiales. Hace que la pobreza ya no pueda ser vivida ni soportada.

Fausto rejuvenecido en forma de Donjuán. Es el espíritu sabio y viejo dentro de un cuerpo joven. Mezcla detonante.

Id. Escena en que Don Juan asiste a su entierro. Don Fausto o el caballero de Occidente.

Aurora. Una fábula. El Donjuán del conocimiento: ningún filósofo, ningún poeta lo ha descubierto. Le falta el amor a las cosas que descubre, pero tiene talento y voluptuosidad y goza con los encantos e intrigas del conocimiento —al que persigue hasta las estrellas más altas y lejanas— hasta que al fin ya no le queda nada que perseguir, si no es lo que en el conocimiento hay de absolutamente *doloroso*, como el borracho que acaba bebiendo absenta y aguafuerte. Por eso termina deseando el infierno. Es el conocimiento último lo que le *seduce*. Quizá también este conocimiento acabe por decepcionarlo, como todo lo que es por él conocido. Entonces, deberá pararse

para toda la eternidad, clavado en la decepción y convertido él mismo en el convidado de piedra. Deseará una cena del conocimiento, cena que jamás obtendrá. Ya que el mundo de las cosas no encontrará ni un solo bocado que ofrecer a ese hambriento.

Intelectuales del progreso. Son las calceteras de la dialéctica. A cada cabeza que cae, vuelven a coger los puntos del razonamiento desgarrado por los hechos.

Juana la loca permaneció cuarenta y cuatro años en un cuartito sin ventanas, alumbrado noche y día por una lámpara, del que únicamente salía para pasar al convento de al lado y contemplar el sepulcro de su marido. Quizá sea esa la verdadera vida.

Ve

El hombre de negocios que, hartado ya, se hace payaso. Pero sin dejar su casa ni sus negocios. Simplemente, se viste de payaso.

X.X. Después de largos besos: «¡Qué violento es esto!»

Custine: «La contradicción que existe entre un alma ardiente y la uniformidad de la existencia me hace la vida insoportable».

Id.: «Hoy que la palabra no es más que una negociación entre la verdad y las vanidades».

Los dos excelsos talentos que el cielo regaló a los romanos, Lucrecio y Séneca, se suicidaron.

Después de Nupcias, el Verano. La Fiesta (1 — Fútbol; 2 — Tipasa; 3 — Roma — Las islas griegas — El Mistral — Los cuerpos — La danza — La eterna mañana).

Pierde a su hija. Soy un hombre viejo, ahora. Para ser joven, hay que tener un porvenir.

Masacre de los inocentes en la vida de Cristo. Por haber nacido culpablemente, hay que morir inocentemente.

Reimpresión. Caída, p. 73: «melancólicas rendiciones», p. 126 corporación masculina.

Dr. Schnitzler. Varios campos de concentración. Salvado finalmente porque era *simpático*. Todo el mundo le ayudó.

X.X. profesor: «Los hombres deben amarse», «se debe...» «se debe...». En torno a él la realidad: un indescriptible burdel.

A veces siento que me invade una inmensa ternura por esas gentes de mi alrededor que viven en el mismo siglo.

La prostituta canadiense de ese café que está cerca del Folies-Bergère: «Mi padre dio la vuelta al mundo, yo también, confía en mí, he estado en Alemania, en Argelia, he sufrido demasiado, he pasado hambre, ahora soy mala y mi madre no me ha visto desde hace quince días, mi padre saltó con una mina, mi hermano también, en fin lo hago por ti porque eres una amiga bueno lo estoy esperando ya es bastante

que yo le dé de comer y dinero a mi familia otra vez salir con ese gilipollas ah mal va la cosa no conozco a nadie».

N. : la fuerza en la moderación es la fuerza superior.

M. dice: «La raza de Cristo — y la otra».

Obra de teatro. Un escritor (sabio o artista o actor) agotado por culpa de la presión social, se hace doblar *en la vida*. A su lado, un profesor muy digno que, rendido de amor, da muestras de infantilismo: pretende que sabe beber, conducir un coche, hacer el amor, practicar judo, etc.

Existe en el mundo, caminando paralelamente a la fuerza de muerte y de coacción, una enorme fuerza de persuasión que se llama cultura.

En el Antiguo Testamento, Dios no dice nada, son los vivos quienes le sirven de vocablo. Y es por eso por lo que no he cesado de amar lo que de sagrado había en este mundo.

N. realizado. Multiplicación de las experiencias, pero dominadas, orientadas hacia el ser más grande y la más elevada época, con la libertad extrema pero según la disciplina —y la vida arriesgada sin tregua como una sanción permanente— una soledad aceptada y *pródiga*, inclinada únicamente ante el ser del mundo, secretamente. No decir sino hacer para darle sentido a una palabra más alta y no hablar sino en función de... (Para el que pierde la memoria, el diario como instrumento de esta ascesis.)

Custine: «La arquitectura árabe es el arte de un pueblo afeminado (papeles recortados con que los confiteros tapan sus cajas de peladillas)». Él (Custine) cita las palabras de Voltaire o de Diderot: «Los rusos están podridos antes de estar maduros».

A los diez años, Nietzsche funda, junto con unos amigos, un *Teatro de las Artes* donde son representados dos antiguos dramas de los que era autor.

Junio 1957

Festival de Angers terminado. Cansancio feliz. La vida, la maravillosa vida, su injusticia, su gloria, su pasión, sus luchas, la vida vuelve a empezar. Fuerza todavía para amarlo todo y crearlo todo.

15 de julio

Salida de París. Dormimos en Guéret. Es el universo de la cargante familiar.

17 de julio

Cordes. Silencio y belleza. Soledad de esta casa tan grande, de la ciudad muerta. El tiempo fluye, sensible, dentro de mí, y vuelvo a respirar. Alrededor de Cordes, sobre el círculo perfecto de las colinas, el cielo reposa, tierno, aéreo, a un mismo tiempo nuboso y luminoso. Por la noche, Venus, tan gruesa como un melocotón, se pone con loca rapidez por detrás de la colina del Oeste. Se para un momento sobre la línea de la cresta y luego desaparece bruscamente, aspirada como una ficha en una ranura. Inmediatamente, pululan las estrellas y la vía láctea se hace cremosa.

18 de julio

Está lloviendo. Esta mañana, valle salvaje del Aveyron. Trabajo. Ya no soporto ninguna ligadura, tan loco por la libertad que aumento más cada vez una soledad que puede ser peligrosa. Pienso sin tregua en R, mi pesadumbre.

Noche. Desalentado por mí mismo, por mi naturaleza desértica.

20 de julio

Una carta del superior de Georges Didier me comunica su muerte en un accidente de coche, en Suiza.

21 de julio

Lluvia que no cesa desde hace días. Profunda y seca tristeza.

22 de julio

Carta de Mi. que me habla de su familia y de sus «horribles comilonas». Al llamar por teléfono al que ama, desde un lugar a 200 kilómetros de allí, no encuentra las palabras adecuadas. «Yo estaba allí, miserable y alegre.»

23 de julio

¡La verdad, la verdad!

24 de julio

Campo hermoso y desierto donde cada una de las casas que encontramos está en ruinas. En unos pajares, despanzurrados e invadidos por las ortigas, enmohecen unas viejas gradas con ruedas, viejas y enormes arañas que invaden este reino desierto. La riada hacia las ciudades, fábricas y placeres colectivos. Aquí muere lentamente una civilización, alrededor nuestro, y las casas viejas dan de ello testimonio. Se lo

digo a M. quien me dice que ella no tiene la impresión de una muerte sino más bien de una espera. ¿Espera de qué?
— De un mesías.

Sigue lloviendo; tengo tanta hambre de luz como de pan y ya no puedo soportarme.

24 de julio

Salida Roussillon. El mar. Leucate. Regreso el 25 por la noche.

26 de julio

Mañanas soberbias. Golondrinas ebrias.

Los que no son curiosos: lo que saben les asquea de lo que ignoran. (C).

El budismo es el ateísmo convertido en religión. El renacimiento a partir del nihilismo. Ejemplo único, creo. Y valiosísimo para que lo meditemos nosotros, que nos enfrentamos con el nihilismo.

No le podemos pedir al sufrimiento que justifique sus razones. Nos expondríamos a no compadecernos casi de nada.

Cordes. Todas las noches yo iba a ver cómo se ponía Venus, y a las estrellas elevarse por encima de su lecho en la noche cálida.

La anciana dama inglesa que se suicida. En su diario, desde hacía meses, anotaba lo mismo todos los días: «Hoy no ha venido nadie.»

Al final de *El adolescente* (y en las tres variantes), Dostoyevski procesaba irónicamente a Tolstoi.

Cordes, 4 de agosto

Pensamientos de muerte.

6 de agosto

Visita a Cayla: lugar solitario y silencioso en torno al cual viene a morir el mundo. Comprendo mejor lo que después leo en el diario de Eugénie de Guérin: «De buen grado me haría monja de clausura en Cayla. No hay ningún lugar en el mundo que me guste tanto como mi casa». Y también: «¿Dónde estaría yo? ¿Dónde estaremos nosotros cuando estos árboles hayan crecido? Otros irán a pasear bajo su sombra y verán pasar, lo mismo que nosotros, los vientos que los derribarán».

Los viejos creyentes en Rusia pensaban que nosotros transportábamos a un demonio pequeño sobre el hombro izquierdo, y a un ángel sobre el hombro derecho. Hay en esto una idea buena para el teatro (¿para Don Fausto?): el ángel y el demonio crecen según se les alimenta. En general el uno o el otro es muy alto. Mi personaje entra con dos personajes más pequeños y *de igual altura*. Sus diálogos, entre ellos, del personaje con las dos criaturas, de las dos con el personaje, etc., etc.

«El más leve hilo de seda me resulta más insoportable que a cualquier otro una cadena de hierro» (N.). A mí también, por desgracia.

Svidrigáilov de *Crimen y castigo*: «Un cuartito lleno de humo, con arañas en los rincones y he ahí toda la eternidad».

8 de agosto de 1957. Cordes

Por primera vez tras la lectura de *Crimen y castigo*, duda absoluta acerca de mi vocación. Examino seriamente la posibilidad de renunciar. Siempre creí que la creación era un diálogo. ¿Pero con quién? ¿Con nuestra sociedad literaria, cuyo principio es la maldad mediocre, en que la ofensa ocupa el lugar de método crítico? ¿Con la sociedad a secas? Un pueblo que no nos lee, una clase burguesa que, durante el año, lee la prensa y dos libros de moda. En realidad, el creador, hoy, no puede ser más que un profeta solitario, habitado, comido por una creación desmesurada. ¿Soy yo ese creador? Así lo creí. Creí exactamente que podía serlo. Hoy lo dudo y siento la fuerte tentación de rechazar este esfuerzo incesante que me hace desdichado aun estando feliz, esta ascesis vacía, esta llamada que me tensa hacia no sé el qué. Haría teatro, escribiría al azar trabajos dramáticos, sin preocuparme, sería libre tal vez. ¿Qué me importa hacer un arte estimable u honesto? ¿Y soy acaso capaz de hacer aquéllo con que sueño? Si no soy capaz, ¿para qué soñar? ¡Liberarme de esto también y no consentir en nada ! Otros lo hicieron que eran más grandes que yo.

12 de agosto

C.S. «No es el dolor el que debe provocar la mayor compasión sino la indignidad. La desgracia más extrema es sentirse inmerso en la vergüenza. Vosotros todos parecéis no haber padecido sino bellos sufrimientos, sufrimientos distinguidos.» Es verdad.

Emerson: «El secreto del genio consiste en no tolerar a su alrededor la existencia de ninguna ficción».

13 de agosto

Salida de Cordes.

A

Música atonal siempre dramática pese al deseo de ser una reacción contra el romanticismo musical. Y es que la «no significación» es siempre patética y dramática. Id. en lo que se refiere a la pintura.

Un comentario sobre *La caída* puesto que no comprenden. La elaboración y la burla de la actitud moderna y de ese extraño e indecente remordimiento laico del pecado. Cf. Chesterton. «El siglo XIX (id. el XX) está lleno de ideas cristianas que se han vuelto locas.»

Que Lenin jamás tuvo que ver con las masas. Cf. Sperber:

la izquierda y el punto cuatro de Truman.

Id. Freud no se sentía con vocación de médico, no sentía ninguna «inclinación por la humanidad doliente»,

Némesis. Complicidad profunda del marxismo y del cristianismo (a desarrollar). Es por lo cual estoy en contra de ambos.

*

Los amantes ciegos que matan, a tientas, al marido ciego.

Un Teatro ininterrumpido.

Atractivo de la religión sobre la gente de teatro. La vida de sueño y la verdadera vida.

Me gustaban esos lugares (restaurantes luminosos, dancings, etc.) que los hombres han inventado para resguardarse de la vida. Esa cosa herida en mí.

Necesidad y exaltación de los contrarios. La medida, lugar de contradicción. Sol y tinieblas.

Cuando Nietzsche tenía quince años, al ver que sus amigos negaban ante él el gesto de Mucio Scevola, cogió sin decir palabra un carbón ardiente de la estufa y se lo enseñó a sus amigos. Llevó la cicatriz durante toda su vida.

Historia del burdel (H. p. 48). Cósima, a quien habría que execrar por haber destruido todas las cartas de N. a W. «El conocimiento trágico y la alegría griega.» La terraza de la catedral de Basilea donde Nietzsche y Burckhardt conversaban. «Un anacoretismo moderno, una imposibilidad de vivir de acuerdo con el Estado.» Id. «La aristocracia del espíritu debe conquistar su entera libertad frente al Estado que, hoy, mantiene presa a la ciencia.» — Id. El hombre soñando, acostado sobre un tigre.

Sobre el incendio del Louvre durante la Comuna que le hace llorar y lo deja anonadado durante muchos días: «Jamás, por muy vivo que fuese mi dolor, hubiera yo arrojado la piedra a esos sacrilegos que no son, a mis ojos, sino los portadores de nuestra culpa, la de todos. Culpa sobre la que habría mucho que pensar.» «Haz de suerte que me entierren como a un leal pagano, sin mentiras.» Triste sin luz, exaltado en cuanto regresa.

Proyecto de «diez años de meditación y silencio». Idea de la «máscara». Elogio de Napoleón en la *Gaya Ciencia*. Aventura con Madame V.P. en 87, último billete a Rhode, emocionante. Rhode no responde. «Lisbeth, ¿por qué lloras? ¿Acaso no somos felices?»

Yo tenía mucha prevención contra el racionalismo. Pero la pasión de mis colegas [...]"

8 de septiembre

Muerte de Robert Chatté. Solo, en el hospital de Villejuif.

Dos frases ilegibles.

Negarse a destacar cuando se puede destacar, a gustar, etc. Es preciso un poco de artificio, pero el artificio acaba por comérselo todo. Aburrirse esperando (tanto tiempo como haga falta) es más fecundo, finalmente, que charlar y salir para nada.

Lo que haría falta: no sólo alguien a quien amásemos sin pedirle nada sino incluso a alguien a quien amásemos y que no nos diera nada.

Novela. Mi: en el amor, ella respiraba como una nadadora y sonreía al mismo tiempo, luego nadaba cada vez más aprisa, y terminaba cayendo sobre una playa cálida y húmeda, con la boca abierta, sonriente todavía, como si a fuerza de grutas y aguas profundas, el agua se hubiese convertido en su elemento y la tierra en el lugar árido donde, como un pez rutilante, ella se ahogaba alegremente.

El hombre más grande, la mayor fuerza espiritual: el más, la más concentrada [...]⁴⁰.

Nietzsche. Irreligioso por religión. Pascal —a su manera—. Después de todo, según Tomás, la fe es el valor del espíritu.

Id. para él Cristo: el Salvador inmoralista.

Custine. «Un día, el gigante dormido se levantará y la violencia pondrá fin al reinado de la palabra. Será en vano si entonces la igualdad desesperada llama a la vieja aristocracia para que acuda en socorro de la libertad; el arma, demasiado tarde recobrada, llevada por manos demasiado tiempo inactivas, habrá perdido su poder.»

Id. sobre los franceses; «se pintarían para afearse antes que dejar que los olviden».

⁴⁰ Dos palabras ilegibles.

Don Fausto. Cuando se ha transformado en Don Juan, la escena empieza con la risotada de un hombre entre bastidores que indica la entrada de Don Juan.

Nietzsche. «¡Unos millares de años más por la vía del siglo pasado! — Y en todo lo que hará el hombre, la suprema inteligencia se hallará manifiesta — pero de tal manera, precisamente, que la inteligencia habrá perdido por completo su dignidad. Será sin duda necesario ser inteligente, pero será asimismo algo tan corriente que un espíritu más noble sentirá esa necesidad como una vulgaridad. Ser noble acaso signifique entonces tener la cabeza llena de ideas locas.»

La Biblia nació entre las piedras.

1 de octubre

Visita de G.T., que antes de salir para Argelia viene a confiarme lo que ha hecho. Hace un mes, en Argel. Unos emisarios del F.L.N. toman contacto con ella y le proponen una cita con ciertos responsables que desean hacerle unas preguntas sobre su folleto (Argelia 57). Ella acepta. Entrevista y formalidades. Total, casa casbah donde es recibida por dos mujeres. Después, llegan dos hombres armados. Se discute. G.T. les explica su tesis, la «clochardisation», el volumen de los salarios adicionales que llegan de la metrópolis, etc. (su opinión: políticamente valederos, económicamente incultos). En ese momento, uno de ellos que parece el jefe dice: «Nos toma usted por asesinos». Entonces, G.T. contesta: «Pero es que son ustedes asesinos» (era poco después del atentado del Casino de la cornisa). Entonces, la otra reacción terrible: las lágrimas en los ojos. Luego: «Esas bombas, yo quisiera verlas en el fondo del mar». «Sólo depende de ti», dice G.T. Hablan de la tortura. Yo soy demandante, dice ella (forma parte de la comisión sobre el sistema concentracionario). Llegan a un acuerdo: supresión del terrorismo civil contra supresión de las ejecuciones.

Poco más o menos en los términos que yo había propuesto (pero lo que siguió, por desgracia...). El otro, a propósito de «clavaduras» dice: «La culpa es de Francia». «Vete a decirle eso a tu abuela, dice G.T. Yo estaba allí. Es el F.L.N. y tú lo sabes». El jefe hace una seña al otro para que se calle. Ella se entera poco después de que era Ali la Pointe. Al salir, lo agarra por la corbata y lo sacude. «Y no olvides lo que te he dicho». Y él responde: «No, señora».

2.ª entrevista tras ejecución y ella se entera entonces de que el jefe es Yaasef Saadi. Dos semanas después es arrestado este último.

También me enseña las redacciones de 30 alumnos árabes de 11 a 12 años, a quienes el maestro árabe ha puesto el tema de: «¿Qué haríais si fuerais invisibles?». Todos toman las armas y matan a los franceses, o bien a los paracaidistas o bien a los jefes del gobierno. Desespero del porvenir.

Que el esclavo esté esclavizado porque a la muerte prefirió la vida es históricamente falso. Budapest.

17 de octubre

Nobel. Extraño sentimiento de agobio y de melancolía. A los veinte años, pobre y desnudo, conocí la verdadera gloria. Mi madre⁴¹.

19 de octubre

Asustado por lo que me está sucediendo y que yo no he pedido. Y para arreglarlo todo, unos ataques tan cobardes que tengo el corazón encogido. Rebatet se atreve a decir que yo siento nostalgia por mandar unos pelotones de ejecución, cuando él es uno de aquéllos para quienes solicité el indulto, junto con otros escritores de la resistencia, cuando fue condenado a muerte. Él fue indultado pero él a mí no

⁴¹ Al anunciarle el premio Nobel, Camus llamó a su madre por teléfono, a Argel.

me concede el indulto. Siento ganas otra vez de dejar este país. Pero, ¿para ir a dónde?

La creación misma, el arte mismo, su detalle, todos los días y la ruptura... Despreciar está por encima de mis fuerzas. De todas maneras, tengo que vencer esta especie de espanto, de pánico incomprensible en que me ha arrojado esa noticia inesperada. Para eso...

«No me aman. ¿Es una razón para no bendecirlos?» N.

Los santos tienen miedo de los milagros que hacen. No pueden amarlos ni amarse en ellos.

En este mes, tres ataques de sofoco agravados con pánico claustrofóbico. Desequilibrio.

El esfuerzo que he hecho, incansablemente, para unirme a los demás en los valores comunes, para establecer mi propio equilibrio, no es enteramente vano. Lo que dije o encontré puede servir, debe servir a otros. Pero no a mí que ahora me encuentro preso de una especie de locura.

29 de diciembre

Son las tres. Nueva crisis de pánico. Hace cuatro años exactamente, día tras día, que X. entraba en su desequilibrio (no, estamos a 29, un día más o menos, por tanto). Durante unos minutos sensación de locura total. Luego, agotamiento y temblores. Calmantes. Escribo esto una hora después.

Noche del 29 al 30: interminables angustias.

30 de diciembre

Mejoría prolongada.

*

1 de enero

Doble ansiedad.

Enero-marzo

Las grandes crisis han desaparecido. Sorda y constante ansiedad, únicamente.

*

5 de mayo

Conversación con De Gaulle. Al hablar yo del peligro de disturbios en el caso de perderse Argelia, y en Argelia misma del furor de los franceses de Argelia: «¿El furor francés? Tengo sesenta y siete años y jamás vi a ningún francés matar a otros franceses. Salvo yo».

Comparar Francia con lo demás. «Después de todo —dice—, no se ha inventado nada mejor que Francia.»

Canto de los revolucionarios de 1905: «Hermanos, hacia el sol, hacia la libertad».

Sperber. El talón de Aquiles, p. 202: «La idea de sustituir el suicidio por una ruptura radical no es nueva. La voluntad de renegar definitivamente de los propios actos, de deshacerse de ellos para siempre, a menudo se encuentra en los sueños de los hombres a quienes la única lógica del cuerpo une todavía a la vida, pero a quienes nada une a los seres: ni lo que han recibido de ellos ni siquiera lo que ellos les han dado. Este sueño nace de una soledad capaz de destruir hasta el afecto que el hombre siente por sí mismo».

Kierkegaard blandía ante Hegel una terrible amenaza: enviarle a un joven que le pidiera consejos.

Dostoyevski, tras el admirable discurso acerca de Puchkín dice: «En cuanto a lo que dije en Moscú, ya ven cómo he sido tratado por casi toda nuestra prensa: como si hubiera robado o timado en algún banco. El mismo Ukhantsev (célebre estafador) no recibe tanta basura como yo».

Id. después del éxito en sus comienzos: «... me han creado una fama dudosa, y no sé hasta cuándo durará este infierno».

«El pensamiento que más me preocupa es en qué consiste nuestra comunión de ideas, cuáles son los puntos en que todos podremos encontrarnos, de cualquier tendencia que seamos...»

«No hay que estropear la propia vida por ningún objetivo» (extensión).

Los que tienen verdaderamente algo que decir, no hablan jamás de ello.

Marsella

A Argel en el *Kairouan*. La doble salpicadura del mar. La primera se hace espuma y chisporrotea en la cúspide de la ola que se rompe contra el barco — y el viento violento se adueña de la misma de un solo golpe, la retuerce, la escurre; y una segunda salpicadura, menos cargada de agua, encaje de fino vapor, se eleva en forma de bruma.

Las gaviotas de alas quebradas exactamente en el medio /W en forma de tejado.

Los soldados en cubierta y al viento, acurrucados entre las cuerdas, con la cabeza envuelta en pañuelos y el capote sin forma. Esos momentos en que el hombre abandona el fingimiento y se resguarda según su necesidad. Es la historia.

Permanezco inmóvil en la cubierta superior y las gaviotas bajan y continúan su vuelo paciente muy cerca de mí. Gaviotas obstinadas, con sus ojos saltones, su pico de brujas, sus músculos inagotables. Los pájaros del mar no tienen nada donde posarse. De no ser el hueco cambiante de las olas o la cruz oscilante del palo mayor.

Condorcet: «Robespierre es un sacerdote y no será nunca nada más que eso».

Entre los reflejos *primarios*, los que pertenecen a la naturaleza inmediata del hombre o del animal, Pavlov inscribe el «reflejo de libertad».

El poder no se separa de la injusticia. El buen poder es la administración sana y prudente de la injusticia.

No hablar nunca del propio trabajo.

Actor.

Nietzsche. «En una superabundancia de fuerzas vivificantes y reparadoras, las mismas desgracias tienen un brillo solar y engendran su propio consuelo...»

Id.: «Si estamos siempre a la espera del mal, de la sorpresa desagradable, permaneceremos en estado de tensión y animosidad, nos haremos insoportables a los demás y esto repercutirá sobre nuestra propia salud; esa clase de naturalezas caminan hacia su extinción».

Id.: «El miedo a la muerte, enfermedad europea».

Id.: «La felicidad reside en la prontitud del sentir y del pensar; todo lo demás del mundo aparece lento, gradual y necio. Quien pudiera sentir el vuelo de un rayo de luz se vería colmado de felicidad, porque hay mucha celeridad».

Id.: «Retrato del hombre futuro: excéntrico, enérgico, caluroso, infatigable, artista, enemigo de los libros».

Id.: «Los hombres de elevadísima cultura y cuerpo vigoroso están por encima de todos los soberanos».

*

Sobre los «biófagos»⁴²: Carnets de Montherlant, p. 82: todo está dicho allí con excelencia y moderación.

⁴² «Biófagos»: la palabra es de Montherlant: «Los que roen y devoran nuestras vidas son, en primer lugar, los indiferentes a quienes los negocios nos obligan a regalar briznas de nuestro tiempo...»

Para mí: Yo hubiera sucumbido a cada uno de mis sentimientos de haber permanecido único. Siempre opuse dos sentimientos uno al otro.

Tipasa: El cielo gris y suave. En el centro de las ruinas los golpes de mar, algo agitado, vienen a sustituir al piar de los pájaros. El *Chénoua* enorme y ligero. Yo moriré y este lugar seguirá distribuyendo plenitud y belleza. No hay nada amargo en esta idea. Al contrario, un sentimiento de agradecimiento y veneración.

La lluvia vertical y pesada de Argel. Incesante. Dentro de una jaula.

Argelinos. Su vida en la densidad y el calor de la amistad, de la familia. El cuerpo en el centro y sus virtudes —y su profunda tristeza en cuanto languidece— vida sin más horizonte que lo inmediato, que el círculo carnal. Orgullosos de su virilidad, de su capacidad de beber o de comer, de su fuerza y de su valor. Vulnerables.

La paloma apuñalada.

Regreso. Kairouan. La tempestad, Impulso irresistible de tirarme al agua. La soledad y el abandono del hombre solo entre las olas desencadenadas, detrás del barco que prosigue su camino.

Etapas de una curación.
Dejar que duerma la voluntad. Basta de «es preciso».
Despolitizar por completo el espíritu para humanizar.
Escribir el claustrofobo — y comedias.

Ponerse en regla con la muerte, es decir, aceptarla.

Aceptar el darse en espectáculo. No me moriré de esta angustia. Si muriese, todo acabaría. Si no, en última instancia, conducta desconsiderada. Basta con aceptar el juicio de los demás. Humildad y aceptación, remedios contra la angustia puramente medicinales.

El mundo camina hacia el paganismo, pero sigue rechazando los valores paganos. Hay que restaurarlos, paganizar las creencias, acercar Cristo a Grecia y el equilibrio vuelve.

¿No será que he sufrido por el exceso de mis responsabilidades?

Puesto que me hallo en el desierto y en la atonía, hay que llevar la aridez hasta el final para alcanzar el umbral y, de una u otra manera, cruzarlo. Locura o mayor dominio.

Método: en cuanto aparece la angustia, respiración acelerada o moderada a partir del aviso. Y *asociar* el cese inmediato de *toda acción* y de todo gesto.

Segunda asociación: relajación general.

A largo plazo: transferencia y acumulación de la carga de energía propia de toda apetencia o deseo mediante la suspensión momentánea de esa apetencia y ese deseo.

Respecto a la sociedad, reconocer que no espero nada de ella. Toda participación se convierte entonces en un don que no espera retorno. Elogio o censura se convierten en lo que son: nada. Supresión del gregarismo, finalmente.

Suprimir la moral tan remachada de la justicia abstracta.

Permanecer cerca de la realidad de los seres y cosas. Volver lo más a menudo posible a la felicidad personal. No negarse a reconocer lo que es verdad aun cuando lo verdadero parezca contrariar lo deseable. Ej.: Reconocer que también la fuerza, y sobre todo ella, persuade. La verdad merece que suframos por ella toda clase de tormentos. Sólo ella proporciona la alegría que debe coronar este esfuerzo.

Recobrar la energía — en el centro.

Reconocer la necesidad de los enemigos. Aceptar que existan.

Romper sistemáticamente los automatismos del más pequeño al más grande. Tabaco, alimento, sexo, reacciones afectivas de defensa (o de ataque. Son las mismas) y *la misma creación*. Ascesis no del deseo, que hay que conservar intacto, sino de su satisfacción.

Recuperar el mayor poder, no para dominar sino para dar.

3 de mayo

Recuperación casi total, espero incluso que aumento de poder. Comprendo mejor ahora lo que siempre supe: el que arrastra la vida y sucumbe bajo su peso, no puede ayudar a nadie, por muchos que sean los deberes con que cargue. El que se domina y domina a la vida puede ser de verdad generoso y dar sin esfuerzo. No esperar nada ni pedir nada si no es ese poder de don y de trabajo.

Diario.

Finales de abril de 1958. Cannes.

Al mar todos los días. Las balizas de las redes (una botella con un batiente de plomo, todo ello flotando sobre corcho) producen en la noche un ruido como de esquilas agrupando a los corderos del mar. Por la noche, en el puerto, los barcos gritan y gimen con mástiles y pasarelas.

La luz —la luz— y la ansiedad retrocede, aunque no desaparezca aún del todo, pero sorda, como dormida entre el calor y el sol.

30 de abril

Martin du Gard. Niza. Se arrastra, con su reuma articular. Setenta y siete años. «Ante la muerte, ya nada se sostiene, no, ni siquiera mi obra. No hay nada, nada...» «Sí, es bueno no sentirse solo» (y sus ojos se llenan de lágrimas). Nos cita-

mos para julio en el *Tertre*⁴³. «Si todavía vivo». Pero sigue teniendo ese mismo corazón que se interesa por todo.

29 de mayo de 1958

Mi oficio es hacer mis libros y combatir cuando la libertad de los míos y de mi pueblo se ve amenazada. Eso es todo.

El artista es como el dios de Delfos: «No muestra ni esconde: significa».

Chejov: «No soy ni un liberal ni un conservador... Mi santísimo es el cuerpo humano, la salud, la inteligencia, el talento, la inspiración, el amor y la libertad más absoluta. La liberación de toda fuerza brutal y de toda mentira, de cualquier manera que se expresen:

Este sería mi programa si yo fuera un gran artista» (carta a Plechtche'iev 1888).

*

Musil: Un gran proyecto que presupone todos los medios del arte, que él no tiene. De ahí esa obra conmovedora por sus fracasos, no por lo que dice. Ese interminable monólogo del autor en donde el genio brilla en ciertos trozos pero que jamás el arte ilumina por entero.

Musil. «Cada uno de nosotros posee una segunda naturaleza en que todo lo que hace es inocente.»

«La vida ordinaria es la media proporcional de todos nuestros crímenes posibles.»

⁴³ Nombre de la propiedad de Martin du Gard en Bellême (Orne). En 1955 Camus escribió un prefacio para las *Obras completas* de Martin du Gard, en Pléiade.

Mamá. Si amáramos lo suficiente a aquellos a quienes amamos, les impediríamos morir.

*

9 de junio de 1958

Nuevo viaje a Grecia.

*

10 de junio

Acrópolis. No tan gran impresión como la primera vez. No estaba solo y me preocupaba de mi compañía. Y además, encuentro con O. que me fastidia. La Acrópolis no es un lugar donde se pueda mentir. A dos horas de avión de Rodas. Las islas, rocas en el mar que derivan detrás de nosotros. Pulverización de continentes. En Rodas, se aterriza en medio de campos donde crece un trigo corto y florido que el viento hace correr en forma de olas hacia el mar azul. Isla suntuosa y florida. El paseo por la noche en medio de la arquitectura franca. Encuentro con R.P. Brückberger, quien me anuncia su intención de romper con la Iglesia sin colgar los hábitos. Mi simpatía por él sigue viva. Barco con los Michel G. y los Prassinós.

11 de junio

Dejo el barco por la mañana temprano y voy a bañarme a la playa de Rodas, a veinte minutos de allí, yo solo. El agua es clara, suave. El sol, al comienzo de su carrera, calienta sin quemar. Instantes deliciosos que me recuerdan aquellas mañanas de la Madrague, hace veinte años, cuando yo salía, aún medio dormido, de la tienda, a pocos metros del mar, para sumergirme en el agua soñolienta de la mañana. Por desgracia, ya no sé nadar. O más bien, no puedo respirar como antes lo hacía. Da lo mismo, siento dejar la playa donde acabo de ser feliz.

A las diez, dejamos Rodas para doblar la punta norte de la isla y llegar a Lindo.

12.30 h. Lindo

Puertecito natural cast cerrado. Bahía perfecta. Perdemos un ancla en las aguas completamente claras. La bahía se halla dominada, en primer lugar, por las casas blancas del pueblo y luego por la Acrópolis, fortificada con murallas medievales, en medio de las cuales surgen unos fustes de columnas dóricas.

Llegamos a la playa en «yuyú». Baño. Al final de la tarde, subimos a la Acrópolis. Allá arriba, ancha y rápida escalera que lleva hasta una plaza grandísima, en pleno cielo, que domina por un lado el puerto donde hemos anclado, y por el otro, aunque en vertical sobre un vacío vertiginoso, otra cala cerrada, aquélla donde abordó San Pablo. Las golondrinas dan vueltas por encima de este espacio, borrachas de luz, se precipitan al vacío en vertical y vuelven a subir dando gritos agudos. El día se acaba sobre las columnas, las dos bahías, los cabos que se multiplican hasta el horizonte y el mar inmenso delante de nosotros. Sentimiento de impotencia al no poder alcanzar ni expresar tanta belleza. Pero al mismo tiempo, agradecimiento ante el ser perfecto del mundo. Al regresar a la ciudad, los burritos, la barca en el atardecer... Por la noche, fuertes rebuznos de asnos.

*

12 de junio

A las seis, subo a cubierta para ver por última vez la bahía que amo. Todos duermen a bordo salvo el capitán. En la suave mañana, el olor de Lindos, olor de espuma, de calor, de asnos y de hierbas, de humo...

Rodas a las 8.30 horas

Paseo para ver una garganta repleta de mariposas recién nacidas. Están escondidas entre las hierbas, los árboles, las grutas, y salen ante nuestros pasos en forma de nubes silenciosas y agitadas. Calor aplastante. Regreso. Salida a las tres para Marmaris, puerto turco. Llegada a las cinco. La bahía, en medio de la cual fondeamos, es hermosa pero sombría. El

pueblecito, desde lejos, parece miserable. Y poco a poco vemos a toda la gente del pueblo amontonarse en el embarcadero. Llegada a bordo de los policías y aduaneros turcos. Interminable palabrería para cumplir con las formalidades al uso. Bajamos después a tierra donde nos vemos rodeados y perseguidos por una multitud de niños miserables. La pobreza, el abandono de las calles y casas nos encogen el corazón hasta tal punto que regresamos sin esperar más. Después de cenar, nueva visita de los oficiales. Nueva palabrería (no hablan ninguna lengua occidental), interminable. Se han quedado con los pasaportes, etc. Nos los devolverán a las seis de la mañana. El capitán protesta... etc. En realidad, habrá que ir a buscarlos mañana por la mañana.

*

13 de junio

Salida a las siete de la mañana. A las once, la isla de Simi. Admirable limpieza griega. Las casas más pobres recién encaladas, decoradas, etc. Es increíble y escandaloso que los turcos hayan podido dominar durante tanto tiempo a este pueblo. Baño. Pero claustrofobia creciente. En cuanto a lo demás, estoy en una forma espléndida. A las tres salimos de nuevo para Cos.

Cos. Puertecito de la tarde donde la vida es fácil. Música. Altavoces de radio aullan los acontecimientos de Chipre en un tono que conozco demasiado bien. Cenamos bajo las luces rosas.

14 de junio

La isla. Pequeño templo en una playa de agua clara. Baño y almuerzo en Psameros. En la cauta, cinco casas encaladas, blancas y azules. Unas niñas se meten en el agua en camisa y nadan hacia nosotros.

Cada día el sol monstruoso... no velado por la bruma o pesado, sino claro y neto, disparando todos sus fuegos, feroz...

A las seis, salimos hacia Kalimnos. El mar se halla cubierto de olas cortas y frescas... Decenas de niños de cabezas redondas nos dan escolta. Katina. 15 de junio, al día siguiente, ella corre hasta el paso y sigue diciendo adiós con la mano. Mediodía y baño en Leros. Luego, hacia Patmos donde entramos en una bahía casi enteramente protegida. La hora del atardecer.

16 de junio

Subimos en muías y burros en dirección a Patmos y el monasterio de San Juan de P. Desde allá arriba, los dos istmos. Se ha levantado un viento violento del norte (el meltem). El mistral griego produce los mismos efectos: cepilla el cielo y la luz se queda purificada, limpia, tensa, casi metálica. Pero nos impide hacernos de nuevo a la mar, tendremos que esperar aquí hasta que se calme.

17 de junio

Salida a las seis de la mañana con el viento «meltem» para llegar a Gaideros. Pero el mar está furioso. Sacudidos durante tres horas por los golpes de mar, todos a bordo estamos enfermos o mareados, el barco se desvía hacia las islas Fourni. Nos refugiamos en una cala desierta donde el viento sopla un poco menos, aunque sopla. Día de espera. Hacia la noche, el viento amaina en parte. Pero es demasiado tarde para partir.

18 de junio

El viento que se ha vuelto a levantar durante la noche sopla con violencia. Renunciamos a salir. Luego, como nada cambia y falta el pan, pronto el agua, decidimos partir de todos modos hacia las seis. Todos dentro de la cabina de pilotaje. Serio temporal pero llegamos frente a las luces de Tigani (la antigua Samos) hacia las ocho y media.

Dulzura del puertecito tranquilo en la noche, después del mar violento.

*

19 de junio

Por la mañana, voy a bañarme yo solo. Salida para visitar la isla en coche. Es una de las más bellas a causa de la gran abundancia de olivos y cipreses filiformes que adornan las laderas de las colinas y montañas que bajan hacia el mar. Almorzamos en un pueblecito de la costa sur, después de habernos bañado. Han puesto la mesa al aire libre. Una multitud de hermosos niños juegan a nuestro alrededor y se acercan a mirarnos. Una de las niñas, Matina, de ojos dorados, me llega al corazón. Cuando nos vamos, se acerca al coche y yo le cojo su manita. Al atardecer, el Heraion, templo arrasado cuyas formidables ruinas, caídas delante del mar entre juncos y avenas, en medio de un admirable paisaje de montañas y mar, han sido destruidas por los recientes temblores de tierra. En un café que hay cerca de allí, donde nuestros chóferes nos invitan a una copa, se ponen a bailar juntos al son de una radio, para placer suyo y nuestro.

Polícrates, tirano de Samos, «hombre de Estado genial y tirano libertino». Asustado por su propia suerte, insolente, continua, por sus éxitos imperturbables y su fabulosa riqueza, tiró al mar una valiosa sortija que llevaba puesta en el dedo para conjurar la suerte. Pero le sirvieron un pescado a la mesa y dentro iba la sortija que el pez se había tragado. Acabó el Heraion, mantuvo una suntuosa corte donde se otorgaba gran importancia a las artes. Pereció crucificado por el estratega Croités, quien le hizo caer en una trampa (522).

20 de junio

Día de mar hacia Quíos. Por la mañana, un manatí bajo el estrave. Da vueltas, avanza, se menea con aire burlón y luego se sumerge en las profundidades. Un poco más tarde, a unas cuantas millas de la costa, un olor a adelfas nos llega

con el viento. Tarde de sol y de baños en una cala donde el agua parece aire de tan clara, entramos en Quíos en una hermosa tarde tranquila.

*

21 de junio

Quíos. Barrio turco. Travesía de la isla. Las casas, enormes, de piedra. La tierra roja. Enormes olivos. Unos campesinos trillan con sus mulos, con un calor que ciega. El verano de las masacres. Para terminar, leprosería, en un barranco estrecho plantado de eucaliptos, que termina en un camino sin salida entre las rocas. Serie de largos edificios deteriorados, color marrón y verde oscuro. Abandonados por la noche y subiendo a sus habitaciones con grandes camas de hierro cubiertas con toscas mantas color marrón. Bajo las verandas deambulan 11 leprosas y 3 leprosos. A unos les faltan los dedos. Otros tienen los ojos salientes y turbios, amarillos, sin pupilas, como una enorme gota de agua podrida. Su alegría natural bajo las toscas vestiduras grisáceas, de una pobreza infinita. Una de las enfermas se queja de que quieran echarlas de aquel miserable lugar y llevarlas a otra parte... Más adelante, danzas y risas hasta muy tarde en la noche.

22 de junio

Hacia Mitilene. Amplio entrante recortado de bahías y playas. Los olivos bajan casi hasta el mar. P. está enfermo. Médico (Paritis). Subida a Ayassos. Baño. Nado un poco. Salida a lo largo de la isla. Al final de la tarde, centenares de golondrinas de mar volando en la superficie del agua inmóvil, suben hasta el barco. Llegada a Sigri.

(Llegábamos a los puertos cuando se ponía el sol. Y a veces el sol nos enmascaraba el puerto, luego desaparecía por detrás de la colina y el puerto aparecía en el crepúsculo...)

Signs. Volver a Sigris. Las dos bahías cerradas. Las colinas desnudas. El agua lisa, la luz de la tarde. El mundo y la vida se acaban aquí. Y vuelven a empezar.

Por la noche, el pueblo visto desde el barco iluminado por las hogueras de San Juan.

Salida de noche. Michel y yo hacemos la guardia de medianoche. Noche sobre el mar, inmenso, después de que el «croissant» de luna se pusiera al oeste. Las constelaciones bajan hacia el horizonte. Islas imprevistas van formándose como sombras sobre el horizonte. Por la mañana, Skiros, escalonada sobre sus crestas.

Salida a las tres hacia Skopelos. Por la tarde, las Esperadas del Norte. Una, dos, cinco, diez, catorce islas aparecen en el mar. Por la noche, Skopelos y sus tejados cuya arista está subrayada con cal. Jazmines, granados, hibiscos. Noche apacible. Por la mañana, Skiathos y nos introducimos por el estrecho de Eubea.

26 de junio

Calcis. Prefacio Grenier: «cada conciencia quiere la muerte de la otra». Pero no. Amo y esclavo. Maestro y discípulo. La historia se ha edificado sobre la admiración tanto como sobre el odio.

Le deseo a ese libro un joven lector que se parezca al que yo era.

Como esa búsqueda de isla en isla que Melville ilustró en Mardi, ésta se acaba con una meditación acerca de lo absoluto y lo divino.

*

Calcis. Por la noche, amplia y silenciosa bahía de Maratón. Las aguas se aquietan bruscamente. Sólo una breve y pesada resaca. Y cae la noche sobre el inmenso circo de las montañas y sobre la bahía, misteriosa de repente. La belleza duerme sobre las aguas.

27 de junio

Por la mañana temprano, cuando las cigarras empiezan a cantar en las colinas de alrededor, baño en las aguas inmóviles y frescas. Luego el mar y a las doce, Kea, la isla de las rocas verdes, gran ostra terrosa bajo el cielo un poco brumoso. Pero por la noche se levanta el viento del sur y al día siguiente, 28, nos encontramos bloqueados en Kea. 29. Salida de mañana con el mar agitado. Sunión. Luz. Hidra, Spetsai por la noche. 30. Poros, Egina y de nuevo Ayia Marina como hace cuatro años. Isla maravillosa en el centro de un torbellino de luz y de espacio. Volver.

1.º de julio

Atenas. Calor. Polvo. Hotel idiota. Cansancio. 2. Delfos. De nuevo, la extraordinaria ascensión a las mesetas de luz. Vuelvo sobre mis pasos. Olor de la noche en el pequeño estadio. 3. Regreso Corinto. Hasta Patrás. Solo, el baño, el agua... Patrás, gran Oran polvoriento, feo y vivo. 4. Olimpia. 5. Micenas, Argos. Los altos pinos de Olimpia chirriantes de cigarras. Grecia que estalla en rebuznos sonoros en el hueco de los valles, en las pendientes de las islas.

Pavese. Que la única razón por la que siempre pensamos en nosotros es porque tenemos que permanecer con nosotros mismos más tiempo que con los demás. Que el genio es fecundidad. Ser es expresar, expresar sin tregua. Que la ociosidad vuelve las horas lentas y los años rápidos, y la actividad las horas breves y los años lentos. Que todos los libertinos son unos sentimentales ya que para ellos las relaciones entre hombres y mujeres son objeto de emoción y no de deberes.

Id. «Cuando una mujer se casa, pertenece a otro, y cuando pertenece a otro, ya no hay nada que decirle.»

Id. La vieja Mentina que durante setenta años ignoró la historia. Vivió una «vida estática e inmóvil». Esto le produce escalofríos a Pavese. ¿Y si la vieja Mentina hubiera sido su madre?

Vivir en y por la verdad. La verdad de lo que uno es, primeramente. Renunciar a componendas con los seres. La verdad de lo que es. No usar de ardides con la realidad. Aceptar, por tanto, la propia originalidad y la propia impotencia. Vivir según esa originalidad hasta esa impotencia. En el centro, la creación con las fuerzas inmensas del ser por fin respetado.

Regreso. Almuerzo con A.M. Me comunica que Massu y dos o tres de sus colaboradores se sometieron a la tortura para tener derecho a ... (La diferencia: ellos la escogieron. No existe humillación.) Extraña impresión.

Desde regreso Grecia, diez días. Fuerza y alegría de los cuerpos. Sueño de alma y corazón. Al fondo, el convento duerme, la casa fuerte y desnuda donde el silencio contempla.

*

La mentira duerme o sueña, como la ilusión. La verdad es el único poder, alegre, inagotable. Si fuéramos capaces de vivir sólo de y por la verdad: energía joven e inmortal en nosotros. El hombre de verdad no envejece. Un esfuerzo más y no morirá.

APÉNDICE

Albert Camus anadió al Cuaderno n.º VIII unos borradores de cartas y de notas que publicamos en forma de apéndice

Carta a Amrouche

19 de noviembre

Mi querido Amrouche:

El tiempo —y la salud— me han impedido contestarte. Hubiera querido hacerlo detenidamente y no lograba ponerme al día en mi correo ordinario. Hoy tampoco lo he conseguido. Pero no quiero tardar más en darte las gracias por tu segunda carta, que me ha emocionado. Te debo, no obstante, la verdad acerca de lo que yo pienso. No son cuestiones personales las que pueden separarnos. ¿Qué pueden significar éstas frente a lo que se hace y se prepara? Pero a mí me ha sorprendido dolorosamente lo que has escrito en varias ocasiones sobre los franceses de Argelia en general (en *Le Monde* y en *La Comune*). Tienes derecho a escoger las posiciones del F.L.N. En lo que a mí respecta, las creo asesinas en el presente, ciegas y peligrosas para el porvenir. Pero incluso situándote a ese lado, debes hacer las distinciones necesarias, que no has hecho. He renunciado a hablar públicamente con la voz de la razón. Espero, contra toda esperanza, poderlo hacer algún día. Pero en privado, debo decirte mi reacción y tú no debes ignorar que disparar, o justificar que se dispare sobre los franceses de Argelia *en general*, y tomados como tales, es disparar sobre los míos, que

siempre fueron pobres y sin odio, y que no pueden ser confundidos en una injusta revuelta. Ninguna causa, ni aunque fuera inocente y justa, me haría desolidarizarme jamás de mi madre que es la mayor causa que conozco en el mundo.

Encontrarás en este lenguaje sincero, lo sé, un eco de la fraternidad del pasado. Ojalá pueda inspirarte el sentido del sosiego y de la unión, más que el sentido de la separación fratricida, este es el deseo que formula, desde lo más profundo de su corazón, tu hermano de nacimiento y de cielo.

Albert Camus

*

Carta a un desconocido

3 de abril

Señor,

Mi mala salud ha hecho que retrase esta respuesta, por lo que me disculpo. Decidí, hace más de un año, tras haber reconocido lo que me separaba irremediabilmente tanto de la izquierda como de la derecha sobre la cuestión argelina, no volver a asociarme a ninguna campaña pública sobre este tema. Las firmas colectivas, esas alianzas equívocas entre hombres a quienes, por lo demás, todo separa arrastran consigo unas confusiones que desbordan ampliamente y comprometen, por consiguiente, el objetivo al que quieren servir. Hasta cuando ese objetivo es válido, como en este caso, he decidido no actuar si no es personalmente, en las condiciones y en el momento que yo estime útiles, y cualesquiera que sean las presiones que ejerzan sobre mí.

Tengo la intención, por lo demás, de tratar de estas cuestiones que a usted le interesan en un libro que se publicará próximamente, y que sólo a mí comprometerá. Confío, en cualquier caso, esta respuesta personal a su lealtad y le ruego acepte mis mejores saludos.

Albert Camus

Carta a Guérin

9 de junio de 1954

Mi querido Guérin:

Me comunican (no leo esa revista ni estoy abonado al *Argus*) su artículo de la *Parisienne*. No, no es la «ingratitude» ni el «rigor» lo que yo voy a reprocharle. No me gustan ni el lugar ni la manera descortés en que se expresan. Tampoco me gusta que hable usted de lo que no conoce, quiero decir de mi vida. Si la conociera, se habría callado sobre ese punto. Pero en cuanto al fondo, tiene derecho a decir que no le gusta lo que yo publico, y a decirlo sin disimulos.

Lo que yo le reprocho es una falta incalificable contra el uso instituido de que una carta personal no sea publicada sin la autorización de su remitente. Cuando yo le escribí, no lo hice para que mis cartas confiadas, escritas con libertad de corazón, se vieran, diez años más tarde, expuestas al público. Tiene usted derecho a hacer sus confidencias a ese público y a hablar con toda libertad de quienes han sido sus amigos, pero no tiene derecho a obligar a esos amigos a confiarse ellos mismos. Aquellas frases de afectuosa camaradería, escritas a un amigo en apuros, cuando las he leído donde usted las imprimía, me han producido una intolerable molestia y una especie de asco que usted debería haber experimentado de antemano, y que no le perdono haberme infligido.

En cualquier caso, no puedo dejarle ignorar mis sentimientos sobre ese punto.

Suyo,

Albert Camus.

*

Carta a una desconocida

20 de julio de 1956

Señora:

Estoy desolado por lo que me dice usted. Y tanto más cuanto que se trata, sin duda posible, yo se lo aseguro, de un malentendido.

Quizás haya yo conocido al médico cuyo nombre me cita, pero ese nombre no me dice nada. De modo que no se trata de ninguno de mis amigos. Y en cualquier caso, no lo conozco lo suficiente para que él pudiera hacerme ninguna confidencia relativa a un tercero. Es conocerme mal, además, el imaginar que, suponiendo que me hubieran hecho esa confidencia, yo la hubiera utilizado sin precauciones.

Le certifico por mi honor que los detalles orquestados en *La caída* sólo a mí conciernen. Su amigo no es el único a quien gustan las altas mesetas. Yo también las amo y he vivido en ellas. Como antiguo tuberculoso, padezco, en efecto, de una esclerosis pulmonar que me ha vuelto claustrofóbico. Los que me rodean podrán confirmarle que me dan horror los precipicios, grutas y todos los lugares cerrados, debido a esa pequeña incapacidad muy personal. A menudo se burlan de mi impaciencia ante los espeleólogos, de mi tristeza en los hondos valles alpinos, etc. Cada uno de los detalles que le han llamado la atención a su amigo puede encontrar así una explicación irrefutable. En cuanto a la anécdota principal, ya comprenderá usted que no voy a hacerle aquí confidencias. Permítame, sin embargo, citarle la frase de una carta recibida estos últimos días de uno de mis amigos: «Cada uno de nosotros, sin excepción, conoce durante su vida a alguna joven a quien no socorrí».

Esto es la evidencia misma y su amigo debe convencerse de esa evidencia. Me dice usted que él siempre me leyó con estima y con un particular interés. No ignorará, entonces, que soy incapaz de mentir sobre un tema semejante.

Le repito por mi honor que él no tiene nada que ver con mi personaje, rigurosamente nada. Nadie le ha traicionado, y si es como yo adivino que debe ser, devolverá a sus amigos esa confianza sin la cual toda vida no es más que una infelicidad extenuada.

La duda que hoy afecta a su amigo tiene por principal causa la vida agotadora que llevamos todos, y particularmente los que añaden, al peso interminable de la vida moderna, el esfuerzo de un trabajo personal. ¿Cómo no

voy a comprenderlo? A veces termino algunos días con los dientes apretados, y con frecuencia siento la impresión de andar y trabajar por pura voluntad, que es lo único que me sostiene en pie. Pero en estos casos, hay que aceptar ser indulgente consigo mismo y con la propia naturaleza. Hay que volver a una vida más «animal», al reposo, a la soledad.

Espero que a su amigo le haya aclarado las cosas mi testimonio y encuentre reposo y paz. Me consolaría entonces de haber introducido, aunque sin querer, la turbación en un hombre de gran valía. De momento, únicamente me siento triste de haber causado algún daño con mis libros, cuando siempre pensé que el arte no era nada si, finalmente, no le hacía ningún bien a nadie, si no ayudaba a los demás.

Carta a M. R.P.

M. R.P.:

He recibido su carta con mucho retraso, y la noticia que me comunica de la muerte brutal de mi amigo me llega cuando todo ha acabado ya. Quiero, no obstante, darle las gracias con todo mi corazón por haber pensado en mí. Didier formaba parte de mi infancia y de mi juventud, y más adelante, cuando me lo encontré vistiendo los hábitos religiosos, no tuve ninguna dificultad en seguir queriendo al que nunca dejó de ser. Porque seguía siendo el mismo niño, el mismo hombre, con la misma fe, más pura y más profunda, y la misma fidelidad. La discreción y la constante delicadeza que él aportaba a nuestras relaciones, muy espaciadas debido a nuestras vidas tan diferentes, no pudieron sino enriquecer y hacer más sensible la amistad de nuestra infancia. Este final tan brusco, tan inesperado, me produce una gran pena. Desde hace unas horas el mundo es más pobre, a mis ojos. No ignoro que para él, la muerte no era más que un tránsito, sabía hablar de cierta esperanza. Pero para quienes, como yo, lo amaron sin compartir esa esperanza, el disgusto es más amargo. Permanece, tiene usted razón, el recuerdo y el ejemplo. Créame que extiendo con gratitud una

parte de nuestra larga amistad a aquellos que lo amaron y tuvieron la dicha de vivir junto a él, así que no dude en lo sucesivo de mis fieles sentimientos.

A.C.

X. ha descubierto en el hospital algo que yo siempre supe (a causa de una experiencia semejante [...])⁴⁴ juventud — a causa de otra cosa también) la solidaridad de los cuerpos, la unión en medio de la carne mortal y doliente. Eso es lo que somos y nada más. Somos eso más el genio humano en todas sus formas, desde el niño a Einstein.

No, querido Dominique, no es humillante ser desgraciado. El sufrimiento físico lo es a veces. Pero la del ser mismo no puede serlo, es vida con el mismo derecho que esa felicidad de la que habla Bernard en su texto con una convicción que tan violentamente me conmovió.

No sé como decírselo, pero lo que usted debe hacer ahora no es más que vivir como todo el mundo. Ha merecido, por lo que usted es, una felicidad, una plenitud que pocas personas conocen. Aún hoy, esa plenitud no ha muerto, entra en la cuenta de la vida, en su honor, reina sobre usted, lo quiera o no. Pero en los días venideros, tendrá que vivir sola, con ese agujero, esa memoria que duele. Esa atonía que todos llevamos dentro de nosotros — nosotros, quiero decir los que no están a la altura de la felicidad y que se acuerdan dolorosamente de otra felicidad que rebasa⁴⁵ la memoria.

Tres palabras ilegibles.
Palabra dudosa.

En ocasiones, para los espíritus violentos, el tiempo que arrancamos para el trabajo, que arrancamos al tiempo, es el mejor. Una pasión desgraciada.

NOTAS EN UNA AGENDA

Gal y yo durante la manifestación:

Volverás a hacer una gilipollez.

¡Bueno! ¿No quieres venir?

Albert, te voy a pegar.

*

Este es como si fuera mi hermano, y en mi familia el que toca a mi hermano puede darse por muerto.

La gloria es un convento.

X. Iniciación, por parte del profesor de gimnasia de su madre. A petición de la madre, le da un curso de iniciación sexual (a los quince años). Luego la persuade de que es mejor que la cosa sea hecha por un médico...

X. Su compañero de viaje que, al leer un folletín, repite una frase del libro: «Vivir cada hora como si fuera la última y la más bella», y exclama: «Es exactamente eso». Pero, dice X.: ni siquiera sale de su habitación para visitar la ciudad y reparte su tiempo entre comidas finas y la cama.

Nosotros somos, dice X., como esos cristianos de corazón. Paganos, bueno, todos, pero profesamos nuestro paganismo de labios para fuera, también. Su compañera —con su [...]»⁴⁶ deportivo— que no puede amarlo antes del partido, porque él debe conservar sus fuerzas, ni después, porque ya no le quedan, no sale tampoco por las mismas razones. Por la mañana, él la despierta golpeándola con la rodilla en la espalda para que vaya a hacer el desayuno... Ella: «No

Una palabra ilegible.

hago el amor, no salgo de casa, hago de criada, y esto dura
así desde hace tres años».

De la tinta de las cárceles
sobre las cadenas del esclavo
al dulce rostro de los fusilados
yo escribo tu nombre
Libertad⁴⁷.

Tus trazos son barrotes
tu rostro es un cerrojo
fraterno de los verdugos
Sobre las órdenes de las ventanillas
Yo escribo tu nombre
Libertad.

Libertad, traicionada libertad
¿Dónde se encuentran tus defensores?
En la noche de las cuevas
Tus ojos dulces crepitaron
Escribo tu nombre
Kalande muere

Fácil es escribir
terrible es morir
Yo escribo, escribo
Escribo tu nombre adúltero
Sobre el tuyo que desespera

¡Oh! ¿Qué hiciste de mi joven
Kalande? Uno muere desnudo

⁴⁷ Este poema es una réplica, en tono de burla, pues la libertad ha sido traicionada, del célebre poema de Éluard, *Liberté*. El último verso, «Con mayúsculas de dolor» («*En capitales de douleur*»), subraya la intención de hacer referencia a Éluard, puesto que *Capitale de la douleur* es el título de un volumen de la época surrealista del poeta.

Cuando nuestros hermanos nos matan
Escribo tu nombre sonoro
Con una tinta que deshonra

Para tachar el porvenir
Para borrar el recuerdo
Yo escribo tu nombre
Libertad
Con mayúsculas de dolor

Pierre Serment

Cuaderno IX
(Julio de 1958 - diciembre de 1959)

21 de julio. Solo durante todo el día, reflexionando. Por la noche, cena con B.M. En el lugar de M. en mí, durante todo el día, un vacío que me molesta. Le escribo.

22-24

Nada. Grabado Caída en mi magnetófono. Carta Mi. («noches violentas y puras»). Anduve vagando ayer noche por St Germain-des-Près, ¿esperando qué? Hablé con un pintor borracho. «¿Que hace usted en la vida? — no estoy en la cárcel — es negativo — no, es positivo» y engulle cinco huevos duros regados con coñac. Desesperado por mi incapacidad de trabajo. Felizmente Zivago y la ternura que siento por su autor. He renunciado a mi viaje al Mediodía.

25

Nada. Grabación Caída. Distribución Endemoniados. N.R.F. Cena con A.C. Sus amores con M., impotente con su mujer y que se ha confiado a ella. «Está mejor», dice ella — «es decir» — «Bueno, no es todavía un hombre pero ya no es un viejo». Esa zona de sombra en la vida de la gente. En la vida de todo el mundo. Después de acompañarla, doy un paseo por St Germain-des-Près. Espero, estúpidamente. ¡ Ay! si me volvieran las fuerzas para el trabajo, sería

la luz, por fin. Los golfillos, disfrazados de James Dean, y el gesto de la mano en forma de cuchara, arreglándose, con el anular, el sexo, aparentemente pillado en los pantalones vaqueros demasiado ajustados. Pienso en los cuerpos desnudos y morenos, antaño, en mi país perdido. Ellos eran puros.

26

Grabación Caída. Empezado apenas prefacio a *Islas*. Cena con C. perezoso y cínico, dedicado únicamente a gozar. Pero es cosa suya. También escritor secundario. Aunque no se parece a nadie. Me voy enseguida. El se marcha a jugar al poker, que a mí me revienta. Y regreso. Antes, una chica bastante grosera, perseguida por un árabe, lo rechaza. «Soy racista», dice con sencillez.

*

27

Acabado grabación Caída. Don Giovanni. Cielo gris durante todo el día. Por la noche, película sobre la copa del mundo de fútbol. Los jóvenes negros brasileños llorando tras la victoria y tratando de ocultar la cara al objetivo. Esto me sigue conmoviendo y me emociona, igual que antes.

it

28

Cena B.M. A.C. se reúne con nosotros. La tormenta pesa sobre la ciudad y no acaba de romper.

29

Por la mañana, Argelia me obsesiona. Demasiado tarde, demasiado tarde... Con mi tierra perdida, yo ya no seré nadie.

30 de julio

Día solitario. Trabajo informe. Por la noche, en casa de Nabokov, Narayan, que sería el sucesor de Gandhi y que nos explica el movimiento del socialismo aldeano y agrario en las Indias (Vinôbâ). Admiro, lejano. Al volver, cuando paso por delante de *LAiglon*, veo el nombre de A.M. en la enseña luminosa. Entro. Fui feliz con ella, hace once años. Ahora está casada con un auxiliar de Air France, con quien va a pescar. Y canta todas las noches.

31 de julio

A.M. viene a verme media hora después de comer. A la luz del día, veo las huellas que le han dejado los once años. Tenía veintidós, así que ahora tiene treinta y tres. Pero nos reímos mucho juntos.

*

1 de agosto

Almuerzo en casa de Barrault, en Chambourcy. El cielo está constantemente negro, anunciando una tormenta que no acaba de llegar. B. vuelve a proponerme la asociación Dantchenko-Stanislavski. Por la tarde, Colin Wilson — Un bebé, visiblemente Europa ha conquistado ahora a Inglaterra. «Ahora hay que hacer compartir la fe en» [...]»⁴⁸ ya lo sé. Esa fe es la mía y nunca me abandonó. Pero emprendí el camino de la época con sus sinsabores para no hacer trampas y afirmar, tras haber compartido sufrimiento y negación, como lo sentía, por lo demás. Ahora, hay que transfigurar y eso es lo que me angustia y me ata ante ese libro que tengo que hacer. Tal vez la pintura de cierto desamparo lo ha agotado todo en los hombres de mi edad y ya no sabemos decir nuestra verdadera fe. Únicamente, habremos preparado el terreno para los jóvenes del futuro. Se lo digo a C.W. y «si no triunfo, habré sido un testigo interesante, en el mejor de los casos. Si triunfo, habré sido un creador».

⁴⁸ Dos palabras ilegibles.

Por la noche, ceno con A.E. y Karin luego. Después, solo con Karin, paseo por Montmartre. Los jardines de noche, lavados bajo la luna pero sombríos. Karin tiene 18 años. Padres divorciados. Dejó Suecia no sé por qué y ha ganado su vida como maniquí en casa de un modisto de segunda fila que la explota. Treinta y cinco mil francos por siete horas de trabajo al día. El valor de estas chicas de mitad de siglo siempre me llena de admiración. Belleza un poco masculina, pero lenta, como ausente. Regreso. Su naturalidad. Ofrece enseguida sus frescos labios, luego se va, precisa y reservada.

2 de agosto

Me esfuerzo por escribir este diario, pero siento una viva repugnancia. Ahora sé por qué no lo hice nunca: para mí, la vida es secreta. Lo es con respecto a los demás (y eso es lo que tanto apenaba a X.), pero también debe serlo a mis propios ojos, no debo revelarla con palabras. Sorda e informada, es así como me parece rica. Si me esfuerzo en este momento, es porque me dan pánico mis fallos de memoria. Pero no estoy seguro de poder continuar. Por lo demás, aún así, olvido anotar muchas cosas. Y no digo nada de lo que pienso. Por ejemplo, mi larga reflexión acerca de K.

Sábado 2

Por la noche M. en la estación hasta el domingo por la noche. Cansada y lejana. Por la noche resucita y ello me hace feliz.

Lunes 4

Almuerzo M. Por la tarde, Doctor X. Según él, la necesidad en que me encuentro de mirar por la salud de X. me hace vivir «dentro de una bola de cristal». Su receta: libertad y egoísmo. Soberbia receta, digo yo. Y con mucho la más fácil de seguir. Por la noche K.

Martes 5

Por la tarde M. Larga conversación. Pocas personas han llegado tan lejos como ella en la aceptación de la vida. El 6. Noche salida con Michel, Anne y M. Baile. El 7. Siento la impresión, de nuevo, de que M. se está alejando de mí. El ser más ardiente que yo he conocido es, de hecho, el más casto. Cena con Brice Parain en su casa, con la enfermera rusa y su hija de nueve años. B.P, como todos los espíritus religiosos, intenta justificar todas las desgracias mediante la necesaria expiación. Yo le digo que, en última instancia, llegamos a lo peor de la dialéctica. Él lo sabe. Reflexiona.

Viernes 8

Día solitario, como casi todos los anteriores. Trato de organizar mi trabajo. Lluve desde hace dos días. Carta de X.: «las conversaciones untuosas e informes» (por teléfono). Calurosa, libre, verídica.

Domingo 9

Enfermo. Domingo 10. Lunes *II. La Corde*. Me acuesto y me duermo con un espantoso dolor de cabeza. Mala noche. Durante el día, Mi había telefoneado desde Marsella; huye de ciudad en ciudad, perseguida por la angustia y el pánico. Le aconsejo que vuelva a París.

Martes 12

Por la mañana, C. viene a verme. Miércoles 13. Comida con Char. Nos reímos mucho. Por la tarde Ivernel. Por la noche, cena en el golf con M.G., Anne y R.G. La noche en las praderas. Jueves 14. Ivernel al teléfono. Ha leído mi adaptación de *Los endemoniados* durante la noche sin poder soltarla. Acepta representar el papel de Chatov. Por la noche, cena con R. Está físicamente igual desde hace 20

años. Pero desde su enfermedad nerviosa, se ha roto el resorte. Vive de memoria, visiblemente. Nos encontramos con K. Su naturalidad me sofoca (la mano directa y luego venga conmigo, no, por qué, tengo una cita), come sin parar.

15, 16, 17 de agosto

Todo este período a partir del 2 está, en realidad, vacío. No se puede escribir sin haber recobrado la vitalidad y la energía. La salud del corazón, incluso, si lo que debemos decir es trágico. Sobre todo. He terminado Zivago con una suerte de ternura hacia el autor. Es falso que este libro recupere la tradición artística del siglo XIX ruso. Es mucho más torpe y, por lo demás, de factura moderna, con sus continuas instantáneas. Pero hace algo mejor: resucita el corazón ruso, aplastado bajo cuarenta años de eslóganes y crueldades humanitarias. Zivago es un libro de amor. Y de un amor tal que se derrama sobre todos los seres a la vez. El doctor ama a su mujer, y a Lara, y a otros más, y a Rusia. Si muere, es por encontrarse separado de su mujer, de Lara, de Rusia y de lo demás.

Gentes sin nombre están cerca de mí
Arboles, niños y sedentarios
Me veo vencido por todos ellos
Y eso sólo es mi victoria.

Y el valor de Pasternak consiste en haber redescubierto esa fuente verdadera de creación, y en ocuparse tranquilamente de hacerla brotar en medio del desierto de allá.

¿Qué más? Las dos noches del 16 y el 15 grabé con M. los poemas de Char. Noche del 15, paseo a lo largo del Sena. Bajo el Pont Neuf, unos jóvenes extranjeros (nórdicos) reunidos en torno a dos de ellos: un trompeta y un banjo, y tendidos en la calle, enlazados por parejas, escuchándolos improvisar. Más lejos, en uno de los bancos del Pont des Arts, un árabe se había tumbado, con una radio portátil en

la cabeza, que le tocaba aires árabes. El Pont de la Cité, bajo un cielo cálido y brumoso del París de agosto.

Para Julia. Guibert es el noble progresista. Mora, la figura del mundo antiguo.

18 de agosto

Comida con M. Recobrada. Noche cena R. No repuesto de depresión.

*

19

Carta de X. que me entristece una vez más.

*

21-23 por la noche

Mi. Llena estos días de belleza, de dulzura. Lejos de alejarme del trabajo, esta prolongada alegría me hace volver a él. Su hermana 22 años muere de un cáncer de hígado. Su padre le ordena que admire las puestas de sol: «puesto que eres artista».

*

23 de agosto

Muerte de Roger Martin du Gard. Yo había retrasado mi visita a Bellême y bruscamente... Me parece estar viendo a ese hombre, a quien yo quería con ternura, hablándome en Niza, en el mes de mayo, de su soledad y de la muerte. Arrastraba su gran cuerpo pesado y doblado en dos desde la mesa al sillón. Y su hermosa mirada... Uno podía amarlo, respetarlo. Tristeza.

*

25

Cena Brisville (y Thérèse). B.M. (y Vivette). Al salir, paseo. Por la capilla y por los bulevares periféricos. París sórdido.

*

26-29

Ejemplo de Giacometti. ¡Ah! y luego M. y su vida: «Quienes, como nosotros, conocieron muy jóvenes las experiencias extremas (incluidas la gloria y el amor), y llegan a la madurez sin desear nada más que la vida, simplemente».

29

Regreso de C.

2 de septiembre en l'Isle-sur-Sorgue. Mejor principio para este carnet es resumir de cuando en cuando (¿dos veces por semana?) los acontecimientos importantes del período transcurrido. El sábado 30 vi a Jamois y quedé con ella en que no se podría representar inmediatamente *Los endemoniados* en el Montparnasse. A pesar de su sequedad y su aire amargo, tiene encanto, con sus sandalias estrictas, sus pies pequeños y bien formados, su cuerpo largo y esa hermosa mirada triste. Después, llamé por teléfono a Barrault para decirle que estaba de acuerdo. Me acosté temprano. No duermo en toda la noche, me duermo a las tres y me despierto a las cinco, como abundantemente y me echo a la carretera bajo la lluvia. No suelto el volante durante once horas, picoteo de cuando en cuando una biscota, y la lluvia tampoco me abandona hasta la Drôme, donde empieza a amainar, mientras que, a la altura de Nyons poco más o menos, el poderoso olor de la lavanda viene a mi encuentro, me despierta y alerta mi corazón. El paisaje que reconozco me alimenta de nuevo y llego feliz. L'Isle donde me siento de pronto resguardado y pacífico, en la pobre habitación del hotel St.-Martín.

En l'Isle me encuentro con René Char. Tristeza al enterarme de que lo han expulsado de su casa y de su parque (donde ahora se eleva un horroroso edificio de pisos) y encerrado en este cuartito del hotel St.-Martin. En Camp-houx, en casa de los Mathieu, Madame Mathieu, Clitemnestra envejecida, lleva gafas. En cuanto a Monsieur Ma-

412

thieu, activo jefe de explotación, se ha convertido en un anciano impotente que ni siquiera controla sus erupciones. Me ocupo de la casa alquilada, un poco triste pero encantadora, sin embargo, con sus vistas al Luberon. No le gustará a X., seguramente. Pero trato de hacerla más confortable. El 3 un gran paseo con R.C. por el camino de las crestas del Luberon. La luz violenta, el espacio infinito, me arrebatan. De nuevo quisiera vivir aquí, encontrar la casa que me conviene, instalarme un poco, por fin. Y al mismo tiempo, pienso mucho en Mi. y en su vida aquí. En la cena, Madame Mathieu dice: «Hasta las golondrinas se han vuelto estúpidas. En vez de coger limo para sus nidos, cogen tierra basta de los cultivos. Y por primera vez desde hace décadas, doce de los trece nidos de los Camphoux se han caído al suelo y se han aplastado con todos sus huevos» y Char: «teníamos la esperanza de que al menos los pájaros salvarían el honor».

El 4 aún sigo esperando un telegrama o una llamada telefónica de X. anunciándome su llegada con los niños. Es Madame Mathieu la que me comunica que sólo estará aquí cuatro días y que su familia estará en París. Cólera y alejamiento que me suben por dentro contra ella y contra mí, que no ceso de esperar alguna señal de ternura allí donde no la hay ni puede haberla.

v.

30 de septiembre

Un mes pasado en ver de nuevo Vaucluse y en buscar una casa. Adquirido la de Lourmarin. Luego, viaje a St. Jean para reunirme con Mi. Durante centenares de kilómetros, a través del olor de la vendimia, en plena exaltación. Después, el gran mar lleno de espuma. El placer como esas largas olas que corren y arañan. Salida por la mañana hacia París, y los brezos rosas en los bosques de pinos. Otras doce horas al volante y luego París.

Visita del escritor *consagrado* al intelectual miserable (el chamizo del Faubourg St.-Denis).

Pasternak. «... ese elemento vivo y palpitante de aristocratismo que, después de Puchkin llamamos el más alto principio mozartiano, el elemento mozartiano.»

J. de Beer. «El adulterio debería ser castigado con la pena de muerte. Los verdaderos amantes se contarían con los dedos de la mano.» Ni siquiera eso es verdad. La apatía es a menudo más fuerte que el miedo.

17 de octubre

Viaje a Vaucluse. Debería resumir estos 18 días y lo haré.

18 de octubre

Bajo del tren nocturno en l'Isle-sur-Sorgue, envuelto en el mistral seco y frío. Buena y gran exaltación durante todo el día con la luz resplandeciente. Me siento con todas mis fuerzas.

19

Luz incesante. En la casa vacía, sin un mueble, de pie durante muchas horas mirando cómo las hojas muertas y rojas de la parra virgen, movidas por el viento violento, entran en las habitaciones. El Mistral.

27

Regreso a París. Durante la noche, las voces tranquilizadoras que anuncian los nombres de las estaciones. Nación.

No quejarse. No hacer valer lo que uno es ni lo que hace. Si damos algo, considerar que lo hemos recibido.

5 de noviembre

Carta del marido de E.B., quien me comunica que su mujer quiere suicidarse y me pide que intervenga. Yo, que

me siento tan fácil y estúpidamente responsable de la gente, no siento que tenga ninguna responsabilidad en este caso. Al contrario, me da la impresión de una verdadera encierro. Una vez dicho esto, hay que intervenir.

7 de noviembre, cuarenta y cinco años. Como yo deseaba, día de soledad y de reflexión. Comenzar desde ahora ese desprendimiento que deberá haberse acabado a los cincuenta. Ese día, reinaré.

La democracia no es la ley de la mayoría sino la protección de la minoría.

22 de noviembre

Comida con Char y St. John Perse. Las Islas. Tarde Waldo Franck en una habitación triste.

Diciembre

Ensayos de *Los endemoniados*.

Cuny que parece demasiado viejo para representar a Stavroguin y que tiene mi edad.

M. Cambiamos de empleo, eso es todo.

L.— Sí, pero las mujeres se nos escaparán y moriremos.

Mi. Su maravilloso apetito.

3 de marzo

Me debato como el pez atrapado en las mallas de la red.

17 de marzo

Muerte de Paul Oettly a los sesenta y nueve años. Al día siguiente, su anciana madre (noventa y tres años) se suicida.

Enfermedad de Catherine. Suspendo mi viaje al Mediodía. Con el corazón encogido.

20 de marzo

Mamá operada. El telegrama de L. me llega el sábado por la mañana. A la noche siguiente, avión a las tres de la madrugada. A las 7 en Argel. Siento la misma impresión de siempre en el terreno de la Casa Blanca: es mi tierra. Y sin embargo, el cielo está gris, el aire suave y esponjoso. Me instalo en la clínica, en las alturas de Argel.

En la habitación immaculada de paredes blancas y desnudas: nada. Un pañuelo y un peinecito. Sobre las sábanas: sus manos sarmentosas. Fuera, el admirable paisaje que baja hasta el golf. Pero la luz y el espacio le hacen daño. Quiere que la lleven a una habitación con sombra.

Dice de Philippe, con quien Paule mantiene relaciones desde hace poco: «Su padre es gente muy bien, su madre también, y su hermana. Son personas a la antigua. Él ha hecho el servicio. Conoció a Paule en los petróleos y (un gesto de los dos índices juntándose). Mejor».

«Después, cuando esté en casa, el doctor me dará algo para animarme.» Dice «gracias, señor doctor». No puede hacer nada: ni leer, porque no sabe, ni coser ni bordar a causa de sus dedos, ni escuchar, puesto que está sorda. El tiempo pasa, pesado, lento...

Sus labios han desaparecido. Pero su nariz tan fina, tan recta, su frente grande y llena de nobleza, sus ojos negros y brillantes bajo la arcada de las cejas huesuda y pulida.

Sufre en silencio. *Obedece*. A su alrededor, la familia sentada, pesadamente, muda y esperando... Su hermano

José, unos años más joven que ella, espera también —pero como si estuviera esperando su turno— resignado y triste.

*

23 de marzo

Mala noche. Llueve por la mañana sobre el campo de golf y las colinas. Las glicinas: llenaron mi juventud con su olor, con su ardor misterioso y rico... De nuevo, incansablemente. Han estado más vivas, más presentes en mi vida que muchas personas... salvo ésta que sufre a mi lado y cuyo silencio no ha cesado de hablarme durante media vida.

Llama Vichy a todas las aguas minerales.

La carne, la pobre carne, miserable, sucia, caída, humillada. La carne sagrada.

Leopold [F...] ⁴⁹ sobre Nietzsche: «el consentimiento en la vida, al que condujo la unión de la paciencia y la rebeldía es la cumbre del gran mediodía de la vida».

Esa extraña costumbre de poner delante de su apellido la mención de Viuda, que la acompañó durante toda su vida, y que aún figura en los papeles de la clínica.

Ha vivido en la ignorancia de todas las cosas —si no es del sufrimiento y de la paciencia— y continúa absorbiendo los sufrimientos físicos hoy, con la misma dulzura...

Unos seres a quienes ni el periódico, ni la radio, ni ninguna técnica han tocado. Tal como eran hace cien años, y apenas más deformados por el contexto social.

Se diría que perdía sangre. ¿No? ¡ Ah, bueno!

Un nombre ilegible.

El olor de las jeringuillas. La colina cubierta de acantos, de juncos, de cipreses, de pinos, de palmeras, de naranjos, de nísperos y de glicinas.

29 de marzo

Regreso a París.

Sófocles bailaba y jugaba bien a la pelota.

«Detrás de la cruz está el demonio⁵⁰.»

Destruir en mi vida todo lo que no sea esta pobreza. Arruinarse.

Pasternak de Scriabin: «Cada uno de nosotros ha conocido un instante como ese en su vida. A cada uno de nosotros la revelación se le ofreció, le prometió ese don de una personalidad y, a su manera, ha cumplido con todos esta promesa.»

Id.: «Las más grandes obras en el mundo entero, aun hablando de las cosas más diversas, nos cuentan, en realidad, su propio nacimiento.»

Id.: «... se puede, día tras día, correr a la cita con un fragmento de tierra construido, como si fuera un ser vivo».

Nietzsche. «Ningún sufrimiento ha podido ni podrá inducirme a levantar un falso testimonio contra la vida, *tal como yo la conozco*.»

Id.: «Seis soledades le son ya conocidas

Pero ni el mismo mar le pareció bastante solitario...»

⁵⁰ En castellano en el original. (IV. *de la T.*).

Acerca de la utilización de la gloria como enmascaramiento tras el cual «invisiblemente nuestro propio yo pueda de nuevo jugar consigo mismo y reírse de sí mismo».

«Conquistar la libertad y la alegría espiritual con el fin de poder crear y no verse tiranizado por ideales ajenos.»

El sentido histórico no es más que una teología enmascarada.

N. hombre del Norte, colocado de pronto ante el cielo de Ñapóles, una tarde, exclama: «¡Y hubieras podido morir sin ver esto ! »

La carta a Gast del 20 de agosto de 1880 donde echa de menos la amistad de Wagner «... de qué me sirve el tener razón en contra de él en muchas cosas».

El hombre de corazón profundo necesita amigos, a menos que tenga a su Dios.

Los hombres que tienen «una voluntad de largo alcance».

Fue con *Apuntes del subsuelo* con lo que Nietzsche descubrió a Dostoievski en el 87, compara esto al descubrimiento de *Rojo y Negro*.

Descubre en el 88 *Esposos* de Strindberg.

1 de abril

El amor al contrario, pero imposible. ¿No seguir *buscándolo*? Acoger. Todopoderoso en creación.

Nietzsche en el 87 (43 años): «Mi vida se halla justo en este instante en pleno meridiano: una puerta se cierra, otra se abre.»

*

28 de abril

Llegada Lourmarin. Cielo gris. En el jardín, maravillosas rosas cargadas de agua, sabrosas como frutos. El romero está en flor. Paseo y, por la tarde, el violeta de los lirios oscurece aún. Roto.

Quise vivir durante años según la moral de todos. Me esforcé por vivir como todo el mundo, por parecerme a todo el mundo. Dije lo preciso para unir, aun cuando yo me sentía separado. Y al cabo de todo esto, llegó la catástrofe. Ahora me paseo por entre las ruinas, estoy sin ley, cruelmente dividido, solo y aceptando estarlo, resignado a mi singularidad y a mis discapacidades. Y debo reconstruir una verdad, tras haber vivido toda mi vida en una suerte de mentira.

El teatro, por lo menos, me ayuda. La parodia vale más que la mentira: está más cerca de la verdad que representa.

Mayo

Reanudado el trabajo. He avanzado en primera parte de *El primer hombre*. Agradecimiento a este país, a su soledad, a su belleza.

13 de mayo

Viaje a Arles. Espléndida juventud de M. Pentacôte, viaje a Toulon.

Programa televisado. No puedo «aparecer» sin suscitar reacciones. Acordarme, repetirme sin cesar que debo suprimir toda vana polémica. Exaltar lo que debe ser exaltado. Callarme lo demás. Si no me atengo a esta regla, en el estado actual de las cosas, tendré que aceptar pagar y ser castigado. Ver etapas de una curación. Conservar este temblor precioso, este silencio pleno que he encontrado aquí. Lo demás no existe.

Soy yo mismo quien, desde hace casi cinco años me critico, critico lo que he visto y aquello de lo cual he vivido. Por

eso, los que compartieron mis mismas ideas se creen aludidos y me guardan tanto rencor por ello; pero no, me hago la guerra a mí mismo y me destruiré o renaceré, eso es todo.

Los amantes de Marsella. Bajo el hermoso cielo, el mar jugoso, la ciudad chillona y abigarrada, su deseo siempre renacido, que al principio produce cansancio y que acaba por sumirlos en una embriaguez incesante... Sólo las calas, las piedras blancas y el mar ardiente de luz son castos.

Grenier. *Ermitages Maronites* (Un été au Liban). «En la misma gruta se ve, casi borrada —y es una pena— una pequeña crucifixión mucho más antigua donde Cristo, con las rodillas medio dobladas, parece llevar un pantalón ancho como los habitantes de la comarca — y lleva escritas unas inscripciones en «strangelo» (qué es el Strangelo).» Escribir debajo del título —El Strangelo— un relato poco comprensible.

21 de mayo

Estamos en la estación roja. Cerezas y amapolas.

i

A mediodía, el ruido del tractor en el pequeño valle de Lourmarin... Como el del motor de barco en el puerto de Quíos aplastado de calor, y yo estaba dentro de la cabina llena de sombra, esperando; sí, igual que hoy, lleno de un amor sin objeto.

Me gustan las lagartijas tan secas como las piedras por donde corren. Son iguales que yo, de huesos y de piel.

París, junio del 59

He abandonado el punto de vista moral. La moral lleva a la abstracción y a la injusticia. Es madre del fanatismo y de

la ceguera. Quien sea virtuoso debe cortar cabezas. Pero qué decir de quien profesa la moral sin poder vivir a su altura. Las cabezas caen y él hace leyes, infiel. La moral corta en dos, separa, desencarna. Hay que huir de ella, aceptar ser juzgado y no juzgar, decir sí, hacer la unidad, y entre tanto, sufrir agonía.

Danesa de Joski.
La ciudad borracha de calor.

Venecia, del 6 al 13 de julio.

El calor, pegajoso y muerto como una enorme esponja, aplastaba la laguna, cortaba la retirada por el Puente de la Libertad e, instalado encima de la ciudad, pesaba sobre la misma obstruyendo las salidas de calles y canales, llenando todo el espacio libre entre las casas vecinas. Ninguna puerta de salida, ningún pasadizo, una trampa de calor en la que había que vivir y dar vueltas. Un ejército de horribles turistas giraban así furiosamente, extraviados, sudorosos, feroces, grotescamente ataviados, como la compañía horrible de un inmenso circo, de pronto desocupada y espantada de estarlo. La ciudad entera estaba borracha de calor. Por la mañana, se leía en *Il Gazzettino* que unos venecianos habían enloquecido por el calor y los habían tenido que llevar a la casa de locos. Los gatos morían por todas partes. A veces, uno de ellos se levantaba, arriesgándose a dar unos pasos por el «campo» abrasador y enseguida el sol que acechaba, blando y malvado, acababa con él. Las ratas se empinaban por encima del agua corrompida de los canales y tres segundos después volvían a caer al agua con toda su masa. Aquel calor sudoroso y ardiente parecía roer la ciudad hasta dejarla desnuda y cada vez más decrepita. Con el esplendor desconchado de los palacios, los «campi» abrasados, las fundaciones y las estacas de amarre enmohecidas, Venecia se hundía un poco más en la laguna.

En cuanto a nosotros, merodeábamos, incapaces de comer, y nos alimentábamos de cafés y helados, incapaces

de dormir, y no sabíamos dónde empezaban y terminaban los días y las noches. El día nos sorprendía en la playa del Lido, dentro del agua tibia y viscosa de la mañana, o en una góndola errante por los canales perdidos mientras el cielo se volvía gris rosado por encima de las tejas que, de repente, parecían de color turquesa. La ciudad estaba vacía entonces pero el calor no amainaba, ni a esa hora ni al llegar la tarde, siempre igual, siempre abrasador y húmedo, y Venecia siempre cercada, mientras que, desesperados y creyendo no poder salir de allí jamás, tratábamos únicamente de respirar una vez más, y otra vez, para seguir viviendo, finalmente, en aquel extraño tiempo sin hitos ni reposo, con los nervios tensos debido al café y al insomnio, arrancados de la vida. Seres fuera del tiempo, pero seres también que nadie deseaba, ni nada en el mundo, sólo la continuación de aquella locura extraviada e inmóvil, en medio del incendio petrificado que devoraba a Venecia, hora tras hora, incansablemente, y hasta tal punto que esperábamos el instante en que, de un solo golpe, la ciudad aún resplandeciente de colores y de belleza se convirtiera en cenizas que el viento ausente ni siquiera se llevaría. Esperábamos, agarrados unos a otros, incapaces de separarnos, ardiendo también, pero con una especie de alegría interminable y extraña, en aquella hoguera de la belleza.

DJ. divisa a una joven danesa, bastante fea, por lo demás, en la terraza de un café, y luego en el teatro. Habla con ella, se sienta a su lado y luego, después de unos instantes, se marchan juntos. Se me encoge el corazón al ver con qué aire sumiso lo sigue ella. Esa clase de sumisión que ponen todas en ese preciso momento.

Es allí donde J. me comunica que está embarazada de P.; le aconsejo que se lo diga. Él se ríe y una hora después vuelve a su hotel delante de J. con X. J. se queda con X que la ama y se calla.

Novela. El amor estalla entre ellos como una pasión de carne y de corazón. Días y días vibrantes y la unión total hasta el punto de que las carnes están sensibilizadas y emocionadas como corazones. Unidos en todas partes, en velero, y el deseo sin cesar renaciente como la emoción. Para él, es una lucha contra la muerte, contra sí mismo, contra el olvido, contra ella y su naturaleza débil, y se abandona por fin, se pone en sus manos. Y después de ella, ya no habrá nadie, él lo sabe, lo promete en el único lugar donde encuentra algo sagrado. San Julián el Pobre, en quien Grecia se une a Cristo, decide mantener esa promesa contra todo, tanto es así que detrás de aquel ser a quien estrecha en sus brazos, no hay más que el vacío, y lo estrecha cada vez más, fundiéndose en él, abriéndolo hasta descuartizarlo para refugiarse por fin en él, para resguardarse en él para siempre, en el amor al fin recuperado, allí donde los mismos sentidos resplandecen de luz, se depuran en una hoguera incesante, o en un brotar de aguas jubilosas, se coronan de una gratitud sin límites. Esa hora en que las fronteras de los cuerpos caen, en que el ser único nace por fin en la desnudez total del don profundo.

13 de agosto

Ausencia, frustración dolorosa. Pero mi corazón vive, mi corazón vive por fin. Así que no era verdad que la indiferencia había ganado del todo. Gratitud, violento agradecimiento a Mi. Sí, los celos dan testimonio del espíritu. Son el sufrimiento de ver al otro reducido a objeto y el deseo de que todos y todo lo reconozcan como sujeto. Uno no siente celos de Dios.

*

Caía la noche sobre el vallecito, los viejos muros, las almenas, las casas pacientes. El roce de las hierbas bajo mis pies.

Septiembre

Y. En primavera, se despierta a las 11, se queda en la cama, almuerza en la cama hacia la una o las dos, y luego sigue en la cama hasta el final de la tarde, rodeada de France-Dimanche, Match, Noir et Blanc, Cinémonde, etc., que devora.

Mi., a quien yo hablo medio en serio medio en broma de la extrema vejez, cuando ya se acaba la elevación de las cosas, el júbilo de los sentidos, etc., prorrumpe en sollozos: «¡Amo tanto al amor!»

Antes de escribir una novela, trataré de hacer en mí la oscuridad durante años. Ensayo de concentración cotidiana, de ascesis intelectual y de extrema conciencia.

¿Culpabilidad de un pueblo? (Francia al igual que Alemania —Judas — los que duermen, etc.)

¿Cómo está su querida madre? Tuve el dolor de perderla hace 3 meses. ¡Oh, ignoraba ese detalle!

Ciento cuarenta mil moribundos al día; ochenta y siete al minuto; cincuenta y siete millones en un año.

Esa izquierda de la que formo parte, a pesar mío y a pesar suyo.

En Cristo acaba la muerte que empezó con Adán.

El esfuerzo más agotador de mi vida ha sido el de vencer mi propia naturaleza para obligarla a servir a mis mayores designios. De tarde en tarde, sólo de tarde en tarde, lo conseguía.

Para el hombre maduro, sólo los amores felices pueden prolongar su juventud. Los demás lo arrojan de golpe en la vejez.

Es una desgracia llegar a la edad de las responsabilidades sin la pérdida de sensibilidad que, de ordinario, le corresponde y permite entonces el ejercicio de esas responsabilidades sin consideraciones excesivas para los demás.

M. Mathieu se retira como profesor de letras. Para enfrentarse con la muerte lo mejor son las recetas del humanismo clásico.

En las ciudades de piedra donde sólo el viento y la lluvia nos traen el recuerdo de los prados y del cielo.

•k

El amor físico siempre estuvo unido para mí a un sentimiento irresistible de inocencia y de alegría. Yo no puedo amar entre lágrimas sino en plena exaltación.

El mar, divinidad.

Sobre la tierra primitiva cayeron las lluvias *durante siglos* de manera ininterrumpida.

Fue en el mar donde nació la vida y durante todo el tiempo inmemorial que llevó a la vida desde la primera célula hasta el ser marino organizado, el continente, sin vida animal ni vegetal, no fue más que un país de piedra lleno úni-

camente del ruido de la lluvia y el viento en medio de un silencio enorme, no recorrido por ningún movimiento, de no ser la sombra rápida de las grandes nubes y la carrera de las aguas en las cuencas oceánicas.

Tras miles de millones de *años*, el primer ser viviente salió del mar y se asentó sobre la tierra firme. Se parecía a un escorpión. Eso fue hace trescientos cincuenta millones de años.

Los peces voladores hacen sus nidos en los abismos marinos para resguardar allí sus huevos.

En el mar de los Sargazos dos millones de toneladas de algas.

La gran medusa roja, al principio del grosor de un dedal, se convierte en primavera en algo tan ancho como un paraguas. Se desplaza mediante pulsaciones, arrastrando largos tentáculos y amparando bajo su sombrilla a grupos de pequeñas bacaladitas que se desplazan con ella.

El pez que sube más arriba de su zona de habitat, una vez traspasada una frontera invisible, estalla y cae en la superficie.

Los calamares de las profundidades, al revés de los que se encuentran en la superficie —que emiten tinta— emiten una nube luminosa. Se esconden dentro de la luz.

Para terminar, la tierra firme no es más que una placa muy fina sobre el mar. Algún día, el océano reinará.

Hay olas que nos llegan desde el Cabo de Hornos, tras un viaje de diez mil kilómetros. El maremoto de 358 se dio en el Mediterráneo oriental, sumergiendo las islas y costas bajas y dejando a los barcos encaramados sobre los fuertes de Alejandría.

Soy un escritor. No soy yo sino mi pluma quien piensa, recuerda o descubre.

No puedo vivir mucho tiempo con las personas. Necesito un poco de soledad, la parte de eternidad.

En el gran Luberon, un caballo doméstico que se escapó vive solo y en libertad desde hace años. ¿Noticia? Un hombre que oye hablar de él parte en su búsqueda. Termina convertido a la vida libre.

*

Para Némesis (en Lourmarin diciembre del 59).

Caballo negro, caballo blanco, una sola mano de hombre domina los dos furores. A tumba abierta, gozosa es la carrera. La verdad miente, la franqueza disimula. Escóndete en la luz.

El mundo te llena y tú estás vacío: plenitud.

Rumor de la espuma en la playa, por la mañana; llena el mundo tanto como el estrépito de la gloria. Ambos vienen del silencio.

El que rehusa se escoge, el que codicia se prefiere. No pidas ni rehuses. Acepta para renunciar.

Las llamas del hielo coronan los días; duerme en el incendio inmóvil.

Igualmente dura, igualmente suave, la vertiente, la vertiente del día. ¿Pero en la cumbre? una sola montaña.

La noche arde, el sol entenebrece. ¡Oh, tierra que se basta para todo! Liberado de todo, esclavizado por ti mismo. Esclavizado por los demás: liberado de nada. Elige tu servidumbre.

Detrás de la cruz, el demonio. Déjalos juntos. Tu altar vacío está en otra parte.

El agua del placer y la del mar son igualmente saladas. Hasta en la ola.

El exilio reina, el rey está de rodillas. En el desierto acaba la soledad.

Sobre el mar, sin tregua, de puerto en isla, corriendo en medio de la luz por encima de los líquidos abismos, alegría, tan larga como la muy larga vida.

Tú te enmascaras, helos aquí desnudos.

Durante el breve día que te es dado, calienta e ilumina sin desviarte de tu camino.

Millones de otros soles vendrán para reposo tuyo.

Bajo la baldosa de la alegría, el primer sueño.

Sembrado por el viento, cosechado por el viento y sin embargo creador, tal es el hombre a través de los siglos, y orgulloso de vivir un solo instante.

«La vanidad de los hombres erige esas magníficas moradas sólo para recibir al huésped inevitable, la Muerte, con todas las ceremonias de un temor supersticioso» (Conrad, Angustia).

San Ignacio (diario espiritual) «indignado» por no recibir del cielo confirmación de haber sido elegido por la Santísima Trinidad. Pero desea «antes morir con Jesús que vivir con otro». El infierno le haría más desgraciado por la blasfemia que allí se hace del nombre de dios que por los sufrimientos que se padecen.

Id.: Le dice al diablo que lo tienta: «A tu sitio». En otra parte: que Dios es inmutable y el diablo inmóvil y variable.

*

Para Don Fausto. Ya no hay Don Juan puesto que el amor es libre. Hay hombres que gustan más que otros. Pero ni pecado ni heroísmo.

Hay un Don Juan de Lope de Vega: *La promesa cumplida* (traducir y también el Zorrilla). Los amores de Felipe IV con la hermana Margarita de la Cruz (véanse los procesos célebres de España), véase asimismo (p. 189 y sig.) Don Juan y el Don Juan de Gregorio Marañón.

En «Una fábula»⁵¹ (p. 388) el condenado a muerte que primero había dicho que era inocente, y luego reconoció que no lo era, resginándose a morir. Después, ya con la soga al cuello, ve volar hacia una rama y posarse en ella, a un pájaro que se pone a cantar. Se agarra entonces al nudo corredizo de la soga y aulla que él es inocente.

⁵¹ " *Afable*, novela de Faulkner, Random House, 1954.

Yo te escogí así y es lo que me ayudará a pasar este mal trago, a no sufrir con los detalles de lo que reconozco como justo y legítimo, en principio...

Lo que también me ayudaba —la equidad—, esa aceptación difícil de uno mismo y de los demás, es la creación. Pero desde que me veo metido en esta crisis, en esta especie de impotencia, comprendo ese deseo innoble de posesión que siempre me escandalizó en los demás. Se puede conquistar a una persona a falta de conquistarse a sí mismo. Y es verdad que en este momento precisamente, yo necesitaba esa pertenencia que tú me habías dado. Por eso he sufrido por tus mentiras tanto como por tu huida. Pero ya pasará. Un poco más de pesimismo y la desgracia resplandecerá a su vez: volveré a ser yo mismo.

He sufrido con lo que me has revelado; es un hecho. Pero no debes entristecerte por mi tristeza. No tengo razón, lo sé, y si no puedo impedir que mi corazón sea injusto, también sé hacerlo capaz de equidad. No me será difícil superar la injusticia que te hago dentro de mi corazón. Sé que lo he hecho todo para que te apartaras de mí. Durante toda mi vida, en cuanto una persona se encariñaba conmigo, yo hacía todo lo posible por que desistiese. Naturalmente, existe mi incapacidad para comprometerme, mi gusto por los seres, por la multiplicidad, mi pesimismo en lo que a mí se refiere. Pero quizá no sea yo tan frívolo como digo. La primera persona a quien amé y a quien fui fiel se me escapó con la droga, con la traición. Tal vez muchas cosas han venido de ahí, por vanidad, por temor a sufrir otra vez y, sin embargo, he aceptado muchos sufrimientos. Pero también me he escapado de todos y he querido, en cierto modo, que todos se me escaparan. Incluso X., hice lo necesario para desanimarla. No creo que ella se me haya escapado, que se haya entregado ni siquiera fugitivamente a otro hom-

bre. No estoy seguro [...]»³². Pero si no lo hubiera hecho, se trataría de una decisión debida a su heroísmo interior, no a la superabundancia de un amor que quiere dar sin pedir nada a cambio. También hice todo lo necesario para que tú te me escaparas. Y cuanto mayor fue la fascinación de ese pasado septiembre, más quise yo romper el encantamiento. De modo que te me escapaste, en cierta manera. Es la justicia, a veces horrible, de este mundo. A la traición responde la traición, a la máscara del amor la huida del amor. Y en este caso particular, yo que reivindicé y viví todas las libertades, sé y reconozco que es justo y bueno que tú también vivieses una o dos libertades. La cuenta ni siquiera está completa.

Para ayudarme, en cualquier caso, no emplearé únicamente esa fría equidad del corazón sino la preferencia, la ternura que por ti siento. Me acuso a veces de ser incapaz de amar. Quizá sea verdad, pero he sido capaz de *elegir* a algunas personas y de guardarles, fielmente, lo mejor de mí, hicieran lo que hiciesen.

EL PRIMER HOMBRE

*

Título original: Le premier homme (1994)
Traducción de Aurora Bernárdez

Nota de la edición francesa

Publicamos hoy *El primer hombre*. Se trata de la obra en la que trabajaba Albert Camus en el momento de su muerte. El manuscrito fue hallado en su cartera el 4 de enero de 1960. Se compone de 144 páginas escritas al correr de la pluma, a veces sin puntos ni comas, de escritura rápida, difícil de descifrar, nunca corregida.

Hemos establecido el presente texto a partir del manuscrito y de una primera copia dactilográfica hecha por Francine Camus. Para la buena comprensión del relato se ha restablecido la puntuación. Las palabras de lectura dudosa figuran entre corchetes. Las palabras o partes de frase que no se han podido descifrar se indican con un blanco entre corchetes. Al pie de página figuran, con un asterisco, las variantes escritas en superposición; con una letra, los añadidos al margen; con un número, las notas del editor.

Aparecen en anexo las hojas (numeradas de I a V) que estaban, unas insertas en el manuscrito (hoja I antes del capítulo 4, hoja II antes del capítulo *6bis*), las otras (III, IV y V) al final del manuscrito.

El cuaderno titulado «El primer hombre (Notas y proyectos)», pequeña libreta de espiral y papel cuadriculado que permite al lector entrever el futuro desarrollo de la obra planeado por el autor, figura al final.

Queremos agradecer aquí a Odette Diagne Créach, Roger Grenier y Robert Gallimard la ayuda que nos prestaron con amistad generosa y constante.

Catherine Camus

I

Búsqueda del padre

Intercesora: Vda. Camus

A ti, que nunca podrás
leer este libro^a

En lo alto, sobre la carreta que rodaba por un camino pedregoso, unas nubes grandes y espesas corrían hacia el este, en el crepúsculo. Tres días antes, se habían hinchado sobre el Atlántico, habían esperado el viento del oeste y se habían puesto en marcha, primero lentamente y después cada vez más rápido, habían sobrevolado las aguas fosforescentes del otoño encaminándose directamente hacia el continente, deshilachándose^b en las crestas marroquíes, rehaciendo sus rebaños en las altas mesetas de Argelia, y ahora, al acercarse a la frontera tunecina, trataban de llegar al mar Tirreno para perderse en él. Después de una carrera de miles de kilómetros por encima de esta suerte de isla inmensa, defendida al norte por el mar moviente y, al sur, por las olas inmovilizadas de las arenas, pasando por encima de esos países sin nombre apenas más rápido de lo que durante milenios habían pasado los imperios y los pueblos, su impulso se extenuaba y algunas se fundían ya en grandes

^a (Añadir anonimato geológico. Tierra y mar.)

^b Solfenno.

y escasas gotas de lluvia que empezaban a resonar en la capota de lona que cubría a los cuatro pasajeros.

La carreta chirriaba en el camino bien trazado pero apenas apisonado. De vez en cuando, saltaba una chispa de la llanta de hierro o del casco de un caballo y un sílex golpeaba la madera de la carreta cuando no se hundía, con un ruido afelpado, en la tierra blanda de la cuneta. Sin embargo, los dos caballitos avanzaban regularmente, tropezando de tarde en tarde, echando el pecho hacia adelante para tirar de la pesada carreta cargada de muebles, dejando atrás incesantemente el camino con sus dos trotes diferentes. A veces uno de ellos expulsaba ruidosamente el aire por las narices y perdía el trote. Entonces el árabe que los guiaba hacía restallar de plano sobre el lomo las riendas gastadas*, y el animal retomaba valientemente su ritmo.

El hombre que viajaba junto al conductor en la banqueta delantera, un francés de unos treinta años, de expresión cerrada, miraba las dos grupas que se agitaban delante. De buena estatura, achaparrado, la cara alargada, con una frente alta y cuadrada, la mandíbula enérgica, los ojos claros, llevaba, pese a lo avanzado de la estación, una chaqueta de dril con tres botones, cerrada hasta el cuello, como se usaba en aquel tiempo, y una gorra * ligera sobre el pelo corto^b. En el momento en que la lluvia empezó a deslizarse sobre la capota, se volvió hacia el interior del vehículo:

—¿Todo bien? —gritó.

En una segunda banqueta, encajada entre la primera y un amontonamiento de muebles y baúles viejos, una mujer pobremente vestida pero envuelta en un gran chai de lana gruesa, le sonrió débilmente.

—Sí, sí —dijo con un leve gesto de disculpa.

Un niño de cuatro años dormía apoyado en ella. La mujer tenía una cara suave y regular, un pelo de española bien ondulado y negro, la nariz pequeña, una bella y cálida mira-

* Resquebrajadas por el uso.

* ¿O una especie de bombín?

^a Calzado con zapatones.

da color castaño. Pero había algo llamativo en esa cara. No era sólo una suerte de máscara que el cansancio o cualquier cosa por el estilo grabara en ese momento en sus rasgos, no, era más bien un aire de ausencia y de dulce distracción, como el que muestran perpetuamente algunos inocentes, pero que aquí asomaba fugazmente en la belleza de sus facciones. A la bondad tan evidente de la mirada se unía también a veces un destello de temor irracional que se apagaba de inmediato. Con la palma de la mano estropeada ya por el trabajo y un poco nudosa en las articulaciones, daba unos golpecitos ligeros en la espalda de su marido:

—Todo bien, todo bien —decía. Y en seguida dejaba de sonreír para mirar, por debajo de la capota, el camino en el que ya empezaban a brillar los charcos.

El hombre se volvió hacia el árabe plácido con su turbante de cordones amarillos, el cuerpo abultado por unos grandes calzones de fundillos amplios, ajustados por encima de la pantorrilla.

—¿Estamos muy lejos todavía?

El árabe sonrió bajo sus grandes bigotes blancos.

—Ocho kilómetros más y llegamos.

El hombre se volvió, miró a su mujer sin sonreír pero atentamente. La mujer no había apartado la mirada del camino.

—Dame las riendas —dijo el hombre.

—Como quieras —dijo el árabe.

Le tendió las riendas, el hombre pasó por encima del árabe que se deslizó hacia el lugar que el primero acababa de dejar. Con dos golpes de riendas, el hombre se adueñó de los caballos, que rectificaron el trote y de pronto avanzaron en línea más recta.

—Conoces a los caballos —dijo el árabe.

La respuesta llegó, breve, y sin que el hombre sonriera:

—Sí —dijo.

La luz había disminuido y de pronto se instaló la noche. El árabe descolgó del gancho la linterna cuadrada que tenía a su derecha y volviéndose hacia el fondo utilizó varios fósforos rudimentarios para encender la vela. Después volvió a

colgar la linterna. La lluvia caía ahora suave y regularmente, brillando a la débil luz de la lámpara, y poblaba con un rumor leve la oscuridad total. De vez en cuando la carreta pasaba cerca de unos arbustos espinosos o de unos árboles bajos, débilmente iluminados durante unos segundos. Pero el resto del tiempo, rodaba por un espacio vacío que las tinieblas hacían aún más vasto. Sólo los olores a hierbas quemadas o, de pronto, un fuerte olor a abono, hacían pensar que recorrían por momentos tierras cultivadas. La mujer habló detrás del conductor, que retuvo un poco los caballos y se echó hacia atrás.

—No hay nadie —dijo la mujer.

—¿Tienes miedo?

—¿Cómo?

El hombre repitió su frase, pero esta vez gritando.

—No, contigo no. — Pero parecía inquieta.

—¿Te duele? —dijo el hombre.

—Un poco.

Azuzó a los caballos, y sólo el fuerte ruido de las ruedas aplastando las roderas y de los ocho cascotes herrados que golpeaban el camino, llenó de nuevo la noche.

Era una noche del otoño de 1913. Los viajeros habían partido dos horas antes de la estación de Bône, adonde habían llegado de Argel después de una noche y un día de viaje en las duras banquetas de tercera clase. Encontraron en la estación el vehículo y el árabe que los esperaba para llevarlos a la propiedad situada en un pueblo pequeño, a unos veinte kilómetros tierra adentro, y cuya gerencia asumiría el hombre. Hizo falta tiempo para cargar los baúles y algunos enseres y después el camino en mal estado los retrasó aún más. El árabe, como si sintiera la inquietud de su compañero, le dijo:

—No tengáis miedo. Aquí no hay bandidos.

—Los hay en todas partes —dijo el hombre—. Pero tengo lo necesario. —Y dio unos golpecitos en el bolsillo estrecho.

—Tienes razón —dijo el árabe—. Siempre hay algún loco. En ese momento la mujer llamó a su marido.

—Henri —dijo—, me duele.
 El hombre blasfemó y azuzó un poco más a sus caballos³.
 —Ya llegamos —dijo.
 Al cabo de un rato volvió a mirar a su mujer.
 —¿Todavía te duele?
 Ella le sonrió con una extraña discreción y como si no sufriera.
 —Sí, mucho.
 Él la miraba con la misma seriedad. Y la mujer se disculpó de nuevo.
 —No es nada. Tal vez haya sido el tren.
 —Mira —dijo el árabe—, el pueblo.
 En efecto, a la izquierda del camino y un poco en la lejanía se veían las luces de Solferino enturbiadas por la lluvia.
 —Pero tú sigue el camino de la derecha —dijo el árabe.
 El hombre vaciló, se volvió hacia su mujer.
 —¿Vamos a la casa o al pueblo? —preguntó.
 —¡Oh!, a la casa, es mejor.
 Un poco más lejos la carreta dobló a la derecha en dirección a la casa desconocida que los aguardaba.
 —Un kilómetro más —dijo el árabe.
 —Ya llegamos —dijo el hombre dirigiéndose a su mujer.
 La mujer estaba doblada en dos, la cara entre los brazos.
 —Lucie —dijo el hombre.
 La mujer no se movía. El hombre la tocó con la mano. Ella lloraba en silencio. Él gritó, separando las sílabas y mimando sus palabras:
 —Ahora mismo vas a acostarte. Yo iré a buscar al doctor.
 —Sí. Ve a buscar al doctor. Creo que es lo mejor.
 El árabe los miraba, sorprendido.
 —Va a tener un niño —dijo el hombre—. ¿El doctor está en el pueblo?
 —Sí, voy a buscarlo si quieres.
 —No, tú te quedas en la casa. Estáte atento. Yo iré más rápido. ¿Tiene un coche o un caballo?

El niño.

—Tiene un coche. —Después el árabe dijo a la mujer—: Será un varón, y guapo.

La mujer le sonrió como si no entendiera.

—No oye —dijo el hombre—. En la casa grita fuerte y haz gestos.

El vehículo rodó de pronto casi sin ruido. El camino, más estrecho ahora y cubierto de toba, corría a lo largo de pequeños depósitos detrás de cuyos tejados se veían las primeras filas de viñedos. Un fuerte olor de mosto les salía al encuentro. Dejaron atrás grandes construcciones de tejados sobreelevados, y las ruedas aplastaron la turba de una especie de patio sin árboles. Sin hablar, el árabe se apoderó de las riendas para tirar de ellas. Los caballos se detuvieron y uno de ellos resopló*. El árabe señaló con la mano una casita blanqueada de cal. Una parra trepaba alrededor de la puerta baja con su contorno azul de sulfato. El hombre saltó a tierra y corrió bajo la lluvia hasta la casa. Abrió. La puerta daba a una habitación oscura que olía a fuego apagado. El árabe, que lo seguía, caminó en la oscuridad hacia la chimenea, sacudió un tizón y encendió una lámpara de petróleo que colgaba en el centro de la pieza, encima de una mesa redonda. El hombre apenas tuvo tiempo de reconocer una cocina encalada con un fregadero de baldosas rojas, un viejo aparador y un calendario desteñido en la pared. Una escalera revestida con las mismas baldosas rojas subía al piso alto.

—Enciende el fuego —dijo, y volvió a la carreta. (¿Se llevó consigo al niño?)

La mujer esperaba sin decir nada. El hombre la tomó en sus brazos para depositarla en el suelo, y reteniéndola un momento contra sí, le hizo echar atrás la cabeza.

—¿Puedes caminar?

—Sí —dijo ella y le acarició el brazo con su mano nudosa.

El hombre la llevó a la casa.

—Espera —dijo.

* ¿Es de noche?

El árabe ya había encendido el fuego y con gestos precisos y diestros, lo alimentaba con sarmientos. La mujer estaba cerca de la mesa, las manos sobre el vientre, y por su bello rostro vuelto hacia la luz de la lámpara corrían breves ondas de dolor. No parecía advertir ni la humedad ni el olor de abandono y miseria. El hombre se agitaba en las habitaciones del piso superior. Después apareció en lo alto de la escalera.

—¿No hay chimenea en el dormitorio?

—No —dijo el árabe—. En la otra habitación tampoco.

—Ven —dijo el hombre.

El árabe subió. Después reapareció, de espaldas, cargando un colchón que el hombre sujetaba por la otra punta. Lo pusieron delante de la chimenea. El hombre corrió la mesa a un rincón mientras el árabe volvía a subir y bajaba en el acto con una almohada y unas mantas.

—Tiéndete ahí —dijo el hombre a su mujer, y la llevó hasta el colchón.

Ella vacilaba. Se notaba ahora el olor de crin húmeda que subía del colchón.

—No puedo desvestirme —dijo mirando en torno con temor, como si por fin descubriera el lugar...

—Quítate lo que llevas debajo —ordenó el hombre. Y repitió—: Quítate la ropa interior. —Y después, al árabe—: Gracias. Desengancha un caballo. Lo montaré hasta el pueblo.

El árabe salió. La mujer se desvestía, de espaldas al marido, que también se giró. Después se tendió y en cuanto estuvo acostada, subió las mantas, gritó una sola vez, un largo grito, con la boca abierta, como si hubiera querido librarse de una vez de todos los gritos que el dolor había acumulado en ella. El hombre, de pie junto al colchón, la dejó gritar, y en cuanto calló, se quitó la gorra, apoyó una rodilla en tierra y besó la bella frente sobre los ojos cerrados. Volvió a ponerse la gorra y salió a la lluvia. El caballo desenganchado daba vueltas sobre sí mismo, las patas delanteras clavadas en la turba.

—Voy a buscar una silla de montar —dijo el árabe.

—No, déjale las riendas. Lo montaré así. Guarda los baúles y los enseres en la cocina. ¿Tienes mujer?

—Ha muerto. Era vieja.

—¿Tienes una hija?

—No, gracias a Dios. Pero está la mujer de mi hijo.

—Dile que venga.

—Se lo diré. Ve con Dios.

El hombre miró al viejo árabe inmóvil bajo la lluvia fina sonriéndole bajo los bigotes mojados. Él seguía serio, pero lo miraba con sus ojos claros y atentos. Después le tendió la mano, que el otro cogió, a la manera árabe, con las puntas de los dedos que después se llevó a la boca. El hombre se volvió haciendo crujir la turba, se acercó al caballo, lo montó a pelo y se alejó con un trote pesado.

Al salir de la finca, tomó la dirección de la encrucijada desde donde habían visto por primera vez las luces del pueblo. Brillaban ahora con un resplandor más vivo, la lluvia había cesado y el camino que, a la derecha, conducía hacia allí, cruzaba recto unos viñedos cuyas alambradas brillaban en algunos puntos. Aproximadamente a medio camino, el caballo redujo el trote y siguió al paso. Se acercaban a una especie de cabana rectangular con una parte, en forma de habitación, de manipostería y la otra, más grande, hecha de tablas, con un gran alero que bajaba sobre una suerte de mostrador saliente. En la parte hecha de mampostería había una puerta sobre la cual se leía: CANTINA AGRÍCOLA MME. JACQUES. Por debajo de la puerta se filtraba la luz. El hombre detuvo su caballo muy cerca de la puerta y, sin bajarse, llamó. Una voz sonora y resuelta inquirió al momento desde dentro:

—¿Qué pasa?

—Soy el nuevo gerente de la finca de Saint-Apôtre. Mi mujer está a punto de dar a luz. Necesito ayuda.

Nadie contestó. Al cabo de un momento se descorrieron los cerrojos, se deslizaron las barras de hierro empujadas por alguien y se entreabrió la puerta. Apareció la cabeza negra y rizada de una europea de mejillas redondas y nariz un poco chata sobre unos labios gruesos.

—Me llamo Henri Cormery. ¿Puede usted atender a mi mujer? Yo voy a buscar al médico.

La mujer lo miraba fijamente con ojos acostumbrados a sopesar a los hombres y la adversidad. El sostuvo la mirada con firmeza, pero sin añadir una palabra de explicación.

—Allá voy —dijo ella—. Dése prisa.

El hombre dio las gracias y espoleó al caballo con los talones. Instantes después, llegaba al pueblo pasando entre una suerte de fortificaciones de tierra seca. Una calle al parecer única se extendía ante él, flanqueada de casitas bajas, todas iguales, y la siguió hasta una pequeña plaza cubierta de toba donde se alzaba, inesperadamente, un quiosco de música de estructura metálica. La plaza, como la calle, estaba desierta. Cormery se encaminaba ya hacia una de las casas cuando el caballo se hizo a un lado. Un árabe surgió de la sombra con un albornoz oscuro y roto, se le acercó.

—¿La casa del médico? —preguntó inmediatamente Cormery.

El otro observó al jinete.

—Venga —dijo después de examinarlo.

Reanudaron el camino en dirección opuesta. En uno de los edificios de planta baja sobreelevada a la que se subía por una escalera encalada, se leía: «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Lindaba con un jardincito rodeado de paredes revocadas, en el fondo del cual había una casa que el árabe señaló:

—Es ahí —dijo.

Cormery saltó del caballo y, con un paso que no denotaba ningún cansancio, cruzó el jardín del que sólo vio, justo en el centro, una palmera enana de palmas secas y tronco podrido. Llamó a la puerta. Nadie contestó. Se volvió. El árabe esperaba en silencio. El hombre llamó de nuevo. Se oyó del otro lado un paso que se detuvo detrás de la puerta. Pero ésta no se abrió. Cormery llamó una vez más y dijo:

* Hice la guerra contra los marroquíes (con una mirada ambigua), los marroquíes no son buenos.

—Busco al doctor.

En seguida se descorrieron los cerrojos y la puerta se abrió. Apareció un hombre de cara joven, como de muñeca, pero de pelo casi blanco, alto y robusto, las piernas ceñidas por polainas, poniéndose una especie de cazadora.

—Vaya, ¿de dónde sale usted? —dijo sonriendo—. No le he visto nunca.

El hombre se explicó.

—Ah, sí, el alcalde me avisó. Pero oiga, a quién se le ocurre venir a dar a luz a un lugar perdido como éste.

El otro dijo que esperaba la cosa para más adelante y que seguramente se había equivocado.

—Bueno, le ocurre a todo el mundo. Vamos, ensillo a *Matador* y lo sigo.

En mitad del camino de regreso, bajo la lluvia que volvía a caer, el médico, montado en un caballo gris tordillo, alcanzó a Cormery, que estaba ya empapado pero siempre erguido en su pesado caballo de granja.

—Curiosa llegada —gritó el médico—. Pero ya verá, el país no está mal, salvo los mosquitos y los bandidos de la zona. —Se mantenía a la altura de su compañero—. Claro que, en cuanto a los mosquitos, estará tranquilo hasta la primavera. Pero en lo que se refiere a los bandidos...

Se reía, pero el otro seguía avanzando sin decir palabra. El médico lo miró con curiosidad:

—No tema —dijo —, todo irá bien.

Cormery volvió hacia el doctor sus ojos claros, lo miró tranquilamente y dijo con un matiz de cordialidad:

—No tengo miedo. Estoy acostumbrado a los golpes duros.

—¿Es el primero?

—No, he dejado a un pequeño de cuatro años en Argel, con mi suegra¹.

Llegaron a la encrucijada y tomaron el camino que conducía a la finca. La turba no tardó en volar bajo los cascos

¹ En contradicción con la pág. 440: «Un niño de cuatro años dormía apoyado en ella».

de los caballos. Cuando éstos se detuvieron y volvió a reinar el silencio, se oyó salir de la casa un grito. Los dos hombres echaron pie en tierra.

Una sombra los esperaba, protegida bajo la parra, que chorreaba agua. Al acercarse reconocieron al viejo árabe encapuchado con una bolsa.

—Buenos días, Kaddour —dijo el médico—. ¿Cómo anda eso?

—No sé, yo nunca entro donde están las mujeres —respondió el viejo.

—Buen criterio —dijo el médico—. Sobre todo si las mujeres gritan.

Pero ya no salían gritos de adentro. El médico abrió y entró, Cormery lo siguió.

Un gran fuego de sarmientos ardía ante ellos en la chimenea, iluminando la pieza más que la lámpara de petróleo que, con su cerco de cobre y cuentas de vidrio, colgaba en mitad del techo. A la derecha del fregadero se había llenado rápidamente de jarros de metal y toallas. A la izquierda, delante de un pequeño aparador bamboleante, de madera sin pintar, estaba la mesa desplazada del centro. Un viejo bolso de viaje, una caja de sombreros, algunos bultos la cubrían. En todos los rincones de la habitación, viejas maletas, entre ellas un gran baúl de mimbre, apenas dejaban un espacio vacío en el centro, no lejos del fuego. En ese espacio, sobre el colchón perpendicular a la chimenea, estaba tendida la mujer, la cara un poco volcada hacia atrás sobre una almohada sin funda, el pelo ahora suelto. Las mantas sólo cubrían la mitad del colchón. A la izquierda, la patrona de la cantina, de rodillas, ocultaba la parte descubierta del colchón. Sobre una palangana retorció una servilleta de la que goteaba un agua rosada. A la derecha, sentada con las piernas cruzadas, una mujer árabe sin velo sostenía en sus manos, en actitud de ofrenda, una segunda palangana esmaltada, un poco desportillada, donde humeaba el agua caliente. Las dos mujeres estaban instaladas en los dos extremos de una sábana doblada que pasaba por debajo de la enferma. Las sombras y las llamas de la chi-

menea subían y bajaban por las paredes encaladas, por los bultos que llenaban la habitación y, más cerca, arrebolaban las caras de las dos enfermeras y el cuerpo de la parturienta, hundido bajo las mantas.

Cuando los dos hombres entraron, la mujer árabe los miró rápidamente con una risita y se volvió después hacia el fuego, ofreciendo siempre la palangana con sus brazos flacos y morenos. La patrona de la cantina los miró y exclamó alegremente:

—Ya no lo necesitamos, doctor. Vino solo.

Se puso de pie y los dos hombres vieron, cerca de la enferma, algo informe y ensangrentado, animado por una suerte de movimiento inmóvil, del que salía un ruido continuo, semejante a un chirrido subterráneo casi imperceptible».

—Es fácil decirlo. Espero que no hayan tocado el cordón umbilical.

—No —dijo la mujer riendo—. Teníamos que dejarle algo a usted.

Se puso de pie y cedió su lugar al médico, ocultando nuevamente al recién nacido a los ojos de Cormery, que se había quedado en la puerta con la gorra en sus manos. El médico se puso en cuclillas, abrió su maletín, después tomó la palangana de manos de la mujer árabe, que se retiró inmediatamente fuera del campo luminoso y se refugió en el rincón oscuro de la chimenea. El médico se lavó las manos, siempre de espaldas a la puerta, después se las frotó con un alcohol que olía un poco a aguardiente, olor que en seguida invadió la habitación. En ese momento la enferma alzó la cabeza y vio a su marido. Una sonrisa maravillosa transfiguró el bello rostro fatigado. Cormery se acercó al colchón.

—Llegó —le dijo ella con un hilo de voz y señaló al niño.

—Sí —dijo el médico—. Pero descanse.

La mujer lo miró con expresión interrogante. Cormery, parado al pie del colchón, le hizo un gesto tranquilizador.

—Acuéstate.

^a Como el de ciertas células vistas con microscopio.

La mujer se dejó caer hacia atrás. En ese momento la lluvia redobló sobre el viejo tejado. El médico intervino debajo de la manta. Después se incorporó y sacudió algo. Se oyó un grito.

—Es un varón —dijo el médico—. Y un buen ejemplar.

—Este empieza bien —dijo la patrona de la cantina—. Con una mudanza.

En el rincón la mujer árabe se rió y batió palmas dos veces. Cormery la miró y ella se apartó, confundida.

—Bueno —dijo el médico—. Ahora déjennos un momento.

Cormery miró a su mujer. Pero ella seguía con la cabeza echada hacia atrás. Sólo las manos, extendidas sobre la burda manta, recordaban todavía la sonrisa que instantes antes había llenado y transfigurado la miserable habitación. El hombre se puso la gorra y se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué nombre le va a poner? —gritó la dueña de la cantina.

—No sé, no lo hemos pensado. —Lo miraba—. Le llamaremos Jacques, ya que usted estaba presente.

La mujer lanzó una carcajada y Cormery salió. Debajo de la parra, el árabe, siempre cubierto con la bolsa, esperaba. Miró a Cormery, que no le dijo nada.

—Ten —dijo el árabe, y le ofreció una punta de la bolsa.

Cormery se cubrió. Sentía el hombro del viejo árabe y el olor de humo que desprendía su ropa, y la lluvia que caía en la bolsa por encima de sus dos cabezas.

—Es un niño —dijo sin mirar a su compañero.

—Alabado sea Dios —respondió el árabe—. Eres un artista.

El agua llegada desde miles de kilómetros de distancia caía sin cesar sobre la turba, cavaba numerosos charcos, en los viñedos, más lejos, y los hilos de la alambrada seguían brillando bajo las gotas. No llegaría al mar por el este, y ahora inundaría todo el país, las tierras pantanosas cerca del río y las montañas circundantes, la inmensa tierra casi desierta cuyo olor poderoso llegaba hasta los dos hombres

apretados bajo la misma bolsa, mientras un grito débil se repetía regularmente a sus espaldas.

Por la noche, tarde, Cormery, en calzoncillos largos y camiseta, tendido en un segundo colchón junto a su mujer, contemplaba la danza de las llamas en el techo. La habitación estaba ya bastante ordenada. Del otro lado de su mujer, en una cesta de ropa, el niño descansaba en silencio, con un débil gorgoteo. Su mujer también dormía, la cara vuelta hacia él, la boca un poco abierta. La lluvia se había interrumpido. Al día siguiente habría que empezar el trabajo. Cerca de él la mano ya gastada, casi leñosa de su mujer, le hablaba también de ese trabajo. Tendió la suya, la apoyó suavemente sobre la mano de la enferma y, poniéndose boca arriba, cerró los ojos.

Saint-Brieuc

^a Cuarenta años más tarde, un hombre, en el pasillo del tren de Saint-Brieuc, miraba desfilar con desaprobación, bajo el pálido sol de una tarde de primavera, aquel país estrecho y chato, cubierto de pueblos y de casas feas que se extiende desde París hasta la Mancha. Los prados y los campos de una tierra cultivada durante siglos hasta el último metro cuadrado se sucedían ante sus ojos. La cabeza descubierta, el pelo cortado al rape, la cara larga y los rasgos finos, de buena estatura, la mirada azul y directa, el hombre, pese a la cuarentena, aún se veía delgado bajo su impermeable. Con las manos sólidamente apoyadas en la barra, el cuerpo descansando sobre una sola cadera, el pecho dilatado, daba una impresión de soltura y de energía. El tren aminoraba la marcha en ese momento y terminó por detenerse en una pequeña estación miserable. Al cabo de un rato una joven bastante elegante pasó por la portezuela donde se encontraba el hombre. Se detuvo para pasar la maleta de una mano a la otra y entonces vio al viajero. Éste la miraba sonriendo, y ella no pudo dejar de sonreír también. El hombre bajó el cristal, pero el tren ya partía. «Lástima», dijo. La joven seguía sonriéndole.

El viajero fue a sentarse a su compartimento de tercera, donde ocupaba una plaza junto a la ventanilla. Frente a él

- Habría que insistir desde el comienzo en el lado monstruo de Jacques.

un hombre de pelo ralo y apelmazado, más joven de lo que hacía pensar su cara hinchada y venosa, apoltronado, con los ojos cerrados, respiraba fuerte, evidentemente incomodado por una digestión laboriosa, y deslizaba de vez en cuando una mirada rápida* hacia el pasajero de enfrente. En la misma banqueta, cerca del pasillo, una campesina endomingada, que llevaba un singular sombrero adornado con un racimo de uvas de cera, sonaba las narices de un niño pelirrojo de rostro apagado y pálido.

Poco después el tren se detuvo y un cartelito que decía SAINT-BRIEUC apareció lentamente en la portezuela. El viajero se incorporó en seguida, retiró sin esfuerzo del portapigajaje, sobre su cabeza, una maleta de fuelle y, después de saludar a sus compañeros de viaje, que le contestaron sorprendidos, salió con paso rápido y bajó los tres peldaños del vagón. En el andén se miró la mano izquierda todavía manchada por el hollín depositado en la barra de cobre que acababa de soltar, sacó el pañuelo y se limpió cuidadosamente. Después se encaminó hacia la salida, alcanzado poco a poco por un grupo de viajeros de ropas oscuras y tez parduzca. Bajo el alero de columnas esperó pacientemente el momento de entregar su billete, siguió esperando que el empleado taciturno se lo devolviera, atravesó una sala de espera de paredes desnudas y sucias, decoradas con viejos cartelones donde incluso la Costa Azul parecía tiznada, y apurando el paso, salió a la luz oblicua de la tarde, por la calle que bajaba de la estación hacia la ciudad.

En el hotel pidió la habitación que había reservado, rechazó los servicios de la camarera con cara de patata que quería llevarle el equipaje, a pesar de lo cual, después de que la mujer lo acompañara hasta su cuarto, le dio una propina que la sorprendió y devolvió la simpatía a su rostro. Después el viajero se lavó de nuevo las manos y volvió a bajar con el mismo paso vivo, sin cerrar con llave la puerta. En el *hall* encontró a la camarera, le preguntó dónde estaba el cementerio, recibió un exceso de explicaciones, las escuchó

* Apagada.

amablemente y se encaminó en la dirección indicada. Recorría ahora las calles estrechas y tristes, bordeadas de casas vulgares de feas tejas rojas. A veces algunas casas viejas de vigas aparentes dejaban ver de soslayo sus pizarras. Los escasos transeúntes ni siquiera se detenían delante de los escaparates que ofrecían las mercancías de vidrio, las obras maestras de plástico y de nailon, las cerámicas calamitosas que se encuentran en todas las ciudades del Occidente moderno. Sólo en las tiendas de alimentación se apreciaba la opulencia. El cementerio estaba rodeado de altos muros disuasivos. Cerca de la puerta, puestos de flores pobres y marmolerías. Delante de una de ellas el viajero se detuvo para mirar a un niño de aire despierto que hacía los deberes en un rincón sobre la piedra de una lápida, virgen aún de inscripción. Después entró y se encaminó a la casa del guardián. El guardián no estaba. El viajero esperó en el pequeño despacho pobremente amueblado, después vio un plano que estaba descifrando cuando entró el guardián. Era un hombre alto y nudoso, de nariz fuerte, que olía a transpiración bajo su gruesa chaqueta cerrada. El viajero preguntó por el sector de los muertos de la guerra de 1914.

—Sí —dijo el guardián—. Se llama el sector del Souvenir Français. ¿Qué nombre busca?

—Henri Cormery —respondió el viajero.

El guardián abrió un gran libro forrado con papel de embalaje y siguió con su dedo terroso una lista de nombres. El dedo se detuvo.

—Cormery, Henri, «herido mortalmente en la batalla del Marne, muerto en Saint-Brieuc el 11 de octubre de 1914».

—Eso es —dijo el viajero.

El guardián cerró el libro.

—Venga —dijo.

Y lo precedió en el camino hacia las primeras filas de tumbas, unas modestas, otras pretenciosas y feas, todas cubiertas de ese batiborrillo de mármol y abalorios que deshonraría cualquier lugar del mundo.

—¿Es un pariente? —preguntó el guardián con aire distraído.

—Era mi padre.

—Lo siento.

—No, no, yo aún no tenía un año cuando murió. Así que, usted comprenderá.

—Sí —dijo el guardián—, pero da igual. Fueron demasiados muertos.

Jacques Cormery no contestó nada. Seguramente habían sido demasiados muertos, pero en lo que respectaba a su padre, no podía inventarse una compasión que no sentía. Desde que vivía en Francia, hacía años, se prometía hacer lo que su madre, que había permanecido en Argelia, le pedía desde hacía tanto tiempo: ir a ver la tumba de su padre que ella misma jamás había visto. A Jacques le parecía que esa visita no tenía ningún sentido, ante todo, para él, que no había conocido a su padre, que ignoraba casi todo de lo que había sido y le horrorizaban los gestos y los trámites convencionales, en segundo lugar, para su madre, que nunca hablaba del desaparecido y no podía imaginar nada de lo que él vería. Pero como su viejo maestro se había retirado en Saint-Brieuc y de ese modo se le presentaba la oportunidad de volver a verle, resolvió visitar a ese muerto desconocido e incluso hacerlo antes de encontrar a su viejo amigo, para tras ello sentirse totalmente libre.

—Es aquí —dijo el guardián.

Habían llegado ante un sector cuadrado, rodeado por pequeños mojones de piedra gris unidos por una gruesa cadena pintada de negro. Las lápidas, numerosas, eran todas iguales, unos simples rectángulos grabados, situados a intervalos regulares en hileras sucesivas. Todas adornadas con un ramito de flores frescas.

—El Souvenir Français se encarga del mantenimiento desde hace cuarenta años. Mire, ahí está. —Señalaba una lápida en la primera fila.

Jacques Cormery se detuvo a cierta distancia de la piedra.

—Lo dejo —dijo el guardián.

Cormery se acercó a la lápida y la miró distraídamente. Sí, era efectivamente su nombre. Alzó los ojos. Por el cielo pálido pasaban lentamente pequeñas nubes blancas y grises

y caía una luz leve que por momentos se apagaba. A su alrededor, en el vasto campo de los muertos, reinaba el silencio. Sólo llegaba un rumor sordo de la ciudad por encima de los altos muros. A veces una silueta negra pasaba por entre las tumbas lejanas. Jacques Cormery, la mirada puesta en la lenta navegación de las nubes en el cielo, trataba de percibir, detrás del olor de las flores mojadas, el aroma salado que en ese momento venía del mar lejano e inmóvil, cuando el tintineo de un cubo contra el mármol de una tumba lo sacó de sus ensoñaciones. Fue en ese momento cuando leyó sobre la lápida la fecha de nacimiento de su padre, percatándose entonces de haberla ignorado. Después leyó las dos fechas, «1885-1914», e hizo maquinalmente el cálculo: veintinueve años. De pronto le asaltó un pensamiento que lo sacudió incluso físicamente. El tenía cuarenta. El hombre enterrado bajo esa lápida, y que había sido su padre, era más joven que él^{*}.

Y la ola de ternura y compasión que de golpe le colmó el corazón no era el movimiento del ánimo que lleva al hijo a recordar al padre desaparecido, sino la piedad conmovida que un hombre formado siente ante el niño injustamente asesinado, algo había ahí que escapaba al orden natural y, a decir verdad, ni siquiera tal orden existía, sino sólo locura y caos en el momento en que el hijo era más viejo que el padre. La sucesión misma del tiempo estallaba alrededor de él, inmóvil, entre esas tumbas que ya no veía, y los años no se ordenaban en ese gran río que fluye hacia su fin. Los años no eran más que estrépito, resaca y agitación, y Jacques Cormery se debatía ahora presa de angustia y piedad[†]. Miraba las otras lápidas del entorno y reconocía por las fechas que ese suelo estaba sembrado de niños que habían sido los padres de hombres encanecidos que creían estar vivos en ese momento. Porque él mismo creía estar vivo, se había hecho él solo, conocía sus fuerzas, su energía, hacía frente a la vida y era dueño de sí. Pero en el extraño vértigo de ese

* Transición.

† Desarrollo guerra del 14.

momento, la estatua que todo hombre termina por erigir y endurecer al fuego de los años para vaciarse en ella y esperar el desmoronamiento final, se resquebrajaba rápidamente, se derrumbaba. El viajero no era más que ese corazón angustiado, ávido de vivir, en rebeldía contra el orden mortal del mundo, que lo había acompañado durante cuarenta años y que latía siempre con la misma fuerza contra el muro que lo separaba del secreto de toda vida, queriendo ir más lejos, más allá, y saber, saber antes de morir, saber por fin para ser, una sola vez, un solo segundo, pero para siempre.

Volvía a ver su vida loca, valerosa, cobarde, obstinada y siempre orientada hacia ese objetivo del que ignoraba todo, y en verdad había transcurrido enteramente sin que él tratara de imaginar lo que podía haber sido un hombre que justamente le había dado esa vida para ir a morir poco después a una tierra desconocida, al otro lado de los mares. A los veintinueve años, ¿acaso él mismo no había sido frágil, doliente, tenso, voluntarioso, sensual, soñador, cínico y valiente? Sí, todo eso y muchas cosas más, alguien vivo, un hombre al fin, pero sin pensar nunca en el ser que allí descansaba como en alguien viviente, sino como en un desconocido que había pasado antes por la tierra donde él naciera, y que, según su madre, se le parecía y había muerto en el campo de honor. Sin embargo, ahora pensaba que ese secreto, lo que ávidamente había tratado de conocer a través de los libros y de los seres, tenía que ver con ese muerto, ese padre más joven, con todo lo que éste había sido y con un destino, y que él mismo había buscado muy lejos lo que estaba a su lado en el tiempo y en la sangre. A decir verdad, no había tenido ayuda. Una familia en la que se hablaba poco, donde no se leía ni escribía, una madre desdichada y distraída, ¿quién le hubiera informado sobre ese padre joven y digno de lástima? Sólo su madre lo había conocido, y lo había olvidado. Estaba seguro. Y había muerto ignorado en esta tierra por la que había pasado fugazmente, como un desconocido. Era él, sin duda, quien debía informarse, preguntar. Pero a alguien, como él, que nada posee y que quiere el mundo entero, no le basta toda su energía para

construirse y conquistar o entender el mundo. Al fin y al cabo no era demasiado tarde, aún podía buscar, saber quién había sido ese hombre que le parecía ahora más cercano que ningún otro ser en el mundo. Podía...

Caía la tarde. El rumor de una falda a su lado, una sombra negra lo devolvió al paisaje de tumbas y cielo que lo rodeaba. Había que marcharse, allí no tenía nada más que hacer. Pero no podía separarse de aquel nombre, de aquellas fechas. Debajo de la losa sólo quedaba polvo y cenizas. Pero para él su padre estaba de nuevo vivo, con una extraña vida taciturna, y le parecía que iba a desampararlo de nuevo, a dejarlo también esta noche en la interminable soledad adonde lo había arrojado y después abandonado. En el cielo desierto resonó una brusca y fuerte detonación. Un avión invisible acababa de atravesar la barrera del sonido. Volviendo la espalda a la tumba, Jacques Cormery abandonó a su padre.

Esa noche, durante la cena, J.C. miraba a su viejo amigo acometer con una especie de avidez inquieta la segunda tajada de pierna de cordero; el viento que se había levantado gruñía suavemente alrededor de la casita en un barrio próximo al camino de las playas. Al llegar, J.C. había observado en la cuneta seca, al borde de la acera, fragmentos de algas secas que, con el olor de la sal, evocaban por sí solas la cercanía del mar. Victor Malan, después de hacer toda su carrera en la administración de aduanas, se había jubilado en esa pequeña ciudad que no había escogido, pero cuya elección justificaba a posteriori diciendo que nada lo distraía allí de la meditación solitaria, ni el exceso de belleza, ni el de fealdad, ni la soledad misma. La administración de las cosas y la dirección de los hombres le habían enseñado mucho, pero sobre todo, al parecer, que sabía poco. Sin embargo, su cultura era inmensa y J.C. lo admiraba sin reservas, porque Malan, en tiempos en que los hombres superiores son tan adocenados, era el único que tenía un pensamiento personal, en la medida en que es posible tenerlo, y en todo caso, bajo una apariencia falsamente conciliadora, una libertad de juicio que coincidía con la originalidad más irreductible.

" Capítulo por escribir y suprimir.

² Las siglas aluden a Jean Grenier, escritor francés y profesor de filosofía en el liceo de Argel. (IV. *de la T.*)

—Eso es, hijo —decía Malan—. Ya que va a ver a su madre, trate de averiguar algo sobre su padre. Y vuelva a toda velocidad a contarme el resultado. No hay muchas ocasiones de reír.

—Sí, es ridículo. Pero como me ha asaltado esta curiosidad, puedo por lo menos intentar recoger algunas informaciones suplementarias. Que nunca me haya preocupado de ello es un poco patológico.

—No, en este caso es lo más sensato. Yo estuve casado treinta años con Marthe, a quien usted conoció. Una mujer perfecta a la que todavía hoy echo de menos. Siempre pensé que a Marthe le gustaba su casa¹. Seguramente tiene usted razón —decía desviando la mirada, y Cormery esperaba la objeción que, como sabía, era inevitable después de la aprobación—. Sin embargo —prosiguió Malan—, yo, y con seguridad me equivoco, me cuidaría de saber más de lo que la vida me ha enseñado. Pero en este sentido, soy un mal ejemplo, ¿verdad? En fin, seguramente mis defectos son la causa de que no tomara ninguna iniciativa. En cambio usted —y una suerte de malicia iluminó su mirada—, usted es un hombre de acción.

Malan parecía un chino, con su cara lunar, su nariz un poco chata, las cejas ausentes o casi, el pelo recortado como una gorra y un gran bigote que no alcanzaba a cubrir la boca espesa y sensual. El cuerpo mismo, blando y redondo, la mano regordeta de dedos amorriñados, hacían pensar en un mandarín enemigo de la carrera pedestre. Cuando cerraba los ojos mientras comía con apetito, era imposible no imaginarlo vestido de seda y con palillos entre los dedos. Pero su mirada lo cambiaba todo. Los ojos castaño oscuro, febriles, inquietos o repentinamente fijos, como si la inteligencia trabajara rápidamente sobre un punto preciso, eran los de un occidental de gran sensibilidad y cultura.

La vieja criada traía los quesos que Malan miraba ávidamente con el rabillo del ojo.

Estos tres párrafos están tachados.

—Conocí a un hombre —agregó— que después de haber vivido treinta años con su mujer —Cormery aguzó la atención. Cada vez que Malan empezaba diciendo «conocí aun hombre que... o un amigo... o un inglés que viajaba conmigo...», uno podía estar seguro de que hablaba de sí mismo—..., a quien no le gustaban los pasteles y su mujer tampoco los comía. Pues bien, al cabo de veinte años de vida en común, sorprendió a su mujer en la pastelería y se enteró, observándola, de que iba varias veces por semana a atracarse de pastelitos de crema de café. Sí, él creía que a ella no le gustaban las cosas dulces y en realidad adoraba los pastelitos de crema de café.

—En una palabra —dijo Cormery—, que no conocemos a nadie.

—Si usted quiere decirlo así. Pero quizá sería más justo, me parece, o en todo caso creo que preferiría decir, cargúelo en la cuenta de mi imposibilidad de afirmar nada, sí, bastaría decir que si veinte años de vida en común no son suficientes para conocer a una persona, una encuesta forzosamente superficial, cuarenta años después de la muerte de un hombre, es posible que sólo le proporcione informaciones de valor limitado, sí, puede decirse limitado, sobre ese hombre. Aunque, en otro sentido...

Alzó, armada de un cuchillo, una mano fatalista que cayó sobre el queso de cabra.

—Discúlpeme. ¿No quiere un poco de queso? ¿No? ¡Siempre tan frugal! ¡Duro oficio el de querer agradecer!

Un brillo malicioso se filtró de nuevo entre sus párpados entrecerrados. Hacía ya veinte años que Cormery conocía a su viejo amigo [añadir aquí" por qué y cómo] y aceptaba sus ironías con buen humor.

—No es por agradecer. Si como demasiado me siento pesado. Me aplasto.

—Sí, deja de planear por encima de los demás.

Cormery miraba los buenos muebles rústicos que llenaban el comedor de techo bajo, con vigas encaladas.

—Querido amigo —dijo—, usted siempre ha pensado

que soy orgulloso. Lo soy. Pero no siempre ni con todos. Con usted, por ejemplo, soy incapaz de orgullo.

Malan apartó la mirada, lo que era en él signo de emoción.

—Lo sé —dijo—, pero ¿por qué?

—Porque le tengo afecto —respondió Cormery con calma.

Malan acercó la ensalada de frutas y no contestó nada.

—Porque —prosiguió Cormery—, cuando yo era muy joven, muy necio y estaba muy solo (¿recuerda, en Argel?), usted se acercó a mí y sin mostrarme me abrió las puertas de todo lo que yo amo en este mundo.

—¡Oh! Usted tiene grandes condiciones.

—Seguramente. Pero incluso los más dotados necesitan un iniciador. La persona que la vida pone un día en su camino, ésa ha de ser por siempre amada y respetada, aunque no sea responsable. ¡En eso creo!

—Sí, sí —dijo Malan con aire meloso.

—Usted lo duda, ya sé. Pero no crea que el afecto que le tengo es ciego. Sus defectos son grandes, grandísimos. Por lo menos para mí.

Malan se lamió los gruesos labios y se mostró repentinamente interesado.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, es usted, digamos, económico. Pero no por avaricia, sino por pánico, por miedo de que le falte, etcétera. De cualquier modo, es un gran defecto y en general no me gusta. Pero, sobre todo, usted no puede dejar de suponer en los demás segundas intenciones. Instintivamente, no puede creer en sentimientos totalmente desinteresados.

—Confíese —dijo Malan apurando el vino— que no debería tomar café. Y sin embargo...

Pero Cormery no perdía la calma*.

—Estoy seguro por ejemplo de que no me creará si le digo

* Con frecuencia presto dinero, sabiendo que lo pierdo, a gentes que me son indiferentes. Pero es que no sé decir que no, y al mismo tiempo eso me exaspera.

que bastaría con que usted me lo pidiese para que le entregara de inmediato todo lo que poseo.

Malan vaciló y esta vez miró a su amigo.

—Oh, lo sé. Usted es generoso.

—No, no soy generoso. Soy avaro de mi tiempo, de mis esfuerzos, de mi fatiga, y eso me repugna. Pero lo que acabo de decir es cierto. Usted no me cree, y ése es su defecto y su verdadera impotencia, aunque sea un hombre superior. Porque se equivoca. Bastaría una palabra, en este mismo momento, y todo lo que poseo sería suyo. Usted no lo necesita, no es más que un ejemplo. Pero no es un ejemplo arbitrariamente escogido. En realidad todo lo que poseo es suyo.

—Se lo agradezco, de verdad —dijo Malan entrecerrando los ojos—, estoy realmente conmovido.

—Bueno, le hago sentirse incómodo. A usted tampoco le gusta que se hable con demasiada franqueza. Sólo deseaba decirle que lo quiero a usted con todos sus defectos. Quiero o venero a pocas personas. Por todo lo demás, me avergüenzo de mi indiferencia. Pero en cuanto a las personas a las que quiero, nada, ni yo mismo, ni siquiera ellas, harán que deje jamás de quererlas. Son cosas que he tardado en aprender; ahora lo sé. Dicho esto, prosigamos nuestra conversación: usted no aprueba que yo trate de informarme sobre mi padre.

—Es decir, sí, le apruebo, pero temo que sufra una decepción. Un amigo mío que estaba muy enamorado de una muchacha y quería casarse con ella, cometió el error de informarse.

—Un burgués —dijo Cormery.

—Sí —admitió Malan—, era yo.

Se echaron a reír.

—Yo era joven. Recogí opiniones tan contradictorias que la mía vaciló. Empecé a dudar de si la quería o no la quería. En una palabra, me casé con otra.

—Yo no puedo encontrar un segundo padre.

—No. Por suerte. Basta con uno, si he de juzgar por mi experiencia.

—Bueno —dijo Cormery—. Además, tengo que ir a ver a mi madre dentro de unas semanas. Es una oportunidad. Y si le he hablado de la cuestión ha sido sobre todo porque hace un momento me perturbó la diferencia de edad a mi favor. A mi favor, sí.

—Ya, comprendo.

Cormery miró a Malan.

—Puede decirse que no envejeció. Se le ahorró ese sufrimiento, y es un sufrimiento largo.

—Con algunas alegrías.

—Sí. Usted ama la vida. Es necesario, es lo único en que cree.

Malan se sentó pesadamente en una poltrona tapizada de cretona y de pronto una expresión de indecible melancolía transfiguró su rostro.

—Tiene usted razón. Yo la he amado, la amo con avidez. Y al mismo tiempo me parece horrible, y también inaccesible. Por eso creo, por escepticismo. Sí, quiero creer, quiero vivir, siempre.

Cormery se mantuvo callado.

—A los sesenta y cinco años, cada año es una prórroga. Quisiera morirme tranquilo, y morirse es aterrador. No he hecho nada.

—Hay seres que justifican el mundo, que ayudan a vivir con su sola presencia.

—Sí, y se mueren.

Guardaron silencio y el viento sopló con un poco más de fuerza alrededor de la casa.

—Tiene razón, Jacques —dijo Malan—. Vaya a buscar informaciones. Usted ya no necesita un padre. Se ha criado solo. Ahora puede amarlo como usted sabe amar. Pero —dijo, y vacilaba—... vuelva a verme. Ya no me queda mucho tiempo. Y perdóneme...

—¿Perdonarle? —dijo Cormery—. Se lo debo todo.

—No, usted no me debe gran cosa. Perdóneme por no saber corresponder a veces a su afecto...

Malan miraba la gran lámpara a la antigua que colgaba sobre la mesa, y su voz ensordecía para decir algo que, unos

momentos más tarde, solo en el viento y en el suburbio desierto Cormery seguía escuchando incesantemente:

—Hay en mí un vacío atroz, una indiferencia que me hace daño...

* Jacques / He intentado descubrir yo mismo, desde el comienzo, de pequeño, lo que estaba bien y lo que estaba mal, ya que nadie a mi alrededor podía decírmelo. Y ahora reconozco que todo me abandona, que necesito que alguien me señale el camino y me repruebe y me elogie, no en virtud de su poder, sino de su autoridad, necesito a mi padre.

Yo creía saberlo, ser dueño de mí, todavía no lo [¿sé?].

4

Los juegos del niño

Un oleaje ligero y breve empujaba el barco en el calor de julio. Jacques Cormery, tendido en su camarote, semi-desnudo, veía bailar en los bordes de cobre del ojo de buey los reflejos del sol desmenuzado en el mar. Se levantó de un salto para detener el ventilador que secaba el sudor en sus poros antes de que empezara a deslizarse por el torso, era preferible transpirar, y se dejó caer en la litera dura y estrecha, tal como le gustaba que fueran las camas. De inmediato, de las profundidades del barco, el ruido sordo de las máquinas subió con vibraciones amortiguadas como un enorme ejército que emprendiera la marcha. Le gustaba también ese ruido de los grandes transatlánticos, noche y día, y la sensación de andar sobre un volcán mientras, alrededor, el mar inmenso ofrecía a la mirada sus superficies libres. Pero hacía demasiado calor en el puente; después del almuerzo, algunos pasajeros, atontados por la digestión, se desplomaban sobre las tumbonas del puente cubierto o se escapaban a la crujía a la hora de la siesta. A Jacques no le gustaba dormir por la tarde. «A benidor», pensaba con rencor y era la extraña expresión de su abuela cuando de niño, en Argel, lo obligaba a dormir la siesta con ella. Las tres habitaciones del pequeño apartamento suburbano estaban sumidas en la sombra rayada de las persianas cuidadosa-

⁴ Véase en los apéndices, la hoja I intercalada aquí.

mente cerradas³. El calor cocinaba afuera las calles secas y polvorientas y, en la penumbra de las habitaciones, una o dos moscas enérgicas buscaban infatigablemente una salida con un zumbido de avión. Hacía demasiado calor para bajar a la calle y juntarse con sus camaradas, también retenidos a la fuerza en sus casas. Hacía demasiado calor para leer los *Pardaillan o L'Intrépide*⁴. Cuando la abuela, por excepción, estaba ausente o charlaba con la vecina, el niño aplastaba la nariz contra las persianas del comedor, que daban a la calle. La calzada estaba desierta. La zapatería y la mercería de enfrente habían bajado los toldos de lona roja y amarilla, una cortina de cuentas multicolores disimulaba la entrada del estanco, y en el café de Jean no había un alma, con excepción del gato que dormía, como si estuviera muerto, en la frontera entre el suelo cubierto de serrín y la acera polvorienta.

El niño se volvía entonces hacia la habitación casi desnuda, encalada, con una mesa cuadrada en el centro, pegados a las paredes un aparador y un pequeño escritorio lleno de cicatrices y manchas de tinta, y directamente en el suelo, un colchoncito cubierto con una manta, en la que, al caer la noche, dormía el tío casi mudo, y cinco sillas⁵. En un rincón, sobre una chimenea en que lo único de mármol era una repisa, había un florerito de cuello esbelto decorado con flores, como se ven en las ferias. El niño, preso entre los dos desiertos de la sombra y del sol, giraba sin cesar alrededor de la mesa, con el mismo paso precipitado, repitiendo como una letanía: «¡Me aburro! ¡Me aburro!». Se aburría, pero también había un juego, una alegría, una especie de goce en ese aburrimiento, pues la furia lo asaltaba al oír el «A beni-

³ Alrededor de los diez años.

⁴ Aquellos gruesos libros de papel de periódico con una cubierta de groseros colores en los que el precio impreso era más grande que el título y el nombre del autor.

⁵ La extrema limpieza.

Un armario, un tocador de madera con cubierta de mármol. Una alfombrita de cama gastada, deshilachada en los bordes. Y en un rincón un gran baúl cubierto con un viejo tapete de borlas.

dor» de la abuela, por fin de vuelta. Eran protestas inútiles. La abuela, que había criado a nueve hijos en su pueblo, tenía sus propias ideas sobre la educación. De un empujón el niño entraba en el dormitorio. Era una de las dos habitaciones que daban al patio. En la otra había dos camas, la de su madre y la que compartían él y su hermano. La abuela tenía derecho a un cuarto para ella sola, pero en su alta y gran cama de madera, acogía a Jacques en algunas ocasiones por la noche, y todos los días a la hora de la siesta. El niño se quitaba las sandalias y se encaramaba a la cama. Su lugar era el fondo, contra la pared, desde el día en que se había deslizado al suelo mientras la abuela dormía, y reanudó su ronda alrededor de la mesa murmurando su letanía. Desde su sitio, en el fondo, veía cómo su abuela se quitaba el vestido y bajaba la camisa de grueso lino, desanudando la cinta que la sujetaba al escote. Después subía ella también a la cama y el niño sentía cerca el olor de carne añosa, miraba las abultadas venas azules y las manchas de vejez que deformaban los pies de su abuela. «Ale», repetía ésta. «A benidor», y se dormía en seguida, mientras el niño, con los ojos abiertos, seguía el ir y venir de las moscas infatigables.

Sí, durante años detestó aquello, e incluso más tarde, siendo ya un hombre, y salvo que enfermara gravemente, no se decidía a recostarse después del almuerzo, en las horas de gran calor. Cuando a pesar de ello se dormía, se despertaba sintiéndose mal y con náuseas. Sólo desde hacía poco, desde que sufría de insomnio, podía dormir una media hora durante el día y despertarse repuesto y alerta. A benidor...

El viento parecía haberse calmado, aplastado por el sol. El barco había perdido su leve balanceo y avanzaba ahora como por un camino rectilíneo, las máquinas a toda marcha, la hélice perforando el espesor de las aguas y el ruido de los pistones tan regular que se confundía con el clamor sordo e ininterrumpido del sol en el mar. Jacques estaba semidormido, el alma embargada por una suerte de angustia feliz ante la idea de volver a ver Argel y la casita pobre de los suburbios. Era lo que ocurría cada vez que salía de París

para ir a África, un júbilo sordo, el corazón ensanchado, la satisfacción del que acaba de evadirse con éxito y se ríe pensando en la cara de los guardianes. Y cada vez que regresaba en coche o en tren, se le encogía el corazón al ver las primeras casas de los suburbios, a las que se llegaba sin saber cómo, sin fronteras de árboles ni de agua, como un cáncer aciago, exhibiendo sus ganglios de miseria y fealdad y digiriendo poco a poco el cuerpo extraño para llevarlo al corazón de la ciudad, allí donde una decoración espléndida le hacía olvidar a veces la selva de cemento y de hierro que lo aprisionaba día y noche y poblaba incluso sus insomnios. Pero se había evadido, respiraba sobre las anchas espaldas del mar, respiraba a oleadas, bajo el vasto balanceo del sol, por fin podía dormir y volver a la infancia, de la que nunca se había curado, a ese secreto de luz de cálida pobreza que lo había ayudado a vivir y a vencerlo todo. El reflejo quebrado, ahora casi inmóvil, en el cobre del ojo de buey, venía del mismo sol que, en el cuarto oscuro donde dormía la abuela, empujando con todo su peso en la superficie entera de las persianas, hundía en la sombra una espada muy fina a través de la única escotadura que un nudo de la madera había dejado al saltar en la cubrejunta de las persianas. Faltaban las moscas, no eran ellas las que zumbaban, poblaban y alimentaban su somnolencia, no hay moscas en el mar y las que el niño amaba porque eran ruidosas estaban muertas, lo único vivo en aquel mundo cloroformado por el calor, y todos los hombres y los animales estaban echados, inertes, salvo él, es verdad que se revolvía en el estrecho espacio de la cama que le quedaba entre la pared y la abuela, queriendo él también vivir, pareciéndole que el tiempo del sueño se le arrebatava a la vida y a sus juegos. Sus camaradas lo esperaban, con seguridad, en la rue Prévost Paradol, bordeada de jardincillos que al atardecer olían a la humedad del riego y a la madre selva que crecía en todas partes, la regaran o no. En cuanto la abuela se despertara, saldría disparado, bajaría a la rue de Lyon, todavía desierta bajo los ficus, correría hasta la fuente que estaba en la esquina de la rue Prévost Paradol y haría girar a toda velocidad la

gran manivela de hierro en lo alto de la fuente, inclinando la cabeza bajo el grifo para recibir el gran chorro que le llenaría la nariz y las orejas, y se escurriría por el cuello abierto de la camisa hasta el vientre y debajo del pantalón corto a lo largo de las piernas hasta las sandalias. Entonces, feliz al sentir la espuma del agua entre las plantas de los pies y el cuero de la suela, correría hasta perder el aliento para unirse a Pierre⁴ y a los otros, sentados a la entrada del pasillo de la única casa de dos pisos de la calle, afinando el palo de madera que serviría poco después para jugar a la billal-da⁵ con la paleta de madera azul.

Cuando estaban todos reunidos partían, raspando al pasar, con la paleta, las verjas herrumbradas de los jardines de las casas, con un gran ruido que despertaba al barrio y sobresaltaba a los gatos dormidos bajo las glicinas polvorientas. Cruzaban la calle corriendo, tratando de pillarse, cubiertos ya de un buen sudor, pero siempre en la misma dirección, hacia el *campo verde*, no lejos de la escuela, a cuatro o cinco calles de allí. Pero hacían una parada obligada en lo que llamaban el chorro, una inmensa fuente redonda de dos niveles, en una plaza bastante grande, donde el agua no corría pero cuyo estanque, tapado desde hacía mucho tiempo, llenaban hasta el borde, de vez en cuando, las lluvias torrenciales. Entonces el agua se estancaba, se cubría de viejo verdín, cortezas de melón, peladuras de naranja y toda clase de desechos, hasta que el sol la aspiraba o la municipalidad reaccionaba y decidía bombearla, y un lodo seco, cuarteado, sucio, quedaba largo tiempo en el fondo del estanque a la espera de que el sol, prosiguiendo su esfuerzo, lo redujera a polvo, y el viento o la escoba de los barrenderos lo arrojara sobre las hojas barnizadas de los ficus que rodeaban la plaza. De todos modos, en verano el estanque estaba seco y ofrecía su gran borde de piedra oscura, brillante, alisado por miles de manos y

⁴ Pierre, hijo también de una viuda de guerra que trabajaba en Correos, era su amigo.

⁵ Véase más adelante la explicación del autor.

fondillos de pantalones y sobre el cual Jacques, Pierre y los demás jugaban como si fuera el potro con arzón, girando sobre el trasero hasta que una caída irresistible los precipitaba al fondo poco profundo del estanque, que olía a orina y a sol.

Después, corriendo siempre, en el calor y el polvo que cubrían con una misma capa gris sus pies y sus sandalias, volaban hacia el campo verde. Se trataba de una especie de terreno baldío detrás de una fábrica de toneles, donde, entre aros de hierro oxidado y viejos fondos de barril podridos, crecían unas matas de hierbas anémicas en las juntas de las losas de toba. Allí, dando fuertes gritos, trazaban un círculo. Uno de ellos se instalaba, paleta en mano, en el centro, y los otros, por turno, debían devolver el palo al interior. Si el palo aterrizaba dentro, el que lo había lanzado defendía a su vez el círculo con su paleta. Los más diestros^{*} lo atrapaban al vuelo y lo enviaban muy lejos. En ese caso, tenían el derecho de ir al lugar donde había caído y, golpeando la extremidad con el canto de la paleta, lo hacían volar por el aire, lo enviaban más lejos todavía, y así sucesivamente hasta que, errando el golpe o porque los otros lo atajaban al vuelo, volvían rápidamente atrás para defender de nuevo el círculo contra el palo rápida y hábilmente lanzado por el adversario. Este tenis de pobres, con algunas reglas más complicadas, ocupaba toda la tarde. El más diestro era Pierre, más delgado que Jacques, también más bajo, casi frágil, tan rubio como él era moreno, rubio hasta las pestañas, entre las cuales su mirada azul y directa se ofrecía indefensa, un poco herida, asombrada, aparentemente torpe pero de una eficacia precisa y constante en la acción. Jacques, por su parte, conseguía parar los tiros en situaciones imposibles, pero no así en los reveses. Por ser capaz de lo primero y por sus logros, que despertaban la admiración de sus amigos, se creía el mejor y solía fanfarronear. En realidad, Pierre le ganaba siempre y nunca decía nada. Pero terminado el

^{*} El defensor diestro, en singular.

juego, se erguía cuan alto era y sonreía en silencio mientras escuchaba a los otros^a.

Cuando el tiempo o el humor no se prestaban, en lugar de correr por las calles y los terrenos baldíos se reunían primero en el corredor de la casa de Jacques. Desde allí, por una puerta del fondo, pasaban a un pequeño patio, más abajo, rodeado por las paredes de tres casas. En el cuarto lado, por encima del muro de un jardín asomaban las ramas de un gran naranjo, cuyo perfume, cuando florecía, subía a las casas miserables, pasaba por el corredor o bajaba al patio por una escalerilla de piedra. En un lado y la mitad del otro, en una pequeña construcción en escuadra, vivía el peluquero español cuyo local se abría a la calle, y una pareja de árabes^b; algunas noches la mujer tostaba el café en el patio. En el tercer lado, los inquilinos criaban gallinas en altas jaulas destartalladas de madera y alambres. Por último, en el cuarto lado, se abrían, a cada costado de la escalera, las grandes bocas que conducían a la oscuridad de los sótanos del edificio: antros sin aberturas ni luz, cavados en la tierra, sin separación alguna, rezumantes de humedad, a los que se bajaba por cuatro peldaños cubiertos de mantillo verdecido y donde los inquilinos amontonaban en desorden el excedente de sus bienes, es decir, casi nada: viejos sacos que se pudrían, maderas de cajones, antiguas palanganas oxidadas y agujereadas, en fin, lo que se amontona en todos los terrenos baldíos y no sirve ni al más miserable. Allí, en uno de esos sótanos, se reunían los niños. Allí acostumbraban a jugar los dos hijos del peluquero español, Jean y Joseph. Era su jardín particular, a las puertas de la chabola. Joseph, redondo y malicioso, se reía siempre y daba todo lo que tenía. Jean, pequeño y delgado, recogía incesantemente cuanto clavo, cuanto tornillo encontrara, y se mostraba especialmente económico con sus canicas o sus huesos de albaricoque, indispensables para uno de los juegos favori-

^a En el campo verde tenían lugar las «agarradas».

^b Ornar es el hijo de esta pareja — el padre es barrendero municipal.

tos^{*}. Imposible imaginar nada más opuesto que esos dos hermanos inseparables. Con Pierre, Jacques y Max, el último cómplice, se metían en el sótano hediondo y mojado. Sobre unos montantes de hierro oxidado tendían los sacos rotos, que se pudrían en el suelo después de limpiarlos de esos pequeños bichos grises de caparazón articulado que llamaban cochinillos de Indias. Y debajo de aquel toldo repugnante, por fin en casa (ellos que nunca habían tenido ni un cuarto propio, ni siquiera una cama que les perteneciese), encendían pequeñas hogueras que, encerradas en aquel aire húmedo y confinado, agonizaban en humo y los desalojaban de la madriguera, hasta que volvían a cubrirlas con tierra húmeda que traían del patio. Compartían entonces, no sin discutir con el pequeño Jean, los grandes caramelos de menta, los cacahuetes o los garbanzos secos y salados, los altramuces, que llamaban *tramuusses*, o los pirulíes de colores violentos, que los árabes ofrecían a las puertas del cine vecino, en un mostrador, un simple cajón de madera montado sobre cojinetes, asaltado por las moscas. Los días de tormenta, el suelo del patio húmedo, saturado de agua, dejaba escurrir el exceso de lluvia en el interior de los sótanos, que se inundaban regularmente, y subidos en viejos cajones, jugaban a ser Robinsones, lejos del cielo puro y de los vientos del mar, triunfantes en su reino de miseria^b.

Pero los mejores eran los días* de buen tiempo, cuando con un pretexto cualquiera encontraban una buena mentira para interrumpir la siesta. Porque entonces podían andar largo rato —ya que jamás tenían dinero para el tranvía— hasta el jardín experimental, siguiendo la serie de calles amarillas y grises del suburbio, atravesando el barrio de los establos, los grandes cobertizos pertenecientes a las empre-

* Grandes.

^a Sobre tres huesos que formaban un trípode, se apoyaba un cuarto. Y desde una distancia determinada, se trataba de demoler esa construcción lanzando otro hueso. El que lo conseguía, recogía los cuatro. Si erraba, el hueso pertenecía al dueño del montón.

^b Gallofa.

sas o a los particulares que abastecían con camiones tirados por caballos las tierras del interior, costeaban las grandes puertas corredizas detrás de las cuales se oía el pisoteo de los caballos, sus bruscos resoplidos, que hacían chasquear los belfos, el ruido, en la madera de la artesa, de la cadena de hierro que servía de cabestro, mientras respiraban con delicia el olor de estiércol, paja y sudor que venía de esos lugares prohibidos en los que Jacques seguía pensando antes de dormirse. Delante de un establo abierto donde curaban a los caballos, grandes animales patudos procedentes de Francia que los miraban con ojos de exiliados, embrutecidos por el calor y las moscas, se detenían hasta que, expulsados a empujones por los camioneros, corrían hacia el inmenso jardín donde se cultivaban las variedades más raras. En la gran alameda que abría hasta el mar una gran perspectiva de estanques y flores, se daban aires de paseantes indiferentes y civilizados bajo la mirada desconfiada de los guardianes. Pero en el primer sendero transversal echaban a correr hacia la parte este del jardín, atravesando filas de enormes mangles, tan apretados que a su sombra era casi de noche, en dirección a los grandes cauchos^a, cuyas ramas colgantes no se distinguían de las múltiples raíces que bajaban hacia el suelo desde las primeras ramas, y, todavía más lejos, hacia la meta real de la expedición, los altos cocoteros con sus racimos de pequeños frutos redondos y apretados de color naranja que llamaban *cocosas*. Allí había que extremar primero los reconocimientos en todas direcciones para asegurarse de que no había ningún guardián en las inmediaciones. Después empezaba el aprovisionamiento de municiones, es decir, de piedras. Cuando todos tenían los bolsillos llenos, cada uno apuntaba por turno a los racimos que, sobresaliendo del resto de los árboles, se balanceaban suavemente en el cielo. Por cada blanco acertado, caían algunos frutos que pertenecían al afortunado tirador. Los otros tenían que esperar, antes de tirar, a que recogiera su botín. En este juego Jacques, que era diestro en arrojar piedras, igualaba a

• Decir los nombres de los árboles.

Pierre. Pero los dos compartían lo que ganaban con los otros menos afortunados. El más torpe era Max, que usaba gafas y tenía mala vista. Achaparrado y recio, los demás lo respetaban desde el día en que lo vieran pelear. Mientras que en las frecuentes batallas callejeras en que participaban tenían la costumbre, sobre todo Jacques, que no podía dominar su cólera y su violencia, de arrojarle sobre el adversario para hacerle cuanto antes el mayor daño posible, con riesgo de que se lo devolvieran con creces, Max, que tenía un apellido de resonancias germánicas, un día que el gordo hijo del carnicero, apodado «Solomillo», lo trató de «cerdo alemán», se quitó tranquilamente las gafas, que confió a Joseph, se puso en guardia como los boxeadores retratados en los periódicos e invitó al otro a que repitiera su insulto. Después, aparentemente sin calentarse, evitó todos los asaltos de Solomillo, le pegó varias veces sin que el otro lo tocara y por último tuvo la felicidad de ponerle un ojo morado, suprema gloria. A partir de ese día quedó asentada la popularidad de Max en el grupito. Con los bolsillos y las manos pegajosos de fruta, salían del jardín corriendo hacia el mar y no bien habían abandonado el recinto, juntando los *cocos* en sus pañuelos sucios, masticaban con delicia las bayas fibrosas, repugnantes por azucaradas y grasas, pero ligeras y sabrosas como la victoria. Después, corrían hacia la playa.

Para ello había que cruzar el camino llamado de los corderos, porque era el que solían tomar los rebaños en su camino de ida o de vuelta al mercado de Maison-Carrée, al este de Argel. Era en realidad una carretera de circunvalación que separaba el mar del arco que trazaba la ciudad instalada en el anfiteatro de sus colinas. Entre la carretera y el mar, unas extensiones de arena o de polvo de cal en las que se blanqueaban maderos y trozos de hierro separaban manufacturas, ladrillares y una fábrica de gas. Una vez atravesada esa tierra ingrata, se desembocaba en la playa de Sablettes. La arena era un poco negra y las primeras olas no siempre transparentes. A la derecha, un establecimiento de baños ofrecía sus casetas y, los festivos, su sala, una gran caja de madera montada sobre pilotes, para bailar. Todos los

días, durante la temporada, un vendedor de patatas fritas avivaba su hornillo. La mayor parte del tiempo el pequeño grupo no tenía siquiera el dinero para un cucurucho. Si por casualidad uno de ellos disponía de la moneda necesaria*, compraba el cucurucho, avanzaba gravemente hacia la playa, seguido por el cortejo respetuoso de sus camaradas, y delante del mar, a la sombra de una vieja barca desmantelada, plantando los pies en la arena, se dejaba caer sobre las nalgas, sosteniendo bien vertical el cucurucho con una mano y cubriéndolo con la otra para no perder ninguno de los grandes copos crujientes. La costumbre quería entonces que ofreciera una patata a cada uno de sus amigos, quienes saboreaban religiosamente esa única golosina caliente y perfumada de aceite fuerte. Después miraban al afortunado, que, gravemente, saboreaba una por una el resto de las patatas. En el fondo del paquete siempre quedaban restos de fritura. Todos suplicaban al ahito que les permitiera compartirlos. Y las más de las veces, salvo cuando se trataba de Jean, él desplegaba el papel engrasado, disponía las migajas y autorizaba a todos, uno por vez, a que se sirvieran una. Hacía falta simplemente una «mano inocente» que decidiera quién atacaría primero y podría por consiguiente servirse la migaja más grande. Terminado el festín, placer y frustración de inmediato olvidados, venía la carrera hacia el extremo oeste de la playa, bajo el duro sol, hasta unos cimientos semiderruidos de lo que debía de haber sido una cabana desaparecida, detrás de los cuales podían desvestirse. En unos instantes estaban desnudos y poco después en el agua, nadando vigorosa y torpemente, lanzando exclamaciones", escupiendo todo el tiempo, desafiándose a zambullirse o a permanecer más tiempo debajo del agua. El mar estaba tranquilo, tibio, el sol ahora ligero sobre las cabezas mojas, y la gloria de la luz llenaba esos cuerpos jóvenes de una alegría que los hacía gritar sin interrupción. Reinaban

* Dos céntimos.

° Como te ahogues, tu madre te mata. — No te da vergüenza aparecer con esa facha. Dónde está tu madre.

sobre la vida y sobre el mar, y lo más fastuoso que puede dar el mundo lo recibían y gastaban sin medida, como señores seguros de sus riquezas irreemplazables.

Se olvidaban hasta de la hora, corriendo de la playa al mar, secándose en la arena el agua salada que los dejaba viscosos, lavándose después en el mar la arena que los vestía de gris. Corrían y los vencejos con sus gritos rápidos empezaban a volar más bajo sobre las fábricas y la playa. El cielo, vaciado del bochorno del día, se volvía más puro, iba poniéndose verde, la luz aflojaba y, del otro lado del golfo, la curva de las casas y de la ciudad, anegada hasta ese momento en una especie de bruma, se hacía más precisa. Aún era de día, pero las lámparas ya se encendían en previsión del rápido crepúsculo africano. Por lo general era Pierre el primero en dar la señal: «Es tarde», y en seguida venía la desbandada, la despedida apresurada. Jacques con Joseph y Jean corrían ya hacia sus casas sin preocuparse de los demás. Galopaban hasta perder el aliento. La madre de Joseph tenía la mano presta. En cuanto a la abuela de Jacques... Seguían corriendo en la tarde que caía a toda velocidad, inquietos por los primeros mecheros de gas, por los tranvías iluminados que huían delante de ellos, aceleraban la carrera, aterrados al ver la noche instalada ya, y se separaban en el umbral de la puerta sin despedirse siquiera. Esas noches Jacques se detenía en la escalera oscura y maloliente, se apoyaba en la oscuridad contra la pared y esperaba a que se calmara el corazón, que le saltaba en el pecho. Pero no podía demorarse, y saberlo le hacía jadear aún más. En tres saltos llegaba al rellano, pasaba delante de la puerta de los retretes del piso y abría la de su casa. Había luz en el comedor, al final del pasillo y, helado, oía el ruido de las cucharas en los platos. Entraba. Alrededor de la mesa, bajo la luz redonda de la lámpara de petróleo, el tío^{*} semimudo seguía sorbiendo ruidosamente la sopa; su madre, todavía joven, el pelo castaño y abundante, lo miraba con su hermosa y dulce mirada. «Ya sabes...», empezaba. Pero erguida en su vestido

^{*} El hermano.

negro, la boca firme, los ojos claros y severos, la abuela, de la que sólo veía la espalda, interrumpía a la hija.

—¿De dónde vienes? —decía.

—Pierre me ha ayudado con los deberes de aritmética.

La abuela se levantaba y se acercaba. Le olía el pelo, después le pasaba la mano por los tobillos todavía llenos de arena.

—Vienes de la playa.

—Así que eres un mentiroso —articulaba el tío.

La abuela pasaba detrás de él, cogía el látigo llamado vergajo, que colgaba detrás de la puerta, y le daba tres o cuatro fustazos en las piernas y las nalgas que le quemaban hasta hacerle gritar. Más tarde, con la boca y la garganta llenas de lágrimas, delante del plato de sopa que el tío, compadecido, le había servido, se ponía tenso para evitar que le asomaran las lágrimas. Y su madre, después de echar una rápida mirada a la abuela, volvía hacia él ese rostro que tanto amaba:

—Toma la sopa —decía—. Ya pasó. Ya pasó. Y él se echaba a llorar.

Jacques Cormery se despertó. El sol ya no se reflejaba en el cobre del ojo de buey, sino que había bajado hasta el horizonte e iluminaba ahora el tabique de enfrente. Se vistió y subió al puente. Llegaría a Argel al final de la noche.

El padre. Su muerte
La guerra. El atentado

Se estrechaba entre sus brazos, en el umbral mismo de la puerta, todavía sofocado por haber subido la escalera de cuatro en cuatro, con un solo impulso infalible, sin errar un escalón, como si su cuerpo conservara siempre la memoria exacta de la altura de los peldaños. Al bajar del taxi en la calle tan animada ya, todavía brillando en algunos sitios el agua de riego de la mañana⁵, que con el calor incipiente empezaba a disiparse en vapor, la había visto, en el mismo lugar de antes, en el estrecho y único balcón del apartamento, entre los dos cuartos, encima de la marquesina del peluquero —que ya no era el padre de Jean y de Joseph, muerto de tuberculosis, «es el trabajo», decía su mujer, «siempre respirando pelos»— revestida de zinc, con su eterno cargamento de bayas de ficus, papelitos arrugados y viejas colillas. Estaba allí, el pelo siempre abundante pero blanco desde hacía tiempo, todavía erguida a pesar de sus setenta y dos años, se le hubieran echado diez menos por su extrema delgadez y su vigor todavía visible, como ocurría con toda la familia, tribu de flacos de aire indolente pero de energía infatigable en quienes la vejez no parecía hacer mella. A los cincuenta años el tío Emile⁶, semimudo parecía un muchacho. La abuela había muerto sin doblar la cabeza.

⁵ Domingo.

⁶ Se convertirá en Ernest.

Y en cuanto a su madre, hacia la que corría ahora, era como si nada pudiese contra su suave tenacidad, decenas de años de un trabajo agotador habían respetado en ella a la joven que el niño Cormery no tenía ojos suficientes para admirar.

Cuando llegó frente a la puerta, su madre la abrió y se arrojó en sus brazos. Y entonces, como cada vez que se encontraban, lo besó dos o tres veces, lo estrechó contra ella con todas sus fuerzas, y él sintió las costillas, los huesos duros y salientes de los hombros un poco temblorosos, mientras respiraba el suave olor de su piel, que le recordaba ese lugar, debajo de la nuez, entre los dos tendones yugulares, que ya no se atrevía a besarle, pero que le gustaba respirar y acariciar en su infancia las raras veces en que lo sentaba sobre sus rodillas y él fingía dormirse, con la nariz en ese pequeño hueco que tenía para él el olor, hartamente raro en su vida de niño, de la ternura. Ella lo besaba y, después de soltarlo, lo miraba y volvía a abrazarlo para besarlo una vez más como si, habiendo medido todo el amor que podía sentir por él o expresarle, hubiera decidido que aún faltaba una dosis. «Hijo mío», decía, «estabas lejos». Y después, inmediatamente después, se volvía, entraba en el apartamento y se sentaba en el comedor, que daba a la calle, como si ya no pensara más en él ni en nada, e incluso lo miraba a veces con una expresión extraña, como si en ese momento, o por lo menos ésa era la impresión que daba, Jacques estuviera de más y perturbara el universo estrecho, vacío y cerrado donde su madre se movía solitaria. Aquel día, para colmo, cuando se sentó a su lado, parecía como habitada por una especie de inquietud y miraba de vez en cuando a la calle, furtivamente, con su hermosa mirada sombría y afiebrada que se sosegaba cuando la volvía hacia Jacques.

La calle era cada vez más ruidosa y más frecuente el tránsito de los pesados tranvías rojos, con gran estruendo de hierros viejos. Cormery miraba a su madre, con una blusita gris animada por un cuello blanco, de perfil delante de la

" Transición.

ventana, sentada en la incómoda silla []⁷ que ocupaba siempre, la espalda un poco encorvada por la edad, pero sin buscar el apoyo del respaldo, las manos juntas y un pañuelito que a veces apretaba con sus dedos entumecidos y después abandonaba en el regazo entre las manos inmóviles, la cabeza siempre un poco vuelta hacia la calle. Era la misma de treinta años atrás, y bajo las arrugas, seguía encontrando la misma cara milagrosamente joven, los arcos superciliares lisos y pulidos, como si se fundieran en la frente, la pequeña nariz recta, la boca todavía bien dibujada, a pesar de la crispación de las comisuras de los labios sujetando la dentadura postiza. El cuello mismo, que tan pronto se arruina, conservaba su forma, a pesar de los tendones nudosos y del mentón un poco flojo.

—Has ido a la peluquería —dijo Jacques.

Ella sonrió con su aire de niña atrapada en falta:

—Sí, llegabas tú.

Siempre había sido coqueta, a su manera, casi invisible. Y por pobremente que se vistiera, Jacques no recordaba haberle visto llevar una cosa fea. Todavía ahora, los grises y los negros que usaba estaban bien elegidos. Era el gusto de la tribu, siempre miserable o pobre, o como mucho, en el caso de ciertos primos, algo desahogada. Pero todos, y especialmente los hombres, eran fieles, como todos los mediterráneos, a las camisas blancas y al pliegue del pantalón, considerando natural que ese cuidado incesante, dada la escasez del guardarropa, se añadiera al trabajo de las mujeres, madres o esposas. En cuanto a su madre^{*}, siempre había considerado que no bastaba con lavar la ropa y limpiar las casas de los otros, y Jacques se acordaba de haberla visto siempre planchar el único pantalón de su hermano y el suyo, hasta que él se marchó para entrar en el universo de las mujeres que no lavan ni planchan.

—Es el italiano —dijo su madre—, el peluquero. Trabaja bien.

^{*} El hueso pulido de la arcada bajo la cual brilla el ojo negro y afiebrado.

⁷ Dos signos ilegibles.

—Sí —dijo Jacques.

Estuvo por decir: «Estás muy bonita» y se detuvo. Siempre lo había pensado de su madre y nunca se había atrevido a decírselo. No porque temiera un rechazo o porque dudara de que ese cumplido le gustase. Sino porque hubiera sido franquear la barrera invisible detrás de la cual siempre la había visto parapetada —dulce, cortés, conciliadora, incluso pasiva, y sin embargo jamás conquistada por nada ni por nadie, aislada en su semisordera, en su dificultad de lenguaje, bella seguramente pero casi inaccesible, tanto más cuanto más sonriente parecía y cuanto más se volcaba hacia ella su corazón—, sí, toda la vida había tenido el mismo aire temeroso y sumiso, y sin embargo distante, los mismos ojos con los que veía, treinta años atrás, sin intervenir, cómo su madre lo castigaba con el látigo, ella, que jamás había tocado, realmente ni siquiera reprendido, a sus hijos, ella, a quien sin duda esos golpes también dolían pero que, inhibida por la fatiga, por la incapacidad de expresión y por respeto a su madre, lo permitía, había aguantado durante días y años los golpes a sus hijos, como aguantaba para ella misma la dura jornada de trabajo al servicio de los demás, los suelos lavados de rodillas, la vida sin hombre y sin consuelo entre los restos engrasados y la ropa sucia de los otros, los largos días de faena acumulados de una existencia que, a fuerza de estar privada de esperanza, había perdido todo resentimiento, una vida ignorante, obstinada, resignada a todos los sufrimientos, tanto los suyos como los ajenos. Nunca la había oído quejarse, salvo para decir que estaba cansada o que le dolían los riñones después de haber lavado mucha ropa. Nunca le había oído hablar mal de nadie, salvo para decir que una hermana o una tía no eran buenas con ella, o eran «orgullosas». Pero rara vez la había oído reírse a carcajadas. Se reía un poco más ahora que no trabajaba, pues sus hijos cubrían todas sus necesidades. Jacques miraba el cuarto que tampoco había cambiado. No había querido abandonar ese apartamento en el que tenía sus costumbres, ese barrio donde todo le era fácil, por otro más cómodo pero en el que todo resultaría más

difícil. Sí, era la misma habitación. Habían cambiado los muebles, que eran ahora decentes y menos miserables. Pero seguían estando desnudos, pegados a la pared.

—Siempre andas hurgando —dijo su madre.

Sí, no podía dejar de abrir el aparador, que contenía siempre lo estrictamente necesario, a pesar de sus súplicas, y cuya desnudez le fascinaba. Abría también los cajones del trinchante, donde se guardaban los dos o tres medicamentos que se consideraban suficientes en la casa, mezclados con dos o tres periódicos viejos, pedazos de cordel, una cajita de cartón llena de botones sueltos, una vieja foto de identidad. Allí incluso lo superfluo era pobre, porque lo superfluo nunca se utilizaba. Y Jacques sabía que, instalada en una casa normal donde los objetos abundaran como en la suya, su madre sólo utilizaría lo estrictamente necesario. Sabía que en el cuarto de su madre, al lado, amueblado con un pequeño armario, una cama angosta, un tocador de madera y una silla de anea, con la única ventana y su cortina de croché, no encontraría absolutamente ningún objeto, salvo el pañuelito arrugado que abandonaba en la madera desnuda del tocador.

Justamente lo que le sorprendió al descubrir otras casas, fuesen las de sus compañeros de liceo o más tarde las de un mundo más rico, era la cantidad de floreros, copas, estatuillas, cuadros que atiboraban las habitaciones. En su casa decían «el florero que está sobre la chimenea», el tiesto, los platos hondos, y los pocos objetos que había, no tenían nombre. En cambio, en casa de su tío, se mostraba la cerámica flameada de los Vosgos, se comía en el servicio de Quimper. Él había crecido en una pobreza desnuda como la muerte, entre sustantivos comunes; en casa de su tío descubría los sustantivos propios. Y todavía hoy en la habitación de baldosas recién lavadas, en los muebles simples y brillantes, no había más que un cenicero árabe de cobre repujado sobre el trinchante, en previsión de su llegada, y el calendario de Correos en la pared. Nada para ver y poco que decir, por eso lo ignoraba todo de su madre, salvo lo que él mismo conocía. También de su padre.

—¿Papá?

Ella lo miraba atenta².

—Sí.

—¿Se llamaba Henri y qué más?

—No sé.

—¿No tenía otros nombres?

—Creo que sí, pero no me acuerdo.

Súbitamente distraída, miraba la calle donde el sol daba ahora con todas sus fuerzas.

—¿Se parecía a mí?

—Sí³ era tu vivo retrato. Tenía los ojos claros. Y la frente como tú.

—¿En qué año nació?

—No sé. Yo tenía cuatro años más que él.

—¿Y tú, en que año?

—No sé. Mira el libro de familia.

Jacques fue al dormitorio, abrió el armario. Entre las toallas, en el estante superior, estaba el libro de familia, el carnet de la pensión militar y algunos viejos papeles redactados en español. Volvió con los documentos.

—Había nacido en 1885 y tú en 1882. Tú tenías tres años más que él.

—¡Ah! Yo creía que eran cuatro. Hace mucho tiempo.

—Me dijiste que había perdido muy pronto a su padre y a su madre y que sus hermanos lo metieron en el orfanato.

—Sí. Su hermana también.

—¿Sus padres tenían una finca?

—Sí. Eran alsacianos.

—En Ouled-Fayet.

—Sí. Y nosotros en Cheraga. Está muy cerca.

—¿A qué edad perdió a sus padres?

—No sé. Bueno, era pequeño. Su hermana lo abandonó. Eso no está bien. El no quería verlos más.

—¿Qué edad tenía su hermana?

—No sé.

—¿Y sus hermanos? ¿Era el más pequeño?

² El padre — interrogación — guerra del 14 — Atentado.

—No. El segundo.

—Pero entonces sus hermanos eran demasiado niños para ocuparse de él.

—Sí. Claro.

—Entonces no era culpa de ellos.

—Sí, él estaba resentido. Después del orfanato, a los dieciséis años, volvió a la finca de su hermana. Le hacían trabajar demasiado. Era demasiado.

—Vino a Cheraga.

—Sí. A nuestra casa.

—¿Allí lo conociste?

—Sí.

Ella volvió de nuevo la cabeza hacia la calle, y Jacques se sintió incapaz de seguir por ese camino. Pero ella misma tomó otra dirección.

—No sabía leer, comprendes. En el orfanato no les enseñaban nada.

—Pero tú me has mostrado las tarjetas postales que te mandaba durante la guerra.

—Sí, aprendió con el señor Classiault.

—En la casa Ricome.

—Sí. El señor Classiault era el jefe. Le enseñó a leer y a escribir.

—¿A qué edad?

—A los veinte años, creo. No sé. Son cosas viejas. Cuando nos casamos, ya había aprendido mucho de vinos y podía trabajar en cualquier parte. Tenía buena cabeza. —Lo miraba—. Como tú.

—¿Y después?

—¿Después? Llegó tu hermano. Tu padre trabajaba para Ricome, y Ricome lo mandó a su finca de Saint-Lapôtre.

—¿Saint-Apôtre?

—Sí. Y después vino la guerra. Murió. Me mandaron la esquirla del obús.

La esquirla del obús que había abierto la cabeza de su padre se guardaba en la cajita de bizcochos, detrás de las mismas toallas, en el mismo armario, con las postales enviadas desde el frente y que podía recitar de memoria en su

sequedad y brevedad. «Mi querida Lucie. Estoy bien. Mañana cambiamos de acantonamiento. Cuida bien de los niños. Un beso. Tu marido.»

Sí, en el fondo mismo de la noche de su nacimiento, durante la mudanza, emigrante, hijo de emigrantes, Europa ponía de acuerdo ya sus cañones que estallarían al unísono unos meses más tarde, expulsando a los Cormery de Saint-Apôtre, él hacia su regimiento en Argel, ella hacia el pequeño apartamento de su madre en un barrio miserable llevando en brazos al niño hinchado de picaduras de mosquitos. «No se preocupe, madre. Cuando Henri vuelva, nos iremos.» Y la abuela, erguida, el pelo blanco peinado hacia atrás, los ojos claros y duros: «Hija mía, habrá que trabajar.»

—Estuvo en el regimiento de zuavos.

—Sí. Hizo la guerra en Marruecos.

Era verdad. Lo había olvidado. En 1905 su padre tenía veinte años. Había hecho el servicio activo, como se dice, contra los marroquíes^{*}. Jacques se acordaba de lo que le había dicho el director de su escuela cuando lo encontró unos años antes en las calles de Argel. El señor Levesque había sido llamado a filas en la misma fecha que su padre. Pero habían permanecido sólo un mes en la misma unidad. Según él, había conocido mal a Cormery, porque éste hablaba poco. Infatigable en el trabajo, taciturno, pero ecuánime y de buen carácter. Una sola vez se puso Cormery fuera de sí. Era de noche, después de un día tórrido, en aquel rincón del Atlas donde el destacamento acampaba en la cima de una pequeña colina protegida por un desfiladero rocoso. Cormery y Levesque tenían que relevar al centinela apostado al pie del desfiladero. Nadie había respondido a los llamamientos. Y tras un seto de chumberas encontraron al camarada con la cabeza echada hacia atrás, extrañamente vuelta hacia la luna. Y al principio no la reconocieron, tenía una forma extraña. Pero era muy sencillo. Había sido degollado, y en la boca, la tumefacción lívida era su sexo entero. Entonces vieron el cuerpo con las piernas abiertas, el pantalón de

zuavo desgarrado y en mitad de la abertura, bajo el reflejo ahora indirecto de la luna, el charco cenagoso^{*}. Cien metros más lejos, esta vez detrás de un gran peñasco, estaba el segundo centinela, expuesto de la misma manera. Se dio la voz de alarma, se duplicaron los puestos de guardia. Al alba, cuando subieron al campamento, Cormery dijo que los que habían hecho eso no eran hombres. Levesque, reflexionando, respondió que, a juicio de ellos, ése era el modo en que debían obrar los hombres, que ellos estaban en su tierra, y empleaban cualquier medio. Cormery porfió.

—Tal vez. Pero está mal. Un hombre no hace eso.

Levesque dijo que para ellos, en ciertas circunstancias, un hombre debe permitirse todo y [destruirlo todo]. Entonces Cormery gritó, como en un arrebato de locura furiosa:

—No, un hombre se contiene. Eso es un hombre, y si no... —Y después se calmó—. Yo —agregó con voz sorda— soy pobre, salgo del orfanato, me ponen este uniforme, me arrastran a la guerra, pero me contengo.

—Hay franceses que no se contienen —[dijo] Levesque.

—Entonces ellos tampoco son hombres.

Y de pronto gritó:

—¡Raza inmundada! ¡Qué raza! Todos, todos... —Y entró en su tienda, pálido como un muerto.

Reflexionando, Jacques se daba cuenta de que la persona que más le había hablado de su padre era el viejo maestro. Pero nada más, salvo detalles, de lo que el silencio de su madre le había permitido adivinar. Un hombre duro, amargo, que había trabajado toda su vida, había matado porque se lo ordenaban, aceptado todo lo que no se podía evitar, pero que conservaba en el fondo una negativa, algo inquebrantable. Un hombre pobre, en fin. Pues la pobreza /• no [se] elige, pero puede conservarse. Y por lo poco que sabía a través de su madre, trataba de imaginar al mismo hombre, nueve años más tarde, casado, padre de dos niños, y al que, tras haber conseguido una situación un poco mejor, se le convoca en Argel para la movilización", el largo viaje

^{*} Que revientas con o sin, dijo el sargento.

nocturno con la mujer paciente y los niños insoportables, la separación en la estación y, tres días después, en el pequeño apartamento de Belcourt, su llegada repentina con el magnífico uniforme rojo y azul y los bombachos del regimiento de zuavos, sudando bajo la lana espesa, en el calor de julio", el sombrero de paja en la mano, porque no tenía ni fez ni casco, pues había salido clandestinamente del depósito situado bajo las bóvedas de los muelles y corrido para abrazar a su mujer y a sus hijos antes de embarcarse esa noche para Francia, que nunca había visto*, por el mar que nunca lo había llevado, y los abrazó fuerte, brevemente, para marcharse al mismo paso, y la mujer en el balconcito le hizo una señal a la que él respondió en plena carrera, volviéndose para agitar el sombrero, antes de seguir corriendo por la calle gris de polvo y de calor y desaparecer delante del cine, más lejos, bajo la luz brillante de la mañana, para no volver más. El resto había que imaginarlo. No a través de lo que podía contarle su madre, que ni si quiera tenía idea de la historia o de la geografía, que sólo sabía que vivía en una tierra próxima al mar, que Francia estaba al otro lado de ese mar que jamás había atravesado, Francia, ese lugar oscuro, perdido en una noche indecisa al que se llegaba por un puerto llamado Marsella que imaginaba como el puerto de Argel, donde brillaba una ciudad muy bella, decían, que se llamaba París, y donde había por fin una región llamada Alsacia de donde procedían los padres de su marido, huyendo, hacía mucho tiempo, de unos enemigos llamados alemanes, para instalarse en Argelia, región que era preciso recuperar de los mismos enemigos que habían sido siempre malos y crueles, sobre todo con los franceses, y sin ningún motivo. Los franceses se veían siempre obligados a defenderse de esos hombres pendencieros e implacables. Allí, junto con España, que no podía situar pero que en todo caso no estaba lejos, de donde sus padres, menorquines, se

* Agosto.

" Diarios 1814 en Argel. [Sic]

* Nunca había visto Francia. La vio y lo mataron.

habían marchado hacía tanto tiempo como los padres de su marido para venir a Argelia porque se morían de hambre en Mahón, que no sabía siquiera que estuviese en una isla, ignorando por otra parte lo que era una isla ya que jamás había visto una. De otros países a veces la sorprendían los nombres, sin llegar a pronunciarlos correctamente. Y en cualquier caso, jamás había oído hablar de Austria-Hungría ni de Serbia, Rusia era como Inglaterra, un nombre difícil, desconocía lo que era un archipiélago y jamás hubiera podido pronunciar las cuatro sílabas de Sarajevo. La guerra estaba allí, como una nube maligna cargada de oscuras amenazas a la que no podía impedirse que invadiera el cielo, como no podía impedirse la llegada de las langostas o las tormentas devastadoras que se precipitaban sobre las mesetas argelinas. Los alemanes obligaban a Francia a ir a la guerra, una vez más, se iba a sufrir —no había causas para ello, ella no conocía la historia de Francia, ni lo que era la historia—. Conocía un poco la suya, y apenas la de aquellos a quienes quería, y éstos debían sufrir como ella. En la noche del mundo que no podía imaginar, y de la historia, que ignoraba, una noche más oscura acababa apenas de caer, habían llegado órdenes misteriosas, traídas al pueblo por un gendarme sudoroso y cansado, y hubo que dejar la finca donde preparaban la vendimia —el cura estaba ya en la estación de Bone para despedir a los soldados: «Hay que rezar», le había dicho, y ella contestó: «Sí, señor cura», pero en realidad no lo había oído, porque no le había hablado bastante fuerte, y por lo demás no se le hubiera ocurrido la idea de rezar, nunca había querido molestar a nadie—, y su marido se había marchado con su hermoso traje multicolor, volvería pronto, todo el mundo lo decía, los alemanes serían castigados, pero entre tanto había que encontrar trabajo. Afortunadamente un vecino había dicho a la abuela que en la cartuchería del Arsenal militar se necesitaban mujeres y que darían preferencia a las esposas de los movilizados, sobre todo si tenían familia, y ella tendría la posibilidad de trabajar durante diez horas al día ordenando unos tubitos de cartón por tamaño y color, podría llevar dinero a la abue-

la, los niños tendrían con qué comer hasta que los alemanes fueran castigados y Henri regresara. Desde luego, no sabía que hubiera un frente ruso, ni lo que era un frente, ni que la guerra pudiera extenderse a los Balcanes, al Oriente Medio, al planeta, para ella todo ocurría en Francia, donde los alemanes habían entrado sin avisar y habían atacado a los niños. Todo pasaba allá, en efecto, lugar adonde se habían transportado, lo más rápido que se podía, las tropas de África, y entre ellas, a H. Cormery, a una región misteriosa de la que se hablaba, el Marne, sin haber tenido tiempo siquiera de encontrarles cascos, una región donde el sol no era lo bastante fuerte como para matar los colores, como en Argelia, de modo que oleadas de argelinos árabes y franceses, vestidos de tonos vivos y pimpantes, con sombreros de paja, objetivos blancos, rojos y azules que se verían a cientos de metros, llegaban a oleadas a la línea de fuego, eran destruidos a montones y empezaban a abonar un territorio estrecho que, durante cuatro años, hombres venidos del mundo entero, agazapados en madrigueras de barro, se obstinarían en defender metro por metro bajo un cielo erizado de obuses luminosos, obuses que maullaban mientras atronaban las grandes barreras de fuego que anunciaban los vanos asaltos⁴. Pero por el momento no había madrigueras, sólo las tropas de África que se fundían bajo el fuego como multicolores muñecos de cera, y cada día centenares de huérfanos nacían en todos los rincones de Argelia, árabes y franceses, hijos e hijas sin padre que tendrían que aprender a vivir sin lección y sin patrimonio. Unas semanas después, un domingo por la mañana, en el pequeño rellano interior del único piso, entre la escalera y los dos retretes sin luz, agujeros negros de mampostería, a la turca, eternamente lavados con lejía y eternamente hediondos, Lucie Cormery y su madre, sentadas en dos sillas bajas limpiaban lentejas bajo el tragaluz de la escalera, y el pequeño, en una cesta de ropa blanca, chupaba una zanahoria llena de babas cuando un señor grave y bien vestido apareció en la escalera con

⁴ Desarrollar.

una especie de pliego. Las dos mujeres, sorprendidas, dejaron los platos con las lentejas limpias que sacaban de una marmita situada entre ambas, y se secaron las manos cuando el señor, que se había detenido en el penúltimo escalón, les rogó que no se movieran, preguntó por la señora Cormery, «Es ella», dijo la abuela, «yo soy su madre», y el señor dijo que era el alcalde, que traía una noticia dolorosa, que su marido había muerto en el campo de honor y que Francia lo lloraba y al mismo tiempo estaba orgullosa de él. Lucie Cormery no lo había oído, pero se levantó y le tendió la mano con mucho respeto, la abuela se incorporó, cubriéndose la boca con la mano, repitiendo «Dios mío» en español. El señor retuvo la mano de Lucie en la suya, después volvió a estrecharla con sus dos manos, murmuró unas palabras de consuelo y le entregó el pliego, se volvió y bajó las escaleras con paso pesado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lucie.

—Henri ha muerto. Lo mataron.

Lucie miraba el pliego sin abrirlo, ni ella ni su madre sabían leer, le daba vueltas sin decir una palabra, sin una lágrima, incapaz de imaginar esa muerte tan lejana en el fondo de una noche desconocida. Y después guardó el pliego en el bolsillo del mandil de cocina, pasó delante del niño sin mirarlo y entró en el cuarto que compartía con sus dos hijos, cerró la puerta y las persianas de la ventana que daba al patio y se tendió en la cama, donde permaneció muda y sin lágrimas durante largas horas, apretando en el bolsillo el pliego que no podía leer y mirando en la oscuridad la desgracia que no entendía '.

—Mamá —dijo Jacques.

Ella seguía mirando la calle con la misma expresión y no lo oía. Jacques le tocó el brazo flaco y arrugado y ella se volvió hacia él sonriendo.

—Las postales de papá, ¿sabes?, las del hospital.

—Sí.

* Cree que las esquilas de obús son autónomas.

—¿Las recibiste después de la visita del alcalde?

—Sí.

Una esquirla de obús le había abierto la cabeza y lo transportaron en uno de esos trenes sanitarios pringosos de sangre, paja y vendas que hacían el trayecto entre la carnicería y los hospitales de evacuación en Saint-Brieuc. Allí había podido garabatear dos tarjetas a tientas, porque no veía. «Estoy herido. Nada grave. Tu marido.» Y murió al cabo de unos días. La enfermera escribió: «Es preferible. Hubiera quedado ciego o loco. Tenía mucho coraje.» Y después la esquirla de obús.

Abajo, una patrulla de tres paracaidistas armados pasaba por la calle en fila india, mirando a todas partes. Uno de ellos era negro, alto y flexible, como un animal espléndido de piel manchada.

—Es por los bandidos —aclaró ella—. Y estoy contenta de que hayas visitado su tumba. Yo ya soy demasiado vieja y además está lejos. ¿Es bonita?

—¿Qué, la tumba?

—Sí.

—Es bonita. Hay flores.

—Sí. Los franceses son muy valientes.

Lo decía y lo creía, pero sin pensar ya en su marido, ahora olvidado, y con él la desgracia de entonces. Y no quedaba nada más, ni en ella ni en la casa, del hombre devorado por un fuego universal y del que sólo subsistía un recuerdo impalpable como las cenizas de un ala de mariposa quemada en el incendio de un bosque.

—Se me va a quemar la comida, espera.

* Se levantó para ir a la cocina y él ocupó su lugar, mirando a su vez la calle sin cambios desde hacía tantos años, con las mismas tiendas de colores apagados y desconchados por el sol. Sólo el estanco de enfrente había sustituido por largas cintas multicolores de material plástico la cortina de cahitas huecas cuyo ruido peculiar todavía escuchaba Jacques, cuando la franqueaba y penetraba en el exquisito olor del

Cambio en el piso.

papel impreso y del tabaco para comprar *L'Intrépide*, con sus historias de honor y de coraje que lo exaltaban. La calle vivía ahora la animación del domingo por la mañana. Los obreros, con sus camisas blancas recién lavadas y planchadas, se encaminaban charlando hacia los tres o cuatro cafés que olían a sombra fresca y a anís. Pasaban árabes, pobres también pero limpiamente vestidos, con sus mujeres siempre veladas pero con zapatos Luis XV. A veces eran familias enteras de árabes endomingados. Una de las familias llevaba tres niños a rastras, uno de ellos disfrazado de paracaidista. Y justamente en ese momento volvía a pasar la patrulla de paracaidistas, tranquilos y en apariencia indiferentes. Cuando Lucie Cormery entró en la habitación resonó la explosión.

Parecía muy cercana, enorme, sus vibraciones se prolongaban interminablemente. Un buen rato después de oírse, la bombilla del comedor seguía vibrando en el fondo de la tulipa de vidrio que les iluminaba. Su madre retrocedió al fondo de la habitación, pálida, los ojos negros llenos de un terror que no podía dominar, vacilando un poco.

—Es aquí. Es aquí —repetía.

—No —dijo Jacques y se precipitó a la ventana.

La gente corría, él no sabía adonde; una familia árabe entró en la mercería de enfrente, empujando a los niños, y el mercero los recibió, cerró la puerta, deslizó el pestillo y se quedó plantado detrás del vidrio, vigilando la calle. Entonces volvió a pasar la patrulla de paracaidistas corriendo en dirección opuesta. Los autos se acomodaban precipitadamente a lo largo de las aceras y se detenían. En pocos segundos la calle quedó vacía. Pero inclinándose, Jacques podía ver un gran movimiento de la multitud más lejos, entre el cine Musset y la parada del tranvía.

—Voy a ver —dijo.

En la esquina de la rue Prévost Paradol⁸, vociferaba un grupo de hombres.

⁸ —¿La ha visto antes de ir a ver a su madre?

—Rehacer en la tercera parte el atentado de *Kessous* y en ese caso limitarse a indicarlo aquí.

—Raza inmunda —decía un pobre obrero en camiseta, increpando a un árabe pegado a una puerta cochera, cerca del café.

—Yo no he hecho nada —dijo el árabe.

—Estáis todos en el ajo, banda de cabrones —y se abalanzó sobre él.

Los otros lo contuvieron. Jacques le dijo al árabe:

—Venga conmigo —y entró con él en el café que ahora era de Jean, su amigo de infancia, el hijo del peluquero.

Jean estaba allí, siempre igual, pero arrugado, pequeño y delgado, con un aire socarrón y atento.

—No ha hecho nada —dijo Jacques—. Déjalo entrar en tu casa.

Jean miró al árabe mientras secaba el zinc.

—Ven —dijo, y desaparecieron por el fondo.

Al salir, el obrero miró de reojo a Jacques.

—No ha hecho nada —dijo Jacques.

—Hay que matarlos a todos.

—Eso se dice cuando uno está furioso. Reflexiona.

El otro se encogió de hombros:

—Ve a mirar y ya hablaremos cuando hayas visto la papilla.

Se oían campanillas de ambulancias, rápidas, apremiantes. Jacques corrió hasta la parada del tranvía. La bomba había estallado en el poste de electricidad, cerca de la parada. Y había mucha gente esperando el tranvía, toda endomingada. El pequeño café de al lado se llenó de gritos, no se sabía si de cólera o de dolor.

Se giró hacia su madre. Estaba ahora muy erguida, muy blanca.

—Siéntate —y la llevó hasta la silla que estaba muy cerca de la mesa. Se sentó junto a ella, sosteniéndole las manos.

—Dos veces esta semana —dijo—. Tengo miedo de salir.

—No es nada —dijo Jacques—, ya se va a acabar.

—Más lejos.

^s Todo este pasaje, hasta «de dolor», hacia el final de esta página, rodeado por un círculo y con un signo de interrogación.

—Sí —dijo ella. Lo miraba con un curioso aire indeciso, como si vacilara entre la fe que tenía en la inteligencia de su hijo y su certidumbre de que *la vida entera* era una desgracia contra la cual lo único que podía hacerse era aguantar—. Compréndelo, soy vieja. Ya no puedo correr.

La sangre volvía ahora a sus mejillas. A lo lejos se oía el campanileo de las ambulancias, apremiante, rápido. Pero ella no lo oía. Respiró profundamente, se calmó y sonrió a su hijo con su bella sonrisa valiente. Había crecido, como todos los de su raza, en medio del peligro, y el peligro podía encogerle el estómago, pero ella lo soportaba como el resto. Era él quien no podía soportar esa cara contraída de agonizante que le aparecía de pronto.

—Vente conmigo a Francia —le dijo, pero ella sacudió la cabeza con resuelta tristeza:

—¡Oh!, no, allá hace frío. Soy demasiado vieja. Quiero quedarme en casa.

6

La familia

—¡Ah! —le dijo su madre—, estoy contenta cuando estás aquí". Pero ven por la noche, me aburro menos. De noche, sobre todo en invierno, oscurece pronto. Si por lo menos supiera leer. Tampoco puedo tejer cuando hay luz, me duelen los ojos. Entonces, si Etienne no está, me acuesto y espero la hora de la comida. Dos horas así se hacen largas. Si las niñas estuvieran conmigo, hablaría con ellas. Pero vienen y se van. Soy demasiado vieja. Tal vez huelo mal. Y así, completamente sola...

Hablaba de un tirón, con cortas frases sencillas que se sucedían como si vaciara su pensamiento hasta ese momento silencioso. Y agotado ese pensamiento, callaba de nuevo, con la boca apretada, la mirada dulce y apagada, mirando a través de las persianas cerradas del comedor la luz sofocante que subía de la calle, siempre en el mismo lugar, en la misma silla incómoda, y su hijo daba vueltas como en otros tiempos alrededor de la mesa central^b.

Lo mira de nuevo dar vueltas^c.

—Es bonito Solferino.

—Sí, es limpio. Pero ha debido de cambiar desde la última vez que lo viste.

* Nunca ha empleado un subjuntivo.

^b Relaciones con su hermano Henri: las disputas.

^c Lo que se comía: el guiso de menudillos — el guiso de bacalao, garbanzos, etc.

—Sí, ha cambiado.

—El doctor te manda saludos. ¿Te acuerdas de él?

—No, hace tanto tiempo.

—Nadie se acuerda de papá.

—No estuvimos mucho tiempo. Y además no hablaba mucho.

—¿Mamá? —Ella lo mira con sus ojos distraídos y dulces, sin sonreír—. Yo creía que papá y tú nunca habíais vivido juntos en Argel.

—No, no.

—¿Me has oído?

No había oído, él lo adivinó por su aire un poco asustado, como si se disculpara, y repitió la pregunta articulando:

—¿Nunca vivisteis juntos en Argel?

—No.

—Pero ¿y cuando papá fue a ver cómo le cortaban la cabeza a Pirette?

Se daba en el cuello con el canto de la mano para hacerse entender. Pero ella contestó en seguida:

—Sí, se levantó a las tres para ir a Barberousse.

—¿Entonces estabais en Argel?

—Sí.

—¿Pero cuándo?

—No sé. Trabajaba en la casa Ricome.

—¿Antes de que fuerais a Solferino?

—Sí.

Decía sí, tal vez fuera no, había que remontar el tiempo a través de una memoria en sombras, nada era seguro. La memoria de los pobres está menos alimentada que la de los ricos, tiene menos puntos de referencia en el espacio, puesto que rara vez dejan el lugar donde viven, y también menos puntos de referencia en el tiempo de una vida uniforme y gris. Tienen, claro está, la memoria del corazón, que es la más segura, dicen, pero el corazón se gasta con la pena y el trabajo, olvida más rápido bajo el peso de la fatiga. El tiempo perdido sólo lo recuperan los ricos. Para los pobres, el tiempo sólo marca los vagos rastros del camino de la muer-

te. Y además, para poder soportar, no hay que recordar demasiado, hay que estar pegado a los días, hora tras hora, como lo hacía su madre, un poco a la fuerza, sin duda, puesto que aquella enfermedad juvenil (en realidad, según la abuela, era una tifoidea; aunque una tifoidea no deja semejantes secuelas. Un tifus quizás. ¿O qué? También allí reinaba la noche), aquella enfermedad juvenil la había dejado sorda y con dificultad en el habla, le impidió aprender lo que se enseña hasta a los más desheredados, y la forzó a la resignación muda, pero era también la única manera que había encontrado de afrontar su vida, ¿y qué otra cosa podía hacer?, ¿quién en su lugar hubiera encontrado otra cosa? El hubiese querido que se apasionara describiéndole a un hombre muerto cuarenta años atrás cuya vida había compartido durante cinco años (¿la había compartido, verdaderamente?). Pero ella no podía, Jacques no estaba siquiera seguro de que hubiera amado apasionadamente a aquel hombre, y en todo caso era incapaz de preguntárselo, él también era mudo delante de ella e inválido a su manera, no quería saber siquiera, en el fondo, lo que hubiera habido entre ellos, y tenía que renunciar a saber algo por boca de ella. Incluso ese detalle que de niño le había impresionado tanto y que lo persiguió toda su vida hasta en sueños, su padre levantándose a las tres para asistir a la ejecución de un criminal famoso, lo supo por su abuela. Pirette era obrero agrícola en una finca del Sahel, bastante próxima a Argel. Había matado a martillazos a sus patrones y a los tres niños de la casa.

—¿Para robar? —preguntó el niño Jacques.

—Sí —dijo el tío Etienne.

—No —dijo la abuela, pero sin dar más explicaciones.

Habían encontrado los cadáveres desfigurados, la casa ensangrentada hasta el techo y, debajo de una de las camas, al más pequeño, que respiraba todavía y moriría también, pero que había tenido fuerzas para escribir en la pared encalada, con el dedo empapado en sangre: «Fue Pirette». Perseguido, el asesino fue hallado en el campo, medio alelado. La opinión pública, horrorizada, reclamó una pena

de muerte que no le fue escatimada, y la ejecución tuvo lugar en la cárcel de Barberousse, en presencia de una multitud considerable. El padre de Jacques se levantó por la noche para asistir al castigo ejemplar de un crimen que, según la abuela, le indignaba. Pero nunca se supo lo que había pasado. Al parecer, la ejecución tuvo lugar sin incidentes. Pero el padre de Jacques volvió lívido, se acostó, se levantó para ir a vomitar varias veces, volvió a acostarse. Después nunca quiso hablar de lo que había visto. Y la noche en que escuchó este relato, el propio Jacques, tendido al borde de la cama para no tocar a su hermano, con el que dormía, hecho un ovillo, contenía una náusea de horror, machacando los detalles que le habían contado y los que imaginaba. Y esas imágenes lo persiguieron por la noche, repitiéndose de vez en cuando, pero regularmente, en una pesadilla privilegiada, diferente cada vez pero con un solo tema: venían a buscarlo a él, a Jacques, para ejecutarlo. Y durante mucho tiempo, al despertar, se había sacudido el miedo y la angustia y recuperado con alivio la buena realidad, donde en rigor no existía posibilidad alguna de que fuera ejecutado. Hasta que, ya en edad adulta, la historia a su alrededor llegó a mostrarle que una ejecución, en cambio, era un acontecimiento previsible, no inverosímil, y la realidad ya no aliviaba sus sueños, sino que alimentó durante años muy [precisos] la misma angustia que había trastornado a su padre y que éste le legara como única herencia evidente y segura. Era, sin embargo, un vínculo misterioso el que lo ligaba al muerto desconocido de Saint-Brieuc (que tampoco habría pensado, después de todo, que fuese a morir de muerte violenta) pasando por encima de su madre, que había conocido esta historia, visto los vómitos y olvidado aquella mañana, así como ignoraba que los tiempos eran otros. Para ella eran siempre los mismos, y la desgracia podía aparecer en cualquier momento, sin avisar.

La abuela³, en cambio, tenía una idea más justa de las cosas. «Terminarás en el cadalso», le repetía con frecuencia

Transición.

a Jacques. Por qué no, no tenía ya nada de excepcional. Ella no lo sabía, pero tal como era, nada la hubiera sorprendido. Erguida, con su largo vestido negro de profetisa, ignorante y obstinada, por lo menos ella no había conocido nunca la resignación. Y había dominado más que nadie la infancia de Jacques. Criada por sus padres mahoneses en una pequeña finca del Sahel, se había casado muy joven con otro mahonés, fino y frágil, cuyos hermanos se habían instalado en Argelia en 1848 después de la muerte trágica del abuelo paterno, poeta a sus horas, que componía sus versos montado en una burra y recorriendo los caminos de la isla entre los muretes de piedra seca que separan los huertos. Durante uno de esos paseos, engañado por la silueta y el sombrero negro de alas anchas, un marido burlado, creyendo castigar al amante, fusiló por la espalda a la poesía y a un modelo de virtudes familiares que, sin embargo, no había dejado nada a sus hijos. El resultado lejano de ese trágico malentendido por el que un poeta encontraría la muerte, fue el asentamiento en el litoral argelino de una cantidad de chiquillos analfabetos que se reprodujeron lejos de las escuelas, uncidos solamente a un trabajo extenuante bajo un sol feroz. Pero el marido de la abuela, a juzgar por las fotos, había conservado algo del abuelo inspirado, y su rostro flaco, bien dibujado, de mirada soñadora, coronado por una frente alta, no lo señalaba evidentemente para resistir a la joven, bella y enérgica esposa. La mujer le dio nueve hijos, dos de los cuales murieron en la primera infancia, mientras una tercera se salvaba a costa de una invalidez y el último nacía sordo y casi mudo. En la pequeña finca oscura, sin descuidar su parte del duro trabajo común, criaba su prole, con un largo palo cerca cuando estaba sentada en la punta de la mesa, lo que le ahorraba toda observación vana, pues el culpable recibía de inmediato un golpe en la cabeza. Reinaba exigiendo respeto a ella y a su marido, a quien los hijos debían tratar de usted, según la costumbre española. El hombre no gozaría durante mucho tiempo de ese respeto: murió prematuramente, gastado por el sol y el trabajo, y quizá por el matrimonio, sin que Jacques pudiera saber

jamás de qué enfermedad. Cuando se quedó sola, la abuela liquidó la pequeña finca y se estableció en Argel con los niños menores, mientras los otros empezaron a trabajar como aprendices.

Cuando Jacques, siendo mayor, pudo observarla, ni la pobreza ni la adversidad le habían hecho mella. Sólo tenía consigo a tres de sus hijos: Catherine^{*} Cormery, que era asistenta, el más joven, inválido, convertido en un vigoroso tonelero, y Joseph, el mayor, que no se había casado y trabajaba en los ferrocarriles. Los tres tenían salarios de miseria que, juntos, debían alcanzar para mantener a una familia de cinco personas. La abuela administraba el dinero de la casa, y lo primero que sorprendió a Jacques fue su codicia, pero no porque fuese avara, sino que lo era como uno es avaro del aire que respira y le permite vivir.

Era ella la que compraba las ropas de los niños. La madre de Jacques volvía tarde por la noche y se contentaba con mirar y escuchar lo que se decía, superada por la vitalidad de la abuela, en cuyas manos lo abandonaba todo. Así fue como Jacques, durante toda su infancia, tuvo que llevar impermeables demasiado largos, pues la abuela los compraba para que durasen y contaba con la naturaleza para que la talla del niño se pusiera a la par de la del impermeable. Pero Jacques crecía lentamente y sólo se decidió a hacerlo de verdad hacia los quince años, con lo que la ropa se gastó antes de ajustarse. Siguiendo los mismos principios de economía, le compraban otra y Jacques, cuyos camaradas se burlaban de la vestimenta que llevaba, no tenía otro recurso que ablusarse el impermeable a la cintura para hacer original lo que era ridículo. Por lo demás, esa fugaz vergüenza quedaba rápidamente olvidada en clase, donde Jacques volvía a recuperar su ventaja, y en el patio de juegos, donde era el rey del fútbol. Pero ese reino le estaba vedado. Porque el patio era de cemento y las suelas se gastaban con tanta rapidez que la abuela le había prohibido jugar al fútbol.

^{*} En páginas anteriores, la madre de Jacques Cormery se llama «Lucie». En adelante se llamará Catherine.

bol durante los recreos. Ella misma compraba para sus nietos unos sólidos y pesados zapatos cerrados que esperaba inmortales. En todo caso, para aumentar su longevidad, hacía poner en las suelas unos enormes clavos cónicos que presentaban una doble ventaja: era necesario gastarlos antes de gastar la suela y permitían verificar las infracciones a la prohibición de jugar. En efecto, las corridas en el suelo de cemento los gastaban rápidamente y les daban un pulido cuya frescura delataba al culpable. Todas las noches, al volver a su casa, Jacques debía entrar en la cocina donde Casandra oficiaba entre las negras marmitas, y con la rodilla doblada, la suela al aire, en la postura del caballo al que están herrando, tenía que mostrar las suelas. Naturalmente, no podía resistir a las llamadas de sus compañeros ni a la atracción de su juego favorito, y ponía toda su atención, no al ejercicio de una virtud imposible, sino en el disimulo de la falta. Así es como pasaba largos ratos, al salir de la escuela y más tarde del liceo, frotando las suelas en la tierra mojada. A veces la triquiñuela daba resultado. Pero llegaba el momento en que el desgaste de los clavos era escandaloso, en que la suela misma estaba gastada e incluso última de las catástrofes, como con secuencia de un puntapié torpe contra el suelo o contra la verja que protegía los árboles, se separaba del empeine y Jacques llegaba entonces a casa con el zapato atado con un cordel para mantener la boca cerrada. Esas noches eran las del vergajo. A Jacques, que lloraba, su madre le decía por todo consuelo: «Es verdad que son caros. ¿Por qué no tienes cuidado?». Pero ella misma jamás tocaba a sus hijos. Al día siguiente le ponían a Jacques unas alpargatas y los zapatos iban al remendón. Los recuperaba dos o tres días después florecidos de clavos nuevos, y tenía que aprender otra vez a mantener el equilibrio sobre las suelas resbaladizas e inestables.

La abuela era capaz de ir todavía más lejos, y al cabo de tantos años Jacques no podía recordar esta historia sin una crispación de vergüenza y asco*. Su hermano y él no reci-

* En que se mezclaban la vergüenza y el asco.

bían ningún dinero para sus gastos menudos, salvo cuando aceptaban visitar a un tío comerciante y a una tía bien casada. Con el tío era fácil, porque le tenían afecto. Pero la tía tenía el arte de ostentar sus relativas riquezas, y los dos niños preferían quedarse sin dinero y sin los placeres que éste procura antes que sentirse humillados. En cualquier caso, y aunque el mar, el sol, los juegos del barrio fueran placeres gratuitos, las patatas fritas, los caramelos, los pasteles árabes y sobre todo, para Jacques, ciertos partidos de fútbol, exigían un poco de dinero, unos céntimos por lo menos. Una noche Jacques volvía de hacer la compra, llevando en el extremo de su brazo extendido la fuente de patatas gratuladas en la panadería del barrio (en la casa no había ni gas ni hornillo y se cocinaba en un infiernillo de alcohol. Tampoco había horno y para gratinar un plato lo llevaban preparado al panadero del barrio, quien, a cambio de unos céntimos, lo metía en el horno y lo vigilaba), la fuente humeaba a través del paño que lo protegía del polvo de la calle y permitía sostenerlo por las puntas. Colgada del brazo derecho, la red llena de provisiones compradas en pequeñísimas cantidades (media libra de azúcar, medio cuarto de mantequilla, cinco céntimos de queso rallado, etcétera) no pesaba mucho. Jacques olisqueaba el buen olor del gratén, caminaba con paso vivo evitando la multitud popular que a esa hora iba y venía por las aceras del barrio. En ese momento, de su bolsillo agujereado se escapó una moneda de dos francos tintineando en la acera. Jacques la recogió, verificó que era la suya y la puso en el otro bolsillo. «Hubiera podido perderla», pensó de pronto. Y el partido del día siguiente, que había borrado incluso de su pensamiento, le volvió a la memoria.

En realidad nadie le había enseñado lo que estaba bien o lo que estaba mal. Había ciertas cosas prohibidas y las infracciones eran rudamente sancionadas. Otras no. Sólo sus maestros, cuando el programa les dejaba tiempo, les hablaban a veces de moral, pero también entonces las prohibiciones eran más precisas que las explicaciones. Lo único que Jacques había podido ver y experimentar en materia de moral era simplemente la vida cotidiana de una familia

obrero en la que evidentemente nadie había pensado nunca que hubiera otras vías fuera del trabajo más duro para obtener el dinero necesario para vivir. Pero ésa era una lección de coraje, no de moral. Sin embargo, Jacques sabía que estaba mal ocultar esos dos francos. Y no quería hacerlo. Y no lo haría; quizá pudiera, como la otra vez, deslizarse entre dos tablas del viejo estadio del terreno de maniobras para asistir al partido sin pagar. Por eso él mismo no entendió por qué no había devuelto en seguida el dinero sobrante y por qué, un momento más tarde, volvió del retrete declarando que una moneda de dos francos había caído en el agujero mientras se subía el pantalón. Retrete era una palabra demasiado noble para designar el espacio reducido de mampostería construido en el rellano del único piso. Privado de aire y de luz eléctrica, sin grifo, sobre un zócalo de media altura encajado entre la puerta y la pared del fondo, tenía un agujero a la turca en el que había que verter cubos de agua cada vez que se usaba. Pero nada podía impedir que la hediondez de esos lugares desbordara hasta la escalera. La explicación de Jacques era plausible¹. Le evitaba que lo echaran a la calle para que buscara la moneda perdida y descartaba cualquier eventualidad. A Jacques simplemente se le hizo un nudo en la garganta cuando anunció la mala noticia. Su abuela estaba en la cocina picando ajo y perejil en la vieja mesa verdosa y gastada por el uso. Se detuvo y miró a Jacques, que esperaba el estallido. Pero ella callaba y lo escrutaba con sus ojos claros y helados.

—¿Estás seguro? —dijo por fin.

—Sí, la oí caer.

Ella seguía mirándolo.

—Muy bien —dijo—. Vamos a ver.

Y Jacques, espantado, vio cómo se enrollaba la manga derecha, desnudaba el brazo blanco y salía al rellano. Él se lanzó al comedor, al borde de la náusea. Cuando su abuela lo llamó, Jacques la encontró delante del fregadero,

¹ No. Como ya había pretendido haber perdido el dinero en la calle, tuvo que buscar otra explicación.

enjuagándose abundantemente el brazo cubierto de jabón gris.

—No hay nada —dijo—. Eres un mentiroso.

Él balbuceaba:

—Tal vez la haya arrastrado el agua.

La abuela vacilaba.

—Tal vez. Pero si has mentido, pagarás el doble.

Sí, pagó el doble, porque en ese mismo momento comprendió que su abuela no había hurgado en la porquería por avaricia, sino por la necesidad terrible que hacía que en esa casa dos francos fueran una fortuna. Lo comprendió y por fin vio claramente, en un acceso de vergüenza, que había robado esos dos francos al trabajo de los suyos. Todavía hoy, mirando a su madre delante de la ventana, Jacques no se explicaba cómo pudo no devolver esos dos francos y disfrutar, sin embargo, del placer de asistir al partido del día siguiente.

El recuerdo de la abuela estaba también ligado a vergüenzas menos legítimas. Ella había insistido en que Henri, el hermano de Jacques, recibiera lecciones de violín. Jacques las había interrumpido debido a sus éxitos escolares, que, según él, le eran absolutamente imposible mantener con ese suplemento de trabajo. Su hermano había aprendido así a sacar unos sonidos horribles de un violín frígido y, con todo, podía ejecutar desafinando las canciones de moda. Para divertirse, Jacques, que era bastante entonado, las había aprendido, sin imaginar las consecuencias calamitosas de esa ocupación inocente. En efecto, los domingos, cuando la abuela recibía la visita de sus hijas casadas*, dos de las cuales eran viudas de guerra, o de su hermana, que seguía viviendo en una finca del Sahel y que prefería la jerga mahonesa antes que el español, después de servir los grandes tazones de café negro en la mesa cubierta de hule, convocaba a sus nietos para un concierto improvisado. Consternados, éstos traían el atril de metal y las partituras de dos páginas de canciones famosas. Tenían que obedecer.

* Sus sobrinas.

Tacques, siguiendo mal como podía el violin zigzagueante de Henri, cantaba *Ramona*. «Tuve un sueño maravilloso, Ramona, nos habíamos marchado los dos», o bien «Baila, oh, Djamé mía, esta noche quiero amarte», o, por seguir en Oriente, «Noches de China, noches mimosas, noche de amor, noche embriagadora, noche de ternura...» Otras veces la abuela reclamaba particularmente la canción realista. Entonces Jacques interpretaba «Eres mi hombre, tú, a quien tanto he amado, tú, que me juraste, sabe Dios cómo, que nunca me harías llorar.» Por lo demás esta canción era la única que Jacques podía cantar con verdadero sentimiento, pues la heroína de la canción repetía al final su patético estribillo en medio de la multitud que asistía a la ejecución de su difícil amante. Pero la abuela prefería una cuya melancolía y ternura seguramente apreciaba porque era inútil buscarla en su propia índole. Era la *Serenata* de Toselli, que Henri y Jacques atacaban con bastante brío, aunque el acento argelino no se adaptara realmente a la hora mágica que evoca la canción. En la tarde soleada, cuatro o cinco mujeres vestidas de negro, ninguna de ellas, salvo la tía, con el pañuelo negro de españolas, sentadas en círculo en la habitación pobremente amueblada, con sus muros encalados, aprobaban suavemente con la cabeza las efusiones de la música y del texto, hasta que la abuela, que jamás había sido capaz de distinguir un *do* de un *si* y ni siquiera conocía los nombres de las notas de la escala, interrumpía la magia con un breve «Te has equivocado» que cortaba el flujo a los dos artistas. Entonces repetían; «así», decía la abuela cuando sorteaban el pasaje difícil de una manera satisfactoria para su gusto, las mujeres seguían meneando la cabeza y para terminar aplaudían a los dos virtuosos, que desmontaban velozmente el material para juntarse con sus compañeros en la calle. Sólo Catherine Cormery se quedaba sin decir nada en un rincón. Y Jacques todavía recordaba aquella tarde de domingo en que, a punto de salir con sus partituras, al oír que una de sus tías felicitaba a su madre por él, respondió: «Sí, ha estado bien. Es inteligente», como si hubiera una relación entre las dos

observaciones. Pero al volverse comprendió la relación. La mirada de su madre, temblorosa, dulce, afiebrada, se había detenido en él con tal expresión que el niño retrocedió, vaciló y salió huyendo. «Me quiere, entonces me quiere», se iba diciendo en la escalera y al mismo tiempo comprendía que la quería locamente, que había deseado con todas sus fuerzas que ella lo quisiera y que hasta entonces siempre lo había dudado.

Las sesiones de cine le reservaban otros placeres... La ceremonia tenía lugar el domingo y a veces también el jueves. El cine del barrio estaba a unos pasos de la casa y como la calle donde se encontraba, llevaba el nombre de un poeta romántico. Antes de entrar había que atravesar un laberinto de tenderetes árabes en los que se mezclaban cacahuètes, garbanzos tostados, altramuces, pirulíes teñidos de colores violentos y pegajosos caramelos ácidos. Otros vendían pasteles llamativos, entre ellos unas pirámides de crema enroscadas y cubiertas de azúcar rosa, otros, buñuelos árabes que chorreaban aceite y miel. Alrededor de los tenderetes, una nube de moscas y de niños, atraídos por el mismo azúcar, zumbaba y gritaba persiguiéndose bajo las maldiciones de los vendedores que temían por el equilibrio de sus mostradores y que con el mismo gesto ahuyentaban a niños y moscas. Algunos podían protegerse bajo la marquesina del cine, que se prolongaba por uno de los lados, los otros exhibían sus riquezas viscosas bajo el sol vigoroso y el polvo que levantaban los juegos infantiles. Jacques escoltaba a la abuela, que, para la ocasión, se alisaba el pelo blanco y cerraba con un broche de plata su eterno vestido negro. Apartaba gravemente a la estridente gente menuda que obstruía la entrada y se presentaba a la única ventanilla para pedir unos «reservados». A decir verdad, sólo podía elegirse entre esos «reservados», que eran unas malas butacas de madera cuyo asiento bajaba ruidosamente, y los bancos, a los que se precipitaban, disputándose los lugares, los niños, para quienes sólo en el último momento se abría una puerta lateral. De cada lado de los bancos, un agente provisto de un vergajo se encargaba de mantener el orden en su sector, y

no era raro verlo expulsar a un niño o un adulto demasiado inquieto. El cine proyectaba entonces películas mudas, actualidades primero, un filme cómico corto, el principal y para terminar una película en episodios, a razón de un breve episodio por semana. A la abuela le gustaban especialmente esas películas en tajadas, cada uno de cuyos episodios terminaba en suspenso. Por ejemplo, el héroe musculoso, llevando en sus brazos a la muchacha rubia y herida, empezaba a cruzar un puente de lianas tendido sobre un cañón con un torrente en el fondo. Y la última imagen del episodio semanal mostraba una mano tatuada que, armada de un cuchillo primitivo, cortaba las lianas del pontón. El héroe seguía andando, soberbio, a pesar de las advertencias vociferadas de los espectadores de los «bancos»^{*}. La cuestión no era saber si la pareja saldría del paso, no estaba permitido dudar de eso, sino tan sólo descubrir cómo lo haría, lo que explicaba que tantos espectadores, árabes y franceses, volvieran la semana siguiente para ver a los enamorados detenidos en su caída mortal por un árbol providencial. Acompañaba el espectáculo al piano una vieja señorita que oponía a las burlas de los «bancos» la serenidad inmóvil de una espalda flaca en forma de botella de agua mineral, con un cuello de encaje por tapón. Jacques consideraba una marca de distinción que la impresionante señorita se dejara los mitones puestos aún con los calores más tórridos. Por lo demás, su tarea no era tan fácil como hubiera podido creerse. El comentario musical de las actualidades, en particular, la obligaba a cambiar de melodía según el carácter del acontecimiento proyectado. Pasaba así sin transición de una alegre contradanza destinada a acompañar la presentación de la moda de primavera, a la marcha fúnebre de Chopin con motivo de una inundación en China o de los funerales de un personaje importante de la vida nacional o internacional. Cualquiera que fuese el fragmento, la ejecución era siempre imperturbable, como si diez mecanismos secos realizaran en el viejo teclado amarillento una maniobra

* Riveccio.

dirigida desde siempre por engranajes de precisión. En la sala de paredes desnudas y suelo cubierto de cascara de cacahuetes, los perfumes del desinfectante se mezclaban con un fuerte olor humano. La pianista era en todo caso la que detenía de golpe el estruendo ensordecedor, atacando con los pedales a fondo el preludio que debía crear la atmósfera de la función. Un enorme zumbido anunciaba que el aparato de proyección se ponía en marcha, el calvario de Jacques comenzaba entonces.

Como las películas eran mudas, se proyectaban numerosos textos escritos que servían para aclarar la acción. La abuela no sabía leer, de modo que el papel de Jacques consistía en leerlos. Pese a su edad, la abuela estaba lejos de ser sorda. Pero primero había que dominar el ruido del piano y el de la sala, cuyas reacciones eran generosas. Además, no obstante la extremada simplicidad de los textos, había muchas palabras que a ella no le eran familiares, e incluso algunas le resultaban desconocidas. Jacques, por su lado, deseoso de no molestar a los vecinos y preocupado sobre todo de no anunciar a la sala entera que la abuela no sabía leer (ella misma a veces, por pudor, le decía en voz alta, al comienzo de la sección: «Me leerás tú, he olvidado las gafas»), Jacques no leía con tanta fuerza como hubiera podido. El resultado era que la abuela sólo entendía a medias, exigía que repitiera el texto y que lo repitiera más fuerte. Jacques trataba de hablar más alto, los «shhh» lo sumían en una ruin vergüenza, farfullaba, la abuela lo reprendía y llegaba de inmediato el texto siguiente, más oscuro todavía para la pobre vieja, que no había entendido el anterior. La confusión aumentaba hasta que Jacques encontraba presencia de ánimo suficiente como para resumir en dos palabras un momento crucial de *La marca del Zorro*, por ejemplo, con Douglas Fairbanks padre. «El malo quiere quitarle la muchacha», articulaba firmemente Jacques, aprovechando una pausa del piano o de la sala. Todo se aclaraba, la película continuaba y el niño respiraba. En general los inconvenientes terminaban ahí. Pero ciertas películas del tipo de *Las dos huérfanas* eran demasiado complicadas y,

acorralado entre las exigencias de la abuela y las protestas cada vez más irritadas de sus vecinos, Jacques terminaba por no chistar. Todavía conservaba el recuerdo de una de esas sesiones en que la abuela, fuera de sí, terminó por salir, mientras él la seguía llorando; descompuesto ante la idea de que había arruinado uno de los pocos placeres de la desdichada y malgastado el pobre dinero que tenían³.

Su madre nunca iba a esas sesiones. Tampoco sabía leer, pero además era medio sorda. Para colmo, su vocabulario era aún más limitado que el de la abuela. Aún hoy, no había diversiones en su vida. En cuarenta años había ido dos o tres veces al cine, sin entender nada, y, por no ser descortés con las personas que la habían invitado, sólo dijo que los vestidos eran bonitos o que el de bigote tenía cara de ser muy malo. Tampoco podía escuchar la radio. Y en cuanto a los periódicos, a veces hojeaba los ilustrados, se hacía explicar las figuras por sus hijos o sus nietas, decía que la reina de Inglaterra era triste y cerraba la revista para mirar de nuevo por la misma ventana el movimiento de la misma calle que contemplaría durante la mitad de su vida⁴.

³ "Añadir signos de pobreza — desempleo — colonia de vacaciones de verano en Miliana — toques de trompeta — expulsión — No se atreve a decirle. Habla: Bueno, esta noche tomaremos café. De vez en cuando cambia. La mira. Muchas veces ha leído historias de pobreza en las que la mujer es valiente. Ella no sonríe. Se va a la cocina, valiente — no resignada.

⁴ Poner el tío Ernest *viejo antes* — su retrato en la habitación donde estaban Jacques y su madre. O hacerlo llegar *después*.

Etienne

En cierto sentido, estaba menos metida en la vida que su hermano Ernest¹⁰, que vivía con ellos, pese a que éste era totalmente sordo y se expresaba tanto con onomatopeyas y con gestos como con el centenar de palabras de que disponía. Pero Ernest, que de pequeño no había podido trabajar, había frecuentado vagamente una escuela y aprendido a descifrar las letras. Ernest iba a veces al cine y volvía con relatos pasmosos para quienes ya habían visto la película, pues la riqueza de su imaginación compensaba sus ignorancias. Por lo demás, sutil y astuto, una suerte de inteligencia instintiva le permitía orientarse en un mundo y a través de personas que para él guardaban obstinado silencio. La misma inteligencia le permitía sumirse cada día en el periódico y descifrar los titulares, lo que le daba por lo menos una idea de los problemas del mundo.

—Hitler —decía por ejemplo a Jacques cuando éste llegó a la edad adulta— no es bueno, ¿eh?

No, no era bueno.

—Esos alemanes, siempre los mismos —añadía el tío.

No, no era así.

—Sí, *ya sé* que los hay buenos —admitía el tío—. Pero Hitler no es bueno —e inmediatamente podía más su gusto

¹⁰ Llamado unas veces Ernest, otras Étienne, es siempre el mismo personaje: el tío de Jacques.

por las bromas—: Lévy —era el mercero de enfrente— tiene miedo. —Y soltaba una carcajada.

Jacques trataba de explicar. El tío volvía a ponerse serio:

—Sí. ¿Por qué quiere hacer daño a los judíos? Los judíos son como todo el mundo.

A su manera, Ernest siempre había querido a Jacques. Admiraba sus éxitos escolares. Con su mano endurecida, encallecida por las herramientas y el trabajo bruto, frotaba el cráneo del niño. «Este sí que tiene una buena cabeza. Dura», y se golpeaba la suya con su puño grueso, «pero buena.» A veces añadía: «Como su padre». Un día Jacques aprovechó para preguntarle si su padre era inteligente. «Tu padre, cabeza dura. Hacía siempre lo que quería. Tu madre, siempre, sí, sí.» Jacques no pudo arrancarle nada más. Pero Ernest solía llevarse al niño consigo. Su fuerza y su vitalidad, que no podían expresarse ni con palabras ni en las relaciones complicadas de la vida social, estallaban en la vida física y en las sensaciones. Ya al despertar, cuando lo sacudían para sacarlo del sueño hermético de los sordos, se incorporaba desorientado y rugía: «Ahh, ahh», como el animal prehistórico que despierta cada día en un mundo desconocido y hostil. Pero una vez despierto, su cuerpo, y el funcionamiento de su cuerpo, lo afirmaban sobre la tierra. A pesar de su duro oficio de tonelero, le gustaba nadar y cazar. Llevaba a Jacques, de pequeño*, a la playa de Sablettes, montado sobre sus hombros, y salía en seguida a mar abierto, con una brazada elemental pero enérgica, lanzando unos gritos inarticulados que expresaban ante todo la sorpresa del agua fría y después el placer de estar en ella o la irritación contra una ola maligna. De vez en cuando decía a Jacques: «No tienes miedo.» Sí, tenía miedo pero no lo decía, fascinado por aquella soledad, entre el cielo y el mar igualmente vastos, y, cuando miraba atrás, la playa le parecía una línea invisible, un miedo ácido le apretaba el vientre e imaginaba con pánico incipiente las profundidades inmensas y oscuras donde se hundiría como una piedra sólo con

• Nueve años.

que su tío lo soltara. Entonces el niño apretaba un poco más el cuello musculoso del nadador.

—Tienes miedo —decía de inmediato el otro.

—No, pero vuelve.

Dócil, el tío daba la vuelta, respiraba un poco y echaba a nadar con la misma seguridad que tenía en tierra firme. En la playa, jadeando apenas, frotaba a Jacques enérgicamente, entre grandes carcajadas, después se volvía para orinar con brío, siempre riendo y felicitándose del buen funcionamiento de su vejiga, golpeándose el vientre con los «Bueno, bueno» que acompañaban todas sus sensaciones agradables, entre las cuales no establecía diferencias, fuesen de excreción o de nutrición, insistiendo igualmente y con la misma inocencia en el placer que le procuraban, y constantemente deseoso de compartir ese placer con su prójimo, lo que provocaba en la mesa las protestas de la abuela, que admitía que se hablara de esas cosas e incluso lo hacía ella misma, pero «no en la mesa», como decía, aunque tolerase el número de la sandía, fruta con una sólida reputación de diurético, que Ernest adoraba y cuya ingestión empezaba con risas, picaras guiñadas dirigidas a la abuela, variados ruidos de aspiración, regurgitación y blanda masticación, y después de las primeras mordidas directas de la tajada, toda una mímica en que la mano indicaba varias veces el trayecto que la hermosa fruta rosada y blanca recorrería desde la boca hasta el sexo, mientras la cara exhibía un regocijo expresado con muecas, revuelo de ojos acompañados de «Bueno, bueno. Lava. Bueno, bueno» que resultaban irresistibles y hacían estallar en carcajadas a todo el mundo. La misma inocencia adánica lo llevaba a prestar una importancia desproporcionada a una cantidad de males fugaces de los que se quejaba, frunciendo el entrecejo, la mirada vuelta hacia adentro, como si escrutara la noche misteriosa de sus órganos. Declaraba padecer de una «punzada» de variada ubicación, de tener una «bola» que se paseaba por todas partes. Más tarde, cuando Jacques ya frecuentaba el liceo, convencido de que la ciencia es una sola y la misma para todos, lo interrogaba, señalándole el hueco de los riñones.

«Aquí, me tira», decía. «¿Es malo?» No, no era nada. Y se iba aliviado, bajaba la escalera con un pasito rápido y se reunía con sus compañeros en los cafés del barrio, con sus muebles de madera y el mostrador de zinc, que olían a anisete y serrín, y donde Jacques tenía que ir a buscarlo a la hora de la cena. Era no poco sorprendente para el niño encontrar entonces al sordomudo, en el mostrador, rodeado en círculo por sus camaradas y discurriendo hasta quedar sin aliento en medio de risas generales que no eran de burla, pues Ernest era adorado por sus camaradas debido a su buen humor y su generosidad^{abcd}.

Jacques lo advertía claramente cuando su tío lo llevaba a cazar con sus amigos, todos toneleros o bien obreros del puerto y de los ferrocarriles. Se levantaban al alba. Jacques se encargaba de despertar a su tío, a quien no había reloj capaz de arrancar del sueño. Jacques, por su parte, obedecía

^a El dinero que pone de lado para Jacques.

^b De mediana estatura, las piernas un poco arqueadas, la espalda ligeramente encorvada bajo un espeso caparazón de músculos, daba, a pesar de su delgadez, una impresión de fuerza viril extraordinaria. Y, sin embargo, su cara seguía siendo y lo sería por mucho tiempo, la de un adolescente, fina, regular, un poco []" con los bellos ojos castaños de su hermana, la nariz muy recta, los arcos superciliares desnudos, el mentón regular y el hermoso pelo recio, no, ligeramente ondulado. Sólo su belleza física explicaba que, no obstante su invalidez, hubiera conocido algunas aventuras femeninas que no podían llevar al matrimonio y que eran forzosamente breves, pero que a veces se coloreaban con algo de eso que es corriente llamar amor, como la relación que había tenido con una mujer casada con un comerciante del barrio; a veces los sábados por la noche iba con Jacques al concierto de la Place Bresson, junto al mar, y la orquesta militar interpretaba en el quiosco *Las campanas de Cornevid* o unas arias de *Lakmé*, mientras en medio de la multitud que circulaba durante la noche alrededor de [], Ernest endomingado se las ingeniaba para cruzarse con la mujer del cafetero vestida de tesorero, y cambiaban sonrisas de amistad, y el marido decía unas palabras de amistad a Ernest, que seguramente nunca le había parecido un rival posible.

^c La lavandería la *mouna*.

^d La playa, los maderos blanqueados, los corchos, los cascotes pulidos de vasijas... corcho, cañas.

^e Una palabra tachada.

^f Palabras rodeadas por un círculo por el autor.

a la campanilla, su hermano se volvía refunfuñando en la cama, y su madre, en la otra cama, se agitaba un poco sin despertarse. El niño se levantaba a tientas, raspaba un fósforo y encendía la lamparita de petróleo que había sobre la mesa de noche común a las dos camas. (¡Ah!, los muebles de esa habitación: dos camas de hierro, una de una plaza, donde dormía su madre, la otra de dos, para los niños, una mesita de noche entre ambas y, frente a ella, un armario de luna. El cuarto tenía a los pies de la cama de la madre una ventana que daba al patio. Al pie de esta ventana había un gran baúl de fibra cubierto de una manta de croché. Antes de crecer, Jacques se arrodillaba sobre el baúl para cerrar las persianas de la ventana. No había silla.) Después iba al comedor, zamarreaba al tío, que rugía mirando aterrado la lámpara que brillaba sobre sus ojos y se espabilaba. Se vestían. Y Jacques calentaba un resto de café en la cocina, en el pequeño infiernillo de alcohol, mientras el tío llenaba los morrales de provisiones, un queso, sobrasadas, tomates con sal y pimienta y medio pan cortado en dos con una gran tortilla en medio, preparada por la abuela. Después, verificaba por última vez la escopeta de dos cañones y los cartuchos, en torno a los cuales se celebraba la víspera una gran ceremonia. Terminada la cena, se retiraban los platos y se limpiaba cuidadosamente el hule. El tío se instalaba en uno de los lados de la mesa, bajaba la gran lámpara de petróleo y a su luz ponía gravemente las partes de la escopeta desmontada que había engrasado meticulosamente. Sentado al otro lado, Jacques esperaba su turno. El perro *Brillant* también. Porque había un perro, un bastardo de setter, de una bondad sin límites, incapaz de hacer daño a una mosca, y la prueba era que, cuando atrapaba una al vuelo, se apresuraba a vomitarla con expresión de asco y grandes y repetidos lenguetazos y chasqueo de morros. Ernest y su perro eran inseparables y se entendían a la perfección. Era inevitable pensar en una pareja (y sólo quien no haya conocido ni amado a los perros puede ver en esto una burla). Y el perro debía obediencia y afecto al hombre, y el hombre aceptaba que fuese su única preocupación. Vivían juntos y no se sepa-

raban nunca, dormían juntos (el hombre en el diván del comedor, el perro en una pobre alfombrita gastada hasta la trama), iban al trabajo juntos (el perro se acostaba en un lecho de virutas especialmente preparado para él debajo del banco del taller), iban juntos a los cafés, y el animal esperaba pacientemente entre las piernas de su amo a que terminaran sus discursos. Conversaban con onomatopeyas y se complacían en sus olores recíprocos. No se podía decir a Ernest que su perro, rara vez lavado, olía fuerte, sobre todo después de las lluvias. «Este», decía, «no huele», y olisqueaba amorosamente el interior de las grandes orejas temblorosas del perro. La caza era la fiesta de los dos, sus salidas de grandes señores. Y bastaba que Ernest sacara el morral para que el perro se lanzara a locas carreras por el pequeño comedor, haciendo bailar las sillas a golpes de cuarto trase-ro y martillando con la cola los costados del aparador. Ernest reía. «Ha entendido, ha entendido», y calmaba al animal, que, instalando la cabeza sobre la mesa, contemplaba los minuciosos preparativos y bostezaba discretamente de vez en cuando, pero sin abandonar el delicioso espectáculo antes de que terminara^{ab}.

Una vez montada la escopeta, el tío se la pasaba. Jacques la recibía con respeto y, provisto de un viejo trapo de lana, sacaba brillo a los cañones. Entretanto, el tío preparaba los cartuchos. Ordenaba unos cilindros de cartón de color vivo con casquillo de cobre en una cartera, de la que sacaba además unos frascos de metal en forma de cantimplora que contenían la pólvora y los perdigones y la borra de fieltro pardo. Llenaba cuidadosamente los tubos de pólvora y borra. Después sacaba una maquinita en la que se encajaban los cilindros y, con una pequeña manivela, accionaba una cúpula que enrollaba hasta el nivel de la borra la punta de los cilindros de cartón. A medida que los cartuchos estaban listos, Ernest los iba pasando uno por uno a Jacques, quien los acomodaba religiosamente en la cartuchera. Por la maña-

* ¿Caza? se puede suprimir.

^b El libro tendría que tener todo el peso de los objetos y la carne.

na Ernest daba la señal de partida poniéndose la pesada cartuchera alrededor del vientre, ensanchado por dos espesos jerséis. Jacques se la abrochaba a la espalda. Y Bf««*«f, que desde el principio iba y venía en silencio, acosturn^{brs} do a dominar su alegría para no despertar a nadie, se incorporaba sobre las patas traseras apoyándose en su aif^o> ^^o patas delanteras contra el pecho de éste, y alargando « cuello y el lomo trataba de lamer amplia y vigorosamente el rostro amado.

En la noche que empezaba a clarear y en la que flo^{ta}ba el olor todavía nuevo de los ficus, partían apresuradamente rumbo a la estación del Agh, y el perro los precedía^{aio} da velocidad en una gran carrera zigzagueante que termⁱ ^{na Daa} veces en resbalones sobre las aceras mojadas por la humedad de la noche, después volvía no menos rápido, visiblemente enloquecido por el temor de haberlos perdido, Etienne con la escopeta invertida en su funda de grues^a tela, además de un morral y un zurrón, Jacques con las m³ ^o en los bolsillos de su pantalón corto y una gran mochila e^a bandolera. En la estación estaban los amigos, con sus perros que no soltaban al amo más que para inspeccionar rápidamente debajo de la cola de sus congéneres. Estaban Daniel y Pierre", los dos hermanos, compañeros de taller de Ernest, Daniel siempre risueño y lleno de optimismo, Pierre más estricto, más metódico, siempre sagaz en sus opimones sobre la gente y las cosas. Estaba también Georges, íj^{ue} trabajaba en la fábrica de gas, pero que de vez en cuan<J^o participaba en combates de boxeo con los cuales redofldeaba sus ingresos. Y con frecuencia se les unían dos o tres hombres más, todos buenos muchachos, por lo menos en esas ocasiones, felices de poder escapar por un día del taller, del apartamento estrecho y atestado, a veces de la muj>^o ^o ese abandono y esa tolerancia divertida característica de los hombres cuando están entre ellos para darse un placer breve y violento. Se encaramaban con entusiasmo a uno de esos vagones en los que todos los compartimentos se abren al

Atención, cambiar los nombres.

estribo, se pasaban los zurroneos, hacían subir a los perros y se instalaban al fin contentos de sentirse juntos, de compartir el mismo calor, Jacques aprendió esos domingos que la compañía de los hombres era buena y que podía ser un alimento para el corazón. El tren se ponía en marcha, después tomaba velocidad con cortos jadeos y un breve pitido adormilado de vez en cuando. Atravesaban una parte del Sahel y ya en los primeros campos, curiosamente, aquellos hombres fornidos y ruidosos callaban y miraban nacer el día sobre las tierras cuidadosamente cultivadas donde la bruma de la mañana se arrastraba en jirones por empalizadas de altas cañas secas que separaban los solares. De vez en cuando unos grupos de árboles se deslizaban por el vidrio, con la alquería encalada a la que protegían y en la que todo dormía. Un pájaro desalojado del foso que bordeaba el terraplén se alzaba de golpe hasta la altura de los pasajeros, para volar en la misma dirección del tren, como si quisiera competir en velocidad con él, hasta que, bruscamente, tomaba la dirección perpendicular a la marcha del tren y era entonces como si de pronto se despegara del vidrio y el viento de la carrera lo proyectara hacia atrás. El horizonte verde se ponía rosado y después viraba bruscamente al rojo, el sol aparecía y subía visiblemente por el cielo, sorbía las brumas en toda la superficie de los campos, seguía subiendo y de golpe en el compartimento hacía calor, los hombres se quitaban primero un jersey y después el otro, aquietaban a los perros, que también se agitaban, intercambiaban bromas y Ernest ya contaba a su manera historias manducatorias, de enfermedades y también [de] peleas en las que siempre llevaba las de ganar. De vez en cuando uno de los amigos interrogaba a Jacques sobre la escuela, después se hablaba de otra cosa o bien lo tomaban de testigo a propósito de la mímica de Ernest. «¡Tu tío es un hacha!»

El paisaje cambiaba, se volvía más rocoso, el roble reemplazaba al naranjo, y el trenecito respiraba cada vez más agitado y soltaba grandes chorros de vapor. De pronto hacía más frío, pues la montaña se interponía entre el sol y los viajeros, y se notaba entonces que no eran más de las siete.

Finalmente, el tren silbaba por última vez, aminoraba la marcha, tomaba con lentitud una curva cerrada y desembocaba en una pequeña estación solitaria del valle, al servicio exclusivo de unas minas lejanas, desierta y silenciosa, rodeada de grandes eucaliptos cuyas hojas como hoces se estredecían en la brisa de la mañana. Bajaban en el mismo alboroto, los perros precipitándose desde el compartimento sin acertar con los dos peldaños empinados del vagón, los hombres haciendo de nuevo una cadena para bajar los morrales y las escopetas. Pero a la salida de la estación, que daba directamente a las primeras pendientes, el silencio de una naturaleza salvaje ahogaba poco a poco las interjecciones y los gritos, el pequeño tropel terminaba por subir la cuesta: en silencio, los perros trazaban alrededor infatigables arráceseos. Jacques no dejaba que sus vigorosos compañeros; lo sobrepasaran. Daniel, su preferido, le había cogido la nochila, pese a sus protestas, pero de todos modos tenía que redoblar el paso para seguir a la altura del grupo, y el líbre afilado de la mañana le quemaba los pulmones. Por fin, al cabo de una hora desembocaban en el borde de una enorme meseta cubierta de robles enanos y de enebros, con ondulaciones poco marcadas y sobre la cual se extendía un inmenso cielo fresco y ligeramente soleado. Era el terreno de caza. Los perros, como si se les hubiera avisado, volvían a agruparse alrededor de los hombres. Éstos se concertaban para reencontrarse en el almuerzo, a las dos de la tarde, en un bosquecillo de pinos donde había un pequeño manantial bien situado al borde de la meseta y desde donde la vista se extendía sobre el valle y la llanura lejana. Ponían de acuerdo los relojes. Los cazadores se agrupaban en parejas, silbaban a sus perros y partían en direcciones diferentes. En estas Daniel formaban equipo. Jacques recibía el morral, cuando con precaución se colgaba en bandolera. Desde lejos Ernest inundaba a los otros que volvería con más conejos y perdices que nadie. Se reían, saludaban con la mano y desaparecían.

Entonces empezaba para Jacques una embriaguez que le dejaría en el corazón una maravillada nostalgia. Los ojos

hombres, a dos metros uno de otro pero a la misma altura, el perro delante, él siempre atrás, y el tío con su mirada súbitamente salvaje y astuta, verificaba a cada instante que mantenía la distancia, y era entonces la marcha silenciosa e interminable a través de los matorrales, de los que salía a veces con un grito penetrante un pájaro desdeñado, la bajada al fondo de pequeños barrancos llenos de olores, la subida hacia el cielo, radiante y cada vez más caliente, el calor que aumentaba resecaando a toda velocidad la tierra todavía húmeda a la hora de la partida. Unas detonaciones del otro lado del barranco, el castañeteo seco de una bandada de perdices de color tierra que el perro había levantado, la doble detonación, repetida casi en seguida, la carrera del perro, que volvía con los ojos desorbitados, el hocico lleno de sangre y un puñado de plumas que Ernest y Daniel le quitaban y que, instantes después, Jacques recibía con una mezcla de excitación y de horror, la búsqueda de otras víctimas, cuando las habían visto caer, los gañidos de Ernest, que se confundían a veces con los de *Brillant*, y de nuevo la marcha, Jacques ahora encorvado bajo el sol a pesar del sombrerito de paja, mientras alrededor la meseta empezaba a vibrar sordamente como un yunque bajo el martillo del sol, y a veces una nueva detonación o dos, nunca más, pues uno solo de los cazadores había visto escapar la liebre o el conejo condenado de antemano si lo apuntaba Ernest, siempre diestro como un mono y corriendo ahora casi tan rápido como su perro, gritando como él para recoger por las patas de atrás el animal muerto y mostrarlo de lejos a Daniel y Jacques, que llegaban jubilosos y sin aliento. Jacques abría bien el morral para recibir el nuevo trofeo antes de reanudar la marcha, vacilando bajo el sol, su señor, y así, durante horas sin frontera en un territorio sin límites, la cabeza perdida en la luz incesante y en los inmensos espacios del cielo, Jacques se sentía el niño más rico del mundo. Al regresar al lugar del almuerzo, los cazadores seguían acechando la ocasión, pero ya sin entusiasmo. Arrastraban los pies, se enjugaban la frente, tenían hambre. Iban llegando unos tras otros, mostrándose de lejos las presas, burlándose de los que regresa-

ban con las manos vacías, afirmando que eran siempre los mismos, relatando todos al mismo tiempo sus hazañas, añadiendo cada uno un detalle particular. Pero el gran aedo era Ernest, que terminaba por acaparar la palabra y mimar con una justeza de gestos —que Jacques y Daniel estaban en condiciones de juzgar— la salida de los perdigones, el conejo que se precipita dando dos rodeos y rueda sobre el lomo como un jugador de rugby que marca un ensayo detrás de la línea de gol. Entretanto, Pierre, metódico, vertía el anisete en los cubiletes de metal que cada uno le había entregado y los llenaba de agua fresca en el manantial que corría débilmente al pie de los pinos. Instalaban una especie de mesa cubierta de paños de cocina, y cada uno sacaba sus provisiones. Pero Ernest, que tenía talento de cocinero (las partidas de pesca del verano siempre empezaban con una *bouillabaisse* que preparaba en el lugar mismo con tan poca compasión por las especias que hubiera quemado una lengua de tortuga), preparaba unos palillos afilados en la punta, los introducía en los trozos de la sobrasada que llevaba, y en un pequeño fuego los asaba hasta que estallaban y un jugo rojo caía en las brasas, crepitaba y se incendiaba. Entre dos rebanadas de pan ofrecía las sobrasadas ardiendo y perfumadas, que todos acogían con exclamaciones y que devoraban regándolas con el vino rosado que ponían a refrescar en el manantial. Después, venían las risas, las historias de trabajo, las bromas que Jacques, con la boca y las manos pegajosas, sucio, extenuado, escuchaba apenas, vencido por el sueño. Pero en realidad el sueño los iba venciendo a todos y durante un rato dormitaban, mirando vagamente a lo lejos la llanura, cubierta de calina, o bien, como Ernest, dormían a pierna suelta, la cara cubierta por un pañuelo. Pero a las cuatro había que bajar para tomar el tren, que pasaba a las cinco y media. Ahora estaban en el compartimento, agobiados por el cansancio, los perros agotados dormían debajo de las banquetas o entre las piernas de los amos, con un sueño pesado poblado de sueños sanguinarios. En las inmediaciones de la llanura empezaba a caer la tarde y después venía el rápido crepúsculo africano, y la noche, siempre

angustiosa en esos grandes paisajes, se iniciaba sin transición. Más tarde, en la estación, premiosos por regresar y cenar para acostarse temprano a causa del trabajo del día siguiente, se separaban sin más en la oscuridad, casi sin palabras, pero con grandes palmadas de amistad. Jacques los oía alejarse, escuchaba sus voces rudas y efusivas, los amaba. Después imitaba el paso de Ernest, siempre animoso, mientras él arrastraba los pies. Cerca de la casa, en la calle oscura, el tío se volvía hacia él: «¿Estás contento?» Jacques no contestaba. Ernest reía y silbaba a su perro. Pero unos pasos después, el niño deslizaba su mano pequeña en la mano dura y callosa de su tío, que la apretaba muy fuerte, y volvían así, en silencio.

^{ab} Y, sin embargo, Ernest era capaz de cóleras tan inmediatas y absolutas como sus placeres. La imposibilidad de hacerle entrar en razón o de discutir simplemente con él hacía que esas cóleras fuesen muy parecidas a un fenómeno natural. A una tormenta se la ve venir y se espera que estalle. No hay nada más que hacer. Como muchos sordos, Ernest tenía el olfato muy desarrollado (salvo cuando se trataba de su perro). Este privilegio le proporcionaba muchas alegrías, cuando aspiraba el olor de la sopa de guisantes majados o de los platos que más le gustaban, calamares en su tinta, tortilla con chorizo o ese guiso de asaduras, hecho con corazón y pulmones de buey, borgoñón de los pobres, que era el triunfo de la abuela y que, por su modicidad, aparecía con frecuencia en la mesa, o cuando se rociaba los domingos con el agua de colonia barata o la loción llamada [Pompeia] (que también usaba la madre de Jacques), cuyo perfume dulce y tenaz, con fondo de bergamota, rondaba siempre en el comedor y en el pelo de Ernest, y él olía profundamente en el frasco, con aire extasiado... Pero su sensibilidad extrema era también causa de disgustos. No toleraba ciertos olores imperceptibles para narices normalmente

['] Tolstoi o Gorki (I) *El padre*. De ese medio salió Dostoyevski (II) *El hijo*, que vuelto a las fuentes da el escritor de la época (III) *La madre*.

^a El señor Germain — El liceo — la religión — la muerte de la abuela — ¿Acabar de la mano de Ernest?

constituidas. Por ejemplo, adquirió la costumbre de husmear su plato antes de empezar a comer y se ponía rojo de cólera cuando descubría lo que para él era olor a huevo. La abuela cogía a su vez el plato sospechoso, lo olía, declaraba que no sentía nada, después lo pasaba a su hija para obtener su parecer. Catherine Cormery pasaba su nariz delicada por la porcelana y sin olisquear siquiera, declaraba con voz suave que no, no olía. Todos olían los otros platos para fundamentar mejor el juicio definitivo, salvo los niños que comían en escudillas de lata.,(Por razones por lo demás misteriosas, acaso la escasez de vajilla o, como pretendió un día la abuela, para evitar las roturas, cuando ni él ni su hermano tenían manos torpes. Pero las tradiciones familiares suelen no tener fundamentos más sólidos, y los etnólogos me hacen reír cuando buscan la razón de tantos ritos misteriosos. El verdadero misterio en muchos casos, es que no hay razón ninguna.) Después la abuela pronunciaba el veredicto: no olía. En realidad nunca hubiera pronunciado otro, sobre todo si era ella la que había lavado los platos la víspera. Su honor de ama de casa le impedía ceder. Entonces estallaba la verdadera cólera de Ernest, tanto más cuanto que no encontraba palabras para expresar su convicción.

* Había que dejar que reventase la tormenta, aunque terminara por no querer comer, o por picotear como con asco en el plato que la abuela había cambiado, o se levantara de la mesa y saliera declarando que iba al restaurante, tipo de establecimiento que por lo demás nunca había pisado, como nadie de la casa, aunque la abuela, cada vez que un descontento se levantaba de la mesa, no dejaba de pronunciar la frase fatídica: «Vete al restaurante». El restaurante era para todos, desde entonces, como uno de esos lugares pecaminosos, de falaz seducción, donde todo parece fácil, puesto que se puede comprar, pero cuyas primeras y culpables delicias el estómago tarde o temprano paga muy caras. En todo caso, la abuela no contestaba nunca a las cóleras de su benjamín. Por una parte, porque sabía que era inútil, por

* Microtragedias.

otra, porque siempre había tenido por él una extraña debilidad, que Jacques, en cuanto tuvo algunas lecturas, atribuyó al hecho de que Ernest era inválido (cuando hay tantos ejemplos de padres que, contrariando este prejuicio, se apartan del hijo disminuido) y que comprendió mejor más tarde, un día en que, al sorprender la mirada clara de su abuela, súbitamente suavizada por una ternura que nunca le había conocido, se volvió y vio a su tío poniéndose la chaqueta de los domingos. Adelgazado por la tela oscura, el rostro fino y joven, recién afeitado, cuidadosamente peinado, por excepción de cuello limpio y corbata, con ese aire de pastor griego endomingado, Ernest se le apareció como era, es decir, muy guapo. Y comprendió entonces que la abuela amaba físicamente a su hijo, estaba enamorada, como todo el mundo, de la gracia y la fuerza de Ernest, y que su debilidad excepcional por él era después de todo muy común, nos ablanda más o menos a todos, por lo demás deliciosamente, y contribuye a hacer el mundo soportable: es la debilidad ante la belleza.

Jacques recordaba también otro arrebato de cólera del tío Ernest, éste más grave, porque había estado a punto de terminar en una pelea con el tío Joséphin, el que trabajaba en los ferrocarriles. Joséphin no dormía en la casa de su madre (y a decir verdad, ¿dónde hubiera podido dormir?). Tenía una habitación en el barrio (habitación donde por otra parte no invitaba a nadie de la familia y que Jacques, por ejemplo, nunca había visto) y tomaba sus comidas en casa de su madre, a cambio de una pequeña pensión. Imposible imaginar nada más diferente de Ernest que su hermano Joséphin. Unos diez años mayor, bigote breve y pelo cortado al cepillo, era también más macizo, más encerrado y sobre todo más calculador. Ernest lo acusaba usualmente de avaricia. Lo cierto es que se expresaba con más sencillez: «Ese, un mzabí». Los mzabíes eran para Ernest los almaceneros del barrio, que, en efecto, venían del Mzab y vivían años enteros con nada y sin mujer en sus trastiendas con olor a aceite y canela, para mantener a sus familias en las cinco ciudades del Mzab, en pleno desierto, donde la tribu de heré-

ticos, una suerte de puritanos del Islam perseguidos a muerte por la ortodoxia, habían aterrizado siglos atrás, en un lugar elegido con la seguridad de que nadie se lo disputaría, pues no había más que piedras, tan lejos del mundo civilizado de la costa como un planeta resquebrajado y sin vida puede estarlo de la Tierra, y donde se instalaron para fundar cinco ciudades, en torno a unos avaros puntos de agua, imaginando esa extraña ascesis de enviar a las ciudades de la costa a los hombres válidos para que ejercieran el comercio a fin de mantener esa creación del espíritu y sólo del espíritu, hasta que, sustituidos por otros, regresaran a disfrutar, en sus fortificadas ciudades de tierra y adobe, del reino por fin conquistado para su fe. La vida enrarecida, la aspereza de esos mzabíes sólo podían juzgarse en función de sus objetivos profundos. Pero la población obrera del barrio, ignorante del Islam y sus herejías, sólo veía las apariencias. Y para Ernest, como para todo el mundo, comparar a su hermano con un mzabí equivalía a compararlo con Harpagon. A decir verdad, Joséphin vigilaba el céntimo, al contrario de Ernest, que, según la abuela, tenía «el corazón en la mano». (Es cierto que cuando estaba furiosa con él, lo acusaba, por el contrario, de tener esa misma mano «rota».) Pero además de la diferencia de índole, era indudable que Joséphin ganaba un poco más que Etienne y que la prodigalidad es siempre más fácil en la indigencia. Pocos son los que siguen siendo pródigos cuando tienen medios para serlo. Son éstos los reyes de la vida y merecen una profunda reverencia. Joséphin no nadaba en la abundancia, lejos de ello, pero además de su sueldo, que administraba metódicamente (practicaba el método llamado de los sobres, los hacía con papel de periódico o de embalaje), conseguía algún ingreso suplementario mediante algunos trucos bien pensados. Como trabajaba en los ferrocarriles, tenía derecho a viajar gratis cada quince días. De modo que un domingo de cada dos, tomaba el tren para ir a lo que se llamaba «el interior», es decir al pueblo, y recorría las fincas de los árabes para comprar más baratos huevos, unos pollos raquíuticos o unos conejos. Volvía con esas mercancías y las vendía con

honrado beneficio a sus vecinos. Su vida estaba organizada en todos los planos. No se le conocía mujer. Por otra parte, entre la semana de trabajo y los domingos dedicados al comercio, sin duda le faltaba el tiempo libre que exige el ejercicio de la voluptuosidad. Pero siempre había anunciado que se casaría a los cuarenta años con una mujer que ya tuviera una buena situación. Hasta ese momento permanecería en su cuarto, juntaría dinero y en parte seguiría viviendo en casa de su madre. Por extraño que pareciera, dada su falta de encanto, ejecutó el plan como lo había dicho y se casó con una profesora de piano que estaba muy lejos de ser fea y que le aportó, durante muchos años por lo menos, junto con sus muebles, la felicidad burguesa. Es cierto que al final Joséphin conservaría los muebles y no la mujer. Pero ésta era otra historia, y lo único que Joséphin no había previsto era que, a raíz de su disputa con Etienne, no podría comer en casa de su madre y tendría que recurrir a las delicias dispendiosas del restaurante. Jacques no recordaba las causas del drama. Oscuras querellas dividían a veces a la familia, y a decir verdad nadie hubiera sido capaz de desentrañar los orígenes, sobre todo porque, como nadie tenía memoria, ya no se recordaban las causas, limitándose a mantener mecánicamente el efecto rumiado y aceptado de una vez por todas. De aquel día, Jacques sólo recordaba a Ernest de pie delante de la mesa todavía servida y gritando insultos incomprensibles, salvo el de *mzabí*, a su hermano, que seguía sentado y comiendo. Después Ernest lo abofeteó, el hermano se levantó y retrocedió antes de abalanzarse sobre él. Pero la abuela sujetaba a Ernest, y la madre de Jacques, blanca de emoción, retenía a Joséphin desde atrás.

—Déjalo, déjalo —decía, y los dos niños, pálidos, boquiabiertos, miraban inmóviles, escuchando la andanada de injurias rabiosas que fluía en una sola dirección, hasta que Joséphin dijo con aire desabrido:

—Es una bestia bruta. No hay nada que hacer.—Y dio la vuelta a la mesa mientras la abuela contenía a Ernest, que quería seguirlo. Y aún después de que la puerta se cerrara con un golpe, Ernest seguía agitado.

El otro gruñó. Y de pronto Jacques vio llegar a Antoine, que hacía varios días que no venía. Ernest se precipitó y segundos después subieron de la escalera unos ruidos sordos. Jacques se asomó y vio a los dos hombres zurrándose en la oscuridad, sin decir una palabra. Ernest, sin sentir los golpes, pegaba con sus puños duros como hierro, y poco después Antoine rodaba por la escalera, se incorporaba al pie de ésta con la boca ensangrentada y sacaba un pañuelo para secarse la sangre, sin dejar de mirar a Ernest, que salía como loco. Al entrar a casa, Jacques encontró a su madre sentada en el comedor, inmóvil, el semblante petrificado. Se sentó él también, sin decir nada*. Y después volvió Ernest mascullando insultos y lanzando una mirada furiosa a su hermana. La cena transcurrió como de costumbre, salvo que su madre no comió; «No tengo hambre», decía simplemente a la abuela, que insistía. Terminada la comida, se fue a su cuarto. Durante la noche Jacques, despierto, la oyó revolverse en su cama. A partir del día siguiente, volvió a sus vestidos negros o grises, a su aspecto estricto de pobre. Jacques la encontraba igualmente guapa, más guapa todavía porque el alejamiento y la distracción eran mayores, instalada ahora para siempre en la pobreza, la soledad y la vejez que llegaría^b.

Durante mucho tiempo Jacques guardó rencor a su tío, sin saber demasiado qué era lo que podría reprocharle precisamente. Pero al mismo tiempo sabía que no podía reprochárselo, y que la pobreza, la invalidez, la estrechez elemental en que vivía toda su familia, si bien no lo disculpaban todo, impiden en todo caso condenar a las víctimas.

Sin quererlo se hacían daño unos a otros, simplemente porque eran, cada uno para el otro, los representantes de la indigencia menesterosa y cruel en que vivían. Y en cualquier caso no podía dudar del apego casi animal de su tío

* Ponerlo mucho más adelante — batalla no Lucien.

^b Porque la vejez llegaría — en esa época Jacques creía que su madre era vieja, y tenía apenas la edad de él en ese momento, pero la juventud es ante todo un conjunto de posibilidades, y él, para quien la vida había sido generosa...¹³

¹³ Pasaje tachado.

(ante todo) por la abuela y después por la madre de Jacques y sus hijos. Lo percibió, por lo que a él respecta, el día del accidente en la fábrica de toneles⁹. Todos los jueves, Jacques iba al taller. Si tenía deberes que hacer, los despachaba rápidamente y corría en seguida al taller, con el mismo alborozo con que iba otras veces a juntarse con sus amigos de la calle. La fábrica se hallaba cerca del campo de maniobras. Era como un patio atestado de desechos, viejos aros de hierro, escoria y hogueras apagadas. En uno de los lados, había una especie de techo de ladrillos sostenido a distancias regulares por pilares de morrillos. Los cinco o seis obreros trabajaban debajo de ese techo. Cada uno tenía en principio adjudicado su lugar, es decir, un banco de carpintero contra la pared, delante del cual había un espacio vacío al que se podían subir los barriles y las bordelesas y, separándolo del lugar siguiente, una suerte de asiento sin respaldo con una hendidura lo bastante ancha como para deslizar en ella los fondos de barril y afinarlos a mano por medio de un instrumento bastante parecido a una tajadera⁸, pero cuyo filo estaba del lado del hombre que lo sujetaba por las dos agaraderas. A decir verdad, esta organización no era perceptible a primera vista. Seguramente los bancos, al principio en un orden determinado, poco a poco se fueron desplazando, y entre ellos, los aros se amontonaron, los cajones de remaches fueron arrastrados de un lugar a otro y sólo una prolongada observación, o su equivalente, una frecuentación prolongada, permitía advertir que cada obrero se movía siempre en el mismo sector. Antes de llegar al taller, donde llevaba la merienda a su tío, Jacques reconocía el ruido de los martillazos con los que los escoplos hundían los aros de hierro de los barriles, cuyas duelas acababan de juntarse, y los obreros golpeaban en un extremo del escoplo mientras pasaban rápidamente el otro extremo alrededor del aro, o adivinaba por los ruidos más fuertes, más espaciados, que

⁹ Poner tonelería antes de rabietas y quizás incluso al comienzo retrato Ernest.

⁸ Verificar el nombre de la herramienta.

remachaban los aros en el torno del banco. Cuando Jacques llegaba al taller, en medio del estruendo de los martillos, era acogido con saludos jubilosos y se reanudaba la danza de los martillos. Ernest, vestido con un viejo pantalón azul remendado, alpargatas cubiertas de serrín, camiseta gris sin mangas y un viejo fez desteñido que protegía su hermoso pelo de las virutas y el polvo, lo besaba y le pedía ayuda. A veces Jacques sostenía el aro parado en el yunque que lo sujetaba por lo ancho, mientras su tío golpeaba con todas sus fuerzas para aplastar los remaches. El aro vibraba en las manos de Jacques y cada martillazo le marcaba las palmas de la mano, o bien mientras Ernest se sentaba a horcajadas en un extremo del asiento, Jacques hacía lo mismo en el otro extremo, apretando el fondo del barril que los separaba mientras su tío lo afinaba. Pero lo que prefería era llevar las duelas al centro del patio para que Ernest las ensamblara groseramente, manteniéndolas juntas con un arco que pasaba por el centro. En el fondo del barril, abierto por los dos lados, Ernest juntaba virutas para que Jacques les prendiera fuego. El fuego dilatava más el hierro que la madera, y Ernest aprovechaba para hundir aún más el aro con grandes golpes de formón y martillo, en medio del humo que les hacía lagrimear. Hundido el aro, Jacques llevaba los grandes cubos de madera que había llenado de agua en la bomba del fondo del patio, se apartaba y su tío arrojaba violentamente el agua contra el barril, enfriando el aro, que se encogía y mordía todavía más en la madera ablandada por el agua, en medio de una gran nube de vapor*.

Durante el descanso para comer un bocado, los obreros abandonaban el trabajo empezado y se reunían, en invierno, en torno a un fuego de virutas y madera, en verano, a la sombra del techo. Estaba Abder, el peón argelino que llevaba un pantalón árabe cuyos fundillos le colgaban en pliegues y la pierna le llegaba a mitad de la pantorrilla, una vieja chaqueta sobre un jersey andrajoso y un fez, y que

* Terminar el barril.

con acento curioso llamaba a Jacques «colega» porque hacía el mismo trabajo que él cuando ayudaba a Ernest; el patrón, el señor []¹⁴ que era en realidad un viejo obrero tonelero que ejecutaba con sus ayudantes los encargos de una fábrica de barriles más importante y anónima; un obrero italiano siempre triste y resfriado, y sobre todo el alegre Daniel, que siempre se arrimaba a Jacques para hacerle bromas o acariciarlo. Jacques se escapaba, deambulaba por el taller, con su delantal negro cubierto de serrín, los pies desnudos, si hacía calor, en unas pobres alpargatas cubiertas de tierra y de virutas, respiraba con deleite el olor del serrín, el otro más fresco de las virutas, volvía al fuego para saborear el humo delicioso o probaba con precaución, en un trozo de madera sujeta en el torno, la herramienta que servía para afinar los fondos y disfrutaba entonces de la destreza de sus manos, que todos los obreros elogiaban.

Ocurrió que en una de esas pausas Jacques se encaramó tontamente sobre el banco de carpintero con las suelas mojadas. De pronto resbaló hacia adelante al mismo tiempo que el banco se volcaba hacia atrás, apretando con él, al caer con todo su peso, la mano derecha. Sintió de inmediato un dolor sordo, pero se incorporó en seguida riendo a los obreros que acudían. Antes de que dejara de reír, Ernest se abalanzó sobre él, lo tomó en sus brazos y salió a todo correr del taller, balbuceando: «Al doctor, al doctor». Entonces Jacques vio la punta de su dedo medio aplastada como un pedazo de masa sucia e informe de la que manaba la sangre. De golpe perdió el coraje y se desvaneció. Cinco minutos después estaban en casa del médico árabe que vivía frente a ellos.

—No es nada, doctor, no es nada, ¿verdad? —decía Ernest, blanco como el papel.

—Espéreme aquí —dijo el médico—, será valiente.

Tuvo que serlo, todavía hoy daba pruebas de ello su curioso dedo medio remendado. Pero una vez cosidos los puntos y puesto el vendaje, el médico le extendió, junto

Nombre ilegible.

con un cordial, una patente de coraje. De todos modos, Ernest insistió en llevarlo cargado para cruzar la calle y, ya en la escalera, empezó a besarlo gimiendo y estrechándolo contra su cuerpo hasta hacerle daño.

—Mamá —dijo Jacques—, llaman a la puerta.

—Es Ernest —dijo su madre—. Ve a abrirle. Ahora cierrro, es por los bandidos.

En el umbral de la puerta, al descubrir a Jacques, Ernest lanzaba una exclamación de sorpresa, algo parecido al *how* inglés, y enderezando la cintura lo besaba. A pesar del pelo totalmente blanco, su rostro, todavía regular y armonioso, seguía conservando una juventud asombrosa. Pero las piernas torcidas se habían arqueado aún más, tenía la espalda completamente encorvada y caminaba apartando los brazos y las piernas.

—¿Estás bien? —le dice Jacques.

No, tiene punzadas, reumatismos, algo malo; ¿y Jacques? Sí, todo iba bien, qué fuerte era, ella (y señalaba a Catherine con el dedo) estaba contenta de volver a verlo. Desde la muerte de la abuela y la partida de los hijos, el hermano y la hermana vivían juntos y no podían estar el uno sin el otro. Ernest necesitaba que alguien se ocupara de él, y desde ese punto de vista, Catherine era su mujer, hacía la comida, le preparaba la ropa, lo cuidaba si hacía falta. Catherine no necesitaba dinero, pues sus hijos cubrían sus necesidades, pero sí una compañía masculina, y él velaba por ella a su manera, desde hacía años, años durante los cuales habían vivido, sí, como marido y mujer, no según la carne, sino según la sangre, ayudándose a vivir cuando sus invalideces les hacían la vida tan difícil, continuando una conversación muda, iluminada de vez en cuando por fragmentos de frases, pero más unidos y sabiendo más el uno del otro que muchas parejas normales.

—Sí, sí —decía Ernest—. Jacques, Jacques, ella siempre habla.

—Pues, aquí estoy —decía Jacques.

Y allí estaba, en efecto, entre ellos dos, como antes, sin poder decirles nada y sin dejar de quererlos jamás, por lo

menos a ellos, y queriéndolos aún más porque le permitían querer, él, que no había querido a tantas criaturas que lo merecían.

—¿Y Daniel?

—Está bien, viejo como yo; su hermano Pierre está preso.

—¿Por qué?

—El dice que el sindicato. Pero yo creo que está con los árabes. —Y súbitamente inquieto—: Oye, ¿estás de acuerdo con los bandidos?

—No —dice Jacques—, los otros árabes sí, los bandidos no.

—Bueno, le dije a tu madre que los patrones muy duros. Era un disparate pero los bandidos no es posible.

—Claro —dice Jacques—. Pero hay que hacer algo por Pierrot.

—Bueno, diré a Daniel.

—¿Y Donat? —Era el boxeador empleado del gas.

—Murió. Un cáncer. Somos todos viejos.

Sí, Donat había muerto. Y la tía Marguerite, la hermana de su madre, había muerto, la abuela lo arrastraba a casa de la tía el domingo por la tarde y él se aburría soberanamente, salvo cuando el tío Michel, que era carretero y también se aburría escuchando aquellas conversaciones en el comedor oscuro, en torno a los tazones de café negro sobre el hule de la mesa, lo llevaba al establo, que estaba muy cerca, y allí, en la semipenumbra, cuando el sol de la tarde calentaba fuera las calles, sentía ante todo el buen olor del pelo, la paja y el estiércol, escuchaba las cadenas de los ronzaes raspando la artesa del pienso, los caballos volvían hacia ellos sus ojos de largas pestañas, y el tío Michel, alto, seco, con sus largos bigotes y oliendo él también a paja, lo alzaba y lo depositaba sobre uno de los caballos, que volvía, plácido, a hundirse en la artesa y a triturar la avena mientras el tío le daba algarrobas que el niño masticaba y chupaba con deleite, lleno de amistad hacia ese hombre siempre unido en su cabeza a los caballos, y los lunes de Pascua partían con él y toda la familia para celebrar la *mouna* en el bosque de Sidi-Ferruch, y Michel alquilaba uno de esos tranvías de caballos que ha-

cían entonces el trayecto entre el barrio donde vivían y el centro de Argel, una especie de gran jaula con claraboya provista de bancos adosados, a la que se uncían los caballos, uno de ellos de reata, escogido por Michel en su caballeriza, y por la mañana temprano cargaban las grandes cestas de la ropa repletas de esos rústicos bollos llamados *mounas* y de unos pasteles ligeros y friables, las orejitas, que dos días antes de la partida todas las mujeres de la familia hacían en casa de la tía Marguerite sobre el hule cubierto de harina, donde la masa se extendía con el rodillo hasta cubrir casi todo el mantel y con una ruedecilla de boj cortaban los pasteles, que los niños llevaban en grandes bandejas para arrojarlos en barreños de aceite hirviendo y alinearlos después con precaución en los cestos, de los que subía entonces el exquisito olor de vainilla que los acompañaba durante todo el recorrido hasta Sidi-Ferruch, mezclado con el olor del mar que llegaba hasta la carretera del litoral, vigorosamente tragado por los cuatro caballos sobre los cuales Michel hacía restallar el látigo, que pasaba de vez en cuando a Jacques, sentado a su lado, fascinado por las cuatro grupas enormes que con gran ruido de cascabeles se contoneaban bajo sus ojos y se abrían mientras la cola se alzaba, y él veía moldearse y caer al suelo la bosta apetitosa, las herraduras centelleaban y los cencerros precipitaban sus sones cuando los caballos se engallaban. En el bosque, mientras los otros colocaban entre los árboles los cestos y los paños de cocina, Jacques ayudaba a Michel a cepillar los caballos y a colgarles del cuello los morrales de lienzo crudo en los que hacían trabajar las mandíbulas, abriendo y cerrando sus grandes ojos fraternales, o ahuyentando una mosca con un casco impaciente. El bosque estaba lleno de gente, comían unos pegados a los otros, bailaban de un lugar a otro al son del acordeón o de la guitarra, el mar gruñía muy cerca, nunca hacía calor suficiente como para bañarse, pero sí la temperatura necesaria para caminar descalzos en las primeras olas, mientras los otros dormían la siesta y la luz que se suavizaba

" Recuperar a Michel durante el terremoto de Orléansville.

imperceptiblemente volvía aún más vastos los espacios del cielo, tan vastos que el niño sentía asomarle las lágrimas al mismo tiempo que un gran grito de alegría y gratitud hacia la vida adorable. Pero la tía Marguerite había muerto, tan bella y siempre tan bien vestida, demasiado coqueta, decían, y ella no se había equivocado, pues la diabetes la inmovilizó en un sillón, y empezó a hincharse en el apartamento abandonado y a ponerse enorme y tan abotargada que le faltaba el aliento, tan fea que asustaba, rodeada de sus hijas y de su hijo cojo, que era zapatero, y que con el corazón encogido acechaba el momento en que su madre no pudiera respirar^{ab}. Ella seguía engordando, atiborrada de insulina, y, en efecto, la respiración terminó por faltarle^c.

Pero también la tía Jeanne había muerto, la hermana de la abuela, la que asistía a los conciertos del domingo por la tarde, y que había resistido mucho tiempo en su finca de muros encalados, en medio de sus tres hijas viudas de guerra, recordando siempre a su marido muerto hacía mucho tiempo^d, el tío Joseph, que no hablaba más que el mahonés y que Jacques admiraba por su pelo blanco coronando un bello rostro rosado y por el sombrero negro que llevaba incluso en la mesa, con un aire de inimitable nobleza, verdadero patriarca campesino, que a veces, sin embargo, se alzaba ligeramente durante la comida para soltar una sonora inconveniencia de la que se disculpaba cortésmente ante los reproches resignados de su mujer. También los vecinos de su abuela, los Masson, habían muerto todos, la vieja primero y después la hermana mayor, Alexandra, la alta y []^e, el hermano de orejas separadas, que era contorsionista y cantaba en las matines del cine Alcázar. Todos, sí, incluso la

• Libro sexto en la 2.ª parte

^a Y también Francis había muerto (ver últimas notas).

^c Denise los abandona a los dieciocho años para prostituirse — Vuelve a los veintiuno rica y, con la venta de sus joyas, rehace la caballeriza entera de su padre — muerta en una epidemia.

^d ¿Las hijas?

^e Nombre ilegible.

muchacha más joven, Marthe, a quien su hermano Henri había cortejado y algo más.

Nadie hablaba ya de ellos. Ni su madre ni su tío hablaban de los parientes desaparecidos. Ni de ese padre cuyas huellas buscaba, ni de los otros. Seguían pasando necesidad, aunque no vivieran en la estrechez, pero ya se habían hecho a ello y también a una desconfianza resignada con respecto a la vida, que amaban animalmente, pero de la que sabían por experiencia que pare regularmente la desgracia sin haber dado siquiera señales de estar preñada". Y además, tal como lo rodeaban los dos, silenciosos y hundidos en sí mismos, vacíos de recuerdos y únicamente fieles a algunas imágenes oscuras, vivían cerca de la muerte, es decir, siempre en presente. Nunca sabría por ellos quién había sido su padre y, sin embargo, por su sola presencia, hacían brotar nuevamente los frescos manantiales de una infancia miserable y feliz, no estaba seguro de que esos recuerdos tan ricos que surgían a borbotones en él, fueran realmente fieles al niño que había sido. Mucho más seguro, por el contrario, era que debía atenerse a dos o tres imágenes privilegiadas que lo ligaban a ellos, que lo fundían con ellos, que suprimían lo que había tratado de ser durante tantos años reduciendo por fin al ser anónimo y ciego que había sobrevivido a sí mismo en todo ese tiempo de su familia y que constituía su verdadera nobleza.

Así, la imagen de esas noches de calor en que toda la familia, después de la cena, bajaba unas sillas a la acera de la puerta de la casa, y un aire polvoriento y caliente caía de los ficus cubiertos de polvo, mientras las gentes del barrio iban y venían, Jacques^{*}, con la cabeza apoyada en el hombro flaco de su madre, la silla un poco echada hacia atrás, miraba a través de las ramas las estrellas del cielo de verano, o como aquella otra imagen de una noche de Navidad en que, volviendo sin Ernest de casa de la tía Marguerite, pasada la medianoche, vieron delante del restaurante, al lado de

* ¿Pero son en verdad monstruos? (no, el m. era él).

^{*} Soberano humilde y orgulloso de la belleza de la noche.

la puerta de la casa, un hombre tendido, alrededor del cual otro bailaba. Los dos hombres, que estaban borrachos, querían seguir bebiendo. El dueño del restaurante, un muchacho rubio y frágil, los había expulsado. Dieron de puntapiés a la patrona, que estaba encinta. Y el dueño disparó. La bala se metió en la sien derecha de uno de ellos. La cabeza descansaba sobre la herida. Ebrio de alcohol y de espanto, el otro empezó a bailar alrededor, y mientras el restaurante cerraba sus puertas, todo el mundo escapó antes de que llegara la policía. Y en aquel rincón perdido del barrio donde se apretaban los unos a los otros, las dos mujeres estrechando a los niños contra sus cuerpos, la luz escasa en el pavimento como untado por las lluvias recientes, el largo resbalar de los autos en el suelo húmedo, los tranvías que pasaban cada tanto, sonoros e iluminados, llenos de viajeros alegres e indiferentes a esa escena de otro mundo, grababan en el corazón aterrado de Jacques una imagen que hasta entonces había sobrevivido a todas las otras: la imagen dulce e insistente de ese barrio en el que había reinado todo el día con inocencia y avidez, pero que con el paso de las horas producía un sonido misterioso e inquietante, cuando sus calles empezaban [a] poblarse de sombras o más bien cuando una sola sombra anónima, señalada por unos pasos sordos y un ruido confuso de voces, surgía a veces, inundada de gloria sangrienta en la luz roja de un globo de farmacia, y el niño, presa de súbita angustia, corría a la casa miserable para encontrar a los suyos.

6 bis
La escuela

¹No había conocido a su padre, pero solían hablarle de él en una forma un poco mitológica y siempre, llegado cierto momento, había sabido sustituirlo. Por eso Jacques jamás lo olvidó, como si, no habiendo experimentado realmente la ausencia de un padre a quien no había conocido, hubiera reconocido inconscientemente, primero de pequeño, después a lo largo de toda su vida, el único gesto paternal, a la vez meditado y decisivo, que hubo en su vida de niño. Pues el señor Bernard, su maestro de la última clase de primaria, había puesto todo su peso de hombre, en un momento dado, para modificar el destino de ese niño que dependía de él, y en efecto, lo había modificado.

En aquel momento el señor Bernard estaba allí, delante de Jacques, en su pequeño apartamento de las vueltas de Rovigo, casi al pie de la Alcazaba, un barrio que dominaba la ciudad y el mar, habitado por pequeños comerciantes de todas las razas y todas las religiones, cuyas casas olían a la vez a especias y a pobreza. Allí estaba, envejecido, el pelo más ralo, manchas de vejez detrás del tejido ya vitrificado de las mejillas y las manos, desplazándose con más lentitud que antes, y visiblemente contento cuando podía sentarse de

• ¿Transición con 6?

¹⁰ Véase en los apéndices la hoja II que el autor intercaló entre las páginas 68 y 69 del manuscrito.

nuevo en su sillón de mimbre, cerca de la ventana que daba a la calle comercial y donde cantaba un canario, ablandado también por la edad y mostrando su emoción, cosa que no hubiera ocurrido antes, pero todavía erguido y la voz fuerte y firme, como en los tiempos en que, plantado delante de sus alumnos, decía: «En fila de a dos. ¡De a dos! ¡No de cinco!» Y el bullicio cesaba, los alumnos, que a la vez temían y adoraban al señor Bernard, se alineaban a lo largo del muro exterior del aula, en la galería del primer piso, hasta que, en filas por fin regulares e inmóviles, en silencio, un «Adentro, banda de renacuajos» los liberaba, dándoles la señal del movimiento y de una animación más discreta que el señor Bernard, sólido, elegantemente vestido, con su fuerte rostro regular coronado por cabellos un poco ralos pero muy lisos, oliendo a agua de colonia, vigilaba con buen humor y severidad.

La escuela quedaba en una parte relativamente nueva de ese viejo barrio, entre casas de una o dos plantas construidas poco después de la guerra del 70 y unos almacenes más recientes que habían terminado por unir la calle principal del barrio, la de Jacques, con la parte trasera del puerto de Argel, donde estaban los muelles del carbón. Jacques iba andando, dos veces por día, a esa escuela que había empezado a frecuentar a los cuatro años en la sección maternal, periodo del que no conservaba recuerdo alguno, salvo el de un lavabo de piedra oscura que ocupaba todo el fondo del patio cubierto donde aterrizó un día de cabeza, para levantarse bañado de sangre, la arcada superciliar abierta, entre las maestras enloquecidas, y fue así como trabó conocimiento con los puntos que apenas acaban de quitarle, a decir verdad, cuando hubo que ponérselos en la otra arcada, pues en la casa a su hermano se le había ocurrido encajarle hasta los ojos un viejo bombín y enfundarlo en un viejo abrigo que le trababa la marcha, de modo que dio con la cabeza contra uno de los morrillos despegado de las baldosas, y nuevamente en sangre. Pero ya iba a la maternal con Pierre, casi un año mayor que él, que vivía en una calle cercana con su madre también viuda de guerra, empleada de

Correols, y dos de sus tíos, que trabajaban en el ferrocarril. Sus respectivas familias eran vagamente amigas, o como se es en esos barrios, es decir, que se estimaban sin visitarse casi nunca y estaban decididos a ayudarse entre sí sin tener jamás ocasión de hacerlo. Sólo los niños se hicieron verdaderos amigos después de aquel primer día en que los dos, Jacques todavía con delantal y confiado a Pierre, consciente de sus pantalones y de su deber de hermano mayor, comenzaron la escuela maternal. Después habían recorrido juntos la sucesión de aulas hasta la última de primaria, a la que Jacques entró a los nueve años. Durante cinco años hicieron cuatro veces el mismo trayecto, uno rubio, el otro moreno, uno plácido, el otro inquieto, pero hermanos por origen y destino, buenos alumnos los dos y al mismo tiempo jugadores infatigables.

Jacques era más brillante en ciertas materias, pero su conducta y su atolondramiento, así como un deseo de lucirse que lo incitaba a hacer mil tonterías, daba ventaja a Pierre, más reflexivo y secreto. Se alternaban, pues, a la cabeza de la clase, sin pensar en envanecerse de ello, al contrario de sus familias. Sus placeres eran diferentes. Por la mañana, Jacques esperaba a Pierre al pie de su casa. Partían antes de que pasaran los basureros, o más exactamente la carreta tirada por un caballo herido en la rodilla que conducía un viejo árabe. La acera todavía estaba mojada por la humedad de la noche, el aire que llegaba del mar tenía gusto a sal. La calle de Pierre, que llevaba al mercado, estaba jalonada de cubos de basura que árabes o moros famélicos, a veces un viejo vagabundo español, destapaban al alba, hallando todavía algo que aprovechar en lo que las familias pobres y económicas desdeñaban y tiraban. Los cubos estaban por lo general destapados y a esa hora de la mañana los gatos vigorosos y flacos del barrio ocupaban el lugar de los andrajosos. Lo que intentaban los dos niños era llegar en silencio por detrás de los cubos para poner bruscamente la tapadera con el gato dentro. La hazaña no era fácil, pues los gatos, nacidos y crecidos en un barrio pobre, tenían la vigilancia y la rapidez de los animales acostumbrados a defender su

derecho a vivir. Pero a veces, hipnotizado por un *hallazgo* apetitoso y difícil de extraer del montón de basuras, uno de ellos se dejaba sorprender. La tapadera caía con ruido, el gato lanzaba un aullido de espanto, haciendo fuerza convulsivamente con el lomo y las uñas y conseguía levantar el techo de su cárcel de zinc emerger con el pelo erizado de terror y salir corriendo como si lo siguiera una jauría, en medio de las carcajadas de sus verdugos muy poco conscientes de su crueldad*.

A decir verdad, esos verdugos eran también inconsecuentes, pues perseguían con su aborrecimiento al cazador de perros, apodado por los niños del barrio Gallofa¹⁷ (que en español...). Este funcionario municipal actuaba aproximadamente a la misma hora, pero, según las necesidades, hacía también sus rondas por la tarde. Era un árabe vestido a la europea, ubicado por lo común en la parte trasera de un vehículo tirado por dos caballos y conducido por un viejo impasible, árabe también. El cuerpo del carro consistía en una especie de cubo de madera, a lo largo del cual había, de cada lado, una doble fila de jaulas con sólidos barrotes. En conjunto eran dieciséis jaulas, cada una de las cuales podía contener un perro, acorralado así entre los barrotes y el fondo. Encaramado en un pequeño estribo de la parte posterior del carro, con la nariz a la altura del techo de las jaulas el cazador podía vigilar su territorio de caza. El vehículo rodaba lentamente a través de las calles mojadas que empezaban a poblarse de niños camino de la escuela, amas de casa en busca del pan o la leche, con sus batas de felpa estampadas de flores violentas, y comerciantes árabes que iban al mercado con sus pequeños tenderetes plegados al hombro y en la mano una enorme espuerta de paja trenzada que contenía las mercancías. Y de pronto, a una señal del cazador, el viejo árabe tiraba de las riendas y el carro se detenía. El cazador había divisado una de sus miserables

* Exotismo la sopa de guisantes.

¹⁷ El origen de este nombre provenía de la primera persona que había aceptado esta tarea y que se llamaba realmente Gallofa.

presas escarbando febrilmente en un cubo de basuras, arrojando de vez en cuando miradas enloquecidas hacia atrás, o bien trotando velozmente a lo largo de una pared con ese aire apresurado e inquieto de los perros mal alimentados. Gallofa cogía entonces de lo alto del carro un vergajo terminado en una cadena de hierro que se deslizaba por un aro a lo largo del mango. Se adelantaba hacia el animal con el paso flexible, rápido y silencioso del trampero, lo alcanzaba y, si no llevaba el collar, que es la marca de los hijos de buena familia, corría hacia él¹⁸ con una brusca y asombrosa velocidad y le pasaba por el cuello su arma, que funcionaba entonces como un lazo de hierro y cuero. El animal, de pronto estrangulado, se debatía como un loco lanzando quejas inarticuladas. Pero el hombre [lo] arrastraba rápidamente hasta el vehículo, abría una de las puertas con barrotes y, levantando al perro que se estrangulaba cada vez más, lo arrojaba a la jaula con la precaución de hacer pasar el mango del lazo a través de los barrotes. Capturado el animal, aflojaba la cadena de hierro y liberaba su cuello. Por lo menos así ocurría cuando el perro no recibía la protección de los niños del barrio. Porque todos estaban coaligados contra Gallofa. Sabían que los perros capturados iban a parar a la perrera municipal, donde los guardaban tres días, transcurridos los cuales, si nadie los reclamaba, los animales eran sacrificados. Y aunque no lo supieran, el lamentable espectáculo de la carreta de la muerte de regreso de una ronda fructífera, cargada de desdichados animales de todo pelo y tamaño, espantados detrás de los barrotes y dejando una estela de gemidos y aullidos de muerte, hubiera bastado para indignarlos. Por eso, no bien aparecía en el barrio el carro celular, los niños se transmitían el alerta los unos a los otros. Ellos mismos se dispersaban por todas las calles del barrio para acosar a su vez a los perros, pero con objeto de expulsarlos a otros sectores de la ciudad, lejos del terrible lazo. Si a pesar de estas precauciones, como les ocurrió varias veces a Pierre y a Jacques, el cazador descubría en

¹⁸ *Sic.*

presencia de ellos un perro errante, la táctica era siempre la misma. Jacques y Pierre, antes de que el cazador pudiera acercarse bastante a su presa, empezaban a gritar: «Gallofa, Gallofa», con un tono tan agudo y tan terrible que el perro salía pitando y en pocos minutos estaba a salvo. En ese momento los dos niños tenían que demostrar también sus aptitudes para la carrera, pues el desdichado Gallofa, que recibía una prima por perro capturado, loco de rabia, los perseguía blandiendo el vergajo. Las personas mayores generalmente los ayudaban a escapar, ya fuese poniendo obstáculos a Gallofa, ya deteniéndolo sin más y rogándole que se ocupara de los perros. Los trabajadores del barrio, cazadores todos, en general amaban a los perros y no sentían estima alguna por ese extraño oficio. Como decía el tío Ernest: «¡Ese gandul!». Por encima de toda esta agitación, el viejo árabe que conducía los caballos imperaba, impasible, o, si las discusiones se prolongaban, empezaba tranquilamente a liar un cigarrillo. Y ya fuese capturando gatos o liberando perros, los niños corrían, esclavinas al viento en invierno y haciendo chasquear las alpargatas (llamadas *mevas*) en verano, hacia la escuela y el trabajo. Un vistazo a los escaparates de frutas al cruzar el mercado, según la estación, montañas de nísperos, naranjas y mandarinas, albaricoques, melocotones, mandarinas¹⁹, melones, sandías, desfilaban delante de ellos, que no las probarían o que, en cantidades limitadas, comerían las menos caras; dos o tres pases, sin soltar la cartera, a horcajadas en el gran estanque barnizado del surtidor, y corrían a lo largo de los depósitos del Boulevard Thiers, recibiendo en plena cara el olor de naranjas que salía de la fábrica donde las mondaban para preparar licores con la piel, remontaban la callecita de jardines y de villas para desembocar por fin en la Rue Aumerat, donde bullía una multitud infantil que, entre las conversaciones de unos y otros, esperaba que se abrieran las puertas.

Después venía la clase. Con el señor Bernard era siempre interesante por la sencilla razón de que él amaba apasiona-

¹⁹ *Sk.*

damente su trabajo. Fuera el sol podía aullar en las paredes leonadas mientras el calor crepitaba incluso dentro de la sala, a pesar de que estaba sumida en la sombra de unos estores de gruesas rayas amarillas y blancas. También podía caer la lluvia, como suele ocurrir en Argelia, en cataratas interminables, convirtiendo la calle en un pozo sombrío y húmedo: la clase apenas se distraía. Sólo las moscas, cuando había tormenta, perturbaban a veces la atención de los niños. Capturadas, aterrizaban en los tinteros, donde empezaban a morirse horriblemente, ahogadas en el fango violeta que llenaba los pequeños recipientes de porcelana de tronco cónico encajados en los agujeros del pupitre. Pero el método del señor Bernard, que consistía en no aflojar en materia de conducta y por el contrario en dar a su enseñanza un tono viviente y divertido, triunfaba incluso sobre las moscas. Siempre sabía sacar del armario, en el momento oportuno, los tesoros de la colección de minerales, el herbario, las mariposas y los insectos disecados, los mapas o... que despertaban el interés languideciente de sus alumnos. Era el único de la escuela que había conseguido una linterna mágica y dos veces por *mes hacía proyecciones* sobre temas de historia natural o de geografía. En aritmética había instituido un concurso de cálculo mental que obligaba al alumno a ejercitar su rapidez intelectual. Lanzaba a la clase, donde todos debían estar de brazos cruzados, los términos de una división, una multiplicación o, a veces, una suma un poco complicada. «¿Cuánto suman $1.267 + 691$?» El primero que acertaba con el resultado justo ganaba un punto que se acreditaba en la clasificación mensual. Para lo demás utilizaba los manuales con competencia y precisión... Los manuales eran siempre los que se empleaban en la metrópoli. Y aquellos niños que sólo conocían el siroco, el polvo, los chaparrones prodigiosos y breves, la arena de las playas y el mar llameante bajo el sol, leían aplicadamente, marcando los puntos y las comas, unos relatos para ellos míticos en que unos niños con gorro y bufanda de íana, calzados con zuecos, volvían a casa con un frío glacial arrastrando haces de leña por caminos cubiertos de nieve, hasta que divisaban

el tejado nevado de la casa y el humo de la chimenea les hacía saber que la sopa de guisantes se cocía en el fuego. Para Jacques esos relatos eran la encarnación del exotismo. Soñaba con ellos, llenaba sus ejercicios de redacción con las descripciones de un mundo que no había visto nunca, e interrogaba incesantemente a su abuela sobre una nevada que había caído durante una hora, veinte años atrás, en la región de Argel. Para él esos relatos formaban parte de la poderosa poesía de la escuela alimentada también por el olor del barniz de las reglas y los lapiceros, por el sabor delicioso de la correa de su cartera que mordisqueaba interminablemente, aplicándose con ahínco a sus deberes, por el olor amargo y áspero de la tinta violeta, sobre todo cuando le tocaba el turno de llenar los tinteros con una enorme botella oscura en cuyo tapón se hundía un tubo acodado de vidrio y Jacques husmeaba con felicidad el orificio del tubo, por el suave contacto de las páginas lisas y lustrosas de ciertos libros que despedían también un buen olor de imprenta y cola, y finalmente, los días de lluvia, por ese olor de lana mojada que despedían los chaquetones en el fondo de la sala y que era como la prefiguración de ese universo edénico donde los niños con zuecos y gorro de lana corrían por la nieve hacia la casa caldeada.

Sólo la escuela proporcionaba esas alegrías a Jacques y a Pierre. E indudablemente lo que con tanta pasión amaban en ella era lo que no encontraban en casa, donde la pobreza y la ignorancia volvían la vida más dura, más desolada, como encerrada en sí misma; la miseria es una fortaleza sin puente levadizo.

Pero no era sólo eso, porque Jacques se sentía el más miserable de los niños durante las vacaciones, cuando para librarse de ese chico infatigable, la abuela lo mandaba con otros cincuenta niños y un puñado de monitores, a una colonia de vacaciones en las montañas del Zacear, en Miliana, donde ocupaban una escuela provista de dormitorios, comían y dormían confortablemente, jugaban y se paseaban el día entero vigilados por amables enfermeras, y con todo eso, al llegar la noche, cuando la sombra subía a toda velo-

ciudad por la pendiente de las montañas y desde el cuartel vecino el clarín, en el enorme silencio de la pequeña ciudad perdida en las montañas, a unos cien kilómetros de cualquier lugar realmente concurrido, empezaba a lanzar las notas melancólicas del toque de queda, el niño sentía que lo invadía una desesperación sin límites y lloraba en silencio por la pobre casa, desposeída de todo, de su infancia ”.

No, la escuela no sólo les ofrecía una evasión de la vida de familia. En la clase del señor Bernard por lo menos, la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial todavía para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba a un ganso. Les presentaban un alimento ya preparado rogándoles que tuvieran a bien tragarlo. En la clase del señor Germain²⁰, sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se los juzgaba dignos de descubrir el mundo. Más aún, el maestro no se dedicaba solamente a enseñarles lo que le pagaban para que enseñara: los acogía con simplicidad en su vida personal, la vivía con ellos contándoles su infancia y la historia de otros niños que había conocido, les exponía sus propios puntos de vista, no sus ideas, pues siendo, por ejemplo, anticlerical como muchos de sus colegas, nunca decía en clase una sola palabra contra la religión ni contra nada de lo que podía ser objeto de una elección o de una convicción, y en cambio condenaba con la mayor energía lo que no admitía discusión: el robo, la delación, la indelicadeza, la suciedad.

Pero, sobre todo, les hablaba de la guerra, todavía muy cercana y que había hecho durante cuatro años, de los padecimientos de los soldados, de su coraje, de su paciencia y de la felicidad del armisticio. Al final de cada trimestre antes de despedirlos para las vacaciones y de vez en cuando, si el calendario lo permitía, tenía la costumbre de leerles largos pasajes de *Les Croix de bois*^b, de Dorgelès. A Jacques esas

^a Ampliar, y exaltar la escuela laica.

^b Ver el volumen.

²⁰ Aquí el autor da al maestro su verdadero nombre.

lecturas le abrían todavía más las puertas del exotismo, pero de un exotismo en el que rondaban el miedo y la desgracia, aunque nunca hubiera hecho un paralelo, salvo teórico, con el padre a quien jamás había conocido. Sólo escuchaba con toda el alma una historia que su maestro leía con toda el alma y que le hablaba otra vez de la nieve y de su amado invierno, pero también de hombres singulares, vestidos con pesadas telas encostradas de barro, que hablaban una lengua extraña y vivían en agujeros bajo un techo de obuses, de cohetes y de balas. El y Pierre esperaban la lectura con impaciencia cada vez mayor. Esa guerra de la que todo el mundo hablaba todavía (y Jacques escuchaba en silencio, pero sin perder palabra, a Daniel, cuando contaba a su manera la batalla del Mame, en la que había intervenido y de la que aún no sabía cómo había vuelto cuando a ellos, los zuavos, los habían puesto de cazadores y después, a la carga, bajaban a un barranco y no tenían a nadie delante y avanzaban y de pronto los soldados ametralladores, cuando estaban en mitad de la bajada, caían unos sobre otros, y el fondo del barranco lleno de sangre, y los que gritaban mamá, era terrible), que los sobrevivientes no podían olvidar y cuya sombra planeaba sobre lo que se decidía alrededor de ellos y sobre los proyectos que se hacían para que la historia fuera fascinante y más extraordinaria que todos los cuentos de hadas que se leían en otras clases y que ellos hubieran escuchado decepcionados y aburridos si el señor Bernard hubiese decidido cambiar de programa. Pero él continuaba, las escenas divertidas alternaban con descripciones terribles, y poco a poco los niños africanos trababan relación con... x y z, que pasaban a formar parte de su mundo, hablaban entre ellos como si fueran viejos amigos, presentes y tan vivos que, Jacques por lo menos, no imaginaba ni por un segundo que, aunque hubiesen vivido en la guerra, pudieran correr el riesgo de ser sus víctimas. Y el día, al final del año, en que, habiendo llegado al término del libro*, el señor Bernard leyó con voz más sorda la muerte de

* Novela.

D., cuando cerró el libro en silencio, confrontado con su emoción y sus recuerdos para alzar después los ojos hacia la clase sumida en el estupor y el silencio, vio a Jacques en la primera fila que lo miraba fijo, la cara bañada en lágrimas, sacudido por sollozos interminables, que parecían no cesar nunca.

—Vamos, vamos pequeños —dijo el señor Bernard con voz apenas perceptible, y se puso de pie para guardar el libro en el armario, de espaldas a la clase.

—Espera, pequeño —dijo el señor Bernard. Se levantó con esfuerzo, pasó la uña del índice por los barrotes de la jaula del canario que cantaba con todas sus fuerzas—: Ah, *Casimir*, tenemos hambre, pidámosle a papá —y se acercó hasta su pequeño pupitre de escolar en el fondo de la habitación, cerca de la chimenea. Revolvió en un cajón, lo cerró, abrió otro, sacó algo.

—Toma —dijo—, es para ti.

Jacques recibió un libro forrado con papel de estraza y sin nada escrito en la cubierta. Aun antes de abrirlo, supo que era *Les Croix de bois*, el mismo ejemplar que el señor Bernard les leía en clase.

—No, no —dijo—, es... —Quiso decir: «Es demasiado bello». No encontraba las palabras.

El señor Bernard meneó su vieja cabeza.

—El último día lloraste, ¿te acuerdas? Desde ese día, el libro es tuyo. —Y se volvió para esconder sus ojos súbitamente enrojecidos.

Regresó a su escritorio con las manos a la espalda, se acercó a Jacques y, blandiendo debajo de su nariz una regla roja corta y fuerte", le dijo riendo:

—¿Te acuerdas del pirulí?

—¡Ah, señor Bernard —dijo Jacques—, así que lo ha conservado! Sabe que ahora está prohibido.

—Bah, en aquellos tiempos también estaba prohibido. ¡Sin embargo, eres testigo de que yo lo utilizaba!

* *Los castigos.*

Jacques era testigo, pues el señor Bernard era partidario de los castigos corporales. La penalidad corriente consistía solamente, es verdad, en malas notas que, deducidas al final del mes del número de puntos ganados por el alumno, lo hacían bajar en la clasificación general. Pero en los casos graves, el maestro no se molestaba, como solían hacerlo sus colegas, en enviar al contraventor a la dirección. Él mismo actuaba siguiendo un rito inmutable. «Pobre Robert», decía con calma y conservando el buen humor, «habrá que pasar al pirulí.» En la clase nadie reaccionaba (como no fuera para reír solapadamente, según la regla constante del corazón humano que hace que el castigo de unos sea sentido como un goce por otros)*. El niño se ponía de pie, pálido, pero en la mayoría de los casos trataba de aparentar una calma que no tenía (algunos se levantaban del pupitre tragándose ya las lágrimas y encaminándose al escritorio junto al cual estaba de pie el señor Bernard, delante de la pizarra). Siempre siguiendo el rito, en el que entraba ahora una pizca de sadismo, los propios Robert o Joseph iban a buscar el «pirulí», que estaba sobre el escritorio, para entregarlo al sacrificador.

El pirulí era una gruesa y corta regla de madera roja, manchada de tinta, deformada por muescas y tajos, que el maestro había confiscado mucho tiempo atrás a un discípulo olvidado; el alumno la entregaba al maestro, que la recibía generalmente con aire socarrón y separando las piernas. El niño tenía que poner la cabeza entre las rodillas del maestro, quien, apretando los muslos, la sujetaba con fuerza. Y en las nalgas así expuestas, el señor Bernard asestaba, según fuese la ofensa, un número variable de buenos reglazos repartidos equitativamente en cada una de ellas. Las reacciones a este castigo eran diferentes según los alumnos. Unos se quejaban aun antes de recibir los golpes, y el maestro impávido observaba entonces que eran anticipados, otros se protegían ingenuamente las nalgas con las manos que el señor Bernard apartaba con un golpe negligente. Otros, bajo la quemadu-

* O el castigo de unos hace gozar a los otros.

ra de los reglazos, pataleaban ferozmente. Los había también, como Jacques, que soportaban los golpes sin soltar una palabra, temblando, y que volvían a su lugar tragando gruesas lágrimas. En general, sin embargo, este castigo era aceptado sin amargura, primero porque casi todos recibían golpes en sus casas y el correctivo les parecía un modo natural de educación, y después porque la equidad del maestro era absoluta, se sabía de antemano qué infracciones, siempre las mismas, acarreaban la ceremonia expiatoria, y todos los que franqueaban el límite de las acciones que sólo merecían una mala nota sabían lo que arriesgaban, y que la sentencia se aplicaba tanto a los primeros como a los últimos, con una equidad entusiasta. Jacques, a quien evidentemente el señor Bernard quería mucho, pasaba por ello como los demás, e incluso pasó por ello al día siguiente de que el maestro le manifestara públicamente su preferencia. Un día que Jacques había pasado al frente y, habiendo respondido bien, el señor Bernard le acarició la mejilla y una voz en la sala murmuró: «Enchufado», el señor Bernard lo estrechó y dijo con cierta gravedad:

—Sí, tengo preferencia por Cormery como por todos los que entre vosotros perdieron a su padre en la guerra. Yo hice la guerra con sus padres y estoy vivo. Aquí trato de reemplazar por lo menos a mis camaradas muertos. ¡Y ahora, si alguien quiere decir «enchufado», que lo diga!

Esta arenga fue acogida con un silencio absoluto. A la salida, Jacques preguntó quién lo había llamado «enchufado». En efecto, aceptar semejante insulto sin reaccionar era perder el honor.

—Yo —dijo Muñoz, un chico alto y rubio bastante blando y desteñido, que rara vez se hacía oír, pero que siempre había manifestado su antipatía hacia Jacques.

—¿Ah sí? —dijo Jacques—. Pues tu madre es una puta*.

Este también era un insulto ritual que llevaba inmediatamente al combate, el insulto a la madre y a los muertos fue desde siempre el más grave a orillas del Mediterráneo. Pese

• Y putos tus muertos.

a todo, Muñoz dudaba. Sin embargo, los ritos son los ritos y los otros hablaron por él.

—Ale, al campo verde.

El campo verde era, no lejos de la escuela, una especie de terreno baldío cubierto con parches de hierba enfermiza y atestado de viejos aros, latas de conserva y barriles podridos. Allí tenían lugar las «agarradas». Eran éstas simplemente duelos en los que los puños reemplazaban la espada, pero que obedecían a un ceremonial idéntico, por lo menos en espíritu. En efecto, tenían por objeto liquidar una querella en la que estaba en juego el honor de uno de los adversarios, fuese porque se hubiera insultado a sus ascendientes directos o a sus abuelos, o despreciado su nacionalidad o su raza, o porque hubiese sido delatado o acusado de ello, robado o acusado de haber robado, o por razones más oscuras, como las que surgen todos los días en una sociedad de niños. Cuando uno de los alumnos estimaba, o sobre todo cuando los demás estimaban en su lugar (y él lo advertía), que había sido ofendido de tal manera que debía lavar la afrenta, la fórmula ritual era: «A las cuatro en el campo verde». Una vez pronunciada la fórmula, la excitación disminuía y cesaban los comentarios. Cada uno de los adversarios se retiraba, seguido por sus camaradas. Durante las clases siguientes la noticia corría de banco en banco con los nombres de los campeones a quienes los compañeros miraban de reojo y que simulaban la calma y la resolución propias de la virilidad. Pero la procesión iba por dentro, y a los más valientes los distraía de sus tareas la angustia de ver llegar el momento en que tendrían que afrontar la violencia. No se podía permitir que los compañeros del bando contrario se burlaran y acusaran al campeón, según la expresión consagrada, de «contener la cagalera».

Jacques, una vez cumplido su deber de hombre retando a Muñoz, la contenía en todo caso esforzadamente, como cada vez que se hallaba en situación de hacer frente a la violencia y de ejercerla. Pero había tomado una resolución y no era cuestión, ni por un segundo, de dar marcha atrás. Las cosas eran así y él sabía también que esa leve repugnancia

que le apretaba el estómago antes de la acción desaparecería en el momento del combate, arrastrado por su propia violencia, que por lo demás lo favorecía tácticamente tanto como... y que le había valido²¹.

La tarde del combate con Muñoz todo se desarrolló según el ritual. Los combatientes, seguidos por sus hinchas convertidos en masajistas y llevando ya la cartera del campeón, fueron los primeros en llegar al campo verde, seguidos por todos aquellos atraídos por la gresca y que en el campo de batalla rodeaban a los adversarios, mientras éstos ya se quitaban la esclavina y la chaqueta entregándolas a los masajistas. Esta vez la impetuosidad favoreció a Jacques, que fue el primero en adelantarse, sin demasiada convicción, e hizo retroceder a Muñoz, quien, al hacerlo en desorden y parando torpemente los ganchos de su adversario, alcanzó a Jacques en la mejilla con un golpe que le dolió y lo llenó de una cólera ciega acentuada por los gritos, las risas y las manifestaciones de aliento de los presentes.

Abalanzándose sobre Muñoz, le asestó una lluvia de puñetazos, lo desarmó y tuvo la suerte de colocarle un gancho rabioso en el ojo derecho del desdichado, que, en pleno desequilibrio, cayó lamentablemente de culo, llorando con un ojo, mientras el otro se hinchaba rápidamente. El ojo morado, golpe supremo y muy anhelado, porque era una consagración de varios días, además de visible, el triunfo del vencedor, provocó en todos los asistentes gritos de indios sioux. Muñoz no se levantó de inmediato y en seguida Pierre, el amigo íntimo, intervino con autoridad para proclamar vencedor a Jacques, ponerle la chaqueta, cubrirlo con la esclavina y llevárselo rodeado de un cortejo de admiradores, mientras Muñoz se incorporaba, siempre llorando, y se vestía en medio de un pequeño círculo consternado. Jacques, aturcido por la rapidez de una victoria que no se esperaba tan completa, apenas escuchaba a su alrededor las felicitaciones y los relatos ya adornados del combate. Quería sentir

²¹ Aquí se interrumpe el pasaje.

su vanidad satisfecha, y en parte ya lo había conseguido, y, sin embargo, en el momento de salir del campo verde, volviéndose hacia Muñoz, súbitamente una sorda tristeza lo acongojó de pronto al ver la cara descompuesta del que había recibido sus golpes. Y supo así que la guerra no es buena, porque vencer a un hombre es tan amargo como ser vencido por él.

Para completar su educación, se le hizo saber sin tardanza que la roca Tarpeya está cerca del Capitolio. Al día siguiente, en efecto, bajo las palmadas admirativas de sus camaradas, se creyó obligado a adoptar un aire jactancioso y a fanfarronear. Como al comienzo de la clase Muñoz no respondiera al llamamiento y los vecinos de Jacques comentaran esta ausencia con risitas irónicas y guiños al vencedor, éste tuvo la debilidad de mostrar a sus camaradas su ojo semicerrado hinchando la mejilla y, sin darse cuenta de que el maestro lo miraba, se entregó a una mímica grotesca que desapareció en un abrir y cerrar de ojos cuando la voz del maestro resonó en la sala repentinamente silenciosa:

—Pobre enchufado —dijo, socarrón—, tienes derecho como los otros al pirulí.

El triunfador tuvo que levantarse, buscar el instrumento del suplicio y, envuelto en el fresco olor de agua de colonia que rodeaba al señor Bernard, adoptar la posición ignominiosa del supliciado.

El asunto Muñoz no había de concluir con esta lección de filosofía práctica. La ausencia del chico duró dos días, y Jacques estaba vagamente inquieto a pesar de su aire de suficiencia cuando, el tercer día, un alumno de un curso superior entró en la clase y previno al maestro que el director quería ver al alumno Cormery. El director sólo llamaba en casos graves y el maestro, alzando sus gruesas cejas, se limitó a decir:

—Date prisa, mosquito. Espero que no hayas hecho una barrabasada.

Jacques, doblándosele las piernas, siguió al alumno mayor por la galería que corría sobre el patio de cemento con sus terebintos, cuya sombra mezquina no protegía del calor

tórrido, hasta el despacho del director, que se hallaba en el otro extremo de la galería. Lo primero que vio al entrar fue, delante del escritorio del director, a Muñoz escoltado por una señora y un señor de aire ceñudo. A pesar del ojo tumefacto y totalmente cerrado que desfiguraba a su compañero, sintió alivio al verlo vivo. Pero no tuvo tiempo de saborear ese alivio.

—¿Le has pegado a tu compañero? —dijo el director, un hombrecito calvo de cara sonrosada y voz enérgica.

—Sí —respondió Jacques con voz neutra.

—Ya se lo dije, señor —intervino la señora—. André no es un sinvergüenza.

—Nos peleamos —dijo Jacques.

—No quiero saberlo —le interrumpió el director—. Ya sabes que tengo prohibidas las luchas, incluso fuera de la escuela. Has hecho daño a tu compañero y hubiera podido ser peor. Como primera advertencia estarás de plantón una semana durante todos los recreos. Si vuelves a hacerlo, serás expulsado. Comunicaré a tus padres este castigo. Puedes volver a clase.

Jacques, estupefacto, no se movía.

—Vete —dijo el director.

—¿Qué ha pasado, Fantomas? —dijo el señor Bernard cuando Jacques volvió al aula.

Jacques lloraba.

—Vamos, dime qué ha pasado.

El niño, con voz entrecortada, anunció primero el castigo y, después, que los padres de Muñoz habían presentado una queja y contó al fin la batalla.

—¿Por qué os habéis peleado?

—Me llamó «enchufado».

—¿Por segunda vez?

—No, aquí en clase.

—¡ Ah, fue él! Y te pareció que yo no te había defendido bastante.

Jacques miraba al señor Bernard con toda el alma.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Usted... —Y estalló en verdaderos sollozos.

—Ve a sentarte —dijo el señor Bernard.
—No es justo —dijo el niño llorando.
—Sí —asintió en voz baja el maestro²².

Al día siguiente, durante el recreo, Jacques estaba de plantón en el fondo del patio, de espaldas a los gritos alegres de sus compañeros. Se apoyaba alternadamente en cada pierna¹, muerto de ganas de correr él también. De vez en cuando echaba una mirada hacia atrás y veía al maestro que se paseaba con sus colegas en un rincón del patio, sin mirarlo. Pero el segundo día, llegó por detrás, sin que él lo viera, y le dio una palmadita en la nuca:

—No pongas esa cara de viernes trece. Muñoz también está castigado. Vamos, te permito mirar.

Del otro lado del patio, Muñoz estaba, en efecto, solo y lúgubre.

—Tus cómplices se niegan a jugar con él durante toda la semana que estés de plantón. —El señor Bernard se reía—. Ya ves, los dos estáis castigados. —Y se inclinó hacia el niño para decirle, con una risa de afecto que invadió de ternura el corazón del condenado—: ¡Oye, mosquito, viéndote nadie creería que tienes ese gancho!

A aquel hombre que hablaba hoy a su canario y que lo llamaba «pequeño» cuando ya tenía cuarenta años, Jacques nunca había dejado de quererlo, aun cuando el tiempo, el alejamiento y por último la Segunda Guerra Mundial lo hubieran separado de él, primero en parte, después del todo, dejándolo sin noticias, y se alegró como un niño cuando en 1945 un reservista maduro con su capote militar llamó a su puerta en París, y era el maestro que se había reenganchado, «no para hacer la guerra», decía, «sino contra Hider, y tú también, pequeño, has peleado, ¡ah!, yo sabía que eras de buena ley, tampoco has olvidado a tu madre, espero, bueno, no hay en el mundo nada mejor que tu mamá, y ahora regreso a Argel, ven a verme», y Jacques iba a verlo

¹ Señor, me hizo una zancadilla.

²² El pasaje se interrumpe aquí.

todos los años desde hacía quince, todos los años como hoy, en que besaba antes de irse al viejo emocionado que le tendía la mano en el umbral de la puerta, y era él quien lo había echado al mundo, asumiendo sólo la responsabilidad de desarraigarlo para que pudiera hacer descubrimientos todavía más importantes*.

El año escolar llegaba a su fin y el señor Bernard había retenido a Jacques, a Pierre, a Fleury, una especie de fenómeno que destacaba por igual en todas las materias, «tiene una cabeza de superdotado», decía el maestro, y Santiago, un muchacho guapo, menos inteligente pero que triunfaba a fuerza de aplicación:

—Bueno —dijo el señor Bernard cuando se vació el aula—. Vosotros sois mis mejores alumnos. He decidido presentaros a la beca de los liceos y colegios. Si vuestros resultados son buenos, obtendréis una beca para hacer todos vuestros estudios en el liceo hasta el bachillerato. La escuela primaria es la mejor de todas. Pero no lleva a ninguna parte. El liceo abre todas las puertas. Y prefiero que sean los chicos pobres como vosotros los que entren por esas puertas. Pero para eso necesito la autorización de vuestros padres. Ale, a volar.

Y salieron pitando, desconcertados y, sin comentarlo siquiera, se separaron. Jacques encontró a su abuela sola en casa limpiando lentejas sobre el hule de la mesa, en el comedor. Vacilaba, y decidió esperar el regreso de su madre. Ésta llegó, visiblemente cansada, se puso un mandil de cocina y empezó a ayudar a la abuela. Jacques ofreció su colaboración, y le dieron el plato de gruesa porcelana blanca en el cual era más fácil separar las piedras de las lentejas buenas. Con la nariz metida en el plato, anunció la buena nueva.

—¿Qué historia es ésta? —dijo la abuela—. ¿A qué edad se pasa el bachillerato?

—Pasados seis años —dijo Jacques.

La abuela retiró el plato.

* La beca.

—¿Has oído? —dijo a Catherine Cormery, que no había oído.

Jacques, lentamente, le repitió la noticia.

—¡Ah! —dijo—, eso es porque eres inteligente.

—Inteligente o no, hay que colocarlo como aprendiz el año próximo. Sabes de sobra que no tenemos dinero. Traerá su salario semanal.

—Es cierto —dijo Catherine.

Fuera la luz y el calor empezaban a aflojar. A esa hora en que los talleres funcionaban a toda máquina, el barrio estaba vacío y silencioso. Jacques miraba la calle. No sabía qué quería, salvo que deseaba obedecer al señor Bernard. Pero a los nueve años, no podía ni sabía desobedecer a su abuela. Ésta, sin embargo, evidentemente dudaba.

—¿Qué harías después?

—No sé. Tal vez ser maestro, como el señor Bernard.

—¡Sí, dentro de seis años! —Escogía las lentejas más lentamente—. Bien —dijo—, decididamente no, somos demasiado pobres. Le dirás al señor Bernard que no podemos.

Al día siguiente los otros tres anunciaron a Jacques que sus familias habían aceptado.

—¿Y tú?

—No sé —dijo, y sentirse de golpe todavía más pobre que sus amigos le encogió el corazón.

Después de la clase, se quedaron los cuatro. Pierre, Fleury y Santiago dieron su respuesta.

—¿Y tú, mosquito?

—No sé. —El señor Bernard lo miraba.

—Está bien —dijo a los otros—. Pero tendréis que trabajar conmigo por las tardes después de clase. Ya lo arreglaré, podéis iros.

Cuando hubieron salido, el maestro se sentó en su sillón e hizo que Jacques se acercara.

—¿Qué pasa?

—Mi abuela dice que somos demasiado pobres y que tengo que trabajar el año próximo.

—¿Y tu madre?

—Mi abuela es la que manda.

—Ya lo sé —dijo el señor Bernard. Reflexionaba, después cogió a Jacques en sus brazos—. Escucha: hay que comprenderla. La vida es difícil para ella. Para las dos; os han criado a ti y a tu hermano, y han hecho de vosotros unos chicos buenos. Y tiene miedo, es natural. Habrá que ayudarte un poco más, a pesar de la beca, y en todo caso no llevarás dinero a casa durante seis años. ¿La comprendes?

Jacques sacudió la cabeza afirmativamente sin mirar a su maestro.

—Bueno. Pero tal vez sea posible explicárselo. Coge tu cartera, voy contigo.

—¿A casa? —dijo Jacques.

—Sí, muchacho, me encantará ver a tu madre.

Un momento después, el señor Bernard, bajo la mirada pasmada de Jacques, llamaba a la puerta de la casa. La abuela salió a abrir secándose las manos en el mandil, que, con un cordón demasiado ajustado, hacía resaltar su vientre de vieja. Cuando vio al maestro, se llevó la mano al pelo para acomodárselo.

—¿Atareada, abuelita —dijo el señor Bernard—, como de costumbre? ¡Ah, ya es mérito el suyo!

La abuela hizo entrar al visitante en el dormitorio por el que había que pasar para llegar al comedor, lo sentó junto a la mesa, sacó unos vasos y el anisete.

—No se moleste, he venido a charlar un momento con usted.

Empezó preguntándole por sus hijos, después por su vida en la finca, por su marido, habló de sus propios hijos. En ese momento entró Catherine Cormery, que se puso nerviosa, llamó al señor Bernard «señor maestro», corrió a su cuarto a peinarse y ponerse un mandil limpio, y volvió a instalarse en la punta de una silla, un poco separada de la mesa.

—Tú —dijo el señor Bernard a Jacques—, sal a la calle a ver si estoy. Voy a hablar bien de él, ¿comprende?, y es capaz de creerse que es cierto...

Jacques salió, bajó precipitadamente las escaleras y se plantó en el umbral de la puerta de entrada. Una hora más tarde cuando la calle se iba animando y a través de los ficus

el cielo viraba al verde, el maestro salió de la escalera y apareció por detrás. Le rascó la cabeza.

—Bueno —dijo—, ya está arreglado. Tu abuela es una buena mujer. En cuanto a tu madre... ¡Ah —dijo—, no la olvides nunca!

—Señor —dijo de pronto la abuela surgiendo del pasillo. Se sujetaba el mandil con una mano y se secaba los ojos—. Había olvidado... usted me dijo que daría unas lecciones suplementarias a Jacques.

—Desde luego —dijo el maestro—. Y no será divertido, créame.

—Pero no podremos pagarle. —El señor Bernard la miraba atentamente. Sujetaba a Jacques por los hombros.

—No se preocupe —y sacudía a Jacques—, Jacques ya me ha pagado.

El señor Bernard se había marchado y la abuela cogía a Jacques de la mano para subir al apartamento, y por primera vez se la apretó, muy fuerte, con una especie de ternura desesperada.

—Pequeño mío —decía—, pequeño mío.

Durante un mes, todos los días después de clase, el maestro se quedaba dos horas con los cuatro niños y los hacía estudiar. Jacques volvía por la noche fatigado y a la vez excitado, y con los deberes por hacer. La abuela lo miraba con una mezcla de tristeza y de orgullo.

—Tiene una buena cabeza —decía Ernest, convencido, dándose puñetazos en el cráneo.

—Sí —decía la abuela—. ¿Pero qué va a ser de nosotros?

Una noche tuvo un sobresalto:

—¿Y su primera comunión?

A decir verdad, la religión no ocupaba lugar en la familia²³. Nadie iba a misa, nadie invocaba o enseñaba los divinos mandamientos, nadie aludía tampoco a las recompensas y a los castigos del más allá. Cuando decían de alguien, delante de la abuela, que había muerto: «Bueno»,

²³ Al margen: tres líneas ilegibles.

decía, «estiró la pata». Si se trataba de una persona por quien se suponía que sentía afecto: «Pobre», decía, «todavía era joven», aunque el difunto hubiera llegado hacía tiempo a la edad de morir. En ella era un comportamiento inconsciente. Porque había visto morir a muchos a su alrededor. A sus dos hijos, su marido, su yerno y todos sus sobrinos en la guerra. Pero justamente, la muerte le era tan familiar como el trabajo y la pobreza, no pensaba en ella sino que en cierto modo la vivía, y además la necesidad del presente era demasiado fuerte en su caso, más aún que en el de los argelinos en general, privados por sus preocupaciones y por su destino colectivo, de esa piedad fúnebre que florece en la cumbre de las civilizaciones*. Para ellos, era una prueba que había que afrontar, como sus predecesores, de los que no hablaban nunca, o se esforzaban por mostrar ese coraje que consideraban la virtud principal del hombre, pero que entretanto, era preciso tratar de olvidar y de apartar. (De ahí el aspecto de broma que cobraba todo entierro. ¿El primo Maurice?) Si a esta disposición general se añadía la aspereza de la lucha y el trabajo cotidianos, sin contar, en lo que concierne a la familia de Jacques, el desgaste terrible de la pobreza, resulta difícil encontrar el lugar de la religión. Para el tío Ernest, que vivía en el plano de la nueva sensación, la religión era lo que veía, es decir, el cura y la pompa. Recurriendo a sus aptitudes cómicas, no perdía ocasión de mimar las ceremonias de la misa, adornándolas con una [sarta] de onomatopeyas que remedaban el latín, y para terminar, imitaba tanto a los fieles bajando la cabeza al son de la campanilla, como al sacerdote, que, aprovechando esa posición, bebía subrepticamente el vino de la misa. En cuanto a Catherine Cormery, era la única cuya dulzura podía hacer pensar en la fe, pero justamente la dulzura era su fe misma. No negaba ni aprobaba, se reía un poco de las bromas de su hermano, pero decía «señor cura» a los sacerdotes que encontraba. No hablaba nunca de Dios. Esa palabra, a decir verdad, Jacques jamás la había oído pronunciar

* *La mort en Algérie*,

durante toda su infancia, y a él mismo le traía sin cuidado. La vida, misteriosa y resplandeciente, bastaba para colmarlo enteramente.

A pesar de eso, si se trataba en la familia de un entierro civil, no era raro que, paradójicamente, la abuela o incluso el tío lamentaran la ausencia de un sacerdote: «Como un perro», decían. Para ellos, como para la mayoría de los argelinos, la religión formaba parte de la vida social y sólo de ella. Se era católico como se es francés, y ello obliga a cierto número de ritos. A decir verdad, esos ritos eran exactamente cuatro: el bautismo, la primera comunión, el sacramento del matrimonio (si había matrimonio) y los últimos sacramentos. Entre esas ceremonias, forzosamente muy espaciadas, uno se ocupaba de otras cosas, y ante todo de sobrevivir.

Caía, pues, por su propio peso que Jacques debía hacer la primera comunión como la había hecho Henri, que guardaba el peor recuerdo, no de la ceremonia misma, sino de sus consecuencias sociales y en particular de las visitas que había tenido que hacer a continuación durante varios días, con el brazal puesto, a los amigos y parientes obligados a regalar una pequeña suma de dinero que el niño recibía con embarazo y que la abuela recuperaba, dejando a Henri una pequeñísima parte y guardando el resto, porque la comunión «costaba». Pero esta ceremonia se celebraba alrededor del duodécimo aniversario del niño, que durante dos años debía recibir lecciones de catecismo. Jacques, pues, tendría que hacer la primera comunión durante el segundo o tercer año de liceo. Pero justamente esa idea sobresaltaba a la abuela. Se hacía del liceo una idea oscura y un poco aterradora, como de un lugar donde había que estudiar diez veces más que en la escuela primaria, puesto que de tales estudios resultaba una situación económica mejor y, para ella, no había progreso material posible sin un aumento de trabajo. Por otra parte, deseaba con todas sus fuerzas el éxito de Jacques, dados los sacrificios que acababa de aceptar anticipadamente, y se imaginaba que el tiempo del catecismo se restaría al del estudio.

—No —dijo—, no puedes ir a la vez al liceo y al catecismo.

—Bueno. No haré la primera comunión —asumió Jacques, que pensaba sobre todo en escapar del incordio de las visitas y de la humillación insoportable que representaba para él recibir dinero.

La abuela lo miró.

—¿Por qué? La cosa tiene arreglo. Vístete. Vamos a ver al cura.

Se levantó y entró con aire resuelto en su cuarto. Al volver, se había quitado la blusa y la falda de trabajo, se había puesto su único vestido para salir []²⁴ abotonado hasta el cuello y atado a la cabeza el pañuelo de seda negra. Los bandos de pelo blanco asomaban por debajo, los ojos claros y la boca firme eran la imagen misma de la resolución.

En la sacristía de la iglesia Saint-Charles, un espantoso edificio gótico moderno, se sentó con Jacques de la mano, de pie a su lado, frente al cura, un hombre gordo de unos sesenta años, de cara redonda, un poco blanda, con una gran nariz, la boca gruesa y una sonrisa bondadosa bajo su corona de pelo plateado, las manos juntas sobre la sotana que estiraban las rodillas separadas.

—Quiero —dijo la abuela— que el niño haga su primera comunión.

—Está muy bien, señora, haremos de él un buen cristiano. ¿Cuántos años tiene?

—Nueve.

—Tiene usted razón en hacerle aprender tempranamente el catecismo. En tres años estará perfectamente preparado para el gran día.

—No —dijo la abuela secamente—. Tiene que hacerla en seguida.

—¿En seguida? Las comuniones serán dentro de un mes y no puede presentarse al altar sin, por lo menos, dos años de catecismo.

²⁴ Una palabra ilegible.

La abuela explicó la situación. Pero el cura no estaba nada convencido de que fuera imposible hacer frente a los estudios secundarios y a la instrucción religiosa. Con paciencia y bondad, invocaba su experiencia, daba ejemplos... La abuela se puso de pie.

—En ese caso, no hará la primera comunión. Ven, Jacques —y se iba ya con el niño hacia la salida.

Pero el cura se precipitó tras ellos.

—Espere, señora, espere —y suavemente la llevó de vuelta a su lugar, trató de persuadirla.

La abuela sacudía la cabeza como una vieja muía obstinada.

—O la hace en seguida o no la hace.

Finalmente el cura cedió. Quedó convenido que, tras recibir una instrucción religiosa acelerada, Jacques comulgaría un mes más tarde. Y el cura, meneando la cabeza, los acompañó hasta la puerta, donde acarició la mejilla del niño.

—Escucha bien lo que te digan —dijo. Y lo miraba con una suerte de tristeza.

Jacques acumuló, pues, las lecciones suplementarias del señor Germain y los cursos de catecismo de los jueves y sábados por la noche. Los exámenes de la beca y la primera comunión se acercaban al mismo tiempo, y sus jornadas estaban sobrecargadas, sin dejar espacio para los juegos, incluido sobre todo los domingos, en que, cuando podía soltar sus cuadernos, la abuela le encomendaba tareas domésticas y recados, invocando los futuros sacrificios de la familia para que él recibiera educación y la larga sucesión de años en que no haría nada más por la casa.

—Pero —dijo Jacques—, tal vez me vaya mal. El examen es difícil.

Y en cierto modo, llegaba a desearlo, por parecer ya demasiado gravoso para su joven orgullo el peso de esos sacrificios que constantemente le mencionaban. La abuela lo miraba desconcertada. No había pensado en esa eventualidad. Después se encogía de hombros y sin cuidarse de la contradicción:

—Lo harás —dijo—. O te calentaré las nalgas.

La catequesis estaba a cargo del segundo cura de la parroquia, alto y hasta interminable en su larga sotana negra, seco, la nariz como pico de águila y las mejillas hundidas, tan duro como suave y bueno era el viejo cura. Su método de enseñanza era el aprendizaje de memoria, quizás el único que se adaptaba verdaderamente a la gente menuda, rústica y porfiada cuya formación espiritual tenía encomendada. Había que aprender las preguntas y respuestas de memoria: «¿Quién es Dios...?»^a. Esas palabras no significaban absolutamente nada para los jóvenes catecúmenos, y Jacques, que tenía una memoria excelente, las recitaba imperturbable sin comprenderlas jamás. Cuando otro niño repetía, él fantaseaba, papaba moscas, hacía muecas con sus compañeros. Un día el cura alto sorprendió una de esas muecas, y creyendo que le estaban dirigidas, consideró oportuno hacer respetar el carácter sagrado de que estaba investido, llamó a Jacques delante de toda la asamblea infantil y allí, con su larga mano huesuda, sin más explicación, le dio una soberana bofetada. Jacques estuvo a punto de caer bajo la fuerza del golpe.

—Y ahora vuelve a tu lugar —dijo el cura.

El niño lo miró, sin una lágrima (y durante toda su vida sólo la bondad y el amor lo hicieron llorar, nunca el mal o la persecución, que fortalecían, por el contrario, su alma y su decisión), y regresó a su asiento. La parte derecha de la cara le ardía, tenía sabor de sangre en la boca. Con la punta de la lengua descubrió que por dentro la mejilla se había abierto y sangraba. Se tragó la sangre.

Durante todo el resto de las clases de catecismo, estuvo ausente, mirando con calma, sin reproche y sin amistad, al sacerdote cuando le hablaba, recitando sin un error las preguntas y respuestas referentes a la persona divina y al sacrificio de Cristo, y a cien leguas del lugar donde recitaba, soñando con ese doble examen que finalmente era sólo uno. Sumido en el trabajo como en un sueño ininterrumpido, sólo conmovido, aunque oscuramente, por las misas ves-

^a Ver un catecismo.

pertinas que iban multiplicándose en la horrible iglesia fría, pero donde el órgano le permitía escuchar una música que oía por primera vez, él, que hasta entonces sólo había conocido estribillos estúpidos, soñando entonces más densa, más profundamente, un sueño poblado de oros cambiantes en la semioscuridad de los objetos y las vestiduras sacerdotales, al encuentro en definitiva del misterio, pero de un misterio sin nombre en el que las personas divinas nombradas y rigurosamente definidas por el catecismo no tenían nada que hacer ni que ver, prolongando simplemente el mundo desnudo en que vivía; el misterio cálido, interior e impreciso que lo inundaba entonces sólo ensanchaba el misterio cotidiano de la sonrisa discreta o del silencio de su madre cuando él entraba en el comedor, con el crepúsculo, y cuando, sola en la casa, no había encendido la lámpara de petróleo, dejando que la noche invadiera poco a poco la habitación, ella misma como una forma más oscura y más densa aún, mirando pensativa por la ventana los movimientos animados, pero silenciosos para ella, de la calle, y el niño se detenía entonces en el umbral de la puerta, con el corazón embargado, lleno de un amor desesperado por su madre y por lo que, en su madre, no pertenecía, o ya no pertenecía al mundo y a la vulgaridad de los días. Después vino la primera comunión, de la que Jacques conservaba escaso recuerdo, salvo de la confesión de la víspera, en que había declarado los únicos actos que, según le habían dicho, eran culpables, esto es, pocas cosas, y «¿No ha tenido malos pensamientos?». «Sí, padre», decía el niño al azar, aunque ignorara cómo podía ser malo un pensamiento, y hasta el día siguiente vivió con el temor de dejar escapar sin saberlo un mal pensamiento, o, lo que le resultaba más claro, una de esas palabras malsonantes que poblaban su vocabulario de escolar, e hizo lo que pudo para retenerse, por lo menos hasta la mañana de la ceremonia, en que, vestido de marinero, con brazal, un pequeño misal y un rosario de cuentas blancas, todo ello regalado por los parientes menos pobres (la tía Marguerite, etcétera), recorrió blandiendo una vela el pasillo central, en una fila de niños, cada uno con su vela, bajo

las miradas extasiadas de las familias puestas en pie entre los bancos, y el trueno de la música estalló en ese momento dejándolo petrificado, sobrecogido de espanto y de una extraordinaria exaltación en la que por primera vez sintió su fuerza, su capacidad infinita de triunfo y de vida, exaltación que lo poseyó durante toda la ceremonia, distrayéndolo de lo que estaba pasando, incluido el instante de la comunión y el regreso y la comida, pues los parientes habían sido invitados a una mesa más [opulenta] que de costumbre, y poco a poco los comensales, habituados a comer y a beber moderadamente, se fueron excitando hasta que una enorme alegría llenó poco a poco la habitación, destruyendo la exaltación de Jacques y al mismo tiempo desconcertándolo hasta el punto de que al llegar al postre, en el colmo de la excitación general, estalló en sollozos.

—¿Qué te pasa? —dijo la abuela.

—No sé, no sé. —Y la abuela, exasperada, le dio una bofetada.

—Ahora sabrás por qué lloras.

Pero en realidad él lo sabía, viendo a su madre, que por encima de la mesa lo miraba con una sonrisita triste.

—Todo ha salido bien —dijo el señor Bernard—. Bueno, ahora a estudiar.

Unos días más de trabajo duro y las últimas lecciones las recibieron en casa del propio maestro [¿describir el apartamento?], y una mañana, en la parada del tranvía, cerca de la casa de Jacques, los cuatro alumnos provistos de carpeta, regla y pluma, rodearon al señor Germain, mientras Jacques veía a su madre y su abuela, asomadas al balcón de su casa y haciéndoles grandes gestos.

El liceo donde se realizaban los exámenes quedaba al otro lado, exactamente en el otro extremo del arco que la ciudad trazaba siguiendo el golfo, en un barrio antaño opulento y triste y que, gracias a la inmigración española, se había convertido en uno de los más populares y más animados de Argel. El liceo mismo era un enorme edificio cuadrado que dominaba la calle. Se entraba por dos escaleras laterales y una central, amplia y monumental, flanqueadas a

cada lado por mezquinos jardines con bananos y²⁵ protegidos por rejas del vandalismo de los alumnos. La escalera central desembocaba en una galería que reunía las dos escaleras laterales y en la que se abría la puerta monumental utilizada en las grandes ocasiones, y junto a ella, otra más pequeña que daba al recinto acristalado del portero, que era la que se utilizaba comúnmente.

En esa galería, en medio de los alumnos que habían llegado primero, casi todos disimulando su nerviosismo con actitudes desenvueltas, salvo algunos que con su semblante pálido y su silencio delataban su ansiedad, esperaban el maestro Bernard y sus alumnos, ante la puerta cerrada, al comienzo de la mañana todavía fresca y en la calle aún húmeda que un instante después el sol cubriría de polvo. Llegaron con una buena media hora de adelanto, silenciosos, apretándose alrededor del maestro, que no sabía qué decirles y que de pronto los abandonó diciendo que lo esperaran. Y lo vieron volver instantes después, siempre elegante con su sombrero de ala vuelta y las polainas que se había puesto ese día, trayendo en cada mano dos paquetes de papel de seda simplemente enrollados en las puntas, y cuando se acercó, vieron que el papel tenía manchas de grasa.

—Aquí tenéis unos *croissants*. Comed uno ahora y guardad el otro para las diez.

Dieron las gracias y comieron, pero la masa masticada e indigesta les pasaba con dificultad por la garganta.

—No os pongáis nerviosos —repetía el maestro—. Leed bien el enunciado del problema y el tema de la redacción. Leedlos varias veces. Tenéis tiempo.

Sí, los leerían varias veces, obedecerían al maestro, que lo sabía todo y a cuyo lado la vida no ofrecía obstáculos, bastaba con dejarse guiar por él. En ese momento se oyó una algarrabía junto a la puerta pequeña. Los sesenta alumnos reunidos se encaminaron hacia allí. Un bedel había abierto la puerta y leía una lista. El nombre de Jacques fue de los primeros que se pronunciaron. De la mano de su maestro, vaciló.

No sigue ninguna otra palabra en el manuscrito.

—Anda, hijo mío —dijo el señor Bernard.

Jacques, temblando, se acercó a la puerta y en el momento de franquearla, se volvió hacia su maestro. Allí estaba, alto, sólido, sonreía tranquilamente a Jacques y meneaba la cabeza afirmativamente.

A mediodía, el maestro los esperaba a la salida. Le mostraron sus borradores. Sólo Santiago se había equivocado al resolver el problema.

—Tu redacción es muy buena —le dijo brevemente a Jacques.

A la una volvió a acompañarlos. A las cuatro todavía estaba allí examinando sus trabajos. La puerta se abrió y el bedel leyó de nuevo una lista mucho más corta que, esta vez, era la de los elegidos. En el bullicio, Jacques no oyó su nombre. Pero recibió una alegre palmada en la nuca y oyó que el señor Bernard le decía:

—Bravo, mosquito. Has aprobado.

Sólo el amable Santiago había fracasado, y los miraba con una especie de tristeza distraída.

—No es nada —decía—, no es nada.

Y Jacques no sabía dónde estaba, ni lo que pasaba, volvían los cuatro en tranvía.

—Iré a ver a vuestros padres —decía el señor Bernard—. Pasaré primero por casa de Cormery, que es el que está más cerca.

Y en el pobre comedor ahora lleno de mujeres donde estaban su abuela, su madre, que había tomado un día de asueto para tal acontecimiento (?), y las Masson, sus vecinas, él seguía pegado al lado de su maestro, respirando por última vez el olor de agua de colonia, pegado a la tibieza afectuosa de ese cuerpo sólido, y la abuela resplandecía delante de sus vecinas.

—Gracias, señor Bernard, gracias —decía, mientras el maestro acariciaba la cabeza del niño.

—Ya no me necesitas —le decía—, tendrás otros maestros más sabios. Pero ya sabes dónde estoy, ven a verme si precisas que te ayude.

Se marchó y Jacques se quedó solo, perdido en medio de esas mujeres, después se precipitó a la ventana, mirando a su

maestro, que lo saludaba por última vez y que lo dejaba solo, y en lugar de la alegría del éxito, una inmensa pena de niño le estremeció el corazón, como si supiera de antemano que con ese éxito acababa de ser arrancado el mundo inocente y cálido de los pobres, mundo encerrado en sí mismo como una isla en la sociedad, pero en el que la miseria hace las veces de familia y de solidaridad, para ser arrojado a un mundo desconocido que no era el suyo donde no podía creer que los maestros fueran más sabios que aquel cuyo corazón lo sabía todo, y en adelante tendría que aprender, comprender sin ayuda, convertirse en hombre sin el auxilio del único hombre que lo había ayudado, crecer y educarse solo, al precio más alto.

7

Mondovi: La colonización y el padre

"Ahora era un adulto... En el camino de Bône a Mondovi, el coche en que viajaba J. Cormery se cruzaba con *jeeps* que circulaban lentamente, erizados de fusiles...

—¿El señor Veillard?

—Sí.

Enmarcado por la puerta de su pequeña finca, el hombre que miraba a Jacques Cormery era bajo y rechoncho, con los hombros redondos. Su mano izquierda mantenía la puerta abierta, la derecha apretaba fuertemente el marco de modo que al tiempo que abría la entrada a su casa, la cerraba. Tendría unos cuarenta años, a juzgar por su pelo ralo y gris que le hacía una cabeza romana. Pero la piel atezada de su rostro regular de ojos claros, el cuerpo un poco espeso pero sin grasa ni vientre en el pantalón caqui, sus alpargatas y su camisa azul con bolsillos, le daban un aspecto mucho más joven. Escuchaba, inmóvil, las explicaciones de Jacques. Después:

—Entre —dijo, y se hizo a un lado.

Mientras Jacques avanzaba por el pequeño pasillo de paredes blanqueadas, amueblado solamente con un cofre marrón y un paragüero de madera torneada, oyó reír al colono.

Coche de caballos, tren, barco, avión.

—¡En una palabra, una peregrinación! Bueno, francamente es el momento.

—¿Por qué? —preguntó Jacques.

—Entre al comedor —respondió—. Es la habitación más fresca.

Una veranda, con los estores de paja flexible desplegados, salvo uno, formaba parte del comedor. Con excepción de la mesa y el aparador de madera clara y de estilo moderno, la habitación estaba amueblada con sillones de mimbre y tumbonas. Jacques, al volverse, vio que estaba solo. Se acercó a la veranda y, por entre el espacio libre entre los estores, vio un patio con terebintos entre los que resplandecían dos tractores de color rojo vivo. Más allá, bajo el sol todavía soportable de las once, empezaban las hileras de viñas. Instantes después entraba el colono trayendo en una bandeja una botella de anisete, vasos y agua helada.

El colono alzaba el vaso lleno de un líquido lechoso.

—De haber tardado, tal vez ya no me hubiese encontrado aquí. Y en todo caso, ni un francés para informarlo.

—El viejo doctor fue quien me dijo que en su finca nací yo.

—Sí, la finca formaba parte de la propiedad de Saint-Apôtre, pero mis padres la compraron después de la guerra.

Jacques miraba a su alrededor.

—Seguramente usted no nació aquí. Mis padres lo reconstruyeron todo.

—¿Conocieron a mi padre antes de la guerra?

—No lo creo. Se habían instalado muy cerca de la frontera tunecina, y después quisieron acercarse a la civilización. Solferino, para ellos, era la civilización.

—¿No habían oído hablar del administrador precedente?

—Usted, que es del país, sabe cómo se funciona aquí. Aquí no se conserva nada. Se demuele y se reconstruye. Se piensa en el futuro y se olvida lo demás.

—Bueno —dijo Jacques—, lo he molestado para nada.

—No —dijo el otro—, ha sido un placer.

Y le sonrió. Jacques apuró su vaso.

—¿Se quedó su familia cerca de la frontera?

—No, es la zona prohibida. Cerca del embalse. Y se ve que usted no conoce a mi padre.

Bebió también lo que le quedaba en el vaso y como si le pareciera un motivo más de diversión, lanzó una carcajada:

—Es un viejo colono. Chapado a la antigua. De esos a quienes se insulta en París, como usted sabe. Y es cierto que siempre fue muy duro. Sesenta años. Pero largo y seco como un puritano con su cara de [caballo]. Estilo patriarca, ¿comprende? Sus obreros árabes las pasaban negras, y para ser justos, sus hijos también. Por eso, el año pasado, cuando hubo que evacuar, fue un follón. La región era ya invivable. Había que dormir con el fusil preparado. Cuando atacaron la finca Rasteil, ¿se acuerda?

—No —dijo Jacques.

—Sí, el padre y los dos hijos degollados, la madre y la hija violadas hasta matarlas... En fin... El prefecto había tenido la malhadada idea de decir a los agricultores reunidos que había que reconsiderar las cuestiones [coloniales], la manera de tratar a los árabes, y que se había vuelto la página. El viejo le dijo que nadie en el mundo dictaría la ley en su casa. Después no aflojó los dientes. Por la noche se levantaba y salía. Mí madre lo observaba a través de las persianas y lo veía andar a campo traviesa por sus tierras. Cuando llegó la orden de evacuar, no dijo nada. La vendimia estaba terminada, y el vino en cubas. Las abrió, fue hasta una fuente de agua salobre que él mismo había desviado en otros tiempos, la apuntó directamente a sus tierras, y transformó un tractor en desmontadora. Durante tres días, al volante, con la cabeza descubierta, sin decir nada, arrancó las viñas en toda la superficie de la finca. Imagínese, el viejo seco zangoloteándose en su tractor, empujando la palanca para acelerar cuando el arado no acababa con una cepa más gruesa que las otras, sin detenerse siquiera para comer, mi madre le llevaba pan, queso y [sobrasada], que engullía pausadamente, como hacía todo, arrojando el último mendrugo para acelerar, y todo eso desde la salida hasta la puesta del sol, y sin una mirada al horizonte de montañas, ni siquiera a

los árabes enterados de inmediato y que se mantenían a distancia observándole, sin decir nada tampoco. Y cuando un joven capitán, prevenido por alguien, llegó y le pidió explicaciones, el viejo le dijo: «Joven, si lo que hemos hecho aquí es un crimen, hay que borrarlo.» Cuando todo hubo terminado, volvió a la finca y cruzó el patio empapado por el vino que se había escapado de las cubas, y empezó a preparar sus maletas. Los obreros árabes lo esperaban en el patio. (Estaba también una patrulla enviada por el capitán, no se sabía bien por qué, con un amable teniente que esperaba órdenes.) «Patrón, ¿qué vamos a hacer?» «Si yo estuviera en vuestro lugar», dijo el viejo, «me iría al maquis. Son los que van a ganar. En Francia ya no quedan hombres.» —El colono se reía—: ¡Era directo, eh!

—¿Se han quedado con usted?

—No. No quiso oír hablar más de Argelia. Vive en Marsella, en un apartamento moderno... Mi madre me escribe que da vueltas por su cuarto.

—¿Y usted?

—Oh, yo me quedo hasta el fin. Ocurra lo que ocurra, aquí me quedo. A mi familia la he mandado a Argel y aquí reventaré. En París esto no lo entienden. Salvo nosotros, ¿sabe quiénes son los únicos capaces de entender?

—Los árabes.

—Justo. Estamos hechos para entendernos. Tan estúpidos y brutos como nosotros, pero la misma sangre de hombre. Todavía vamos a matarnos un poco, a cortarnos los cojones y a torturarnos una pizca. Y después empezaremos a vivir de nuevo entre hombres. El país así lo quiere. ¿Un anisete?

—Ligero —dijo Jacques.

Poco después salieron, Jacques le preguntó si quedaba en el país alguien que hubiera podido conocer a sus padres. No, según Veillard, aparte del viejo médico que lo había traído al mundo y que vivía retirado en Solferino, no quedaba nadie. La propiedad de -Saint-Apôtre había cambiado dos veces de mano, en las dos guerras habían muerto muchos obreros árabes, habían nacido muchos otros.

—Aquí todo cambia —repetía Veillard—. La cosa va rápido, muy rápido, y uno olvida.

Pero era posible que el viejo Tamzal... Era el guardián de una de las fincas de Saint-Apôtre. En 1913 tendría unos veinte años. De todos modos, Jacques vería el lugar donde había nacido.

Salvo al norte, la región estaba rodeada a lo lejos por montañas de contornos imprecisos con el calor del medio-día, como enormes bloques de piedra y de bruma luminosa entre los cuales la llanura del Seybouse, otrora pantanosa se extendía por el norte hasta el mar, bajo el cielo blanco de calor, sus viñedos alineados, con las hojas azuladas por el sulfato y los racimos negros ya, interrumpidos de vez en cuando por hileras de cipreses o grupos de eucaliptos a cuya sombra se cobijaban las casas. Tomaron por un camino privado y cada uno de sus pasos levantaba una polvareda roja. Delante de ellos, hasta las montañas, el espacio temblaba, el sol zumbaba. Cuando llegaron a una casita, detrás de un bosquecillo de plátanos, estaban empapados en sudor. Un perro invisible los acogió con ladridos rabiosos.

La casita, bastante destartalada, tenía una puerta de madera de morera cuidadosamente cerrada. Veillard llamó. Los ladridos redoblaron. Parecían venir de un pequeño patio cerrado, del otro lado de la casa. Pero nadie se movió.

—Reina la confianza —dijo el colono—. Están, pero esperan. ¡Tamzal! —gritó—, soy Veillard. Hace seis meses vinieron a buscar a su yerno, querían saber si abastecía a los maquis. No se ha vuelto a saber nada de él. Hace un mes le dijeron a Tamzal que probablemente había querido evadirse y que lo habían matado.

—Ah —dijo Jacques—. ¿Y abastecía a los maquis?

—Puede que sí, puede que no. Qué quiere usted, es la guerra. Pero eso explica que en el país de la hospitalidad las puertas tarden en abrirse.

Justamente, en ese momento la puerta se abría. Tamzal, un hombre bajo, el pelo []²⁶, con un sombrero de paja de

Dos palabras ilegibles.

alas anchas y un mono azul remendado, sonreía a Veillard, miraba a Jacques.

—Es un amigo. Nació aquí.

—Entra —dijo Tamzal—, tomaremos el té.

Tamzal no se acordaba de nada. Sí, tal vez. Había oído a uno de sus tíos hablar de un administrador que se quedó unos meses, fue después de la guerra.

—Antes —dijo Jacques.

O antes, es posible, él era muy joven en aquel momento, ¿y qué había sido de su padre? Muerto en la guerra.

—*Mektoub*²⁷ —dijo Tamzal—. Pero la guerra es una desgracia.

—Siempre hay guerra —dijo Veillard—. Pero uno se acostumbra en seguida a la paz. Y termina por creer que es normal. No, lo normal es la guerra.

—Los hombres están locos —dijo Tamzal mientras recibía una bandeja de té de manos de una mujer que, en la otra habitación, volvía la cabeza²⁸.

Bebieron el té hirviendo, dieron las gracias y regresaron al camino recalentado que atravesaba las viñas.

—Me vuelvo a Solferino en taxi —dijo Jacques—. El doctor me ha invitado a almorzar.

—A mí también me ha invitado. Espere. Voy a buscar provisiones.

Más tarde, en el avión que lo llevaba de vuelta a Argel, Jacques trataba de ordenar las informaciones que había recogido. A decir verdad, eran pocas, y ninguna se refería directamente a su padre. La noche, curiosamente, parecía subir de la tierra con una rapidez casi mensurable para atrapar por fin al avión que corría recto, sin un movimiento, como un tornillo hundiéndose directamente en el espesor de la noche. Pero la oscuridad acentuaba el malestar de Jacques, que se sentía dos veces enclaustrado, por el avión y por las tinieblas, y respiraba mal. Volvía a ver el libro de familia y el nombre de los dos testigos, nombres bien fran-

²⁸ Desarrollar.

²⁷ En árabe: «Estaba escrito» (en el destino).

ceses como [se] ven en los letreros parisienses, y el viejo médico, después de contarle la llegada de su padre y su propio nacimiento, le dijo que eran dos comerciantes de Solferino, los primeros que aparecieron, los que habían aceptado hacerle ese favor a su padre, y tenían nombres de gentes de los suburbios de París, sí, pero qué tenía de raro si Solferino había sido fundado por rebeldes del 48.

—Ah, sí —dijo Veillard—, mis bisabuelos lo eran. Por eso había en el viejo una simiente de revolucionario.

Y había precisado que los primeros abuelos eran, él un carpintero del Faubourg Saint-Denis, ella una lavandera fina. Había mucho desempleo en París, había inquietud y la Constituyente había votado enviar cincuenta millones a una colonia ». Le prometían a cada uno una casa y entre dos y diez hectáreas.

—Imagínese si habría candidatos. Más de mil. Y todos soñaban con la tierra prometida. Sobre todo los hombres. Las mujeres tenían miedo a lo desconocido. ¡Pero ellos! Por algo habían hecho la revolución. Eran de los que creían en papá Noel. Y papá Noel para ellos usaba albornoz. Partieron en el 49 y la primera casa se construyó en el 54. Entretanto...

Ahora Jacques respiraba mejor. La primera oscuridad se había decantado, refluía como una marea dejando tras de sí una nube de estrellas, el cielo se cubría de estrellas. Sólo el ruido ensordecedor de los motores lo obsesionaba todavía. Trataba de volver a ver al viejo vendedor de algarrobas y forraje que, sí, había conocido a su padre, se acordaba vagamente de él y repetía sin cesar: «Poca charla, era de poca charla». Pero el ruido lo atontaba, lo sumía en una especie de torpor maligno en el que inútilmente trataba de ver, de imaginar a su padre, que desaparecía detrás de ese país inmenso y hostil, se fundía en la historia anónima de esa aldea y esa llanura. Detalles de su conversación con el doctor le volvían con el mismo movimiento con que las pinazas, según el

• 48¹⁹.

²⁸ Cifra encuadrada por el autor.

mismo doctor, habían llevado a Solferino a los colonos parisienses. Con el mismo movimiento, y no había tren en aquella época, no, no, sí, pero no llegaba hasta Lyon. De modo que seis pinazas arrastradas por caballos de sirga, con *La Marsellesa* y el *Chant du départ*, desde luego, a cargo de la banda municipal, y bendición del clero a orillas del Sena, bandera con el nombre bordado de la aldea todavía inexistente, pero que los pasajeros iban a crear por ensalmo. La pinaza empezaba a alejarse de la orilla, París se deslizaba, se volvía fluido, iba a desaparecer, que Dios bendiga vuestra empresa, y hasta los espíritus escépticos, los duros de las barricadas callaban, con el alma en un puño, sus mujeres asustadas apoyadas en la fuerza de ellos, y en la cala había que dormir sobre esteras con su ruido sedoso y el agua sucia a la altura de la cabeza, pero primero las mujeres se desnudaban detrás de las sábanas que entre ellas mismas sostenían. En todo esto, ¿dónde estaba su padre? En ninguna parte, y, sin embargo, esas pinazas remolcadas cien años antes por los canales del final del otoño, derivando durante un mes por ríos y afluentes cubiertos por las últimas hojas secas, acogidos en las ciudades por las fanfarrias oficiales y relanzados con su cargamento de nuevos gitanos hacia un país desconocido, le decían más sobre el joven muerto de Saint-Brieuc que los recuerdos [seniles] y desordenados que había ido a buscar. Ahora los motores cambiaban de régimen. Abajo, esas masas sombrías, esos fragmentos de noche dislocados y filosos, eran la Cabilia, la parte salvaje y sangrienta de ese país, durante mucho tiempo salvaje y sangriento, hacia el cual cien años atrás los obreros del 48, amontonados en una fragata con ruedas, «*Le Labrador*», decía el viejo doctor, «así se llamaba, imagínese, *Le Labrador*, para ir hacia los mosquitos y el sol», *Le Labrador* en todo caso se afanaba con todas sus palas, removiendo el agua helada que el mistral agitaba como una tempestad, los puentes barridos durante cinco días y cinco noches por un viento polar, y los conquistadores en el fondo de las calas, sintiéndose mal hasta reventar, vomitando unos sobre otros, deseando morir, hasta entrar en el puerto de Bône, con toda su población aguardando en los muelles

para recibir con música a los aventureros verdosos que venían de tan lejos, que habían abandonado la capital de Europa con mujeres, niños y muebles para aterrizar tambaleándose, al cabo de cinco semanas de enramia, en esa tierra de lejanías azuladas, cuyo olor extraño, hecho de estiércol, especias y []²⁹ descubrían con inquietud.

Jacques se revolvió en su asiento; estaba semidormido. Veía a su padre, a quien nunca había conocido, del que no sabía siquiera la estatura, lo veía en aquel muelle de Bone entre los emigrantes, mientras las poleas bajaban los pobres muebles que habían sobrevivido al viaje, y las peleas estallaban por los que se habían perdido. Allí estaba, decidido, sombrío, apretando los dientes, y después de todo, ¿no era el mismo camino que había tomado de Bône a Solferino, unos cuarenta años atrás, a bordo de la carreta, bajo el mismo cielo de otoño? Pero la carretera no existía para los emigrantes, las mujeres y los niños amontonados en los vehículos del ejército, los hombres a pie, cortando camino a ojo a través de la llanura pantanosa o los matorrales espinosos, bajo la mirada hostil de los grupos ocasionales de árabes, siempre a distancia, acompañados casi continuamente por los aullidos de las jaurías de perros cabileños, hasta llegar, al final del día, al mismo país al que había llegado su padre cuarenta años antes, chato, rodeado de montañas lejanas, sin una casa, sin un palmo de tierra cultivada, con un puñado apenas de tiendas militares del color del polvo, un espacio desnudo y desierto sin más, lo que era para ellos el confín del mundo entre el cielo desierto y la tierra peligrosa*, y por la noche las mujeres lloraban de fatiga, de miedo y desengaño.

La misma llegada de noche a un lugar miserable y hostil, los mismos hombres y después, después... ¡Oh! Jacques, de lo que pasó con su padre nada sabía, pero para los otros, hubo que despabilarse frente a los soldados que se reían, e instalarse en las tiendas. Las casas vendrían más tarde, las

²⁹ "Una palabra ilegible.

* Desconocida.

construirían y después distribuirían las tierras, el trabajo, el trabajo sacrosanto lo salvaría todo. «Trabajo no hubo en seguida...», había dicho Veillard. La lluvia, la lluvia argelina, enorme, brutal, inagotable, cayó durante ocho días, el río Seybouse se desbordó. Las ciénagas llegaban al borde de las tiendas y no podían salir, hermanos enemigos en la sucia promiscuidad de las enormes tiendas que resonaban bajo el chaparrón interminablemente, y para huir del hedor cortaron unas cañas huecas que les permitían orinar afuera sin salir, y en cuanto la lluvia terminó, a trabajar, en efecto, bajo la dirección del carpintero para levantar unos barracones ligeros.

—¡Ah, pobres gentes! —decía Veillard riendo—. Terminaron sus cuchitriles en primavera, y después le llegó el turno al cólera. Sí he de creer al viejo, el abuelo carpintero perdió a su mujer y a su hija, que tenían toda la razón cuando dudaban ante el viaje.

—Pues sí —decía el médico, andando de una punta a la otra, siempre erguido y orgulloso con sus polainas, incapaz de estarse sentado—, se morían unos diez por día. El calor había llegado prematuramente, la gente se asaba en los barracones. Y en cuanto a la higiene... En fin, que se morían unos diez por día.

Sus colegas, militares, eran impotentes. Curiosos colegas, además. Habían agotado todos los remedios. Entonces tuvieron una idea. Había que bailar para calentarse la sangre. Y todas las noches, después del trabajo, los colonos bailaban entre dos entierros, al son del violín. No estuvo tan mal pensado, en efecto. Con el calor las pobres gentes transpiraban a chorros y la epidemia se detuvo. «Fue una idea que merece reflexión.» Sí, había sido una buena idea. En la noche caliente y húmeda, entre los barracones donde dormían los enfermos, el rascatripas sentado en un cajón, con una linterna al lado, alrededor de la cual zumbaban los mosquitos y los insectos, los conquistadores, ellas de vestido largo y ellos con traje de paño, bailaban, transpiraban gravemente en torno a un gran fuego de malezas, mientras en los cuatro rincones del campamento la guardia velaba por los

sitiados para defenderlos de los leones de negras crines, los ladrones de ganado, las bandas árabes y a veces también las *razzias* de otras *colonias* francesas necesitadas de distracción o de provisiones. Por fin, más tarde, les dieron tierras, unas parcelas dispersas lejos de la aldea de barracas. Después, se construyeron murallas de adobe alrededor de la aldea. Pero dos tercios de los emigrantes habían muerto, allí como en toda Argelia, sin haber tocado el pico y el arado. En los campos los otros seguían siendo parisienses que trabajaban con chistera, el fusil al hombro, la pipa entre los dientes, y sólo la pipa con tapadera estaba autorizada, jamás los cigarrillos, debido a los incendios, la quinina en el bolsillo, quinina que se vendía en los cafés de Bône y en la cantina de Mondovi como un producto de consumo corriente, ¡a su salud!, acompañados de sus mujeres vestidas de seda. Pero siempre el fusil y los soldados alrededor, y aun para lavar la ropa en el Seybouse necesitaban una escolta aquellas que antes, en el lavadero de la rue des Archives, trabajaban como en un salón apacible, y la aldea misma era frecuentemente atacada de noche, como en el 51, durante una de las insurrecciones en que cientos de jinetes con albornoz, caracoleando alrededor de las murallas, terminaron por escapar al ver los tubos de chimenea que blandían los sitiados simulando cañones, edificando y trabajando en un país enemigo que rechazaba la ocupación y se vengaba en todo lo que encontraba, ¿y por qué pensaba Jacques en su madre ahora, mientras el avión subía y bajaba? Al evocar el carro empanzanado en el camino de Bône, donde los colonos habían dejado una mujer embarazada para ir en busca de ayuda y a la vuelta la encontraron con el vientre abierto y los senos cortados.

—Era la guerra —decía Veillard.

—Seamos justos —añadía el viejo médico—, los habían encerrado en grutas con toda la *smalah*, sí, sí, y ellos habían cortado los cojones a los primeros berberiscos, que a su vez... y así uno se remonta al primer criminal, ¿sabe?, se llamaba Caín y desde entonces viene la guerra, los hombres son atroces, especialmente bajo un sol feroz.

Y después del almuerzo cruzaron el pueblo, semejante a otros cientos de pueblos en toda la superficie del país, unos cientos de casitas del estilo burgués de fines del siglo XIX, distribuidas en varias calles cortadas en ángulo recto con grandes edificios como la cooperativa, la caja agrícola y la sala de fiestas, y todo ello convergiendo en el quiosco de música de estructura metálica, que parecía un tióvivo o una gran entrada de metro, y donde, durante años, el orfeón municipal o la fanfarria militar habían ofrecido conciertos los días de fiesta, mientras las parejas endomingadas daban vueltas alrededor, en el calor y el polvo, descascarando cacahuetes. También hoy era domingo, pero los servicios psicológicos del ejército habían instalado altavoces en el quiosco, la multitud era en su mayoría árabe pero no daba vueltas alrededor de la plaza, estaba inmóvil y escuchaba la música árabe que alternaba con los discursos, y los franceses perdidos en la multitud se parecían todos, tenían el mismo aire sombrío y volcado hacia el futuro, como los que antaño habían llegado a *Le Labrador*, o los que habían aterrizado en otros lugares en las mismas condiciones, con los mismos sufrimientos, huyendo de la miseria o de la persecución, para encontrar el dolor y la piedra. Como los españoles de Mahón, de los que descendía la madre de Jacques, o aquellos alsacianos que en el 71 rechazaron el dominio alemán y optaron por Francia, y recibieron las tierras de los insurrectos del 71, muertos o prisioneros, refractarios que ocupaban el lugar todavía caliente de los rebeldes, perseguidos-perseguidores que habían engendrado a su padre, y cuarenta años más tarde, llegaba a esos lugares con el mismo aire sombrío y obstinado, enteramente vuelto hacia el futuro, como los que no aman su pasado y reniegan de él, emigrante también como todos los que vivían y habían vivido en aquellas tierras sin dejar huellas, salvo en las lápidas gastadas y verdosas de los pequeños cementerios coloniales semejantes al que, tras la partida de Veillard, Jacques había visitado con el viejo médico. De un lado, las construcciones nuevas y feas de la última moda funeraria, esa con abalorios abastecida en los mercadillos del rastro, en que ha ido a

parar hoy el culto de los muertos. Del otro, entre los viejos cipreses, en los senderos cubiertos de agujas de pino y pinas de ciprés, o bien cerca de los muros húmedos, al pie de los cuales crecían las oxalídeas con sus flores amarillas, unas viejas losas que se confundían casi con la tierra y eran casi ilegibles.

Multitudes enteras habían llegado allí durante más de un siglo, habían labrado la tierra, abierto surcos cada vez más profundos en ciertos lugares, en otros cada vez más irregulares, hasta que una tierra ligera los recubría y la región volvía a la vegetación salvaje, y procreaban y desaparecían. Y así sus hijos. Y los hijos y los nietos de aquéllos se encontraron en esa tierra como se encontraba él, sin pasado, sin moral, sin lección, sin religión, pero contento de estar y de estar en la luz, angustiados frente a la noche y a la muerte. Todas aquellas generaciones, todos aquellos hombres venidos de tantos países diferentes, bajo ese cielo admirable donde subía ya el anuncio del crepúsculo, habían desaparecido sin dejar huellas, encerrados en sí mismos. Un inmenso olvido se extendía sobre ellos, y en verdad, eso era lo que dispensaba esa tierra, eso que bajaba del cielo junto con la noche sobre tres hombres que regresaban a la aldea con el alma acongojada por la cercanía de la oscuridad, llenos de esa angustia* que se apodera de todos los hombres de África cuando la noche cae rápida sobre el mar, las montañas atormentadas y las altas mesetas, la misma angustia sagrada que en los flancos de Delfos, donde la noche produce el mismo efecto y hace surgir templos y altares. Sin embargo, en la tierra de África los templos son destruidos y no queda más que ese peso insoportable y dulce en el corazón. ¡Sí, qué muertos estaban! ¡Cómo seguían muriendo! Silenciosos y apartados de todo, como muriera su padre en una incomprensible tragedia, lejos de su patria carnal, después de una vida enteramente involuntaria, desde el orfanato hasta el hospital, pasando por el casamiento inevitable, una vida que se había construido a su alrededor, a pesar suyo, hasta

* Ansiedad.

que la guerra lo mató y lo enterró, en adelante y para siempre desconocido para su familia y para su hijo, devuelto él también al vasto olvido que era la patria definitiva de los hombres de su raza, el lugar final de una vida que había empezado sin raíces, y tantos informes en las bibliotecas de la época sobre la manera de emplear en la colonización de ese país a los niños abandonados, sí, aquí todos eran niños abandonados y perdidos que edificaban ciudades fugaces para morir definitivamente en sí mismos y en los demás. Como si la historia de los hombres, esa historia que había avanzado constantemente en una de sus tierras más viejas dejando en ella tan pocas huellas, se evaporase bajo el sol incesante junto con el recuerdo de los que la habían hecho, limitada a crisis de violencia y asesinatos, llamaradas de odio, torrentes de sangre que rápidamente crecían, rápidamente se secaban como los *oueds*³⁰ del país. Ahora la noche subía del suelo mismo y empezaba a anegarlo todo, muertos y vivos, bajo el maravilloso cielo siempre presente. No, nunca conocería a su padre, que seguiría durmiendo allá, el rostro perdido para siempre en la ceniza. Había un misterio en ese hombre, un misterio que él siempre había querido penetrar. Pero al fin el único misterio era el de la pobreza, que hace de los hombres seres sin nombre y sin pasado, que los devuelve al inmenso tropel de los muertos anónimos que han construido el mundo, desapareciendo para siempre. Porque eso era lo que su padre tenía en común con los hombres del *Labrador*. Los mahoneses del Sahel, los alsacianos de las altas mesetas, con esa isla inmensa entre la arena y el mar, que ahora empezaba a cubrir un enorme silencio, es decir, el anonimato, al nivel de la sangre, del coraje, del trabajo, del instinto, a la vez cruel y compasivo. Y él, que había querido escapar del país sin nombre, de la multitud y de una familia sin nombre, pero en quien alguien, obstinadamente, reclamaba sin cesar la oscuridad y el anonimato, formaba parte también de la tribu, marchaba ciegamente en la noche junto al viejo médico que respiraba

³⁰ Riachos. (*N. de la T.*)

a su derecha, escuchando la música que llegaba a oleadas de la plaza, viendo otra vez el semblante duro e impenetrable de los árabes alrededor de los quioscos, la risa y la cara voluntariosa de Veillard, volvía a ver también con una dulzura y una pena que le encogían el corazón el rostro agónico de su madre cuando la explosión, caminando en la noche de los años por la tierra del olvido, en la que cada uno era el primer hombre, donde él mismo había tenido que criarse solo, sin padre, sin haber conocido nunca esos momentos en que el padre llama al hijo cuando éste ha llegado a la edad de escuchar, para confiarle el secreto de la familia, o una antigua pena, o la experiencia de su vida, esos momentos en que incluso el ridículo y odioso Polonio se agranda de pronto al hablar a Laertes, y él llegó a los dieciséis años, después a los veinte y nadie le habló y hubo de aprender solo, crecer solo, en fuerza, en potencia, encontrar solo su moral y su verdad, nacer por fin como hombre para después nacer otra vez en un nacimiento más duro, el que consiste en nacer para los otros, para las mujeres, como todos los hombres de ese país donde, uno por uno, trataban de aprender a vivir sin raíces y sin fe y donde todos juntos hoy, arriesgando el anonimato definitivo y la pérdida de las únicas huellas sagradas de su paso por esa tierra: las lápidas ilegibles que la noche cubría ya en el cementerio, debían enseñar a los otros a nacer, al inmenso tropel de los conquistadores ya eliminados que los habían precedido en aquella tierra y cuya fraternidad de raza y de destino habían de reconocer ahora.

El avión bajaba hacia Argel. Jacques pensaba en el pequeño cementerio de Saint-Brieuc, donde las tumbas de los soldados estaban mejor conservadas que las de Mondovi*. El Mediterráneo separaba en mí dos universos, el de los espacios medidos, donde se conservaban los recuerdos y los nombres, y el de los vastos espacios, donde el viento de arena borraba las huellas de los hombres. Había tratado de escapar al anonimato, a la vida pobre, ignorante, obstinada, incapaz de vivir al nivel de esa paciencia ciega, sin frases, sin

* Argelia.

otro proyecto que lo inmediato. Había andado por el mundo, edificando, creando, quemando otros seres, sus días habían estado llenos hasta rebosar. Y, sin embargo, ahora, sabía en el fondo de su alma que Saint-Brieuc y lo que representaba nunca había sido nada para él, y pensaba en las tumbas desgastadas y verdosas que acababa de abandonar, aceptando con una especie de extraña alegría que la muerte lo devolviera a su verdadera patria y cubriese a su vez con su vasto olvido el recuerdo del hombre monstruoso y [trivial] que había crecido y se había formado sin ayuda y sin auxilio, en la pobreza, en una orilla feliz y bajo la luz de las primeras mañanas del mundo, para abordar después, solo, sin memoria y sin fe, el mundo de los hombres de su tiempo, y su espantosa y exaltante historia.

Segunda parte

El hijo o el primer hombre

1
Liceo

"El primero de octubre de ese año, cuando Jacques Cormery^b, inseguro en sus zapatones nuevos, envarado en una camisa todavía rígida de apresto, acorazado en una cartera que olía a hule y a cuero, vio al wattman, a cuyo lado se instalaban Pierre y él en la delantera de la automotora, que ponía la palanca en la primera velocidad y el pesado vehículo partía de la parada de Belcourt, y se volvió para tratar de distinguir a unos metros de distancia a su madre y su abuela, todavía asomadas a la ventana para acompañarlo un poco más en esa primera partida hacia el misterioso liceo, pero no pudo verlas porque su vecino leía las páginas interiores de *La Dépêche Algérienne*. Entonces miró delante de él los rieles de acero que la automotora tragaba regularmente y, sobre ellos, los cables eléctricos vibrando en la mañana fresca, volviendo la espalda, con el alma embargada, a la casa, al viejo barrio del que nunca se había apartado realmente salvo en raras expediciones (se decía «ir a Argel» cuando se iba al centro), rodando cada vez a mayor velocidad y a pesar del hombro fraterno de Pierre pegado al suyo, con un sentimiento de soledad inquieta inspirado por un

" Empezar o bien por la partida hacia el liceo y la continuación en su orden, o bien por una presentación del adulto monstruo y volver después al momento de la salida hacia el liceo hasta enfermedad.

^b Descripción física del niño.

mundo desconocido donde no sabía cómo tendría que comportarse.

A decir verdad, nadie podía aconsejarles. El y Pierre comprendieron en seguida que estaban solos. El mismo señor Bernard, a quien por lo demás no se atrevían a molestar, no podía decirles nada de ese liceo que no conocía. En sus propias casas, la ignorancia era todavía mayor. Para la familia de Jacques, el latín por ejemplo era una palabra que no tenía estrictamente sentido alguno. Que hubiese habido (fuera de los tiempos de la bestialidad, que por el contrario eran capaces de imaginar) un tiempo en que nadie hablaba francés, que se hubieran sucedido civilizaciones (y la palabra misma no significaba nada para ellos) cuyas costumbres y lengua fueran hasta tal punto diferentes, eran verdades que no les habían llegado. Ni la imagen, ni la cosa escrita, ni la información oral, ni la cultura superficial que nace de la conversación trivial, los habían tocado. En esa casa, donde no se conocían diarios, ni, hasta que Jacques los llevara, libros, ni radio tampoco, donde sólo había objetos de utilidad inmediata, donde sólo se recibía a la familia, y de la que rara vez se salía salvo para visitar a miembros de la misma familia ignorante, lo que Jacques llevaba del liceo era inasimilable, y el silencio crecía entre él y los suyos. En el liceo mismo no podía hablar de su familia, de cuya singularidad era consciente sin poder expresarla, aunque hubiera triunfado sobre el pudor invencible que le cerraba la boca en lo que se refería a ese tema.

No era siquiera la diferencia de clases lo que los aislaba. En ese país de inmigración, de enriquecimientos rápidos y de ruinas espectaculares, las fronteras entre las clases estaban menos marcadas que entre las razas. De haber sido niños árabes, su sentimiento hubiera sido más doloroso y más amargo. Por otra parte, aunque en la escuela comunal tenían compañeros árabes, en el liceo éstos constituían la excepción y eran siempre hijos de notables ricos. No, lo que los separaba, y todavía más a Jacques que a Pierre, porque esa singularidad era más marcada en su casa que en la familia de su amigo, era su imposibilidad de vincularlos a

valores o motivos tradicionales. A comienzos de año, cuando le interrogaron, pudo responder naturalmente que su padre había muerto en la guerra, lo cual era en definitiva una situación social, y que era huérfano de guerra, cosa que todos entendían. Pero las dificultades empezaron después. En los impresos que les entregaban, no sabía qué poner bajo el rubro «profesión de los padres». Primero escribió «ama de casa», mientras Pierre ponía «empleada de Correos». Pero Pierre le aclaró que ama de casa no era una profesión, sino que designaba a una mujer que se quedaba en casa y se ocupaba de tareas domésticas.

—No —dijo Jacques—, se ocupa de las casas de los otros y sobre todo de la del mercado de enfrente.

—Bueno —dijo Pierre vacilando—, creo que hay que poner «criada».

A Jacques nunca se le había ocurrido esta idea por la simple razón de que esa palabra, demasiado rara, nunca se pronunciaba en su casa —debido también a que ninguno de ellos tenía la impresión de que trabajaba para los otros: trabajaba ante todo para sus hijos—. Jacques empezó a escribir la palabra, se detuvo y de golpe conoció de golpe³¹ la vergüenza y la vergüenza de haber sentido vergüenza.

Un niño no es nada por sí mismo, son sus padres quienes lo representan. Por ellos se define, por ellos es definido a los ojos del mundo. A través de ellos se siente juzgado de verdad, es decir, juzgado sin poder apelar, y ese juicio del mundo es lo que Jacques acababa de descubrir, y junto con él, su propio juicio sobre la maldad de su propio corazón. No podía saber que tiene menos mérito, al llegar a hombre, no haber conocido esos malos sentimientos. Pues uno es juzgado, bien o mal, por lo que es y no tanto por su familia, ya que incluso sucede que la familia sea juzgada a su vez por el niño cuando llega a hombre. Pero Jacques hubiera necesitado un corazón de una pureza heroica y excepcional para no sufrir por el descubrimiento que acababa de hacer, así como se hubiera necesitado una humildad imposible para

³¹ *Sk.*

no acoger con rabia y vergüenza lo que sobre su carácter le revelaba. No tenía nada de todo eso, sino un orgullo duro y malo que lo ayudó por lo menos en esa circunstancia y le hizo escribir con mano firme la palabra «criada» en el impreso, que llevó con semblante cerrado al pasante que ni siquiera le prestó atención. A pesar de todo, Jacques no deseaba cambiar de estado ni de familia, y su madre tal como era seguía siendo lo que más amaba en el mundo, aunque la amara desesperadamente. Por lo demás, ¿cómo hacer entender que un niño pobre pueda a veces sentir vergüenza sin tener nunca nada que envidiar?

En otra ocasión, como le preguntaran por su religión, respondió «católica». Le preguntaron si había que inscribirlo en los cursos de instrucción religiosa, y recordando los temores de su abuela, respondió que no.

—En una palabra —dijo el pasante, burlón pero sin reírse—, usted es católico no practicante.

Jacques no podía decir nada de lo que ocurría en su casa, ni explicar de qué manera singular encaraban los suyos la religión. Respondió, pues, firmemente «sí», cosa que provocó la risa y le ganó fama de seguro de sí mismo en el momento en que se sentía más desorientado.

Otro día el profesor de letras, que había distribuido entre los alumnos un impreso relativo a una cuestión de organización interna, les pidió que lo devolvieran firmado por sus padres. El impreso, que enumeraba todo lo que los alumnos no podían llevar al liceo, desde armas hasta revistas ilustradas pasando por juegos de naipes, estaba redactado de manera tan rebuscada que Jacques tuvo que resumirlo en términos sencillos a su madre y a su abuela. Su madre era la única capaz de trazar al pie del impreso una grosera firma¹. Como desde la muerte de su marido debía cobrar* cada trimestre su pensión de viuda de guerra, y la Administración, en este caso el Tesoro —Catherine Cormery decía simplemente que iba al Tesoro, que era para ella un nombre

¹ El aviso.

* Percibir.

propio, vacío de sentido y que en los niños, por el contrario, evocaba un lugar mítico de recursos inagotables de los que su madre tenía derecho a recibir, de vez en cuando, pequeñas cantidades de dinero—, le pedía cada vez una firma, después de las primeras dificultades, un vecino (?) le había enseñado a copiar un modelo de firma Vda. Camus³², que trazaba más mal que bien pero que era aceptada. Sin embargo, a la mañana siguiente, Jacques advirtió que su madre, que se había marchado mucho antes que él para limpiar una tienda que abría temprano, había olvidado firmar el impreso. Su abuela no sabía firmar; hacía las cuentas aplicando un sistema de círculos que, según estuvieran cruzados una o dos veces, representaban la unidad, la decena o la centena. Jacques tuvo que llevar el impreso sin firma, dijo que su madre se había olvidado, le preguntaron si no había en su casa quién pudiera firmar, contestó que no y descubrió, por el aire de sorpresa del profesor, que el caso era menos frecuente de lo que hasta entonces creyera.

Todavía más lo desorientaban los jóvenes metropolitanos a quienes los azares de la carrera paterna habían llevado a Argelia. Quien le dio más que pensar, fue Georges Didier³³, a quien el gusto común por las clases de francés y por la lectura había acercado a Jacques hasta llegar a una suerte de amistad muy afectuosa de la que Pierre, por otra parte, estaba celoso. Didier era hijo de un oficial católico muy practicante. Su madre era aficionada a la música, la hermana (a quien Jacques nunca llegó a ver pero con la que soñaba deliciosamente) al bordado y Didier se destinaba, según decía, al sacerdocio. De gran inteligencia, era intransigente en cuestiones de fe y moral en las que sus certezas eran tajantes. Nunca se le oía pronunciar una palabra soez, o aludir, como los otros niños, con una complacencia infatigable, a las funciones naturales o a las de la reproducción, que en sus cabezas por cierto no estaban tan claras como querían hacer creer. Lo primero que trató de conseguir de Jacques, cuando

³² *Sic.*

* Encontrarlo después a su muerte.

su amistad se manifestó, fue que renunciara a las palabrotas. A Jacques no le costaba renunciar cuando estaba con él. Pero con los otros volvía fácilmente a las groserías de la conversación. (Ya se dibujaba su naturaleza multiforme que le facilitaría tantas cosas y lo haría capaz de aprender todas las lenguas, adaptarse a todos los ambientes, y desempeñar todos los papeles, salvo...) Con Didier comprendió lo que era una familia francesa media. Su amigo tenía en Francia la casa familiar, a la que regresaba en las vacaciones, y de la que hablaba o escribía incesantemente a Jacques, casa donde había un desván lleno de viejos baúles en los que se conservaban las cartas de la familia, recuerdos, fotos. Conocía la historia de sus abuelos y de sus bisabuelos, también de un antepasado que había sido marino en Trafalgar, y esa larga historia, viva en su imaginación, le proporcionaba también ejemplos y preceptos para la conducta de todos los días. «Mí abuelo decía que... papá quiere que...» y justificaba así su rigor, su pureza tajante. Cuando hablaba de Francia decía «nuestra patria» y aceptaba por anticipado los sacrificios que esa patria podía pedirle («Tu padre murió por la patria», le decía a Jacques...); en cambio esta noción de patria no tenía sentido alguno para Jacques, que sabía que era francés, que eso entrañaba cierto número de deberes, para quien Francia era una ausente a la que uno apelaba y que a veces apelaba a uno, en cierto modo como lo hacía ese Dios del que había oído hablar fuera de su casa y que, al parecer, era el dispensador soberano de los bienes y los males, en quien no se podía influir pero que en cambio lo podía todo en el destino de los hombres. Y ese sentimiento suyo era también, y más aún, el de las mujeres que vivían con él.

—Mamá, ¿qué es la patria?* —preguntó un día.

Su madre pareció asustarse, como cada vez que no entendía.

—No sé —dijo—, no sé.

—Es Francia.

—¡Ah, sí! —Y pareció aliviada.

* Descubrimiento de la patria en 1940.

En cambio Didier sabía lo que era, la familia, a través de sus generaciones, tenía para él una existencia fuerte, y en igual medida el país donde había nacido a través de su historia, él llamaba a Juana de Arco por su nombre de pila, y para él el bien y el mal estaban tan definidos como su destino presente y futuro. Jacques, y Pierre también, aunque en menor grado, se sentía de una especie diferente, sin pasado ni casa familiar, ni desván atestado de cartas y de fotos, ciudadanos teóricos de una nación imprecisa donde la nieve cubría los tejados mientras ellos crecían bajo un sol fijo y salvaje, armados de una moral de lo más elemental que les proscribía por ejemplo el robo, que les recomendaba defender a la madre y a la mujer, pero que guardaba silencio en cantidad de cuestiones vinculadas con las mujeres, la relación con los superiores... (etcétera), niños ignorantes e ignorados de Dios, incapaces de concebir la vida futura, hasta tal punto la vida presente les parecía inagotable cada día bajo la protección de las divinidades indiferentes del sol, del mar o de la miseria. Y en realidad el que Jacques estuviera tan profundamente apegado a Didier, se debía sin duda al corazón de ese niño apasionado del absoluto, cabal en sus pasiones leales (la primera vez que Jacques oyó la palabra lealtad, que había leído cien veces, fue en boca de Didier) y capaz de una afectuosidad encantadora, pero también a su aspecto extraño, a sus ojos, a su encanto, que era para Jacques realmente exótico y lo atraía tanto como cuando, al llegar a adulto, lo atraerían irresistiblemente las mujeres extranjeras. El hijo de la familia, de la tradición y de la religión ejercía en Jacques la misma seducción que los aventureros atezados que vuelven de los trópicos, guardando un secreto extraño e incomprensible.

Pero el pastor cabileño que en su montaña pelada y roída por el sol mira pasar las cigüeñas, soñando con ese Norte de donde llegan tras un largo viaje, vuelve por la noche a la meseta de lentiscos, a la familia de largas vestiduras, y a la chabola de la miseria donde tiene hundidas sus raíces. Así Jacques podía embriagarse con los filtros extraños de la tradición burguesa (?), pero seguía apegado en realidad a

quien más se le parecía, que era Pierre. Todas las mañanas a las seis y cuarto (salvo los domingos y los jueves), Jacques bajaba los escalones de su casa de cuatro en cuatro, corriendo en la humedad de la estación caliente o bien bajo la lluvia violenta del invierno que hinchaba su esclavina como una esponja; al llegar a la fuente, doblaba a la calle de Pierre y, corriendo siempre, subía los dos pisos para llamar suavemente a la puerta. La madre de Pierre, una bella mujer de formas generosas, le abría la puerta que daba directamente al comedor, pobremente amueblado. En el fondo del comedor se abría de cada lado una puerta que daba a un cuarto. Uno era el de Pierre, que compartía con su madre, el otro el de sus dos tíos, dos rudos obreros ferroviarios, taciturnos y sonrientes. Entrando al comedor, a la derecha, un cuchitril sin aire ni luz hacía de cocina y de cuarto de aseo. Pierre habitualmente iba con retraso. Sentado delante de la mesa cubierta con hule, la lámpara de petróleo encendida en invierno, un gran tazón de barro esmaltado en las manos, trataba de tragar sin quemarse el café con leche hirviendo que acababa de servirle su madre. «Sopla», decía ella. Pierre soplabla, sorbía ruidosamente, y Jacques se apoyaba en una pierna primero y después en la otra¹. Cuando había terminado, Pierre debía pasar a la cocina, iluminada con una vela, donde lo esperaba delante del fregadero de zinc un vaso de agua con un cepillo de dientes adornado con una espesa cinta de un dentífrico especial, pues sufría de piorrea. Se ponía la esclavina y la gorra, cogía la cartera, y así enjaezado, se cepillaba vigorosa y prolongadamente los dientes antes de escupir con ruido en la pila de zinc. El olor farmacéutico del dentífrico se mezclaba al del café con leche. Jacques, levemente asqueado, se impacientaba, se lo hacía sentir, y no era raro que terminaran en uno de esos enfurruñamientos que son los cimientos de la amistad. Bajaban entonces en silencio a la calle, andaban hasta la parada del tranvía sin sonreír. Otras veces, por el contrario, se perseguían riendo o corrían pasándose una de las carteras como una pelota

¹ Gorra de alumno del liceo.

de rugby. En la parada esperaban, acechando la llegada del tranvía rojo, para saber con cuál de los dos o tres conductores viajarían.

Porque desdeñaban siempre las dos jardineras y trepaban con dificultad hasta la parte de delante, junto al conductor, pues el tranvía estaba atestado de trabajadores que iban al centro, y sus carteras les estorbaban los movimientos. Ahí delante aprovechaban cada descenso de un pasajero para apoyarse en el tabique de hierro y vidrio y la caja de velocidades, alta y estrecha, en lo alto de la cual una palanca con su manivela giraba en arco de círculo y una gran muesca de acero en relieve marcaba el punto muerto, otras tres las velocidades progresivas y una quinta la marcha atrás. Los conductores, que eran los únicos que tenían el derecho de manejar la palanca y a quienes, según rezaba el cartel sobre sus cabezas, estaba prohibido hablar, gozaban para los dos niños del prestigio de los semidioses. Llevaban un uniforme casi militar y una gorra con visera de cuero, salvo los conductores árabes, que usaban fez. Los dos niños los diferenciaban por su aspecto. Estaba el «muchacho bajito y simpático» con una cabeza de galán joven y hombros frágiles; el Oso pardo, un árabe alto y fuerte, de rasgos toscos, la mirada siempre fija; el amigo de los animales, un viejo italiano de rostro apagado y ojos claros, encorvado sobre su manivela y que debía su apodo al hecho de que casi había detenido el tranvía para esquivar a un perro distraído y otra vez a otro animal que sin miramientos hacía sus necesidades entre los rieles; y el Zorro, un gran papanatas que tenía la cara y el bigotito de Douglas Fairbanks ". El amigo de los animales era también amigo entrañable de los niños. Pero a quien admiraban locamente era al Oso pardo, que, imperturbable, plantado sobre los sólidos cimientos de sus piernas, conducía su ruidosa máquina a toda velocidad, sujetando con la mano izquierda, enorme, el puño de madera de la palanca y empujándolo apenas la circulación lo permitía hasta la tercera velocidad, la mano derecha vigilante en la

La cuerda y la campanilla.

gran rueda del freno, a la diestra de la caja de velocidades, pronta a dar varias vueltas vigorosas a la rueda mientras ponía la palanca en punto muerto y la motora patinaba entonces pesadamente en los rieles. Cuando conducía el Oso pardo, la larga pértiga, sujeta por un gran muelle en espiral en lo alto de la motora, en los virajes y en los cambios solía despegarse del hilo eléctrico por el que se deslizaba merced a una ruedecita de llanta hueca, y a la que volvía con gran ruido de vibraciones y escupiendo chispas. El revisor saltaba entonces del tranvía, atrapaba el largo cable que colgaba de la punta de la pértiga y que se enrollaba automáticamente en una caja de hierro situada detrás de la motora, y tirando con todas sus fuerzas para vencer la resistencia del muelle de acero, llevaba la pértiga hacia atrás y entonces, dejándola subir lentamente, trataba de meter de nuevo el hilo en la llanta hueca de la rueda, en medio de un chisporroteo de centellas. Asomados a la motora o, en invierno, aplastando la nariz contra el vidrio, los niños seguían la maniobra y cuando era coronada con éxito, lo anunciaban a su alrededor para que el conductor se enterara, sin cometer la infracción de hablarle directamente. Pero el Oso pardo permanecía impávido; esperaba a que, aplicando el reglamento, el colector le diera la señal de partir y para ello tiraba de la cuerdecita que colgaba en la parte trasera de la motora con la que se accionaba una campanilla situada delante. Sin más precauciones, hacía arrancar el tranvía. Agrupados en la parte delantera, los niños miraban el camino metálico que corría por debajo, en la mañana lluviosa o resplandeciente, alegrándose cuando el tranvía adelantaba a toda velocidad una carreta de caballos o, por el contrario, rivalizaba en velocidad, por un momento, con un automóvil asmático. En cada parada el tranvía se vaciaba de una parte de su cargamento de obreros árabes y franceses, y cargaba una clientela mejor vestida a medida que se iba acercando al centro, volvía a arrancar al son de la campanilla y recorría así, de una punta a la otra, todo el arco que trazaba la ciudad, hasta desembocar de golpe en el puerto y el espacio inmenso del golfo, que se extendía hasta

las grandes montañas azuladas en el fondo del horizonte. Tres paradas después, se llegaba a la terminal, la plaza del Gobierno, donde bajaban los niños. La plaza enmarcada en tres de sus lados por árboles y casas con soportales, se abría a la mezquita blanca y al espacio del puerto. En el centro se alzaba la estatua caracoleante del duque de Orléans, cubierta de cardenillo bajo el cielo resplandeciente, pero por cuyo bronce ennegrecido chorreaba la lluvia cuando hacía mal tiempo (y se contaba invariablemente que el escultor se había suicidado porque había olvidado la cadena del reloj), mientras que, de la cola del caballo, el agua se escurría interminablemente hasta el estrecho jardincillo protegido por la verja que rodeaba el monumento. El resto de la plaza estaba cubierto de pequeños adoquines brillantes en los cuales los niños, al saltar del tranvía, resbalaban interminablemente hacia la rue Bab-Azoun, que en cinco minutos los llevaba al liceo.

Bab-Azoun era una calle angosta a la que las arcadas de los dos lados, apoyadas en enormes pilastras cuadradas, estrechaban aún más y dejaban el ancho justo para la línea de tranvía, explotada por otra compañía, que unía ese barrio con los más altos de la ciudad. Los días de calor, el cielo, de un azul espeso, descansaba como una tapadera ardiente sobre la calle, y la sombra era fresca bajo los soportales. Los días de lluvia, toda la calle era una profunda trinchera de piedra húmeda y reluciente. A lo largo de los soportales se sucedían las tiendas, los vendedores de telas al por mayor, con sus fachadas pintadas en tonos oscuros y las pilas de tejidos claros brillando suavemente en la sombra, colmados que olían a clavo y a café, tenderetes de árabes que vendían pasteles rezumantes de aceite y miel, cafés oscuros y profundos donde a esa hora crepitaban las cafeteras (mientras por la noche, con sus luces crudas, se llenaban de ruido y de voces, todo un pueblo de hombres pisoteando el serrín que cubría el parqué, apretándose delante del mostrador cargado de vasos llenos de líquido opalescente y de platitos con altramuces, anchoas, trocitos de apio, aceitunas, patatas fritas y cacahuètes), bazares para turistas donde se vendían

los feos abalorios orientales en escaparates chatos enmarcados por torniquetes con tarjetas postales y pañuelos moriscos de colores violentos.

Uno de esos bazares, en medio de las arcadas, era el de un hombre gordo siempre sentado detrás de sus escaparates, en la sombra o bajo la luz eléctrica, enorme, blancuzco, de ojos globulosos, como uno de esos animales que aparecen al levantar las piedras o los viejos troncos, y sobre todo absolutamente calvo. Debido a esta particularidad los alumnos del liceo lo habían apodado «patinadero de moscas» y «velódromo de mosquitos», pretendiendo que esos insectos, cuando recorrían la superficie desnuda del cráneo, erraban los virajes y perdían el equilibrio. Con frecuencia, por las noches, como una bandada de estorninos, pasaban corriendo delante de la tienda para verlo, gritando los apodos del desventurado e imitando con sus «zz-zz-zz» los supuestos resbalones de las moscas. El gordo los increpaba; una o dos veces pretendió perseguirlos, pero tuvo que renunciar. Un día escuchó sin rechistar la andanada de gritos y burlas y durante varias noches dejó que se envalentonaran y llegaran a gritarle delante de sus mismas narices. Y de pronto, una noche, unos muchachos árabes, pagados por el comerciante, escondidos detrás de los pilares, se lanzaron en persecución de los niños. Esa noche Jacques y Pierre escaparon al castigo gracias a la velocidad excepcional de sus piernas. Jacques recibió un primer golpe en la parte posterior de la cabeza, pero repuesto de la sorpresa, dejó atrás a su adversario. Dos o tres de sus compañeros recibieron unos buenos tortazos. Los alumnos maquinaron de inmediato el saqueo de la tienda y la destrucción física de su propietario, pero el hecho es que no pusieron en práctica sus sombríos proyectos y dejaron de perseguir a la víctima, acostumbrándose a pasar hipócritamente por la acera de enfrente.

—Nos hemos desinflado —decía Jacques con amargura.

—Después de todo —le respondió Pierre—, la falta fue nuestra.

—La falta fue nuestra y el miedo a los golpes también.

Recordaría más tarde esta historia cuando comprendió (verdaderamente) que los hombres fingen respetar el derecho y sólo se inclinan ante la fuerza^a.

La rue Bab-Azoun se ensanchaba a media altura perdiendo sus arcadas de un solo lado en beneficio de la iglesia Sainte-Victoire. Esta pequeña iglesia ocupaba el emplazamiento de una antigua mezquita. En su fachada encalada había en un nicho un ofertorio (?) siempre con flores. A la hora en que pasaban los niños en la calle despejada se abrían las floristerías, que ofrecían enormes mazos de iris, claveles, rosas o anémonas, según la estación, metidos en altas latas de conserva con el borde superior oxidado por el agua con que los salpicaban constantemente. Había también, en la misma acera, una pequeña buñolería árabe, que era en realidad un reducto en el que apenas cabrían tres hombres. En uno de los lados, en un fogón rodeado de cerámica blanca y azul, cantaba un enorme barreño de aceite hirviendo. Delante del fuego, sentado con las piernas cruzadas, un extraño personaje con pantalones árabes, el torso semidesnudo durante el día y en las horas de calor, vestido el resto del tiempo con una chaqueta europea cerrada arriba, en las solapas, por un imperdible, con su cabeza afeitada, la cara flaca y la boca desdentada, como un Gandhi sin gafas, que con una espumadera de esmalte rojo en la mano, vigilaba la cocción de los buñuelos redondos que se doraban en el aceite. Cuando un buñuelo estaba a punto, es decir, dorado por los bordes y con la masa sumamente fina en el centro, a la vez translúcida y crujiente (como una patata frita transparente), deslizaba la espumadera por debajo y lo sacaba rápidamente del aceite, lo escurría después sobre el barreño, sacudiendo tres o cuatro veces la espumadera, y lo colocaba en un escaparate protegido por un vidrio, con estantes perforados en los que se alineaban, de un lado los buñuelos de miel en forma de bastoncillos, y del otro, chatos y redondos, los buñuelos al aceite^b. Pierre y Jacques se

^a Él como los demás.

^b Zlabias, Makroud.

volvían locos por esos pasteles y cuando uno u otro, por excepción, tenían unos céntimos, se tomaban el tiempo de detenerse, de recibir el buñuelo en una hoja de papel, que el aceite volvía en seguida transparente, o el bastoncillo, que el vendedor, antes de entregarlo, bañaba en una tinaja que tenía cerca, al lado del fuego, llena de una miel oscura constelada de miguitas. Los niños recibían esas maravillas y le hincaban el diente, siempre corriendo hacia el liceo, el torso y la cabeza inclinados hacia adelante, para no mancharse la ropa.

Delante de la iglesia Sainte-Victoire tenía lugar, poco después de la reanudación de las clases, la emigración de las golondrinas. En efecto, en lo alto de la calle, que se ensanchaba en ese lugar, había una gran cantidad de cables eléctricos e incluso de alta tensión que habían servido en otros tiempos para la maniobra de los tranvías y que, caídos en desuso, no habían sido desmontados. Con los primeros fríos, fríos relativos pues nunca helaba, y sensibles tras el peso enorme del calor durante meses, las golondrinas*, que volaban en general por encima de los bulevares del paseo marítimo, sobre la plaza enfrente del liceo o en el cielo de los barrios pobres, lanzándose con gritos penetrantes hacia un fruto de ficus, una basura flotando en el mar o una boñiga fresca, hacían primero unas apariciones solitarias en el corredor de la rue Bab-Azoun, volando un poco bajo al encuentro de los tranvías, hasta elevarse de un solo golpe para desaparecer en el cielo por encima de las casas. Bruscamente, una mañana, se reunían miles en todos los cables de la placita Sainte-Victoire, en lo alto de las casas, apretadas unas contra otras, agitando la cabeza sobre el pequeño pecho de medio luto, desplazando ligeramente las patas y sacudiéndose con la cola para dejar sitio a una recién llegada, cubriendo la acera con sus pequeñas deyecciones cenicientas, todas ellas un solo piar sordo, erizado de breves cotorreos, conciliábulo incesante que desde la mañana se extendía sobre la calle, se hinchaba poco a poco hasta volverse casi ensordecedor cuando llegaba la noche y los niños

* Ver los pájaros de Argelia facultados por Grenier.

corrían hacia los tranvías de regreso, y cesaba bruscamente a una orden invisible, miles de cabecitas y de colas blanqui-negras se inclinaban entonces entre los pájaros dormidos. Durante dos o tres días, procedentes de todos los rincones del Sahel y a veces de más lejos, los pájaros llegaban en pequeños regimientos ligeros, trataban de acomodarse entre los primeros ocupantes y poco a poco se instalaban en las cornisas a lo largo de la calle, a cada lado del grupo principal, aumentando progresivamente por encima de los tran-seúntes los chasquidos de alas y el piar general que llegaba a ser ensordecedor. Y una mañana, con la misma brusquedad, la calle quedaba vacía. Durante la noche, justo antes del alba, los pájaros habían partido hacia el Sur. Para los niños, el invierno empezaba entonces, mucho antes de la fecha, puesto que para ellos nunca hubiera existido el verano sin los gritos penetrantes de las golondrinas en el cielo todavía cálido de la noche.

La rue Bab-Azoun terminaba por desembocar en una gran plaza donde se levantaban frente a frente, a izquierda y a derecha, el liceo y el cuartel. El liceo volvía la espalda a la ciudad árabe, cuyas calles escarpadas y húmedas empezaban allí a trepar por la colina. El cuartel daba la espalda al mar. Más allá del liceo, empezaba el jardín Marengo; más allá del cuartel, el barrio pobre y semiespañol de Bab-el-Oued. Unos minutos antes de las siete y cuarto, Pierre y Jacques, después de subir las escaleras a toda velocidad, entraban en medio de un mar de niños por la puertecita del portero, junto al portal principal. Desembocaban en la gran escalera, a cuyos lados figuraban los cuadros de honor, y seguían trepando a toda velocidad para llegar al rellano de donde partía, a la izquierda, la escalera que llevaba a las plantas, separada del gran patio por una galería acristalada. Allí, detrás de uno de los pilares del rellano, descubrían al Rinoceronte que acechaba a los retrasados. (El Rinoceronte era un bedel general, corso, bajo y nervioso, que debía su apodo a sus bigotes retorcidos.) Empezaba otra vida.

Pierre y Jacques habían obtenido, a causa de su «situación familiar», una beca de medio pensionistas. Se pasaban

el día entero en el liceo y comían en el refectorio. Las clases empezaban a las ocho o a las nueve, según los días, pero el desayuno se servía a los internos a las siete y cuarto y los medio pensionistas tenían derecho a tomarlo con ellos. Para las familias de los dos niños era inconcebible que pudiera renunciarse a un derecho, cualquiera que fuese, cuando tenían tan pocos; Jacques y Pierre figuraban, pues, entre los raros medio pensionistas que llegaban a las siete y cuarto al gran refectorio blanco y circular donde los internos, no del todo despiertos, se iban instalando delante de las largas mesas cubiertas de zinc, con grandes tazones y enormes cestos donde se amontonaban gruesas rebanadas de pan duro, mientras los camareros, casi todos árabes, envueltos en largos mandiles de tela basta, pasaban entre las filas con grandes cafeteras ahora brillantes, con un gran pico acodado para verter en los tazones un líquido hirviente donde había más achicoria que café. Después de ejercer su derecho, los niños podían entrar, un cuarto de hora más tarde, en la sala de estudio, donde bajo la vigilancia de un pasante, también interno, podían repasar sus lecciones antes de empezar la clase.

La gran diferencia con la escuela primaria era la multiplicidad de profesores. El señor Bernard sabía todo y enseñaba todo lo que sabía de la misma manera. En el liceo los maestros cambiaban según las materias, y los métodos cambiaban según los hombres*. La comparación era posible, es decir, que Jacques debía escoger entre los maestros a los que quería y aquellos a los que no quería. Desde ese punto de vista, un maestro de primaria está más cerca de un padre, ocupa casi todo su lugar, es, como él, inevitable y forma parte de la necesidad. De modo que no se plantea realmente la cuestión de quererlo o no quererlo. Las más de las veces uno lo quiere porque depende absolutamente de él. Pero si por azar el niño no lo quiere, o lo quiere poco, la dependencia y la necesidad permanecen, y no están lejos de

* El señor Bernard era querido y admirado. En el mejor de los casos, en el liceo el profesor era admirado, pero uno no se atrevía a quererlo.

parecerse al amor. En el liceo, por el contrario, los profesores eran como esos tíos entre los cuales existe el derecho de escoger. Sobre todo, uno podía no quererlos, y tenían el ejemplo de un profesor de física de aspecto sumamente elegante, autoritario y grosero en su lenguaje, que ni Jacques ni Pierre pudieron «tragar» jamás, aunque a lo largo de los años lo tuvieron dos o tres veces. El que tenía más posibilidades de ser querido era el profesor de letras, a quien los niños veían con más frecuencia que a los otros y, en efecto, en casi todas las clases era el preferido de Jacques y de Pierre³², pero sin poder apoyarse en él, pues no los conocía y, una vez terminada la clase, se retiraba a una vida desconocida, y ellos también, de vuelta en ese país lejano donde no había ninguna posibilidad de que se instalara un profesor de liceo, tanto que nunca encontraban a nadie en el tranvía, ni a profesores ni a alumnos, al menos en los rojos, que iban a los barrios de abajo (el C.F.R.A.), mientras que para los barrios altos, considerados elegantes, había otra línea de coches verdes, los T.A. Además, los T.A. llegaban hasta el liceo, mientras que los C.F.R.A. se detenían en la plaza del Gobierno, se [] " al liceo por abajo. De modo que una vez terminada la jornada, los dos niños sentían la separación en la puerta misma del liceo, o un poco más lejos, en la plaza del Gobierno, cuando, al despedirse del alegre grupo de sus compañeros, se encaminaban a los coches rojos que iban a los barrios más pobres. Y lo que sentían era, efectivamente, su separación, no su inferioridad. Eran de otro lugar, eso es todo.

Por el contrario, durante la clase, la separación quedaba suprimida. Los guardapolvos podían ser más o menos elegantes, pero se parecían. Las únicas rivalidades eran la de la inteligencia durante los cursos y la de la agilidad física durante los juegos. En ambas competiciones, los dos niños no figuraban entre los últimos. La formación sólida que habían recibido en la escuela primaria les había dado una

³² " ¿Decir quiénes?, ¿y desarrollar?

³³ Una pabra ilegible.

superioridad que los colocó desde el principio entre los primeros. Una ortografía imperturbable, seguridad en los cálculos, una memoria ejercitada y sobre todo el respeto []³⁴ que les había sido inculcado por los conocimientos de toda suerte fueron, sobre todo al comienzo de sus estudios, verdaderas cartas de triunfo para ellos. Si Jacques no hubiera sido tan inquieto, lo que comprometía regularmente su inscripción en el cuadro de honor, si Pierre hubiese atacado mejor el latín, el triunfo de ambos habría sido absoluto. En todo caso, alentados por sus profesores, eran respetados. En materia de juegos, el fútbol era el preferido, y Jacques descubrió, desde los primeros recreos, la que sería su pasión de tantos años. Los partidos se jugaban durante el recreo que seguía al almuerzo en el refectorio y en el de una hora, que transcurría, para los internos, los medio pensionistas y los externos que hacían sus deberes, antes de la última clase de las cuatro. En ese momento, en el recreo de una hora, merendaban y jugaban antes de la permanencia, donde durante dos horas hacían los deberes del día siguiente ". Para Jacques no era cuestión de merendar. Junto con los fanáticos del fútbol se precipitaba al patio de cemento, enmarcado en sus cuatro lados por soportales de grandes pilares (bajo los cuales los empollones y los juiciosos se paseaban conversando), con cuatro o cinco bancos verdes a cada lado, y grandes ficus protegidos por verjas de hierro. Dos campos se dividían el patio, los porteros se ubicaban en cada extremo entre los pilares y una gran pelota de goma-espuma se colocaba en el centro. No había arbitro y al primer puntapié empezaban los gritos y las carreras. En ese terreno era donde Jacques, que hablaba ya de igual a igual con los mejores alumnos de la clase, se hacía respetar y querer también por los peores, que a menudo, a falta de una cabeza sólida, habían recibido del cielo unas piernas vigorosas y un aliento infatigable. Allí por primera vez se separaba de Pierre, que no jugaba, aunque fuera naturalmente

³⁴ Una palabra ilegible.

* El patio menos frecuentado debido a la salida de los externos.

diestro: era más frágil, crecía más rápido que Jacques, parecía cada vez más rubio, como si el trasplante no le sentara tan bien*. Jacques tardaba en crecer, lo que le valía los graciosos apodos de «enano» y «culo bajo», pero no le importaba, y corriendo con la pelota entre los pies, para esquivar árboles y adversarios, se sentía el rey del patio y de la vida. Cuando un redoble de tambor marcaba el final del recreo y el comienzo del estudio, en una frenada brusca, caía literalmente del cielo al cemento, jadeando y sudando, furioso por la brevedad de las horas, y recobrando poco a poco conciencia de la situación se precipitaba de nuevo hacia las filas con sus compañeros, mientras se secaba con las mangas el sudor de la cara, súbitamente aterrado al pensar en el desgaste de los clavos de las suelas de sus zapatos, que examinaba con angustia al comienzo del estudio, tratando de evaluar la diferencia con la víspera y el brillo de las puntas y tranquilizado justamente por la dificultad de medir el grado de desgaste. Salvo cuando un daño irreparable, suela abierta, empeine cortado o tacón torcido, no dejaba ninguna duda sobre la acogida que recibiría al volver, tragaba saliva con el estómago apretado durante las dos horas de estudio, tratando de compensar su falta con un trabajo más atento, pero, pese a todos sus esfuerzos, el miedo a los golpes era una distracción fatal. Esas últimas horas parecían las más largas. En primer lugar eran dos horas. Y además transcurrían de noche o al comienzo del crepúsculo. Las altas ventanas daban al jardín Marengo. En torno a Jacques y a Pierre, sentados uno junto al otro, los alumnos estaban más silenciosos que de costumbre, cansados de estudiar y de jugar, absorbidos por sus últimas tareas. Especialmente al final del año, la tarde caía sobre los grandes árboles, los arriates y los macizos de bananos del jardín. El cielo se ponía cada vez más verde y se agrandaba mientras los ruidos de la ciudad, más sordos, se iban alejando. Cuando hacía mucho calor y una de las ventanas permanecía entreabierta, se oían los gritos de las últimas golondrinas por encima del

* Desarrollar.

pequeño jardín, y el perfume de las seringas y de las grandes magnolias ahogaba los olores más ácidos y más amargos de la tinta y la regla. Jacques soñaba, con el alma extrañamente embargada, hasta que lo llamaba al orden el joven pasante, que preparaba a su vez sus tareas universitarias. Había que esperar el último redoble de tambor.

^a A las siete se soltaba la riada de alumnos del liceo, la carrera en grupos ruidosos por la rue Bab-Azoun con todas las tiendas iluminadas; las aceras atestadas bajo los soportales les obligaban a correr a veces por la calzada entre los rieles, hasta que aparecía un tranvía y les empujaba a refugiarse bajo los soportales y por fin se abría la plaza del Gobierno iluminada por los quioscos y los tenderetes de los comerciantes árabes, con sus lámparas de acetileno, cuyo olor los niños respiraban con deleite. Los tranvías rojos esperaban, cargados hasta reventar, mientras que por la mañana eran los menos frecuentados y a veces se quedaban en el estribo de las jardineras, cosa prohibida y tolerada a la vez, hasta que algunos viajeros se apeaban en una parada y los niños se hundían entonces en la masa humana, pero no podían charlar, reducidos a usar lentamente los codos y el cuerpo para llegar a una de las barandillas desde las que podía verse el puerto oscuro, donde los grandes transatlánticos punteados de luz parecían, en la noche del mar y del cielo, esqueletos de edificios incendiados en los que todavía ardieran todas las brasas. Los grandes tranvías iluminados pasaban entonces con gran ruido por el borde del mar, por lo alto, después bajaban un poco hacia el interior y desfilaron entre casas cada vez más pobres hasta el barrio de Belcourt, donde había que separarse y subir las escaleras jamás iluminadas rumbo a la luz redonda de la lámpara de petróleo que iluminaba el hule y las sillas alrededor de la mesa, dejando en la sombra el resto de la habitación donde Catherine Cormery, delante del aparador, preparaba los cubiertos, mientras la abuela recalentaba en la cocina el guiso del mediodía y el hermano mayor leía en un extremo de la mesa

" El ataque del pederasta.

una novela de aventuras. A veces había que ir al colmado mzabí de la esquina a comprar la sal o el paquete de mantequilla que faltaba en el último momento, o a buscar al tío Ernest, que peroraba en el café de Gaby. A las ocho cenaban en silencio, o bien el tío contaba una oscura aventura que le hacía reír a carcajadas, pero en todo caso nunca se hablaba del liceo, salvo cuando la abuela preguntaba a Jacques si había tenido buenas notas, y él decía que sí y nadie volvía a mencionar el asunto, y su madre no le preguntaba nada, meneando la cabeza y mirándolo con sus ojos dulces cuando reconocía que había obtenido buenas calificaciones, pero siempre silenciosa y un poco aparte. «No se mueva», decía a su madre, «voy a buscar el queso», y nada más hasta el final, en que se levantaba para quitar la mesa. «Ayuda a tu madre», decía la abuela, porque él cogía los *Pardaillan* para leer ávidamente. La ayudaba y luego volvía bajo la lámpara, poniendo sobre el hule liso y desnudo el libro voluminoso que hablaba de duelos y de coraje, mientras su madre, sacando una silla fuera de la luz de la lámpara, se sentaba junto a la ventana en invierno, o en verano en el balcón, y miraba circular los tranvías, los coches y los transeúntes, que iban raleando poco a poco¹. Entonces era la abuela quien decía a Jacques que debía acostarse porque a la mañana siguiente se levantaba a las cinco y media, y él la besaba primero, después al tío y para terminar a su madre, que le daba un beso afectuoso y distraído, con la mirada perdida en la calle y la corriente de vida que fluía infatigable más abajo de la orilla donde estaba ella, infatigable, mientras su hijo, infatigable, con la garganta apretada, la observaba en la sombra, mirando la espalda flaca y encorvada, lleno de una angustia oscura frente a una infelicidad que no podía comprender.

¹ Lucien — 14 EPS — 16 Seguros.

El gallinero y la gallina degollada

Esa angustia frente a lo desconocido y frente a la muerte que sentía siempre al volver del liceo a su casa iba invadiendo su ánimo al final del día con la misma velocidad con que la oscuridad devoraba rápidamente la luz y la tierra, y sólo cesaba en el momento en que la abuela encendía la lámpara de petróleo, poniendo el tubo sobre el hule, empujándose un poco sobre las puntas de los pies, con los muslos apoyados en el borde de la mesa, el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza torcida para ver mejor el pico de la lámpara por debajo de la pantalla, una mano en la rueda de la de cobre que regulaba la mecha, raspándola con la otra por medio de un fósforo encendido hasta que dejara de carbonizarse y diera una buena llama clara, y la abuela volvía a poner el tubo que chirriaba un poco contra las muescas recortadas del aro de cobre donde se encajaba, volvía a regular la mecha hasta que la luz amarilla, cálida, trazaba sobre la mesa un gran círculo perfecto, iluminando con una luz más suave, como reflejada por el hule, el rostro de la mujer y el del niño, que desde el otro lado de la mesa asistía a la ceremonia, y su corazón se dilataba lentamente a medida que subía la luz.

Era la misma angustia que a veces trataba de vencer, por orgullo o vanidad, en ciertas circunstancias, cuando su abuela le ordenaba que fuera a buscar una gallina al corral. Sucedió siempre de noche, en vísperas de una fiesta importante,

Pascua o Navidad, o de la visita de parientes más afortunados a los que deseaban agasajar disimulando al mismo tiempo, por decencia, la situación real de la familia. En efecto, en los primeros años del liceo la abuela había pedido al tío Joséphin que le trajera unos pollos árabes de sus excursiones comerciales del domingo, y había movilizó al tío Ernest para que construyera en el fondo del patio, directamente sobre el suelo pegajoso de humedad, un precario gallinero donde criaba cinco o seis volátiles que le daban huevos y en ocasiones sangre. La primera vez que la abuela decidió proceder a una ejecución, con la familia sentada en torno a la mesa, pidió al mayor de los niños que fuera a buscar a la víctima. Pero Louis se negó³⁵, declarando francamente que tenía miedo. La abuela se burló y fustigó a esos hijos de ricos que no eran como los de otros tiempos, allá en su pueblo, que no tenían miedo de nada.

—Jacques es más valiente, lo sé. Ve tú.

A decir verdad, Jacques no se sentía nada valiente. Pero puesto que así lo juzgaban, no podía retroceder, y allí fue esa primera noche. Había que bajar la escalera a tientas, en la oscuridad, después doblar a la izquierda en el corredor siempre oscuro, encontrar la puerta del patio y abrirla. La noche era menos oscura que el pasillo. Se adivinaban los cuatro peldaños resbaladizos y verdes de moho que bajaban al patio. A la derecha, las persianas del pequeño pabellón, donde vivía la familia del peluquero y la familia árabe, dejaban pasar una luz avara. Enfrente se distinguían las manchas blanquecinas^{*} de los animales dormidos en tierra o encaramados en los palos cubiertos de excrementos. Al llegar al gallinero, que se tambaleaba apenas lo tocaban, en cuclillas y con los dedos metidos en las gruesas mallas de la alambrada, por encima de su cabeza empezaba a oírse un cacareo sordo y a percibirse el olor tibio y repugnante de las deyecciones. Jacques abría la puertecita al ras del suelo, se agachaba para deslizar por ella la mano y el brazo, tocaba con asco la tierra

* Deformadas.

³⁵ El hermano de Jacques se llama unas veces Henri, otras Louis.

o un palo sucio y retiraba rápidamente la mano, lleno de miedo apenas estallaba la algarabía de alas y de patas de los animales, que revoloteaban o corrían por todas partes. Pero había que decidirse, puesto que lo consideraban el más valiente. Sin embargo, aquella agitación de las aves en la oscuridad, en el rincón de sombra y suciedad, lo colmaba de una angustia que le revolvía el estómago. Esperaba, miraba la noche límpida por encima de su cabeza, el cielo lleno de estrellas nítidas y tranquilas y se echaba hacia adelante, atrapaba la primera pata al alcance de su mano, arrastraba al animal lleno de gritos y de miedo hasta la puertecita, atrapaba la segunda pata con la otra mano y lo sacaba con violencia, arrancándole ya una parte de las plumas contra las jambas de la puerta, mientras todo el gallinero se llenaba de cacareos agudos y enloquecidos y el viejo árabe aparecía, vigilante, en un rectángulo de luz que súbitamente se recortaba en la oscuridad.

—Soy yo, señor Tahar —decía el niño con voz blanca—. He cogido una gallina para mi abuela.

—Ah, eres tú. Bueno, creía que había ladrones —y se retiraba sumiendo de nuevo el patio en la oscuridad.

Entonces Jacques corría, mientras la gallina se debatía enloquecida, golpeándose contra las paredes del pasillo o los barrotes de la escalera, enfermo de asco y de miedo sintiendo contra la palma de la mano la piel espesa, fría, escamosa, de las patas, corriendo todavía más rápido por el rellano y el pasillo de la casa, y apareciendo por fin en el comedor como un vencedor. El vencedor se recortaba en la entrada, despeinado, las rodillas verdes de moho del patio, con la gallina lo más separada posible de su cuerpo y la cara pálida de miedo.

—Ves —decía la abuela al mayor—, es más pequeño que tú, debería darte vergüenza.

Jacques esperaba para hincharse de justo orgullo a que la abuela cogiera con mano firme las patas de la gallina, repentinamente en calma, como si hubiera entendido que ya estaba en manos inexorables. Su hermano comía el postre sin mirarlo, salvo para hacerle una mueca de desprecio que

aumentaba la satisfacción de Jacques. Pero esa satisfacción duraba poco. La abuela, feliz de tener un nieto viril, para recompensarlo lo invitaba a presenciar en la cocina el degüello de la gallina. Enfundada en un grueso mandil azul y sujetando siempre con una mano las patas del ave, colocaba en el suelo un gran plato hondo de loza blanca, así como el gran cuchillo de cocina que el tío Ernest afilaba regularmente en una piedra larga y negra, de manera que la hoja, que con el uso se había vuelto muy estrecha y filosa, no era más que un hilo brillante.

—Ponte ahí.

Jacques se ponía en el lugar indicado, en el fondo de la cocina, mientras la abuela se situaba en la entrada, obstruyendo la salida tanto a la gallina como al niño. Apoyado en el fregadero, el hombro [izquierdo] contra la pared, miraba horrorizado los gestos precisos del sacrificador. La abuela empujaba el plato justo bajo la luz de la pequeña lámpara de petróleo apoyada en una mesa de madera, a la izquierda de la puerta. Tendía al animal en el suelo y, apoyando en él la rodilla derecha, le sujetaba las patas para atrapar después la cabeza con la mano izquierda, estirándola por encima del plato. Con el cuchillo afilado como una navaja, clavado donde en el hombre se encuentra la nuez, lo degollaba retorciendo la cabeza para abrir la herida al mismo tiempo que el cuchillo entraba más profundamente en los cartílagos con un ruido terrible, y manteniendo inmóvil a la gallina, que daba tremendas sacudidas, mientras la sangre bermeja goteaba en el plato blanco, y Jacques miraba con las piernas flojas como si se sintiera vaciado de su propia sangre.

—Coge el plato —decía la abuela al cabo de un momento interminable.

La gallina había dejado de sangrar. Con precaución, Jacques depositaba sobre la mesa el plato con la sangre ya oscurecida. La abuela arrojaba junto al plato a la gallina con sus plumas ahora opacas, el ojo vidrioso sobre el que bajaba el párpado redondo y plegado. Jacques miraba el cuerpo inmóvil, los dedos de las patas juntos, la cresta

apagada y flaccida, la muerte, en fin, y se volvía al comedor³.

—Yo no puedo ver eso —le había dicho su hermano con furor contenido—. Es repugnante.

—No, qué va —decía Jacques con voz insegura.

Louis lo miraba con un aire a la vez hostil e inquisitivo. Y Jacques se irguió. Se encerraba en la angustia, en ese miedo pánico que lo había invadido frente a la noche y a la muerte espantosa, encontrando en el orgullo, y sólo en él, una voluntad de coraje que terminó por hacer las veces de coraje.

—Tienes miedo, eso es todo —terminó por decir.

—Sí —dijo la abuela entrando en el comedor—, en adelante será Jacques quien vaya al gallinero.

—Está bien —comentaba el tío Ernest encantado—, tiene coraje.

Petrificado, Jacques veía a su madre, un poco apartada, zurciendo calcetines con un gran huevo de madera. Ella lo miró.

—Sí —dijo—, está bien, eres valiente.

Y se volvía hacia la calle, y Jacques no tenía ojos bastantes para mirarla, y sentía de nuevo que la desdicha se instalaba en su corazón encogido.

—Ve a acostarte —decía la abuela.

Sin encender la lamparita de petróleo, Jacques se desvestía en la habitación a la luz que llegaba del comedor. Se tendía en el borde de la cama de dos plazas para no tocar a su hermano ni molestarlo. Se dormía en seguida, muerto de cansancio y de sensaciones, despertando a veces cuando su hermano pasaba por encima de él para dormir pegado a la pared, pues se levantaba más tarde que Jacques, o cuando su madre tropezaba contra el armario mientras se desvestía en la oscuridad, subía levemente a su cama y dormía con un sueño tan ligero que podía creerse despierta, y Jacques a veces lo pensaba, tenía ganas de llamarla y se decía que de todos modos no lo oiría, trataba entonces de quedarse des-

* Al día siguiente, el olor del pollo crudo, pasado por las llamas.

pierto al mismo tiempo que ella, con la misma levedad, inmóvil, sin hacer ningún ruido, hasta que el sueño lo vencía, como había vencido a su madre después de una dura jornada de lavado o de tareas domésticas.

Jueves y vacaciones

Sólo los jueves y domingos volvían Jacques y Pierre a su universo (salvo ciertos jueves en que Jacques estaba castigado y—como lo indicaba un billete del jefe de bedeles que Jacques hacía firmar a su madre después de resumírselo con la palabra «castigo»— debía pasar dos horas, de ocho a diez, y a veces, en los casos graves, cuatro, en el liceo, cumpliendo en una sala especial, en medio de otros culpables, bajo la vigilancia de un pasante, en general furioso porque tenía que movilizarse ese día, un castigo particularmente estéril *. En ocho años de liceo, Pierre nunca había sido castigado sin salir. Pero Jacques, demasiado inquieto, demasiado vanidoso también, haciéndose el imbécil por el gusto de lucirse, coleccionaba esos castigos. Infructuosamente explicaba a su abuela que no tenían que ver con su comportamiento; ella era incapaz de distinguir entre la estupidez y la mala conducta. Para la abuela un buen alumno era forzosamente virtuoso y juicioso; de la misma manera, la virtud llevaba directamente a la ciencia. De modo que a los castigos del jueves se sumaban, los primeros años por lo menos, las correcciones del miércoles).

La mañana de los jueves sin castigo y los domingos se dedicaba a los recados y a los trabajos de la casa. Y por la

* En el liceo no la «agarrada» sino el castañazo.

tarde, Pierre y Jean³⁶ podían salir juntos. Cuando el tiempo era bueno, iban a la playa de Sablettes o al campo de maniobras, un gran terreno baldío que comprendía una cancha de fútbol de rudimentario trazado y numerosos recorridos para los jugadores de bolos. Se podía jugar al fútbol, casi siempre con una pelota de trapo y equipos de chicos, árabes y franceses, que se formaban espontáneamente. Pero el resto del año, los dos niños iban a la Casa de los Inválidos de Kouba^a, donde la madre de Pierre, que había dejado Correos, se encargaba de la ropa blanca. Kouba era el nombre de una colina, al este de Argel, en la terminal de una línea de tranvías^b. En realidad allí se detenía la ciudad y empezaba la suave campiña del Sahel, con sus colinas armoniosas, agua relativamente abundante, prados casi feraces y campos de tierra roja y esponjosa, cortados de vez en cuando por setos de altos cipreses o de cañas. Las viñas, los árboles frutales, el maíz, crecían en abundancia y sin mayor esfuerzo. Para el que venía de la ciudad y de sus barrios húmedos y calientes, el aire era, de añadidura, vivo y pasaba por benéfico. Para los argelinos que en cuanto tenían algunos medios o rentas escapaban en verano de Argel hacia el clima más moderado de Francia, bastaba que el aire que se respiraba en un lugar fuera un poco más fresco para que lo bautizaran como «aire de Francia». Así es como en Kouba se respiraba el aire de Francia. La Casa de los Inválidos, creada poco después de la guerra para los pensionistas mutilados, se hallaba a cinco minutos de la terminal del tranvía. Era un antiguo convento amplio, de una arquitectura complicada y distribuida en varias alas, con gruesos muros encalados, galerías cubiertas y grandes salas abovedadas y frescas donde se habían instalado los refectorios y los servicios. La lencería, dirigida por la señora Marlon, la madre de Pierre, estaba en una de esas grandes salas. Allí recibía a los niños, entre el olor de las plan-

^a Se trata de Jacques.

^b ¿Es el nombre?

El incendio.

chas calientes y de la ropa húmeda, con dos empleadas, una árabe, la otra francesa, que estaban bajo sus órdenes. Les daba a cada uno un trozo de pan y otro de chocolate y, arremangando sus hermosos brazos frescos y fuertes:

—Guardadlo en el bolsillo para las cuatro, y al jardín, que tengo que hacer —decía.

Los niños vagabundeaban primero por las galerías y los patios interiores, y la mayoría de las veces comían la merienda en seguida, para librarse del estorbo del pan y del chocolate, que se derretía entre los dedos. Se cruzaban con inválidos a quienes les faltaba un brazo o una pierna, o que circulaban en cochecitos con ruedas de bicicleta. No había caras mutiladas ni ciegos, sólo lisiados correctamente vestidos, a menudo con una condecoración, la manga de la camisa o de la chaqueta, o la pierna del pantalón cuidadosamente recogidas y sujetas por un imperdible en torno al muñón invisible, y no era horrible, eran muchos. Los niños, pasada la sorpresa del primer día, los veían como veían cualquier novedad que descubrieran y que incorporaban de inmediato al orden del mundo. La señora Marlon les había explicado que esos hombres habían perdido un brazo o una pierna en la guerra, y la guerra justamente formaba parte de su universo, era de lo único de lo que oían hablar, había influido en tantas cosas a su alrededor que no les costaba comprender que se pudiera perder en ella un brazo o una pierna y que incluso se la pudiera definir como una época de la vida en que se perdían los brazos y las piernas. Por eso ese universo de lisiados no era nada triste para los niños. Algunos eran taciturnos y sombríos, es cierto, pero la mayoría eran jóvenes, sonrientes y tomaban a broma incluso su invalidez.

—Tengo una sola pierna —decía uno de ellos, rubio, de fuerte rostro cuadrado, lleno de salud, a quien se veía rondar muchas veces por la lencería—, pero todavía puedo darte un puntapié en el trasero.

Y apoyado con la mano derecha en el bastón y con la izquierda en el parapeto de la galería, se incorporaba y lanzaba su único pie en dirección a los niños. Éstos reían con él y escapaban al trote. Les parecía normal ser los únicos que

podían correr o utilizar los dos brazos. Sólo una vez Jacques, que se había hecho un esguince jugando al fútbol y que durante unos días anduvo arrastrando una pierna, pensó que los inválidos de los jueves estaban de por vida incapacitados como él para correr y subir a un tranvía en marcha, y dar un puntapié a una pelota. De golpe comprendió lo que tenía de milagroso la mecánica humana, y al mismo tiempo sintió una angustia ciega ante la idea de que él también podría ser un mutilado; después lo olvidó.

Bordeaban* los refectorios con las persianas a medio echar, las mesas revestidas de zinc reluciendo débilmente en la sombra, después las cocinas con enormes recipientes, calderos y cacerolas, de donde se escapaba un olor tenaz de grasa quemada. En el ala final veían los cuartos con dos o tres camas cubiertas de mantas grises, y armarios de madera sin pintar. Al fin bajaban al jardín por una escalera exterior.

La Casa de los Inválidos estaba rodeada de un gran parque casi enteramente abandonado. Algunos inválidos se habían propuesto cultivar alrededor de la casa unos macizos de rosales y arriates de flores, además de un pequeño huerto rodeado de altas empalizadas de cañas secas. Pero más allá, el parque, que había sido magnífico, estaba abandonado. Inmensos eucaliptos, palmas reales, cocoteros, cauchos" de tronco enorme, cuyas ramas bajas echaban raíces más lejos formando un laberinto vegetal lleno de sombra y de secreto, cipreses espesos, sólidos, vigorosos naranjos, bosquecillos de laureles de una altura extraordinaria, rosados y blancos, dominaban las avenidas desdibujadas donde la arcilla se había tragado los guijarros, roídas por un revoltijo oloroso de terebintos, jazmines, clemátides, pasifloras, madre selvas y al pie un lozano tapiz de trébol, oxalídeas y hierbas silvestres. Pasearse por esa selva perfumada, arrastrarse por ella, meter la nariz en la hierba, desbrozar a cuchillo los pasajes enmarañados y salir con las piernas rasguñadas y la cara llena de agua era embriagador.

* Los niños.

• Los otros grandes árboles.

Pero la fabricación de aterradores venenos ocupaba también gran parte de la tarde. Debajo de un banco de piedra adosado a un pedazo de pared cubierto de una parra silvestre, los niños habían acumulado todo un arsenal de tubos de aspirina, frascos de medicamentos o viejos tinteros, fragmentos de vajilla y tazas desportilladas que constituían su laboratorio. Allí, perdidos en lo más espeso del parque, al abrigo de las miradas, preparaban sus filtros misteriosos. La base era el laurel rosa, simplemente porque a menudo habían oído decir que su sombra era maléfica y que el imprudente que se dormía bajo el laurel no se despertaba nunca más. Las hojas y la flor del laurel, cuando llegaba la época, se machacaban largo rato entre dos piedras hasta formar una papilla malsana cuyo solo aspecto prometía una muerte terrible. Esa papilla expuesta al aire libre se cubría de inmediato de unas irisaciones particularmente espantosas. Entretanto, uno de los niños corría a llenar de agua una vieja botella. Llegado el momento se desmenuzaban las pinas de ciprés. Los niños estaban seguros de su malignidad por la razón incierta de que el ciprés es el árbol de los cementerios. Pero los frutos se recogían en el árbol, no en tierra, donde el resecamiento les daba un fastidioso aspecto de salud enjuta y dura⁴. A continuación se mezclaban las dos papillas en un viejo tazón, se diluían en agua y después se filtraban a través de un pañuelo sucio. El jugo así obtenido, de un verde inquietante, era manejado con todas las precauciones que se adoptan con un veneno fulminante. Lo transvasaban a tubos de aspirina o a frascos farmacéuticos que tapaban evitando tocar el líquido. Lo que quedaba se mezclaba con diferentes papillas, hechas con todas las bayas que podían recoger, para constituir series de venenos cada vez más potentes, cuidadosamente numerados y ordenados debajo del banco de piedra hasta la semana siguiente, a fin de que la fermentación volviera los elixires particularmente funestos. Una vez terminado ese tenebroso trabajo, J. y P. contemplaban en éxtasis la colección de frascos espan-

Restablecer el orden cronológico.

tosos y husmeaban con deleite el olor amargo y ácido que subía de la piedra manchada de papilla verde. Por lo demás, esos venenos no estaban destinados a nadie. Los químicos calculaban el número de hombres que podían matar y en su optimismo llegaban a suponer que habían fabricado una cantidad suficiente para despoblar la ciudad. Sin embargo, nunca habían pensado que esas drogas mágicas pudieran librarlos de un compañero o de un profesor detestados. Pero es que en realidad no detestaban a nadie, lo cual llegaría a incomodarles mucho en la edad adulta y en la sociedad en que habrían de vivir.

Pero los días mejores eran los de viento. Uno de los lados de la casa que daba al parque terminaba en lo que había sido en otro tiempo una terraza, cuya balaustrada de piedra yacía sobre la hierba al pie del amplio zócalo de cemento cubierto de baldosas rojas. Desde la terraza abierta por los tres lados se dominaba el parque y, más allá del parque, un barranco separaba la colina de Kouba de una de las mesetas del Sahel. Dada la orientación de la terraza los días en que se levantaba el viento del este, siempre violento en Argel, el viento la atacaba de frente. Esos días los niños corrían hacia las primeras palmeras, al pie de las cuales había siempre largas palmas secas. Raspaban la base para suprimir las púas y poder sujetarlas con las dos manos. Después, arrastrando las palmas, corrían hacia la terraza; el viento soplaba con rabia, silbando en los grandes eucaliptos, que agitaban enloquecidos sus ramas más altas, despeinando las palmeras, rozando con ruido de papel las anchas hojas barnizadas de los cauchos. Había que subir a la terraza, izar las palmas y dar la espalda al viento. Los niños asían entonces las palmas secas y crujientes con las dos manos, protegiéndolas en parte con sus cuerpos, y se volvían bruscamente. De un solo golpe la palma se adhería a ellos, respiraban su olor de polvo y de paja. El juego consistía entonces en avanzar contra el viento, levantando la palma cada vez más. El vencedor era el que podía llegar primero al extremo de la terraza sin que el viento le arrancase la palma de las manos, permanecer de pie enarbolándola en la punta de los brazos, con

todo el peso apoyado en una pierna adelantada, y luchar victoriosamente y durante el mayor tiempo posible contra la fuerza rabiosa del viento. Allí, erguido, dominando aquel parque y aquella meseta bullente de árboles, bajo el cielo surcado a toda velocidad por enormes nubes, Jacques sentía que el viento venido de los confines del país bajaba a lo largo de la palma y de sus brazos para llenarlo de una fuerza y una exultación que le hacía lanzar largos gritos, sin parar, hasta que, con los brazos y los hombros rotos por el esfuerzo, abandonaba por fin la palma que la tempestad se llevaba de golpe junto con sus gritos. Y por la noche, en su cama, deshecho de cansancio, en el silencio del cuarto donde su madre dormía con un sueño ligero, seguía oyendo aullar el tumulto y el furor del viento, que amaría toda su vida.

El jueves^{*} era también el día en que Jacques y Pierre iban a la biblioteca municipal. Jacques siempre había devorado los libros que caían en sus manos y los tragaba con la misma avidez que ponía en vivir, en jugar o en soñar. Pero la lectura le permitía escapar a un universo inocente cuya riqueza y pobreza eran igualmente interesantes por ser perfectamente irreales. *L'Intrépide*, los gruesos álbumes de revistas ilustradas que él y sus compañeros se pasaban unos a otros hasta que la cubierta de cartón se ponía gris y áspera y las páginas rotas y con las puntas dobladas, primero lo transportaron a un universo cómico o heroico que satisfacía en él una doble sed esencial, la sed de la alegría y la del coraje. El gusto por lo heroico y lo gallardo era sin duda muy fuerte en los dos muchachos, a juzgar por el consumo increíble de novelas de capa y espada, y la facilidad con que mezclaban los personajes de *Pardaillan* con su vida de todos los días. Su gran autor era, en efecto, Michel Zévaco, y el Renacimiento, sobre todo el italiano, con los colores de la daga y el veneno, en medio de los palacios romanos y florentinos y de los fastos reales o pontificios, era el reino preferido de aquellos dos aristócratas que a veces, en la calle amarilla y polvorienta

^{*} Separarlos de su medio.

donde vivía Pierre, se lanzaban desafíos desenvainando largas reglas barnizadas de []³⁷, sostenían entre los cubos de basuras fogosos duelos cuyas huellas llevaban durante mucho tiempo en los dedos³⁸. En aquel momento no podían encontrar otros libros, por la sencilla razón de que eran pocas las personas que leían en aquel barrio y ellos mismos no podían comprar, más que de vez en cuando, los libros populares que dormían en la librería.

Pero aproximadamente por la época en que ingresaban en el liceo, se instaló en el barrio una biblioteca municipal, a medio camino entre la calle donde vivía Jacques y la parte alta donde empezaban los barrios más distinguidos, con villas rodeadas de pequeños jardines llenos de plantas perfumadas que crecían vigorosamente en las cuestas húmedas y cálidas de Argelia. Las villas rodeaban el gran parque del internado Sainte-Odile, escuela religiosa sólo para niñas. En ese barrio, tan cerca y tan lejos del de ellos, fue donde Jacques y Pierre conocieron sus emociones más profundas (de las que no es el momento de hablar, pero ya se hablará de ellas, etcétera). La frontera entre los dos universos (uno polvoriento y sin árboles, donde todo el espacio estaba reservado a los habitantes y a las piedras que los cobijaban; el otro donde las flores y los árboles constituían el verdadero lujo de ese mundo) estaba representada por un bulevar bastante ancho con soberbios plátanos en las dos aceras. En efecto, una de sus orillas estaba bordeada de villas, y la otra de pequeñas construcciones baratas. La biblioteca municipal se instaló en esa zona.

La biblioteca se abría tres veces por semana por la noche, después de las horas de trabajo, y el jueves durante toda la mañana. Una maestra joven, de físico más bien ingrato, que dedicaba gratuitamente unas horas de su tiempo a la biblioteca, sentada detrás de una mesa bastante ancha de madera sin pintar, se ocupaba del préstamo de libros. La habitación

³⁷ Se peleaban en realidad por ser D'Artagnan o Passepoil. Nadie quería ser Aramis, Athos y, si acaso, Porthos.

³⁸ Una palabra ilegible.

era cuadrada, las paredes enteramente cubiertas de anaqueles de madera desnuda y de libros en cuaderados en tela negra. Había también una mesita con unas sillas para los que querían consultar rápidamente un diccionario, pues la biblioteca era sólo de préstamo, y un fichero alfabético que ni Jacques ni Pierre usaban nunca, pues su método consistía en pasearse delante de los anaqueles, elegir un libro por el título, y menos frecuentemente por su autor, anotar el número e inscribirlo en la ficha azul en la que se lo solicitaba. Para tener derecho al préstamo, bastaba con llevar un recibo de alquiler y pagar un derecho mínimo. El interesado recibía entonces una tarjeta plegable donde los libros prestados quedaban consignados al mismo tiempo que en el registro de la joven maestra.

La biblioteca contenía sobre todo novelas, pero muchas estaban prohibidas para los menores de quince años y ordenadas aparte. Y el método puramente intuitivo de los dos niños no constituía una verdadera elección entre los libros permitidos. Pero el azar no es lo peor para las cosas de la cultura y, devorando todo mezclado, los dos glotones engullían lo bueno al mismo tiempo que lo malo, sin preocuparse de retener nada, y en efecto, sin retener casi nada salvo una extraña y poderosa emoción que, a través de las semanas, los meses y los años, engendraba y hacía crecer en ellos todo un universo de imágenes y de recuerdos irreductibles a la realidad de todos los días, pero sin duda no menos presentes para esos niños ardorosos que vivían sus sueños con la misma violencia que sus vidas^{ab}.

Lo que contuvieran esos libros, en el fondo poco importaba. Lo que importaba era lo que sentían ante todo al entrar en la biblioteca, donde no veían las paredes de libros negros sino un espacio y unos horizontes múltiples que, no bien pasada la puerta, los arrancaban de la vida estrecha del barrio. Después venía el momento en que, provistos de los dos volúmenes a los que cada uno tenía derecho, los apre-

* Páginas del diccionario Quillet, olor de las ilustraciones.

^b Señorita, ¿Jack London es bueno?

taban con el codo contra el costado, se deslizaban en el bulevar oscuro a esa hora, aplastando con los pies las bayas de los grandes plátanos y calculando las delicias que podrían extraer de sus libros, comparándolos con los de la semana precedente, hasta que, al llegar a la calle principal, empezaban a abrirlos bajo la luz incierta del primer reverbero para sacar alguna frase (por ej. «era de un vigor poco común») que los fortaleciera en su alegre y ávida esperanza. Se separaban rápidamente y corrían hacia el comedor para abrir el libro sobre el hule, bajo la luz de la lámpara de petróleo. Un fuerte olor de cola subía de la grosera encuademación que raspaba los dedos.

La forma en que el libro estaba impreso informaba ya al lector del placer que le proporcionaría. A P. y a J. no les gustaba la composición ancha, con grandes márgenes, en que se complacen los autores y los lectores refinados, sino las páginas llenas de caracteres pequeños, alineados en renglones poco separados, llenas hasta el borde de palabras y de frases, como esos enormes platos rústicos donde pueden comer varios a la vez y durante largo rato sin agotarlos jamás, y que son los únicos capaces de calmar ciertos apetitos enormes. De nada les serviría el refinamiento, no conocían nada y querían saberlo todo. Poco importaba que el libro estuviera mal escrito y groseramente compuesto, con tal de que la escritura fuera clara y llena de vida violenta; esos libros y sólo éstos les daban el alimento de sueños que les permitirían dormir después profundamente.

Cada libro, además, tenía un olor particular según el papel en que estaba impreso, olor fino, secreto en cada caso, pero tan singular que J. hubiera podido distinguir a ojos cerrados un volumen de la colección Nelson de las ediciones corrientes que publicaba entonces Fasquelle. Y cada uno de esos olores, aun antes de que empezara la lectura, arrebatava a Jacques a otro universo lleno de promesas ya [cumplidas] que empezaba a oscurecer la habitación donde se encontraba, a suprimir el barrio mismo y sus ruidos, la ciudad y el mundo entero, que desaparecería totalmente no bien empezada la lectura con una avidez loca,

exaltada, que terminaba por sumirlo en una embriaguez total de la que no conseguían sacarlo ni siquiera las órdenes repetidas^a.

—Jacques, por tercera vez, pon la mesa.

Al fin ponía la mesa, la mirada vacía y descolorida, un poco extraviado, como intoxicado por la lectura, volvía al libro como si nunca lo hubiera abandonado.

—Jacques, come.

Comía por fin un alimento que, a pesar de su densidad, le parecía menos real y menos sólido que el que encontraba en los libros, después terminaba con él y reanudaba la lectura. A veces su madre se acercaba antes de ir a sentarse en su rincón.

—Es la biblioteca —decía. Pronunciaba mal esa palabra que oía de boca de su hijo y que no le decía nada, pero reconocía la cubierta de los libros^b.

—Sí —decía Jacques sin levantar la cabeza.

Catherine Cormery se inclinaba por encima de su hombro. Miraba el doble rectángulo bajo la luz, la ordenación regular de las líneas; también ella respiraba el olor y a veces pasaba por la página sus dedos entumecidos y arrugados por el agua del lavado como si tratara de conocer mejor lo que era un libro, de acercarse un poco más a esos signos misteriosos, incomprensibles para ella, pero en los que su hijo encontraba, con tanta frecuencia y durante horas, una vida que le era desconocida y de la que volvía con una mirada que posaba en ella como si fuera una extranjera. La mano deformada acariciaba suavemente la cabeza del chico, que no reaccionaba, Catherine Cormery suspiraba e iba a sentarse, lejos de él.

—Jacques, ve a acostarte.

La abuela repetía la orden.

—Mañana llegarás tarde.

Jacques se levantaba, preparaba su cartera para las clases

^a Desarrollar.

^b Le habían hecho (el tío Ernest) un pequeño escritorio de madera desnuda.

del día siguiente, sin soltar el libro que sujetaba bajo el brazo, y como un borracho, se dormía pesadamente, después de deslizar el libro debajo de la almohada.

Así, durante años, la vida de Jacques estuvo dividida desigualmente entre dos vidas que no era capaz de vincular entre sí. Durante doce horas, al redoble del tambor, en una sociedad de niños y de maestros, entre los juegos y el estudio. Durante dos o tres horas de vida diurna, en la casa del viejo barrio, junto a su madre, con la que se encontraba de verdad en el sueño de los pobres. Aunque su vida pasada fuese en realidad ese barrio, su vida presente y más aún su futuro estaban en el liceo. De modo que el barrio, en cierto modo, se confundía a la larga con la noche, con el dormir y con el sueño. Por lo demás, ¿existía ese barrio y no era acaso ese desierto en que se convirtió una noche para el niño que quedó inconsciente? Caída sobre el cemento... En todo caso, a nadie en el liceo podía hablarle de su madre y de su familia. A nadie en su familia podía hablarle del liceo. Ningún compañero, ningún profesor, durante todos los años que lo separaban del bachillerato, fue jamás a su casa. Y en cuanto a su madre y a su abuela, nunca iban al liceo, salvo una vez por año, para la distribución de premios, a comienzos de julio. Ese día, es cierto, entraban por la puerta principal, en medio de una multitud de parientes y de alumnos endomingados. La abuela se ponía el vestido y el pañuelo negro de las grandes salidas, Catherine Cormery un sombrero adornado con un tul castaño, uvas negras de cera y un vestido de verano también de color castaño, con los únicos zapatos de tacones medianos que tenía. Jacques llevaba una camisa blanca de cuello levantado y mangas cortas, un pantalón primero corto y después largo, pero siempre cuidadosamente planchado la víspera por su madre, y andando entre las dos mujeres, las llevaba al tranvía rojo, hacia la una de la tarde, las instalaba en una banqueta del primer coche y esperaba de pie, delante, mirando a través de los vidrios a su madre, que le sonreía de vez en cuando, y que verificaba durante todo el trayecto si el sombrero calzaba bien o si sus medias estaban derechas, o el lugar de la

medallita de oro con la Virgen que llevaba colgada de una delgada cadena. En la plaza del Gobierno empezaba el camino cotidiano que el niño hacía una sola vez por año con las dos mujeres, a lo largo de toda la rue Bab-Azoun. Jacques husmeaba la loción [Lampero] que su madre se había puesto generosamente para la ocasión, la abuela caminaba erguida y orgullosa, regañando a su hija, que se quejaba de los pies («Así aprenderás a no usar zapatos demasiado pequeños para tu edad»), mientras Jacques les mostraba incansablemente las tiendas y los comerciantes que habían ocupado un lugar tan importante en su vida. En el liceo, la puerta de honor estaba abierta, los tiestos con plantas adornaban de arriba abajo los dos lados de la escalera monumental que los primeros padres y los alumnos empezaban a subir, los Cormery, naturalmente, habían llegado con mucho adelanto, como siempre ocurre con los pobres, que tienen pocas obligaciones sociales y placeres, y que temen no ser puntuales⁷. Llegaban al patio de los mayores, lleno de sillas en hilera, alquiladas a una empresa de bailes y conciertos, y en el fondo, bajo el gran reloj, un estrado cortaba el patio a todo lo ancho, cubierto de sillones y sillas, adornado también con profusión de plantas verdes. El patio se iba llenando de los vestidos claros de las mujeres, que eran mayoría. Los primeros que llegaban escogían los lugares protegidos del sol, bajo los árboles. Los otros se abanicaban con pantallas árabes, de fina paja trenzada, orladas con pompones de lana roja. Por encima de los presentes, el azul del cielo, cada vez más intenso, se coagulaba cocinado por el calor.

A las dos una banda militar, invisible en la galería superior, atacaba *La Marsellesa*, todos los asistentes se ponían de pie y entraban los profesores, con sus bonetes cuadrados y sus largas togas de una etamina que cambiaba de color según la especialidad, y el director y el personaje oficial

⁷ " Y los que no han sido favorecidos por el destino no pueden dejar, en cierto modo, de creerse responsables y sienten que no se debe contribuir con pequeñas faltas a esa culpabilidad general...

(generalmente un alto funcionario del Gobierno general) a quien correspondía aquel año la faena. Una nueva marcha marcial acompañaba la entrada de los profesores, e inmediatamente después el personaje oficial tomaba la palabra y daba su punto de vista sobre Francia en general y la instrucción en particular. Catherine Cormery escuchaba sin oír, pero sin manifestar jamás ni impaciencia ni hastío. La abuela oía sin entender demasiado. «Habla bien», decía a su hija, que la aprobaba con aire convencido, lo que animaba a la abuela a mirar a su vecino o vecina de la izquierda y a sonreírle, asintiendo con la cabeza el juicio que acababa de expresar. El primer año Jacques observó que su abuela era la única que llevaba el pañuelo negro de las viejas españolas, y se sintió incómodo. Nunca perdió, a decir verdad, esa falsa vergüenza; decidió sencillamente que no podía hacer nada cuando intentó tímidamente mencionar un sombrero a su abuela y ella le respondió que no tenía dinero para gastar y que, por lo demás, el pañuelo le abrigaba las orejas. Pero cuando su abuela se dirigía a sus vecinos durante la entrega de premios, sentía que se ruborizaba penosamente. Después del personaje oficial, se ponía de pie el profesor más joven, por lo general llegado ese año de la metrópoli y encargado tradicionalmente de pronunciar el discurso solemne. El discurso podía durar entre media y una hora, y el joven universitario nunca dejaba de mecharlo con alusiones culturales y sutilezas humanistas que lo hacían rigurosamente ininteligible para ese público argelino. Incluso la abuela demostraba su hastío mirando a otra parte. Sólo Catherine Cormery, atenta, recibía sin pestañear la lluvia de erudición y de ciencia que caía* sin parar sobre ella. En cuanto a Jacques, agitaba los pies, buscaba a Pierre y a los otros compañeros con la mirada, les hacía señales discretas y empezaba con ellos una larga conversación de muecas. Nutridos aplausos agradecían por fin al orador que hubiese tenido a bien concluir, y comenzaba la convención de los laureados. Empezaban por los cursos superiores y, los pri-

* Se deslizaba.

meros años, las dos mujeres pasaban la tarde entera esperando en sus sillas a que llegara por fin la clase de Jacques. Sólo los premios extraordinarios eran saludados por una fanfarria de la banda invisible. Los laureados, cada vez más jóvenes, se ponían de pie, cruzaban el patio, subían al estrado, recibían el apretón de manos del funcionario rociado de buenas palabras, y del director, que les entregaba el paquete de libros (después de recibirlo de un pasante que subía antes que el laureado desde la base del estrado, donde había unos cajones móviles llenos de libros). A continuación, el laureado bajaba al son de la música, en medio de los aplausos, con sus volúmenes bajo el brazo, encantado y buscando con la mirada a los felices padres que enjugaban sus lágrimas. El cielo se ponía un poco menos azul, perdía algo de su calor por una grieta invisible en algún lugar sobre el mar. Los laureados subían y bajaban, las fanfarrias se sucedían. Poco a poco el patio se vaciaba mientras el cielo empezaba a verse verde y llegaba el turno de la clase de Jacques. En cuanto ésta se anunciaba, cesaban sus chiquilladas y se ponía grave. Al oír su nombre, se levantaba, le zumbaba la cabeza. A sus espaldas, escuchaba apenas a su madre, que no había oído, decir a la abuela:

—¿Ha dicho Cormery?

—Sí —decía la abuela ruborizada de emoción.

Venía el camino de cemento, el estrado, el chaleco del funcionario con la cadena del reloj, la sonrisa bondadosa del director, a veces la mirada amistosa de uno de sus profesores perdido en la multitud del estrado, después el regreso con música hacia las dos mujeres ya de pie, su madre mirándolo con una especie de alegría asombrada, y él le entregaba la nutrida lista de premios para que la guardara, su abuela tomaba a los vecinos por testigos, todo transcurría demasiado rápido después de la tarde interminable, y Jacques tenía prisa por volver a la casa y mirar los libros que le habían dado*.

* *Los trabajadores del mar.*

Regresaban por lo general con Pierre y su madre*, la abuela comparaba en silencio la altura de las dos pilas de volúmenes. En casa Jacques cogía primero la lista de premios y, a petición de su abuela, doblaba las puntas de las páginas donde figuraba su nombre, para que pudiera mostrarlas a los vecinos y a la familia. Después hacía el inventario de sus tesoros. Y no había terminado cuando veía volver a su madre ya desvestida, en pantuflas, abrochándose la bata de algodón y arrastrando su silla hacia la ventana. Ella le sonreía:

—Has estudiado mucho —le decía, y sacudía la cabeza mirándolo.

El también la miraba, esperando no sabía qué y ella se volvía hacia la calle, en la actitud que le era familiar, lejos ahora del liceo, que no volvería a ver antes de un año, mientras las sombras invadían la habitación y las primeras farolas se encendían en lo alto de la calle*, donde sólo circulaban paseantes sin rostro.

Pero si la madre dejaba entonces para siempre ese liceo apenas entrevisto, Jacques recuperaba sin transición la familia y el barrio del que ya no salía.

Las vacaciones también devolvían a Jacques a su familia, por lo menos los primeros años. Ninguno de ellos tenía asueto, los hombres trabajaban sin tregua a lo largo de todo el año. Sólo un accidente de trabajo, cuando eran empleados por empresas que los aseguraban contra ese tipo de riesgos, les daba derecho al ocio, y sus vacaciones pasaban por el hospital o el médico. El tío Ernest, por ejemplo, en un momento en que se sintió agotado, «se puso», como él mismo decía, «en el seguro», sacándose voluntariamente con la garlopa una espesa viruta de carne de la palma de la mano. En cuanto a las mujeres, incluida Catherine Cormery, trabajaban sin descanso por la sencilla razón de que el descanso significaba para todos ellos comidas más fruga-

* Las aceras.

• Ella no había visto el liceo ni nada de su vida cotidiana. Había asistido a una representación organizada para los padres. El liceo no era eso, era...

les. El desempleo, para el que no había seguro, era el mal más temido. Ello explicaba que esos obreros, tanto en casa de Pierre como en la de Jacques, que en la vida cotidiana eran siempre los más tolerantes de los hombres, fuesen siempre xenófobos en cuestiones de trabajo, acusando sucesivamente a los italianos, los españoles, los judíos, los árabes y finalmente la tierra entera, de robarles su empleo —actitud sin duda desconcertante para los intelectuales que escriben sobre la teoría del proletariado, y sin embargo muy humana y muy excusable—. Lo que esos nacionalistas inesperados disputaban a las otras nacionalidades no eran el dominio del mundo o los privilegios del dinero y del ocio, sino el privilegio de la servidumbre. El trabajo en aquel barrio no era una virtud, sino una necesidad que, para asegurar la vida, conducía a la muerte.

En todo caso, y por duro que fuera el verano de Argelia, cuando los barcos sobrecargados se llevaban a funcionarios y gentes pudientes (que volvían con fabulosas e increíbles descripciones de prados feraces donde el agua corría en pleno mes de agosto) a recuperarse a los buenos «aires de Francia», la vida en los barrios pobres no cambiaba absolutamente nada y, lejos de vaciarse a medias como los del centro, parecían, al contrario, aumentar su población por los innumerables niños que se volcaban en las calles^a.

Para Pierre y Jacques, que erraban por las calles secas, con sus alpargatas agujereadas, un pobre pantalón y una camiseta de algodón de escote redondo, las vacaciones eran ante todo calor. Las últimas lluvias databan, como mínimo, de abril o mayo. Durante semanas y meses, el sol, cada vez más fijo, cada vez más caliente, secaba, reseca y calcinaba las paredes, trituraba los revoques, las piedras y las tejas, reduciéndolos a un polvo fino que, llevado por el viento, cubría las calles, los escaparates y las hojas de todos los árboles. En julio el barrio entero se convertía en una especie de laberinto gris y amarillo^b, desierto de día, con todas las

* Más arriba juguetes el carrusel los regalos útiles.

^a Leonado.

persianas de todas las casas herméticamente cerradas, y en lo alto el sol reinaba ferozmente, abatiendo a los perros y los gatos en los umbrales de las casas, obligando a los seres vivientes a caminar pegados a las paredes para librarse de él. En agosto el sol desaparecía bajo la pesada estopa de un cielo gris de calor, pesado, húmedo, del que bajaba una luz difuminada, blanquecina y agotadora para los ojos, que apagaba en las calles las últimas huellas del color. En las fábricas de toneles los martillos resonaban con más blandura y los obreros se interrumpían a veces para poner la cabeza y el torso cubiertos de sudor bajo el chorro de agua fresca de la bomba*. En los apartamentos, las botellas de agua y las de vino, más raras, se envolvían en trapos mojados. La abuela de Jacques trabajaba por la mañana y circulaba descalza por las habitaciones en penumbra, vestida con una simple camisa, agitando mecánicamente el abanico de paja, arrastrando a Jacques a la cama a la hora de la siesta y esperando el primer fresco de la noche para volver a sus tareas. Durante semanas el verano y sus subditos se arrastraban bajo el cielo pesado, húmedo y tórrido, hasta olvidar incluso el recuerdo de la frescura y el agua del invierno*, como si el mundo nunca hubiera conocido ni el viento, ni la nieve, ni el agua ligera, y como si desde la creación hasta ese día de septiembre no hubiera sido más que ese enorme mineral seco y perforado de galerías recalentadas donde se movían lentamente, un poco extraviados, la mirada fija, unos seres cubiertos de polvo y de sudor. Y de pronto el cielo, contraído sobre sí mismo hasta la máxima tensión, se partía en dos. La primera lluvia de septiembre, violenta, generosa, inundaba la ciudad. Todas las calles del barrio empezaban a brillar, así como las hojas barnizadas de los ficus o los rieles del tranvía. Pasando por encima de las colinas que dominaban la ciudad llegaba de los campos lejanos un olor de tierra mojada que traía a los prisioneros del verano un mensaje de espacio y de libertad. Entonces los niños se arrojaban a la

Lluvias.

¿Sablettes? y otras ocupaciones del verano.

calle, corrían bajo la lluvia con sus ropas ligeras y chapaleaban dichosos en el agua que fluía a borbotones por la cuneta, formaban corros en los grandes charcos, cogiéndose de los hombros, las caras llenas de gritos y de risas, recibiendo la lluvia incesante, chapoteando rítmicamente en el agua sucia de la nueva vendimia, más embriagadora que el vino.

Ah, sí, el calor era terrible y a menudo volvía locos a casi todos, cada día más nerviosos y sin fuerzas ni energías para reaccionar, gritar, insultar o golpear, y el nerviosismo se acumulaba como el calor, hasta estallar aquí o allá en el barrio, leonado y triste, como aquel día en que, en la rue de Lyon —casi en el borde del barrio árabe llamado el Marabout, alrededor del cementerio tallado en la greda roja de la colina—, Jacques vio salir del local polvoriento del peluquero moro a un árabe vestido de azul, con la cabeza rasurada, que dio unos pasos en la acera delante del niño, en una extraña actitud, el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza mucho más echada hacia atrás de lo que parecía posible, y en efecto, no lo era. El peluquero, que había enloquecido mientras lo afeitaba, había abierto de un solo navajazo la garganta ofrecida, y el otro no sintió, bajo el suave filo, sino la sangre que lo asfixiaba, y salió corriendo, como un pato semidegollado, mientras el peluquero, dominado inmediatamente por los clientes, lanzaba unos gritos terribles, terribles como el calor durante esos días interminables.

El agua caía de las cataratas del cielo, lavaba brutalmente los árboles, los tejados, las paredes y las calles polvorientas del verano. Barrosa, llenaba rápidamente las cunetas, gorgoteaba ferozmente en los sumideros, reventaba casi todos los años el alcantarillado y cubría las calzadas, se abría frente a los coches y los tranvías en dos alas amarillas bien perfiladas. En la playa y en el puerto el mar mismo se volvía barroso. Después el primer sol hacía humear las casas y las calles, la ciudad entera. El calor podía volver, pero ya no era el rey, el cielo estaba más abierto, la respiración era más dilatada y detrás del espesor de los soles, una palpitación de

aire, una promesa de agua anunciaban el otoño y la reanudación de las clases ”.

—El verano es demasiado largo —decía la abuela, que acogía con el mismo suspiro de alivio la lluvia de otoño y la partida de Jacques, cuyo deambular aburrido a lo largo de los días tórridos, en las habitaciones de persianas cerradas, contribuía a su irritación.

Además la abuela no comprendía que hubiera un periodo del año especialmente destinado a no hacer nada.

—Yo nunca he tenido vacaciones —decía, y era cierto, no había conocido ni la escuela ni el ocio, trabajaba desde niña y trabajaba sin descanso.

Admitía que, con vistas a un beneficio mayor, durante algunos años su nieto no llevara dinero a casa. Pero desde el primer día empezó a dar vueltas al asunto de esos tres meses perdidos, y cuando Jacques entró en tercero, consideró que había llegado el momento de buscarle un empleo para las vacaciones.

—Este verano trabajarás —le dijo al final del año escolar—, para traer un poco de dinero a casa. No puedes quedarte así sin hacer nada^a.

En realidad, Jacques pensaba que tenía mucho que hacer entre los baños en el mar, las expediciones a Kouba, el deporte, el vagabundeo por las calles de Belcourt y las lecturas de las revistas ilustradas, de las novelas populares, del almanaque Vermot y del inagotable catálogo de la Manufactura de Armas de Saint-Etienne^c. Sin contar los recados y los trabajitos que le encomendaba su abuela. Pero para ella todo eso era precisamente no hacer nada, puesto que el niño no ganaba dinero y tampoco estudiaba como durante el año escolar, y esa situación gratuita brillaba para ella con todos los fulgores del infierno. Lo más sencillo era, pues, buscarle un trabajo.

^a En el liceo — el abono — *trámite mensual* — la embriaguez de responder: «abonado» y la verificación victoriosa.

^b Intervención de la madre — Se fatigará.

^c ¿Las lecturas antes?, ¿los barrios altos?

De hecho, no era tan sencillo. Sin duda había en los avisos de la prensa ofertas de empleo como dependiente o recadero. Y la señora Bertaut, la lechera, cuya tienda olorosa a mantequilla (olor insólito para narices y paladares acostumbrados al aceite) estaba junto al local del peluquero, se los leía a la abuela. Pero los empleadores pedían siempre que los candidatos tuvieran quince años por lo menos, y era difícil mentir sin descaro sobre la edad de Jacques, que no era muy alto para sus trece años. Por otra parte, los anunciadores soñaban siempre con empleados que hicieran carrera en sus establecimientos. Los primeros a quienes la abuela (ataviada como siempre para las grandes ocasiones, incluido el famoso pañuelo) se presentó con Jacques, lo encontraron demasiado joven o bien se negaron categóricamente a tomar un empleado por menos de dos meses.

—Basta con decir que te quedas —dijo la abuela.

—Pero no es cierto.

—No importa. Te creerán.

No era eso lo que Jacques quería decir, y en realidad no le preocupaba saber si le creerían o no. Pero le parecía que ese tipo de mentira se le atragantaría. Desde luego, en su casa mentía con frecuencia para evitar un castigo, para guardarse una moneda de dos francos y, con mucha mayor frecuencia, por el gusto de hablar bien de sí mismo o de jactarse. Pero si la mentira con su familia le parecía venial, con los extraños le parecía mortal. Oscuramente sentía que no miente uno en lo esencial a los que ama, por la sencilla razón de que sin la mentira no se podría vivir con ellos ni amarlos. Los empleadores no podían saber de él más que lo que se les decía, y por lo tanto no lo conocerían, la mentira sería total.

—Vamos —dijo la abuela anudándose el pañuelo un día en que la señora Bertaut le indicó que una gran ferretería del Agha necesitaba un joven dependiente que se encargara de clasificar.

La ferretería estaba en una de las rampas que suben hacia los barrios del centro; el sol de mediados de julio que la calcinaba exaltaba los olores de orina y alquitrán que subían de

la calzada. En la planta baja había un almacén angosto pero muy profundo, dividido longitudinalmente por un mostrador cubierto de muestrarios de útiles de hierro y de candados, y la mayor parte de las paredes estaba provista de cajones con rótulos misteriosos. A la derecha de la entrada, coronaba el muestrario una reja de hierro forjado donde se había instalado la caja. La señora soñadora y amarillenta encargada de la caja invitó a la abuela a subir a las oficinas del primer piso. Una escalera de madera, en el fondo del almacén, llevaba en efecto a una gran oficina dispuesta y orientada como el almacén y en la cual había cinco o seis empleados, hombres y mujeres, sentados alrededor de una gran mesa central. En uno de los lados una puerta daba al despacho de la dirección.

El patrón estaba en mangas de camisa y con el cuello abierto en su despacho recalentado*. A sus espaldas, una ventanita daba a un patio al que no llegaba el sol, aunque fueran las dos de la tarde. El hombre era bajito y gordo, tenía los pulgares metidos en unos anchos tirantes celestes y respiraba corto. No se veía bien la cara de la que salía la voz grave y ahogada que invitaba a la abuela a sentarse. Jacques respiraba el olor a hierro que reinaba en la casa. La inmovilidad del patrón le parecía dictada por la desconfianza, y sintió que le temblaban las piernas al pensar en las mentiras que habría que decir a ese hombre poderoso y temible. La abuela, en cambio, no temblaba. Jacques iba a cumplir quince años, tenía que ir abriéndose camino y empezar sin tardanza. Según el patrón, no parecía de quince años, pero sí era inteligente... y a propósito, ¿tenía su diploma de estudios primarios? No, tenía una beca. ¿Qué beca? Para ir al liceo. ¿Así que iba al liceo? ¿En qué curso estaba? Segundo. ¿Y dejaba el liceo? La inmovilidad del patrón era todavía mayor, ahora se le veía mejor la cara y sus ojos redondos y lechosos iban de la abuela al niño. Jacques temblaba bajo esa mirada.

—Sí —dijo la abuela—. Somos demasiado pobres.

* Un botón de cuello, cuello postizo.

El patrón se aflojó imperceptiblemente.

—Qué lástima, siendo inteligente. Pero uno puede llegar también a tener un buen empleo en el comercio.

El buen empleo empezaba modestamente, es cierto. Jacques ganaría ciento cincuenta francos al mes por ocho horas de presencia cotidiana. Podía empezar al día siguiente.

—Ya ves —dijo la abuela—. Nos ha creído.

—Pero cuando me vaya, ¿cómo explicárselo?

—Déjame hacer.

—Bueno —dijo el niño, resignado.

Miraba el cielo por encima de sus cabezas y pensaba en el olor a hierro, en la oficina llena de sombras, en que tendría que levantarse temprano y en las vacaciones, que, apenas empezadas, habían terminado.

Durante dos años Jacques trabajó todo el verano. En la quincallería primero, después en una agencia marítima. Cada vez veía llegar con temor el 15 de septiembre, fecha en la que debía anunciar que dejaba el empleo³⁸.

Sí, se había terminado, aunque el verano fuese el mismo de antes, con su calor, su tedio. Pero había perdido lo que antes lo transfiguraba: el cielo, los espacios, las voces. Jacques ya no pasaba el día en el barrio leonado de la miseria, sino en el del centro, donde el revoque del pobre era sustituido por el cemento de los ricos, que daba a las casas un color gris más distinguido y más triste. A las ocho, en el momento en que Jacques entraba en el almacén, que olía a hierro y a sombra, en su interior se apagaba una luz, el cielo desaparecía. Saludaba a la cajera y subía a la gran oficina mal iluminada del primer piso. En la mesa central no había lugar para él. El viejo contable, con sus bigotes amarillentos por los cigarrillos que liaba a mano y pitaba a lo largo del día, su auxiliar, un hombre de unos treinta años semicalvo, de torso y semblante taurinos, dos empleados más jóvenes, uno delgado, moreno, musculoso, con un bello perfil recto, que llegaba siempre con la camisa mojada y pegada, despidiendo un buen olor marino porque iba todas las mañanas a

El autor rodeó con un trazo el pasaje.

bañarse en la escollera, antes de enterrarse en la oficina el día entero, el otro gordo y risueño, incapaz de contener su vitalidad jovial, y por último la señora Raslin, la secretaria de dirección, un poco caballuna pero bastante agradable de ver, con sus vestidos de algodón o de dril siempre rosados, pero que paseaba por el mundo entero una mirada severa, bastaban para ocupar toda la mesa con sus expedientes, sus libros de cuentas y sus máquinas. Jacques ocupaba una silla a la derecha de la puerta del director, a la espera de que le dieran trabajo, que, las más de las veces, consistía en clasificar facturas o correo comercial en el fichero que enmarcaba la ventana, y al principio le gustaba sacar los clasificadores con sus cordones, manejarlos y respirarlos, hasta que el olor de papel y de cola, exquisito al comienzo, terminó por ser para él el olor mismo del tedio, o bien le pedían que verificara una vez más una larga suma y lo hacía sobre sus rodillas, sentado en su silla, o el auxiliar del contable lo invitaba a «repasar» con él una serie de cifras, y siempre de pie, marcaba aplicadamente las cifras que el otro enumeraba con voz apagada y sorda, para no molestar a sus colegas. Por la ventana se podía ver la calle y los edificios de enfrente, pero jamás el cielo. A veces, aunque no era frecuente, enviaban a Jacques a la carrera, en busca de material de oficina, a la papelería que estaba cerca del almacén, o a Correos a despachar un giro urgente. La oficina de Correos quedaba a doscientos metros de distancia, en un ancho paseo que subía desde el puerto hasta lo alto de las colinas, donde estaba construida la ciudad. En ese paseo Jacques reencontraba el espacio y la luz. Correos mismo, instalado en el interior de una inmensa rotonda, estaba iluminado por tres grandes puertas y una vasta cúpula de la que chorreaba la luz¹. Pero casi siempre, desgraciadamente, Jacques debía despachar la correspondencia al final del día, al salir de la oficina, y entonces era una faena más, pues había que correr, a la hora en que la luz empezaba a palidecer, hacia oficinas invadidas por una multitud de clientes, hacer la cola delan-

¿Operaciones postales?

te de las ventanillas, y la espera alargaba aún más su horario de trabajo. Prácticamente, el largo verano se diluía para Jacques en días sombríos y sin brillo, y en ocupaciones insignificantes.

—No se puede estar sin hacer nada —decía la abuela.

Justamente, en esa oficina era donde Jacques tenía la impresión de no hacer nada. No rechazaba el trabajo, aunque para él nada pudiera sustituir el mar o los juegos de Kouba. Pero el verdadero trabajo para él era el de la tonelería, por ejemplo, un largo esfuerzo muscular, una serie de gestos diestros y precisos, manos duras y ligeras, y el resultado de los esfuerzos se veían: un barril nuevo, bien terminado, sin una fisura, y que el obrero podía contemplar.

En cambio, ese trabajo de oficina no venía de ninguna parte y no terminaba en nada. Vender y comprar, todo giraba en torno a esos actos mediocres e inapreciables. Aunque hasta entonces Jacques hubiera vivido en la pobreza, en la oficina descubría la vulgaridad y lloraba por la luz perdida. Sus colegas no eran responsables de esa sensación sofocante. Eran buenos con él, no le pedían nada con brusquedad e incluso la severa señora Raslin a veces le sonreía. Hablaban poco entre ellos, con esa mezcla de cordialidad jovial y de indiferencia propia de los argelinos. Cuando llegaba el patrón, un cuarto de hora después que ellos o cuando salía de su despacho para dar una orden o verificar una factura (para los asuntos serios, convocaba al viejo contable o al empleado interesado), los caracteres resultaban más comprensibles, como si aquellos hombres y aquellas mujeres sólo pudieran definirse en sus relaciones con el poder: el viejo contador descortés e independiente, la señora Raslin perdida en su sueño severo, y el auxiliar de contabilidad, por el contrario, de un perfecto servilismo. Pero durante el resto del día, volvían a meterse en su caparazón, y Jacques esperaba en su silla la orden que le diera la oportunidad de desplegar esa agitación irrisoria que su abuela llamaba el trabajo*.

* En verano las lecciones después del bachillerato — delante de él la cabeza atontada.

Cuando no aguantaba más, hirviendo literalmente en su silla, bajaba al patio detrás del almacén y se aislaba en los retretes a la turca, con sus paredes de cemento, apenas iluminados y donde reinaba el olor amargo de las meadas. En ese lugar oscuro cerraba los ojos y respirando el olor familiar, soñaba. Algo oscuro, ciego, se agitaba al nivel de su sangre y de la especie. Pensaba a veces en las piernas de la señora Raslin el día en que, arrodillado para recoger los alfileres que habían caído de una caja, al alzar la cabeza vio las rodillas separadas y los muslos entre el encaje de la ropa interior. Hasta ese momento nunca había visto lo que una mujer llevaba debajo de las faldas, y esa brusca visión le secó la boca y lo llenó de un temblor casi loco. Se le revelaba un misterio que, a pesar de sus experiencias incesantes, nunca agotaría.

Dos veces por día, a las doce y a las seis, Jacques salía precipitadamente, bajaba corriendo la calle en pendiente y saltaba a los tranvías atestados, con racimos de viajeros colgados en todos los pescantes, que llevaban a los trabajadores de vuelta a sus barrios. Apretados unos contra otros en aquel calor pesado, mudos, los adultos y el niño, pensando en la casa que los esperaba, transpirando en calma, resignados a esa vida dividida entre un trabajo sin alma, las largas idas y vueltas en tranvías incómodos y, para terminar, un sueño súbito. A Jacques, ciertas noches, se le acongojaba el corazón mirándolos. Hasta ese momento sólo había conocido las riquezas y las alegrías de la pobreza. Pero el calor, el hastío, la fatiga le revelaban su maldición, la del trabajo estúpido que daba ganas de llorar, cuya monotonía interminable consigue hacer que los días sean demasiado largos y la vida demasiado corta.

En la agencia marítima el verano fue más agradable porque las oficinas daban al bulevar costanero y, sobre todo, porque una parte del trabajo se hacía en el puerto. Jacques debía subir a bordo de los barcos de todas nacionalidades que hacían escala en Argel y que el agente, un anciano rosado y guapo, de pelo rizado, representaba ante las diversas administraciones. Jacques llevaba los papeles de a bordo a la

oficina, donde eran traducidos, y al cabo de una semana, él mismo se encargaba de traducir las listas de provisiones y ciertos conocimientos, cuando estaban redactados en inglés y dirigidos a las autoridades aduaneras o a las grandes casas importantes que acusaban recibo de las mercancías. Jacques debía ir regularmente al puerto mercante del Agha a buscar esos papeles. El calor asolaba las calles que bajaban al puerto. Las pesadas barandillas de hierro que las bordeaban ardían y no podía apoyarse en ellas la mano. En los vastos muelles, el sol hacía el vacío, salvo alrededor de los barcos que acababan de atracar, con el flanco apoyado en el muelle, donde se agitaban los dockers, vestidos con un pantalón azul arremangado hasta la pantorrilla, el rostro desnudo y bronceado, y en la cabeza un saco que cubría los hombros hasta los riñones y, así protegidos, cargaban las bolsas de cemento, de carbón o los fardos de borde afilado. Iban y venían por la pasarela que bajaba del puente al muelle, o bien entraban directamente en el vientre del carguero por la puerta de la cala abierta de par en par, cruzando rápidamente por un tablón el espacio entre la cala y el muelle. Detrás del olor a sol y polvo que subía de los muelles o de las cubiertas recalentadas donde se fundía la pez y ardían todos los herrajes, Jacques reconocía el olor particular de cada carguero. Los de Noruega olían a madera, los que venían de Dakar o los brasileños traían consigo un perfume de café y especias, los alemanes olían a aceite, los ingleses a hierro. J. trepaba por la pasarela, mostraba a un marinero, que no entendía, la tarjeta del agente. Después lo llevaban, a lo largo de las crujías, donde la sombra misma era caliente, a la cabina de un oficial o a veces del comandante*. Al pasar, miraba con codicia los pequeños camarotes estrechos y desnudos donde se concentraba lo esencial de una vida de hombre, y entonces empezó a preferirlos a las habitaciones más lujosas. Lo recibían con amabilidad, porque él también sonreía amablemente y porque le gustaban esos rostros de hombres rudos, esa mirada que cierta vida solitaria les

• ¿Accidente del docker? Ver diario.

daba a todos y que era perceptible. A veces uno de ellos hablaba un poco de francés y lo interrogaba. Después Jacques se marchaba, contento, hacia el muelle inflamado, los pasamanos ardientes y el trabajo de oficina. Esos trámites, con el calor, lo cansaban, dormía pesadamente y llegaba al mes de septiembre delgado y nervioso.

Con alivio veía venir las jornadas de doce horas del liceo, al mismo tiempo que aumentaba su incomodidad sabiendo que debería declarar en la oficina que dejaba su empleo. Lo peor fue la ferretería. Hubiera preferido, cobardemente, no volver a la oficina y que la abuela diese cualquier explicación. Pero a ella le parecía muy sencillo suprimir todas las formalidades: no tenía más que recibir su paga y no volver más, sin mayores explicaciones. Jacques, que encontraba muy natural que su abuela apechugara con las furias del patrón, y en cierto modo ella era la responsable de la situación y de la mentira consiguiente, se indignaba, pero sin poder explicar por qué, ante esta manera de esquivar el bulto; además, había encontrado el argumento convincente:

—Pero el patrón enviará alguien aquí.

—Es cierto —dijo la abuela—. Bueno, pues no tienes más que decirle que te has puesto a trabajar con tu tío.

Jacques ya se iba como aplastado por una maldición, cuando la abuela le advirtió:

—Y sobre todo, coge primero tu paga. Después se lo dices.

Al caer la noche el patrón convocaba en su cueva a cada uno de sus empleados para entregarles el sueldo.

—Toma, pequeño —dijo a Jacques tendiéndole el sobre.

Jacques extendía ya su mano vacilante cuando el otro le sonrió.

—Has trabajado muy bien, ¿sabes? Puedes decirlo a tus padres.

Jacques habló y explicó que no volvería. El patrón lo miraba estupefacto, tendiéndole todavía el sobre.

—¿Por qué?

Había que mentir y la mentira no le salía. Jacques se

quedó mudo y con un aire tan afligido que el patrón comprendió.

—¿Vuelves al liceo?

—Sí —dijo Jacques, y en medio de su miedo y su aflicción, un repentino alivio le llenó los ojos de lágrimas.

Furioso, el patrón se puso de pie.

—Y tú lo sabías cuando viniste. Y tu abuela también lo sabía.

Jacques sólo pudo asentir con la cabeza. Los estallidos de la voz del patrón llenaban la habitación; habían sido deshonestos y él, el patrón, detestaba la deshonestidad. ¿No sabía que tenía el derecho de no pagarle? Y sería un estúpido si lo hiciera, no, no le pagaría, que viniera su abuela, sería bien recibida; si le hubiesen dicho la verdad, tal vez lo habría empleado, pero esa mentira, ¡ah!, «No puede seguir yendo al liceo, somos demasiado pobres», y se dejó tomar el pelo.

—Es por eso —dijo de pronto Jacques como perdido.

—¿Qué?, ¿por eso?

—Porque somos pobres. —Después se calló y fue el otro quien, mirándolo, añadió lentamente:

—... hicisteis esto, ¿por eso me contasteis esa historia?

Jacques, con los dientes apretados, se miraba los pies. Hubo un silencio interminable. Después el patrón cogió el sobre y se lo tendió:

—Toma tu dinero. Vete —dijo brutalmente.

—No —dijo Jacques.

El patrón le metió el sobre en el bolsillo:

—Vete.

Ya en la calle, Jacques corrió llorando, sujetando con las manos el cuello de su chaqueta para no tocar el dinero que le quemaba el bolsillo.

Mentir para tener el derecho de no tomarse vacaciones, trabajar lejos del cielo, del verano y del mar, que amaba tanto, y mentir otra vez para tener el derecho de volver al liceo, esta injusticia le atenazaba el corazón hasta matarlo. Pero lo peor no eran esas mentiras, que en definitiva era incapaz de decir, siempre dispuesto a mentir por gusto e

incapaz de someterse a mentir por necesidad, lo peor eran esas alegrías perdidas, ese descanso de la estación y de la luz que le era arrebatado, y así el año se reducía a levantarse precipitadamente y a unos días descoloridos y apresurados. Lo que tenía de magnífico su vida de pobre, las riquezas insustituibles de que gozaba tan generosa y ávidamente, había que perderlo para ganar un poco de dinero que no bastaría para comprar la milésima parte de esos tesoros. Y, sin embargo, comprendía que era preciso hacerlo y además algo en él, en el momento de la mayor rebeldía, se enorgullecía de haberlo hecho. Pues la única compensación para esos seres sacrificados a la miseria de la mentira la había encontrado el día de su primera paga, cuando, al entrar en el comedor donde estaban su abuela mondando patatas que iba arrojando en un barreño con agua, el tío Ernest, sentado, con el paciente *Brillant* sujeto entre las piernas y espulgándolo, y su madre, que acababa de llegar y deshacía en una punta del aparador un pequeño lío de ropa sucia que le habían dado para lavar, Jacques se acercó a la mesa y depositó, sin decir nada, el billete de cien francos y las monedas que había llevado en la mano durante todo el trayecto. Sin una palabra, la abuela apartó una moneda de veinte francos para Jacques y recogió el resto. Con la mano tocó a Catherine Cormery para llamarle la atención y le mostró el dinero:

—Es tu hijo.

—Sí —dijo ella, y sus ojos tristes acariciaron por un segundo al niño.

El tío movía la cabeza conteniendo a *Brillant*, que creía terminado su suplicio.

—Bien, bien —decía—. Tú, un hombre.

Sí, era un hombre, pagaba un poco de lo que debía, y la idea de haber disminuido en algo la miseria de aquella casa lo llenaba de ese orgullo casi maligno que se adueña de los hombres cuando empiezan a sentirse libres y no sometidos a nada. Y, en efecto, al nuevo inicio de las clases, cuando entró en el patio de quinto, ya no era el niño desorientado que, cuatro años antes, había salido de Belcourt por la mañana temprano, inseguro en sus zapatos claveteados, con

el alma en un hilo ante la idea del mundo desconocido que lo aguardaba, y los ojos con que miraba a sus compañeros habían perdido algo de su inocencia. Por lo demás, muchas cosas empezaban a separarlo del niño que había sido. Y si un día él, que hasta entonces había aceptado pacientemente que su abuela le pegara, como si eso formase parte de las obligaciones inevitables de la infancia, le arrancó el vergajo de las manos, súbitamente enloquecido de violencia y de rabia y decidido a golpear la cabeza blanca cuyos ojos claros y fríos lo ponían fuera de sí, y la abuela comprendió, retrocedió y fue a encerrarse en su cuarto, quejándose de la desgracia de haber criado a niños desnaturalizados, pero convencida de que nunca más castigaría a Jacques, a quien nunca más en efecto volvió a castigar, fue porque el niño había muerto en aquel adolescente flaco y musculoso, de pelo revuelto y mirada exaltada, que había trabajado todo el verano para llevar un sueldo a casa, acababa de ser designado portero titular del equipo del liceo y, tres días antes, había gustado por primera vez, desfalleciente, la boca de una muchacha.

Oscuro para sí mismo

Oh, sí, era así, la vida de aquel niño había sido así, la vida había sido así en la isla pobre del barrio, unida por la pura necesidad, en medio de una familia inválida e ignorante, con su sangre joven y fragorosa, un apetito de vida devorador, una inteligencia arisca y ávida, y siempre un delirio jubiloso cortado por las brascas frenadas que le infligía un mundo desconocido, dejándolo desconcertado pero rápidamente repuesto, tratando de comprender, de saber, de asimilar ese mundo que no conocía, y asimilándolo, sí, porque lo abordaba ávidamente, sin tratar de escurrirse en él, con buena voluntad pero sin bajeza y sin perder jamás una certeza tranquila, una seguridad, sí, puesto que era la seguridad de que conseguiría todo lo que quería y que nada, jamás, de este mundo y sólo de este mundo, le sería imposible, preparándose (y preparado también por la desnudez de su infancia) a encontrar su lugar en todas partes, porque no deseaba ningún lugar, sino sólo la alegría, los seres libres, la fuerza y todo lo que de bueno, de misterioso tiene la vida, y que no se compra ni se comprará jamás. Preparándose incluso, a fuerza de pobreza, a ser capaz un día de recibir dinero sin haberlo pedido nunca y sin someterse nunca a él, tal como era Jacques, ahora, a los cuarenta años, reinando sobre tantas cosas y al mismo tiempo seguro de ser menos que el más humilde, y nada, comparado con su madre. Sí, había vivido así entre los juegos del mar, del viento, de la

calle, bajo el peso del verano y las lluvias intensas del breve invierno, sin padre, sin tradición transmitida, pero habiendo hallado durante un año, justo en el momento preciso, un padre, y avanzando a través de los seres y las cosas []³⁹, en el conocimiento que iba adquiriendo para fabricar algo que se parecía a una conducta (suficiente en ese momento, dadas las circunstancias que se le presentaban, insuficiente más tarde frente al cáncer del mundo) y para crearse su propia tradición.

¿Pero era aquello todo, aquellos gestos, aquellos juegos, aquella audacia, aquel ardor, la familia, la lámpara de petróleo y la escalera negra, las palmas al viento, el nacimiento y el bautismo en el mar, y para terminar, esos veranos oscuros y laboriosos? Había eso, oh, sí, era así, pero había también la parte oscura del ser, lo que durante todos esos años se había agitado sordamente en él como esas aguas profundas que debajo de la tierra, en el fondo de los laberintos rocosos, nunca han visto la luz del sol y, sin embargo, reflejan un resplandor sordo que no se sabe de dónde viene, aspirado tal vez por el centro enrojecido de la tierra, a través de capilares pedregosos, hacia el aire negro de esos antros ocultos y de los que unos vegetales pegajosos y [comprimidos] siguen extrayendo su alimento para vivir allí donde toda vida parecía imposible. Y ese movimiento ciego que nunca había cesado, que experimentaba aún ahora, fuego negro enterrado en él como uno de esos fuegos apagados en la superficie pero que en el interior siguen ardiendo, desplazando las fisuras y las torpes agitaciones vegetales, de suerte que la superficie fangosa tiene los mismos movimientos que la turba de los pantanos, y de esas ondulaciones espesas e insensibles seguían naciendo en él, día tras día, los más violentos y terribles de sus deseos, así como sus angustias desérticas, sus nostalgias más fecundas, sus bruscas exigencias de desnudez y sobriedad, su aspiración a no ser nada, sí, ese movimiento oscuro a lo largo de todos estos años estaba de acuerdo con aquel inmenso país que lo

³⁹ Una palabra ilegible.

rodeaba, cuyo peso, siendo niño, había sentido, con el inmenso mar delante, y detrás ese espacio interminable de montañas, mesetas y desierto que llamaban el interior, y, entre ambos, el peligro permanente del que nadie hablaba porque parecía natural, pero que Jacques percibía cuando, en la pequeña finca de Birmandreis, con sus habitaciones abovedadas y sus paredes encaladas, la tía recorría los cuartos en el momento de acostarse para ver si estaban bien corridos los cerrojos de los postigos de gruesa madera maciza, país donde se sentía como si allí lo hubieran arrojado, como si fuera el primer habitante o el primer conquistador, desembarcando allí donde todavía reinaba la ley de la fuerza y la justicia estaba hecha para castigar implacablemente lo que las costumbres no habían podido evitar, y alrededor aquellos hombres atrayentes e inquietantes, cercanos y alejados, con los que uno se codeaba a lo largo del día, y a veces nacía la amistad o la camaradería, pero al caer la noche se retiraban a sus casas desconocidas, donde no se entraba nunca, parapetados con sus mujeres, a las que jamás se veía, o si se las veía en la calle, no se sabía quiénes eran, con el velo cubriendo la mitad del rostro y los hermosos ojos sensuales y dulces por encima de la tela blanca, y eran tan numerosos en los barrios donde estaban concentrados, tan numerosos, que simplemente por su cantidad, aunque resignados y cansados, hacían planear una amenaza invisible que se husmeaba en el aire de las calles ciertas noches en que estallaba una pelea entre un francés y un árabe, de la misma manera que hubiera estallado entre dos franceses o entre dos árabes, pero no era recibida de la misma manera, y los árabes del barrio, con sus monos de un azul desteñido o sus chilabas miserables, se acercaban lentamente, desde todas partes, con un movimiento continuo, hasta que la masa poco a poco aglutinada expulsaba de su espesor, sin violencia, por el movimiento mismo que lo reunía, a los pocos franceses atraídos por algunos testigos de la pelea, y el francés que luchaba, retrocediendo, se encontraba de pronto frente a su adversario y a una multitud de rostros sombríos y cerrados que le hubieran despojado

de todo su coraje si justamente no se hubiese criado en ese país y no supiera que sólo el coraje permitía vivir en él, y entonces hacía frente a esa multitud amenazadora y que, no obstante, no amenazaba a nadie salvo con su presencia, y el movimiento que no podía evitar, y la mayor parte del tiempo eran ellos los que sujetaban al árabe que luchaba con furia y embriaguez, para que se marchase antes de que llegaran los guardias, que se presentaban al poco de llamarlos, y se llevaban sin discusión a los adversarios, que pasaban maltrechos bajo las ventanas de Jacques, rumbo a la comisaría. «Pobres», decía su madre viendo a los dos hombres sólidamente sujetos y empujados por los hombros, y después por la calle rondaban la amenaza, la violencia, el miedo para el niño, secándole la garganta con una angustia desconocida. Aquella noche en él, sí, aquellas raíces oscuras y enmarañadas que lo ataban a esa tierra espléndida y aterradora, a sus días ardientes y a sus noches rápidas que embargaban el alma, y que había sido como una segunda vida, más verdadera quizá bajo las apariencias cotidianas de la primera y cuya historia estaba hecha de una serie de deseos oscuros y de sensaciones poderosas e indescriptibles, el olor de las escuelas, de las caballerizas del barrio, de la lejía en las manos de su madre, de los jazmines y la madre-selva en los barrios altos, de las páginas del diccionario y de los libros devorados, y el olor agrio de los retretes de su casa o de la quincallería, el de las grandes aulas frías, donde a veces entraba solo, antes o después de las clases, el calor de sus compañeros preferidos, el olor a lana caliente y a deyecciones que arrastraba Didier, o el del agua de colonia con que la madre de Marconi, el alto, lo rociaba abundantemente y que le daba ganas, en el banco de su clase, de acercarse todavía más a su amigo, el perfume del lápiz de labios que Pierre había robado a una de sus tías y que olían entre ellos, perturbados e inquietos como los perros que entran en una casa donde ha pasado una hembra perseguida, imaginando que la mujer era ese bloque de perfume dulzón de bergamota y crema que, en el mundo brutal de gritos, transpiración y polvo, les traía la revelación de un

universo refinado * y delicado, con su indecible seducción, del que ni siquiera las groserías que lanzaban a propósito del lápiz de labios llegaba a defenderlos, y el amor de los cuerpos desde su más tierna infancia, de su belleza, que le hacía reír de felicidad en las playas, de su tibieza, que lo atraía constantemente, sin idea precisa, animalmente, no para poseerlos, cosa que no sabía hacer, sino simplemente para entrar en su irradiación, apoyar su hombro contra el hombro del compañero y casi desfallecer cuando la mano de una mujer en un tranvía atestado tocaba durante un momento la suya, el deseo, sí, de vivir, de vivir aún más, de mezclarse a lo que de más cálido tenía la tierra, lo que sin saberlo esperaba de su madre y que no obtenía o tal vez no se atrevía a obtener y que encontraba en el perro *Brillant* cuando se tendía junto a él al sol y respiraba su fuerte olor a pelos, o en los olores más fuertes o más animales en los que el calor terrible de la vida se conservaba, pese a todo, para él, y del que no podía prescindir.

De esa oscuridad que había en Jacques, nacía ese ardor hambriento, esa locura de vivir que siempre lo había habitado y que aún hoy conservaba su ser intacto, haciendo simplemente más amargo —en medio de su familia recuperada y frente a las imágenes de su infancia— el sentimiento de pronto terrible de que el tiempo de la juventud huía, como aquella mujer a la que había querido, oh sí, la había querido con un gran amor de todo corazón y también del cuerpo, sí, el deseo era imperial con ella, y el mundo, cuando se retiraba de ella con un gran grito mudo, en el momento del goce, recuperaba su orden ardiente, y la había querido a causa de su belleza y su locura de vivir, generosa y desesperada, que le hacía negar, negar que el tiempo pasara, aunque supiese que estaba pasando en ese mismo momento, por no querer que se dijera de ella un día que aún era joven, sino al contrario, seguir siendo joven, y que estalló en sollozos cuando él le dijo riendo que la juventud pasaba y que los días declinaban: «Oh no, no», decía ella bañada en lágrimas,

* Ampliar la lista.

«amo tanto el amor», e inteligente y superior en tantos sentidos, tal vez justamente porque era realmente inteligente y superior, rechazaba el mundo tal como el mundo era. Como aquellos días en que, al volver ella de una breve estancia en el país donde había nacido, y de esas visitas fúnebres a las tías, de quienes le decían: «Es la última vez que las ves», y en efecto, veía sus caras, sus cuerpos, sus ruinas, y quería irse gritando, o a las cenas de familia en torno a un mantel bordado por una bisabuela muerta desde hacía mucho tiempo y en la que nadie pensaba, salvo ella, que pensaba en su bisabuela joven, en sus placeres, en sus ganas de vivir, como ella, maravillosamente bella en el esplendor de su juventud, y todo el mundo le hacía cumplidos en aquella mesa alrededor de la cual se desplegaban en las paredes los retratos de mujeres jóvenes y bellas, las mismas que le hacían cumplidos, ahora decrepitas y cansadas. Entonces, con la sangre inflamada, quería huir, huir a un país donde nadie envejeciera ni muriera, donde la belleza fuese imperecedera, la vida siempre salvaje y resplandeciente, y ese país no existía; al regresar lloraba con amargura en sus brazos y él la amaba desesperadamente.

Y Jacques también, quizá más que ella, porque había nacido en una tierra sin abuelos y sin memoria, donde la aniquilación de los que lo habían precedido era aún más absoluta y la vejez no encontraba ninguno de los auxilios de la melancolía que recibe en los países de civilización []⁴⁰, él, como el filo de una navaja solitaria y siempre vibrante, destinada a quebrarse de un golpe y para siempre, la pura pasión de vivir enfrentada con la muerte total, él sentía hoy que la vida, la juventud, los seres se le escapaban, sin poder salvar nada de ellos, abandonado a la única esperanza ciega de que esa fuerza oscura que durante tantos años lo había alzado por encima de los días, alimentado sin medida, igual que las circunstancias más duras, le diese también, y con la misma generosidad infatigable con que le diera sus razones para vivir, razones para envejecer y morir sin rebeldía.

⁴⁰ Una palabra ilegible.

Apéndices

A) En el barco. Siesta con niño + guerra del 14.

•k

5) En casa de la madre — atentado.

6) Viaje a Mondovi — siesta — la colonización.

7) En casa de la madre. Continuación de la infancia — encuentra la infancia y no al padre. Comprende que es el primer hombre. La señora Leca.

«Cuando, después de besarlo con todas sus fuerzas dos o tres veces, estrechándolo contra su cuerpo, lo soltaba, lo miraba y volvía a besarlo una vez más como si, habiendo alcanzado el «pleno» de la ternura (que acababa de lograr), decidiera que todavía le faltaba una medida y⁴¹. E inmediatamente después, apartándose, era como si ya no pensara en él ni en nada, e incluso lo miraba a veces con una expresión extraña, como si en ese momento él estuviera de más, perturbando el universo vacío, cerrado, restringido, en que ella se movía.»

⁴¹ La frase se interrumpe ahí.

Hoja II

Un colono escribía en 1869 a un abogado: «Para que Argelia resista a los tratamientos de sus médicos, tiene que tener siete vidas como los gatos».

Aldeas rodeadas de fosos o de fortificaciones (con torrecillas en los cuatro ángulos).

De seiscientos colonos enviados en 1831, ciento cincuenta mueren en las tiendas de campaña. De ahí la gran cantidad de orfanatos que hay en Argelia.

En Boufarik aran con el fusil al hombro y la quinina en el bolsillo. «Tiene una traza de Boufarik.» 19 % de muertos en 1839. La quinina se sirve en los cafés como un producto más.

Bugeaud casa a sus colonos soldados en Toulon, después de escribir al alcalde que escogiese veinte novias vigorosas. Fueron «las bodas al son del tambor». Pero sobre la marcha, las novias son intercambiadas como mejor convenga. Así nace *Fouka*.

Al principio el trabajo en común. Son los koljoes militares.

vi

Colonización «regional». Cheragas fue colonizada por sesenta y seis familias de horticultores de *Grasse*.

Los ayuntamientos de Argelia casi nunca *tienen archivos*.

Los mahoneses que desembarcan en pequeños grupos con el baúl y los niños. Su palabra equivale a un contrato. Nunca contrates a un español. Ellos hicieron la riqueza del litoral argelino.

Birmandreis y la casa de Bernarda.

La historia del [Dr. Tonnac], el primer colono de la Mitidja.

Cf. de Bandicorn, *Histoire de la colonisation de l'Algérie*, pág. 21.

Historia de Pirette, *id.*, págs. 50 y 51.

Hoja III

10 - Saint-Brieuc⁴².

14 - Malan.

20 - Los juegos de la infancia.

30 - Argel. El padre y su muerte (+ atentado).

42 - La familia.

69 - El señor Germain y la escuela.

91 - Mondovi — La colonización y el padre.

II

101 - Liceo.

140 - Oscuro para sí mismo.

145 - El adolescente⁴³.

⁴² Los números corresponden a las páginas del manuscrito.

⁴³ El manuscrito se interrumpe en la página 144.

Hoja IV

Importante también el tema de la comedia. Lo que nos salva de nuestros peores males es sentirnos abandonados y solos, pero no lo bastante solos como para que «los demás» no tengan «consideración» de nuestra desventura. En ese sentido nuestros minutos de felicidad son a veces aquellos en los que el sentimiento de estar abandonados nos colma y los eleva a una tristeza sin fin. También en ese sentido la felicidad no es a menudo sino el enternecimiento ante nuestra desdicha.

Al llamar a la puerta de los pobres — Dios puso la complacencia junto a la desesperación como el remedio junto al mal^a.

De joven, yo pedía a las personas más de lo que podían dar: una amistad continua, una emoción permanente.

Hoy sé pedirles menos de lo que pueden dar: una compañía sin frases. Y sus emociones, su amistad, sus gestos nobles conservan para mí su valor cabal de milagro: un efecto cabal de la gracia.

Marie Viton: avión

Muerte de la abuela.

HojaV

Había sido el rey de la vida, coronado de dones deslumbrantes, de deseos, de fuerza, de alegría, y por todo ello iba a pedirle perdón a ella, que había sido la esclava sumisa de los días y la vida, que no sabía nada, no había deseado nada ni osado desear y que sin embargo había conservado intacta una verdad que él había perdido y que era la única justificación de vivir.

Los jueves en Kouba
Entrenamiento, el deporte
Tío
Bachillerato
enfermedad

Oh madre, oh tierna, querida niña, más grande que mi tiempo, más grande que la historia que te sometía a ella, más verdadera que todo lo que he amado en este mundo, oh madre, perdona a tu hijo que huyó de la noche de tu verdad.

La abuela, tirana, pero servía la mesa de pie.

El hijo que hace respetar a su madre y golpea a su tío.

El primer hombre

(Notas y proyectos)

No hay nada que pueda contra la vida humilde,
ignorante, obstinada...

Claudél, *L'Echange*

O si no.

Conversación sobre el terrorismo.

Objetivamente ella es responsable (solidaria).

Cambia el adverbio o te pego.

¿Qué?

No tomes de Occidente lo más estúpido que tiene. No digas más «objetivamente» o te pego.

¿Por qué?

¿Tu madre se tendió delante del tren Argel-Orán? (el trolebús).

No entiendo. El tren saltó, murieron cuatro niños. Tu madre no se movió. Si de todos modos es objetivamente responsable", entonces apruebas el fusilamiento de los rehenes.

Ella no sabía.

Aquélla tampoco. No digas nunca más «objetivamente».

Reconoce que hay inocentes o te mato a ti también.

Sabes que podría hacerlo.

Sí, te he visto.

"Jean es el primer hombre.

* Solidaria.

* Cf. *Histoire de la colonisation*.

Utilizar a Pierre como punto de referencia y atribuirle un pasado, un país, una familia, una moral (?) — ¿Pierre — Didier?

Amores adolescentes en la playa — y el atardecer que cae sobre el mar — y las noches estrelladas.

Encuentro con el árabe en Saint-Etienne. Y esa fraternidad de los dos exiliados en Francia.

Movilización. Cuando lo convocaron, mi padre nunca había visto Francia. La vio y lo mataron.

(Lo que una humilde familia como la mía dio a Francia.)

*

Última conversación con Saddok cuando J. ya está en contra del terrorismo. Pero recibe a S., pues el derecho de asilo es sagrado. En casa de su madre. La conversación tiene lugar delante de ella. Al terminar, «Mira», dice J. señalando a su madre. Saddok se pone de pie, con la mano en el pecho se acerca a ella, para besarla inclinándose a la manera árabe. J. nunca le ha visto hacer ese gesto, porque se había afrancesado. «Es mi madre», dice. «La mía ha muerto. La quiero y la respeto como si fuera mi madre.»

(Ella se ha caído debido a un atentado. Está mal.)

O si no:

Sí, os detesto. El honor del mundo está para mí vivo entre los oprimidos, no entre los poderosos. Y sólo en eso reside el deshonor. Cuando, por una vez en la historia, un oprimido sepa... entonces...

Adiós, dice Saddok.

Quédate, te apresarán.

Mejor. A ellos puedo odiarlos, y los alcanzo en el odio.
Tú eres mi hermano y estamos separados.

Esa noche J. está en el balcón... Se oyen a lo lejos dos disparos y alguien que corre...

—¿Qué pasa? —dice la madre.

—No es nada.

—¡Ah! Temía por ti.

La estrecha contra sí...

Detenido después por haber acogido a un terrorista.

Llevaban la fuente al horno. Los dos francos en el agujero.

La abuela, su autoridad,
su energía.

Robaba el cambio.

El sentido del honor en los argelinos.

Aprender la justicia y la moral es juzgar lo bueno y lo malo de una pasión por sus efectos. J. puede dejarse arrastrar por las mujeres — pero si le ocupan todo el tiempo...

«Estoy harto de vivir, de obrar, de sentir para desmentir a éste y dar la razón a aquél. Estoy harto de vivir según la imagen que otros me dan de mí. Yo decido la autonomía, reclamo la independencia en la interdependencia.»

¿Pierre sería el artista?

¿El padre de Jean, carretero?

Después enfermedad Marie, P. sufre una crisis tipo Clamence (nada me gusta...), J. (o Grenier) es el que responde entonces con su actitud a la caída.

Oponer a la madre el universo (el avión, los países más alejados todos juntos).

Pierre abogado. Y abogado de Yveton⁴⁴.

*

«Siendo como somos, valientes y orgullosos y fuertes... si hubiéramos tenido una fe, un Dios, nada habría podido hacernos mella. Pero no teníamos nada, hubo que aprenderlo todo y vivir sólo en función del honor que tiene sus flaquezas...»

Debería ser *al mismo tiempo* la historia del final de un mundo — atravesado por la nostalgia de esos años de luz...

Philippe Coulombel y la gran finca de Tipasa. La amistad con Jean. Su muerte en el avión sobrevolando la finca. Lo encuentran con el palo de la escoba al costado, la cara aplastada sobre el tablero de mando. Una papilla sangrienta salpicada de astillas de vidrio.

79

Título: Los Nómadas. Empieza con una mudanza y termina con la evacuación de las tierras argelinas.

*

⁴⁴ Militante comunista que había puesto una carga de explosivos en una fábrica. Guillotinado durante la guerra de Argelia.

2 exaltaciones: la mujer pobre y el mundo del paganismo (inteligencia y felicidad).

Pierre es querido por todo el mundo. Los éxitos y el orgullo de J. provocan antipatías.

*

Escena de linchamiento: cuatro árabes arrojados al pie del Kassour.

Su madre *es* Cristo.

Hacer hablar de J., traerlo, hacer que los otros lo presenten a través del retrato contradictorio que entre todos ellos tracen.

Culto, deportista, libertino, solitario y el mejor de los amigos, malo, de una lealtad sin resquicios, etc., etc.

«No quiere a nadie», «no hay corazón más generoso», «frío y distante», «cálido y entusiasta», todos lo encuentran enérgico, salvo él mismo, siempre acostado.

Hacer así que el personaje *crezca*.

Cuando habla: «Empecé a creer en mi inocencia. Yo era zar. Reinaba sobre todo y sobre todos, a mi satisfacción (etc.). Después supe que no tenía corazón suficiente para amar de verdad y creí morir de desprecio hacia mí mismo. Después reconocí que los otros tampoco amaban de verdad y que había que aceptar que uno es más o menos como todo el mundo.

»Después decidí que no y que debía reprocharme a mí solamente la falta de grandeza suficiente y dar rienda suelta a mi desesperación esperando que se me presentase la ocasión de llegar a tenerla.

»En otras palabras, espero el momento de ser zar y de no disfrutarlo.»

Y también:

No se puede vivir con la verdad —«sabiendo»—, el que lo hace se separa de los otros hombres, ya no puede participar de la ilusión de ellos. Es un monstruo — y es lo que soy.

Maxime Rasteil: El calvario de los colonos de 1848.
Mondovi -

¿Intercalar historia de Mondovi?

Ej. 1) la tumba el regreso y la []⁴⁵ a Mondovi

1 *bis*) Mondovi en 1848 -• 1913.

*

Su lado español

sobriedad y sensualidad
energía y nada

*

J.: «Nadie puede imaginar lo que he sufrido... Se honra a los hombres que han hecho grandes cosas. Pero debería hacerse aún más por algunos que, pese a ser quienes eran, supieron abstenerse de cometer los mayores crímenes. Sí, honradme.»

Conversación con el teniente de paracaidistas:

—Hablas demasiado bien. Vamos ahí al lado a ver si conservas esa labia. Vamos.

—Bien, pero quiero ante todo hacerle una advertencia, porque seguramente usted no se ha encontrado nunca con hombres. Escúcheme bien. Lo considero responsable de lo que vaya a ocurrir ahí al lado, como usted dice. Si no cedo, no pasará nada. Sencillamente le escupiré a la cara en público el día que sea posible. Pero si cedo y salgo del paso, sea dentro de un año o de veinte, lo mataré a usted personalmente.

—Cuidado con él —dijo el teniente—, se pasa de listo*.

* (Lo encuentra desarmado [provoca] el duelo.)

⁴⁵ Palabra ilegible.

El amigo de J. se mata «para que Europa sea posible». Para *hacer* a Europa, se precisa una víctima voluntaria.

J. tiene cuatro mujeres a la vez y lleva una vida *vacía*.

C.S.: cuando le cae al alma un sufrimiento demasiado grande, le acomete un apetito de desdicha que...

Cf. Historia del movimiento Combat.

*

Chatté que muere en el hospital mientras la radio de su vecino desgrana tonterías.

—Enfermedad del corazón. Muerte ambulante. «Si me suicidara, por lo menos la iniciativa sería mía.»

*

«Sólo tú sabrás que me he matado. Tú conoces mis principios. Yo odiaba a los suicidas. Por lo que hacen a *los demás*. Si uno persiste, debe maquillar la cosa. Por generosidad. ¿Por qué te lo digo? Porque tú amas la desdicha. Te hago este regalo. ¡Que aproveche!»

J.: La vida que rebota, renovada, la multiplicidad de los seres y las experiencias, el poder de renovación y de [pulsi-
sión] (Lope) —

Fin. Ella le tendió las manos de articulaciones nudosas y le acarició la cara. «Tú eres el más grande.» Había tanto amor y adoración en sus ojos oscuros (en la arcada superciliar un poco gastada) que alguien en él —el que sabía— se

rebeló... Instantes después la cogía entre sus brazos puesto que ella, la más clarividente, lo amaba, debía aceptarlo y para reconocer ese amor debía amarse un poco a sí mismo...

Tema de Musil: la búsqueda de la salvación del espíritu en el mundo moderno — D: [Frecuentación] y separación en *Los demonios*.

Tortura. Verdugo por solidaridad. Nunca pude acercarme a ningún hombre — ahora estamos codo con codo.

Ve

El estado cristiano: la sensación pura.

*

El libro *debe quedar* inconcluso. Ej.: «Y en el barco que lo devolvía a Francia...»

*

Celoso, finge no serlo y se las da de hombre mundano. Y entonces deja de ser celoso.

*

A los cuarenta años reconoce que necesita alguien que le señale el camino y lo repruebe o lo elogie: un padre. La autoridad y no el poder.

X ve a un terrorista que dispara contra... Lo oye correr a sus espaldas, por una calle negra, no se mueve, se vuelve bruscamente, le hace *una zancadilla*, el revólver *cae*. *Coge* el arma y le apunta, después piensa que no puede entregarlo, lo lleva hasta una calle alejada, le ordena correr y dispara.

La actriz joven en el campo: la brizna de hierba, la primera hierba en mitad de la turba y ese sentimiento agudo de felicidad. Miserable y alegre. Después se enamora de Jean — porque es *puro*. ¿Yo? Pero [no merezco] que me quieras. Justamente. Los que [inspiran] amor, aun desposeídos, son los reyes y los justificadores del mundo.

28 nov. 1885: nacimiento de C. Lucien en Ouled-Fayet: hijo de C. Baptiste (43 años) y de Cormery Marie (33 años). Casado en 1909 (13 nov.) con la señorita Sintès Catherine (nacida el 5 nov. 1882). Muerto en Saint-Brieuc el 11 oct. 1914.

A los cuarenta y cinco años, comparando las fechas, descubre que su hermano nació dos meses después del casamiento. Y el tío que acaba de describirle la ceremonia habla de un vestido largo, estrecho.

*

Un médico es quien la asiste en el nacimiento de su segundo hijo en la nueva casa, donde han amontonado los muebles.

Ella parte en *julio del 14* con el niño hinchado por las picaduras de los mosquitos del Seybouze. Agosto, movilización. El marido se incorpora a su [regimiento] directamente en Argel. Una noche se escapa para besar a sus dos hijos. No sabrán de él hasta el anuncio de su muerte.

Un colono que, expulsado, destruye las viñas, deja correr el agua salobre... «Si lo que hemos hecho aquí es un crimen, hay que borrarlo...»

Mamá (a propósito del N.): el día que te «licenciaste» — «cuando te dieron la prima».

Cviklinski y el amor ascético.

Le asombra que Marcelle, que acaba de convertirse en su amante, no se interese por la desventura del país. «Ven», le dice ella. Abre una puerta: su hijo de nueve años —nacido con fórceps, los nervios motores destruidos—, paralítico, no habla, el lado izquierdo de la cara más *alto* que el derecho, hay que darle de comer, lavarlo, etc. Él cierra la puerta.

Sabe que tiene cáncer, pero no dice que lo sabe. Los demás creen que disimulan.

*

1.ª parte: Argel, Mondovi. Y encuentra a un árabe que le habla de su padre. Sus relaciones con los obreros árabes.

J. Douai: L'Écluse⁴⁶.

Muerte de Béral en la guerra.

É, que grita bañada en lágrimas cuando se entera de su relación con Y.: «Yo también soy bella». Y el grito de Y.: «Ah, que venga alguien y me lleve».

Después, mucho después del drama, F. y M. se encuentran.

Cantante que actuaba en el cabaret L'Écluse. (*N. de la T.*)

Cristo no aterrizó en Argelia.

La primera carta que recibe de ella y lo que siente frente a su propio nombre escrito por esa mano.

Lo ideal, que el libro estuviera escrito para la madre, de una punta a la otra —y sólo al final se supiera que no sabe leer—, sí, sería así⁸.

Y lo que más deseaba en el mundo, que su madre leyese todo lo que había sido su vida y su carne, eso era imposible. Su amor, su único amor sería mudo para siempre.

A esa familia pobre arrancarla al destino de los pobres, que es desaparecer de la historia sin dejar huellas. Los Mudos.

Eran y son más grandes que yo.

*

Empezar por la noche del nacimiento. Cap. I, después cap. II: 35 años más tarde, un hombre bajaría del tren en Saint-Brieuc.

Gr.⁴⁷, a quien he reconocido como padre, nació allí donde mi padre murió y está enterrado.

Ve

Pierre con Marie. Al principio no puede acostarse con ella: *por esa razón* empieza a quererla. En cambio, con Jes-

⁸ T.I. subrayado.

⁴⁷ Grenier.

sica, felicidad inmediata. Por esa razón tarda en quererla verdaderamente — su cuerpo la oculta.

El coche fúnebre en las altas mesetas [Figari].

*

La historia del oficial alemán y del niño: no hay ninguna razón para morir por él.

Ve

La página del diccionario *Quillet*: su olor, las láminas.

Los olores de la fábrica de toneles: la viruta y su olor más []⁴⁸ que el del serrín.

*

Jean, su insatisfacción permanente.

*

Adolescente, abandona la casa para *dormir solo*.

•k

Descubrimiento de la religión en Italia: a través del arte.

*

Final del cap. I: entretanto, Europa acordaba sus cañones. Seis meses después estallaron. La madre llega a Argel, trae de la mano a un niño de cuatro años, el otro en brazos, éste hinchado por las picaduras de los mosquitos del Seybouze. Se presentan en el apartamento de la abuela, tres habitaciones en un barrio pobre. «Madre, le agradezco que nos acoja.» La abuela erguida, los ojos claros y duros, mirándola: «Hija mía, habrá que trabajar».

Una palabra ilegible.

Mamá: como un Mushkin ignorante. No conoce la vida de Cristo, salvo en la cruz. Sin embargo, ¿quién está más cerca de él?

De mañana, en el patio de un hotel de provincia, esperando a M. Ese sentimiento de felicidad que nunca había podido experimentar, salvo en lo provisional, lo ilícito —que por el hecho de ser ilícito impedía que esa felicidad alguna vez durase—, llegaba a envenenarlo la mayor parte del tiempo, menos las raras veces en que se imponía, como ahora, en estado puro, en la luz leve de la mañana, entre las dalias todavía brillantes de rocío...

*

Historia de XX.

Llega, fuerza la situación, «soy libre», etc., se da aires de liberada. Después se echa desnuda en la cama, hace todo para... finalmente un mal []⁴⁹. Desdichado.

Deja a su marido — desesperado, etc. El marido escribe al otro: «Usted es el responsable. Siga viéndola o se matará». En realidad, fracaso seguro: en la pasión por lo absoluto, uno trata de cultivar lo imposible — de modo que se mata. Viene el marido. «Usted sabe por qué vengo. — Sí. Bueno, escoja, o yo lo mato o usted me mata a mí. — No, usted es el que debe elegir. — Mate.» En realidad, ese tipo de acorralamiento en que la víctima no es verdaderamente responsable. Pero [sin duda] ella era responsable de algo diferente por lo cual nunca pagó. Majadería.

XX. Lleva en ella el espíritu de destrucción y de muerte. Está [consagrada] a Dios.

⁴⁹ Una palabra ilegible.

Un naturista: en estado de desconfianza perpetua frente a los alimentos, el aire, etc.

En Alemania ocupada:

Buenas noches, Herr offizer.

Buenas noches, dice J. cerrando la puerta. El tono de su voz lo sorprende. Y comprende que si muchos conquistadores emplean ese tono es porque les da apuro conquistar y ocupar.

J. quiere no ser. Lo que hace, pierde su nombre, etc.

Personaje: Nicole Ladmiral.

La «tristeza africana» del padre.

*ir

Final. Lleva a su hijo a Saint-Brieuc. En la plaza pequeña, plantados uno frente al otro. ¿Cómo vives?, dice el hijo. ¿Qué? Sí, quién eres, etc. (Feliz) sintió que a su alrededor se espesaba la sombra de la muerte.

V.V. Nosotros los hombres y las mujeres de esta época, de esta ciudad, en este país, nos hemos abrazado, rechazado, vuelto a abrazar, por fin nos separamos. Pero durante todo ese tiempo no dejamos de ayudarnos a vivir, con esa maravillosa complicidad de los que tienen que luchar y sufrir juntos. ¡Ah! Eso es el amor — el amor a todos.

A los cuarenta años, después de pedir durante toda su vida la carne muy jugosa en los restaurantes, se dio cuenta de que en realidad le gustaba cocida y nada jugosa.

Liberarse de toda preocupación por el arte y por la forma. Recuperar el contacto directo, sin intermediario, la inocencia en fin. Olvidar aquí el arte, es *olvidarse*. Renunciar a uno mismo no por virtud. Al contrario, aceptar el propio infierno. El que quiere ser mejor se prefiere, el que quiere gozar se prefiere. Sólo el que renuncia a lo que es, a su yo, acepta *lo que venga*, junto con sus consecuencias. Ese está en contacto directo.

Recuperar la grandeza de los griegos o de los grandes rusos mediante ese renunciamiento de 2.º grado. No temer. No temer nada... ¡Pero quién vendrá en mi auxilio!

Aquella tarde, en la carretera de Grasse a Cannes, cuando, en un estado de exaltación increíble, descubre de pronto, y después de una relación de años, que ama a Jessica, que por fin ama, y el resto del mundo se vuelve como una sombra comparado con ella.

Yo no estaba en nada de lo que dije ni escribí. No fui yo el que se casó, ni yo el que fue padre, el que... etc.

Informes numerosos para enviar a los *niños expósitos* a la colonización de Argelia. Sí. Todos nosotros aquí.

El tranvía de la mañana, de Belcourt a la plaza del Gobierno. En la parte de delante, el conductor y sus palancas.

Voy a contar la historia de un monstruo.
La historia que voy a contar...

Mamá y la historia: le anuncian el sputnik: «¡Oh, no me gustaría estar allá arriba!»

Capítulo *a reculones*. Rehenes aldea cabileña. Soldado emasculado — operación de limpieza, etc., poco a poco, hasta el primer disparo de la colonización. Pero ¿por qué detenerse ahí? Caín mató a Abel. Problema técnico: ¿un solo capítulo o en contracanto?

Rasteil: un colono de bigote espeso, patillas canosas.

Su padre: un carpintero de obra del Faubourg Saint-Denis; su madre: lavandera fina.

Por lo demás, todos los colonos parisienses (y muchos de los del 48). Muchos desempleados en París. La Constituyente había votado 50 millones para enviar a una «colonia»:

Para cada colono:
una vivienda
de dos a diez hectáreas
semillas, cultivos, etc.
raciones de víveres

Sin ferrocarril (sólo llegaba a Lyon). De ahí canales — *en pinazas* arrastradas por caballos de sirga. *Marsellesa*, *Chant du départ*, bendición del clero, entrega de bandera para *Mondovi*.

Seis pinazas de 100 a 150 m cada una. Amontonados sobre jergones. Para cambiarse la ropa, las mujeres se desvestían detrás de sábanas que iban sosteniendo sucesivamente.

Casi un mes de viaje.

VI

En Marsella, en el gran Lazareto (1.500 personas) durante una semana. Embarcados a continuación en una vieja fragata de ruedas: *El Labrador*. Partida con mistral. Cinco días y cinco noches — todos descompuestos.

Bône — con toda la población en el muelle para acoger a los colonos.

Los objetos amontonados en la cala, que desaparecen.

De Bône a Mondovi (en los vehículos del ejército, y los hombres a pie para dejar espacio y aire a las mujeres y los niños) *no hay carretera*. A la vista, en la llanura pantanosa o en el monte, bajo la mirada hostil de los árabes, acompañados por los aullidos de la jauría de perros cabileños. — El 8 XII 48⁵⁰. Mondovi no existía, tiendas de campaña. Por la noche, las mujeres lloraban — Ocho días de lluvia argelina metidos en las tiendas, y los *oueds* se desbordan. Los niños hacían sus necesidades dentro de las tiendas. El carpintero levanta cobertizos endeble cubiertos de sábanas para proteger los muebles. Las cañas huecas cortadas a orillas del Seybouze para que los niños puedan orinar fuera, sin salir.

Cuatro meses en las tiendas, después barracas de madera provisionales; cada barraca doble debía alojar a seis familias.

En la primavera del 49: calores prematuros. En las barracas la gente se asa. Paludismo y después cólera. Ocho a diez muertos diarios. La hija del carpintero, Augustine, muere, a continuación su mujer. El cuñado también. (Los entierran en un banco de toba.)

Receta de los médicos: *bailar* para calentar la sangre.

Y bailan todas las noches entre dos entierros al son de un rascatripas.

Hasta 1851 no se distribuirían las concesiones. El padre muere. Rosine y Eugène se quedan solos.

Para ir a lavar la ropa en el afluente del Seybouze, hacía falta una escolta de soldados.

Fortificaciones + fosos contruidos por el ejército. Casitas y jardines, las construyen con sus manos.

Cinco o seis leones rugen alrededor de la aldea. (León de Numidia, de crines negras.) Chacales. Jabalíes. Hiena. Pantera.

Ataques contra las aldeas. Robo de rebaños. Entre Bône y Mondovi, un carro se empantana. Los viajeros, salvo una

⁵⁰ Rodeado de un trazo por el autor.

mujer encinta, van a buscar refuerzos. A la vuelta la encuentran desventrada, los senos cortados.

La primera iglesia, cuatro paredes de adobe, ni una silla, algunos bancos.

La primera escuela: una chabola de palos y ramas. Tres monjas.

Las tierras: parcelas dispersas, los hombres trabajan con el fusil al hombro. A la noche regresan a la aldea.

Por la noche una columna de tres mil soldados franceses de paso hacen una *razzia* en la aldea.

Junio del 51: insurrección. Cientos de jinetes con alboroz alrededor de la aldea. En las pequeñas fortificaciones, hacen pasar por cañones unos tubos de chimenea.

En realidad, los parisienses en el campo: muchos con sombrero de copa y sus mujeres vestidas de seda.

Prohibido fumar cigarrillos. Sólo estaba permitida la pipa con tapadera. (Debido a los incendios.)

Las casas edificadas en el 54.

En el departamento de Constantine, los dos tercios de los colonos murieron casi sin haber tocado el pico o el arado.

Viejo cementerio de los colonos, el inmenso olvido⁵¹.

Mamá. La verdad es que pese a todo mi amor, yo no pude vivir con esa paciencia ciega, sin frases, sin proyectos. No pude vivir su vida ignorante. Y anduve por el mundo, construí, creé, quemé a los seres. Mis días estuvieron llenos hasta desbordar — pero nada me colmó el corazón como...

⁵¹ «El inmenso olvido», rodeado con un trazo por el autor.

Él sabía que se marcharía otra vez, volvería a equivocarse, olvidaría lo que sabía. Pero lo que sabía, justamente, es que la verdad de su vida estaba allí, en esa habitación... Seguramente huiría de ella. ¿Quién puede vivir con su verdad? Pero basta saber que está ahí, basta conocerla y que aliemente en uno mismo un [fervor] secreto y silencioso, frente a la muerte.

Cristianismo de mamá al final de su vida. A la mujer pobre, desdichada, ignorante []^{1 2} ¿mostrarle el sputnik? ¡Que la cruz la sostenga!

En el 72, se instala la rama paterna después de:
—la Comuna,
—la insurrección árabe del 71 (el primer muerto en la jVlitidja fue un maestro).
Los alsacianos ocupan las tierras de los *insurrectos*.

Dimensiones de la época.

La ignorancia de la madre como contracanto de todos los []' de la historia y del mundo.
Bir Hakeím: «es lejos» o «allá».
Su religión es visual. Sabe lo que ha visto sin poder interpretarlo. Jesús es el sufrimiento, la tumba, etc.

Combatiente.

Una palabra ilegible.

Escribir el propio t]⁵³ para encontrar verdad.

1.^a parte
Los Nómadas

1) Nacimiento durante la mudanza. 6 meses más tarde la guerra^a. El niño. Argel, el padre, con traje de zuavo y sombrero de paja, partía al ataque.

2) 40 años más tarde. El hijo delante del padre en el cementerio de Saint-Brieuc. Regresa a Argelia.

3) Llegada a Argelia para «los acontecimientos». Búsqueda.

Viaje a Mondovi. Encuentra la infancia y no el padre.

Se entera de que él es el primer hombre^b.

2.^a parte
El primer hombre

La adolescencia: El puñetazo

Deporte y moral

El hombre: (Acción política (Argelia), la Resistencia)

3.^a parte
La Madre

Los Amores

El reino: el viejo compañero de deportes, el viejo amigo, Pierre, el viejo maestro y la historia de sus dos compromisos.

La madre⁵⁴.

En la última parte, Jacques explica a su madre la cuestión árabe, la civilización *créole*, el destino de Occidente. «Sí», dice ella, «sí.» Después confesión completa y fin.

* Mondovi en el 48.

^b Los mahoneses en 1850 — Los alsacianos en 72-73 — 14.

⁵³ Dos palabras ilegibles.

⁵⁴ Todo este pasaje está rodeado por un trazo del autor.

Había un misterio en aquel hombre, y un misterio que él quería aclarar.

Pero a fin de cuentas el único misterio es el de la pobreza, que hace que las gentes no tengan nombre ni pasado.

*

Juventud en la playa. Después de días colmados de gritos, de sol, de esfuerzos violentos, de deseo sordo y evidente. Cae la tarde sobre el mar. Arriba, en el cielo, grita un ven-cejo. Y la angustia le oprime el corazón.

Al final toma como modelo a Empédocles. El filósofo []⁵⁵ que vive solo.

Quiero escribir aquí la historia de una pareja unida por la misma sangre y todas las diferencias. Ella semejante a lo mejor que hay en la tierra, y él tranquilamente monstruoso. Él, lanzado a todas las locuras de nuestra historia; ella, atravesando la misma historia como si fuera la de todos los tiempos. Ella, casi siempre silenciosa y con unas pocas palabras a su disposición para expresarse; él, hablando sin cesar e incapaz de encontrar a través de miles de palabras lo que ella podía decir con uno solo de sus silencios... La madre y el hijo.

Libertad para adoptar cualquier tono.

Jacques, que hasta ese momento se había sentido solidario con todas las víctimas, reconoce ahora que también es solidario con los verdugos. Su tristeza. Definición.

⁵⁵ Una palabra ilegible.

*

Habría que vivir como espectador de la propia vida. Para añadirle el sueño que le diera conclusión. Pero uno vive, y los otros sueñan tu vida.

Él la miraba. Todo se había detenido y el tiempo transcurría crepitando. Como en esas funciones de cine en que, desaparecida la imagen a causa de un desperfecto, en la noche de la sala sólo se oye funcionar el mecanismo... delante de la pantalla vacía.

Los collares de jazmines que venden los árabes. El rosario de flores perfumadas, amarillas y blancas []⁵⁶. Los collares se marchitan en seguida []⁵⁷ las flores amarillean []⁵⁸ pero el olor prolongado, en la habitación pobre.

Días de mayo en París en que el estuche blanco de las flores de castaño flota en todo el aire.

Había amado a su madre y a su hijo, todo aquello cuya elección no dependía de él. Y por último, él, que había impugnado todo, puesto todo en tela de juicio, sólo había amado la necesidad. Los seres que el destino le había impuesto, el mundo tal como se le presentaba, todo lo que en su vida no había podido evitar, la enfermedad, la vocación, la gloria o la pobreza, en fin, su estrella. En cuanto a lo demás, a todo lo que había tenido que elegir, se había esforzado por amarlo, lo que no es lo mismo. Había conocido sin duda la admiración, la pasión e incluso momentos de ternura. Pero cada instante lo había lanzado hacia otros instantes,

⁵⁶ Seis palabras ilegibles.

⁵⁷ Dos palabras ilegibles.

⁵⁸ Dos palabras ilegibles.

cada ser hacia otros seres, a fin de cuentas no había amado nada de lo que eligiera, salvo lo que poco a poco se le había impuesto a través de las circunstancias, había durado por azar tanto como por voluntad, para convertirse finalmente en necesidad: Jessica. El amor verdadero no es una elección ni una libertad. El corazón, sobre todo el corazón, no es libre. Es lo inevitable y el reconocimiento de lo inevitable. Y él, de verdad, nunca había amado con todo el alma sino lo inevitable. Ahora sólo le quedaba amar su propia muerte.

*

"Mañana seiscientos millones de amarillos, miles de millones de amarillos, negros, morenos, desembocarían en tropel en Europa... y en el mejor de los casos [la convertirían]. Y todo lo que les enseñaron, a él y a los que se le parecían, todo lo que habían aprendido, desde entonces, los hombres de su raza, todos los valores por los cuales había vivido, morirían de inutilidad. ¿Qué es lo que seguiría valiendo?... El silencio de su madre. *Deponía sus armas delante de ella.*

M. tiene diecinueve años. Él tenía entonces treinta, y eran desconocidos el uno para el otro. Él comprende que no se puede remontar el tiempo, impedir que el ser amado haya sido, y hecho y experimentado, no se posee nada de lo que se elige. Pues habría que escoger con el primer grito del nacimiento, y nacemos separados — salvo de la madre. Sólo se posee lo necesario y es preciso volver a él (ver nota precedente) y someterse. ¡Pero qué nostalgia y qué pesar!

Hay que renunciar. No, aprender a amar lo impuro.

Para terminar, pide perdón a su madre — ¿Por qué?, has sido un buen hijo — Pero en cuanto lo demás, ella no

" Lo sueña durante la siesta.

puede adivinar ni imaginar siquiera []^{3 9} que es la única que puede perdonarlo (?).

*

Puesto que he invertido la dirección, mostrar a Jessica mayor antes de mostrarla joven.

Se casa con M. porque ella nunca había conocido a un hombre, y eso lo fascina. Se casa con ella debido, en suma, a sus propios defectos. Aprenderá después a amar a las mujeres que han servido —e.d.— a amar la necesidad atroz de la vida.

Un capítulo sobre la guerra del 14. Incubadora de nuestra época. ¿Visto por la madre? Que no conoce ni Francia, ni Europa, ni el mundo. Que cree que las esquilas de obús son autónomas, etc.

Capítulos alternados que dieran una voz a la madre. El comentario de los mismos hechos, pero con su vocabulario de cuatrocientas palabras.

*

En resumen, voy a hablar de aquellos a los que quise. Y sólo de eso. Alegría profunda.

^aSaddok:

1) —¿Pero por qué casarte así, Saddok?

—¿He de casarme a la francesa?

—¡A la francesa o como sea! ¿Por qué someterte a una tradición que consideras estúpida y cruel?

^a Todo eso en un estilo [no vivido] lírico no precisamente realista.

^b Los franceses tienen razón, pero su razón nos oprime. Y por eso escojo la locura árabe, la locura de los oprimidos.

⁵⁹ Una palabra ilegible.

—Porque mi gente está identificada con esta tradición, porque no tiene otra cosa, porque se ha inmovilizado en ella, y porque separarse de esa tradición es separarse de sí mismo. Por eso entraré mañana en esa habitación, y desnudaré a una desconocida, y la violaré entre el estrépito de los fusiles.

—Está bien. Entretanto, vamos a nadar.

2) —¿Entonces?

—Dicen que por el momento hay que consolidar el frente antifascista, que Francia y Rusia deben defenderse juntas.

—¿No pueden defenderse haciendo justicia en su propia casa?

—Dicen que será para más adelante, que hay que esperar.

—Aquí la justicia no esperará y tú lo sabes.

—Dicen que si no esperáis, estaréis sirviendo objetivamente al fascismo.

—Y por eso la cárcel está bien para vuestros antiguos camaradas.

—Dicen que es lamentable, pero que no se puede hacer otra cosa.

—Dicen, dicen. Y tú te callas.

—Yo me callo.

Lo miraba. El calor empezaba a apretar.

—¿Así que me traicionas?

No había dicho: «nos traicionas» y tenía razón, pues la traición concierne a la carne, al individuo solo, etc..

—No. Hoy abandono el partido...

3) —Acuérdate de 1936.

—No soy terrorista para los comunistas. Lo soy contra los franceses.

—Yo soy francés. Ella también lo es.

—Ya lo sé. Lo siento por vosotros.

—Entonces me traicionas.

Los ojos de Saddok brillaban como con fiebre.

Si finalmente elijo el orden cronológico, la señora Jacques o el médico serán descendientes de los primeros colonos de Mondovi.

No nos quejemos, dice el doctor, imagine simplemente nuestros primeros familiares, aquí..., etc.

4) —Y el padre de Jacques, muerto en el Marne. ¿Qué queda de esa vida oscura? Nada, un recuerdo impalpable, la ceniza leve de un ala de mariposa quemada en el incendio del bosque.

Los *dos* nacionalismos argelinos. Argelia entre el 39 y el 54 (rebelión). En qué se convierten los valores franceses en una conciencia argelina, la del primer hombre. La crónica de las dos generaciones explica el drama actual.

La colonia de vacaciones en Miliana, las trompetas del cuartel por la mañana y por la noche.

Amores: hubiera querido que todas fueran vírgenes de pasado y de hombres. Y al único ser que había encontrado y que en efecto lo era, le había consagrado su vida, pero él mismo nunca había podido serle fiel. Quería, pues, que las mujeres fuesen lo que él mismo no era. Y lo que él era lo devolvía a las mujeres que se le asemejaban y que amaba y poseía entonces con rabia y furor.

Adolescencia. Su fuerza de vida, su fe en la vida. Pero escupe sangre. Así que la vida sería eso, el hospital, la muerte, la *soledad*, ese *absurdo*. De *ahí la dispersión*. Y muy en el fondo: no, no, la vida es otra cosa.

Iluminación en la carretera de Cannes a Grasse...

Y sabía que, aunque tuviera que volver a esa sequedad en la que siempre había vivido, consagraría su vida, su alma, la gratitud de todo su ser que le había permitido una vez, una sola vez quizá, pero una vez, tener acceso...

Empezar la última parte con esta imagen:

el asno ciego que pacientemente, durante años, da vueltas en la noria, soportando los golpes, la naturaleza feroz, el sol, las moscas, siempre soportando, y de esa lenta marcha en círculo, aparentemente estéril, monótona, dolorosa el agua brota infatigablemente...

1905. Guerra de Marruecos de L.C.⁶⁰ Pero en el otro extremo de Europa, Kaliayev.

✦

La vida de L.C. Totalmente involuntaria, salvo su voluntad de ser y de persistir. Asilo de huérfanos. Obrero agrícola obligado a casarse con su mujer. Su vida que se construye así, a pesar suyo — y después la guerra lo mata.

Va a ver a Grenier: «Los hombres como yo, lo he reconocido, deben obedecer. Necesitan una regla imperiosa, etc. La religión, el amor, etc.: imposible para mí. Por lo tanto he decidido profesarle obediencia.» Lo que sigue (cuento).

Finalmente, no sabe quién es su padre. ¿Pero quién es él mismo? 2.ª parte.

Probablemente Lucien Camus, el padre.

El cine mudo, la lectura de los subtítulos para la abuela.

No, no soy un buen hijo: un buen hijo es el que se queda. Yo he andado por el mundo, la he engañado con las vanidades, la gloria, cien mujeres.

—¿Pero sólo la querías a ella?

—¡Ah!, ¿sólo la quería a ella?

Cuando, junto a la tumba de su padre, siente que el tiempo se disloca — ese orden nuevo del tiempo es el del libro.

*

Es el hombre de la desmesura: mujeres, etc.

Así [el hiper] es castigado en él. Después lo sabe.

La angustia en África cuando la noche cae rápidamente sobre el mar o las altas mesetas o las montañas atormentadas. Es la angustia de lo sagrado, el pavor ante la eternidad. La misma que en Delfos, donde la noche, bajo el mismo efecto, en cambio hace surgir templos. Pero en la tierra de África los templos se han destruido, y sólo queda ese peso inmenso sobre el corazón. ¡Cómo mueren entonces! Silenciosos, apartados de todo.

vi

Lo que en él no querían, era el argelino.

Sus relaciones con el dinero. Debidas en parte a la pobreza (no se compraba nada), en parte a su orgullo: no regateaba jamás.

*

Confesión a la madre para terminar:

«No me comprendes y sin embargo eres la única que puede perdonarme. Muchos están dispuestos a ello. Muchos

gritan también, en todos los tonos, que soy culpable, y no lo soy cuando me lo dicen. Otros tienen el derecho de decírmelo y sé que tienen razón y que debería pedirles perdón. Pero uno pide perdón a los que sabe que pueden perdonarlo. Simplemente eso, perdonar, y no pedirnos que merezcamos el perdón, que esperemos. [Sino] simplemente hablarles, decir todo y recibir el perdón. Sé que aquellos y aquellas a quienes podría pedirlo, en el fondo del alma, pese a su buena voluntad, no pueden ni saben perdonar. Un solo ser podía perdonarme, pero nunca fui culpable con él y le he entregado todo mi corazón, y sin embargo hubiera podido acercarme a él, muchas veces lo hice en silencio, pero ha muerto y estoy solo. Tú eres la única que puedes hacerlo, pero no me comprendes y no puedes leerme. Por eso te hablo, te escribo a ti, a ti sola, y cuando haya terminado, pediré perdón sin más explicaciones y me sonreirás...»

*

Al evadirse de la sala de redacción clandestina, Jacques mata a uno de sus perseguidores (gesticulaba, vacilaba, un poco echado hacia adelante. Entonces Jacques sintió que le acometía un furor terrible: lo hirió una vez más de abajo para arriba [en la garganta], y de inmediato un enorme agujero borbotó en la base del cuello, después, loco de asco y de furor, lo hirió otra vez []⁶¹ directamente en los ojos, sin mirar dónde golpeaba...) después fue a ver a Wanda.

El campesino berberisco pobre e ignorante. El colono. El soldado. El blanco sin tierra. (Los amaba, a ellos y no a esos mestizos de zapatos amarillos puntiagudos y pañuelo al cuello, que sólo habían tomado de Occidente lo peor.)

Fin.

Cuatro palabras ilegibles.

Devolved la tierra, la tierra que no es de nadie. Devolved la tierra, que ni está en venta ni se compra (sí, y Cristo nunca desembarcó en Argelia puesto que hasta los monjes tenían propiedades y concesiones).

Y exclamó, mirando a su madre y después a los otros:

«Devolved la tierra. Dad toda la tierra a los pobres, a los que no tienen nada y que son tan pobres que ni siquiera han deseado jamás tener y poseer, a los que son como ella en este país, la inmensa tropa de los miserables, casi todos árabes, y algunos franceses y que viven o sobreviven aquí por obstinación y aguante, con el único honor en el mundo que vale, el de los pobres, dadles la tierra como se da lo que es sagrado a los que son sagrados, y entonces yo, de nuevo y por fin arrojado al peor exilio en el extremo del mundo, sonreiré y moriré contento, sabiendo que por fin están reunidos bajo el sol de mi nacimiento la tierra que tanto he amado y aquellos y aquella a los que he reverenciado.

(Entonces el gran anonimato será fecundo y me cubrirá también — Volveré a ese país.)

Rebelión. Cf. *Demain* en Argelia, pág. 48, Servier.

Jóvenes comisarios políticos del F.L.N. que han adoptado como nombre de guerra el de Tarzán.

Sí, ordeno, mato, vivo en la montaña, bajo el sol y la lluvia. Qué me proponías en el mejor de los casos: maniobra en Béthune.

Y la madre de Saddok, cf. pág. 115.

Enfrentados con... en la historia más vieja del mundo, somos los primeros hombres — no los de la decadencia como se proclama en []⁶² diarios, sino los de una aurora indecisa y diferente.

Una palabra ilegible.

Niños sin Dios ni padre, los maestros que nos proponían nos horrorizaban. Vivíamos sin legitimidad — Orgullo.

El llamado escepticismo de las nuevas generaciones — mentira.

¿Desde cuándo es escéptico un hombre de bien que se niega a creer al mentiroso?

La nobleza del oficio de escritor está en la resistencia a la opresión, y por lo tanto en decir que sí a la soledad.

Lo que me ha ayudado a soportar la suerte adversa me ayudará tal vez a recibir una suerte demasiado favorable — Y lo que me ha sostenido es ante todo la gran idea, la grandísima idea que me hago del arte.

No es porque esté para mí por encima de todo, sino porque no se separa de nadie.

A excepción de la [antigüedad].

Los escritores empezaron por la esclavitud.

Conquistaron su libertad — no se trata de []^a.

K.H.: Todo lo que es exagerado es insignificante. Pero el señor K.H. era insignificante antes de ser exagerado. Se ha obstinado en acumular.

Cuatro palabras ilegibles.